

NUEVA ERA II

Comienzo-1ª Parte



(BASADO EN LAS NOVELAS DE STEPHENIE MEYER
CREPUSCULO, LUNA NUEVA, ECLIPSE Y AMANECER)
CONTINUACION DE DESPERTAR Y NUEVA ERA I, YA ESCRITAS POR
TAMARA GUTIERREZ PARDO

NUEVA ERA II

Comienzo-1ª Parte



(BASADO EN LAS NOVELAS DE STEPHENIE MEYER
CREPUSCULO, LUNA NUEVA, ECLIPSE Y AMANECER)
CONTINUACION DE DESPERTAR Y NUEVA ERA I, YA ESCRITAS POR
TAMARA GUTIERREZ PARDO

NUEVA ERA II[©]

= COMIENZO. 1ª PARTE =

Basado en las novelas de Stephenie Meyer: Crepúsculo, Luna Nueva, Eclipse y Amanecer; y continuación de Despertar y Nueva Era I – Profecía, ya escritos por mí.

Este libro está registrado en Save Creative para evitar posibles plagios. Todos los derechos están reservados a Tamara Gutiérrez Pardo, la mala utilización de los mismos por parte de otras personas podría ser objeto de sanción y/o delito.

EN CASO DE COPIA O PLAGIO TOMARÉ LAS MEDIDAS LEGALES QUE SEAN NECESARIAS.



NOTA DE LA AUTORA

Esta novela está basada en los libros de Stephenie Meyer: *Crepúsculo*, *Luna Nueva*, *Eclipse* y *Amanecer* y es la continuación de todos ellos y de *Despertar* y *Nueva Era I – Profecía*, escritos por mí. Los personajes de esta novela están asociados a la saga citada anteriormente, están creados y son propiedad de Stephenie Meyer, excepto otros personajes que solamente aparecen en *Despertar*, en *Nueva Era I – Profecía* y en este relato, que están creados por mí. La utilización en esta novela de los personajes propiedad de Stephenie Meyer es puramente gratuita y sin ánimo de lucro ninguno, solamente son usados con fines de entretenimiento.

Gracias por leerlo, espero que a quien lo lea le guste y que lo disfrute lo mismo que lo haré yo escribiéndolo.

Junio 2011 - enero 2012.

TAMARA GUTIÉRREZ PARDO

Una vez más, le dedico este libro a mi hermana Lucía, mi máximo apoyo. Muchas gracias por ser tan paciente, por esperar los capítulos, por aconsejarme y por corregir mis fallos.

También, y como ya hice en mi libro anterior, se lo dedico a todos mis lectores de mi blog y de los foros relacionados con la saga de Crepúsculo. Como ya dije en anteriores ocasiones, muchas gracias por vivir estos libros como si fueran la continuación real de la saga, por vuestra paciencia para esperar las actualizaciones y por animarme como lo hacéis, sois los mejores.

= PARTE UNO =
COMIENZO

= RENESMEE =

PREFACIO

Mientras caminaba hacia él, mi mano se aferró al brazo de mi padre, ansiosa.

Por fin mi sueño se estaba haciendo realidad, por fin mis pies me llevaban por esa arena hacia mi destino, yo había nacido para estar con él, y él había nacido para estar conmigo, nuestras almas habían nacido para moverse como dos constelaciones unidas e inseparables que bailaban una danza armónica, como si fuesen una. Caminaba nerviosa pero segura hacia mi mejor amigo, mi ángel de la guarda, mi alma gemela, mi compañero, el amor de mi vida, el hombre de mi vida, todo, él lo era todo para mí. Jacob era todo lo que deseaba, lo único que ansiaba, Jacob era mi sueño, y había esperado tanto para esto.

Mi padre apoyó su mano sobre la mía para infundirme confianza. La necesitaba, estaba hecha un flan, porque no veía el momento en que el viejo Quil pronunciase esas ansiadas palabras, pero todavía me quedaba la ceremonia por delante.

Ese sueño que había esperado tanto tiempo estaba a punto de hacerse realidad. Aunque esto no era el final de una meta, no era el final de nuestro cuento de hadas, era un comienzo, un comienzo nuevo de nuestras vidas. Ese sueño iba a empezar ahora.

Sí, por fin.

DESPEDIDA

Lo primero que le dije a Jake cuando conseguimos despegar nuestros labios, justo antes de que llegase mi familia, fue “quiero irme a casa”, a lo cual él ya respondió con una amplia sonrisa.

Sin embargo, antes tuvimos que hacer otras cosas.

Cuando mi familia apareció, Alice llegó con una ropa para mí que había conseguido en un pueblo que quedaba de paso. Me oculté detrás de un árbol, acompañada en todo momento de Jacob, que aprovechó para darme un buen repaso con otra enorme sonrisa, y me quité ese horroroso e incómodo vestido que aquellas mujeres vampiro me habían puesto. Me puse los vaqueros que me había traído acertadamente mi tía, la camiseta estampada, la chaqueta, me calcé las playeras y salí de mi escondite ya cogida de la mano de mi chico. No pensaba soltarla jamás.

El vuelo en ese avión privado se me hizo hasta corto, no fue así el que me trajo a Bulgaria. En cuanto la sombra me llevó ante Razvan, éste me hizo otro hechizo con sus polvos dorados y ya me quedé totalmente inmovilizada, así que ese viaje de doce horas se me hizo muy largo y agónico.

Ahora, en el de vuelta, no me despegué de Jake ni un segundo. Me pasé todo el viaje entre sus brazos, con uno de ellos sobre mi hombro y el otro rodeándome por delante para engancharse con mimo en mi cintura. Mis brazos también le rodearon a él, no pensaban soltarle en la vida. Era una postura más bien incómoda, ya que estábamos de lado, pero merecía la pena sólo por tener mi mejilla descansando en su pecho durante todo el vuelo, incluso dormimos de ese modo. Hubiese preferido que no llevase puesta su camiseta, para sentir su piel, pero aún así, se estaba en la gloria notando sus fuertes latidos en mi rostro.

El viajecito duró doce horas, aunque se me hizo corto junto a Jake, además, como nos pasamos la mayor parte del vuelo durmiendo, ya que estábamos agotados, el tiempo ni lo notamos.

Salimos de Bulgaria a las dos de la tarde, hora de allí, y llegamos al aeropuerto de Forks a las cuatro de la tarde, hora de aquí, así que viajar tantas horas y llegar casi a la misma, fue un poco raro. Esto era debido a la diferencia horaria, ya que en Bulgaria iban diez horas por delante de Forks. Cuando en Bulgaria eran las doce del mediodía y estábamos luchando, aquí en Forks todavía eran las dos de la mañana y la gente dormía plácidamente.

Me llevé una gran y emotiva sorpresa cuando vi a Charlie y a Sue a la salida del aeropuerto, pero no estaban solos. Billy sonreía feliz y satisfecho a su lado cuando nos vio a Jake y a mí bien cogidos de la mano.

Sólo la solté para abrazar con fuerza a mi abuelo entre lágrimas, que correspondió mi abrazo, me besó y suspiró tranquilo. No dejaba de darle gracias a Dios todo el rato. Al siguiente que abracé fue a Billy y después a Sue. Según me dijeron luego, Seth y Leah ya les habían contado todo lo que había ocurrido, así que estaban al corriente, aunque habían esperado al día de hoy para decírselo, para no preocuparles más de lo necesario. Aún así, Charlie todavía tenía el susto dibujado en el rostro, tuve que jurarle muchas veces que habíamos terminado con los culpables y darle un montón de besos para que se quedase tranquilo del todo.

Billy también se sorprendió de ver allí a ese *vendedor ambulante* y mago que le había vendido la piedra celeste, así que tuvimos que explicarle que todo entraba dentro del plan para que Razvan, Nikoláy y Ruslán no pudieran vernos mientras yo estaba en su casa y para que, al irme con Jake, él también quedase protegido, por si acaso. Le explicamos, además, que ese *truco de magia* que Ezequiel le había hecho con aquellos polvos en realidad había sido un hechizo preventivo, es decir, una especie de *vacuna* para no ser contagiado con el hechizo, por eso lo primero que había hecho Ezequiel en cuanto Billy le había abierto la puerta, había sido lanzarle esos polvos, excusándose después con lo del truco de magia, eso evitó que fuera contagiado por el propio Ezequiel y le *vacunó* para que, al llegar yo, el contagio de mi hechizo no le hiciera efecto. Le revelamos que si había funcionado con él, era porque Ezequiel había actuado antes de que ocurriese el contagio, y que no había sido así con mi familia y el resto de aliados, ya que fueron contagiados sin darse cuenta y no se había podido evitar antes; el mismo Ezequiel ignoraba que mi familia estuviese

bajo un segundo hechizo encadenado, y cuando llegó a la casa de mi familia en Anchorage, ya fue demasiado tarde. Él y todos los que se encontraban allí también habían sido contagiados sin poder evitarlo. También le tuvimos que aclarar que con los lobos había pasado algo intermedio, puesto que el hechizo preventivo de Ezequiel no había servido para que no fuesen contagiados, al ser demasiados individuos y estar conexonados entre sí en su forma lobuna, pero había conseguido detener el efecto contagioso del hechizo en ellos y eso había evitado que se propagase a más gente. Le extrañó que el aspecto de Ezequiel fuera el de un humano ese día y le aclaramos que había utilizado una de sus barreras para modificar un poco su aspecto.

—¿Lo ves? La piedra era un amuleto —le reiteró Billy a Jake, cuando terminamos de explicarlo todo.

—¿Y eso es en lo único que te fijas de todo lo que acabamos de contar? —mi novio puso los ojos en blanco.

Billy decidió quedarse la piedra y el semblante de Charlie decía claramente: *no pensar, no pensar*.

Mi abuelo insistió en llevarnos a La Push, así que mi familia aprovechó para marcharse a su casa de Forks y organizar algunas cosas que Alice quería preparar para la boda. Como Billy, Jake y yo íbamos en el coche patrulla de Charlie, Quil, Cheran, Embry y Nathan lo hicieron en la vieja furgoneta de Sue. Nos despedimos de ellos con un efusivo abrazo para darles las gracias por todo y nos fuimos.

Ya me emocioné algo mientras observaba ese paisaje que tanto había añorado, de camino a mi querida La Push, pero me dio un vuelco al corazón cuando vi nuestra preciosa casita roja, y no pude evitar que un enorme nudo se aferrase a mi garganta, aunque fui capaz de contenerlo. Jake me dio un beso corto y apretamos el amarre de nuestras manos.

Les repetí unas mil veces que se quedasen a tomar una cerveza o algo en nuestra casa, pero Billy y Charlie tenían cosas que hacer, al parecer, cosa que me extrañó, así que nos dejaron en nuestro jardín y se marcharon.

Lo primero con lo que se toparon mis ojos fue con mi forito. Estaba aparcado justo donde lo había dejado mi cuerpo carnal dominado por aquella brisa gélida que lo poseía, hace un año. Estaba muy sucio, claro.

—¡Mi coche! —exclamé, con alegría, tirando de Jake para acercarme. Jacob se rió.

—Tendremos que comprobar si arranca, lleva demasiado tiempo parado —declaró—. Y habrá que lavarlos, por supuesto, está hecho un asco.

Pero algo captó mi atención un poco más allá y mis pupilas se dirigieron en esa dirección, atónitas.

—La plantación —volví a exclamar, aunque esta vez un poco más bajo, de la impresión.

Tiré de Jake de nuevo y me acerqué hasta la parte trasera de la casa. Abrí la abertura de la lona de plástico transparente y mis ojos se abrieron como platos cuando comprobé lo que mis pupilas habían creído ver.

Antes de que me diese tiempo a reaccionar, escuché unas pisadas y varios latidos de corazón que bombeaban la sangre a diferentes ritmos.

—Como ves, las plantas están perfectas y ya han florecido —dijo Brenda a mis espaldas.

Me giré súbitamente y el nudo que ya llevaba un buen rato aferrado en mi tráquea explotó.

—¡Brenda! —lloriqueé, soltando a Jake para abrazarla con fuerza.

—Te hemos echado mucho de menos —sollozó ella también, apretando su abrazo. Luego, se despegó un poco de mí y me secó las lágrimas—. Pero ya ha pasado todo, lo importante es que estás en casa.

—Sí —sonreí, enjugando las suyas.

Entonces, me percaté de su compañía. Seth sonreía abiertamente y estaba junto a Helen, Teresa y Mercedes, a los cuales también me abalancé para abrazarles, lloriqueando como una niña.

Me fijé en que los ojos de Teresa ya empezaban a adquirir ese color dorado que indicaba que no tomaba sangre humana, lo cual me alegró muchísimo. Lo estaba consiguiendo.

Cuando ya conseguimos controlar la emoción del reencuentro, Brenda me explicó que ella y Seth se habían encargado de la plantación, pensando en un regreso de Helen.

Ya sabía que el cuerpo de Helen también había sido controlado por otra brisa para engañar a todo el mundo, sin embargo, por culpa del hechizo, ella nunca había podido contarme cómo había sucedido todo exactamente. Pero ahora sí. Al parecer, su cuerpo manipulado les había dicho a los lobos que la protegían aquel día que se iba de Forks con Ryam, soltando ese humo dorado por su boca que les había hecho creerlo, al igual que me había pasado a mí con mi familia, aunque los chicos no habían sido hechizados después con ningún otro encantamiento, como sí

había ocurrido con mi familia. Lo demás fue coser y cantar para Razvan. Al creerlo unos pocos, el resto también lo hizo, debido a la conexión de sus pensamientos, entre la manada no hay secretos ni dudas. También fue así como creyeron que yo había abandonado a Jacob por otro hombre, lo habían visto todo en la mente de Jake y ninguno pudo dudar de la veracidad de esos recuerdos, claro. Por supuesto, Razvan engañó al padre de Helen usando el mismo método. Tema aparte fue Ryam. Él sí que sospechó que pasaba algo al llamar a Helen y que su teléfono siempre estuviera desconectado, así que dejó de lado el tema de la hija de Teresa para investigar la extraña desaparición de Helen. Al final, todo le llevó al mismo punto y terminó encontrándose con Mercedes y Ezequiel, el cual le ayudó.

Brenda y Seth siempre pensaron que Helen podría volver, así que se dedicaron a seguir cuidando las plantas, las cuales ya habían florecido. Eso me dio una alegría enorme, porque significaba que la curación de Helen y Ryam estaba a la vuelta de la esquina. Ahora Carlisle y Louis ya tenían flores con las que trabajar en el antídoto, y seguro que se ponían manos a la obra enseñada.

Eso me hizo recordar al resto de los gigantes. ¿Qué iba a pasar con ellos a partir de ahora? ¿Dónde estarían? Porque ahora ya no estaban Razvan, Nikoláy ni Ruslán para encargarse de ellos, bueno, si lo que hacían con ellos podía llamarse así. Puede que siguieran en el castillo, en aquella caseta de piedra, olvidados, ya que si no recibían ninguna orden, seguirían allí, sin moverse jamás. O puede que Razvan los hubiera llevado a otro sitio antes de todo lo ocurrido en Canadá y en Bulgaria. Me dio lástima, no por ellos en sí, por supuesto, ahora eran unos seres monstruosos y despiadados, sino porque en su pasado habían sido personas humanas a las que les habían arrancado la vida.

Sin embargo, Helen me alentó diciéndome que, ahora que Razvan, Nikoláy y Ruslán ya habían muerto, Ryam se estaba encargando de buscarles para dar con alguna solución, ya que se sentía obligado a ello en cierto modo, él mismo era un gigante, aunque de naturaleza totalmente distinta. Jake torció el gesto, desaprobaba totalmente ese afán solitario de Ryam, pero a mí me calmó un poco, porque si los encontraba, tal vez Carlisle y Louis dieran con alguna solución para curarles a ellos también, si es que lo suyo tenía cura.

Toda la guardia de Razvan había fallecido o desaparecido del mapa, así nos lo ratificó Helen, que lo sabía porque Ryam había estado en el

castillo, fue el primer sitio donde había ido a buscar a los gigantes, los cuales tampoco estaban. Los pocos vampiros que se habían quedado en el castillo para vigilarlo habían huido muy lejos al enterarse de la muerte de los tres magos. Jacob no les dio mayor importancia, pues ahora no estaban bajo el mando de estos tres y lo más seguro es que aprovecharan para iniciar una nueva vida como nómadas, lo cual no era peligroso para ninguno de nosotros. Sin embargo, esto confirmó mi idea de que Razvan hubiese llevado a los gigantes a otro sitio.

Durante estos días, Teresa, Helen y Mercedes se habían quedado en La Push, donde también habían sido protegidas por la manada. Se habían alojado en nuestra casa, que era el único sitio en el que Teresa podía estar, debido al nuevo tratado, que seguía vigente. Aunque no le habían pedido consentimiento a Jacob, todos decidieron tomar a Teresa como una amiga de mi familia, así que le permitieron permanecer aquí.

Después de ese momento de larga cháchara, Jake y yo les invitamos a pasar a casa para que se tomaran algo, pero, otra vez para mi asombro, declinaron la oferta, alegando que tenían cosas que hacer.

¿Qué le pasaba a todo el mundo hoy? ¿Es que todos estaban tan ocupados, incluso Teresa, Mercedes y Helen? También me extrañó que el resto de la manada y sus chicas no estuviesen aquí para darnos la bienvenida, aunque no le di más importancia. Unos estarían patrullando, y el resto tendría cosas que hacer, visto lo visto. Además, para ser sincera, estaba deseando quedarme a solas con Jake.

Ahora que todo peligro había terminado y que nosotros habíamos regresado a nuestra casa, Teresa y Mercedes se iban a alojar en la vivienda que mi familia tenía aquí en Forks, junto con el resto de nuestros aliados, y Helen por fin regresaba a su casa, junto a su padre. Así que cuando los cinco se marcharon, Jake y yo nos quedamos a solas.

¡Aleluya! Por fin, por fin estábamos solos.

—¿Vamos a entrar en casa o nos vamos a quedar aquí plantados como espantapájaros? —bromeó Jake.

—No, vamos —y tiré de él para correr hacia allí.

Se rió y acompañó mis pasos.

—Bueno, no sé cómo estará todo, porque yo llevo sin entrar un año —me informé, aunque ya lo sabía—. Debe de estar todo bastante sucio.

—No importa —le sonreí—. Seguro que Teresa, Helen y Mercedes lo han adecentado.

Correspondió mi sonrisa y llegamos al umbral. Jacob abrió la puerta y pasamos al interior¹.

Me quedé inmóvil en el vestíbulo, aferrada a la mano de Jake, observándolo todo con una atención especial. Había soñado que regresaba a casa tantas veces, tantas durante mi largo encierro, que no pude evitarlo, otra vez me vi embargada por la emoción. Era el olor de la casa, los muebles, incluso la luz, todo lo que había añorado, y por fin estaba aquí, por fin estaba junto a él, por fin ese infierno había terminado. Creo que no me había dado cuenta de esto del todo hasta que no entré en casa y lo vi con mis propios ojos. Eso hizo que las lágrimas brotasen sin control.

Me giré y me abalancé a los brazos de Jake, hundiendo el rostro en su cálido cuello para llorar ahí. Él correspondió mi abrazo, rodeándome con esos fuertes brazos que me hacían sentir tan segura, apretándome contra él.

—Ya pasó todo, cielo —murmuró, en mi pelo—. Ahora estás en casa. Me despegué un poco de él para mirarle.

—Estar aquí, contigo, me parece un sueño —confesé.

—A mí me pasa lo mismo —reveló, dejando mi cintura para secar mis mejillas con sus suaves dedos—. Cuando te fuiste, me quedé vacío, mi vida sin ti no tenía sentido, ni siquiera podía entrar aquí, ni siquiera podía pasar cerca de aquí, porque todo en esta casa era un recuerdo tuyo, todo, hasta el color de la fachada. Así que el estar aquí contigo, también me parece un sueño.

—Pero no lo es —sonrei.

—No, no lo es —sonrió él también.

—Las píldoras anticonceptivas que viste el otro día las estoy tomando para nuestra luna de miel —le revelé, ya que llevaba tiempo queriendo aclararle esto—. Alice me dijo que seguía viendo un acontecimiento importante en el futuro de todos en el que intuía mucha felicidad, y que continuaba sin poder verlo bien porque era de nosotros de quien se trataba y también debido a la presencia de muchos metamorfos, así que tenía que ser nuestra boda. Yo ya estaba segura de que todo iba a salir bien, pero ella me dio más confianza. Así que le pedí a Carlisle que me las consiguiera.

—¿Y las consiguió tan rápido?

¹ Los planos de la casa aparecen al final del libro.

—Bueno, para un médico es muy fácil que se las vendan en una farmacia —reí.

—Claro, me lo imagino —me correspondió él, asintiendo.

Entonces, me puse más seria.

—Las tenía que tomar con antelación para que hicieran efecto, por eso las llevaba —declaré, acariciando su nuca—. Quiero que sepas que yo jamás me entregaría a ningún otro.

—Mierda, cielo, no tienes por qué explicarme esto —afirmó con un rostro arrepentido, llevando sus manos a mi cintura de nuevo—. Sé que nunca lo harías, al igual que yo, jamás he dudado de ti en ese aspecto. Bueno, vale, ese día me volví loco, pero fue por culpa de ese estúpido rencor, que me cegó durante un instante —reconoció. Luego, se quedó mirándome y desplegó esa sonrisa torcida que tanto me gustaba—. ¿Y a qué viene eso de las píldoras ahora?

—Pues que las píldoras ya hacen efecto —insinué, llevando mis ojos a los suyos con deseo.

—Ah, ¿ya hacen efecto? —murmuró con voz sugerente, aproximando su rostro al mío.

—Sí, y estamos a solas, sin hechizos por medio, por fin —susurré, acercándole a mí con ímpetu.

Mi espalda se topó con la pared y nuestros rostros se unieron del todo, quedando nuestras bocas a pocos milímetros. Ya notaba su dulce y agitado aliento entremezclándose con el mío, eso me volvía loca, mi cuerpo ya se estremecía sólo con sentirle pegado a mí.

—Sí, por fin —repitió con un susurro lleno de deseo.

No perdimos más tiempo. Unimos nuestros labios y comenzamos a besarnos con pasión y ardor mientras jadeábamos sin cesar. Bajé mis manos de su espalda y su nuca y, cuando estaba a punto de rasgar su camiseta para dejar al descubierto ese impresionante pecho, escuchamos un fuerte carraspeo que nos asustó, haciendo que parásemos súbitamente y separásemos nuestros labios para mirar a la culpable con sorpresa.

—Alice, ¿qué... qué haces aquí? —le pregunté, apurada, aunque sin despegarme de Jake.

—¿Y cómo demonios has entrado? —quiso saber él, molesto.

Mi tía se acercó a nosotros, danzando.

—Una ventana del saloncito estaba abierta, he entrado por allí —le contestó a Jake—. Siento molestar, pero vengo a por vosotros para las

despedidas de soltero y soltera —contestó, sonriente, dando una palmada mientras se elevaba con un balanceo de puntillas.

—¿Las... despedidas de soltero y soltera? —repetí, pestañeando.

Jake y yo nos miramos y volvimos la vista hacia ella.

—Sí, claro, no querréis casaros sin hacer una despedida, ¿no? Ya estamos todos listos, así que, venga, duchaos o hacer lo que tengáis que hacer y preparaos, que nos vamos dentro de un rato.

—¿Ya estáis todos listos? ¿Quiénes? —inquirió Jake, separándose de mí para verla mejor.

—Ay, pues todos, quiénes vamos a ser —suspiró mi tía—. Tus chicos, sus novias y mujeres, el aquelarre de Denali..., todos. Nos vamos de cena por separado, por supuesto, los chicos por un lado y las chicas por otro, y, como sé que no soportaréis estar separados mucho más tiempo, luego quedaremos todos en una discoteca. No os imagináis lo que me ha costado encontrar dos restaurantes que nos reservara unas mesas tan grandes —resopló, aunque orgullosa.

Mi chico y yo volvimos a mirarnos.

—¿Y no podemos dejar la despedida para mañana? —le pregunté.

—¿Para mañana? —parpadeó Alice.

—Bueno, como la boda es el domingo, podemos hacerla mañana con más tranquilidad.

—Nessie, el domingo es mañana —me aclaró ella con voz de sorpresa.

—Oh.

—¿Por qué te crees que nos juntamos todos? —me explicó—. No hay tiempo para que la gente de La Push organice sus despedidas y yo las nuestras. Eso sí, los que os alimentáis de comida humana vais a tener que comer mucho, porque si no, sobraré un montón de platos —rió.

Con la diferencia horaria, me había hecho un lío y había calculado mal el día en el que estábamos. Claro, hoy era sábado, no viernes, y mañana... Mañana era domingo. ¡Mañana era la boda!

De repente, me entraron unos sofocos enormes.

—Oh, Dios, tengo... No tengo vestido de novia —caí, empezando a pasear de aquí para allá, llevándome la mano a mi pelo—. Tengo... tengo que buscar uno, donde sea, como sea —me paré en seco—. Oh, Dios, y hay que organizarlo todo, hay que...

—Tranquiiiiila —me paró Alice, poniéndome las manos sobre los hombros para que me relajase de una vez—. Todo está listo, así que no te

preocupes por nada, ¿de acuerdo? Ha sido un largo año de sufrimiento y de luchas, ahora toca divertirse.

—¿Cómo que todo está listo? —pestañeé, perpleja.

Después, Jake y yo volvimos a mirarnos, sorprendidos.

—Tengo que reconocer que la gente de aquí es muy perseverante y muy buenos amigos de sus amigos —le reconoció a Jake, el cual desplegó una sonrisa orgullosa—. Tu gente ya ha organizado todo lo referente a la ceremonia y al convite, tenéis las alianzas y todo, incluso el tema de tu vestido está arreglado —afirmó, ahora dirigiéndose a mí con una sonrisa totalmente satisfecha, señal de que ella había metido mano en este último asunto.

—¿Tengo... tengo vestido? —inquirí, gratamente sorprendida y aliviada—. ¿Pero, cómo...?

—El lunes, cuando entré en el vestidor de tu antiguo dormitorio, encontré tu vestido de novia, o, bueno, lo que quedaba de él —suspiró, con un gesto de dolor. Mi corazón se retorció al acordarme de cómo había sido destrozado—. Por suerte, la parte superior estaba intacta, así que quedé con Sarah y se la llevé para que recompusiera lo de abajo con algún apaño que se le ocurriese.

Mi rostro se iluminó y me lancé a ella para abrazarla.

—¡Alice, Alice, Alice! —exclamé, levantándola mientras daba saltitos.

La dejé en el suelo y abracé a Jake, que se rió y me dio un beso en los labios.

—¿Ya estás tranquila? —quiso saber él.

—Sí —sonreí.

—Mañana todo saldrá genial, ya lo verás —afirmó, acariciando mi mejilla.

Me moría por besar esos labios...

—Pues, hala, arreglaos, que nos vamos —azuzó mi tía, sacándome de mis pensamientos.

Me despegó de Jake, tomándome de la mano, y me obligó a subir las escaleras con ella mientras los tres nos reíamos.

Cuando llegué a nuestro dormitorio, me invadió ese nudo emocionado de nuevo, eran tantos buenos momentos en él, pero Alice enseguida me entretuvo, buscándome un modelito que ponerme. Mientras ella sacaba uno de mis vestidos, me fui hacia la ducha, para que a Jake

también le diese tiempo a ducharse. En cuanto los dos nos arreglamos, nos marchamos de nuestra preciosa y añorada casita.

Antes de separarnos por sexos, quedamos todos en Forks. Entonces, entendí por qué todo el mundo estaba tan ocupado hoy. No había venido más gente a casa, no se habían quedado más tiempo con nosotros, porque todos querían darnos una sorpresa, la cual fue muy emotiva. Casi toda la manada estaba allí, con sus parejas —los que faltaban estaban patrullando—, incluso Leah, Simon, Billy, Charlie y Sue, y una vez más, me vi rodeada de abrazos, besos y lágrimas de bienvenida. Me sentí genial, arropada, querida, como si nunca me hubiese ido. También estaban allí Brenda, por supuesto, que acompañaba a Seth, Helen y las gemelas, que no entendían mucho, lo único que sabían era que yo había roto con Jake, cosa que me dolía como si me clavasen un puñal, y que había vuelto con él, arrepentida de mi gran error, para casarme. Eso es lo que Brenda les había podido decir. En fin, me moría por contarles la verdad, pero era evidente que no podía hacerlo. Brenda también les había dicho que Helen había vuelto, por lo que, además de darme la sorpresa y bienvenida a mí, se la habían dado a Helen.

Mi familia —excepto Alice, claro—, el aquelarre de Denali, Teresa, Mercedes, Louis y Monique ya nos esperaban por separado en los respectivos restaurantes, así que le di un beso a Jake, beso que me hubiese gustado que fuera más largo si no hubiese sido por todas mis amigas, y las féminas nos dividimos de los chicos para marcharnos.

Las despedidas se iban a celebrar en Port Angeles, así que tuvimos que repartirnos en varios coches.

Ya les había pasado con Alice, pero Alison y Jennifer se quedaron alucinadas con mi madre, mis tías y todas las mujeres vampiro que nos encontramos en el restaurante, sobretudo por la belleza tan llamativa de Rosalie. Por supuesto, no sabían que eran vampiros, y para ellas mi madre y mis tías eran mis primas.

Las gemelas no fueron las únicas que se quedaron impresionadas con las chicas vampiro, los comensales del restaurante incluso dejaron de comer al ver tanta belleza junta, aunque también era por el gran número de féminas que éramos y el divertido contraste que creábamos, ya que íbamos del blanco pálido y níveo de la piel de los vampiros, a la tez morena y cobriza de las quileute.

A mamá y todas las chicas vampiro no les quedó más remedio que tragarse algo de la comida humana que nos pusieron en el plato, por lo menos para disimular un rato. Después achacaron su falta de hambre a guardar la línea. El resto cenamos muy bien, y fue una velada muy amena y divertida en la que no faltaron las típicas bromas de una despedida de soltera. Gracias a Dios, mis amigas quileute estaban allí para poner un poco de alegría al asunto.

Me lo pasé muy bien, pero para ser sincera del todo, tengo que reconocer que no hacía más que pensar en Jacob, en cómo lo estaría pasando con el resto de los chicos, todos mezclados con los hombres de mi familia y amigos vampiros. Era paradójico, la manada se dedicaba a cazar seres como los que estaban *cenando* con ellos, pero ahí estaban, todos juntos en armonía. Bueno, eso esperaba.

Cuando terminamos de cenar, Teresa, las chicas de Denali y Sue decidieron irse a casa, así que ellas se marcharon en un taxi y las demás nos fuimos a la discoteca donde habíamos quedado con los chicos. Yo ya estaba ansiosa por ver a Jacob, no podía evitarlo, se me notaba en la cara. Habíamos estado demasiado tiempo separados y lo único que quería ahora era pasar todos los minutos de mi vida junto a él.

La discoteca estaba abarrotada de gente, cómo no, era sábado. Conseguimos entrar y llegar hasta la pista. Lo primero que hizo mi vista de semivampiro fue buscar a Jacob entre toda esa gente. No me costó mucho ver que no estaba. No había ningún grupo en el que destacasen sus cabezas por encima del tumulto de personas, así que supe que aún no habían llegado.

—Vamos a tomar algo —me instó Rachel, cogiéndome de la mano para acercarnos a la barra.

—Esperad, yo también quiero pedir —se unió Leah.

Y de repente, todas las quileute, mas las gemelas, Helen y Brenda se agregaron a nosotras para ir hacia la barra. Estábamos justo al lado, así que no fue difícil acceder a la misma. Rachel y yo nos hicimos un hueco y la escotada camarera se acercó a nosotras.

—¿Qué quieres? —me preguntó mi ya casi cuñada.

—Una cerveza sin alcohol.

—Yo otra —dijo Jennifer.

—Y yo —siguió su hermana.

Y, una vez más, el resto se unió a la petición.

Rachel pidió todas esas cervezas a la camarera, las repartió y sacó la cartera para pagar.

—¿Qué haces? —le detuve—. Esto lo pago yo. Es mi despedida, ¿recuerdas?

—Quietas, quietas —intervino Alice, que salió de la nada—. Está todo apalabrado con el dueño de la discoteca para que me envíe la cuenta mañana, así que nada de pagar.

—¡Alice! —protesté.

—Era lo más cómodo, no querrás que nos peleemos todos por pagar, ¿no? —alegó ella—. Además, nosotros queríamos invitar a todos como agradecimiento por su ayuda.

—Nessie ya forma parte de nuestra familia, no tenéis que agradecer nada —afirmó Rachel, sonriendo.

—Nosotros queremos agradecerlo igualmente —declaró mi tía, sonriendo también.

Rachel asintió para aceptar su gesto, mi tía hizo lo mismo para ratificarlo y me dio un beso en la mejilla para danzar hacia las demás.

Sonreí.

Eché otro vistazo general a la entrada de la sala y al no ver señal de los altos quileute, me volví al frente para coger mi cerveza.

—Hola, preciosa, ¿estás sola? —me dijo una conocida voz ronca a mi lado, con insinuación.

Mi corazón comenzó a latir aceleradamente. Me giré y vi a Jake, que se había apoyado en la barra y me sonreía con esa sonrisa torcida que me volvía loca. Estaba tan guapo con esa camisa azul... Me moría por lanzarme a sus brazos para besarle, pero me contuve para seguir su juego.

—Pues no, estoy esperando a mi novio —le contesté, simulando un tono un tanto borde.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está? —siguió él, mirando alrededor para buscarle.

Se me escapó una risilla, aunque la controlé enseguida.

—Está en su despedida de soltero, pero va a venir ahora —respondí, tomando un trago de mi botellín.

—Vaya, ¿en su despedida de soltero?

Dejé la cerveza en la barra y me giré hacia él.

—Sí, y esta es mi despedida de soltera —le solté con una sonrisa que no pude evitar—. Nos casamos mañana.

—¿Y qué le ves a ese tipo, para casarte con él? —su sonrisa pícaro se amplió.

Me acerqué más a él.

—Es muy guapo y está como un tren —le revelé con un murmullo, llevando mi dedo a su pecho.

—¿Sólo eso? —murmuró Jake con otra sonrisa torcida.

Me arrimé más a su cuerpo.

—Es fuerte, simpático, alegre, divertido, leal, fiel, inteligente, honesto, generoso, impulsivo y la persona más maravillosa del universo —susurré, perdiéndome en mis adorados ojos negros—. Y me siento muy protegida entre sus brazos.

Me rodeó con los mismos y me apretó contra él, haciendo que nuestros rostros ya se tocasen. Mi boca dejó exhalar un suave suspiro al tenerle tan pegado.

—¿Como ahora? —susurró en mis labios, provocando al vello de todo mi cuerpo.

—Sí —sólo me salió un hilo de voz.

Unimos nuestros labios para besarnos con pasión mientras mis manos ya se perdían por su pelo y sus hombros.

Dejé su cabello para llevar mi mano a su mejilla y le mostré la puerta que había visionado al entrar en la discoteca donde ponía *privado*. Después, le mostré todo lo que se me ocurría que podíamos hacer allí.

Soltó mis labios, nos miramos, sonriendo, y me tomó de la mano para iniciar la marcha hacia ese almacén.

—¿No quieres tomar nada, Jacob? —nos detuvo mi padre, señalando al resto de los quileute, que estaban esperando a Jake para dirigirse a la barra.

Escuché el ligero gruñido de mi chico.

Suspiré. Tendría que esperar a llegar a casa.

—Venga, ve a pedir algo con ellos —le exhorté, empujándole hacia los chicos.

—¿Seguro? —me preguntó.

—Sí, ve.

Jacob se unió a ese grupo, papá sonrió con satisfacción y yo le dediqué un mohín.

La música sonaba muy alta, pero nosotros nos escuchábamos perfectamente. Billy, Charlie y el aquelarre de Denali también se habían

ido a casa después de cenar. Jake no tardó nada en regresar a mi lado, sosteniendo su cerveza y la mía, la cual me pasó.

—¿Qué tal lo has pasado en la cena? —inquirí, tomando otro trago de mi botellín.

—Muy bien —asintió, y de pronto, su sonrisa se amplió, adquiriendo un matiz un tanto maléfico—. Hicimos que tu padre tuviera que tragarse todo un bistec, no veas la risa que pasamos.

—¿En serio? —pestañeé, riéndome.

—Sí —se rió—. Verás, primero el camarero vino y le preguntó si no le gustaba, ya que tu padre fue el único que ni lo probó. Entonces le dijimos al tipo que estaba poco hecho y que a él no le gustaba así. El camarero se llevó la carne y la trajo más hecha, ya sabes, sin que sangrase una gota y eso. Y después liamos a Edward para que tuviera que tragárselo delante del camarero —empezó a carcajearse.

Mi padre le dedicó una mirada asesina, aunque los quileute, y también Emmett, acompañaron sus carcajadas y el resto de vampiros también sonrieron.

—Pobre papá —me reí.

Emmett y Rosalie se acercaron a nosotros.

—Toma, chucho, te he traído unos huesos —dijo Rosalie con una sonrisa maliciosa, alzando una bolsa de plástico transparente para mostrársela a Jake.

—Vaya, rubia, veo que no puedes olvidarte de mí ni un instante. ¿Tanto te preocupas por mí, que me traes comida?

—Eres la mascota de la familia, alguien tiene que alimentarte —siguió ella.

—Claro, y por eso te encargas tú —declaró él, ampliando su sonrisa—. Lo intentas disimular, pero en el fondo me quieres, lo sé.

—Sigue soñando, chucho —contestó mi tía, tirando la bolsa al suelo, aunque no pudo evitar que se le escapase una sonrisita.

Jake se rió con satisfacción.

Nos quedamos varias horas en la discoteca, bailando y charlando. Me lo pasé genial, había estado encerrada un año, y el poder salir y hacer algo normal fue como volver a la realidad de nuevo. Hasta que llegó la hora de marcharse.

Salimos de la discoteca y nos dirigimos hacia los coches. Iba a marcharme con Jake, cuando mamá tiró de mí.

—¿A dónde vas? —rió—. Hoy no puedes dormir con él, te vienes a casa con nosotros.

—¿Qué? —parpadeé, mirando a Jacob con agonía.

—Nada de dormir juntos hasta la noche de boda —dijo ella.

—Pero, pero...

Mis ojos no se despegaban de él, que también me miraba un poco sorprendido.

—Es la tradición —siguió Alice—. Además, mañana hay que preparar muchas cosas, hay que vestirme, peinarte, maquillarte... Y si ya estás en casa, será más fácil para todos.

—Tienen razón, Nessie —aceptó Jake, acercándose a mí—. Es mejor si ya duermes allí. Además —subió su mano para acariciarme la mejilla—, yo también tengo que preparar muchas cosas.

—Pero yo quería...

Acercó su boca a mi oreja y susurró.

—No me importa esperar. Eso hará que la noche de boda sea más interesante, ¿no crees?

Todo el vello se me puso de punta.

—Claro que sí —asintió Alice, tirando de mí de nuevo—. Bueno, chicos, hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidieron los quileute.

—Mañana ya te llamamos para organizarnos —le dijo papá a Jacob.

—De acuerdo —contestó él.

Otra vez miré a Jake, el cual me sonrió. Suspiré. No me quedó más remedio que rendirme a su sonrisa y se la correspondí. Bueno, puede que tuvieran razón. Esperaría un día más, no era para tanto. Y la noche de boda sería especial y mágica.

Me subí en el coche con mis padres y no dejé de mirar a mi ya casi marido por la ventanilla hasta que nos alejamos de allí.

COMIENZO

Me resultó un poco raro dormir en mi antigua y enorme cama sin Jake, ahora que todo se había arreglado, aunque, también me trajo muchos recuerdos.

Recordé la primera vez que Jake durmió en esta cama, sobre la colcha, después de aquella horrible pesadilla, y cómo yo me fijaba en su impresionante pecho a la luz de la luna llena; las veces que nos tumbábamos, me acurrucaba sobre su torso y él me pasaba los dedos por el pelo, haciéndome casi ronronear; aquella otra noche de luna llena en la que él regresó después de marcharse por mi culpa, por mentirle y decirle que sólo quería ser su amiga, en la que la luz de ese satélite iluminaba sus iris negros, confiriéndole un brillo especial con ese reflejo blanco, y su rostro me parecía aún más hermoso...

Finalmente, me dormí por puro agotamiento.

En cuanto me desperté, lo primero que hice fue coger el móvil de la mesita. Me quedé sentada, marqué el número de Jake a toda velocidad y esperé al único tono que sonó.

—Buenos días, preciosa —me saludó nada más descolgar, se notaba que con una enorme sonrisa.

Sonreí al imaginármelo. Escuchar su ronca voz fue como música para mis oídos.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Regular. Te he echado mucho de menos —confesé, enroscando mi dedo índice con la sábana.

—Sí, yo también —volvió a sonreír—. ¿Estás nerviosa? Porque yo estoy neurótico perdido.

—Estoy histérica —reí.

Jacob acompañó mi risa al otro lado de la línea.

—Me parece que hoy va a ser un día muy largo para los dos.

—Sí —asentí, sonriendo—. Por cierto, ¿dónde has dormido? ¿En casa o con Billy?

—Con mi viejo —contestó. Entonces, escuché las voces de Billy, Rachel y otra voz femenina que me pareció la de Rebecca. Estaban montando un barullo tremendo—. Mierda. Escucha, tengo que dejarte, nena, ya me están liando para que vaya a la peluquería.

—Vale —reí otra vez.

—Nos veremos en el altar.

—Sí —sonreí.

—Te quiero.

—Te quiero.

Y colgamos.

Dejé caer la espalda sobre el colchón con los brazos en cruz y sonreí de felicidad. Estuve mirando el techo un buen cacho de esa guisa, con cara de tonta, hasta que me cansé.

La luz del sol entraba por la cristalera, invadiéndolo todo, hoy hacía un día precioso. Que esto sucediera en Forks, era tener suerte.

Me levanté, me duché y bajé a la cocina para desayunar. Cual fue mi sorpresa cuando vi que Esme me había preparado un delicioso desayuno.

—Muchas gracias, Esme —reí con entusiasmo, y le di un beso en la mejilla—. ¡Y hasta me has hecho tarta de fresas! —exclamé cuando la vi, sentándome a la mesa.

—Por supuesto, cielo, sé que es tu favorita —sonrió, mostrando esos adorables hoyuelos mientras pasaba su mano por mi pelo húmedo—. Hoy tienes que alimentarte bien, es un día muy importante.

—No sé si seré capaz de comer algo —reconocí, partiendo los huevos revueltos con el tenedor—. Creo que esta comida va a ser la única que pueda meterme hoy.

Esme sonrió de nuevo y se sentó frente a mí.

—Estar nerviosa es normal, es un paso muy importante en tu vida.

—Más que nerviosa, estoy ansiosa —le confesé, un poco ruborizada—. Ahora mismo me hubiera gustado que las bodas quileutes fueran al amanecer, en vez de al anochecer —reí.

—Por cierto, eso me recuerda algo —dijo—. El vuelo hacia la isla de Santa Lucía sale a las cinco de la mañana, así que tendréis que estar en el aeropuerto a las cuatro como mínimo, para que os de tiempo de embarcar sin problemas.

Sonreí al recordar nuestro viaje de luna de miel. Por fin íbamos a poder irnos a ese islote privado que quedaba a unos kilómetros de la isla de Santa Lucía. Lo malo es que íbamos a tener que viajar justo después de la celebración de la boda, con lo cual, la noche de boda se iba a retrasar, pero sabía que la espera iba a merecer la pena.

—De acuerdo —asentí—. Gracias por todo, abuela, aunque ya le daré las gracias al resto, también.

—De nada, cielo —sonrió, satisfecha y complacida—. No tienes por qué agradecernos nada, es el regalo de boda de todos.

—De todas formas, gracias —insistí.

Sí, nuestra luna de miel era el regalo de toda mi familia, bueno, de casi toda, porque mis padres le iban a regalar la Harley a Jake y un regalo secreto para mí que no había manera de sonsacarles. Carlisle y Esme ponían el viaje, Rose y Em ponían el alojamiento, esa enorme casa de lujo que tenían en el islote y al que habían ido varias veces, seguramente en una de sus múltiples lunas de miel, con un servicio de abastecimiento y limpieza incluido que venía en barco todas las mañanas; y Jazz y Alice nos habían alquilado una avioneta privada para que fuéramos a la isla de Santa Lucía todas las veces que quisiéramos y a cualquier hora. El aquelarre de Denali, Louis y Monique también nos habían preparado algo, aunque no nos lo habían querido decir para no estropear la sorpresa.

Me tragué el desayuno como pude, si bien la tarta de fresas me entró estupendamente, y ayudé a Esme a recoger mi plato, ya que ella lo había hecho todo en escasos segundos.

Justo cuando salía por la puerta de la cocina, escuché el ruido de un motor acercándose.

—Es Sarah, te trae tu vestido de novia —me reveló mi padre, que estaba en el níveo sofá, leyendo el periódico, junto a mi madre—. Y le ha quedado precioso, por cierto.

Mi sonrisa se amplió aún más.

—¿Mi vestido de novia?

Antes de que Sarah aparcara su vehículo, yo ya le estaba esperando en la puerta.

Salió del coche, se acercó al maletero, el cual abrió, sacó una funda y una caja redonda de cartón, cerró el maletero y llegó hasta el umbral.

—Buenos días, Ness, te traigo tu vestido y tu corona de flores —me anunció con una sonrisa.

La mía ya no me entraba en la cara.

—Pasa —le cogí de la muñeca y la llevé hacia dentro con presteza.

En un abrir y cerrar de ojos, todas mis tías, mi madre y mi abuela estaban revoloteando a nuestro alrededor.

—¡Vamos arriba para que te lo pruebes! —clamó Alice, ahora tirando ella de mí.

—Esto es como abrir la caja de Pandora —se rió Emmett, que se sentó al lado de mi padre.

—Sí, imposible de parar —siguió Jasper, haciéndolo en la butaca de al lado.

Ambos se rieron.

No sé cómo fui capaz de subir las escaleras sin caerme, ya que las tenía pegadas a mí como lapas.

Entramos todas en mi cuarto y, cuando Sarah y yo nos dimos cuenta, mamá, mis tías y Esme estaban sentadas en la cama, esperando.

—Venga, ¿a qué esperas? —azuzó Rosalie—. Tengo que ver cómo es para ir pensando en el peinado que te voy a hacer.

—Voy a llevar el pelo suelto —le adelanté ya, por si acaso.

—Alguna orquilla para despejar tu cara te quedaría mejor —afirmó ella.

—Bueno, ya veremos —respondí.

Sarah posó la funda en la cama, un neceser con material de costura, y abrió la cremallera de lo primero.

—Espero que te guste —me dijo, sacando el vestido con cuidado.

Cuando lo extendió sobre la colcha, mi rostro se iluminó como si el sol estuviese enfocándome con uno de sus rayos.

—¡Es precioso! —exclamó Alice, con entusiasmo, levantándose de un salto para verlo mejor.

Mi amiga quileute lo cogió y lo alzó para que lo viese mejor.

—¡Sí, es precioso! —alabé, emocionada. Y nerviosa. Tener mi vestido ahí, me hacía recordar lo cerca que estaba mi sueño. Solamente faltaban unas horas—. ¡Te ha quedado genial, Sarah, muchas gracias! —reí, abrazándole.

—Cuidado, el vestido —me paró entre risas.

—Oh, sí, perdón —murmuré, ruborizada, apartándome de ella—. No sé cómo hacer para pagártelo, en serio, ni para pagarte todo el tiempo y el esfuerzo que le has dedicado, creo que no serviría ni todo el dinero del mundo.

—No tienes que pagarme nada, tu vestido y el traje de Jake es mi regalo de boda —afirmó, sonriente.

—No puedo aceptarlo, Sarah, es demasiado...

—Para mí es un honor haber hecho los trajes de novios del Gran Lobo y su esposa —me cortó con un poso de respetabilidad.

Sabía que era así y que jamás aceptaría que se lo pagase. Y yo debía aceptar el regalo para no ofenderla.

—Está bien. Muchas gracias, Sarah, de verdad —sonreí, y le di un beso en la mejilla.

Ella sonrió, complacida y orgullosa.

—Venga, ¿a qué esperas? Pruébatelo —me apremió mamá, riéndose.

—Sí, sí —asentí, comenzando a quitarme la ropa.

Todas esperaron expectantes a que terminara y me pusiera el vestido, hasta que, por fin, Sarah acabó de abrocharme toda esa fila de botones de la espalda.

Se hizo un momento de silencio en el que las cinco se quedaron absortas, mirándome.

—Bueno, ¿cómo estoy? —inquirí, ya que no decían nada.

—Estás maravillosa —sonrió Esmé, algo emocionada.

—Estás realmente preciosa, cielo —siguió mamá, también con chiribitas en los ojos.

—Te queda como un guante —declaró Alice.

—Preciosa —afirmó Rosalie, sumándose a la emoción de las demás.

—Traía el neceser, por si tenía que hacerte algún ajuste de última hora, pero ya veo que te queda perfecto —manifestó Sarah, analizando cada parte del vestido con satisfacción.

—Mírate en el espejo —sugirió mi madre, levantándose para acompañarme al vestidor.

Entramos, encendimos la luz y me plantó delante del espejo.

Una vez más, mi rostro se iluminó.

La parte de arriba era la misma, ese corsé hecho con esa tupida tela de seda blanca que dejaba mis hombros desnudos y que llegaba hasta mis caderas. Seguía estando revestida en su parte superior de esas grandes flores de seda vaporosa y en la parte izquierda delantera de la cadera continuaba llevando esas dos flores que eran semejantes a las del corpiño, sólo que más pequeñas.

El cambio venía en la falda.

Ahora era una falda ligera y más estrecha que llegaba hasta los tobillos, hecha de una vaporosa seda que tenía más movimiento y caía libre desde mis caderas, ciñéndose más a mi cuerpo.

En definitiva, se parecía bastante al anterior, sólo que la falda ya no tenía volantes ni hacía esa forma de “A”, sino que era más suelta y ligera.

—Es precioso —repetí, mirándolo sonriente.

—Bueno, pues hala, ya está —irrumpió Sarah, entrando en el vestidor con precipitación—. Quitátele ya, que da mala suerte probárselo mucho tiempo, antes de la boda.

—Vale, vale —me reí.

Salí del vestidor, acompañada de mi madre.

—En fin —suspiró Alice—, ya te hemos visto el vestido, así que te dejamos a solas para que te vuelvas a cambiar.

—Id bajando vosotras, yo voy ahora —le dije mamá.

—Por supuesto —aceptó Esme.

Sarah cogió su neceser y salió con el resto, cerrando la puerta a sus espaldas.

—¿Qué pasa? —quise saber, algo extrañada, aunque ya intuía que me iba a dar uno de esos discursos que dan las madres antes de una boda.

—Quería darte una cosa —declaró, para mi sorpresa, porque eso sí que no me lo esperaba.

—¿Una cosa?

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña bolsita de tela violeta que iba cerrada en la parte superior por medio de una cinta. Cogió mi mano, poniendo mi palma hacia arriba, y dejó su regalo encima.

—Mamá, no tenías por qué haberte molestado.

—Oh, sí, claro que sí —sonrió—. No se casa tu única hija todos los días. Y, encima, con una de las personas que más quiero del mundo, como es Jacob. Así que, venga, ábrelo.

—Vale —sonreí yo también.

Tiré de uno de los extremos de la cinta, le di la vuelta a la bolsita y dejé caer su tintineante contenido en la palma de mi mano.

Era una tobillera de oro blanco. De los eslabones de la cadena, colgaban una serie de figuritas talladas artesanalmente, también del mismo material, que se distribuían a lo largo de la tobillera.

—Son lobos —murmuré, gratamente sorprendida.

—Sí. Mira la inscripción —y me señaló el final de la cadena, donde uno de los eslabones no era hueco.

Lo cogí con mis dedos y le di la vuelta para poder leerlo.

Más que mi propia vida, rezaba con unas letras diminutas.

—Mamá... —susurré, emocionada.

—Me gustaría que la llevaras hoy —murmuró, acariciando mi mejilla con dulzura.

—Claro que sí —y me abalancé a ella para abrazarla.

—¿Te gusta de verdad? —me preguntó, separándose por los hombros para mirarme.

—Me encanta —asentí, secándome las lágrimas.

—Me alegro —sonrió.

Se hizo un silencio en el que aproveché para mirar la tobillera un poco más.

—Siento que papá y tú no podáis ser los padrinos —lamenté, alzando la vista para observarla a ella con pesar—. No pensábamos que esa tradición de bailar con los padrinos fuera tan importante.

Pero lo era. Y Jacob no había podido convencer al Viejo y testarudo Quil para que pasara por alto eso. Mis padres podrían bailar perfectamente con los lobos y sus parejas, ya sabían que eran vampiros, pero con el resto de quileutes que desconocían todo este mundo, no podrían. A ver cómo se les explicaba que eran congelados al tacto, y no iban a llevar guantes en pleno junio, además, ni siquiera unos guantes servirían para disimular el frío de sus manos y sus brazos. El Viejo Quil era un hombre de costumbres arraigadas, así que no nos quedaba más remedio que acatar la tradición. El año pasado no le habíamos dicho nada, menos mal que esta vez a Jake le dio por preguntárselo, si no, hubiéramos llegado al altar y hubiésemos tenido que cambiar los padrinos de sopetón e improvisado; seguro que eso es lo que nos hubiera pasado el año anterior.

—No importa, después de todo lo que ha pasado, esto es una tontería. Nosotros estamos muy felices por ti, igualmente —aseguró con una sonrisa orgullosa, metiéndome el pelo detrás de mi oreja—. Además, me gusta que lo vayan a ser Seth y Brenda, sobre todo por Seth, claro, a Brenda la conozco menos.

—Sí, creo que lo harán bien —reí.

Habíamos escogido a Seth y Brenda como los padrinos de boda. Quil y Embry eran los mejores amigos de Jake, sin embargo, Claire aún era una niña, y Embry no tenía pareja. No era obligatorio que los padrinos

fuesen pareja, por supuesto, nosotros mismos habíamos sido los padrinos de Rachel y Paul, y en aquel entonces no éramos novios, pero también estaba Seth en una de nuestras opciones, y su pareja daba la casualidad que era una de mis mejores amigas, así que nos decantamos por ellos. Además, Seth siempre había sentido debilidad por Jake, y había sido el primero en formar manada con él cuando Jacob se marchó en solitario.

Al principio, Brenda iba a ser una de mis damas de honor, pero como ahora iba a ser la madrina, metí en su puesto a la pequeña Claire, a la que le hacía muchísima ilusión. Sarah también había tenido que arreglar el vestido de dama de honor de Brenda, para adaptárselo a Claire. Desde luego esa mujer se merecía un premio.

—En fin, ahora sí, me voy abajo con tu padre —y empezó a caminar hacia la puerta.

—Sí, y yo me quitaré esto antes de que caiga un maleficio sobre mí o algo, ya he tenido bastante con todos aquellos hechizos —bromeé—. Ah, ¿me desabrochas los botones? —le pedí antes de que saliese.

—Claro —se acercó a mí y desabotonó mi espalda con gran agilidad—. Ya está.

—Gracias —le di un beso en la mejilla.

—Te veo abajo —repitió, ahora sí, saliendo de la habitación después de que yo asintiese.

Mamá cerró la puerta y yo me quedé observando la tobillera un buen rato antes de quitarme el vestido, fijándome en los detalles con más calma. *Más que mi propia vida*, volví a leer. Y sonreí.

La mañana pasó más bien despacio, entre lo nerviosa que estaba, y lo que echaba de menos a Jake, no veía el momento de que llegase la tarde.

Pero llegó.

El cuarto de baño se había convertido en un salón de belleza. Mientras Alice me maquillaba, Rosalie se dedicaba a darme tirones supersónicos en el pelo. Mamá me estaba haciendo la manicura a la francesa y Esme se dedicaba a traerme tilas de vez en cuando.

Sí, estaba hecha un flan. En ese momento estaba sentada, pero temía levantarme y que mis piernas cedieran. Estaba tan nerviosa, tan ansiosa de que llegase el momento...

Después de toda esa sesión, mis tías y mi madre me obligaron a vestirme sin dejar que me mirase en el espejo.

Esme ya tenía mi vestido preparado en mi habitación, así que fue llegar y cambiarme. Mi madre abrochó toda esa retafila de botones y Alice me puso delante unos bonitos zapatos de tacón, no muy altos, de color blanco, para el trayecto, ya que en la playa iba a tener que quitármelos. Mientras me calzaba, mamá me puso la tobillera y Rose abrió la caja redonda de cartón, donde se encontraba la corona de flores. Mi tía la sacó y se acercó a mí.

La corona de flores estaba construida a base de unas preciosas orquídeas y campanillas blancas, éstas se unían entre sí por medio de unos verdes tallos que también estaban llenos de unas pequeñas flores blancas, confiriéndole a toda la corona un aspecto armonioso, compacto y homogéneo.

—Trae, yo se la pondré —se ofreció mi madre, cogiéndola.

La llevó sobre mi cabeza y la colocó con cuidado, enganchándola bien para que no se moviera.

Cuando terminaron, las cuatro se quedaron observándome maravilladas y emocionadas. Si no hubieran sido vampiros, se habrían puesto a llorar.

—Estás maravillosa —alabó mamá con ojos vidriosos—. Jacob tiene razón, pareces un ángel.

—Toma, el ramo —me dio Rosalie.

Cogí ese ramo también hecho de orquídeas y campanillas blancas que hacía juego con mi corona.

—Ahora ya puedes mirarte —me anunció Alice, haciendo rodar un enorme y alargado espejo con ruedas que seguramente sólo había comprado para esta ocasión.

Lo colocó justo frente a mí y por fin pude mirarme.

Tengo que reconocer que yo misma me quedé anonadada. Sí, por qué no decirlo, estaba muy guapa, preciosa, como diría Jake.

Rosalie había despejado mi cara sujetando los mechones laterales de mi pelo hacia atrás con unas horquillas que no se veían y que tampoco lo dejaban tirante, sino que simplemente lo amarraban de una forma casi ocasional, eso hacía que mi pecho y mis hombros se vieran mucho más, dándole también protagonismo a la parte superior de mi vestido. Mi cabello caía con una cascada de rizos sobre mi espalda, sueltos, naturales, vivos, y la corona de flores se adaptaba perfectamente a ese peinado, formando parte del mismo.

Mi maquillaje era muy suave y natural, sutil. El rosa claro de los párpados le confería más luminosidad a mis ojos, llevaba el toque justo de rimel y una fina línea negra perfilaba mis pestañas. Alice había preferido no pintarme mucho los labios, según ella, para no recargarme, tan sólo les había puesto un ligero toque de carmín prácticamente del mismo color de mis labios.

Todo era armonioso y sencillo en el conjunto, justo lo que yo había buscado.

—Estoy preciosa —reconocí, boquiabierta.

—Bueno, pues, venga —me azuzó mamá, empujándome hacia la puerta—. Tu padre ya te está esperando abajo para marcharos.

—Sí —de repente, mis nervios subieron hasta el infinito de nuevo.

No sé ni cómo fui capaz de bajar esas escaleras, porque mis pies no obedecían muy bien a mi cerebro. Cuando llegué abajo, mis tíos, Carlisle y mi padre, que eran los únicos que se encontraban aquí, puesto que el resto ya estaba en La Push, exclamaron, impresionados.

—Guau, nunca he visto una novia más bonita —aclamó Emmett.

—Desde luego, está muy, muy hermosa —coincidió Carlisle, sonriendo con orgullo.

—Está bellísima —dijo Jasper.

—Estás maravillosa, impresionante —sonrió papá, emocionado, dándome un beso en la mejilla cuando llegué a su lado.

Todos los vampiros que acudían a la boda, incluida mi familia, también iban maquillados con una base opaca, pero muy suave, cuya misión solamente consistía en mitigar todo lo posible los destellos de su piel con el sol. Apenas se les notaba, pues Alice había utilizado el color más claro que había encontrado en el mercado, aunque, aún así, su piel de verdad seguía siendo más nívea. Los rayos iban a ser débiles, puesto que la ceremonia era al anochecer, pero toda precaución era poca.

—Gracias —sonreí yo también, algo ruborizada por las miradas y los comentarios de todos.

—¿Preparada para casarte con Jacob Black? —me preguntó, sonriente, ofreciéndome su brazo.

—Llevo preparada toda la vida —reconocí con una sonrisa, enganchándome a él.

Emmett se frotó las manos con emoción y todos comenzamos a caminar hacia la puerta de la casa.

Hoy tenía licencia, así que mi padre aparcó cerca del tramo final de la media luna de la playa. Nos bajamos de su Volkswagen marrón metálico, que estaba adornado para la ocasión, me agarré a su brazo derecho y comenzamos a caminar hacia la playa de First Beach.

Mi padre estaba especialmente callado, pero creo que no me decía nada porque sabía que yo no le iba a escuchar. Estaba demasiado nerviosa, ya observando a esa muchedumbre que se veía entre los árboles y que ya estaba esperando a mi aparición.

El cielo era de color anaranjado, sólo unas dispersas nubes salpicaban el firmamento de pinceladas blancas y rosadas. El astro rey parecía estar suspendido sobre el horizonte de ese chispeante y brillante océano, también esperando a mi llegada para comenzar a sumergirse. Hoy el sol parecía más grande que nunca. Los escarpados acantilados parecían estar encendidos en las zonas donde la sombra no podía llegar, casi parecían enormes bloques volcánicos debido al azafranado tan intenso con que la luz solar del anochecer los bañaba.

Las altas y rojas llamas de la pira también sobresalían de entre los árboles, podía notar su calor desde nuestra posición, y verla me ponía más ansiosa, porque justo ahí es donde me esperaba Jacob.

Llegamos al borde de la playa y papá me ayudó a descalzarme. Conseguí poner un pie sobre la arena y después el otro, y así fuimos avanzando poco a poco hasta llegar al fondo de ese ancho pasillo de gentío, donde nos quedamos quietos.

Entonces, por fin vi a Jacob.

El corazón no podía latirme más deprisa, casi se me salía del pecho, y las mariposas iniciaron ese revolucionado vuelo, incitándome a acercarme a él. No pude evitar que se me escapase un suave jadeo, de la impresión. Estaba guapísimo, perfecto, más que eso. Dios mío, ni siquiera podía describirle.

Estaba nervioso, se balanceaba levemente, oscilando el peso de su cuerpo de una pierna a otra mientras sus manos no sabían dónde colocarse. Como marcaba la tradición quileute, también iba de blanco, pues era símbolo de castidad y fidelidad absoluta, y aquí no sólo las mujeres tenían que cumplir eso, aunque ya se sabe que, hoy en día, lo primero casi nadie lo cumplía. Vestía una elegante pero informal camisa de lino de manga larga, de color hueso, que hacía juego con unos pantalones del mismo estilo y tonalidad y que hacía resaltar su preciosa

piel cobriza. La camisa caía sobre los pantalones, libre, suelta, así como éstos, que lo hacían sobre sus pies descalzos.

Noté cómo mi cara reflejaba el encantamiento al que fue sometida con esa espectacular imagen. Las fuertes llamas de la hoguera lo hacían todo más mágico. El sol todavía se sostenía en el horizonte y sus rayos se reflejaban en el blanco de su ropa, haciendo que su hermoso rostro contrastara y se iluminara más. Me obligué a respirar para no ahogarme.

Pero mi corazón pasó a latir a trompicones cuando él también me vio, quedándose paralizado al momento. Pude escuchar cómo se quedaba sin respiración por un instante, aunque su ritmo cardíaco enseguida se aceleró, y sus ojos me repasaron entera para, después, clavarse en los míos, maravillados, totalmente deslumbrados. El ramo de flores no se me cayó al suelo de puro milagro.

Por un momento nos quedamos inmóviles, hipnotizados el uno por el otro, sonriéndonos atontados. La energía ya empezó a fluir incluso desde esa distancia, mágica, increíble, cálida, giraba y giraba a nuestro alrededor, sumiéndonos aún más en ese estado de deslumbramiento mutuo.

La pequeña orquesta empezó a tocar la marcha nupcial quileute, una sencilla música tradicional india tocada con instrumentos típicos de viento y percusión, y de repente, todo el mundo se giró hacia mí.

Me pareció oír que se producía una exclamación popular consistente en un sonoro y alegre ¡*Ooooooh!*, pero apenas lo percibí.

Mis damas de honor comenzaron a andar por la arena, portando sus pequeñas cestas. Rachel, Leah, Helen y la pequeña Claire, con sus preciosos vestidos de gasa azul claro, fueron lanzando los pétalos de rosas de color rojo y rosa para que yo caminase por esa alfombra que caía sobre la arena.

Mi pulsera vibró suavemente para avisarme, aunque papá tuvo que tirar levemente de mi brazo para que mis pies reaccionaran y pudiesen comenzar a caminar, pues seguía embelesada mirando a Jacob.

Mientras caminaba hacia él, mi mano se aferró al brazo de mi padre, ansiosa.

Por fin mi sueño se estaba haciendo realidad, por fin mis pies me llevaban por esa arena hacia mi destino, yo había nacido para estar con él, y él había nacido para estar conmigo, nuestras almas habían nacido para moverse como dos constelaciones unidas e inseparables que bailaban una danza armónica, como si fuesen una. Caminaba nerviosa pero segura

hacia mi mejor amigo, mi ángel de la guarda, mi alma gemela, mi compañero, el amor de mi vida, el hombre de mi vida, todo, él lo era todo para mí. Jacob era todo lo que deseaba, lo único que ansiaba, Jacob era mi sueño, y había esperado tanto para esto.

Mi padre apoyó su mano sobre la mía para infundirme confianza. La necesitaba, estaba hecha un flan, porque no veía el momento en que el viejo Quil pronunciase esas ansiadas palabras, pero todavía me quedaba la ceremonia por delante.

Ese sueño que había esperado tanto tiempo estaba a punto de hacerse realidad. Aunque esto no era el final de una meta, no era el final de nuestro cuento de hadas, era un comienzo, un comienzo nuevo de nuestras vidas. Ese sueño iba a empezar ahora.

Todo el centro de atención estaba puesto en mí, pero yo apenas noté las miradas de los invitados, ni siquiera me fijé en mi familia y amigos. Mi único punto de visión, entre todo aquel revoltijo de pétalos, era Jacob. Era como si casi estuviésemos a solas, no había nada más alrededor. Él me observaba llegar completamente deslumbrado, maravillado, y yo me acercaba a él exactamente con el mismo rostro.

Hasta que mis damas de honor se retiraron hacia atrás, soltando los últimos pétalos, y por fin llegué a él. Mi padre y yo nos colocamos al lado de Seth, que creo que me sonrió. Yo sólo podía mirar a Jacob.

Sus grandes ojos negros y brillantes, penetrantes y dulces al mismo tiempo, profundos e intensos, no se despegaron de los míos en ningún instante, hipnotizándome aún más, atrayéndome hacia él aún más, reclamándome aún más. No hizo falta palabras, con mirarnos, lo dijimos todo.

Sin embargo, cuando ya me disponía a dejar a mi padre para agarrar la mano de Jacob, mi progenitor me detuvo, quedándonos frente a él. Fue el único momento en que Jacob apartó la vista de mí, para mirar a mi padre.

—Sé que aquí no es costumbre, pero me gustaría decir unas palabras. Seré muy breve —le dijo al viejo Quil, pidiéndole permiso. Éste miró al sol, algo apurado, pero asintió, así que papá comenzó a hablarle a Jake, que clavó la vista en él con esa honorabilidad con la que sólo saben mirar los indios—. Ya te lo dije en una ocasión, sin embargo, hoy lo hago públicamente. Aunque empezamos con muy mal pie en el pasado, ahora te aprecio como a un hijo, Jacob, ya formas parte de mi familia —los invitados que no estaban al corriente de que él era mi padre, no entendían

nada, pero sonrieron ante el discurso tan emotivo de *mi primo*—. Amas a mi... a Renesmee —rectificó a tiempo—, darías la vida por ella, como ya has demostrado, y eso es lo más importante para mí. Sé que no habría hombre para ella mejor que tú, que nadie cuidaría de ella mejor que tú, nadie la amaría de la misma forma en que tú la amas, y sé que será eternamente, por eso estoy feliz y orgulloso de entregártela aquí y ahora. Os doy mi bendición.

—Gracias, Edward —asintió Jacob con la misma mirada—. Te prometo que siempre cuidaré de ella.

—Gracias, papá —murmuré yo, muy emocionada, dándole un beso en la mejilla.

Mi padre asintió también para los dos, aflojó su brazo y me dejó con Jacob. Se retiró de ese altar de arena y fuego, y se colocó junto a mi madre, que agarró su mano y me sonrió, visiblemente emocionada. Le correspondí la sonrisa y la emoción. Fue cuando me fijé en que el resto de mi familia estaba allí, mas nuestros aliados, muy cerca de nosotros, y que también se encontraban Sue, Charlie y Billy. Estos últimos no podían reprimir una inundación en sus ojos, aunque ambos consiguieron que las lágrimas no rebosaran.

Jacob volvió a pegar su vista en la mía y, sin dejar de mirarnos con ese deslumbramiento, nuestras manos se aferraron automáticamente, entrelazando los dedos para apretar ese amarre.

Las mariposas de mi estómago saltaron con ímpetu, haciéndome cosquillas sin parar. La energía era electrizante y muy intensa, incluso mi pulsera de compromiso estaba ansiosa.

El Viejo Quil, que estaba apoyado sobre su bastón de castaño e iba vestido con su traje tradicional quileute, carraspeó para llamar nuestra atención y ambos nos obligamos a bajar al planeta Tierra para mirar al frente, aunque las miradas de reojo se nos escapaban continuamente.

Los chasquidos de la hoguera hacían que las chispas volasen hacia arriba, cayéndose después, ya como cenizas.

—Queridos hermanos y amigos —comenzó el anciano Quil Ateara, usando su tono majestuoso—, estamos reunidos frente a esta hoguera y esta puesta de sol para unir en matrimonio a Renesmee Cullen y Jacob Black, dos almas gemelas que caminan juntas, que se aman, dos espíritus que se mueven unidos para formar un único todo, un vínculo inseparable y único, mágico y espiritual.

Jake y yo nos miramos y volvimos a apretar nuestro amarre. Se hizo un brevísimo silencio y el fuego quiso chasquear los leños de la pira para soltar otra descarga de chispas hacia ese cielo que ya estaba más oscurecido. Ya fuimos incapaces de despegar los ojos el uno del otro.

—Desde el principio de los tiempos, todos los elementos de la tierra, el aire y el agua han tenido y tienen un ciclo. El sol —elevó la voz y señaló a ese medio círculo que quedaba con la mano— es testigo y símbolo de que se cierra uno para dar comienzo a otro más hermoso y prodigioso, como es el formar un vínculo inseparable y una familia, pero también más importante y trascendental, puesto que una nueva era llena de amor y paz también comienza ahora. Nuestros ancestros lo saben, y así lo han querido.

»Si hay alguien que, delante del fuego y de los espíritus, quiera oponerse a esta unión, que hable ahora o que su boca sea sellada hasta el fin de los tiempos.

Jacob apretó aún más mi mano y miró de reojo hacia atrás, con una mirada un tanto amenazadora. Pero nadie dijo nada, así que sus ojos regresaron a los míos.

El Viejo Quil siguió con su discurso nupcial, pero yo apenas le presté atención.

La casi noche hacía que el romántico fuego se reflejara en su hermoso rostro y en sus preciosos ojos negros, que estaban clavados en los míos, enganchándome a cada segundo. Ya me estaban besando con pasión. Otra vez esas luciérnagas de fuego bailaban a nuestro alrededor, danzaban junto con la extraordinaria energía que emergía de nosotros.

Entonces, algo llamó nuestra atención en la alocución del anciano Quil Ateara y ambos volvimos la vista al frente de nuevo.

—Los anillos, pequeña —le pidió a Claire, haciéndole un gesto con los dedos para que se acercase.

La niña se acercó, sonriente, pasando por delante de su también sonriente y orgulloso imprimado, y entró en la zona del altar. Me ofreció a mi primero una pequeña bandeja de mimbre, donde reposaban las dos sencillas alianzas de oro. Cogí el aro más grande y esperé. Claire se fue hacia Jacob y él cogió la mía.

—Podéis proceder a los votos y al intercambio de anillos —nos instó el anciano Quil Ateara.

Me giré hacia él, separando nuestras manos para tomar la suya izquierda y alzarla.

Mis ojos ya estaban clavados en los suyos, pero los hundí más, si cabe, y pronuncié las palabras lentamente.

—Yo, Renesmee Carlie Cullen, me entrego a ti, Jacob Black, para ser tu esposa, y prometo amarte, serte fiel y respetarte en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, durante el resto de mis días y en la eternidad del más allá —juré con la voz entrecortada de la emoción, aunque con confianza y determinación.

Deslicé el anillo por su dedo anular y se lo puse.

Los dos alzamos la vista y sonreímos.

Jake cogió mi mano izquierda y la levantó.

—Yo, Jacob Black, me entrego a ti, Renesmee Carlie Cullen, para ser tu esposo, y prometo amarte, serte fiel y respetarte en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, durante el resto de mis días y en la eternidad del más allá —juró él, sin ningún titubeo ni duda, enganchándome con esos ojazos negros.

La alianza dorada entró perfectamente por mi dedo cuando él me la puso, parecía que éste estuviera hecho para llevarla.

—Por el poder que me otorgan los espíritus, yo os declaro marido y mujer. Puedes...

Antes de que el Viejo Quil terminara su frase, Jacob y yo nos abalanzamos el uno al otro para besarnos con auténtica pasión y felicidad. El ramo se me cayó a la arena cuando arrojé mis manos a sus hombros y a su pelo para acercarle más a mí y las suyas me apretaron contra su cuerpo, mientras ya dejábamos descargar las lágrimas contenidas durante la ceremonia.

Noté cómo la pulsera vibraba suavemente, casi parecía que suspiraba, tranquila, pues ya había cumplido su principal cometido.

Los integrantes de la manada corearon unos aullidos entre aplausos y risas, uniéndose al resto de invitados, que también aplaudían con entusiasmo y silbaban por nuestro efusivo e interminable beso.

Sí, hoy era el día más feliz de mi vida, por fin, por fin mi sueño se había cumplido, por fin era la joven señora Black.

CELEBRACIÓN

El Viejo Quil terminó dando unos toques con su bastón sobre la espalda de Jake, para avisarnos.

—Bueno, bueno, ya está, ¿no? —protestó, aunque riéndose.

—¡Estos dos ya han empezado la noche de boda! —se burló Emmett, todavía desde su puesto entre los invitados, que se rieron de la broma.

Jake y yo tuvimos que obligarnos a despegar nuestros labios y tomamos una buena bocanada de aire para recuperarnos de todas las emociones y sensaciones que sentíamos.

—Te quiero —susurró, aún con su ardiente frente pegada a la mía.

—Te quiero —murmuré.

—No te lo he podido decir antes, pero estás impresionante, nena, pareces salida de un sueño.

—Tú también estás guapísimo, todo un Rey de los lobos.

Nos sonreímos, nos dimos un beso corto y nos separamos, entrelazando nuestros dedos de nuevo.

—Venga, ya te están esperando para el lanzamiento del ramo —me anunció el anciano Quil Ateara, señalando a mis espaldas.

Seth me pasó el ramo con una enorme sonrisa.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya habían encendido los farolillos que se distribuían sobre nosotros y todos los invitados. Me giré y vi a toda la masa de chicas solteras detrás de mí, medio peleándose por mi cotizado ramo. Volví a girarme, con una risilla, y lancé las flores hacia atrás.

Se escucharon unos gritos y una exclamación, y cuando me volví, Leah levantaba el ramo, triunfal, mientras los chicos ya le daban empujones a Simon en broma, el cual sonreía.

—¡Ya era hora, Leah! —se mofó Jared.

Ésta le dedicó una mirada de odio que hizo que a él se le borrara la sonrisa de la cara al instante.

—Enhorabuena, chicos —nos felicitó Seth, dándonos un abrazo, a mí con beso y a Jacob con palmada en la espalda.

—Gracias —contestamos los dos a la vez.

Brenda se acercó a los dos para hacer lo mismo, aunque a mí me dio un efusivo abrazo en el que también se unieron Helen, Jennifer y Alison, que estaban muy emocionadas.

Quien iba a decir, hace un tiempo, que Brenda terminaría siendo la madrina de nuestra boda.

Y de repente, Jake y yo nos vimos envueltos por un montón de gente, metamorfos y vampiros que nos abrazaban y nos besaban para darnos la enhorabuena, incluidos mis propios padres.

Después de ese buen rato, de firmar junto con Seth y Brenda todo lo que tuvimos que firmar, y de dejar que todo el mundo nos hiciese fotos —también Kate, que se convirtió en nuestra fotografía oficial y nos estuvo sacando fotos por la playa para el álbum—, nos dirigimos a la carpa para comenzar el banquete.

La mesa era rectangular y presidía ese comedor improvisado de lona blanca. Jacob y yo nos sentamos juntos, por supuesto, en el centro, Brenda se sentó al lado de él, junto a mis padres, y Seth se sentó al mío, junto a Billy y Charlie, que en este caso estaba en la mesa representando a Jake, puesto que siempre habían sido como familia.

El menú, hecho por Sue como cocinera principal, junto con Emily, Jemima, Kim y Martha como ayudantes de cocina, consistía en salmón, marisco y diferentes tipos de pescados y carnes, y estaba buenísimo. Los platos que servían Eve, Ruth y Sarah, a la cual no hacían más que felicitar por mi vestido y el traje de Jake, y un grupo más de los componentes de la manada, desfilaban sin descanso entre las mesas de los invitados, ya que había gente que repetía, bueno, más bien los metamorfos.

No fue así con mi familia de vampiros, el aquelarre de Denali, Ezequiel, Teresa, Louis y Monique. La única que comió en ese grupo de mesas fue Mercedes. Los ocasionales *camareros* les ponían los platos sobre la mesa intercaladamente para disimular, pero después venía otro y se los iba quitando de la misma forma.

Justo en la mesa de enfrente teníamos a Rachel y Paul, y a Rebecca, su marido surfista y sus tres críos —ahora también mis sobrinos—, a los cuales ya me habían presentado, por supuesto, y que estaban montando

una revolución enorme al no parar quietos, aunque no eran los únicos, Paul no hacía más que hacerle bromas a Jake desde su mesa, para hacerle de rabiar.

Uno de los momentos más emotivos fue cuando Billy dio unos golpes en su vaso con el tenedor y pronunció un discurso en el que yo terminé llorando y Jake abrazando a su padre, emocionado.

Después de cortar la tarta y de recibir los regalos, excepto los de mis padres, mi familia de Denali y los vampiros franceses, que insistían en que nos los darían más adelante, llegó el momento de la fiesta.

—¡Venga, venga, tenéis que abrir el baile! —nos azuzó Rachel, tomándonos de las manos para que nos levantásemos.

—Vale, vale, ya vamos —rió Jake.

Me cogió de la mano y nos encaminamos hacia la salida de la carpa entre los aplausos y el griterío de la gente. Todos los invitados, incluidos toda mi familia y amigos, vinieron tras nosotros hasta la hoguera e hicieron un corrillo a nuestro alrededor, dejándonos en el centro, frente al fuego. Emmett se juntó a los chicos de la manada para aullarnos y silbarnos.

—Qué vergüenza —cuchicheé, riéndome, mientras rodeaba su cuello con mis brazos y me arrimaba a él para bailar—. Espero que no sea una canción muy cursi.

—Tú haz como que no estuviesen —me bisbiseó al oído, poniéndome todo el vello de punta.

Y entonces, cuando volvió el rostro hacia mí, me clavó esos ojazos negros y amarró mi cintura para pegarme a él, la gente desapareció.

La pequeña orquesta comenzó a tocar, esta vez con instrumentos modernos, y nuestros pies empezaron a moverse, siguiendo su ritmo. Me pareció oír unos aplausos y unos suaves rumores. Mientras bailábamos con un suave balanceo, nuestras frentes se encontraron. Las mariposas de mi estómago saltaron para revolotear con ímpetu, porque habíamos nacido para estar de este modo, habíamos nacido para estar juntos. La energía comenzó a fluir a nuestro alrededor, danzando con nosotros.

—¿Lo ves? No hay nadie alrededor —murmuró, enganchándose con esos ojos en los que se reflejaban las llamas de la pira.

Me quedé anonadada por un instante y tuve que obligarme a reaccionar para contestar.

—Sí, sólo estamos tú y yo —afirmé con un susurro, que era lo único que me salía.

—¿Te he dicho que estás más que impresionante? —susurró.

—Sí —sonreí, acariciando su frente con la mía.

—¿Y que estás preciosa con esa corona de flores?

—Eso no —volví a sonreír.

—Pues te lo digo ahora, estás preciosa con esa corona de flores —reiteró con otro murmullo, acercando sus labios a los míos—. Digna de una diosa.

Me estremecí al notar su abrasador aliento y mi boca dejó escapar un suave jadeo. Había sido un año demasiado largo.

Mi mano abandonó su cuello para posarse sobre su mejilla y le mostré lo inmensamente feliz que era y lo mucho, lo infinitamente y alocadamente que le amaba. Jacob también jadeó por la intensidad de mi pensamiento y sus manos me pegaron más a él, cosa que volvió a estremecerme.

—Ojalá yo pudiese hacer eso para que vieras que siento exactamente lo mismo —susurró, dándome un par de besos cortos, pero intensos, que yo correspondí más que gustosamente.

Se me puso todo el vello de punta, estaba en el cielo y no quería bajar, nunca. Mi estómago estaba a punto de explotar, debido al intenso cosquilleo. Nuestros pies ya ni siquiera seguían el ritmo de la música.

—No me hace falta, sé que es así —sonreí.

—Dime que no estoy soñando —susurró de nuevo—, dime que este último año sólo ha sido una pesadilla y que esto es real.

Todo mi ser se estremecía con sus susurros.

—No estás soñando, por fin somos marido y mujer.

—Dímelo otra vez, nena —imploró con otro murmullo en mi boca—, dime que por fin eres mi mujer.

Mi estómago no explotaba de milagro, las mariposas estaban a punto de salir volando como cohetes.

—Por fin soy tu esposa —susurré, llevando la mano que tenía sobre su mejilla a su nuca mientras ya hiperventilaba—, soy la señora Black.

Nuestros labios se encontraron para besarse con efusividad, y me di cuenta de que llevábamos sin movernos un rato.

No me percaté de que seguíamos en esa pista de arena y de que la canción ya había terminado hasta que no se me metió un alto silbido por el oído.

—¡La noche de boda toca después! —se carcajeó Emmett, coreado por los integrantes de la manada.

Los dos nos vimos obligados a romper esa energía mágica y a interrumpir nuestro beso, y nos despegamos. Cuando me fijé en la gente, toda la sangre se me subió a la cabeza. Nos miraban completamente atontados, con unas sonrisas bobaliconas en sus semblantes, incluso mi familia vampírica, bueno, excepto Em y los metamorfos, que tenían una sonrisa pícaro de oreja a oreja.

La orquesta comenzó otra canción y los invitados invadieron la pista de arena.

—¿Me lo prestas un momento? —me pidió Rebecca, alzando las manos hacia su hermano.

Jacob y yo nos miramos y nos sonreímos.

—Claro —acepté, sonriendo, dejándole libre.

—Ahora es mi turno —declaró mi padre, también ofreciéndome sus manos.

Me acerqué a él con una sonrisa y comenzamos a bailar.

—Estás realmente radiante, y la ceremonia ha sido preciosa —afirmó, sonriéndome.

—Gracias, primo —bromeé con otra sonrisa.

La suya se amplió, aunque enseguida la cambió para adoptar otra expresión.

—Estoy muy orgulloso, y me siento muy feliz por ti —murmuró, mirándome con esos ojos dorados que casi lloraban de la emoción.

—Papá, vas a hacerme llorar —le advertí con la voz entrecortada.

—Oh, sí, perdona, ya no digo más —sonrió.

Le correspondí la sonrisa y seguimos bailando.

La canción terminó y Jake cambió de pareja cuando su otra hermana le cogió por las manos para bailar. Mi padre me dio un beso en la mejilla y me dejó libre.

—Genial, porque así bailo yo contigo —afirmó Shubael, ya cogiéndome por la mano y la cintura.

El metamorfo comenzó a bailar conmigo, dándome vueltas sin parar, topándonos en el camino con Seth, que ya estaba bailando con otra de las chicas solteras de la tribu, con Embry, que lo hacía con Brenda, y con Jacob, que, por supuesto, estaba bailando con Rachel.

—Estás preciosa, Nessie —me halagó Shubael.

—Gracias —asentí, un poco ruborizada.

—Creo que el matrimonio te sienta muy bien.

—¿Tú crees? —sonreí—. Pero si me acabo de casar.

—Ya, pero te sienta muy bien, de veras —aseguró.

—Sí, yo también lo creo —coincidí, mirando a Jake con una enorme sonrisa.

Pero él y Rachel se habían detenido y estaban mirando algo con las cejas levantadas, incrédulas.

De pronto, mi espalda chocó con alguien y me giré para pedir disculpas, y entonces, me quedé estupefacta.

Era Embry, se había parado, junto con Brenda, a la cual no le había quedado más remedio que detenerse también, y estaba mirando algo como un ciego que ve el sol por vez primera.

Los ojos se me abrieron como platos cuando vi que era Mercedes y yo misma me detuve.

—¿Qué pasa? —preguntó mi compañero de baile, extrañado. Pero enseguida lo vio—. ¡No, otro no! —protestó.

Mercedes le sonrió con timidez, eso fue la puerta para que Embry reaccionase de una vez, soltase a Brenda y se acercase a ella.

Sin cortarse un pelo, sin mediar palabra y sin apartar la vista de ella, se la quitó a Jasper, cogiéndola de la mano, y la acercó a él para bailar.

—¿Qué le pasa a este? —inquirió Jazz, alucinado.

—Nada, que se acaba de imprimir —escuché que le cuchicheaba Emmett al oído con una voz casi imperceptible.

Mercedes se aproximó a él, mirándole embelesada, y se pusieron a bailar. Por supuesto, Embry era todo lo que había buscado en un chico, era su alma gemela.

—¡Qué rollo! —resopló Shubael, iniciando nuestro baile de nuevo.

Rollo no era la palabra. El vocablo era *problema*. Porque Mercedes y Teresa por fin se habían reencontrado, y lo más seguro es que no se quedasen aquí, puesto que tenían pensado marcharse con Ezequiel, que había hecho muy buenas migas con Teresa.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Embry a Mercedes, observándola maravillado.

—Mercedes —respondió ella, con las mejillas ruborizadas, aunque tampoco apartaba la vista de él.

—Mercedes... —repitió él, deslumbrado.

—¿Y tú? —interrogó ella.

El quileute tardó un par de segundos en contestar.

—Ah, me llamo Embry —reaccionó finalmente—. Embry Call.

—Embry. Es un nombre un poco raro —dijo con una risilla. Para mi asombro, ya que no le gustaba nada que se metieran con su nombre, él se quedó más embobado todavía, sonriéndole—. Pero me gusta —siguió Mercedes, con otra sonrisa tímida.

Y la de Embry se amplió aún más.

Miré a Jake, mordiéndome el labio. Una sola mirada fue suficiente.

—Cambio de pareja —dijo.

Y con una vuelta un tanto torpe, Rachel pasó a los brazos de Shubael y yo a los de Jake.

—Es increíble —rió—, resulta que ayer, en la despedida, Embry se pasó todo el tiempo merodeando por la discoteca con Isaac y Shubael para buscar chicas, y resulta que tenía a la de sus sueños delante de las nupcias y no la vio, hay que ser idiota.

—¿Y qué vamos a hacer? —le pregunté, preocupada.

—¿Que vamos a hacer? —repitió, sin comprender.

—Jake, Mercedes se marchará con su madre y con Ezequiel en cuanto pase la boda —le revelé—, y Embry se quedará destrozado.

—Pues yo creo que Mercedes, Teresa y Ezequiel se quedarán por Forks una buena temporada —afirmó con una sonrisa, señalándome a Embry y Mercedes con la cabeza.

Giré el rostro hacia allí y mis ojos volvieron a abrirse, alucinados.

La *nueva pareja* bailaba muy acaramelada, y ya mantenía una conversación entre sonrisitas bobaliconas.

—Pero, ¿tan... rápido? —no me lo podía creer.

—Esta cae antes de que termine la fiesta —se rió con satisfacción, guiñándole el ojo a Quil, que exhibía su dedo pulgar en señal de victoria.

—Sois incorregibles —le regañé, aunque no pude evitar que mi labio se curvase hacia arriba.

—No, somos irresistibles —me corrigió, con esa sonrisa torcida que me volvía loca—. Verás, por aquí estos flechazos con los imprimados son bastante habituales, ¿sabes?, así que Mercedes querrá quedarse para estar con Embry, y Teresa no puede negarle nada, ha estado demasiado tiempo separada de su hija, así que se quedarán.

—Te veo muy seguro —reí.

—Es que es así, somos irresistibles —repitió, con la misma sonrisa.

—Pues sí, por lo menos tú lo eres para mí, tengo que reconocerlo —admití, pegando mi frente a la suya. Sonrió y nos dimos un beso corto—. Pero eso no quita que me preocupe —dije acto seguido,

observando a la parejita—. Y encima, ella es un gigante, ¿sabe eso Embry? —inquirí, cambiando la vista hacia Jake otra vez.

—Claro que lo sabe, lo sabe toda la manada —aseguró—. No te preocupes, preciosa, ya verás cómo no pasa nada. Además, Doc y ese científico chiflado de Louis pronto darán con el antídoto para curar a Mercedes, Helen y ese autista de Ryam, así que ella dejará de serlo y todos tan contentos.

Bueno, eso era verdad.

—Pero todavía queda el tema de si Mercedes se va o no —insistí, suspirando—. Y peor, ¿cómo le explicaremos a Teresa que Embry se ha imprimado de su hija?

—Nessie, eso no nos concierne a nosotros al fin y al cabo, ¿no crees? —declaró—. Quiero decir, que si ella se va, Embry ya es mayorcito para tomar una decisión, es bien libre de irse con ella, si quiere. Y eso de decírselo a Teresa, bueno, eso es cosa de ellos, que para eso son los implicados. Pero ya te digo que pienso que ella se quedará aquí, ya lo verás, así que no te preocupes, ¿vale? —llevó su ardiente mano a mi cara y acarició mi mejilla con su pulgar, haciendo que todo el vello se me pusiese de punta—. Además, ahora estamos en nuestra boda, y quiero que lo pases bien.

—Oh, cielo, sí, perdona —lamenté, acercando mi frente a la suya para acariciársela—. Te prometo que ya no pensaré más en este tema —sonreí.

—Bien —sonrió él también—. Oye, ¿qué te parece si vamos a tomar algo a la barra? Me estoy muriendo de sed.

—Sí, genial. Yo también estoy sedienta —reí.

—Vale, pues vamos —me instó con una enorme sonrisa, separándose de mí para tomarme de la mano y comenzar a caminar hacia la abarrotada barra de la verbena.

—Nessie, tienes que bailar conmigo —irrumpió Isaac cuando dimos dos pasos.

—Y conmigo también —se unió Cheran.

—Sí, pero después conmigo —añadió Nathan.

—Y luego conmigo —me pidió Thomas.

—Y...

—Bueno, bueno —protestó Jake, interrumpiendo a Michael, haciendo aspavientos con la mano suelta para que se apartaran—, de

momento se viene conmigo a tomar algo, así que os tendréis que esperar un poquito.

Se abrió paso entre todos y seguimos caminando.

—Luego bailo con vosotros, chicos —les prometí, con una sonrisa.

Ellos asintieron, sonrientes.

—Hay que ver, menos mal que saben que estás casada conmigo, y aún así, no hago más que espantarte moscas —bromeó.

—Pobrecitos —reí—, sólo quieren bailar con la novia, nada más.

—Sí, nada más —rió él también—, anda que no saben nada.

Llegamos a la zona de la barra y no hizo falta que Jake se peleara mucho para que accediéramos a la misma, pues los invitados le dejaron paso, eso sí, recibiendo felicitaciones por todas partes.

En cuanto Jake llegó a la barra, me hizo un hueco y me coloqué junto a él, sin separar nuestras manos.

—Una cerveza sin, ¿no? —adivinó con su sonrisa torcida.

—Sí —sonreí, algo embobada.

Mi chico se giró hacia la encimera de madera.

—¡Dos cervezas sin alcohol! —voceó, pues Rephael, que hacía de camarero junto con Abel, estaba algo alejado de nosotros.

Rephael se percató de la voz de Alfa y dejó todo lo que estaba sirviendo para correr hacia la nevera en donde se encontraban las cervezas.

—No seas malo, Jake —le reprendí, riéndome—. Eso se llama abuso de autoridad.

—De algo me tenía que servir esto, ¿no? —y se rió con satisfacción y malicia.

No pude evitar que se me escapase una sonrisilla entre dientes.

El quileute llegó con las dos cervezas.

—Aquí tiene, señor, oh, señor —le echó en cara en un tono sarcástico, entornando los ojos para simular odio.

—Ya puedes retirarte —se burló Jake, haciéndole un gesto con la mano para que lo hiciese.

—Capullo —se rió Rephael, haciendo negaciones con la cabeza.

Jacob se carcajeó, otra vez con malicia y satisfacción, y se llevó el botellín a la boca para tomar unos buenos tragos.

Su hermano de manada se dio la vuelta para seguir con sus menesteres y yo también aproveché para darle un trago a mi cerveza fría y refrescante.

Tanto como la mano que sentí en mi espalda acto seguido.

—Eso es una de las cosas que más hecho de menos —afirmó Em, suspirando—, tomarme una buena cerveza fría.

—¿Quieres que te pida una? —le preguntó Jake, desplegando una sonrisa burlona.

—Ja, ja —articuló mi tío con ironía.

—¿Y tú, rubia? ¿No quieres tomar nada?

—Lo único que quiero es salir a campo abierto, esto huele igual que una perrera —resopló, llevándose la mano a la nariz.

—Pero si fuiste tú la que quisiste venir a la barra para estar con ellos —reveló Emmett, mirándola con incredulidad.

Ella le dedicó una mirada asesina por ese chivatazo involuntario.

—¿Ah, sí? —sonrió Jake, observándola con intención.

Rose se giró hacia Jacob con un movimiento enérgico.

—Sólo para estar con Nessie —alegó, alzando su barbilla de lado con encopetamiento.

—Venga ya —dudó él—. ¿Cuándo vas a reconocer de una vez que me adoras?

—Sigue soñando, perro —negó, llevando su pelo hacia atrás de un manotazo.

Jacob se carcajeó y le dio más tragos a su cerveza.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —irrumpió mi madre, que consiguió meterse entre la gente, junto a papá.

—Muy bien, ¿y vosotros? —quise saber.

—Estupendamente —contestó mi padre.

—Ha sido una ceremonia preciosa —declaró mamá, acariciando mi mejilla con la mano.

Dejé el botellín en la barra, le cogí la mano, la besé en el dorso y la bajé para amarrarla, como tenía la de Jacob.

—Qué casualidad que Embry se imprimara de Mercedes, ¿no? —rió Emmett.

Ahora el que le mandó una mirada asesina fue mi padre, aunque enseguida la llevó hacia mí para mirarme con ojos seguros.

—No te preocupes, Teresa y Ezequiel todavía no tienen muy claro a dónde van a ir, puede que, con esto que ha ocurrido, se queden aquí —me tranquilizó—. Yo le explicaré bien a Teresa en qué consiste la imprimación.

—Gracias, pa... primo —rectifiqué, por si acaso alguien nos oía.

—¿Lo ves? —sonrió Jake—. Te dije que no tenías de qué preocuparte.

—Sí —le correspondí la sonrisa y le di un beso corto en esos labios que ya me apetecía comer.

—Vamos con los demás —sugirió mi padre—, están deseando hablar un poco con vosotros.

—Ah, sí, claro —asentí, soltando la mano de mi madre para que fuera con él delante.

Salimos los seis de la zona de la barra y nos dirigimos al lugar donde se encontraba mi familia, el aquelarre de Denali y los franceses. Teresa y Ezequiel se encontraban bailando, aunque no eran los únicos, Jasper y Alice, y Eleazar y Carmen también estaban en la pista de arena, dándolo todo.

—Estás bellísima, cielo, todo ha sido precioso —me dijo Esme, dándome un beso en la mejilla.

—Gracias —sonreí.

—¡Nessie, Nessie, Nessie! —exclamó Alice cuando me vio, y tiró de Jasper para venir corriendo a paso humano—. ¡Has estado espectacular, maravillosa, y estás preciosa, divina!

—Gracias —volví a sonreír.

—¿Y a mí no me decís nada? —se quejó Jake, riéndose.

—Tú también estás muy guapo —asintió Alice, con una sonrisa.

—Sí, lo estás —coincidió mamá, mirándole de arriba abajo—. Te sienta realmente bien este traje.

—Bueno, gracias —sonrió él.

—Después me debes un baile —le recordó ella.

—Claro, mujer, luego bailo contigo —asintió Jake.

—Me ha parecido una boda muy interesante y emocionante, la verdad, ha sido preciosa —afirmó Garrett.

—Gracias —agradeció Jake.

—Me ha impresionado mucho cómo utilizáis aquí la simbología de elementos tan naturales como el fuego o el sol.

—Bueno, sí. El sol simboliza el fin de una vida para comenzar otra con la persona que se ama —empezó a explicar Jake—. Por eso las bodas se celebran justo en la puesta de sol. Y las llamas de la hoguera representan el amor incombustible y poderoso que puede arrasarlo con todo lo que se pone por delante, al igual que hace el fuego. También simboliza la pasión que tienen los quileute para la fertilidad —y desplegó una

enorme y pícara sonrisa que hizo que se me subiesen un poco los colores, pues sabía de primera mano que eso era verdad, bueno, por lo menos él.

—Muy interesante —murmuró Garrett, llevándose la mano a la barbilla.

—Ya lo creo —coincidió Louis.

—Sí, todo eso es estupendo, pero yo no me acostumbro a llevar un precioso vestido e ir descalza —objetó Alice.

Nos reímos y seguimos charlando.

Observé la estampa que tenía frente a mí y me encantó. Era esperanzador, vampiros integrados entre los humanos y los hombres lobo, metamorfos receptivos y abiertos, todos hablando, riendo, tratándose en armonía y en paz. Esto era el principio del cumplimiento de la profecía.

Jake y yo tuvimos que volver a la pista de arena para bailar con los invitados —con la primera que bailó Jacob fue con mi madre, tal y como le había prometido—, al igual que estaban haciendo Seth y Brenda con las solteras y solteros de La Push, aunque también tuvimos tiempo para bailar juntos más veces.

Había pasado un año sin vernos, sin abrazarnos, sin besarnos, sin tocarnos..., y cada vez que me rozaba con sus manos o sentía su aliento en mi oreja, mis mariposas se ponían como locas. Me moría por llegar a la isla de Santa Lucía ya y sentirle por todo mi cuerpo...

Afortunadamente, lo estábamos pasando bien y el tiempo transcurrió con rapidez, así que, cuando nos dimos cuenta, ya nos teníamos que marchar a casa para cambiarnos. El viaje era largo y teníamos que ir cómodos.

Las maletas ya las habíamos preparado con antelación y ya nos esperaban en el maletero del Volkswagen marrón metálico de mi padre, así que solamente tuvimos que pasar por casa para cambiarnos de ropa. Después, regresamos a First Beach.

Nos despedimos de todo el mundo, cosa que nos costó un triunfo porque era bastante gente y todos querían felicitarnos de nuevo —menos Embry y Mercedes, que se despidieron rápidamente de nosotros para quedarse a solas otra vez—, y nos fuimos de la playa, acompañados por mis padres, que eran los encargados de llevarnos al aeropuerto, y de toda esa muchedumbre, que nos siguieron para vernos partir.

Del parachoques trasero ya colgaban toda una serie de latas de refrescos vacías, atadas a este por medio de unos cordeles largos que hacían que éstas quedasen a rastras, por la calzada.

—Muy agradecidos —les dijo Jake a todos con retintín.

Los invitados se rieron, nos aplaudieron y nos silbaron.

Nos subimos al coche con rapidez, ya que yo me moría de la vergüenza, mi padre arrancó y nos pusimos en marcha enseguida.

El sonido metálico de las latas nos acompañó durante todo el trayecto hasta el aeropuerto, pero no nos importó. Jake y yo nos amarramos de la mano, entrelazando nuestros dedos y apretándolos, y nos pasamos todo el camino echándonos miraditas con absoluta felicidad.

FUEGO

El vuelo que nos sacaba de Forks se había retrasado más de dos horas por problemas con la niebla, y, entre escalas, esperas y demás, habíamos llegado a la isla de Santa Lucía muy cerca del anochecer, aunque no se nos hizo demasiado largo, ya que pasamos la mayoría de las horas durmiendo. Allí, ya nos esperaba la avioneta que nos llevaba al islote privado de Emmett y Rosalie, esa que Alice y Jasper habían alquilado para nosotros.

Este último trayecto apenas duró media hora. El astro rey ya empezaba a ocultarse en el horizonte marino, y Jake y yo vimos parte de la preciosa puesta de sol desde el aire. También observamos el islote. Era una superficie de forma irregular, totalmente arbolada y verde, que abarcaba pocos kilómetros y cuyas playas, que bordeaban casi toda la pequeña ínsula, eran las únicas superficies de color arena que se veían entre tanta vegetación. Pudimos ver un estanque que reposaba en las faldas de la única cordillera que había en el islote.

—¿Crees que encontraremos a *King Kong* aquí? —bromeó Jake.

—Muy gracioso —le respondí con retintín, dándole un pequeño empujón en el brazo mientras los dos nos reíamos.

La avioneta aterrizó primero en el agua y después se deslizó con suavidad hasta que llegó a la orilla de la playa, donde ya se detuvo del todo.

Nos bajamos del aparato y el amable y simpático piloto nos ayudó con las maletas, metiéndolas en la espectacular casa.

Jacob y yo nos quedamos boquiabiertos cuando la vimos.

La vivienda, de dos plantas y de forma rectangular, era enorme. Parecía un cubo alargado, pues prescindía de cubierta inclinada, ya que la azotea era transitable. Sus paredes blancas reflejaban los pocos rayos de sol que quedaban y estaban llenas de grandes ventanales, tanto en la zona

superior como en la inferior. Las terrazas con vistas al mar estaban a la orden del día en la planta de arriba, donde, supuse, estaban los dormitorios. Cada una de ellas estaba provista de un sofá rojo lleno de cojines a juego y una mesa baja de mimbre.

—Guau —exclamó Jake, estupefacto—. Sí que maneja pasta tu familia.

Yo también tuve que pestañear varias veces.

El piloto no tardó en salir de la casa.

—Enhorabuena, y que tengan una bonita luna de miel, señores Black —nos dijo con ese acento latino que era tan dulce. No pude evitar sonreír al escuchar mi nuevo estado civil y apreté la mano de Jacob—. Si me necesitan, sólo tienen que llamarme.

—Gracias, Fernando —le respondió Jake con otra sonrisa, dándole una palmada en la espalda—, pero creo que tardaremos una buena temporada en hacerlo.

Éste le rió el chiste, yo me puse roja como un tomate, le dimos una propina y se alejó en su avioneta.

Sin embargo, era verdad. Un año de abstinencia era demasiado para nosotros, y ahora por fin habíamos llegado a este islote paradisíaco completamente solitario, este paraíso de aguas caribeñas y arenas blancas que habíamos estado esperando todo este tiempo. Y teníamos quince días por delante, quince días en los que no tenía pensado despegarme de él ni un segundo.

—Venga, entremos —le insté, tirando de él.

—Espera —me paró. Entonces, pasó su mano por detrás de mis piernas y me tomó en brazos—. Hay que hacer las cosas bien —afirmó con esa sonrisa torcida suya que me encantaba.

Solté una risilla, agarrándome bien a su cuello, y le di un beso corto en los labios.

La puerta ya estaba abierta, así que sólo tuvo que pasar y cerrarla con el pie. La casa era tan grande, que el suave portazo hizo eco en las paredes.

—Guau —repitió al observar el interior.

El amplio vestíbulo, decorado con un moderno taquillón blanco y un espejo, comunicaba directamente con el salón de una forma diáfana y las escaleras se veían al fondo. Avanzamos por allí, atravesando ese salón, que era enorme.

—Mira, la chimenea está encendida —me fijé mientras Jake caminaba hacia las escaleras, que estaban en esa estancia.

—Genial —sonrió.

Subió esos peldaños que se distribuían en U, con rapidez y agilidad, y llegamos a otro vestíbulo, donde se encontraban las puertas de los dormitorios. Había una que ya estaba abierta, así que supusimos que esa era nuestra habitación y Jake pasó adentro, llevándome en sus brazos.

—Vaya, este dormitorio es tan grande como la sala de nuestra casa —rió, dejándome en el suelo.

—Ya —asentí, riéndome yo también.

La habitación, rectangular, contaba con una descomunal cama que tendría unas medidas de dos y medio por dos y medio —seguramente adaptada para Emmett—, cuyo moderno cabecero ocupaba toda la pared, dos mesitas bajas y anchas a juego con la cama, un escritorio y dos butacones junto al ventanal que daba a la terraza.

—Ugh. ¿No te da un poco de cosa saber que en esa cama Emmett y Rosalie...?

—¡Jake! —y le tapé la boca con la mano para que parase—. No sigas, esta será nuestra cama a partir de ahora mismo.

—Vale, vale —rió cuando le dejé la boca libre.

Caminamos para ver la habitación y entramos por una entrada sin puerta de la pared que quedaba a la izquierda de la cama. Esa entrada daba a un pequeño pasillo, encendí la luz y vimos que la parte derecha era un vestidor y que el baño estaba en la parte izquierda.

—Menudo baño —murmuró Jake, después de abrir la puerta y prender la luz del mismo.

Como parecía ser habitual en toda la casa, era enorme. Los azulejos, en color crema, seguían la misma gama cromática y estilo que las baldosas que pavimentaban el suelo. Disponía de dos lavabos encastrados en una gran encimera de mármol travertino, un inodoro y un bidé que prescindían de base, colgando de la pared, y que se distribuían en una zona independiente separada con dos muretes bajos cuya parte superior tenía una mampara de cristal, una bañera de por lo menos dos metros que reposaba bajo una ventana grande desde la que se veía el mar, y una ducha de dos por dos.

—Guau —pestañeeé yo.

Salimos del baño y observamos el surtido vestidor. Estaba dividido en dos zonas, una repleta con ropa femenina y otra con ropa masculina.

Me fijé en una tarjeta que reposaba en una de las estanterías y la cogí. La abrí y la leí en voz alta.

—Esperamos que todo sea de vuestro agrado. No hace falta que os preocupéis por la ropa en el viaje de vuelta, pues todo os será enviado a vuestra casa. Por supuesto, todos los gastos corren de nuestra cuenta. Un beso afectuoso. Carmen y Eleazar.

—¿Todo esto es para nosotros? —inquirió Jake, alucinado.

—Al parecer... —asentí.

—Pues no sé qué vamos a hacer con tanta ropa en La Push —rió.

—Ponémosla —sonreí, y le di un beso corto en los labios—. Vamos a ver la terraza —le dije, dejando la tarjeta en la estantería y tirando de él para iniciar la marcha.

Ya vería esa ropa con más detenimiento, ahora urgía otra cosa.

Salimos de allí, recorrimos la habitación y salimos a la amplia terraza, accediendo a ella por el ventanal.

Como ya habíamos visto desde fuera, había un cómodo sofá de color rojo y una mesa baja de mimbre, pero Jake y yo nos asomamos a la barandilla para ver el mar. La luna llena todavía no estaba arriba del todo, pero ya iluminaba ese brillante mar hasta el horizonte, desde donde se podía divisar la isla de Santa Lucía muy al fondo.

El sonido de esa masa de agua rompiendo sus suaves olas en la orilla lo inundaba todo. El aire era cálido, acogedor. Observé a mi ya marido por el rabillo del ojo y mis mariposas empezaron a revolucionarse solas. Esa suave brisa agitaba su pelo azabache, despeinándolo más, y aplastaba su camiseta contra su pecho, haciendo que ésta se ciñese a sus impresionantes músculos con ganas. Tenía las manos en los bolsillos de su pantalón corto y no pude evitar fijarme en esos brazos y antebrazos tan fuertes; ya me moría por estar entre ellos. La luz de la luna llena se reflejaba en esos ojazos negros y los hacía brillar aún más. En conclusión, mi marido era guapísimo y estaba como un cañón.

Me giré hacia él y rodeé su cuello con mis brazos. Jake enseguida sacó las manos de sus bolsillos para agarrar mi cintura.

—Por fin estamos aquí, por fin estamos solos —murmuré, pegando mi frente a la suya.

—Sí, no puedo creerlo —susurró con una sonrisa.

—Pues créetelo —le confirmé, dándole un beso corto en los labios.

—¿Qué te parece si quedamos en el salón dentro de quince minutos? —me propuso, dándome otro beso corto.

—¿Es una cita? —sonreí.

—Sí —sonrió él también, elevando su labio con picardía, para seguir mi juego—. ¿Qué me dices? ¿Quedarás conmigo?

—Mmmm, no sé —fingí hacerme la pensativa.

—Tenemos la chimenea encendida —alegó con un susurro, deslizando sus tórridos labios por los míos con suavidad. Jadeé y mis mariposas se volvieron locas—. Y ya sabes lo que dice la tradición —sonrió en mi boca.

Sí, claro que lo sabía. Según la tradición quileute, el fuego de la pira no sólo simbolizaba ese amor incombustible y poderoso de la pareja que puede arrasarse con todo, sino que también representaba la pasión que tenía que tener para la fertilidad y procreación, por eso la noche de boda debía de tener lugar junto al fuego de una hoguera, ya que se creía que, así, los espíritus bendecirían al recién matrimonio, eso cerraba el círculo de la ceremonia matrimonial.

—Está bien —acepté con un hilo de voz, que era lo único que mi garganta me dejaba proferir—, quedaremos en el salón dentro de quince minutos.

—Bien —sonrió—. Entonces me ducho en otro baño y te veo abajo, ¿vale? —murmuró.

—Sí.

Llevé mi boca hacia la suya para que mis labios bebieran un poco, pero el muy remolón los apartó hacia atrás, mostrando una media sonrisa juguetona. Se separó de mí, sin dejar de mirarme con esos ojos seductores que ya me volvían loca, se dio la vuelta y salió de la terraza para marcharse.

Tardó un poco, ya que se puso a buscar algo en la maleta, pero en cuanto la puerta del dormitorio se cerró, reaccioné y salí de la terraza para ponerme en marcha.

Abrí mi maleta y me puse a rebuscar, buscando entre todos esos picardías que mi tía Alice me había metido, uno que me había gustado especialmente para esta ocasión. Lo encontré, guardé lo demás con prisas y me dirigí al cuarto de baño, corriendo.

Me duché en esa enorme ducha que también disponía de hidromasaje y cuyo suelo estaba formado por tablillas de madera, y me sequé a toda velocidad.

Me puse ese picardías blanco que tenía más encajes de los que a mí me hubiese gustado, y me miré en ese amplio espejo que ocupaba gran

parte de la pared del lavabo. Mi pelo estaba limpio, por eso no me lo había lavado. Me atusé mi cabello un poco y salí del baño con agilidad para buscar mi corona de flores en la maleta.

Cuando encontré la caja en la que iba, la saqué y la observé. Las campanillas y las orquídeas blancas se habían conservado muy bien, ya que la florista que la había confeccionado la había rociado con un líquido que hacía que se mantuviesen frescas más tiempo. Sonreí y me la puse, mirándome en un espejo de pie que había en la habitación.

Observé la sencilla alianza de oro que vestía mi dedo anular izquierdo y sonreí de nuevo, con un cosquilleo que ya empezaba a llenar mi estómago. Me parecía que quedaba tan bien ahí, ese dedo estaba especialmente hecho para llevar ese anillo.

No entendía por qué estaba tan nerviosa, pero, en cierto modo, esto era como otra primera vez, y no podía evitar que unos ligeros nervios recorrieran todo mi cuerpo. Respiré hondo y salí del dormitorio.

Bajé por las escaleras con presteza, pero al girar en el descansillo, me sosegué un poco, para disimular.

Todo estaba a oscuras, la única luz que se veía era ese reflejo anaranjado que fluctuaba en las paredes. Era el fuego de la chimenea.

Y entonces, cuando llegué al final de las escaleras, mi corazón se puso a latir como loco, lo hacía con tanta fuerza, que parecía que se me iba a salir del pecho. También escuché el suyo, que lo hacía justo a la mitad que el mío, se habían sincronizado incluso para esto.

Jacob ya me esperaba junto a la chimenea. Solamente vestía los pantalones de lino color hueso que había llevado en la boda, que resaltaban sobre la cobriza piel de su increíble torso desnudo, y clavó sus ojos de fuego en los míos, reclamándome como nunca antes.

Las mariposas de mi estómago ya salieron despedidas, excitadas, alocadas, ansiosas. El deseo que sentía por él era indescriptible, ninguna palabra, por grandilocuente que fuera, podría describir el inmenso deseo que sentía por Jacob. Era un tornado, un tsunami de fuego, algo que arrasaba con todo, incontrolable, incontenible.

Me fijé en una cosa que llamó mi atención durante un mínimo instante. La enorme alfombra que se extendía frente a la chimenea no se veía, pues estaba totalmente cubierta de pétalos de rosa rojos. El servicio debía de haberlo preparado todo para nosotros. Seguramente Alice ya conocía de la tradición y les había mandado hacerlo.

Me acerqué a él lentamente, sin despegar mis encendidas pupilas de las suyas, que tampoco se apartaban de las mías. Mis adorados ojos negros me llamaban, me reclamaban, me hipnotizaban... La energía ya comenzó a fluir desde la distancia.

Le observé bien. Su hermoso rostro, su portentoso cuerpo, sus fuertes brazos, sus enormes y expresivos ojazos, sus gruesos labios... Me sentí la mujer más afortunada del universo por tenerle.

Seguí caminando en ese sueño hipnótico, hasta que, por fin, llegué a él.

Me tomó por la cintura y me arrimó a su cuerpo con animosidad. Se me escapó un suave jadeo cuando nuestros rostros se unieron gracias a ese pequeño empuje, y llevé mis manos a su cuello y a su ancha espalda. Su preciosa piel cobriza olía tan maravillosamente como siempre, pero ahora, además, estaba mezclado con el olor frutal del gel de ducha. Nuestros labios se rozaban sin parar mientras ya hiperventilábamos con más que deseo y la energía subía de tono.

—Nessie... —susurró en mi boca.

Jadeé al sentir su abrasador aliento tan cerca del mío, ya se mezclaban, ansiosos.

Ya sabía lo que quería hacer, así que, de una forma totalmente sincronizada, yo bajé mis brazos de su cuello y él retiró sus manos de mi cintura mientras nuestras bocas no se despegaban ni un ápice.

Las llevó a mis hombros y bajó los tirantes de mi picardías, deslizando sus sedosas palmas por mis brazos. Éste bajó poco a poco, rozando mi estremecido pecho, lo deslizó por mis caderas y cayó al suelo. No me había puesto ropa interior, así que me quedé completamente desnuda.

Subió sus ardientes manos por mi columna vertebral, estremeciéndome completamente, las bajó de nuevo y llegó a mi espalda más baja, donde ya se quedaron para pegarme a él. Jadeé con intensidad al notarle, ya totalmente encendido, y al sentir la ardiente y sedosa piel de su pecho pegada a la mía. Él también jadeó en mis labios.

Le deseaba, le deseaba con toda mi alma, quería sentir sus tórridas manos por todo mi cuerpo, sus labios, quería tenerle dentro de mí ya, todo mi organismo lo gritaba con ansias.

Me besó despacio, deslizando sus suaves y tórridos labios por los míos concienzudamente, aunque con un deseo que se desbordaba por todos sitios. Sus fervientes jadeos me estaban volviendo completamente

loca y mi mano se aferró a su húmedo pelo con fervor para que no se separase de mí nunca.

Sólo solté su cabello para que mi mano se uniera a la otra, tenían que quitarle el pantalón. Conseguí bajárselo un poco y tiré de éste hacia abajo hasta que también cayó al suelo con facilidad.

Mientras nuestros labios seguían besándose y nuestros pulmones respiraban sin descanso, deslicé mis manos por sus abdominales para subirlas lentamente hacia su impresionante pecho. Eso le excitó aún más y volvió a pegarme a él para fricciónarme contra su cuerpo desnudo.

Ambos jadeamos con entusiasmo y nuestras bocas pasaron a ese nivel de la locura. Nuestras lenguas se encontraban y se perdían frenéticamente mientras mis manos se deleitaban en su impresionante pecho, en sus amplios hombros, en su portentosa espalda, y las suyas se movían por mi espalda y por mi nuca con fervor.

Amarró mi cabello en un puño y tiró hacia abajo para que mi cabeza se alzase. Eso me excitaba muchísimo, me encantaba cómo agarraba mi pelo, con esa pasión, con ese deseo. Su ardiente boca comenzó a deslizarse por mi cuello y mi mano también se aferró a su pelo a la vez que los dos jadeábamos con una pasión desmedida.

Dejó mi cuello y volvió a pegar su rostro al mío, clavándome esa mirada de fuego. Mis ojos también flameaban.

—Te quiero... —murmuró con voz segura, en mis labios.

—Yo también te quiero, con toda mi alma... —conseguí susurrar, pues ya me derretía completamente.

Sin despegar su boca de la mía, caminó hacia mí, obligando a mis pies a que fueran hacia atrás, y me asistió para ayudarme a tumbarme en ese lecho de pétalos que yacía junto a las llamas. Me quedé echada boca arriba y él se acomodó a mi lado, sin despegar sus pupilas de mi cuerpo.

Me repasó entera con esa mirada de fuego, respirando agitadamente.

—Eres tan preciosa... —susurró, sin apartar la vista de mí.

—Soy toda tuya... —susurré yo.

Sus seductores ojos se movieron para engancharse a los míos con determinación y mi ritmo cardíaco aumentó de ritmo.

Cogió un puñado de pétalos, repasándome de nuevo con la mirada, y comenzó a soltarlos por todo mi cuerpo. Los repartió por mi pecho, por mi abdomen, por mi pelvis y mis muslos, dejando que éstos cayesen delicadamente sobre mi estremecida piel.

Y entonces, empezó a quitármelos poco a poco, acariciándome lentamente con su ardiente mano. Todas sus caricias me llevaban a la locura y yo me dejé hacer sin remedio. Comenzó por mi muslo, deslizando su tórrida palma hacia arriba con calma, aunque él también respiraba con fervor. Repasó mi cadera, ascendió por mi vientre y llegó a mi pecho, donde se recreó un poco más.

Mi boca ya no podía exhalar con más intensidad, su ardiente palma sabía cómo tenía que acariciarme, pero cuando su mano volvió a deslizarse y bajó más allá de mi vientre para retirar esos pétalos, ya no pude evitar que mis piernas se abrieran y que mi pelvis acompañase sus lentos y seguros movimientos entre suaves gemidos.

Jacob llevó su sedienta boca a la mía y nos besamos con pasión, a la vez que mis manos ya aferraban su pelo ardientemente. Nuestros jadeos ya lo caldeaban todo y la energía subió de intensidad. Dejó mi vientre bajo y se colocó entre mis piernas, entonces mis manos pasaron a acariciar su ancha y portentosa espalda con avidez mientras las suyas lo hacían con mis muslos y mis caderas.

Volvió a soltar mi boca para que la suya recorriese la línea de mi mandíbula y bajase a mi cuello. Lo besaba, lo lamía, lo mordía... Mis manos ya habían perdido el juicio, no había cabello ni milímetro de su piel que no quisieran tocar. La corona de flores se me cayó cuando Jake llegó a mi pecho y mi espalda se arqueó con excitación, haciendo que mi cabeza también se fuese hacia atrás. Sólo podía sentir sus sedosos y calientes labios, su ardiente lengua deslizándose lentamente, sus delicados mordiscos, su tórrida boca, su abrasador aliento en el corazón de mi seno, mientras una de sus manos se aferraba a mi cabello y la otra también se deleitaba en mi pecho, en mis muslos, en mis caderas... Por fin, por fin le sentía por mi cuerpo de nuevo después de ese tiempo eterno. Mis fuertes jadeos ya se parecían más a gemidos y mi cuerpo se movía bajo el suyo, buscándole a él con auténtico frenesí.

Su boca abandonó mi pecho para seguir descendiendo. Me besó despacio, recorriendo mi abdomen con dulzura, y acarició mi vientre con sus labios. Mis manos se cayeron a ambos lados, sobre los pétalos, preparándose para lo que sabían que iba a sentir ahora. Su boca siguió bajando, se deslizó por el interior de mi muslo izquierdo, hasta que por fin se coló entre mis piernas.

Esta vez gemí en voz alta, arqueándome de nuevo hacia atrás, y mis manos se aferraron a ese lecho floral con un ansia desmedida. Los pétalos

quedaron encerrados en mis puños y mis uñas se llevaron parte del tejido de la alfombra sobre la que reposaban, tanto, que incluso llegaron al suelo.

Mi cuerpo siguió los calmados movimientos de su tórrida lengua, su boca y su más que ferviente y agitado aliento con entusiasmo. Jake sabía lo que me gustaba, sabía cómo tocarme, cómo acariciarme, cómo moverse por todo mi cuerpo para hacerme enloquecer. Mis entusiasmados movimientos parecieron excitarle mucho más y su boca pasó a moverse apasionadamente. El placer que sentía era tan intenso, que mi bajo vientre ya palpitó, haciéndome gemir más fuerte.

Su boca abandonó mi entrepierna para besar y mordisquear el interior de mis muslos con ardor, eso también me excitaba enormemente, él lo sabía. Fue subiendo poco a poco por todo mi cuerpo, parándose otra vez en mi pecho, mientras sus manos también me recorrían entera, y llegó a mis labios para besarme con más que pasión. Mis manos se alzaron para aferrarse a él con un ansia desmedida y le obligué a girarse para que se quedase boca arriba. Ahora la que quería acariciarme era yo.

Le besé con fervor a la vez que sus manos se metían por mi pelo para llegar a mi nuca y luego bajaban, acariciando mi espalda con avidez.

Retiré mi boca de la suya y lamí sus labios, pasando mi lengua de arriba abajo, muy despacio, mientras mi encendida mirada se perdía en sus intensos y apasionados ojos y ambos respirábamos con deseo. La punta de su lengua se escapaba de vez en cuando para encontrarse con la mía, y sus manos se metieron por mi cabello.

Me eché a un lado, aunque sin bajarme de su cuerpo, y, sin dejar de lamer sus labios, llevé mi mano hacia abajo hasta que encontré con facilidad lo que quería encontrar.

Su ya agitada respiración se convirtió en una sucesión de fuertes jadeos cuando comencé a mover mi mano, y las suyas encerraron mi pelo en puños apretados que tiraban de mi raíz, excitándome el triple.

Dejé que mi boca casi se posase en la suya, pero no hice nada más. Mientras los dos jadeábamos con intensidad, nuestros labios se rozaban y nuestros alientos se mezclaban con pasión.

Subí mi mano de nuevo y me separé de su boca para observarle bien. El fuego de la chimenea bailaba sobre su cuerpo, haciendo un contraste de luces y sombras que se movían por la fluctuación de las llamas. Su cuerpo era perfecto, fuerte, vigoroso, hermoso y poderoso, todo en él era poderoso.

Comencé a acariciar su impresionante torso, deleitándome en cada músculo, en cada centímetro de su sedosa piel, pues era mío y podía tocarle cuanto quisiera. Después, llevé mi boca para recorrerlo bien. Mis caricias le excitaban sumamente, eso hacía que yo me encendiese el triple. Su piel olía muy bien, tenía ese algo aromático que me encantaba y que se mezclaba con el bosque, la madera, la naturaleza, pero ahora, además, se le sumaba ese olor frutal del gel de ducha que casaba tan bien con su propio efluvio.

Mi boca descendió por su cuerpo, recorriendo sus abdominales, y finalmente se encontró con eso que mi mano había buscado antes.

Jacob gimió y su mano se posó sobre mi cabeza para acariciarme y apartarme el pelo de la cara, aunque él no era el único, mi lengua y mi boca también disfrutaron como nunca, y tenían para gozar un buen rato.

En cuanto terminé, volví a reptar por su cuerpo para llegar a sus labios. Sus brazos me acogieron con fuerza mientras su mano se aferraba a mi cabello otra vez y nuestras bocas comenzaban a saciar su sed de nuevo.

Ambos nos giramos, quedándose sobre mí, y se acomodó entre mis piernas.

Su boca dejó de entrelazarse para quedarse pegada a la mía cuando su portentoso cuerpo comenzó a unirse a mí, y se me escapó un gemido. Toda mi alma se estremeció al sentir cómo se unía a mí despacio, sin prisa, parándose a sentir nuestra unión como si fuera lo último que fuésemos a hacer en la vida. Mis manos se amarraron a su pelo y a su espalda y terminé gimiendo en sus labios una vez más cuando por fin le sentí completamente dentro, aunque él también soltó un gemido sordo que rozó mi boca.

Mi cuerpo ya palpitaba sólo con eso, pero comenzó a deslizarse dentro de mí igual de despacio, rozándome concienzudamente, sin prisa, de esa forma en la que solamente él sabía hacerlo, dejando que su boca y la mía siguieran acariciándose, besándose, sin apartar sus profundos e intensos ojos de fuego de los míos mientras jadeábamos en voz alta, y entonces el orgasmo vino solo.

—Jake... —gemí en su boca.

Solamente fue un orgasmo físico, pero invadió todo mi cuerpo, haciendo que me evadiera durante un instante, y mis dedos se clavaron en su piel con ansia a la vez que mis gemidos subían de tono. Había pasado

demasiado tiempo sin sentirle dentro de mí, y mi cuerpo también le había echado mucho de menos.

—Te quiero, nena... —jadeó sobre mis labios, excitado.

—Dímelo otra vez... —jadeé yo también, sujetando su pelo con fervor.

—Te quiero, te quiero, nena... —repitió, todavía más encendido.

La energía ya era frenética.

—Mi amor...

Jacob se excitó aún más con mi entusiasmada reacción y comenzó a empujar más fuerte, con movimientos espasmódicos y rítmicos, aunque siguiendo con esa cadencia concienzuda y lenta, atenta.

Todo mi ser ya se volvía completamente loco con su manera de hacerme el amor, me lo hacía entregándose a mí completamente, con toda su alma. Sólo él sabía elevarme al cielo con rozarme, y esto ya me llevaba más allá. El fuego ya empezaba a quemar todo mi cuerpo, lo sentía por todos los costados, dentro de mí, por todas partes, y su piel ya comenzaba a arder, junto con la mía, las dos fundiéndose en una sola. El ardor de mi cuerpo hizo que mi epidermis empezase a sudar, aunque no fue la única, su piel ya se estaba humedeciendo, haciendo que su efluvio me excitase aún más.

—No pares... —exhalé con más que frenesí, llevando mis manos a su espalda más baja para que siguiera empujando del mismo modo.

—Nessie... —susurró con fervor.

Sus fuertes jadeos aumentaron junto con los míos, y la intensidad de esa energía mágica que nos rodeaba y que nos atraía como imanes se amplificó aún más. Siguió deslizándose despacio, aunque sus movimientos espasmódicos subieron un poco de ritmo.

Sin dejar de moverse, unió su boca a la mía del todo y nos besamos con una pasión y un deseo desmedidos, eso hizo que mis manos reptasen por su espectacular espalda para llegar a sus amplios hombros y al pelo de su nuca. Su lengua buscaba la mía con ansia, y la mía se entregaba a ella ciegamente.

Nuestro fuego aumentaba a cada instante.

Abandonó mi boca para deslizar la suya por mi cuello y mi garganta mientras mis manos se perdían frenéticamente por su cabello y sus hombros. Ascendió con avidez y llegó a mi oreja, exhalando su agitado y abrasador aliento en mi oído a la vez que su tórrida lengua repasaba mi lóbulo. Me estremecí aún más y jadeé con más intensidad.

Volvió a llevar su boca a la mía para que continuasen acariciándose y besándose, y siguió moviéndose dentro de mí con esa cadencia lenta y metódica, cuidadosa, esmerada. Su humedecido pecho se rozaba con el mío siguiendo el mismo ritmo, excitándolo más, y sus caderas lo hacían con el interior de mis muslos, estremeciéndome continuamente, mientras mi cuerpo acompañaba sus movimientos con fervor. El intenso placer invadía mi bajo vientre con ansia.

Las llamas de la chimenea ardían a nuestro lado, pero el calor que radiaba de nosotros las superaban. Ardor, fuego, fervor. Eso era lo único que podía sentir junto con el inmenso placer que ya comenzaba a tomar todo mi cuerpo. En sus ojos flameaban las llamas de la pasión, en su abrasador e impetuoso aliento, en sus tórridos labios... Todo. Todo en él era fuego, y eso hacía que mi cuerpo se contagiase sin remedio. Quería sentir ese fuego recorriéndome, lo necesitaba, lo ansiaba, y cada vez sentía más placer. Más, más, más...

Sus jadeos aumentaron de volumen, así como los míos, y sus lentos movimientos pasaron a ser más espasmódicos y potentes. El inmenso e incontenible placer ya se acercaba como un tornado y la energía pasó a ser electrificante, se movía a nuestro alrededor con delirio. Su boca sobre la mía, jadeando con fervor, su abrasadora piel frotando mi piel, su cuerpo deslizándose dentro del mío...

Las palpitaciones de mi organismo alcanzaron sus cotas más altas y acto seguido llegó la locura. La energía explotó a la vez, juntándose con ese clímax de fuego que recorrió todo mi cuerpo, invadiéndolo como un fognazo, y alcancé el cielo. Sentí cómo su espíritu se mezclaba con el mío, y por un instante fuimos uno solo. El orgasmo duró más tiempo y fue mucho más inmenso, infinitamente más placentero, haciendo que toda mi alma se entregase a él completamente, que se perdiera en otro mundo diferente a este junto a él, uno más espiritual y mágico, indescriptible. Le amarré más fuerte, quemándome del todo, y mis piernas se abrieron más en respuesta. Las lágrimas cayeron a ambos lados de mi rostro justo cuando nuestras bocas gimieron más alto mientras seguían tocándose, y mis dedos se clavaron en la piel de su espalda con tanto frenetismo, que pude oler su sangre por un instante.

Por fin había podido entregarme a él del todo, por fin había sentido ese fuego.

Nos miramos a los ojos, todavía respirando con agitación, y Jake llevó su boca a la mía para besarme con dulzura. Sin embargo, nuestra

noche de boda no había hecho más que empezar, y todavía nos quedaba mucho fuego que apagar. Mucho, mucho fuego.

Esa ternura pronto pasó a ser pasión desenfadada de nuevo y terminamos besándonos con fervor, jadeando con intensidad, y rodando por ese lecho de pétalos rojos, hasta que me quedé sobre él.

Sin dejar de besarle en ningún momento, repté hacia atrás, tirando de su mano para que se incorporase y me siguiera, y conseguí que se pusiese de pie conmigo.

Mis manos se aferraron a su nuca y a sus hombros para pegarle a mi cuerpo y le obligué a caminar en mi dirección, hasta que llegamos a donde yo quería. Entonces, dejé su boca, le despegué de mí y le empujé hacia el sillón, donde se cayó sentado.

Me senté sobre él y uní nuestros cuerpos de nuevo, aferrándome bien a su cuello. Ambos soltamos un gemido sordo y Jacob llevó sus manos a mi espalda baja para pegarme a él del todo, haciendo que nuestros rostros se arrimasen.

Hacía demasiado calor, el fuego lo invadía todo, todo, y yo necesitaba saciar este deseo incombustible que sentía por él.

Empecé a moverme sobre Jake desenfadadamente, cabalgando con fervor, mientras nuestras bocas volvían a exhalar el aire con locura. Mi organismo ya comenzaba a palpar, ansioso, y todo mi ser se estremecía profundamente con lo que sentía. Subió sus manos, acariciando mi espalda, y las metió entre mi pelo para que mi rostro no se separase del suyo jamás.

Mi cuerpo se deslizaba una y otra vez con pasión y nuestras hambrientas y feroces bocas se entrelazaban juntas entre jadeos salvajes.

Todo en él me volvía completamente loca, su glorioso cuerpo, sus ojazos negros de fuego, sus ardientes y sedosos labios, sus enormes, suaves y prodigiosas manos, su tórrida y húmeda piel, su roce con la mía, el olor de su sudor, su más que apasionado aliento en mi boca, sus besos, sus ávidas caricias, él, él, él, él...

No pude evitarlo, aferré el pelo de su frente para obligarle a ladear su rostro y hundí mis dientes en su cuello sin dejar de moverme sobre él con entusiasmo.

Gimió, muy excitado, y sus manos se aferraron en mi espalda baja con avidez para que aumentase mi ritmo un poco más.

Por supuesto no mordí su yugular, y sólo me permití beber un poco de su sangre, pues sabía que si empezaba y me dejaba llevar demasiado,

ya no podría parar, pero el saborear su hirviente y extremadamente delicioso plasma me excitó sumamente y mis movimientos se volvieron frenéticos, aunque no era la única, Jacob también se volvió loco, jugar a este juego peligroso era muy, muy excitante. Solté su cuello, lamiendo la sangre que se desbordaba por la herida antes de que ésta se cerrase, y acto seguido le quedó una suave y rosada cicatriz con la forma de mis dientes.

La locura se desató del todo.

Su mano se aferró a mi cabello una vez más y tiró para que mi barbilla se alzase. Comenzó a besarme y a lamerme con hambre por mi cuello y mi garganta, por mi pecho..., mis dedos no podían sujetar su pelo con más fuerza, mientras ambos jadeábamos salvajemente.

Subió su rostro y aflojó un poco su amarre para que el mío se pegase al suyo. Aferré las manos en el respaldo y pasé a deslizarme sobre él de una forma completamente desbocada, tanto, que si no llega a ser porque el sillón estaba apoyado en la pared, hubiéramos volcado. Escuché un crujido de la madera bajo mis manos, pero ni siquiera noté que había roto nada, solamente podía sentir a Jacob. Jacob, Jacob, Jacob. Nuestros jadeos pasaron a ser gemidos y sus dedos se clavaron en la piel de mi espalda más baja para que no parase.

Pero Jake también pasó a la acción.

Despegó su espalda del respaldo, obligándome a soltarme del mismo para inclinarme hacia atrás y él se unió a mis movimientos de una forma salvaje. El inmenso placer que me hacía sentir me dominaba hasta dejarme llevar completamente. Mi cuerpo se dobló hacia atrás y mis manos se agarraron a los brazos del sillón con un ansia desmedida. Jacob llevó sus manos por todo mi cuerpo, acariciándome los muslos, el abdomen, el pecho... Todo me hacía palpar, y mis dedos ya rasgaron la tela.

Sus manos pasaron a mi espalda y me empujaron hacia él, haciendo que mi pecho se fundiera con el suyo y que nuestros rostros se uniesen de nuevo. Mientras mis manos ya se repartían por su pelo y sus hombros, nuestras bocas se besaban con un ardor que lo quemaba todo. La energía corría a nuestro alrededor con una pasión ciega.

Coloqué mi mano sobre su mejilla para compartir con él todo lo que sentía y, entonces, la locura se convirtió en algo indómito. Jacob se excitaba aún más viendo lo que yo sentía, y mi excitación también tocaba el cielo, al verle a él. Nuestros irrefrenables movimientos pasaron a ser

lujuria plena, éramos como dos animales salvajes, fuego contra fuego, y el placer estalló del todo en los dos.

Su alma volvió a tomar la mía y otro clímax barrió mi cuerpo completamente, mezclándose con la energía que había explotado del todo, llevándome al éxtasis absoluto. Dejé este mundo momentáneamente y mis uñas se clavaron en su piel una vez más mientras los dos gemíamos en nuestras bocas, más alto.

Cuando todo terminó, nos quedamos quietos, todavía unidos, y nos miramos a los ojos a la vez que nuestras bocas seguían intercambiándose el aliento agitadamente. No quería separarme de él jamás, no ahora que había pasado ese horrible año y por fin era mío de nuevo.

Lo vi en sus intensas pupilas, las cuales reflejaban las mías. Nuestro fuego aún no se había apagado, y quedaba mucho para que eso ocurriera.

Jacob se levantó, tomándome en brazos, y regresamos a ese lecho de pétalos para consumirnos del todo.

Las llamas de la chimenea terminaron apagándose a lo largo de la noche, pero nuestro fuego siguió más allá del amanecer.

NADAR

Estaba en la gloria.

Mi mejilla descansaba en su ardiente pecho desnudo, mi cuerpo estaba pegado al suyo, piel contra piel, las cuales aún estaban húmedas por aplacar nuestra última llamarada de la mañana, la suya olía extremadamente y afrodisíacamente bien, y sus brazos me arropaban con seguridad y mimo mientras sus manos jugueteaban con mi enredado cabello. La verdad es que tenía bastante calor, pero no me importaba en absoluto. Estaba en el paraíso, en mi paraíso particular y exclusivo, todo para mí.

Desde luego, no había nada ni nadie mejor que Jacob en todo el universo.

Sonreí con satisfacción y giré el rostro para inspirar su efluvio profundamente. Sí, cómo había echado de menos esto durante mi largo encierro. La pulsera me había ayudado a mitigar aquel dolor, soltando su fragancia por la noche, sin embargo, no era lo mismo que inhalar su aroma de primera mano, desde luego, con mi nariz pegada a su piel, con mi cuerpo sintiendo el suyo... Pero ahora lo tenía todo para mí, por fin estábamos juntos de nuevo, y no merecía la pena perder mi valioso tiempo junto a él recordando ese infierno que ya había terminado para siempre, y menos en nuestra luna de miel, así que me prometí a mí misma no pensar en esos malos momentos nunca más.

Volví a apoyar mi mejilla en su cálido torso y escuché los potentes y calmados latidos de su corazón más de cerca. Mientras entraba en un estado de trance total gracias a su vivo ritmo cardíaco y a las continuas incursiones de sus prodigiosos dedos en mi pelo, me dio por observar mi mano sobre su pecho. Mi blanca y pálida piel hacía un bonito contraste con su preciosa tez cobriza, pero ahora, además, se le sumaba esa alianza

dorada que tanto había soñado. Ésta brillaba con ganas, parecía el reflejo de mi felicidad plena y absoluta.

Alcé el rostro para mirar mis adorados ojos negros. El suyo ya llevaba un rato mirándome. Me sonrió con ternura, observándome completamente embelesado, me apartó unos cabellos mojados de la cara con sus sedosos y ardientes dedos y me dio un beso en los labios que hizo que me estremeciera de nuevo.

Despegué mi mano de su pecho y la posé sobre su mejilla, dejándole ver todo lo que le amaba, lo maravillosas, increíbles y mágicas que eran todas las veces que hacíamos el amor... Jacob cerró los ojos y jadeó al sentirlo, rozando su frente con la mía.

—Yo también siento exactamente lo mismo —murmuró, abriendo los párpados de nuevo para clavar esos profundos e intensos ojazos en los míos.

—Lo sé —sonreí.

Correspondió mi sonrisa y llevó sus labios a los míos, besándome otra vez.

Me separé de él momentáneamente para ponerme boca arriba, aunque mi costado siguió muy pegado a su torso, y me quité el anillo para verlo mejor, con tanto trajín estos días no había podido fijarme bien en él.

Bueno, no había mucho que ver, la verdad, el aro de oro era muy sencillo, liso, no muy ancho... Pero era mi anillo de casada y para mí tenía un valor incalculable.

Sin embargo, al girarlo entre mis dedos, me fijé en que había una inscripción grabada en la parte interior de la alianza.

Renesmee y Jacob, rezaba, junto con la fecha de nuestra boda. Pero había algo más. *Que quowlé*.

Giré mi rostro hacia él para mirarle sorprendida.

—Espero que no te parezca muy cursi —rió.

—Mírate el tuyo —le indiqué, animada.

—¿El mío? —preguntó, ya sacándose su anillo del dedo.

Lo ladeó un poco y vio mi inscripción.

Jacob y Renesmee, ponía, junto con la fecha de nuestra boda. Pero, otra vez, había algo más. *Que quowlé*.

Nos miramos y sonreímos de oreja a oreja.

—¿Sabías que yo te había puesto eso? —inquirió, sorprendido.

—No —confesé con una risilla—. ¿Y tú?

—Qué va —negó, sonriendo aún más.

Nos reímos y nos abrazamos con ímpetu. Después, me quedé de costado, pegada a su pecho de nuevo.

—Qué guay —reí, poniéndome el anillo.

Mi dedo ya lo echaba de menos.

—Es por nuestro vínculo, preciosa —afirmó él. Yo no podía estar más de acuerdo—. Tenemos telepatía hasta para esto —y él también se puso su alianza de nuevo.

—Pues me encanta... —murmuré, dándole una serie de besos en los labios que él correspondió con ganas—. Me encanta tu inscripción... —le di más besos—, y sobre todo me encanta lo que simboliza este anillo —concluí, ya besándole efusivamente.

Jacob me apretó contra su cuerpo, haciéndome estremecer.

—Que quowle... —susurró en mi boca.

Cada vez que me decía *te amo* en quileute me derretía sin remedio.

—Que quowle... —jadeé, llevando mi mano a su nuca con fervor.

Comenzamos a besarnos con pasión y...

...finalmente terminamos haciendo el amor otra vez.

Y, otra vez más, acabé entre sus brazos, con mi feliz mejilla apoyada en su ardiente pecho.

Mi rostro de felicidad lo decía todo. Era la mujer más feliz del universo entero, porque estaba con el hombre más maravilloso del planeta. Llevábamos un rato en silencio, escuchando cómo latían nuestros corazones y el sonido del mar, en el exterior.

Sí, esto era el paraíso.

—¿Qué te parece si hoy salimos un poco por la playa? —me propuso, pasando sus dedos por mi pelo—. ¿Te apetece?

Despegué mi cara de su torso y la alcé para mirarle.

—Vale —acepté, sonriendo.

—Genial, entonces vamos a desayunar —sonrió, haciendo el amago de incorporarse.

—Espera que se vaya el servicio de limpieza —le cuchicheé, parándole.

Después de pasarnos tres días en la cama sin que prácticamente nos levantásemos —tan sólo lo habíamos hecho para comer y poco más—, me daba una vergüenza horrible toparme con alguno de ellos.

—Podemos ir duchándonos —sugirió con su preciosa sonrisa torcida.

—Sólo si lo hacemos juntos —maticé yo, también levantando mis labios.

—Claro que sí, nena —asintió, dándome un beso corto.

Nos sonreímos y nos separamos el uno del otro para levantarnos de esa más que enorme cama.

Caminamos desnudos por la habitación, cogidos de la mano, y pasamos por esa entrada de la pared para acceder al cuarto de baño.

Nos duchamos en esa enorme ducha, en la que, jugueteando a lo tonto, también terminamos apagando otra llamarada, y nos pusimos esos albornoces blancos para dirigirnos al amplio y surtido vestidor.

Habíamos traído bañadores, pero Eleazar y Carmen nos habían regalado mucha ropa, entre ella, trajes de baño, así que aprovechamos.

Jacob se puso un bañador tipo bermudas de color azul, con un estampado abstracto, y yo elegí un escotado bikini en motivos florales que no me hubiera atrevido a ponerme nunca si no fuera porque estábamos en un islote desierto para nosotros solos. Jake sonrió con gran satisfacción cuando me lo vio puesto y yo lo hice con más, pues la prenda no sólo me servía para ponerme morena, si es que lo conseguía, sino para tener a mi chico contento. Yo tampoco pude evitar echarle un buen vistazo a ese cuerpazo suyo, y eso que ya le había visto desnudo un montón de veces, pero es que no me cansaba nunca, todo lo contrario, cuanto más le miraba, más perfecto y espectacular le veía.

Los empleados del servicio doméstico ya se habían ido, fue entonces cuando me puse un pareo, dejamos el dormitorio y bajamos a la cocina.

Nos habían dejado el desayuno preparado, así que fue llegar y desayunar tranquilamente. Después, nos lavamos los dientes, cogimos las toallas, la bolsa y salimos a la playa.

Ya teníamos preparadas dos tumbonas a unos metros de la casa, con una mesita de madera y una sombrilla cerrada en medio de las dos. Caminamos hacia allí y extendimos las toallas sobre ellas, donde ya nos tumbamos al sol. Saqué la crema de la bolsa y me la eché por el cuerpo.

—Trae, yo te echo por la espalda —se ofreció él, con una enorme sonrisa, sentándose a los pies de mi tumbona.

—Qué amable —reí, pasándole el bote.

Me giré, de modo que mi espalda quedase en su dirección, y aparté mi coleta hacia delante para dejar mi piel libre.

Jake se echó un chorro de crema en la mano, dejó el bote a su lado y comenzó a extendermela por la espalda. Cuando la crema tocó mi piel, ya

estaba caliente, ya que su mano la había caldeado. Sus grandes y sedosas palmas se movían por mi piel con soltura, acariciando toda mi espalda. Las subió y las deslizó por mis hombros con gran habilidad, haciéndome un pequeño masaje con los dedos. Su forma de tocarme me estaba gustando tanto, que no ronroneaba de milagro.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? A aquel masaje que me diste en ese motel —recordó mientras acariciaba mi piel; y por su tono de voz pude deducir que sonreía con picardía.

Me ruboricé un poco al acordarme de aquello, aunque yo también sonreí al evocarlo. Me volteé para tenerle de frente.

—¿Y te gustó? —le pregunté para tontear un poco con él.

—Uf, ¿que si me gustó? Casi salgo ardiendo de allí —rió—. Entre el masaje y tu mini toalla, estuve a punto de entrar en combustión. Con decirte que luego tuve que darme una ducha fría...

—Y, sin embargo, desaprovechaste la oportunidad que te puse tan en bandeja —le reproché en broma—. Me llevé una desilusión horrible, ¿lo sabías? Ya no sabía qué hacer para seducirte, a poco más, y me quedo desnuda directamente.

—Estaba confuso, en realidad, mi tarro era un completo lío —alegó. Entonces, se quedó pensando en algo de mi frase y su sonrisa se volvió golfa—. Si te hubieras desnudado del todo, ya no habría estado confuso.

—Ja, ja —articulé con ironía.

Jacob se rió y me dio un beso en los labios.

Cogí el bote de crema y lo abrí.

—¿Qué vas a hacer con eso? —inquirió, mirándome con un cierto estado de alerta, ya apartándose un poco.

—Tú también tienes que echarle crema —le dije, llevando el bote hacia él para soltarle un chorretón en el hombro.

—Puaj, ni hablar —rechazó, levantándose con rapidez para apartarse—. Mi piel ya está muy curtida.

—Aunque tu piel sea oscura, tienes que protegerte igual —rebatí, poniéndome en pie para echársela.

Jake interceptó mis manos entre las risas de los dos.

—Mira, lo mejor para protegerse del sol es la sombra —soltó mis manos y desplegó la sombrilla—. ¿Ves? Así no me da el sol.

—Claro, y a mí tampoco —fruncí el ceño.

—Espera, que la oriento para que sólo me de a mí, a ver —la sacó de la arena, la cogió y la clavó al otro lado de su tumbona—. Ya está, ¿ves?

—Eso está mejor —sonreí.

Dejé la crema en la mesilla de madera y, cuando estaba a punto de sentarme en la tumbona para echarme, Jacob me cogió de la mano y me detuvo.

—Vamos al agua —propuso, tirando de mí hacia la orilla.

—¿Al agua? Pero yo quiero tomar el sol.

—Eso luego, ahora vamos a nadar.

—No sé nadar, ya lo sabes —le recordé.

—Un vampiro que no sabe nadar —se burló, ya llegando a la orilla.

—Un semivampiro —maticé—. Un semivampiro metamorfo, para ser exactos.

Nuestros pies fueron bañados por una de las suaves olas que llegaron para morir en la arena, mojándonos hasta los tobillos. A diferencia de las playas de La Push, esta agua era cálida.

—Bueno, me da igual —siguió, metiéndose en el agua conmigo colgando—. Eso es muy raro, ¿no te parece? Todos los vampiros, o semivampiros —apuntilló con intención, mirándome del mismo modo—, saben nadar, y tú seguro que no eres una excepción.

—Jake, no sé nadar —insistí, caminando ya con cautela por esas aguas tan cristalinas de color turquesa que me llegaban a las rodillas.

—Claro que sabes, lo que pasa es que siempre le has tenido miedo al agua, no entiendo por qué, desde niña. Cuando eras pequeña y te llevaba a La Push, solamente era capaz de meterte en las charcas, porque en el mar no había quién te metiera.

—Sí que me metía —rebatí, observando esa agua que ya me alcanzaba la cintura mientras tragaba saliva.

—Sí, claro, pero sólo si te llevaba en mi cuello, no te digo —chistó, riéndose—. Pero tú suelta, no había manera.

—Bueno, en aquellos tiempos ya era una chica lista —confesé, con una sonrisita pillina—. Me encantaba estar ahí, ¿para qué iba a preocuparme por el agua?

—Ese es el problema, que nunca te has enfrentado al agua tú sola y siempre le has tenido miedo, por eso nunca has probado a nadar, pero ya verás como sí sabes.

El líquido salino ya sobrepasaba mi pecho.

—Jake, creo que aquí ya está bien, ¿no? —le detuve, tirando de su mano para que no siguiera.

—¿Aquí? Pero si aquí no cubre nada —dijo, mirando alrededor.

—No te cubrirá a ti, pero a mí sí.

—Vale, vale —rió—. Pero yo no me quedo aquí.

Soltó mi mano y saltó hacia delante, sumergiéndose en el agua por un instante. Cuando salió, echó a nadar con gran soltura y maestría, alejándose de mí para adentrarse más.

—Jake, ¿dónde vas? —quise saber, algo preocupada.

Se detuvo y se giró hacia mí, quedándose de pie. El agua le llegaba al cuello, señal de que en esa zona cubría mucho.

—Si vienes aquí, te doy un beso —afirmó con esa sonrisa torcida que me volvía loca.

—Ni hablar —reí, negando con la cabeza.

—Vamos, nena, sólo tienes que mover los brazos y las piernas, ya me has visto hacerlo.

—Estás muy lejos, y ahí cubre mucho —objeté.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te atreves? —me pinchó, riéndose.

—Claro que me atrevo —le respondí, ya un poco picada.

—¿Entonces? —volvió a reír—. Venga, preciosa, si llegas a mí, te prometo que te haré un masaje que no olvidarás en la vida.

—¿Esta noche? —sonreí.

—Esta noche o cuando quieras —asintió—. Venga, lánzate. Yo estoy aquí, ¿ves? No voy a dejar que te pase nada, confía en mí.

—¿Seguro?

—Seguro, te lo prometo. No tengo pensado quedarme viudo —rió.

—Más te vale —le advertí en broma.

Jake se carcajeó.

—Ven a mí, preciosa —me instó con una sonrisa, sacando las manos del agua para indicarme que me acercase.

—Idiota —mascullé, riéndome.

Y se volvió a carcajear.

Observé la distancia y la profundidad de esa agua cristalina. Bueno, no era tan grave, ahogar no me iba a ahogar, con ponerme de pie...

—Me voy a arrugar —se burló.

—Voy, voy.

Pero sí que iba a hacer el ridículo delante de Jake. Ya lo estaba viendo. Yo aquí toda mona con mi bikini sexy en estas aguas cristalinas que bien merecían un anuncio de bañadores, y ahora lo iba a estropear todo pateando y haciendo aspavientos con los brazos para intentar salir a la superficie.

Sin embargo, qué le iba a hacer. Como decía Jake, algún día tendría que aprender a nadar, ¿no? Así que tomé aire, lo expulsé con determinación y me lancé.

Yo no pegué un salto como Jacob para sumergirme, simplemente me eché hacia delante, eso sí, con los pies preparados por si tenían que intervenir en cualquier momento para erguirme. Comencé a mover los brazos y las piernas, al igual que le había visto hacer a Jake, pero no se manejaban con la misma soltura que los suyos y, a cada poco, me hundía en el agua, teniendo que impulsarme con los pies para volver a salir a la superficie.

—¡Venga, preciosa, tú puedes! —me animó Jacob, extendiendo los brazos hacia mí.

Conseguí avanzar un poco sin que mi cabeza se hundiera en el agua, pero después tuve que volver a llevar los pies sobre la arena de ese fondo que cada vez estaba más al fondo, para tratar de salir a la superficie. Sin embargo, con esa profundidad daba igual que ya apoyase los pies, pues ya me cubría mucho, así que no me quedó más remedio que seguir chapoteando para mantenerme a flote.

Al final, y a trompicones, logré llegar a Jake, que me recibió con un abrazo y una risa orgullosa.

—¡Genial, nena! Lo has hecho, ¿lo ves? —me alabó.

—Sí, lo he hecho. Lo he hecho fatal —reí, contagiada por su entusiasmo, rodeándole con mis brazos y mis piernas para encaramarme a él.

—Pero has nadado y has llegado hasta mí —me sonrió.

—Ahora quiero mi primer premio —exigí con otra sonrisa, ya arrimando mi rostro al suyo.

—Claro que sí —aceptó.

Y empezamos a besarnos.

Mis mariposas ya se agitaban con ganas. Sus ardientes labios sabían salados, debido al agua marina, pero su aliento seguía siendo dulce y abrasador...

De repente, noté algo frío rozándome la pierna a toda velocidad y separé mi boca de la suya, sobresaltada.

—¡Jake, me ha tocado algo! —le dije, asustada, mirando al agua sin parar.

—Tranquila, cielo, sólo son tiburones.

—¡¿Tibu... tiburones?!

Entonces, vi las formas grisáceas de los escualos nadando a nuestro alrededor. Se movían a gran velocidad y eran cinco individuos de un tamaño relativamente pequeño. Relativamente, porque su boca debía de ser lo suficientemente grande y debía de estar bien dotada para darte un buen mordisco.

—¡Jake, hay que salir de aquí! —grité, aferrándome a él con fuerza.

—Shhhh, no grites, que les atraerás más —me aconsejó con una voz y una pose demasiado tranquilas para mi gusto—. Además, tenemos que quedarnos muy quietos —cuchicheó.

—Nos van a morder —le advertí en voz baja, con miedo.

—No te preocupes, yo te protegeré y no te tocarán ni un pelo —aseguró—. En todo caso me morderán a mí, pero como me curo muy rápido —entonces, frunció los labios, entornó los ojos y se quedó pensativo—. Aunque, claro, el olor de mi sangre atraerá a más tiburones...

—¡No, Jake, hay que salir de aquí! —chillé, revolviéndome sobre su cuerpo ya un poco presa del pánico.

Y, de pronto, un chorro de aire salió por el lomo de uno de los *tiburones* cuando salió a la superficie.

Sus manos me afianzaron con confianza y rompió a reír con ganas. Sus carcajadas se podrían escuchar hasta en la isla de Santa Lucía, seguro. Fruncí el ceño ante su graciosa bromita.

—Eres... eres... —mascullé, rabiada.

—Ay, qué bueno —soltó, entre sus últimas risas.

—Idiota —le pegué un manotazo en el brazo, aunque no pude evitar contagiarme de su risa—. Menudo susto me has dado.

—Deberías de haberte visto la cara —sonrió con malicia.

—Sí, claro, debería de marcharme ahora mismo y dejarte aquí plantado —le dije con retintín.

—Bueno, nena, no te enfades —y me dio un beso en los labios—. Mira qué bonitos son los delfines.

La verdad es que sí que lo eran. Nadaban a nuestro alrededor, jugueteando los unos con los otros.

—Son preciosos —sonreí, mirándolos—. Nunca los había visto así, ¿se dejarán tocar?

—Prueba, pero no creo.

Solté mis piernas de su cintura y, sin dejar de rodear su cuello con mi brazo, dejé que mi cuerpo se hundiera un poco más en el agua. Extendí la

mano y esperé a que uno de los delfines se acercase. Pasó como un auténtico bólido, pero uno se deslizó bajo mi mano, permitiéndome sentir su piel.

—Se ha dejado —exclamé, entusiasmada—. Es muy suave.

—¿A ver?

Jake probó a hacer lo mismo y otro delfín se acercó jugueteando, dejando que su mano rozase su lomo gris.

Los dos nos miramos y nos reímos.

Los delfines nos acompañaron durante un rato, jugando con nosotros, saltando y nadando a nuestro alrededor. Parecían estar tan a gusto con nosotros, como nosotros con ellos, pero, de pronto, se marcharon con precipitación, como si algo les hubiese espantado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se van así? —inquirí, extrañada.

—No sé, cualquier ruido submarino, quién sabe —manifestó, encogiéndose de hombros—. Los delfines tienen un sónar muy potente, pueden detectar sonidos a muchos kilómetros de distancia. Tal vez oyeran algún barco o algo.

—No será por un tiburón, ¿no? —me mordí el labio.

—No, tranquila —sonrió con confianza—. Los tiburones van en solitario y aquí suelen ser bastante pequeños. Los delfines van en grupo y saben defenderse muy bien de los tiburones.

—Ah.

—Bueno, venga, vamos a practicar —me apremió, quitando mi brazo de su cuello para tomarme de las manos—. Estírate y trata de venir hacia mí.

Hice lo que me mandó, tomando sus manos como apoyo. Jacob caminaba hacia atrás a la vez que yo avanzaba en su dirección con la agitación de mis piernas, hasta que ya me fue soltando las manos. Cuando me di cuenta, nadaba hacia Jake casi sin problemas mientras él lo hacía de espaldas.

—¡Qué guay! ¡Estoy nadando! —reí.

—¡Genial! —se carcajeó, y se puso a aullar.

Nos pasamos mucho tiempo en el agua, practicando mi natación y jugueteando como los delfines hasta que casi me convertí en una experta. Bueno, para ser sincera, todavía me quedaba bastante que aprender, la verdad.

Después de esa hora larga, nos detuvimos para descansar un poco, manteniéndome a flote como Jake me había enseñado.

—Bueno, creo que ya estás lista para la moto —declaró con una sonrisa.

—¿Para la moto? —pregunté sin comprender.

Me hizo una señal con la cabeza y su sonrisa se amplió. Me giré y vi dos motos de agua junto a la casa.

—Venga, vamos —me azuzó, echando a nadar hacia la orilla.

Le acompañé y nadamos unos metros hasta que ya hacíamos pie, entonces seguimos nuestro camino andando como podíamos entre el agua. Jake me mostró una sonrisa golfa y me tendió la mano.

—Ahora lo entiendo todo —reí, cogiéndosela—. Por eso tenías tanto interés en que aprendiese a nadar. Lo que querías era que montásemos en las motos.

—Bueno, quería que aprendieses, era una vergüenza que un semivampiro como tú no supiera —se burló. Yo le dediqué un mohín—. Pero así, de paso, ya podíamos subirnos a la moto sin que hubiese ningún peligro, ¿entiendes? Ahora si te caes por lo que sea, ya estaré un poco más tranquilo pensando que por lo menos sabrás salir a la superficie.

Torcí el gesto, pero no podía rebatírsele, eso era verdad.

Salimos a la orilla y mis piernas pesaban un quintal. Parecía que me hubiesen colgado cien kilos de cada una de ellas.

Llegamos junto a las dos motos acuáticas y nos fijamos en que había una nota sobre el sillín de una de ellas. Jake la cogió, la sacó del sobre y la leyó en voz alta.

—Esperamos que os guste nuestro regalo de boda. Seguro que en La Push son muy prácticas. No os preocupéis, todos los trámites y gastos del envío corren de nuestra parte. Un beso y que disfrutéis de ellas. Kate y Garrett. Guau —esto último no venía en la nota.

—Madre mía, entre la ropa y las motos, ya no vamos a tener espacio en casa —me reí.

—Ya te digo.

—Bueno, vamos a probarlas —le insté, quitándole la nota de la mano para posarla en el sillín de la otra moto.

—Sí —sonrió con satisfacción y con ansias por cogerla. Cogió los dos chalecos naranjas que colgaban del manillar—. Toma, ponte esto —me mandó, pasándome uno—. Toda precaución es poca.

Me puse el chaleco y él también lo hizo.

Se colocó en la parte de atrás de la moto y la empujó, arrastrándola hacia la orilla. La metió un poco en el agua y yo fui detrás de él, dando

saltitos emocionados como una tonta. Cuando el agua ya nos cubría por sus rodillas, se sentó en el sillín, dejándome un hueco a mí.

—Vamos, nena —me tendió la mano y me ayudó a subir.

Me senté detrás de él, arrimándome bien a su espalda, le rodeé con mis brazos, apretándole, y Jake puso la moto en marcha. El motor rugió con fuerza al principio, pero después pasó a ser un sonido continuo y llano, más suave.

—¿Lista? —me preguntó, ladeándose hacia atrás para mirarme.

—Sí —reí con entusiasmo y emoción.

—¡Pues allá vamos! —exclamó, ya iniciando la marcha.

Y la moto salió disparada hacia delante, corriendo como un bólido entre los gritos emocionados de los dos.

EXTRAÑO

Noté algo de frío y me sentí rara, ya que no estaba abrazada a su cuerpo.

Mis párpados se abrieron poco a poco, y lo primero que hicieron mis pupilas en cuanto se acostumbraron a la luz, fue mirar a mi lado para buscar a Jacob, junto con mi mano, que también se unió, palpando.

Abrí los ojos del todo, extrañada, al ver que no estaba y me incorporé, todavía torpemente, para observar la habitación. La luz del baño estaba apagada, y en el vestidor tampoco estaba. Entonces, escuché unos ruidos que provenían de la cocina.

Me mordí el labio, sonriente.

Me levanté y cogí la corta bata de seda rosa, de la butaca, para vestirme con algo, pues estaba desnuda. Me la puse y até el cinturón.

Abrí la puerta, la cual sólo estaba arrimada, y salí del dormitorio en puntillas. Bajé los peldaños de la escalera de igual modo, atravesé parte del salón y me detuve junto a la puerta de la cocina, escondiéndome.

Asomé la cabeza y le vi. Solamente llevaba puestos sus pantalones de pijama largos y no pude evitar echarle un buen vistazo primero, después, ya me fijé en la encimera. Ya tenía preparada una bandeja para llevarme el desayuno y estaba tostándome la última rebanada de pan. Sonreí por su esfuerzo de darme una sorpresa, pero solté una risilla sorda cuando sacó la tostada y consiguió dejarla en el plato después de que ésta saltara de una mano a otra, quemándole.

Cogió la bandeja y yo ya eché a correr, otra vez de puntillas, hacia el dormitorio. Subí a toda velocidad, aunque sigilosamente, entré en la habitación, arrimando la puerta como antes, me quité la bata, tirándola en la butaca, y me metí en la cama corriendo.

En cuanto me tapé con la sábana, entró por la puerta. Cerré los ojos y me hice la dormida.

El olor a café y tostadas ya invadía todo el dormitorio. Dejó la bandeja en su mesilla y se medio echó a mi lado de costado para tenerme de frente, ayudándose de su brazo para mantenerse algo erguido.

Se quedó un rato mirándome, pensando que dormía plácidamente. Seguramente estaba dudando entre despertarme o no. Casi me derrito cuando pasó sus ardientes y sedosos dedos por mi rostro para apartar mi pelo y acariciarme, todo el vello de mi cuerpo se puso de punta automáticamente, pero las mariposas de mi estómago aumentaron sus aleteos cuando se acercó y me dio un beso en los labios que fue intenso y dulce a la vez, muy, muy dulce.

Entonces, ya no pude evitar abrir los ojos para observar ese hermoso rostro que me sonreía.

—Buenos días, preciosa —murmuró.

—Buenos días —sonreí yo también.

Y volvió a acercar su rostro para darme otro beso. A mis labios les costó dejar que los suyos se marchasen.

—¿Has dormido bien? —inquirió, apoyándose sobre su brazo otra vez.

Mi mente aún tenía demasiado frescas esas tórridas imágenes de hacía sólo unas horas, pero lo poco que había dormido lo había hecho en la gloria, a su lado.

—Sí, muy bien —y acerqué el rostro para darle otro beso en los labios. Jacob sonrió—. ¿Y tú qué haces levantado ya? ¿Y por qué huele tan bien? —le pregunté, disimulando que no sabía nada de su sorpresa.

—Genial, ya lo sabías —se dio cuenta.

Me conocía demasiado bien, incluidos todos mis gestos, por mínimos que fueran.

—Noooo —la negación, la cual empecé oscilando la voz con un tono agudo y terminé en un tono más grave, y que pretendía disimular mi pillaje, me salió un tanto exagerada. Jacob entrecerró los ojos para acusarme con la mirada mientras un lado de su labio se elevaba, esperando a ver cómo terminaba mi mentira—. No lo sabía. Bueno, es decir, ¿saber el qué?

—Venga ya, sabías de sobra que te he preparado el desayuno —rió.

—Huele mucho a tostadas y café —alegué, aunque no pude evitar morderme el labio.

Jake se rió más y finalmente me dio un beso en los labios, agradeciendo mi intento de que su sorpresa no se rompiera.

—Toma, anda —dijo, irguiéndose para coger la bandeja—. Nah, es poca cosa, pero bueno —y se giró hacia mí, portándola.

—Qué va, está genial —sonreí, incorporándome para sentarme en la cama, tapándome con la sábana.

—Zumo, café y tostadas —declaró con una sonrisa, poniéndome la bandeja sobre las piernas.

—Qué bien huele —exclamé, inhalando el olor a la vez que metía mi pelo detrás de las orejas—. Muchas gracias, cielo —y me incliné hacia él para darle un merecido beso que correspondió de buena gana.

Mi chico cogió su zumo, yo cogí el mío y chocamos los vasos a modo de brindis, riéndonos. Nos bebimos los zumos de unos tragos y posamos los vasos vacíos en la bandeja otra vez.

Mientras él echaba azúcar en su café y en el mío, yo cogí una tostada y comencé a untarla con mantequilla.

—¿Te apetece ir esta noche a la isla de Santa Lucía? —me propuso, revolviendo mi café.

—¿Por la noche? —inquirí, llevándole la tostada a la boca.

—Sí, podemos cenar allí y salir un poco, ¿qué te parece? —y le dio un bocado.

—Sí, vale, me apetece salir y bailar —acepté con una sonrisa, mordiendo la tostada yo también.

—¿Quieres bailar? —rió.

Le ofrecí lo que quedaba de tostada y se la metió en la boca, chupando mis dedos mientras yo los retiraba.

—Sí, no sé por qué, pero me apetece mucho bailar contigo —sonreí, cogiendo otra tostada para untarla.

—Bueno, nena, si eso es lo que quieres, bailaremos toda la noche —asintió con su preciosa sonrisa torcida.

—No, toda no. El resto de la noche quiero reservarla para otras cosas —confesé, sonriéndole con picardía, mientras le llevaba la tostada que acababa de untar hacia la boca.

—Ya me parecía a mí... —sonrió él también, y le dio un mordisco a la tostada.

Se me escapó una risilla traviesa y le pegué un bocado a la misma.

Por supuesto, la noche no era el único momento en el que dábamos rienda suelta a la pasión, también había otros momentos, y ese día no fue una excepción. Tuvimos el momento de la orilla de la playa, con sus olas bañando nuestros cuerpos, el momento del jacuzzi, con todas aquellas

burbujas y ese vaho que subía la temperatura aún más, el momento de la chimenea al atardecer, esta vez sin pétalos sobre la alfombra... Aunque también hicimos otras cosas entre medias, como montar en las motos, bañarnos en el mar, relajarnos en la zona de spa...

Después de ese intenso día, nos duchamos y nos arreglamos.

Yo elegí un vaporoso vestido floreado en tonos celeste, crema y turquesa, de tirantes finos que dejaban un escote recto. Iba abotonado por delante hasta arriba, así que dejé un par de botones desabrochados para que mi escote fuera un poco más pronunciado. Aquí no me conocía nadie, y quería que Jake no me quitase el ojo de encima, para qué lo íbamos a negar, me encantaba que me mirase y me desease. La falda era corta, pero sin pasarse, y mejoró aún más cuando me puse unas sandalias a juego que tenían bastante tacón. En conclusión, si mi tía Alice me viera, estaría muy orgullosa de mí. También elegí un bolso pequeño de color celeste que se podía colgar en el hombro. Dejé mis rizos sueltos, tan sólo amarré mi cabello con dos horquillas a ambos lados de mi frente para que éste no se me fuera a la cara, y me maquillé ligeramente, yo no tenía la paciencia de Alice.

Aún así, Jake sonrió con satisfacción cuando me vio, y yo cuando lo vi a él. Llevaba una ceñida camiseta blanca que le sentaba realmente bien y unos pantalones cortos de color arena que eran bastante pijos, por qué no decirlo, aunque sus pies calzaban unos playeros de esos de vestir que hacían de su aspecto algo más informal. Estaba guapísimo.

Los dos nos quedamos mirándonos embelesados durante un rato, hasta que Jake reaccionó y se acercó a mí. Rodeó mi cintura con sus brazos y me arrimó a él, haciendo que mi boca ya suspirase.

—Estás preciosa —murmuró con una sonrisa.

—Tú también estás muy guapo —sonreí, llevando mis brazos a su cuello—. Esa camiseta te sienta muy bien.

—Y a ti este vestido te queda de fábula —su mirada bajó automáticamente a mi escote—. Dios, te queda de fábula —repetió, y yo sonreí, satisfecha.

Ambos acercamos nuestros labios para besarnos. Nos dimos un beso lento, deslizándolos bien para sentirnos mejor, y después otro, y otro más... Mis mariposas explotaron para acariciar las paredes de mi estómago con sus alas y mi mano ya quiso subir a su nuca para aferrar su pelo, pero me contuve y separé nuestras bocas.

—Si seguimos, ya no podremos parar... —susurré en sus labios con una sonrisa—. Y Fernando ya nos está esperando con su avioneta.

—Sí, tienes razón —sonrió.

Inspiramos el aire profundamente y conseguimos despegarnos.

Salimos del dormitorio, bajamos esas escaleras en U, atravesamos el salón y, por fin, llegamos al vestíbulo, donde cogimos las llaves del taquillón blanco y nos fuimos de la casa.

El viaje en la avioneta pasó rápidamente, la apenas media hora de trayecto se vio amenizada por la charla del piloto sobre la isla de Santa Lucía, y también nos aconsejó varios sitios para ir a cenar y tomar algo.

Cuando aterrizamos, ya lo hicimos en una de las playas del sur de la isla, ante las atentas y curiosas miradas de la gente que caminaba por el paseo de la misma, cosa que me dio una vergüenza horrible. Jake insistió en llevarme en brazos hasta suelo firme, pero me negué. Lo que me faltaba era llamar más la atención de esos viandantes. Me descalcé para que no se me clavasen los tacones en la arena, y nos bajamos de la avioneta.

Al llegar a la acera del paseo, me sacudí los pies y me volví a poner las sandalias. Jake y yo no habíamos soltado nuestras manos en ningún momento, así que solamente tuvimos que ponernos en marcha, siguiendo las amables indicaciones que Fernando nos había dado durante el vuelo.

Sólo nos detuvimos en el paseo para observar esa romántica puesta de sol que tanto nos recordaba a la de nuestra boda. Después, seguimos caminando.

No tardamos mucho más en llegar a un restaurante que quedaba en el puerto y que Fernando nos había recomendado fervientemente si queríamos cenar buenos pescados. Fue allí donde cenamos. Tuvimos que esperar un poco para que nos dieran una mesa, pero lo hicimos tomando unas cervezas sin alcohol en la barra, en medio de una amena conversación, así que, cuando nos dimos cuenta, ya nos sentaron.

En cuanto escuché: *los señores Black*, la cara se me iluminó, y no precisamente porque nos dieran la mesa. La gente se quedó mirando algo extrañada al principio, por lo jóvenes que parecíamos para ya estar casados, y alucinada después, mientras caminábamos hacia la mesa, por nuestro aspecto, supongo. Bueno, yo también llamaba la atención, tenía que reconocerlo, cosa que hacía que la sangre se me pusiese toda en las mejillas, pero el que más miradas acaparaba siempre era Jake, eclipsándome un poco a mí, para mi alivio. Mi espectacular marido —qué

bien sonaba— era el centro de atención mayoritario allí donde iba. En los restaurantes, en el aeropuerto... y es que, aparte de ese cuerpazo escultural que no se lo quitaba nadie, parecía un jugador de la NBA y la gente siempre se quedaba con el mismo semblante, ese que se pregunta dónde jugaría. Era muy divertido. Eso sí, una vez que lo miraban a él, las miradas pasaban a mí. Ay.

Como nos había dicho Fernando, se cenaba muy bien allí, aunque para mí, la amena y divertida compañía que tenía enfrente era lo mejor de todo.

Después de cenar y de salir de ese restaurante, pasando por el mismo pasillo de miradas que para entrar, nos fuimos a un chiringuito de moda que también nos había recomendado el piloto. Quedaba en la playa, los farolillos que se extendían sobre el pequeño complejo, consistente en una barra, mesas y un reducido escenario donde tocaba un grupo local, se veían desde el paseo marítimo.

Llegamos sin problemas y tuve la suerte de que unas tablas de madera se extendían sobre la arena con el fin de que las féminas pudieran llevar sus tacones para bailar cómodamente. Varias parejas ya se encontraban bailando esa música con ritmos de salsa.

Bajamos las escaleras que daban a la arena y nos dirigimos a las mesas, otra vez ante las miradas de la gente, sentándonos, por fin, en una libre.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó Jake.

—Un cóctel sin alcohol —contesté con entusiasmo—. No sé, el que veas tú.

—Vale —sonrió—. Espérame aquí, vengo enseguida, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquilo, no me voy a marchar —me reí.

Se rió también, se levantó, me dio un beso y se fue a la barra.

Me percaté de cómo le miraban las féminas de su alrededor, algunas descaradas se lo comían con la mirada. No le di importancia, en cambio, sonreí con malicia en mi fuero interno, orgullosa y feliz. Porque ese hombre, del que ellas solamente veían su impresionante físico, ignorando lo maravilloso que era, además, en los demás aspectos interiores, era mío y sólo mío. Sí, qué felicidad.

Sin embargo, algo captó mi atención, más bien, alguien.

Era un hombre, un extraño, y también observaba a Jake atentamente. Me llamó la atención porque llevaba gafas de sol en plena noche y vestía todo de largo, con el calor que hacía aquí. Su camisa era de manga larga y

sus pantalones también. Su pelo moreno era muy longevo e iba atado en una coleta baja que le llegaba a la espalda. No estaba consumiendo nada, solamente estaba sentado en una mesa, sin compañía alguna. Me fijé en su rostro, pero, lo poco que dejaban ver sus gafas, no me delataba nada raro. Su piel parecía de un color normal.

Jacob terminó de pagar al camarero y cogió los dos preparados para regresar a mi lado. El hombre desvió la vista y miró hacia el pequeño escenario, aplaudiendo como el resto del personal, al terminar la canción que había estado sonando. Ahora parecía más normal...

Me quedé pensando. ¿Podía ser que ya me obsesionase por cualquier cosa? Sí, claro que podía. Lo había pasado tan mal durante ese año... En ese instante, me regañé a mí misma. Me había prometido no recordar eso nunca más, y lo que tenía que hacer era calmarme un poco, no todo tenía por qué ser peligroso. Si me preocupaba por cada personaje raro que me encontrase, lo llevaba claro. Tomé aire y lo solté, relajándome automáticamente. No le di más importancia, gente rara la había por todas partes, además, estaba en mi luna de miel, quería disfrutarla a tope, y no quería preocupar a Jake con tonterías.

Su sonrisa hizo que el asunto se me olvidase rápidamente.

—Toma, preciosa —posó mi cóctel en la mesa—, a ver si te gusta.

Se sentó a mi lado, ya bebiendo del suyo, por la pajita.

Los dos cócteles estaban servidos en dos enormes copas de cuello ancho que estaban a rebosar de cubitos de hielo picado. El suyo era de color amarillo y estaba aderezado con una cuña de lima, cuya corteza habían cortado para que cayese en un bucle, y el mío era de un rosa intenso y estaba adornado con una rodaja de naranja que había sido pelada con el mismo efecto.

—Gracias —sonreí, observando mi copa mientras revolvía mi cóctel entre todo aquel hielo, para deshacer el azúcar del fondo—. No me lo digas, por el olor ya me hago una idea. El tuyo es de piña y el mío de fresa —y acto seguido lo probé.

—Sí —rió.

—Me encanta, está muy rico —asentí, dándole un beso en la mejilla. Luego, cogí el suyo—. A ver cómo está este...

—También está bueno —afirmó, a la vez que yo lo probaba.

—Sí, tienes razón —asentí, dejando la copa en su sitio—. Pero me gusta más el mío.

—Ya lo sabía, por eso te lo cogí de fresa —declaró, con una sonrisita.

Sí, me conocía demasiado bien. Le sonreí y nos dimos un beso corto.

La noche era cálida, y la suave brisa del mar te abrazaba para acogerte en un ambiente romántico y veraniego.

Nos quedamos un rato sentados, tomando nuestras bebidas mientras observábamos cómo bailaba la gente ese merengue tan movido. Las féminas meneaban las caderas sin parar, dando vueltas con su pareja, enredando sus brazos para desenredarlos después... Yo miraba atenta para tomar nota, por si Jake se animaba luego y nos arrancábamos en uno de esos bailes moviditos. Aunque él eso de menear las caderas...

Pero entonces, el grupo del escenario comenzó a tocar una canción más lenta, siguiendo las pautas de esos ritmos y sonidos caribeños.

Esta era la mía.

—Vamos a bailar —le propuse, tirando de su mano para levantarlo.

—¿Bailar? ¿Ahora? —inquirió, aunque ya se estaba poniendo en pie, conmigo.

—Sí, vamos —reí, arrastrándole hacia la pista.

—Vale, vale —rió él también.

Llegamos allí donde la gente estaba bailando y rodeé su cuello con mis brazos para comenzar a bailar. Jake enseguida me abrazó y me arrimó a él. Nuestros pies empezaron a moverse al son de ese pausado ritmo, balanceándonos de un lado a otro sin dejar de mirarnos a los ojos. Las mariposas de mi estómago ya no podían aletear más deprisa.

—Dime, ¿lo estás pasando bien? —interrogó con un murmullo, sonriéndome.

—Más que eso, soy la mujer más feliz del universo —murmuré, arrimando mi frente a la suya para acariciarla—. Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

—Ya te digo —sonrió, dándome un beso en los labios que hizo que mi cuerpo ya se estremeciera. Después, dejó mi boca para hablar de nuevo—. Pero, desgraciadamente, sólo nos queda una semana aquí.

—Bueno, La Push está muy bien —sonreí—. Para mí es el mejor sitio del mundo.

—Y ahora ya sabes nadar —siguió él—. Podremos darnos algún chapuzón juntos de vez en cuando.

—Sí, qué guay —sonreí otra vez—. Aunque allí el agua está más fría, voy a tener que pegarme bien a ti —insinué con voz sugerente, llevando mis labios a los suyos.

—Pégate todo lo que quieras, cielo —susurró en mi boca.

Y nos dimos un beso un poco más largo y efusivo que el anterior, que, a poco más, hace que mis mariposas saliesen despedidas hacia las estrellas.

Conseguimos terminar ese beso, con el fin de no dar el espectáculo allí, y apoyé mi cabeza en su clavícula para seguir bailando, a la vez que él me apretaba contra su cuerpo con mimo.

Estaba en la gloria, en el cielo, moviéndome con él en ese suave balanceo mientras esa cálida música nos llevaba. Hasta que noté algo raro que me sacó de mi nube.

Era ese extraño otra vez, pero ahora nos observaba a los dos, y no nos quitaba ojo. Empecé a sentirme realmente incómoda, ¿por qué nos miraba así? Parecía un agente del FBI, o del servicio secreto, un agente de esos que salen en las películas, lo único que le faltaba era la gabardina. Y encima, nos observaba con una desaprobación clara, la censura le salía hasta por las gafas. No le veía los ojos, pero su boca, en gesto de hastío, lo decía todo.

Eso me puso más enferma. Me recordó a Nahuel y su forma de mirarnos, con esa crítica y censura, pero, claro él sabía que yo era un semivampiro y que Jake era un hombre lobo, todavía se podía entender que tuviera algún prejuicio estúpido. Sin embargo, este hombre no nos conocía de nada, y parecíamos despertar algún tipo de rechazo en él, tanto, que no podía apartar sus ocultos y tontos ojos de nosotros. Mis dedos se aferraron a la nuca de Jake con más fuerza, rabiados, y él se dio cuenta de que algo me pasaba.

—¿Qué pasa? —me preguntó, claro, despegándose un poco de mí para mirarme.

Pero yo no quería que nuestra maravillosa velada se nos estropease por culpa de un extraño con prejuicios, y menos siendo mi luna de miel. Ni hablar. Así que le di un puntapié a la imagen de ese hombre y me concentré en el único que me importaba.

—Nada, cielo —le sonreí. En ese momento, la música pasó a ser rápida de nuevo y la pista se llenó de más gente para menear las caderas.

—Ay, madre —rió, separando su cuerpo del mío para tomarme de la mano—. Vamos a seguir tomando esos cócteles.

—¿No quieres probar? —me reí mientras él ya tiraba de mí hacia la mesa—. Mira, sólo hay que mover las caderas y...

—¡Uf! Mis caderas y yo vamos a ritmos diferentes, somos incompatibles —bromeó—. Y encima, en este baile tengo que llevarte yo, quita, quita.

—Que no, es muy fácil, ya verás —le detuve, ahora tirando yo de él para volver a la pista.

—Ay, no sé, Nessie... —dudó.

—Yo aprendí a nadar, y tú aprendes a bailar. Es justo, ¿no? —le sonreí, poniéndome frente a él para comenzar a danzar—. Mira, es así, ¿lo ves? —le cogí de las manos mientras yo llevaba los pies de un lado a otro con pasos rítmicos que hacían que mis caderas se movieran solas.

—Tú lo haces muy bien, desde luego —afirmó con una sonrisa pícaro, observándome de arriba abajo.

—Y ahora doy una vuelta. Tú levanta el brazo así para que yo pase por debajo —y se lo alcé yo para hacerlo.

Fui girando poco a poco, meneando las caderas, y cuando mis ojos lo tuvieron en su ángulo de visión le miré con seducción.

—Creo que esto ya me está gustando más —su sonrisa golfá se amplió.

—Venga, inténtalo tú —le exhorté, sonriéndole, cuando terminé de girar.

Sus pies comenzaron a moverse, no con mucha soltura, la verdad, pero al menos, lo hacían al ritmo de la música. En cambio, sus brazos y sus manos seguían mis movimientos perfectamente.

—Me siento ridículo —declaró, mordiéndose su sonriente labio.

—Que nooooo, lo estás haciendo genial, mira —y pasé a sujetar la parte superior de sus brazos para menearme un poco más pegada a él.

—Bueno, esto no está tan mal, tengo que reconocerlo —sonrió, sujetando mi bailarina cintura con sus grandes manos.

—Claro que no, nene, tú suéltate —le animé con un murmullo, acercando mi frente a la suya para seguir con mi sugerente baile.

Y se soltó. Y no sólo él. Los dos nos soltamos tanto con esa música y esos bailes tan sensuales y apasionados, que terminamos escondiéndonos donde pudimos para besarnos como dos ardientes adolescentes.

Cuando llegamos a casa, ya prácticamente nos íbamos comiendo por el camino. No nos dio tiempo a subir al dormitorio. Jake abrió mi vestido de un tirón, haciendo que los pequeños botones saliesen despedidos por todas partes, y terminamos de apagar esas llamas en el mismo vestíbulo.

A la mañana siguiente, y después de ducharme yo primero —Jake quería dormir cinco minutos más—, bajé a la cocina en albornoz para ir poniendo la mesa, puesto que el amable servicio ya se había molestado en hacernos el desayuno. Cuando terminé de colocarlo todo, no me pude resistir a coger una de las fresas que nos esperaban en una de las bandejas.

Unos brazos fuertes y protectores me rodearon por detrás y me atrajeron a su cuerpo cálido con mimo. Al igual que yo, él llevaba su albornoz.

—Ya estoy aquí, preciosa —susurró Jacob en mi oído, provocando a mi estremecido vello.

—Menos mal, porque ya te echaba de menos —le confesé, girando el rostro hacia él mientras acariciaba sus antebrazos.

Mis adorados ojos negros se engancharon en los míos, haciendo que mi corazón aumentase su ritmo automáticamente.

—Pues ya me tienes aquí —sonrió.

Me di la vuelta y rodeé su cuello con mis brazos para darle un beso.

—Estaba pensando que podíamos ir a una de las playas de Santa Lucía —le propuse—. Por ver cómo es el ambiente y eso.

—Vale —aceptó, aunque no parecía estar demasiado atento a eso, porque se dedicó a soltar mi cintura para que una de sus manos cogiesen una fresa.

La acercó a mi boca, clavándome esa mirada de fuego que ya me hizo entrar en otro estado metafísico, y no pude evitar morderla mientras ya le miraba con ojos encendidos. Luego, él se terminó de comer el fruto.

Llevó sus manos hasta el cinto de mi albornoz y lo desató, abriéndolo después para que mi cuerpo quedase al descubierto. Ya llevaba un rato hiperventilando, pero cuando me repasó con sus intensos ojos y metió sus ardientes y sedosas manos para acariciar mis caderas y tomar mi cintura, mi respiración se transformó jadeante en toda regla.

Pero yo no iba a ser menos.

Desaté su cinto y también abrí su albornoz, permitiéndole a mi privilegiada vista que observase su cuerpo sublime. Sí, lo era, y su tez morena contrastaba con ese blanco de la prenda, haciéndola todavía más hermosa. Llevé las manos a su impresionante torso y comencé a acariciárselo, entonces, su respiración también se intensificó.

Me pegó a su cuerpo con un movimiento enérgico y decidido, que hizo que mi piel se estremeciera al contacto con la suya, y empezamos a besarnos con auténtica pasión.

Parecía mentira que hubiésemos hecho el amor hacía unas pocas horas, pero nuestras manos se deslizaban por nuestra piel ávidamente mientras nuestras bocas se entrelazaban sin descanso entre jadeos alocados.

Jake obligó a que nuestros cuerpos se girasen y mi cintura chocó con la encimera. Su brazo arrastró las cosas que reposaban sobre la misma, creándose un estrepitoso y momentáneo ruido, y me sentó en ella, donde mis piernas ya estaban abiertas para acogerle.

A partir de ahí, la locura se desató.

Esta vez le dijimos a Fernando que aterrizase en un sitio lo más desapercibido posible. Si ayer ya habíamos llamado la atención con los transeúntes que caminaban por el paseo, no queríamos ni pensar lo que pasaría hoy en una playa abarrotada.

Aterrizó en una cala, donde se reunían más bien familias, y nos dirigimos a otra de las playas, cualquiera nos servía.

No tardamos mucho en encontrar una que nos gustase. Bajamos las escaleras que separaban el paseo con la arena y comenzamos a pasear por la playa para buscar un sitio donde poner las toallas.

Hacía mucho calor, así que mi chico solamente vestía su bañador tipo bermudas y yo llevaba un corto pareo.

No me fijé si también yo era objetivo de miradas, porque mi vista sólo pudo reparar en cómo le observaban las féminas mientras caminábamos. Se lo comían con la mirada, pero también lo observaban con un poco de distancia. Jake tenía ese puntito canalla y rebelde que hace que una mujer desconfíe pero se sienta atraída a la vez sin remedio. Una vez más, me reí en mi fuero interno, porque era mío, mío, mío y sólo mío. Sonreí de felicidad y seguí caminando con mi chico de la mano, con la cabeza muy alta, aunque también me di cuenta de que él tenía la misma expresión.

Encontramos un sitio y extendimos las toallas.

Me daba un poco de vergüenza quitarme el pareo de pie, a la vista de toda esa gente de alrededor, así que me senté y me lo quité en la misma toalla. Lo guardé en la mochila que había cargado Jake y saqué la crema para empezar con ese ritual de siempre. Por supuesto, Jacob se ofreció para echármela por la espalda y yo acepté encantadísima. Cuando terminó, le eché un chorrete en el pecho a traición.

—¡Puaj! ¿Qué haces? —se quejó.

—Ahora tú, aquí no tenemos sombrilla, así que no te queda más remedio —declaré, extendiéndole la crema por el torso.

—Desde luego, ya no sabes qué hacer para tocarme, ¿eh? —sonrió, con esa maravillosa sonrisa torcida, mientras se dejaba caer hacia atrás, apoyándose con los brazos estirados—. ¿Qué pasa? ¿No has tenido bastante con lo de la cocina? —me recordó con voz sugerente.

—Jake.... —le regañé, riéndome, pegándole un manotazo en el brazo.

Aunque sólo de pensar en ello, ya hacía que me estremeciera de nuevo. Él se rió con satisfacción y yo sonreí.

Seguí acariciando su increíble pecho ante algunas miradas verdes de envidia, eso hizo que mi sonrisa se ampliara aún más. Después, seguí por su espalda, su cuello y sus amplios hombros. A poco más, y se me acaba el bote de crema.

—Toma, ahora échate tú por el resto del cuerpo —y se la pasé.

—Ay, qué asco —se volvió a quejar, poniendo una mueca—. Odio las cremas.

—Pero hay que echárselas —rebatí, sentándome como había hecho él antes, con los brazos como apoyo.

Se hizo un momento de silencio mientras terminaba de extenderse la crema en el que me fijé en él, aunque, claro, eso no era nada difícil, teniendo ese cuerpazo a mi lado. Pero no fue en eso en lo que puse mi atención, al menos, no del todo, sino en el color de su piel. Su tez era más oscura, en cambio, la mía...

Puse mi brazo junto a él y torcí el gesto.

—¿Qué pasa? —rió, ya dándose cuenta de lo que pasaba por mi cabeza.

—¿Cómo es posible? Tú estás todo el tiempo a la sombra —me quejé, al ver mi pálido brazo igual de níveo que cuando llegamos hacía una semana, contrastando con su morena piel.

—Es genética, nena —declaró, mostrándome esa preciosa sonrisa torcida—. Yo llevo sangre india en mis venas, y tú..., bueno, tu madre siempre ha sido una piel pálida y tu padre..., en fin, para qué hablar, no es transparente de milagro —se burló, tirando el bote encima de la toalla—. Es lo que hay, llevas genes de vampiro, y que yo sepa, los vampiros no se ponen morenos —cuchicheó, y su sonrisa se amplió.

—Pues yo me marcharé de aquí morena —le contradije, frunciendo el ceño.

—Vale, vale —se rió. Luego, miró a su alrededor y fijó su vista en un puesto de helados—. No sé tú, pero yo me estoy achicharrando. ¿Te apetece un helado? —terminó, mirándome a mí.

—Sí, vale —acepté, sonriente.

—De acuerdo —asintió, poniéndose en pie. Cogió la cartera de la mochila y se inclinó sobre mí—. Vengo enseguida —y me dio un beso en los labios que yo correspondí de muy buena gana.

Le sonreí cuando se incorporó de nuevo y no le quité ojo mientras se dirigía al puesto de helados.

Había bastante cola, así que, cuando Jake ya estaba a punto de pedir, ya llevaba unos cinco minutos sola.

—Hola, ¿sabes que eres el bombón de la playa? —habló una voz en español, de repente, que hizo que me sobresaltara y apartase la vista de mi chico para mirar.

—Y probablemente de toda la isla —siguió otro chico, sentándose en la toalla de Jake.

Era un grupo de cuatro chicos que parecían bastante presuntuosos, por cierto. Lucían su palmito de gimnasio con orgullo, ignorando que lo que yo tenía superaba a los cuatro juntos, y todo natural, cien por cien.

—No estoy sola —les advertí, también hablando en español, aunque malo, echándole una mirada fulminante y asesina a ese que se había atrevido a usurpar la toalla de Jacob.

—Yo te veo sola —rebatí otro de ellos.

—Pues no lo estoy —respondí con voz borde—. Mi marido va a venir ahora mismo.

—Ah, ¿estás casada? —preguntó el cuarto con cierta duda.

—Sí —le respondí sin más, usando un tono firme y mostrándole mi alianza.

—Bueno, no somos celosos —afirmó el primero que había hablado.

Idiotas, si ellos supieran...

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? —intervino Jake en su lengua estadounidense, que se plantó frente a ellos con unas pupilas amenazantes que lo decían todo.

Los cuatro abrieron los ojos como platos. Aparte de su masa muscular, Jake les sacaba la cabeza.

—No, ninguno, tío... —dijo el tercero, ya en inglés, en un tono trémulo.

—¿Estáis molestando a mi mujer? —siguió él.

—No, no sabíamos... —intentó defenderse el primero, ya comenzando a iniciar la huída.

—¿Y tú qué haces ahí? —bufó Jake, cambiando la misma mirada hacia el tipejo que se había atrevido a sentarse en su toalla—. Aparta, venga.

—Sí, perdón...

En cuanto ese se levantó, los demás ya estaban caminando con presteza por la arena, con el rabo entre las piernas.

—Menos mal que llegaste, no sabía cómo quitármelos de encima —resoplé.

—Qué pesados. Desde luego, te dejo sola cinco minutos y los buitres ya te acechan, hay que ver —gruñó. Luego, suspiró y me ofreció mi helado—. Bueno, toma.

—Gracias, cielo —lo cogí y le di un merecido beso en los labios, con una sonrisa más que orgullosa.

El helado estaba muy bueno, y entraba bien, con ese calor, no había quién estuviese.

Pero, de repente, mis ojos se fijaron en algo y mi boca dejó de comer.

Era el extraño que había visto la noche anterior, y como entonces, llevaba sus gafas de sol y vestía completamente de largo. Pero, esta vez, había algo más que hizo que me quedase helada por un instante. Era su olor. La suave brisa corría en nuestra dirección y me traía su efluvio, su efluvio vampiro. El individuo estaba a la sombra de una palmera, por eso su piel no destellaba.

—¿Qué pasa? —quiso saber Jake, al ver mi cara. Su vista se fijó justo donde la mía, aunque su nariz ya había detectado el olor antes—. Mierda, es un vampiro —masculló—. Y nos está mirando, como anoche.

Giré el rostro hacia él, sorprendida.

—¿Ya lo sabías?

—Sí, ¿tú también te fijaste ayer? —inquirió él, volviendo el rostro hacia mí para mirarme con la misma expresión.

No hizo falta que ninguno asintiera. Nuestros rostros ya lo dijeron todo. Ninguno había dicho nada para no preocupar al otro, pero los dos nos habíamos dado cuenta anoche.

Como ayer, su expresión era de hastío total.

—No sé por qué nos mira así —dije, mordiéndome el labio.

—No me gusta ni un pelo. Voy a ver qué diablos le pasa —gruñó, comiéndose lo que le quedaba de cucurucho de un bocado mientras ya se ponía en pie con enfado.

—No, Jake, espera —intenté pararle, levantándome yo también.

Pero no hubo forma.

—No te separes de mí —masculló, sin quitarle ojo al extraño.

Me cogió de la mano, apretándola con fuerza, y, con paso firme y seguro, se acercó al vampiro, que nos esperó tranquilamente, apoyado en la palmera.

REY Y REINA

Llegamos a donde el vampiro y Jake se plantó frente a él sin ningún tipo de reparo ni temor, conmigo de la mano.

—No sé quién eres, pero ya me estás tocando mucho las narices —le soltó nada más llegar.

Mi mano apretó la suya para que se calmase, aunque no me hizo ni pizca de caso. Las risas y el griterío de las personas que se encontraban en la playa pasando un divertido día se mezclaban y contrastaban con el ambiente enrarecido y tenso que había bajo esa palmera en la que nos encontrábamos los tres.

—Así que el rumor era cierto —habló el vampiro con una hermosa voz que no casaba nada con su gesto de hastío—. El hombre lobo y la semivampiro se han casado —censuró.

Vaya, las noticias vuelan.

—Me importa una mierda lo que tú pienses —criticó Jake, mirándole de arriba abajo con desdén—. ¿Sólo has venido a espiarnos para eso?

—Si quisiera espiaros, me habría tomado las molestias de esconderme, ¿no te parece?

—No lo sé, dímelo tú —el tono de Jake ya se acercaba más a lo chulesco—. Puede que seas lo bastante estúpido como para no hacerlo, o demasiado osado, quién sabe.

El vampiro sonrió con arrogancia.

—Me he enterado de que Nikoláy, Ruslán y Razvan han muerto.

—¿Es que los conocías? —inquirió Jake, ya algo en alerta—. ¿Estás buscando venganza o algo así?

Volví a apretar su mano, pero esta vez, asustada.

—No. Sólo quería ver cómo era ese Gran Lobo que lo había logrado y del que tanto hablan los miembros de nuestro mundo —declaró.

—No sabía que era tan popular —afirmó Jake con acidez.

—Lo eres —ratificó el vampiro.

—¿Cómo demonios sabías que estaba aquí? —quiso saber Jacob.

—Como ya dije, vuestro reciente... *matrimonio* —le costó decir la palabra, como si no se pudiese creer que un hombre lobo y un semivampiro estuviesen casados, me sacaba de quicio— está en boca de todos.

—Ya veo que ha sido todo un bombazo —afirmó Jake, alzando la barbilla para mirarle con chulería—. Pero sigo sin saber cómo has dado con nosotros.

—No ha sido difícil rastrear los vuelos programados para el 19 de junio —reveló el vampiro, hablando con presunción—, sobre todo cuando los viajeros se llamaban Jacob Black y Renesmee Cullen.

—Renesmee Black —le corrigió, molesta.

—¿Y sólo te has molestado en venir hasta aquí para mirarme? —inquirió mi chico con cierto aire jocosos.

—Quería comprobar que ese rumor sobre vosotros era cierto —manifestó el vampiro, observando nuestras alianzas. Yo alcé la mano, mostrándole el anillo para que lo viera bien. Lo observó, osciló la mirada hacia mí, y después solamente miró a Jake—. También quería comprobar cómo era ese Gran Lobo que derrotó a Nikoláy, Ruslán y Razvan.

—Pues ya me has visto —le espetó mi chico de malos modos—. Ahora lárgate de aquí y déjanos en paz.

—Tienes que ser realmente poderoso, si has podido terminar con ellos —continuó el vampiro, haciendo caso omiso de su exigencia—. Ni siquiera nosotros hemos podido.

Eso llamó la atención de Jake.

—¿*Vosotros*? —interrogó, enfatizando el plural.

—Nikoláy, Ruslán y Razvan tenían más enemigos, aparte de vosotros —aseguró ese extraño individuo—. Mi grupo y yo hemos intentado terminar con ellos en varias ocasiones, aunque sin éxito.

—¿Y vais a vuestra bola o trabajáis para alguien? —preguntó Jake con suspicacia.

—¿Por qué íbamos a tener que trabajar para alguien? —cuestionó el vampiro, fingiendo una falsa sorpresa.

—No me tomes por tonto —le respondió Jacob, ofendido—. ¿Crees que me iba a tragar esas trolas que acabas de contar? Puede que también

vinieses por eso, pero he visto cómo has mirado el anillo de mi mujer, estabas comprobando si era el que Aro nos regaló.

El vampiro sonrió con arrogancia otra vez, mientras mi corazón pegaba un salto, nervioso.

—Veo que no se te escapa nada.

—Mira, no sé qué pretende ese vejestorio tarado, seguramente está muy preocupado por esa dichosa profecía; y tampoco sé quién eres tú y tu grupito de chupasangres, ni qué tenéis que ver con los Vulturis, pero me importa una mierda —la irritación de mi chico subía por momentos—. Puedes decirle a ese chiflado decrépito que se quede tranquilo, a mí no me interesa para nada esa profecía, así que su estúpido reinado de idiotas estará a salvo. Lo único que yo quiero es vivir tranquilamente con mi mujer, formar una familia y tener críos más adelante —el labio del vampiro se levantó un poco en señal de repulsión con la última afirmación de Jacob. Ya me tenía harta, las ganas de pegarle un puñetazo se volvieron urgentes—. Todo lo demás me importa un bledo, así que dejadnos en paz de una vez, ¿vale? Maldita sea, ¡estamos en nuestra luna de miel!

La sonrisa arrogante del vampiro ya hacía un rato que se le había borrado de la cara. Se quedó en silencio, mirando a Jake con seriedad durante un rato, hasta que habló por fin.

—Le daré tu mensaje —asintió—. Aunque le disgustará enormemente que no aceptaseis su regalo de boda.

—No aceptamos regalos de chupasangres —respondió Jake con impertinencia.

—Sin embargo, habéis aceptado los regalos de otros vampiros, como esas motos acuáticas, por ejemplo —espetó ese individuo, altanero.

Ambos nos quedamos paralizados por un momento, aunque mi respiración enseguida incrementó de intensidad.

—¿Cómo demonios sabes eso? —inquirió Jacob en tono monocorde, apretando los dientes.

—No hay mucha distancia de aquí a ese islote, sobre todo para un vampiro —desveló él, jactándose de su *proeza*.

Entonces, caí en algo.

—Por eso se fueron los delfines —murmuré, con una mezcla de sorpresa y temor.

Jake soltó mi mano súbitamente y se acercó al vampiro hasta que se encaró con él, quedándose a dos palmos.

—No vuelvas a acercarte por allí, ¿me has entendido? —masculló, furioso, clavándole una mirada más que amenazante desde arriba, ya que le sacaba una cabeza al vampiro—. Y sobre todo, no te atrevas a acercarte a mi mujer, no sabes de lo que soy capaz por ella. Sólo con que oses a mirarla, te mataré —le avisó, cerrando sus manos ya temblorosas en puños rabiosos.

La gente que estaba más cerca empezó a curiosear, al ver el evidente estado de cabreo de Jake y una posible pelea a la vista. Esto ya empezaba a ser peligroso, pero con el asunto de la gente más, pues esas mismas personas atraían la atención de las que estaban a su alrededor, contagiándoles esas ansias por cotillear.

La verdad es que, visto desde fuera y con la distancia de desconocer que su contrincante era un vampiro, Jake parecía el matón de turno.

—Jake, vámonos —le pedí con voz nerviosa, cogiéndole del antebrazo para tratar de separarle.

Pero él no me hizo caso. Solamente se limitó a amarrar mi mano y a entrelazar nuestros dedos con fuerza.

—Tranquilo, ya te he dicho que sólo he venido a comprobar que os habíais casado y a ver cómo eras tú —se defendió el vampiro—. Mi misión ha terminado. No estoy aquí para llevármela.

—Más te vale —le advirtió Jake.

Le dedicó una última mirada amenazadora y tiró de mi mano para darnos la vuelta.

Y, sin más, comenzamos a caminar hacia las toallas entre aquel círculo invisible de miradas que nos rodeaba.

No podíamos hacer más. Estábamos rodeados de gente, Jake no se podía transformar, y, a decir verdad, puede que fuera peor si nos cargábamos a ese vampiro. Era un enviado de Aro, y si lo matábamos, podíamos empeorar las cosas.

Me giré y vi cómo el vampiro se marchaba, caminando a un paso humano. Subió las escaleras que separaban la arena del paseo y desapareció de mi vista.

Me volteé de nuevo y observé a mi chico. Jacob estaba realmente enfadado.

—Esto es increíble —bufó, ya llegando junto a las toallas—. ¿Es que nunca nos van a dejar en paz? ¿Tan importantes somos?

Los dos nos sentamos a la vez, sin separar nuestras manos. Aunque luego yo solté la suya.

—Tranquilo, cielo —intenté calmarle, hablando con voz dulce, mientras me ladeaba y llevaba las manos a su cuello para pegar mi frente a su sien—. Ya se ha ido, y ahora no creo que nos vuelva a molestar. Ya ha visto lo que Aro le ha mandado y se marchará de la isla.

Mi voz pareció sosegarle un poco, aunque seguía con ese rostro enfascado. Se tumbó en la toalla, boca arriba, llevándome con él, y me acomodé sobre su ardiente pecho, apoyando mis antebrazos en el mismo para mirarle.

La verdad es que, con el calor que hacía y su tórrida piel, me achicharraba, pero se estaba tan a gusto pegada a él... Menos mal que yo no sudaba en estas situaciones, si no, ya llevaría un buen rato chorreando. Sin embargo, su piel sí que ya estaba algo humedecida, y su maravilloso efluvio se veía intensificado, adquiriendo esos matices afrodisíacos que lo llenaban todo de feromonas y me volvían loca. Si estuviéramos en nuestro islote privado, ya me habría lanzado sobre él. Tuve que llamarme la atención a mí misma para concentrarme en la importante conversación que estábamos manteniendo.

—Sí, ya lo sé, pero a mí el que me preocupa es Aro —declaró, llevando sus preciosos ojazos negros a los míos a la vez que su brazo ya me arropaba y sus dedos comenzaban a pasar a través de mi pelo—. Todo ese rollo de los anillos me da muy mala espina. Y se ve que está muy preocupado por esa profecía, no creo que lo deje estar así como así.

—¿Y quiénes serán ese grupo? —pregunté en voz alta, mordiéndome el labio.

—No tengo ni idea. Cuando llegemos al islote, llamaré a Doc para ver si sabe algo. Lo que está claro es que los Vulturis no sólo disponen de su guardia, tienen a más gente que trabaja para ellos, seguramente son sicarios —aventuró.

Su efluvio cada vez era más intenso...

—¿Sicarios? —pestañeeé.

—Sí, gente que les hace el trabajo sucio, ya sabes.

—Ese... hombre —utilicé otro nombre para llamar al vampiro, pues estábamos rodeados de gente, y, aunque hablábamos en voz baja y había bastante bullicio, a lo mejor alguien muy cotilla podía oír ciertas palabras que eran peligrosas— dijo que él y su grupo también intentaron terminar con Razvan, Nikoláy y Ruslán. ¿Crees que los Vulturis sabían de sus intenciones e intentaron quitárselos del medio?

—Puede ser, no sé —frunció los labios y siguió hablando—. Pero entonces no entiendo por qué no han intentado evitar nuestra boda.

—¿Cómo? —pregunté sin comprender.

—La intención de esos tres era invertir la profecía para que Razvan fuera... —miró a ambos lados y cuchicheó más bajito— un *rey* en nuestro mundo —dijo, torciendo el gesto al pronunciar esa palabra a la que él todavía no daba credibilidad—, y es evidente que eso no les interesaba a los Vulturis. Pero tampoco les interesa que no se invirtiera, ¿entiendes? Quiero decir, que ninguna de esas dos opciones es buena para ellos, porque en las dos salen perdiendo. Y si tú y yo nos casáramos, la profecía se cumpliría, ¿no? No entiendo por qué Aro no envió a nadie para chafárnosla.

—Tienes razón —coincidí, y empecé a acariciar ese húmedo y apetecible pecho con mi mano—. A los Vulturis no les interesa que seas el rey de nuestro mundo —sonreí.

Ya sé que la situación no era para sonreír, pero me sentía tan orgullosa de él, que no pude evitarlo.

—No sonrías tanto —objetó, con esa sonrisa que me volvía loca—. Yo no voy a ser el rey de nada, además, no he notado ningún cambio en mí, ¿y tú?

—No.

—Pues eso.

—Pero lo eres, lo dice la profecía —insistí.

—Esa profecía se puede equivocar —contradijo, dándome un toque en la nariz con la punta de su dedo.

—De momento, todo lo que está escrito se ha ido cumpliendo —afirmé, subiendo mi mano por su pecho—. Ezequiel me ha dicho que todo lo que su esposa vaticinaba se cumplía. Anna era una vidente muy buena, incluso mejor que Alice, ya que ella sí que podía ver a los licántropos y metamorfos. Además, si los Vulturis están tan interesados, es por algo, ¿no crees?

—Entonces, ¿por qué no impidieron nuestra boda, eh? —cuestionó, volviendo a su interrogante de antes, se notaba que para cambiar de tema.

—No lo sé —reconocí—. Pero esta es nuestra luna de miel, y no pienso dejar que nos la estropeen. Ya pensaremos en eso cuando llegemos a casa.

—Tienes razón —asintió—. No les daremos esa satisfacción.

—Pero tú eres el Rey de los lobos, y reinarás en nuestro mundo —reiteré, acercando mi rostro al suyo.

—¿Tanto te gusta eso? —murmuró, elevando un lateral de su boca con seducción.

Si él supiera que su olor ya me estaba volviendo loca y que lo único que me apetecía era abalanzarme sobre él, arrancándole el bañador de cuajo...

—No es que me guste porque vayas a ser más o menos importante, eso me da lo mismo, yo te amo igual, es que estoy muy orgullosa de ti, eso es todo —conseguí susurrar.

—Sí, ya lo sé. Pero sabes lo que significa que la profecía se cumpla, ¿verdad? —susurró mientras sus dedos bajaban por mi espalda para estremecerme—. Más responsabilidades, para ambos —apuntilló.

—¿Para ambos? —no comprendía a qué se refería.

—Si yo soy el Rey de los Lobos, tú eres la Reina, ¿no es así? —su sonrisa se amplió, adquiriendo ese matiz de golfería que me hacía perder la poca cordura que me quedaba—. Y eso te carga de responsabilidades, nena. No sé si te has dado cuenta cuando leíste la profecía en ese libro, pero tú eres muy importante, eres el sello entre las dos civilizaciones, entre chupasangres y metamorfos —sus penetrantes y profundos ojos se clavaron en los míos con más intensidad y me quedé sin aire por un instante—. Tú eres la fuerza que impulsa a mi espíritu, eres mi guía y mi luz, y tú eres la que me proporciona poder —citó de la profecía con un susurro, poniéndome todo el vello de punta—. Y eres la única elegida para proporcionarme una estirpe pura y perfecta que garantizará mi... *reinado* —vocalizó, usando cierto retintín—. Así que todo eso te va a dar mucho trabajo, preciosa, sobretodo en la práctica de lo último.

Volvió a mostrarme esa sonrisa torcida y ya no pude resistirme. Rodeé su cuello con mis brazos y acerqué mis labios a los suyos para besarlos con deseo, cosa que él correspondió, si bien pronto los despegué, no quería dar el cante aquí.

—Te daré todos los hijos que quieras —susurré en su boca con fervor—. Llama a Fernando, quiero irme al islote ahora mismo.

—¿Ya quieres encargar uno? —inquirió con un susurro en forma de sonrisa, aunque no escapó a mis oídos ese tono ilusionado.

—No te hagas ilusiones —sonreí yo también—. Eso lo dejaremos para dentro de unos años, tenemos una vida muy larga. De momento, podemos ir practicando para cuando nos pongamos de verdad.

—Pásame el móvil —me pidió, ya con prisas.

Dicho y hecho. Me despegué de su cuerpo y saqué el móvil de la mochila, pasándoselo.

Jake llamó a Fernando y quedó con él en la misma cala donde nos había dejado. Recogimos todo, me puse ese pareo corto de color morado, Jacob se colgó la mochila al hombro e iniciamos la marcha para irnos de la playa.

Una vez más, fuimos el centro de atención de las miradas, aunque esta vez pude percibir que también se unían otras vistas curiosas por el casi incidente de antes.

Subimos las escaleras, dejando abajo a esa arena blanca, y llegamos al paseo de la playa.

Paseamos con rapidez durante un rato y después nos metimos por una callejuela que daba directamente a la cala, así no teníamos que rodear tanto. Sin embargo, no llevábamos ni dos minutos caminando por allí, cuando alguien saltó delante de nosotros.

Eran los cuatro chicos que me habían molestado en la playa, y nos rodearon, portando unas navajas.

—Lo que me faltaba —suspiró Jake, mirando hacia un lado con cansancio.

—Es mejor que nos dejéis en paz —les avisé.

Y no sólo lo decía por Jake, yo también sabía defenderme.

—Si no quieres que te pinchemos, lárgate de aquí y déjanos a la chica —exigió uno de ellos.

Jacob volvió la vista hacia él, ya observándole con irritación.

—¿Me estás tomando el pelo? —espetó, clavándole una mirada amenazante que hizo que el chico ya se asustara algo—. No tengo ganas de pelea, así que, venga, apartaos de ahí y dejadnos pasar, tenemos un poco de prisa.

—¿No me has oído?! —repitió el chico, gritando con nerviosismo.

—¡Venga, pínchale ya! —azuzó otro de ellos.

—¿Queréis pincharme? —les provocó Jacob—. Adelante, pinchadme.

—No, Jake —le regañé.

Pero no me hizo ni caso, les mostró una sonrisita chulesca para provocarles aún más y esperó a que el primero de ellos se lanzara a por él.

—¡Estúpido, tú te lo has buscado! —voceó éste, que se arrojó a él navaja en mano para incrustársela en el abdomen.

La hoja del cuchillo se hundió hasta el fondo y el chico la sacó, haciendo que un chorro de sangre saliera tras ella sin que Jacob moviera un solo dedo para defenderse.

El olor de su delicioso plasma desató mis instintos durante un instante, pero fui capaz de controlarme, por supuesto, jamás olvidaba quién lo llevaba en sus venas.

Jacob hizo un poco de teatro y se llevó la mano al abdomen, doblándose hacia delante para fingir dolor.

—¡Ya está, coged a la chica! —les ordenó el chico a sus acompañantes.

—Espera —habló Jake, irguiéndose de nuevo—. ¿Qué pasa aquí? ¿A ver? —quitó la mano para mirarse—. Vaya, parece que ya no tengo nada —y alzó la vista hacia ellos para clavarles esa profunda mirada.

Todavía estaban los restos de la sangre que le había dado tiempo de emanar de la herida, pero ésta ya solamente era una cicatriz rosada.

—¿Qué coño...?! —exclamó otro de los chicos.

—¿Quieres clavármela otra vez? —Jacob se inclinó hacia el mismo que le había hundido la navaja y se la quitó, aprovechando el estupor de su agresor—. Trae, ya me la clavo yo —y se lo incrustó en el abdomen de nuevo ante las atónitas miradas de los cuatro chicos, que no podían creerse lo que estaban viendo.

Retiró la navaja de su carne y la sangre volvió a brotar.

—Jake, no sigas —le advertí, ya un poco sedienta.

La boca ya se me hacía agua y la acidez que notaba en mi garganta quemaba más. Gracias a Dios, la herida se cerró a los pocos segundos, haciendo que los ojos de nuestros agresores se abrieran como platos.

—¿Qué es esto, tío? Vámonos de aquí —dijo uno de ellos, echando el pie hacia atrás.

—¿No queréis más? —siguió Jake—. No os vayáis todavía, mirad esto, es divertido —llevó el chuchillo a su antebrazo y se hizo varios cortes; antes de que terminara de hacerse el último, los primeros ya se estaban cerrando.

—¡Jake, ya está bien! —le reñí, ahora con más ímpetu, quitándole la navaja—. ¡Mira cómo te has puesto!

—No te preocupes, preciosa, me bañaré en el mar, así no olerás mi sangre, ¿vale?

Y esos cuatro idiotas salieron corriendo, despavoridos.

—No sé por qué has hecho eso —seguí regañándole mientras iniciaba la marcha y tiraba de él para que se moviese—. Ha sido peligroso, ¿y si nos descubren?

Tiré el cuchillo en una papелera, de la que pasábamos.

—Bah, no pasa nada —rió él, totalmente despreocupado—. ¿Quién va a creer a esos cuatro? Y además, ¿crees que van a contarle a alguien que iban a matar a un turista para forzar a su mujer?

En eso tenía razón, pero aún así...

—Bueno, me da igual —discutí, aunque un poco menos enfadada—. Ahora mírate, estás lleno de sangre. ¿Qué cara crees que va a poner la gente que está en esa cala cuando te vea aparecer?

—Iré corriendo al agua y ni se enterarán —rebatí con una enorme sonrisa—. Venga, nena, no te enfades. Les he dado una buena lección, ¿no crees? ¿Viste la cara que pusieron? —y se rió en voz alta con malicia.

No pude evitar levantar los labios ante su risa contagiosa.

—La verdad es que se quedaron horrorizados —reconocí, ya riéndome—. No creo que vuelvan a intentar nada así en su vida.

—Sí, estos no vuelven a salir de casa, te lo digo yo —entonces, me miró con picardía y habló con seducción—. Cuando lleguemos al islote, te dejaré que pruebes un poco de mi sangre, ¿qué te parece?

Giré el rostro para mirarle.

—Eso ya lo haces siempre —le recordé.

—Pero hoy dejaré que bebas un poco más —afirmó con su sonrisa torcida.

—¿Más? ¿Dejarías que bebiese un poco más? —mi tono salió alegre, pero seductor a la vez.

—Claro, nena, confío en ti.

—Es peligroso —objeté, aunque sólo de pensarlo, ya empezaba a salivar, unido a la excitación que eso me producía...

—Eso lo hace todavía más excitante —declaró, y su sonrisa se amplió—. Venga, ya sabes que me encanta. Cuando haces eso, me vuelvo loco, pequeña.

—Sí, ya lo sé —murmuré, sonriendo—. ¿Sólo un poco más?

—Cuatro tragos más. Pero cuatro, ¿vale? —insistió, siguiendo con esa sonrisa que me gustaba tanto—. Tampoco quiero que me dejes seco. Y, bueno, en fin, querrás que pueda terminar, ¿no? Así que cuatro contados.

—Vale —acepté, tirando de él más fuerte.

Eso era más que suficiente.

Se carcajeó y llegamos a las escaleras que daban a la pequeña cala.

—Ahora cuidado, ¿eh? —le pedí, ya bajando los peldaños de piedra a su lado.

—Sí, en cuanto pise la arena, salgo despedido hacia el agua —aseguró.

—Y frótate bien, para que se quite la sangre reseca —le aconsejé, echándole un vistazo a ese cuerpo serrano que ahora incluso era más apetecible con esa sangre.

—A la orden —hizo el saludo militar, me pasó la mochila y, en cuanto pisó la arena, salió despedido hacia el agua.

Las personas que estaban en la arena le miraron, pero fue más bien por la rápida carrera de un hombre tan alto, ni siquiera les dio tiempo a verle con detalle. Entró en el mar, armando un buen escándalo con el agua, que se estampaba en su cuerpo debido a la velocidad con la que se internó, y se zambulló de un salto.

Otra vez más, no pude evitar soltar una risilla. Los niños de alrededor se le quedaron mirando, riéndose, parecía uno de ellos.

La avioneta ya nos esperaba, estancada en la arena. Jake salió y se acercó a mí, chorreando el agua por el bañador.

—Ya está, ¿ves? —dijo, escurriéndose el mismo con las manos.

—Venga, vamos —reí, cogiéndole de la mano para ir a la avioneta.

Nos subimos a ésta y Fernando enseguida dejó de leer el periódico para ponerse en marcha.

La media hora de trayecto se me hizo más bien larga. No veía el momento de llegar para quedarme a solas con Jacob. Además, tanto tiempo también me dio para pensar en ese asunto de los Vulturis, aunque terminé obligándome a olvidarme del asunto temporalmente, esta era nuestra luna de miel, y después de todo lo que habíamos tenido que pasar, no pensaba dejar que nadie nos la ensombreciera con nada. Jacob parecía estar pensando lo mismo que yo, y ambos nos miramos y nos sonreímos cuando llegamos a la misma conclusión.

En cuanto la avioneta aterrizó en el islote, nos despedimos de Fernando y corrimos hacia la casa.

Lo primero que hicimos fue llamar a Carlisle para preguntarle si sabía algo de ese grupo del que nos había hablado ese vampiro, pero su móvil no estaba operativo, así que Jake enseguida pasó a la segunda parte de nuestros planes.

Me cogió en brazos como si fuese el primer día de nuestra estancia aquí y me subió a la habitación, donde por fin pude dar rienda suelta a mis ansias.

Sí, todavía nos quedaba una semana para aplacar este fuego, aunque no sé por qué intuí que necesitaríamos toda una vida para eso.

EN CASA

Lo primero que hicimos nada más entrar en casa, fue respirar tranquilos. El viaje había sido muy largo, y otra vez sufrimos los retrasos de los vuelos. Así que cuando Seth y Brenda nos dejaron en el jardín, se marcharon y entramos en nuestro hogar, estábamos bastante cansados.

Nos daba pena que nuestra luna de miel se hubiera terminado, bueno, nuestra luna de miel oficial, claro, porque nosotros no necesitábamos de eso para vivir nuestra pasión, pero por otro lado ya nos apetecía llegar a nuestra preciosa casita roja, que sería pequeña, pero era acogedora y formaba nuestro hogar.

Respiré hondo nada más entrar por la puerta, inspirando los aromas que conformaban nuestra casa, ese olor que estaba mezclado con nuestros efluvios, con el océano, los árboles, la hierba del jardín, la tierra... Todo eso que nos hacía sentir tan a gusto, que nos acogía, entremezclándose en completa armonía, y que me recordaba cada día que este era mi verdadero hogar.

Todavía recordaba todo lo que había echado de menos mi casa.

Después de inspirar el olor del interior, de sonreírnos y de darnos un beso en los labios, subimos las maletas a nuestro dormitorio.

Las dejamos a un lado y me tiré en la cama con los brazos en cruz, boca arriba, para sentir ese colchón tan añorado en mi espalda. Jake gateó desde los pies del camastro y se acomodó entre mis piernas, con una enorme sonrisa dibujada en su rostro, y yo rodeé su cuello con mis brazos, correspondiendo su alegría.

—¿Contenta de estar en casa? —preguntó.

—Me da pena que nuestra luna de miel se haya terminado, pero sí, ya tenía ganas de llegar —le contesté.

—Se acabaron los lujos —suspiró.

—No, yo todavía tengo el mayor de todos conmigo —y mi sonrisa se amplió, junto a la suya.

Llevó sus labios a los míos y nos besamos durante un rato, dejando que la energía fluyera despacio a nuestro alrededor.

Después, terminamos ese beso, tomando una buena bocanada de aire para recuperarnos.

—¿No tienes hambre? —sugirió cuando lo conseguí, sonriéndome—. Porque yo tengo un poco.

—Sí, yo también —coincidí.

—Entonces vamos a hacernos unos bocadillos —propuso, despegándose de mi cuerpo para salir de la cama.

Me tomó de las manos y me ayudó a incorporarme. Intenté hacer ese juego suyo de no dejarme levantar, pero, por más contrapeso que hice, me levantó con facilidad, entre las carcajadas de los dos. Me estampé contra su cuerpo, que enseguida me acogió con sus fuertes brazos, si bien los míos también rodearon su cuello.

—No puedes ganarme —fanfarroneó a un palmo de mi rostro, con una enorme sonrisa.

—¿Tú crees?

Y me separé súbitamente de él para iniciar una carrera hacia la cocina, aunque él ya había adivinado mis intenciones, como no, y saltó casi a la vez para perseguirme, otra vez entre las carcajadas de ambos.

—¡No vale, eso es trampa! —se quejó a mis espaldas, riéndose, cuando conseguí salir la primera por la puerta.

—¡No es trampa! ¡Es astucia! —maticé, carcajeándome con malicia mientras ya corría por el pasillo con él pisándome los talones.

—¿Ah, sí? Ahora verás.

De pronto, apoyó la mano en la barandilla y, con un acrobático salto, pasó por encima de la misma, aterrizando directamente en las escaleras.

—¡No, eso sí que es trampa! —protesté entre risas, llegando al comienzo de la escalera para empezar a descender a toda prisa.

—¡Ja, ja, ni hablar, nena! —contradijo, bajando los peldaños de tres en tres con unas enormes zancadas.

Pero yo no me pensaba rendir.

—¡Te voy a dar tu merecido, tramposo! —y pegué un brinco.

Logré encaramarme a su espalda justo cuando ya estaba llegando al final de la escalera y se disponía a girar para correr por el vestíbulo.

Uf, a tiempo.

—¡Eso sí que es trampa! —rió, aunque sus brazos se abrieron para que mis piernas se acomodasen mejor en su cintura, y me sujetaron; los míos rodearon su cuello.

Solté una risilla traviesa y le di un beso en la mejilla.

Dejó de correr y bajó el último peldaño. Caminó por el vestíbulo, dando un tranquilo paseo conmigo en su espalda, y nos dirigimos al saloncito para entrar en la cocina, cuyo acceso quedaba en el mismo.

Giró a la derecha y, entonces, sus pies se quedaron clavados en el sitio, así como nuestros ojos.

—¿Qué es esto? —inquirió, parpadeando.

—Un piano —exhalé, sorprendida.

Sí, era un piano, un piano de pared de estudio. Estaba junto a la puerta de la cocina, aunque no pegado a ella, aún quedaban unos cincuenta centímetros que los separaban, y quedaba detrás de uno de los butacones de la chimenea, mimetizándose perfectamente con el mobiliario de la sala. Era de madera, pero estaba lacado en color gris, haciendo juego con las alfombras y un banco acolchado que estaba colocado justo delante del instrumento, puesto ahí para que sólo me tuviera que poner a tocar. Había una nota doblada sobre la tapa de las teclas.

Me bajé de la espalda de Jake, todavía boquiabierta, y me acerqué al piano para coger la nota y leerla.

—Para que las notas que salgan de tus dedos llenen vuestro hogar de música de verdad. Os queremos —cité, sonriendo por la broma de mi padre—. Es el regalo de boda que mis padres me han hecho.

—Guau —murmuró Jake.

—Es precioso —exclamé, levantando la tapa para acariciar las nuevas teclas con mis dedos.

—Toca un poco —me pidió, llegando al butacón de dos zancadas.

Lo giró hacia mí y se repantingó en él con una sonrisa enorme.

—No sé si me acordaré muy bien —reí, entrelazando los dedos para estirarlos.

—Claro que sí, ya verás —me animó.

Me senté, dándole la espalda inevitablemente, y toqué una escala creciente.

—Está muy bien afinado —comprobé, sonriendo.

—Si tú lo dices... —rió.

Pensé durante un segundo lo que iba a tocar y, cuando ya di con algo, me lancé a la piscina. No tenía partitura, pero no me hacía falta, me la sabía de oído.

Comencé a hundir las teclas con mis dedos y esas rápidas notas sonaron alegres y limpias, con un sonido contundente, claro, vibrando en la caja del piano con rotundidad. Mis dedos se movieron con total soltura, como si nunca hubiesen dejado de tocar, y mi cerebro me iba redactando las notas musicales sin ningún problema, componiendo a su paso esa pieza musical. La toqué entera, de pe a pa, y mis manos detuvieron su movimiento, quedándose un rato en silencio.

Cuando me giré, Jake estaba observándome, embelesado.

—Está claro que la música amansa a las fieras —bromeé con una risilla.

—Muy graciosa —respondió con retintín. Se me escapó otra risita—. ¿Y qué canción era esa?

—El Gran Vals Brillante, de Chopin.

—Es divertida.

—Sí, no está mal —asentí, haciendo una mueca—. A ver qué te parece esta.

Llevé mis dedos por las teclas de nuevo y toqué una canción más elaborada y alegre. Las notas resbalaban por mis yemas con agilidad y rapidez, fluyendo por todo el saloncito para extenderse al resto de las estancias. Al terminar, me volví hacia Jake de nuevo, que me miraba atontado una vez más.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté, exultante.

—Esa canción mola, ¿de quién es? —quiso saber.

—¿De verdad te ha gustado?

—Sí, ¿quién es el compositor?

—Mi padre —y se me escapó una sonrisita orgullosa.

—No —dudó con sorpresa.

—Sí —me reí.

—Vaya, pues está guay, tengo que reconocerlo —admitió.

—Y ahora vamos a ver tu regalo —le dije, levantándome del banco acolchado.

—¿Mi regalo? —entonces, se dio cuenta de que a él también le esperaba algo, algo que él llevaba deseando hace mucho tiempo—. ¡Mi regalo! —exclamó acto seguido, levantándose de la butaca como un muelle.

Me cogió de la mano y tiró de mí para echar a correr hacia la puerta de la casa, entre risas.

Salimos volando y nos dirigimos al garaje de igual modo. Cuando entramos por la puerta, nos quedamos patidifusos.

—¡Guau, es genial! —clamó, soltando mi mano para acercarse a la Harley Davidson con rapidez.

—¡Es preciosa!

Empezó a tocarla mientras la observaba completamente alucinado, dando vueltas a su alrededor para no perderse detalle. La Harley era de color negro, excepto el depósito del combustible, que, además, tenía un dibujo en rojo; y el metálico del manillar, el tubo de escape y los radios de las ruedas brillaban a rabiar.

—Mira esta preciosidad —me indicó, entusiasmado, sin dejar de acariciar la moto—. Depósito del combustible acabado a mano, asiento de cuero... ¡Dios, y mira qué tubo de escape, esto va a rugir que no veas! ¡Dios, y son 1.584 centímetros cúbicos!

Sus manos no hacían más que pasar por encima de la Harley, acariciándola sin cesar.

—No sé si esto me gusta. Voy a ponerme celosa de esa moto —bromeé.

Jake se carcajeó y se lanzó a mí para abrazarme. Me elevó por el aire y dio unas cuantas vueltas conmigo colgando a la vez que nos reíamos, yo contagiada por su enorme entusiasmo.

—¡Es genial! —y me dejó en el suelo para darme un efusivo beso que, a poco más, y hace que mis mariposas explotasen, de la emoción.

Soltó mis labios, aunque algo a regañadientes, y ambos cogimos aire para volver a la realidad. Y qué realidad.

—¿No vas a leer la nota? —inquirí, señalándosela.

—Ah, sí, la nota.

Me reí, ni siquiera se había fijado.

Cogió el papel que reposaba sobre el asiento y lo leyó en voz alta.

—Como ves, lo prometido es deuda. Ahora ten cuidado, lobo. Ah, y que Renesmee se ponga el casco. Os queremos, otra vez —citó—. Capullo... —rió después, dejando la nota en una de las estanterías.

—Es preciosa —repetí, mirándola alucinada.

Pasó la pierna por encima y se sentó en la moto, llevando las manos a ese brillante manillar.

—¿Te apetece dar una vuelta, nena? —me propuso con voz seductora, clavándome esos ojazos negros con ganas.

Las mariposas de mi estómago volvieron a agitarse. Estaba realmente guapo subido a esa Harley, mejor dicho, se le veía muy, muy sexy.

—No sé, no te conozco de nada —le respondí, siguiendo con su juego de seducir.

—Vamos, lo pasarás muy bien, te lo aseguro —afirmó, mostrándome esa sonrisa torcida que me volvía loca.

Sí, estaba tan sexy...

—¿Correrás mucho? —quise saber, apoyándome en la enorme máquina junto a él, para insinuarme.

—Correré todo lo que tú quieras, preciosa —aseguró, acercando su rostro al mío para besarme.

Me moría por besarle, pero me contuve. También me gustaba jugar.

—Vale, pero en esto no corras tanto —le advertí con una sonrisa traviesa, apartándome de él. Se rió y yo me fui a la parte trasera de la moto para montarme—. Primero quiero que me demuestres lo que sabe hacer esta máquina —pasé la pierna por encima y me senté detrás de él, sujetándome a su cintura.

Le dio al pedal de arranque y la moto rugió con ímpetu. Era ese rugido inconfundible que sólo sabe hacer una Harley Davidson.

—¿Sientes cómo ruge entre tus piernas? Pues esto no es nada, pequeña, ya verás —presumió.

La verdad es que, más que la moto, a mí ya casi me apetecía más que rugiera otra cosa...

Jake hizo virar la moto para dirigirla hacia la puerta y salimos del garaje entre ese mágico bramido de la Harley.

La condujo, no muy deprisa, por el sendero que daba a la carretera, pasamos por delante de la casa de Billy, que no estaba porque se había ido a pescar, y, por fin, salimos a la carretera asfaltada que comunicaba La Push con Forks.

Entonces, sí que aceleró. Rodeé su torso con mis brazos y me pegué bien a su amplia espalda. La Harley Davidson rugía con contundencia por el asfalto mientras se movía a una velocidad extraordinaria.

—¡Qué pasada! —grité con entusiasmo entre el rugido del tubo de escape.

—¡Esto es la caña! —aulló, exultante.

Nos carcajamos al unísono y volvió a acelerar.

Nos movimos vertiginosamente por la carretera de La Push, aunque no todo lo deprisa que a Jake le hubiera gustado, ya que era peligroso si nos encontrábamos con otro vehículo. Los árboles que dibujaban el trayecto eran borrones verdes que zumbaban en nuestros oídos y el viento de la carrera azotaba nuestros rostros sin cuartel, mi melena era abatida hacia atrás con virulencia, dándome latigazos en la espalda.

Recorrimos toda la carretera de La Push y salimos a la de Forks, continuando con ese movimiento veloz y ese sonido contundente. Ya en el pueblo, la gente se giraba para vernos, alertados por el rugido inconfundible de la moto, y eso que Jake ya iba más despacio.

Después, dio la vuelta donde pudo y comenzamos a dirigirnos a la reserva de nuevo. No tardamos mucho en volver a tomar la carretera de La Push, girando a la izquierda en ese cruce.

Mis brazos ya no podían abarcar más, estaban felices, rodeando ese torso con ganas, y mis manos se posaban en su pecho con vehemencia, palpando todo lo que podían. Apoyé mi mejilla en su espalda y sonreí de felicidad mientras me dedicaba a observar ese bello paisaje que tanto había echado de menos.

—¿Te gusta? —me preguntó, girándose levemente hacia mí.

—Me encanta —reí, achuchándole otro poco más.

Jacob se carcajeó con satisfacción e hizo que la moto aumentara las revoluciones, dejándose notar su gran cilindrada.

El olor del mar no tardó en aparecer en mi nariz, y, cuando me di cuenta, nos metimos por la carretera de Mora para quemar ese asfalto. Observé el brillante río Quillayute, que serpenteaba a nuestro lado para acompañarnos bajo ese vago sol que se escondía en las nubes de vez en cuando. Seguimos su curso, entre todos aquellos árboles, y finalmente llegamos al parking de Rialto Beach.

Esta tarde estaba lleno, la temporada de verano ya se había iniciado y los surfistas y demás turistas lo tenían todo tomado. Pero la moto se aparcaba bien, así que Jacob estacionó en un hueco que vio, apagó el motor y se giró hacia mí.

—¿Qué te ha parecido, nena? ¿Te ha gustado? —inquirió, siguiendo con el juego de antes.

Me bajé de la moto y caminé hacia delante, pasando mi mano por su hombro. Luego, me paré, me giré hacia él y le empujé con suavidad para que se pusiese más atrás.

Movió su trasero, mostrándome esa sonrisa torcida, y me dejó el hueco que yo quería, delante suyo. Me senté, mirándole de frente, y pasé las piernas por encima de las suyas para arrimarme lo más posible a su cuerpo. Rodeé su cuello con mis brazos y me pegué bien a él. Los suyos enseguida me apretaron contra su torso.

Las mariposas de mi estómago ya lo iban a hacer reventar.

—No ha estado mal —contesté, haciéndome la dura.

—Conozco una manera de mejorarlo —insinuó, mostrándome la misma sonrisa mientras ya acercaba su rostro al mío.

—Eso quiero verlo —jadeé ya, al notar su abrasador aliento en mis labios.

Los unió a los suyos y comenzamos a besarnos con efusividad, en medio del sonido del océano y del griterío de la gente que se encontraba en la playa, muy cerca del parking. Sin embargo, ya no fui capaz de escuchar nada más, la energía nos rodeó y el tiempo se detuvo; el sonido se apagó y la luz ahora era un velo rojo debido al impacto de los rayos del sol en los párpados cerrados. Lo único que podía sentir eran sus suaves y tórridos labios mezclándose con los míos, intercambiándose el aliento, las mariposas acariciando las paredes de mi estómago con ímpetu y esa energía que fluía al mismo ritmo.

No sé cuánto tiempo pasó, el tiempo parecía haberse detenido, pero cuando conseguimos terminar ese beso, el sol ya se había movido un buen cacho.

Como siempre nos pasaba, tuvimos que esperar un rato hasta que conseguimos recuperar el aliento y la razón.

—¿Te apetece dar un paseo? —me propuso.

—Vale —acepté.

Me despegué de él y me bajé de la moto. Acto seguido lo hizo él. Cogió la llave, se la guardó en el bolsillo de su pantalón corto y me tomó de la mano para empezar a caminar hacia la playa.

Antes de pisar la arena, nos descalzamos y cada uno cogió su calzado. Mientras paseábamos, nos quedamos mirando las pericias de los surfistas, que galopaban sobre las olas con maestría. Los niños correteaban en la orilla, cargando con cubos de juguete repletos de arena húmeda para hacer sus castillos soñados, los chicos se retaban con balones y demás artilugios de playa y las féminas se dedicaban a intentar aprovechar los rayos de ese vago y ya escurridizo sol, en las toallas.

Dimos un largo y tranquilo paseo en el que también conversamos y recordamos nuestra luna de miel, y finalmente regresamos al parking para ir a casa.

Nos subimos a la Harley Davidson, que ya tenía unos cuantos admiradores alrededor, y nos pusimos en marcha de nuevo. Recorrimos la carretera de Mora, otra vez con el acompañamiento del río, que ahora nos dejaba atrás al seguir su curso hacia el mar, y Jacob giró a la derecha para continuar por la carretera de La Push. Estaba tan a gusto amarrada a su ancha y cómoda espalda, que cuando me di cuenta, ya habíamos llegado a casa.

Jake aparcó la moto en el garaje y nos bajamos.

Se quedó un rato mirándola, acariciándola de nuevo.

—Creo que ya estoy celosa de esa moto —reí.

Despegó la vista de la Harley para mirarme a mí y sonrió.

—No sé si dormir aquí esta noche —y su sonrisa burlona se amplió.

—Ja, ja —articulé con ironía—. Mira a ver lo que haces, o acabarás durmiendo en el sofá de verdad —bromeé.

—Uf, vale, vale —se rió—. Nada de serte infiel con la moto.

—Más te vale —me reí, acompañando su risa—. Bueno, voy a conectarme para darles las gracias a mis padres, y de paso para darles una reprimenda por lo de los móviles.

Les habíamos estado llamando toda la semana para contarles el asunto de ese enviado de Aro y no habíamos sido capaces de contactar con ningún miembro de mi familia. Ya sabíamos que no habían querido molestarnos, pero una llamada de vez en cuando...

—Vale, yo voy ahora mismo —declaró, observando la Harley otra vez—. Sólo quiero verla un poco más detalladamente.

—¿No tenías hambre? —sonreí.

—No, ahora no —rió él.

—Vale, pero no tardes —reí yo también.

—No, descuida.

Sin embargo, ya estaba enfrascado con la moto.

—Os dejaré intimidad —me burlé.

—Ja, ja —ironizó él, ahora mirándome a mí.

Solté una risilla y me giré, marchándome del garaje.

Entré en casa y subí a la habitación del ordenador. Sonreí cuando entré, hacía tanto que no pasaba allí. Me senté en la silla y encendí la computadora. Como siempre, no tardó mucho en hacerlo, salieron las

cuatro ventanas del antivirus y poco más, las cerré y me conecté enseguida.

Escribí un *hola* y esperé a la respuesta.

Nada.

Volví a escribirlo y, una vez más, esperé.

Nada otra vez.

—Qué raro... —murmuré para mí misma.

Sí, lo era, porque normalmente no tardaban nada en contestar. Pero entonces, otra persona de mi familia apareció en la pantalla.

—Hola, cielo —me saludó Carlisle, algo serio.

Bueno, él también me venía bien para *regañarle*.

—Hola, abuelo —sonreí—. ¿Dónde os habéis metido todos estos días? Os hemos estado llamando, pero ninguno teníais el móvil encendido. Es que queríamos comentaros una cosa.

—Yo también tengo algo que contaros —su voz y su rostro denotaban una gravedad que no me gustó nada.

—¿Qué pasa? —quise saber, ahora algo alarmada.

Se quedó en silencio un momento, atravesándome con esa mirada seria que ya me heló a través de la Webcam, como si me tuviese delante.

—Tus padres, Alice y Jasper han desaparecido.

Y lo que se congeló entonces fue mi corazón.

BÚSQUEDA

Me quedé paralizada durante un momento, con mis ya ansiosos ojos clavados en la pantalla.

—¿Qué...? —conseguí murmurar, aún incrédula por lo que acababa de oír. Me levanté de la silla, con tanta precipitación, que mi empuje hizo que las ruedas rodaran súbitamente y el asiento saliera disparado hacia atrás, chocando con la cama nido—. ¿Cómo... cómo que han... desaparecido?

En ese momento, Jake entró en la habitación, y su rostro ya me mostraba que había escuchado algo, de la que subía por las escaleras.

—¿Qué pasa? —quiso saber, poniéndose a mi lado a la vez que ya cogía mi mano para calmarme.

—Bella, Edward, Alice y Jasper han desaparecido —repitió mi abuelo.

—¿Qué? —masculló Jacob, girando el rostro hacia la pantalla.

No se lo podía creer, su semblante se tornó igual de preocupado que el mío.

—Esme encontró una nota de Bella la semana pasada —hizo una pausa para evaluar mi estado emocional, el cual le debió de parecer lo suficientemente arropado por Jacob, y siguió hablando—. Según explica Bella en la nota, Renée ha estado investigando sobre ella por su cuenta, sin pedir la colaboración de Charlie —mi corazón sufrió un tumbo otra vez y apreté la mano de Jake, que me alentó, entrelazando sus dedos con los míos—. No se sabe qué es lo que ha descubierto, pero parece ser que se ha acercado demasiado a algo, y ha desaparecido —apreté los dedos de Jacob—. Lo único que nos explica esa nota es que Alice ha tenido una visión sobre esto y que se han ido para iniciar una búsqueda. Sin embargo, no nos han desvelado nada más, y nos han rogado que nosotros no hagamos nada al respecto.

—Pero, ¿por qué? —inquirí, extrañada—. ¿Por qué no quieren que hagáis nada?

Mi abuelo volvió a examinar mi rostro, y después de un tenso silencio, volvió a hablar.

—Creemos que lo han hecho para no ponernos en peligro, es evidente que Renée ha tenido que encontrarse con algo peligroso.

Tuve que volver a apretar la mano de Jake para relajarme un poco.

—¿Y por qué demonios no nos habéis dicho nada antes? —se quejó Jacob. Carlisle abrió la boca para hablar, pero mi chico le interrumpió antes de que lo hiciera—. Ya, ya, no me lo digas. No queríais molestarnos ni preocuparnos en nuestra luna de miel.

—Ni siquiera nosotros sabíamos qué estaba pasando, por eso preferimos esperar a vuestro regreso —alegó mi abuelo.

—Esto tiene que ser cosa de esos viejos decrepitos de los Vulturis —opinó Jake—. Seguro que son ellos los que retienen a Renée, y no sé si te has fijado en que tanto Bella como los demás, son los que tienen dones en tu aquelarre. Aro siempre ha estado muy interesado en que Alice, Edward y Bella formasen parte de su guardia, está más que claro que han cogido a Renée para chantajearles.

—Es lo que creemos nosotros —coincidió Carlisle—. Sin embargo, tenemos que cerciorarnos bien. No podemos ir a Volterra sin tener pruebas claras y evidentes.

—¿A Volterra? —interrogué, con la boca colgando—. ¿Vais a ir a Volterra?

—Estoy convencido de que Alice ha tenido una visión en la que Aro tomaba la decisión de atacarnos a todos para hacerse con ellos —empezó a explicar—. No sé con exactitud qué motivos le han llevado a Aro a tomar esta decisión tan drástica, pero seguramente no le importaría nada que nosotros cuatro cayésemos en la batalla con tal de conseguir a tus padres, a Alice y a Jasper, por eso no quieren que nos involucremos. Si se han ido así, ha sido para que nosotros no corramos peligro.

Mi mano ya no podía estrujar la de Jacob con más fuerza, menos mal que era un hombre lobo y no le hacía daño, porque si no, le hubiera roto los dedos.

—¿Y por qué esa decisión tan drástica? —conseguí murmurar.

Su semblante se tensó y sus ojos graves se dirigieron especialmente a Jake.

—No sé los motivos exactos, pero creo que los Vulturis se están rearmando para una batalla.

—¿Cómo? —musitó Jacob.

—La profecía ha comenzado con vuestro matrimonio, y Aro no va a permitir que su imperio de siglos se tambalee ahora.

—¿Quieres decir que se están preparando para una batalla con nosotros los lobos? —inquirió mi chico, hablando con seriedad.

Respiré hondo para no desmayarme, esto ya era demasiado fuerte para mí.

—Repito que no estoy seguro, pero eso creo —asintió Carlisle, siguiendo con su gesto grave.

Me dio un ligero mareo y tuve que sujetarme a Jake. Él se dio cuenta y me sujetó por el brazo.

—No te preocupes, cielo, no va a pasar nada —me dijo en un intento de calmarme—. Ven, siéntate aquí —llevó la silla que yo había empujado, hacia delante, y me la puso detrás de las piernas para que yo me sentase. Mi trasero se cayó solo sobre ella, y él se sentó en la silla de al lado, arropándome con sus brazos—. Todo saldrá bien, ¿vale? Ya lo verás.

—Tal vez sería mejor que no hablásemos más de este tema —sugirió Carlisle.

—No, estoy bien —afirmé—. Seguid.

Tenía que saber qué estaba pasando, aunque me doliese por varios flancos.

—¿Seguro? —se aseguró mi chico, que ya estaba pasándome los dedos por el pelo.

Sabía cómo me relajaba eso. Sus ojos me estudiaban con preocupación.

—Sí, seguro —asentí, sonriéndole levemente, pues la situación no me dejaba más.

Jake asintió también, me dio un beso en la frente y siguió con la conversación.

—Dices que los Vulturis no van a permitir que la profecía se cumpla, pero tampoco han impedido la boda, ¿no te parece muy raro?

—Sí, ciertamente lo es —secundó mi abuelo—. Eso es una de las cosas que nos desconciertan.

—Y la semana pasada nos encontramos con un enviado de Aro que nos estaba espionando —revelé yo.

—¿Cómo? —inquirió Carlisle, extrañado.

—Sí, el muy idiota vino para comprobar si estábamos casados —resopló Jacob—. Estuvo espíándonos un par de días y, cuando le pillamos y fuimos a hablar con él, se quedó mirando el anillo de Nessie para ver si era el que Aro nos regaló. Fue entonces cuando me di cuenta de que trabajaba para los Vulturis.

—Por eso os estuvimos llamando —le desvelé.

—Después de ese encuentro, no volvimos a verle por allí —siguió Jake—. Debió de pirarse a Volterra para chivárselo todo a Aro.

Mi abuelo ya llevaba un rato callado, pensativo. Hasta que por fin habló.

—Eso de los anillos es muy extraño —dijo, frunciendo ese ceño perfecto mientras perdía la mirada en alguna parte. Entonces, elevó el rostro hacia nosotros con certidumbre, como si acabara de darse cuenta de algo—. Aro siempre ha intentado impedir la profecía —afirmó de pronto.

—¿Qué? —ahora el que bajó las cejas fue Jake.

—Creíamos que Aro os había regalado esos anillos porque quería tenerte como aliado, sin embargo, ahora me doy cuenta de que sus verdaderas intenciones eran impedir la profecía —comenzó a explicarnos—. Ezequiel nos contó que él, Nikoláy y Ruslán eran sus tres magos en el pasado, pero ellos ya no están con los Vulturis. Es evidente que éstos no se iban a quedar sin esa posibilidad de la magia, que es tan poderosa, sin embargo, no han tenido prisa en buscar sustitutos. Hasta ahora. Estoy completamente seguro de que disponen de nuevos magos, cuya adquisición ha debido de ser reciente, puesto que los magos no es que abunden precisamente. Y ahora Aro los necesitaba más que nunca. Pero no sólo eso, también lleva muchos años buscando una vidente, ya que Anna, la esposa de Ezequiel, falleció. Ésta le era muy útil, y la obsesión de Aro por saber del futuro le ha llevado a buscar una sustituta frenéticamente. Actualmente, Alice es la mejor en este campo, es por eso que tiene tanto interés en ella desde hace tanto tiempo.

—Espera, espera, espera —le interrumpió Jake, haciendo aspavientos con la mano que no acariciaba mi pelo—. ¿A dónde quieres llegar?

—Aro era conocedor de la profecía desde hace siglos, es decir, desde que Anna la vaticinó y Ezequiel la transcribió al libro. Ha esperado al momento justo, a que aparecieras tú.

Me quedé paralizada por un instante.

—¿Qué? —logré musitar.

—Cuando secuestraron a Nessie, no lo hicieron solamente para que te unieras a ellos —empezó a aclararnos—, también querían impedir la profecía —Jake y yo nos miramos, alucinados—. Por supuesto, si Aro te tenía entre sus filas, mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, él se hacía más poderoso; unos enormes lobos a su disposición, junto a su guardia, le dotaban de un ejército incomparable. Pero por otro, te separaba de Nessie, con lo cual la profecía nunca se cumpliría y ellos seguirían con su reinado.

—¿Estás diciendo que todo esto ya empezó hace dos o tres años? —inquirí con un hilo de voz que me salió de milagro.

—Estoy diciendo que esto ya empezó hace siglos —matizó Carlisle, mirándome con precaución—. Aro lleva esperando la llegada del Gran Lobo desde que supo de la profecía —me dio un escalofrío que Jake notó, y se arrimó a mí para darme calor, arropándome bajo su cálido brazo. Carlisle siguió hablando, esta vez dirigiéndose a Jacob—. Cuando Enguerrand le enseñó la imagen de tu antepasado, en nuestro último encuentro con los Vulturis, Aro se cercioró de que eras tú. La confirmación total vino con la explosión de tu poder espiritual. En aquel momento se dio cuenta de tu gran poder y de que les era imposible vencerte, así que optó por otros medios. Esto es muy típico en Aro, no tiene ningún escrúpulo a la hora de variar sus planes según su conveniencia —afirmó con certidumbre—. Y aquí es donde entran sus nuevos magos.

»No sé de qué se trata exactamente, pero estoy seguro de que esos anillos tienen algún tipo de hechizo que impediría el cumplimiento de la profecía —explicó.

—Ya, y como no ha conseguido esto tampoco, ahora quiere quitarme del medio, ¿no es eso? —preguntó Jake a modo de afirmación.

Me dio otro ligero mareo.

—Sí —confirmó Carlisle sin más.

—Pues lo lleva claro —declaró Jacob, enfadado—. Pueden venir si quieren, nosotros estaremos más que preparados.

—Jake... —le rogué, mirándole asustada.

—No te preocupes, preciosa —intentó calmarme—. Da igual cuántos chupasangres con dones traiga, ya pueden ser un millón, sus poderes no pueden hacerme nada, y a mi manada tampoco, ellos estarán bajo mi protección. Ya has visto lo que puedo hacer, sólo con llevar mi esfera dorada hacia ellos, puedo cargármelos del tirón.

Eso era verdad. Yo misma había visto cómo se había cargado a todos aquellos vampiros en la iglesia de Bulgaria. No había visto su esfera, como él la llamaba, pero sí que había visto cómo eran fulminados por algo invisible al instante.

Carlisle, sin embargo, se quedó pensativo.

—Tenemos que hacer algo para encontrar a Bella, Edward, Alice y Jasper —dijo Jake, cambiando de tema.

—Mi abuelo alzó la vista para mirarle.

—Sí, cierto —secundó, asintiendo con la cabeza—. Emmett, Rose, Esme y yo ya hemos estado buscándoles y hemos dado con una pista que nos lleva a Forks.

—¿A Forks? —pregunté.

—Sí. Mañana cogeremos un avión hacia allí, tenemos que ir al claro donde nos enfrentamos con los neófitos hace algunos años —manifestó.

—¿La pista os lleva hacia allí? —inquirió Jake.

—Sí.

—¿Y a qué hora llegáis? —quiso saber mi chico.

—Estaremos en el aeropuerto de Forks sobre las tres de la tarde, así que calculo que llegaremos al claro a las cuatro.

—Entonces nos veremos allí —propuso.

—De acuerdo, nos veremos en el claro. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Doc.

Y la conexión terminó.

La hierba del claro estaba bastante alta, y las flores silvestres lo invadían completamente, llenando ese bonito lugar de diferentes fragancias y alegre colorido. Si no fuera por la situación en la que nos encontrábamos, este hubiera sido un sitio idílico para pasar la tarde.

Eran las cuatro y cuarto y mi familia aún no había llegado. Estaba muy nerviosa, no había dormido nada durante toda la noche, pensando en mis padres y en mis tíos, en Renée, en si estarían bien, a salvo, o ya estarían en Volterra bajo la dictadura de los Vulturis...

Estábamos bien acompañados por parte de la manada, que se encontraban a nuestro lado, esperando a mi familia. Sam, Jared, Paul, Seth, Quil, Embry, Isaac y Shubael mantenían una charla sobre lo que harían ante una posible batalla. Eso me ponía aún más nerviosa.

—No te preocupes, todo saldrá bien —me alentó Jake, tomándome de la cintura para darme un beso corto en los labios.

—Estoy muy preocupada —murmuré, apoyando mi mejilla en su acogedor pecho mientras mis brazos ya le apretaban contra mí.

—Lo sé —asintió, achuchándome con mimo—. Pero daremos con ellos, te lo prometo.

Entonces, se escucharon unos frenéticos pasos, casi imperceptibles, y en dos segundos, los cuatro miembros de mi familia aparecieron de entre los árboles.

Me despegué de Jake, aunque sin soltar su mano, y esperamos junto con el resto de quileutes.

—Siento mucho el retraso —dijo Carlisle nada más llegar a nuestro lado—. Fue culpa del avión.

—No importa —habló Jake—. Bueno, ¿qué tenemos que hacer?

—Tenemos que buscar cualquier pista olorosa o visual que nos indique lo que pasó aquí. Vosotros encargaos de los olores, nosotros lo haremos con lo visual, ¿os parece bien? —propuso mi abuelo.

—Eso está hecho —aprobó Shubael, ya corriendo hacia los árboles para transformarse.

—Pan comido, tío —le siguió Isaac.

—Les encontraremos, Nessie, ya lo verás —me alentó Seth con una de esas sonrisas tuyas tan cálidas.

—Gracias por todo, chicos —le sonreí, aunque no tenía ninguna gana de hacerlo, pero me esforcé en esbozar una media sonrisa que le valió.

Asintió y se marchó con sus dos compañeros. El resto de los quileute le acompañaron.

—Voy a transformarme —me anunció Jake. Observó su alianza, frunciendo los labios con disconformidad, pero finalmente se la tuvo que quitar. Se agachó y la metió en su cinta de cuero. Después, se levantó y se quedó frente a mí—. Vengo enseguida, ¿vale?

—Vale —le sonreí, a él con más ganas.

Y acerqué su rostro al mío para darme un efusivo beso. Mis brazos se ensamblaron a su cuello automáticamente, era imposible resistirse a esos dulces, ardientes y sedosos labios que se movían tan bien.

—Venga, que la luna de miel ya ha pasado —se mofó Emmett.

Pude escuchar el suspiro cansado de Rose y las risas entre dientes de Esme y Carlisle.

Nos despegamos, a regañadientes.

—Estaré por aquí —murmuró.

Y me dio un último beso corto, beso que fue tan tierno y dulce, que me puso todo el vello de punta.

Luego, se separó de mí del todo, le sacó el dedo corazón a Em, el cual le sonrió de oreja a oreja, y se marchó a los árboles para cambiar de fase.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —quiso saber Rose, mirando a su alrededor.

—Comenzaremos por esa zona —dijo mi abuelo, señalando con el dedo a un punto entre los árboles—. Vosotros tres id por ese lado, Esmé y yo iremos por el izquierdo. Daremos la vuelta a la redonda y nos encontraremos en el mismo punto de partida.

—Con suerte no nos tendremos que encontrar —declaró Emmett.

—Sí, esperemos que topemos con algo antes —mi abuelo estuvo de acuerdo.

—Bueno, pues vamos —azucé, ya andando hacia los árboles.

Los cinco corrimos hacia allí y empezamos a escanearlo todo con la vista. Carlisle y Esmé tiraron hacia la izquierda y Rose, Em y yo hacia la derecha, escudriñando palmo a palmo, cada rama, cada hoja que nos encontrábamos por el camino.

Los minutos que pasaban me parecían horas, ya que no dábamos con nada, y ese bosque era bastante frondoso y grande, me desesperaba pensar que podíamos pasarnos toda la tarde allí sin encontrar nada.

El tiempo pasó extremadamente despacio, y mis ojos ya se me iban a caer del sitio, de tanto obligarles a mirar al suelo, a los troncos, a las ramas de los árboles, todo con tal de buscar algún indicio de que mis padres y mis tíos habían estado por aquí, pero, claro, los vampiros no suelen dejar rastros visibles.

Un aullido nos llamó y todos levantamos la vista del terreno.

—¡Los lobos han encontrado algo! —exclamó Emmett, ya corriendo hacia ese lugar.

Rose y yo le seguimos, volando entre los árboles, bueno, yo más rezagada, aunque mi tía me cogió de la mano para tirar de mí. Mis pies casi se separaban del suelo, debido a la gran velocidad, eran incapaces de seguirla.

Por fin, llegamos al sitio origen de la llamada, donde los quileute nos esperaban en su forma lobuna, todos excepto Sam, que se había transformado para explicarnos. Busqué con la mirada a Jake, pero no estaba, y también faltaban Quil y Embry.

Carlisle y Esmé llegaron casi al mismo tiempo que nosotros.

—Mirad con qué nos hemos encontrado —nos anunció Sam, señalándonos los alrededores con la cabeza—. Jake, Quil y Embry han ido a inspeccionar la zona para buscar algún rastro —me explicó a mí, ya que vio cómo mi vista solamente podía centrarse en buscar a mi lobo rojizo.

Me quedé más tranquila, y entonces ya pude fijarme en aquel desastre.

Toda la zona estaba llena de troncos partidos, más bien, ese círculo del bosque estaba devastada, parecía que hubiese pasado un huracán por allí.

—Son signos de una batalla —afirmó Emmett, serio.

No pude evitar imaginarme a mis padres y a mis tíos peleando contra la guardia de los Vulturis y me estremecí. Viendo esos troncos, no era difícil adivinar el nivel de la lucha. Sabía que mi madre disponía de su escudo, pero éste solamente les podía proteger de algunos dones de sus oponentes, y, aunque Alice, Jasper y mi padre también tenían los suyos para defenderse, la guardia Vulturi era muy fuerte, sobretodo si les superaban en número. Y estaba claro que aquí se había librado una dura batalla. Volví a estremecerme y sentí la urgente necesidad de agarrar la mano de Jacob.

—No te preocupes, Nessie —me calmó Isaac, que se dio cuenta de mi cara de espanto—. No hay señales de ninguna combustión aquí, así que siguen con vida.

Sí, eso me calmó un poco.

—Es evidente que fue aquí donde les atraparon —afirmó Carlisle.

Quil y Embry aparecieron de entre los árboles, caminando con presteza, y se acercaron a nosotros.

Y, de pronto, algo no me gustó, algo que ya hizo que un látigo helado me flagelara la espalda.

Las cabezas de los dos enormes lobos oscilaron de lado a lado, buscando a alguien con la mirada, extrañados. Buscaban a Jake.

—¿Qué... qué pasa? —les pregunté, ya nerviosa.

Quil se dio la vuelta rápidamente y de igual modo se escondió para cambiar de fase. Cuando salió, su cara ya me lo decía todo.

—¿Dónde está Jake? —inquirió, mirando a ambos lados otra vez, y, de nuevo, con extrañeza, aunque ahora se podía ver la urgencia en sus ojos castaños.

—¿Cómo... cómo que dónde? —quise saber, ya histórica—. Estaba con vosotros, ¿no?

—Encontramos el punto de inicio de la emboscada y Jake cambió de fase para venir a avisaros —declaró, llevándose la mano a la cabeza también con nerviosismo a la vez que su cuerpo se giraba de un lado a otro para buscarle con la vista.

Todos nos empezamos a agitar.

No, esto no podía estar pasando... ¿Primero mis padres y mis tíos, y ahora Jake?

—No... —murmuré—. ¡No! ¡Jake! —y mis pies salieron disparados para buscarle con frenetismo—. ¡JAKE!

Los rugidos de los lobos fueron coreados por los de Emmett, que corrió hacia la zona con Rose detrás de él.

—¡Espera, no vayas sola! ¡Esto podría ser una trampa! —me acompañó Sam.

El resto se unió a nosotros y comenzamos un despliegue para buscarle, aunque no tuvimos que esforzarnos mucho.

Mis ansiosos ojos enseguida vieron algo y volé hacia allí.

—¡Aquí! —gritó Sam para llamar al resto, que no tardó nada en llegar a nuestro lado.

Eran unos dardos rojos, había varios de ellos tirados sobre el terreno boscoso, y su maravilloso efluvio estaba mezclado con otros vampíricos. El aire estaba en nuestra contra, por eso no habíamos detectado nada, nos habían tendido una trampa a nosotros también.

Comencé a sentir un fuego en mi interior que ya me anunciaba mi inminente ira.

—Son dardos tranquilizantes —me confirmó Carlisle. Después, me observó con precaución, junto al resto de los quileute, cuyos dientes ya rechinaban con ganas—. Le han dormido y se lo han llevado —dijo finalmente, con voz cauta.

No. No, no, ¡no! ¡NOOOOOO!

Estaba harta, ¡HARTA! Nadie iba a volver a separarnos, ¡NADIE! Lo juraba, lo juraba por mi vida.

Apreté los puños con tanta fuerza, que mis uñas hicieron sangre. Machaqué las muelas, y acto seguido solté un rugido que salió de lo más profundo de mis entrañas y que me raspó la garganta, anunciando a los cuatro vientos lo que tenía pensado hacer.

Era inútil buscarle por aquí, ya iban muy adelantados, y seguramente lo meterían en un avión privado, como habían hecho conmigo Razvan y sus alimañas. Con eso perderíamos mucho tiempo, eso es lo que ellos querían. Lo mejor era ir directamente al sitio a donde lo iban a llevar, ese donde también se encontraban mis padres y mis tíos, al origen de todos nuestros problemas. Y yo me enfrentaría con todo eso de una vez, lo cortarían de una vez por todas.

Antes de que nadie pudiese decir nada, eché a correr con cólera.

—¡Espera, Nessie! —me siguió Emmett.

Pero yo seguí corriendo hacia el aeropuerto. Sí, Volterra me esperaba.

= JACOB =

PREFACIO

Sin saber cómo, empecé a sentir otra energía nueva, una energía cargada de adrenalina que me recorrió entero y que explotó en lo más hondo de mis entrañas de forma súbita e indomable. Sí, fue un *Big Bang* que se apoderó de todo mi organismo, haciéndolo estallar, y que se llevó por delante a todos esos gusanos que me estaban carcomiendo por dentro, purificándome al instante. Mi convalecencia había terminado. Me puse en pie con rapidez, para proteger a mi ángel, al tiempo que un brillo fulgurante y cegador radió de todos los puntos de mi cuerpo cuando eso explotó, envolviéndome con una onda expansiva extremadamente luminosa que se extendió a la velocidad de la mismísima luz.

HAY QUE VER LAS VUELTAS QUE DA LA VIDA

Los sonidos comenzaron a llegar a mis oídos con eco, perdiéndose en un fondo extraño, enlatado. No es que se oyera mucho, la verdad, tan sólo algunas voces lejanas y algún ruido que otro, pero, poco a poco, todo eso se iba abriendo paso por mi cavidad auditiva, mandándole señales a mi cerebro para que se despertase.

Lo primero que apareció en mi cabeza fue la imagen de mi ángel. Era una imagen vaga y borrosa, pero lo suficientemente fuerte como para ya no marcharse de allí. También se empezaba a añadir ese punzante dolor de estómago, cada vez hacía más presencia, y no hacía más que ratificarme que la habían alejado de mí.

—Nessie... —intenté decirlo más alto, pero mi perezosa garganta todavía estaba en otro sitio y sólo salió un suspiro sordo.

Tenía que despejarme, como fuera, tenía que correr junto a ella. Estrujé los párpados con fuerza mientras gemía y obligué a mi cerebro a que se despertase un poco más.

Y eso hizo, lentamente mi mente fue entrando en este mundo de lo consciente, hasta que mis párpados consiguieron abrirse, eso sí, necesitaron de varios intentos para lograrlo del todo.

Todavía me encontraba desorientado y mis ojos sólo conseguían ver cosas abstractas y granuladas, pero sabía que estaba tirado en una superficie fría y dura, y el tarro me dolía que no veas, aunque no era lo único. Tenía el cuerpo machacado, parecía que me hubiesen dado una paliza, y este sitioapestaba a chupasangres por todas partes, ese ácido se

metía por mi nariz, quemando toda mi fosa nasal. Tardé un buen rato hasta que mis ojos pudieron ver con claridad y la cabeza dejó de darme vueltas.

Entonces, pude incorporarme un poco y ver dónde estaba.

Era una especie de mazmorra. Sí, mazmorra. Las paredes que me rodeaban eran de piedra, y la puerta, que tenía todo el aspecto de ser muy pero que muy pesada, era de hierro y tenía una rejilla en la parte superior que ahora mismo estaba tapada, como esas que salen en las películas de presos.

¿Dónde demonios estaba?! ¿Y Nessie?! ¿Dónde estaba ella?! ¿Y mi manada? ¿Y los Cullen?

Lo único que recordaba es que estaba con Quil y Embry en el bosque que bordeaba al claro, que me transformé para avisar al resto de lo que habíamos encontrado y que, de repente, sentí un montón de pinchazos en el cuerpo. Acto seguido alguien de hielo me atrapó desde atrás, su mano me tapó la boca, me mareé y todo se quedó a oscuras.

Y ahora me encontraba en este sitio extraño. Mierda. Y mi Nessie, mi ángel, ¿dónde estaba?! ¡Tenía que ir junto a ella ya!

Estaba echado boca abajo, y ya me había incorporado un poco para mirar dónde diablos estaba, así que me erguí del todo con la intención de levantarme para ir en su busca, pero, maldita sea, todavía estaba algo mareado y sólo conseguí caerme sentado. Fue entonces cuando escuché el tintineo de unas cadenas y sentí esos incómodos grilletes en mis muñecas y mis tobillos.

¿Pero, qué mierda era esto?! Encima, estaba encadenado de pies y manos. Eso hizo que mi cabeza enseguida reaccionara y me miré el tobillo izquierdo con precipitación.

Uf. Mi cinta de cuero seguía allí, y, con ella, mi anillo. Sí, vale, puede que en este momento eso no pareciera lo más importante, lo sé. Pero para mí sí que lo era, ese anillo simbolizaba mi vida. La cinta había quedado por encima de ese grueso y molesto grillete, así que el anillo colgaba de la misma sin problemas.

Pero mi ángel... ¿Dónde estaba?! Tenía que ir a buscarla, donde fuera, como fuera. Me transformaría y tiraría esa puerta de hierro abajo, si hacía falta.

—¡Tengo que ir a por ella! —mascullé, ya con ira.

Intenté levantarme de nuevo, pero mis piernas seguían sin responderme bien y no conseguí hacerlo.

—Quienquiera que sea ella, no está aquí —habló una voz de pronto, a mis espaldas.

Me giré con precipitación, algo sobresaltado, y vi que había un tipo sentado en el suelo, con la columna apoyada en la pared y que también estaba encadenado, aunque él solamente lo estaba por las muñecas. Era humano, pero, entre lo atontado que estaba todavía y lo confuso de la situación, ni siquiera me había dado cuenta del ritmo cardíaco que me acompañaba.

¿Quién diablos era ese? ¿Qué hacía aquí? ¿Y cómo narices sabía que Nessie no estaba en este mugriento sitio? ¿Acaso la conocía?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté en tono monocorde, un poco a la defensiva.

—Sólo te han traído a ti —aseguró sin mirarme, solamente se limitaba a observar la pared que tenía enfrente. Encima, esos pelos alborotados que llevaba me impedían verle la cara—. Se lo oí decir a un miembro de la guardia.

Eso me lo desveló todo.

—¿De la guardia? ¿Te refieres a la guardia de los Vulturis? —quise saber, volviéndome del todo hacia él—. ¿Quieres decir que estamos en Volterra?

—Exacto —me ratificó escuetamente.

Con el movimiento de girarme, noté un tirón en mi cuello. Volteé la cabeza al frente y llevé mis manos hacia allí para comprobar de qué se trataba. No podía verlo, claro, pero mis dedos se dieron cuenta de que se trataba de una especie de cordón fino que rodeaba mi garganta. Parecía de metal y, no es que me estrangulase, pero se ceñía bastante a mi piel.

¡¿Qué mierda era eso?!

Mis manos se afanaron en romperlo, juro que tiré con todas mis fuerzas, sin embargo, mis dedazos no entraban en el pequeño espacio que quedaba entre mi cuello y el cordón, y lo único que conseguí fue hacerme sangre. Menos mal que las rozaduras se cerraban instantáneamente, y más aquí, este agujero tenía que estar infestado de chupasangres.

—Mierda —murmuré, apretando los dientes con rabia.

—Te lo han puesto para que no puedas transformarte —habló ese tío otra vez.

—¿Cómo? —le miré.

—También les oí decir que ese cordón estaba hecho de una aleación especial que es irrompible —explicó, sin dejar de observar esa pared—. Si se te ocurre transformarte, te cortará la cabeza.

—¿Esto va a cortarme la cabeza? —cuestioné, alzando las cejas.

—Yo que tú, no lo comprobaba.

Genial. No sé por qué, pero le creí. Esos viejos decrépitos eran capaces de eso y más.

Bueno, me importaba una mierda que no me pudiese transformar. Tenía que salir de aquí como fuera. No sabía si habían atrapado también al resto y los tenían en otra parte, si habían conseguido escapar o qué, pero yo tenía que regresar con Nessie como fuera. Esto de no saber si estaba bien y de no poder protegerla, me mataba. Además, ella estaría sufriendo por no saber de mí, estaría muy preocupada.

Esta vez, conseguí ponerme en pie, eso sí, tuve que apoyarme en la pared con la mano para no espatarrarme en el suelo.

—No vas a poder escapar —dijo ese extraño compañero de celda, siguiendo con esa manía de no mirarme.

¿Tan feo le parecía o qué?

—Eso ya lo veremos —objeté, un poco irritado por esa desconfianza tan de buenas a primeras.

Caminé hacia la puerta, ya totalmente despejado. Las cadenas siguieron mis movimientos, arrastrándose por el suelo con ese tintineo quejumbroso, hasta que noté los tirones en mis extremidades. Y todavía me faltaban dos metros hasta la puerta. Me giré, clavando el ceño en los ojos, y comprobé cómo mis cuerdas metálicas se tensaban desde las dobles y gruesas arandelas que estaban ancladas a la pared de piedra.

—Es imposible, te aviso —siguió ese tipejo—. Yo ya lo he intentado y no se puede.

Pasé olímpicamente de su estúpido comentario y tiré con todas mis fuerzas, intentando sacar las arandelas que tensaban las cadenas de mis brazos, de la pared. Nada. Volví a tirar, esta vez con tirones continuos y más fuertes, pero nada, no había manera. ¡Mierda!

—Te lo dije. No vas a poder salir de aquí —reiteró ese pesado.

Este listillo ya estaba empezando a tocarme mucho las narices, y yo no tenía el día para bondades, la verdad.

—¿Y a ti qué te importa? —le bufé a la cara, hundiendo las cejas en los ojos un poco más—. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer? Cuenta esas piedras de la pared y déjame en paz.

—Ya las he contado, son 127 —soltó, sin mirarme, claro.

Maldito gusano... Ya me estaba hinchando lo que no me tenía que hinchar...

—Pues cuéntalas otra vez, a lo mejor se te ha pasado una, mira a ver—le espeté con acidez, girándome hacia delante para seguir con mis planes de escapada.

—Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete...

Esto era el colmo. Me giré hacia él, despacio, clavándole una mirada que ya lo decía todo.

—Oye, te lo advierto, hoy no tengo el día para bromas, así que no me tomes el pelo o terminaremos muy mal —gruñí.

Cerró la boca, aunque por poco tiempo. Por fin, se volvió hacia mí para mirarme con cara de malas pulgas.

—No te tengo miedo, yo también soy un gigante —afirmó.

Vaya, ¿era un gigante? Pues por su aspecto, nadie lo diría. Al igual que yo, iba descalzo y no llevaba camiseta, y solamente vestía unos pantalones vaqueros de color negro, rasgados. Bueno, aunque estaba bastante delgado, se le veía fuerte, sus finos músculos se notaban que eran fibrosos y nervudos, pero su altura era la de un chico normal. Llevaba esos pelos morenos y enmarañados a la altura de la barbilla, aunque creo que estaban peinados así deliberadamente, como hacen las estrellas de rock para fingir un aspecto desaliñado. Eso sí, su frase hizo que me fijase en sus ojos. Eran de color fucsia, como los de Helen cuando no llevaba esas lentillas doradas. Si no fuera por eso, lo hubiera dudado, la verdad.

—Yo no soy un gigante —le revelé, todavía enfadado.

Eso pareció llamarle más la atención y me observó con más detenimiento.

—¿No eres un gigante? —inquirió, parándose a detallar mi altura y mi escasa indumentaria. También pareció darse cuenta de mi fuerte físico—. Entonces, ¿qué eres?

—Eso no te incumbe. No soy un gigante y punto —contesté, tengo que reconocer que de malas formas.

Lo siento, pero el secreto de la tribu es el secreto. Y tampoco me fiaba de él, no sabía si era de los buenos o de los malos, la verdad. Podía ser una trampa de Aro o algo así.

Volví a mis quehaceres, intentando ignorar esa estúpida mirada examinadora que tenía sobre mí, y me acerqué a la pared de piedra que

sustentaba a las arandelas, entre aquel ruido de cadenas que acompañaba a cada uno de mis movimientos, por mínimos que estos fueran.

Agarré una de las arandelas de arriba con las dos manos y tiré con todas mis fuerzas. ¡Maldita sea! No había quién la sacara de allí, ni siquiera se movía un poco. La condenada estaba bien anclada a la pared. Apoyé uno de mis pies en el paramento para que ayudase a mi cuerpo a coger más impulso, pero, mierda, era completamente inútil.

—Un momento —dijo ese tipo de pronto, en tono de sorpresa, mientras se levantaba lentamente—. Ya sé quién eres. Tú eres Jacob Black, el Gran Lobo —mierda, genial—. Ya decía yo que era muy raro que te hubiesen puesto eso en el cuello. A mí no me lo pusieron.

Dejé la dichosa arandela y le miré, limpiándome las manos en la parte trasera del pantalón.

—Vaya, veo que en este asqueroso agujero las noticias vuelan —mascullé con acidez—. ¿Eso también se lo has oído decir a la guardia?

—No sé de ti por estar aquí —me contradijo—. Lo sé por Helen, ella me ha hablado mucho de ti y de Nessie.

Sólo escuchar el nombre de mi chica ya aceleró el ritmo de mi corazón, pero el nombre de Helen hizo que me diese cuenta de quién era él, y me quedé boquiabierto.

—¿Tú eres Ryam? —pregunté, sorprendido.

—Sí —asintió—. Ryam Winton.

Qué idiota había sido. Claro, ahora me daba cuenta. A ver, Jake, si él te dijo que era un gigante y ves que no es como aquellos que te describió Nessie que tenía Razvan, este chico tenía que ser Ryam, ¿no? Él era el único gigante, junto con Helen y Mercedes, que no eran gigantes todo el tiempo, sino que también eran humanos.

—¿Y qué haces aquí? —inquirí, aún sin creérmelo.

—Es evidente que me han pillado, ¿no? —me respondió con retintín.

—Ya, eso ya lo veo, no soy idiota —le contesté, irritado—. Pero, ¿cómo ha sido? ¿Cómo has terminado aquí? ¿No estabas investigando el asunto de los gigantes de Razvan?

Ryam me miró durante un instante y luego optó por sentarse en el suelo otra vez, señal de que esto iba para largo. Suspiré y me senté yo también, llevando ese pesado tintineo conmigo y apoyando mi espalda en esa pared de piedra.

Odiaba tener que quedarme quieto sin hacer nada, pero es que era así, no podía hacer nada. Los eslabones de las cadenas eran demasiado gruesos y las arandelas no había quién las sacase de la pared, así que opté por esperar. En algún momento vendría alguien para llevarme ante Aro, y esa sería mi oportunidad para ajustar cuentas con él.

Los pinchazos de mi estómago ya empezaban a perforarlo con ganas, y no podía quitarme a Nessie de la cabeza, pero traté de poner atención a la alocución de Ryam, aunque fuera por un momento.

—Sí, estaba siguiendo una pista muy buena sobre los gigantes de Razvan —empezó a contarme—. Como me imagino que ya sabrás, el primer sitio al que fui para buscar a esos gigantes fue su castillo. Cuando llegué allí, los gigantes ya no estaban, y tampoco ningún vampiro de su guardia, todo parecía haberse esfumado. Pero encontré señales de una batalla.

—¿Una batalla? Pero nosotros terminamos con todos los chupasangres que habían ido a aquella iglesia cercana, y los que no estaban allí escaparon, eso fue lo que le dijiste a Helen, ¿no es así?

—Bueno, omití algunas cosas para no ponerla en peligro. Cuanto menos sepa de mis investigaciones, mejor.

Suspiré. Desde el momento en que ella se convirtió en un gigante, iba a estar en peligro igual, pero pasé de decirle nada, no era asunto mío.

—¿Y quién luchó allí? —quise saber.

—Descubrí que un bando fue la guardia de los Vulturis —cuchicheó el muy idiota, como si así no nos fueran a escuchar. Todos los chupasangres que nos rodeaban, seguro que ya llevaban un buen rato escuchándonos—, pero el otro bando no sé quiénes fueron, ni siquiera sé si tenían algo que ver con Razvan, Nikoláy o Ruslán.

—Qué raro —murmuré, mordiéndome el labio.

—Lo único que sé es que los gigantes ya no estaban allí —siguió—, y tampoco había restos de vampiros quemándose ni nada por el estilo. El castillo estaba desértico.

—Entonces está más que claro que los que iban perdiendo se dieron el piro y que los vencedores se llevaron a los gigantes —manifesté—. Y, sinceramente, no me imagino a la guardia de los Vulturis huyendo de ningún sitio.

—No fue su guardia —afirmó.

—¿Ah, no? —fruncí el ceño con extrañeza.

—Fue Thiago y su grupo —me reveló.

—¿Quién es ese Thiago? —mi ceño se hundió más.

Estrujó los labios y resopló por las napias mientras ladeaba la cabeza a ambos lados, incómodo. Sí, claro, había chupasangres por todas partes. Después de ese tiempo perdido a lo tonto, se decidió y me lo contó.

—Él es el jefe de los matones de Aro —bisbiseó con una voz muy bajita para él, pero lo suficientemente alta para mí y para las sanguijuelas de este agujero, que si no habían venido ya para cerrarnos la boca, era porque les importaba un bledo lo que supiésemos, cosa que me mosqueó bastante, porque eso significaba que no tenían intención de dejarnos salir de aquí, al menos, con vida—. Los Vulturis no sólo disponen de su guardia, tienen a ese grupo mafioso que se encarga del trabajo sucio.

Eso de *grupo mafioso* y *matones*, me recordó algo, mejor dicho, a alguien: el chupasangres que nos había estado vigilando en la luna de miel, y yo tenía razón, eran sicarios.

—¿Ese tal Thiago es moreno y tiene una coleta baja y muy larga? —le pregunté, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Sí —me confirmó, extrañado—. ¿Cómo lo sabes? ¿Le conoces?

—Digamos que nos hemos visto por ahí —mascullé, apretando los dientes al volver a recordarlo—. Así que son los matones de los Vulturis, ¿eh?

—Sí, bueno, en realidad, son nómadas sin escrúpulos, maleantes, ya eran asesinos en su vida humana. Aro se encargó de encontrarles, enviando a Demetri para ello.

—¿Y tú cómo sabes tanto de ellos? —interrogué, sorprendido.

—Yo también *me he visto por ahí* con Thiago y sus matones —declaró—. Fue en el primer encuentro que tuvimos con Razvan y sus secuaces Helen y yo, en los bosques del Parque Nacional de Olympic, el día en que Razvan me ofreció que me uniera a ellos —de repente, bajó la mirada al suelo y se quedó mudo durante un instante, aunque después volvió a hablar, eso sí, con pesadumbre—, el día en que contagié a Helen —uf, se notaba que todavía estaba tocado por eso. Luego, me miró de nuevo para seguir su explicación—. Cuando Razvan se dio cuenta de que yo no le servía para nada y ya estaban a punto de atacarnos, llegaron otros cinco vampiros.

—Sí, eso ya me lo contó Nessie —recordé—. Se pusieron a pelear entre ellos y vosotros dos conseguisteis escapar.

—Exacto —asintió—. En aquel entonces no lo sabía, pero he descubierto que se trataba de Thiago y su grupo. Ahora sé que ya

andaban detrás de Razvan para impedir la creación de gigantes, al parecer, Aro estaba al corriente de todo.

—Y por eso Aro mandó a Thiago y a su grupo a Bulgaria, para que fueran a por esos gigantes —concluí yo.

—Eso creo. A los Vulturis no les gusta nada las nuevas especies, y esos gigantes pueden ser lo suficientemente peligrosos para ellos, ya que se regeneran y son totalmente inmortales. Lo que no sé es si se han deshecho de ellos o si los tienen confinados en algún sitio, bueno, suponiendo que los que ganaran esa batalla en el castillo fueran Thiago y su grupo, claro. Por eso vine a Volterra —me reveló—. No tenía ninguna pista del otro bando, y decidí seguir esta, para comprobar si los Vulturis tenían a los gigantes o no. Lo malo es que no llegué muy lejos —suspiró—. Terminaron pillándome.

—Idiota. Eso te pasa por ir a tu bola —le espeté en todo el careto—. Si hubieras dejado que nosotros te hubiésemos ayudado, no estarías aquí ahora.

—Te recuerdo que tú tienes a tu manada y también estás aquí —rebatí, algo molesto.

—Es totalmente diferente —le discutí—. Para cogerme a mí, han tenido que ingeniárselas, en cambio tú te has entregado en bandeja.

—Me gusta trabajar solo.

—Mira, no quiero quitarte mérito. No voy a negar que lo has hecho muy bien y que has descubierto muchas cosas, pero siempre es mejor trabajar en equipo —afirmé—. Aunque tú no lo creas, todos necesitamos que alguien nos cubra las espaldas. Nadie es invencible, ¿sabes?

—Te equivocas, no es que yo quiera trabajar solo porque sí —me contradijo—. Prefiero hacer las cosas solo porque no quiero poner en peligro a nadie más, ya tengo bastante con que Helen sea un gigante por mi culpa.

—Nos subestimás —le critiqué—. Nosotros somos muy fuertes, estamos hechos para luchar contra cualquier tipo de chupasangres.

—No estoy diciendo que no, pero Helen es lo más importante para mí, y si vosotros os entretenéis conmigo, ella quedará más desprotegida. Cuantos más lobos la protegáis, mejor.

—Vuelvo a decir que nos subestimás —desaprobé, un poco ofendido por sus dudas—. Sabemos organizarnos muy bien, trabajamos en equipo y nos coordinamos perfectamente, y mis lobos saben hacer su trabajo perfectamente.

—Yo me las arreglo mejor solo —insistió ese cabezota.

—Bueno, haz lo que te dé la gana, tú verás lo que haces, a mí me da igual —resoplé.

Se hizo un silencio en el que los dos nos quedamos pensativos. Mi mente volvió a centrarse en lo más importante: Nessie. Esto de quedarme aquí sentado sin hacer nada de nada me ponía del hígado, pero sí, vale, Ryam tenía razón, era imposible escapar de aquí. La única opción que me quedaba era esperar, justo lo que a mí más me gustaba, genial.

Llevé mi vista hacia mi anillo y lo cogí con la mano para verlo. *Que quowlé*, leí una vez más. Mi dedo reclamaba esa alianza, pero no podía ponérmela, tenía que estar preparado por si conseguía deshacerme de este cordón de mi cuello y ya me podía transformar, así que me conformé con acariciarla con el dedo índice.

—Ella está bien —habló Ryam de pronto, intentando animarme—. Los guardas dijeron que sólo te cogieron a ti.

—¿Estás seguro? —inquirí, mirándole expectante.

—Sí, tranquilo —aseguró.

Eso me calmaba un poco, ella estaba bien, pero los pinchazos de mi estómago seguían siendo igual de fuertes.

—¿Cuánto llevo aquí? —quise saber.

—No mucho. Te tiraron ahí y a los cinco minutos te despertaste —me reveló—. Según iban diciendo por el pasillo, tuvieron que pincharte cada pocos minutos para que no te despertases durante el viaje.

Ya, claro, la temperatura de mi organismo seguro que quemaba esa maldita anestesia o lo que fuera con rapidez.

—¿Helen está bien? —me preguntó—. No he podido llamarla desde hace días, debe de estar muy preocupada.

—Sí, está bien —le ratifiqué—. Nosotros cuidamos de ella.

—Aunque vaya en solitario, quiero daros las gracias por protegerla a ella —me dijo, sincero, o eso parecía, vamos—. Habéis hecho mucho por nosotros, y los Cullen también.

—De nada.

Iba a decirle que Carlisle y Louis ya estaban trabajando en el antídoto, pero me callé. Esto no quería que lo escuchase ningún chupasangres, por si acaso. Además, pensándolo bien, seguro que Helen se lo habría contado ya.

—Por cierto, ¿cuánto llevas tú aquí? —interrogué.

—Cuatro días —suspiró.

¿Cuatro días? ¿Y no se lo habían cargado ya? Qué raro.

—¿Y qué es lo que quieren de ti?

—No lo sé —se encogió de hombros—. Supongo que pensarán que les puedo ser útil para algo.

Sí, porque si no, ya hubiera sido el aperitivo de la mañana.

—Escucha, todavía no sé cómo voy a hacer para pirarme de aquí, pero saldremos los dos juntos, ¿de acuerdo? —le dije.

—Te repito que es imposible —reiteró con un aire cansado.

—Bueno, eso ya lo veremos —resoplé, otra vez ofendido.

De repente, escuché unos débiles pasos que se acercaban por el pasillo. Parecían tres personas, bueno, mejor dicho, tres chupasangres, y venían claramente hacia esta celda.

Por fin, por fin sabría de las intenciones de Aro, y por fin podría verme cara a cara con él.

Rechiné los dientes.

Ryam no podía escucharlo, pero yo ya me estaba poniendo en pie, a la defensiva, llevando conmigo el quejido de las cadenas.

—¿Qué pasa? —quiso saber, levantándose también.

—Ya vienen —le anuncié, sin quitarle la vista a la puerta.

Y acto seguido, se escuchó el sonido de unas llaves.

DIOS, ESTO ES PARA PEGARSE UN TIRO

Una de las llaves se metió en la cerradura y los tropecientos mil cerrojos se fueron corriendo uno por uno con una sucesión de sonidos contundentes, hasta que el último de ellos hizo su particular *clack*.

La puerta se abrió y yo tensé los gemelos de mis piernas a la vez que mi garganta ya emitía un gruñido de advertencia.

Entraron dos chupasangres de la guardia, ataviados con esas estúpidas y anticuadas capuchas grises, pero, para mi asombro, pasaron por delante de mis narices y se dirigieron a Ryam.

—¡Hey, ¿qué vais a hacer?! —exigí saber, lanzando mis pies hacia ellos.

Pero alguien tiró de las cadenas de mis muñecas, haciendo que mis brazos se fueran hacia atrás y que me quedase clavado en el sitio, impidiéndome avanzar más allá.

—¡No, soltadme! —gritó Ryam, luchando para que esas sanguijuelas no le cogieran por los brazos.

Me giré súbitamente, con cara de muy malas pulgas, y vi que ese alguien era otro vampiro que estaba agarrando mis cadenas con las dos manos, tensándolas para que yo no pudiese dar un paso más.

—¡Suéltame, asqueroso chupasangres! —voceé, abalanzándome sobre él.

Pero esa sanguijuela saltó a un lado vertiginosamente, llevándose esas malditas cuerdas metálicas, y volvió a tirar de ellas con saña. No me dio tiempo a más. Los eslabones pasaron por las arandelas como auténticas balas, produciéndose un ruido chirriante, y mi cuerpo salió despedido hacia atrás, hasta que las cadenas llegaron a su final, que eran los grilletes de mis muñecas y mis tobillos. Mi espalda se estampó en la

pared y el estruendo del impacto restalló en toda la mazmorra cuando éste provocó un boquete en el muro que hizo que incluso se desprendieran trozos de piedras, las cuales terminaron desparramándose por el suelo. Me quedé pegado a la pared, con los brazos y las piernas abiertas como si me tratase del objetivo de un truco de cuchillos.

Genial. Por supuesto, no me hice daño, y menos mal que mis pies se posaban en el suelo, pero esto, aparte de humillante, era frustrante y me ponía de más mala leche.

—¡Suéltame! —grité, ya lleno de convulsiones y revolviéndome como podía.

Sin embargo, ese vampiro me tenía bien enganchado, y no me podía transformar. ¡Maldita sea!

—¡Dejadme! —chilló Ryam con furia, casi a la vez que yo, también temblequeando.

Y entonces, mi cabeza se giró hacia él con rapidez y mis estupefactos ojos se abrieron como platos.

Su cuerpo pegó un estirón supersónico, empezando por sus brazos y sus piernas, para seguir por el tronco y la cabeza. Todo en él se ensanchó y adoptó una forma más musculosa, aunque las roturas de sus pantalones ya se adaptaban a su nueva condición, señal de que ya se había transformado con anterioridad, de ahí que no llevase camiseta y su pantalón ya estuviese hecho trizas. En un abrir y cerrar de ojos, ese chico más bien delgado de un metro ochenta pasó a ser un gigante forzado de más de dos metros y medio. Guau. Menos mal que ya estaba más que acostumbrado a ver transformaciones.

Me fijé en que sus grilletes tenían algún tipo de sistema especial y que se ensancharon para amoldarse a sus nuevas muñecotas. Tiró de sus largas cadenas con ira, pero ni siquiera su fuerza podía con esos eslabones y con el anclaje de esas anillas.

Ryam abrió la boca, enseñando unos colmillos que también eran bastante considerables, y soltó un rugido en todo el careto de los chupasangres que intentaban llevárselo que a poco más, y les quita hasta las capuchas de sus túnicas. Sí, en serio, fue bastante potente.

Pero el muy idiota no sabía luchar. Después de montar todo ese numerito, las dos sanguijuelas que le rodeaban saltaron hacia él y, con facilidad, abrieron las arandelas que le ataban a la pared, para envolver su descomunal cuerpo con las cadenas a una velocidad increíble. En un segundo, Ryam parecía un canelón de cadenas.

Imbécil. Bueno, aunque yo tampoco estaba para hablar, la verdad. Él parecería un canelón metálico, pero yo parecía la atracción de una feria. Guay. Vaya par de estúpidos...

—¡Soltadme! —volvió a reclamar Ryam, zarandeándose inútilmente entre las manos de sus opresores.

El muy tonto lo único que iba a conseguir era caerse al suelo, y a ver cómo se levantaba después.

—¿Qué vais a hacer con él?! —exigí saber.

—Tranquilo, no venimos a por el gigante —habló uno de esos chupasangres que habían envuelto a Ryam—. Sólo es... para que te quedes a solas.

—¿A solas? —inquirí, bajando las cejas con extrañeza.

Ya no me hicieron ni caso. Uno de esos vampiros empujó a Ryam, cuyos hombros cayeron sobre los brazos de su compañero, y lo cogió por las piernas. Hicieron mutis por el foro, llevándose al gigante como si fuese una enorme alfombra enroscada mientras él gruñía y los insultaba sin parar, revolviéndose para nada.

Se marcharon de la celda de esa guisa, pero la sanguijuela que me retenía a mí se quedó para seguir sosteniendo mis cadenas. Mis ojos se clavaron en él con furia y el muy cobarde apartó la mirada.

De repente, otro espectro encapuchado entró por el hueco de la puerta. Llevaba esa capucha casi negra puesta para ocultar su rostro, pero, por el color de su capa y por su tamaño, supe quién era enseguida.

—Hombre, pero si es mi amiga la Pitufina —le dije con acidez—. ¿Qué pasa? ¿Vienes a torturarme un rato?

Mi mote no debió de gustarle mucho, porque se giró hacia mí, me miró con sobriedad y retiró su capucha hacia atrás para enseñarme un alzamiento de ceja altivo.

Inspiré profundamente por la nariz ese asqueroso aire lleno de acidez repelente, sí, diablos, era realmente repugnante, pero necesitaba oxígeno para prepararme psicológicamente con el fin de resistir su tortura, por muy sucio que éste estuviera.

Pero, para mi sorpresa, no me hizo nada. Se dio la vuelta, dirigiéndose al otro chupasangres, y ella tomó las riendas de mis cadenas. Su compañero se piró con rapidez cuando ella le dedicó una mirada amenazadora, y cerró la puerta a sus espaldas.

Entonces, volvió sus encarnados ojos hacia mí.

—¿Qué vais a hacer con Ryam? —quise saber.

—Tranquilo, tu amigo estará aquí pronto, no le haremos nada —declaró—. Sólo quería estar a solas contigo.

¿Qué demonios era esto? ¿Acaso venía a sonsacarme algún tipo de información o algo?

—No tengo nada que decirte —le advertí, clavándole otra mirada agresiva.

—No vengo... —sus pupilas bajaron por mi cuerpo y su ceja se volvió a alzar, aunque esta vez con una aprobación y una satisfacción evidentes, a lo que se sumó la curvatura de su boca, para terminar subiendo hasta mi rostro de nuevo—...a torturarte.

Glups. Esto no me gustaba nada, pero nada de nada.

—Hay muchos tipos de tortura —le contesté, otra vez con un tono ácido, para ver si así se daba por aludida.

Mierda. No se dio por aludida.

Se acercó lentamente, poniendo una mano por delante de la otra como si escalase por las cadenas, con ese mismo semblante de antes, y se quedó a un paso de mí.

—Sólo he venido para llevarte ante Aro, pero he de reconocer que también he aprovechado para verte —reveló, repasándome con esa mirada de nuevo.

Ugh, su manera de mirarme me daba escalofríos. No sé por qué, pero esa mirada, claramente lasciva, me ponía de los nervios.

Me di cuenta de que llevaba unos tacones considerables, pero ni con esos zancos me alcanzaba.

—Bueno, pues ya me has visto, así que pírate y llévame a ver a Aro —le espeté.

Otra vez, pasó de mis palabras.

Una de sus manos soltó las cadenas y la elevó hacia mí.

Me revolví, aprovechando ese desenganche, y traté de zafarme. Conseguí que mis brazos y mis piernas se despegasen un poco de la pared, pero maldita sea, esa rubia canija era más fuerte que yo y, por más que lo intenté, me resultó imposible separarme más. La Pitufina sonrió con malicia, parecía disfrutar con esto, y le dio un tirón a las cadenas con esa sola mano, haciendo que mis extremidades volvieran a espachurrarse en el paramento de piedra.

Maldita sea, esto era más humillante todavía.

—Déjame en paz —mascullé, apretando los dientes.

Se rió en voz alta, con una risa cantarina. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso se había vuelto loca o qué? Hasta que por fin cerró la boca y se dejó de reír. Entonces el escalofrío que me dio fue peor.

Clavó sus libidinosos ojos en los míos y volvió a alzar la mano hacia mí. Ahora fue mi espalda la que buscó la pared para pegarse.

Mierda, genial, lo sabía. Sabía que esta víbora se sentía atraída por mí, aunque jamás imaginé que llegase a estos extremos. Esto era lo que me faltaba.

—No se te ocurra tocarme —gruñí, rechinando la dentadura con más fuerza mientras hundía el ceño sobre los ojos.

Como antes, le dio exactamente lo mismo. Me dio un respingo cuando su mano se posó sobre uno de mis brazos, aunque ella también notó la gran diferencia de temperatura y la apartó con un poco de sorpresa.

—Tu piel está muy caliente —se dio cuenta la lista de ella, elevando su labio todavía más. Genial, encima, parecía que eso le gustaba—. Sin embargo, es extremadamente suave.

No tardó nada en llevarla de nuevo a mi antebrazo. Esto era para pegarse un tiro, pero la cosa empeoró cuando comenzó a arrastrarla hacia arriba, pasando por mi bíceps para seguir en busca de mi hombro.

—Quita tu sucia mano de ahí —le avisé, sin despegar mis muelas, a la vez que me revolvía para impedirlo, aunque inútilmente, para mi desgracia.

—El Gran Lobo. Eres tan fuerte... —murmuró, sin despegar su mano de mi hombro, desviando esa sucia mirada hacia mi torso—. Y no me refiero a fuerza física, por supuesto —se burló, riéndose con desdén.

No voy a mencionar el tipo de insultos que se me pasaron por la cabeza, esos sí que eran demasiado fuertes.

—No me toques —le repetí, gruñéndole con ganas.

—¿Por qué no? —preguntó, para mi sorpresa.

¿Me estaba tomando el pelo?

—Porque no quiero que me toques, ¿te enteras? —le bufé, más que enfadado.

Mi respuesta no le gustó nada.

—Tú querrás lo que yo quiera —rebatí, irritada.

¿Pero de qué iba?

—No puedes obligarme —afirmé con determinación.

—Deberías de sentirte afortunado, muchos otros hombres querrían estar en tu lugar ahora mismo —aseguró, levantando la barbilla con petulancia y orgullo.

¡Ja! Eso era gracioso. Podía resarcirme con eso un rato, pero me contuve, todavía era un caballero.

—Siento desilusionarte, pero las mujeres vampiro no me atraen nada de nada —le espeté, arrastrando las palabras con maldad.

—Eso no lo sabes si nunca has probado con una —manifestó en ese tono orgulloso.

Ni hablar.

—Créeme, lo sé —aseguré, hablando con un poco de chulería. Lo siento, pero me salía sola—. No sois mi tipo, sólo vuestro olor me da asco.

—Tú tampoco es que huelas a rosas, precisamente —dijo, arrugando esa nariz de niña pequeña. Sin embargo, enseguida dejó de retorcer su semblante para repasarne otra vez—. Pero, en cambio, cada vez que te veo, mi vista se agrada sumamente. Para ser mitad humano, mitad animal, eres realmente hermoso.

Guay.

—Decíais que era aberrante que un hombre lobo estuviera con un semivampiro, ¿y ahora vienes tú hasta aquí para magrearme? —le reproché a la cara, hundiendo el ceño en los ojos—. ¿Qué pensará Aro cuando vea esto en tu mente? ¿No tienes miedo de que te mate?

—No te equivoques, lobo —me paró, mirándome fijamente con esos ojos rojos, cabreados—. El que yo me sienta atraída por ti, no quiere decir que no te mate en un momento dado. Sigues siendo mi enemigo, y mi lealtad hacia los Vulturis es inquebrantable, Aro lo sabe —aseguró, alzando la barbilla de nuevo.

—¿Entonces qué es lo que pretendes? —inquirí, cansado de todo este circo humillante y absurdo—. ¿Por qué seguimos aquí y no me llevas ante Aro de una maldita vez?

Estaba deseando encontrarme con él cara a cara.

—Porque llevo esperando mucho tiempo para volver a verte —confesó sin tapujo alguno. Genial—. Tengo que reconocer que me dejaste impresionada la primera vez que te vi, como humano, por supuesto —matizó—. Eres realmente poderoso, tu poder espiritual es increíble, jamás he visto algo igual —dijo, mirando mi cuerpo con deseo.

—Me importa una mierda cómo te quedases —le escupí para que se pirase—. Quiero ver a Aro ya.

Pero no se piró.

—¿Crees que he venido hasta aquí sólo para esto? —se rió—. ¿Que me voy a conformar sólo con mirarte?

Dios, esto no me podía estar pasando...

—Soy un hombre casado, felizmente casado, seguro que ya lo sabes —le recordé, con acidez.

Eso pareció molestarle especialmente, pero lo dejó pasar.

—Quiero que me beses —exigió, mirándome con dureza.

Sí, esto era una pesadilla, seguro.

—¿Qué? —no me lo podía creer.

Vamos, Jake, despierta...

—Quiero saber qué se siente al besar al Gran Lobo.

Se había vuelto chiflada.

—No pienso besarte —afirmé, mirándola con cara de asco.

—Claro que me besarás —aseguró, enfadada.

—Antes prefiero palmarla —declaré, machacando mis muelas.

Sólo de pensarlo, me daban escalofríos. Además, ante todo estaba Nessie. Me daba igual que fuera obligado, yo jamás besaría a otra mujer, y mucho menos a una chupasangres, vamos.

Para mi asombro, la rubia canija empezó a reírse.

—¿Tan malo es? —preguntó, aún riéndose.

—Peor que eso. Me darían ganas de vomitar.

Su risa cesó.

—Quiero que me beses. Ahora —exigió otra vez, seria.

—Jamás.

—Si no accedes, tendré que obligarte —amenazó.

—Ya puedes empezar a torturarme. Jamás te besaré.

Se quedó mirándome con enfado durante un rato, pero luego su rostro desplegó una sonrisita maléfica.

—Podría torturar a tu... *esposa* —le costó soltar la palabra, pero sus labios seguían sonriendo con malicia.

Una ráfaga de fuego me atravesó la espalda.

—No se te ocurra tocarla —gruñí, mirándola con odio—. Si le tocas un solo pelo, juro que te mataré con mis propias manos.

Esa estúpida sonrisa se le borró de la cara al instante, aunque siguió en sus trece.

Su mano comenzó a descender por mi clavícula y mi cuerpo se llenó de respingos.

—¿No me has oído? Deja de tocarme —mascullé, apretando los dientes con furia mientras intentaba que mi torso se apartara de su mano.

¡Mierda, era inútil!

—Eres muy diferente a todo lo que he visto. Eres fuerte, hermoso, cálido, la tez de tu piel es tan distinta... —su asquerosa y helada palma siguió bajando para deslizarse por mi pecho—, y eres el poderoso Gran Lobo.

Mi cuerpo empezó a sentir la urgente necesidad de cambiar de fase. La lengua de fuego ya quería recorrer mi columna vertebral y los temblores de mis manos comenzaron a hacer acto de presencia.

—¡He dicho que no me toques! —le voceé en todo el careto.

Entonces, su mano se despegó súbitamente de mi piel y sus encarnados ojos se clavaron en los míos, entornándolos con furia.

Me dio completamente igual.

—¡No quiero que me toques con tus asquerosas manos! —solté con ira—. ¡Yo solamente le pertenezco a Nessie, ¿me oyes?! ¡Estoy locamente enamorado de ella, soy suyo, sólo suyo, jamás dejaré que otra mujer me toque y jamás tocaré a otra mujer! ¡Y mucho menos a un miserable piojo como tú!

De pronto, un rayo eléctrico se clavó en mi cuerpo, atravesando todas mis entrañas con saña. Intenté evitarlo por todos los medios, pero en ese momento me fue imposible no gritar, el dolor era demasiado insoportable. Mis manos se cerraron en puños y mis propios brazos tensaron las cadenas cuando noté ese dolor punzante en cada uno de mis órganos, pero me quedé sin aire por un instante cuando lo sentí en el corazón. Este era peor que aquel que había sentido con ese maldito hechizo de Razvan, era como si me estuviese clavando un puñal y lo estuviera retorciendo una y otra vez. Ese cuchillo invisible se desplazó por mis tripas, desgarrándolas, y pasé a agonizar. Mientras yo me retorcí a su antojo y apretaba mis muelas para que mi garganta se reprimiese un poco, ella sonreía con satisfacción. ¡Maldita bruja! Verme sufrir parecía despertar en ella algún tipo de placer sádico, así que obligué a mi boca a que se callase y conseguí que solamente salieran unos gemidos sordos.

—El Gran Lobo a mi disposición —dijo, con esa misma sonrisa—. Me encanta ese *collar*, ¿a ti no?

Su burla hizo que me cabrease más, pero ni siquiera podía hablar.

—Zorra... —logré articular casi sin voz, aunque con odio, mientras me doblaba de dolor.

—En nuestro último enfrentamiento me humillaste delante de todos, pero ahora lo pagarás caro —aseguró, entrecerrando más sus ojos de bruja a la vez que sonreía con arrogancia—. He esperado mucho tiempo para verte así, y para tenerte —siguió, hablando con ansia—. Quiero ver cómo te arrodillas ante mí y me suplicas que te bese.

¡Bruja chiflada!

—¡Nunca! —volví a vociferar.

—¿Te gustaría que le hiciese esto a tu *mujercita*? —amenazó, entornando esos ojos rabiosos todavía más y utilizando esa palabra con un tono que me sacó de quicio—. ¿Vas a permitir que sufra sólo por no entregarme un beso?

La ira recorrió mi espalda otra vez y logré alzar el rostro para clavarle una mirada de profunda inquina.

—¡Si la tocas, te mataré! —grité, tirando de las cadenas con furia incontrolada.

Mi fuerza aumentó considerablemente de una forma súbita y mis brazos consiguieron desprenderse de la pared, por mucho que ella tiró para impedirlo.

Eso la desquició aún más.

Aumentó la intensidad de su ataque y mi cuerpo sufrió otra sucesión de convulsiones, pero no me amilané, apreté los dientes y resistí el dolor.

—Si no me besas, la mataré yo a ella —amenazó, rabiada.

—¡No te atrevas a tocarla! —repetí, gritando más fuerte.

Noté cómo mi espíritu de Gran Lobo se revolvía en mi interior con cólera. Si se le ocurría rozarla, la mataría. La mataría a ella y a todos los chupasangres de este asqueroso agujero, lo juraba por mi vida. NADIE volvería jamás a osar a hacerla daño. ¡NADIE!

De pronto, noté cómo mi poder espiritual hacía acto de presencia en mí. Al principio me extrañó, porque ese Ezequiel me había dicho que mi espíritu de Gran Lobo no podía actuar si lo que me impedía transformarme era algo físico, como era este estúpido cordón metálico, pero enseguida comprendí el por qué de esta excepción. Sí, ahora mi espíritu de Gran Lobo me estaba permitiendo usar su poder en mi forma humana, y la razón era muy sencilla: Nessie. Ella era la fuerza que impulsaba a mi espíritu, ella era mi guía y mi luz, ella era la que me proporcionaba poder, la que lo incrementaba. Mi espíritu de Gran Lobo jamás permitiría que le pasara nada a Nessie, y esto era una amenaza clara. Pero también sabía que solamente me daría una única oportunidad.

La rubia canija elevó su ataque un poco más, desesperada por mis negativas a acceder a su loca petición. Sin embargo, comencé a ver sus rayos láser de color rojo con total claridad. Éstos se estaban clavando en mi cerebro con saña, engañándolo para que sintiera ese cuchillo invisible por todas partes. No perdí más tiempo. Hice emanar mi poder espiritual y extendí ese círculo brillante hacia fuera. En cuanto el círculo tocó esos rayos rojos, éstos se deshicieron como si fueran una simple brisa y mi cuerpo por fin se relajó.

Sin embargo, todavía no sabía cómo demonios hacer para extender esa elipse que lo fulminaba todo —me moría de ganas de terminar con esta arpía de una vez por todas—, y, encima, como me temía, esto era una excepción, mi espíritu de Gran Lobo solamente me permitía extender mi círculo brillante para protegerme.

La Pitufina se quedó paralizada, mirándome perpleja. Pero la muy estúpida volvió a intentarlo.

Entornó sus ojos otra vez y dos rayos rojos salieron hacia mi frente. No llegaron a tocarla. Mi círculo se encargó de pararle los pies sin ningún problema.

—¿Cómo... es posible? —exhaló sin poder creérselo.

—Jamás olvides que soy el Gran Lobo —por una vez, presumí de serlo.

—Entonces, es cierto, la profecía ya ha empezado —se sorprendió, aunque me repasó con más ganas que antes.

Estupendo, esto le ponía más, al parecer. Enana chiflada.

—Ahora suelta esas malditas cadenas y llévame ante Aro —le exigí, tirando de las mismas para despegarme de una maldita vez de esa pared.

No me dejó, por supuesto. Su labio se volvió a curvar hacia arriba con petulancia.

—Tu poder espiritual no te hace más fuerte que yo, me refiero físicamente —y su barbilla se alzó con presunción.

Esto era desesperante. Ya estaba harto.

—¡Suéltame de una maldita vez! —le ordené, furioso.

Como una cobra, se abalanzó hacia mí para rodear mi cuello con su brazo suelto, tirando de mí. Intenté impedirlo con todas mis fuerzas, de veras, pero la muy chiflada era más fuerte que yo, y consiguió que mi columna vertebral se doblara hacia ella.

—Quiero saber qué se siente al besar al Gran Lobo —dijo con una voz ansiosa mientras acercaba mi rostro a su asqueroso semblante.

Su mano había soltado un tramo de las cadenas para que mi cuerpo se arqueara, así que mis manos quedaron más libres y pude interponerlas entre su cuerpo de mármol y el mío.

—¡Déjame, maldita bruja! —voceé, forcejeando con ella todo lo que pude para que mi espalda no se doblase más mientras mi cuerpo se llenaba de convulsiones incontroladas.

Maldita sea. Esta era la segunda vez que me manoseaba y me intentaba besar una mujer vampiro, aunque, claro, la otra vez había sido una de mis mejores amigas, y eso había hecho que pudiese reprimir mis impulsos de transformación. ¿Pero qué coño les pasaba? Se suponía que mi olor les tenía que resultar repelente, ¿no? Pues menos mal, porque si no...

De repente, la enana tarada me soltó súbitamente, así como a mis cadenas, y me empujó hacia la pared. Mi espalda se estrelló contra la misma, pero ni mucho menos fue como antes, simplemente choqué. Por fin, mis brazos y mis piernas quedaron más o menos libres, seguían encadenados, pero por lo menos no estaban pegados al paramento.

—¿Qué haces aquí? —exigió que le dijera alguien.

Giré mi cara hacia la misma dirección a la que miraban sus desquiciados ojos y lo vi.

—Aro está esperando —le comunicó Enguerrand, dedicándole una mirada claramente censoradora.

¡Uf! Era la primera vez en toda mi vida que me alegraba de ver a ese pelirrojo.

El Zanahorio osciló las pupilas hacia mí para observarme y después se dio la vuelta hacia la puerta.

—Enguerrand —le llamó la Pitufina en un tono sobrio y mandón.

Éste giró medio cuerpo para observarla.

—Espero que esto que has visto no salga de aquí —le dijo con una voz y unos ojos amenazantes.

El chupasangres pelirrojo se quedó en silencio un par de segundos mientras correspondía su mirada.

—Creo que este metamorfo te gusta demasiado y que te estás dejando llevar por tus sentimientos —declaró, regio.

—No sé a qué te refieres —le respondió ella, levantando la cabeza con orgullo.

—No te encapriches demasiado con él —le soltó—. Es peligroso.

¿Encapricharse? Puaj, lo que me faltaba.

La Pitufina no le quemó con los ojos de milagro.

—Estás equivocado —replicó ella—. Sólo estaba jugando con él, y Aro ya lo sabe, por supuesto.

¿Jugando? Pues menos mal. Y encima, ¿ese vejestorio tarado lo sabía y se lo había permitido? Chisté con indignación.

El pelirrojo tardó un segundo en contestarla.

—No lo digo por Aro, lo digo por ti —le espetó a la cara, ya girándose otra vez hacia la salida—. No debes encapricharte con él, el Gran Lobo es demasiado para ti.

La rubia canija rechinó los dientes.

—Jamás vuelvas a hablarme así, te lo advierto —contestó ella, rabiada.

—Aro está esperando —repitió él, ignorando totalmente su amenaza.

Las muelas de la enana rechinaron de nuevo y el pelirrojo salió por la puerta.

—¡Guardias! —voceó él desde fuera.

Y los dos chupasangres que se habían llevado a Ryam entraron en la mazmorra.

¡¿Y AHORA ME PIDE ESTO?! INCREÍBLE

Después de atravesar un montón de pasadizos de piedra gris que eran tan tenebrosos y espeluznantes como los cuatro chupasangres que me acompañaban, el Zanahorio se detuvo frente a una puerta de madera.

Suspiré, cansado, ya que no habíamos hecho más que subir escaleras y caminar por túneles sombríos y oscuros que giraban en una esquina y después en otra. Esquina, pasillo, esquina, pasillo, esquina, pasillo... ¡Uf!

El pelirrojo abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, corrió una especie de mampara de madera y mantuvo la puerta abierta para que pasase la Pitufina. Ésta ladeó la cara arrogantemente y pasó por el hueco, haciendo sonar sus tacones con brío. Las dos sanguijuelas que me escoltaban lo hicieron bien pegados a mí cuando me tocó mi turno, y eso que tuve que agacharme un poco para poder pasar, y Enguerrand pasó detrás de nosotros, cerrando la puerta con llave y corriendo la madera de nuevo para ocultarla.

Ya no estaba encadenado, pero esos dos desgraciados no se separaban de mí ni un instante. Malditos...

Al otro lado de la puerta, el decorado se transformó por completo.

Salimos a un pasillo ancho muy adornado, pijo y hortera cuyas paredes estaban revestidas de paneles de madera —uno de esos paneles era lo que había corrido el pelirrojo—, éstas sostenían unos cuadros con paisajes que estaban iluminados con luces fuertes, seguramente los muy estrambóticos los habían colgado para simular las inexistentes ventanas. Sí, menudos horteras. Y no contentos con eso, mis pies descalzos pisaban unas moquetas verdes más feas que Picio. En fin, no entendía mucho de decoración, pero esto estaba tan pasado de moda como los propios

Vulturis, incluso llegué a preguntarme de qué siglo serían todos estos elementos decorativos.

Al final del corredor se encontraban dos puertas revestidas de lo que supuse era oro, pero no nos dirigimos hacia ellas. Enguerrand se detuvo en mitad del pasillo y desplazó otro panel que escondía otra puerta de madera. Ésta no estaba cerrada con llave, así que simplemente la abrió y esperó a que la canija sádica pasara otra vez.

Detrás de ella lo hicimos el resto, y, una vez más, yo tuve que agacharme un poco. El vestíbulo diáfano al que fuimos a dar volvía a ser lúgubre y tenebroso, al igual que esos pasadizos por los que habíamos pasado antes, cuyas paredes de piedra eran de esa tonalidad cenicienta y ennegrecida. Esa antesala no era muy grande, así que no tardamos nada en salir a otra estancia redonda que era mucho más amplia y sombría. Lo único que la decoraba eran tres tronos de madera maciza que se distribuían a lo largo de la curva de la pared que los precedía. La forma y la pared de piedra de la habitación hacían que me recordara a esas torres de los castillos que salen en las películas, sí, esas donde encierran a las princesas.

Un reflejo involuntario me hizo rechinar los dientes, porque ese mismo pensamiento me hizo recordar el encierro de mi ángel. Ella había estado encarcelada en una torreta, seguro que como esta, aunque mucho más pequeña...

—¡Jacob! ¡Mi querido amigo! —exclamó de pronto una voz en la oscuridad de esa habitación, haciéndome salir súbitamente de ese negro pensamiento.

¿Amigo? ¿Pero de qué iba? Otra vez aplasté las muelas.

La tenue luz exterior tan sólo entraba por las rendijas de una ventana que quedaba en lo alto de la pared arqueada, así que el lugar estaba lleno de sombras. De ellas emergió el líder de los Vulturis, caminando con paso presto hacia mí.

Me contuve. Me moría de ganas de aniquilarle allí mismo, pero no era tan idiota. Tenía todas las de perder. No me podía transformar y estaba solo; y tenía que volver. Mi prioridad absoluta era Nessie, tenía que regresar con vida para estar a su lado. Eso sí, no pensaba callarme nada.

—Aro —sonreí de manera sombría—. Si pudiera transformarme, te arrancarías la cabeza ahora mismo —declaré, con furia contenida.

Automáticamente, los dos chupasangres que me escoltaban se agazaparon, a la defensiva. Los únicos que se quedaron inmóviles fueron la Pitufina y el pelirrojo.

Aro les hizo un pequeño asentimiento con la cabeza y esos dos idiotas se relajaron al instante, adoptando una postura prácticamente militar.

—Lo sé —rió, con una risa musical, dando una suave palmada con esas manos tísticas y secas—. Por eso hemos tomado precauciones —en ese momento, sentí ese cordón de mi cuello como si fuera de fuego—. Has de perdonarme, pero no podía exponerme a semejante peligro, como comprenderás.

Bueno, por lo menos era sincero, al menos, en esto.

De pronto, revoloteó y se plantó a mi lado, pero no para dirigirse a mí. Los dos guardias que me controlaban lo hicieron con más atención.

—¡Jane, estás muy hermosa esta mañana! —exclamó ese viejo chiflado, agarrando a la canija de las manos para abrirle los brazos y observarla mejor.

—Gracias, maestro —sonrió ella, muy complacida.

—Verdaderamente bella, ¿no te lo parece, Jacob? —y giró su semblante momificado hacia mí, haciendo ladear el cuerpecillo de la canija, para esperar una respuesta.

La Pitufina hizo lo mismo, alzando una ceja con encopetamiento.

—No —respondí sin más.

La ceja de la rubia enana cayó en picado.

—Oh —murmuró Aro, soltando las manos de la Pitufina.

—¿Dónde está mi mujer? —exigí saber, furioso. Los temblores de mi cuerpo ya eran evidentes—. Si la habéis hecho daño, juro que...

—Jane, querida —me interrumpió, sin despegar sus lechosos ojos de mí—, dejadnos a solas.

La aludida le miró un tanto sorprendida. Osciló sus ojos un segundo para observarme a mí como si no se creyese que Aro le estuviese pidiendo eso, momento que aproveché para dedicarle una mirada de odio, y los regresó a su *maestro*, llenos de resignación.

—Sí, maestro —aceptó finalmente, haciendo una pequeña reverencia.

Les hizo un gesto con la cabeza al resto y los cuatro se marcharon por donde vinieron. Ni siquiera me giré para mirar, pero se escuchó cómo cerraban la puerta del vestíbulo a sus espaldas.

—No he tenido oportunidad de darte mi más sincera enhorabuena por tu matrimonio —dijo.

—¿Dónde está Nessie? —exigí de nuevo.

Usé ese nombre, ya que ese vejestorio loco había hurgado en mi mente en nuestro último encuentro y sabía de sobra que yo la llamaba así.

—Ella está bien, supongo —afirmó, dándose la vuelta para dar un paso hacia esos anticuados tronos.

—¿Supones? —percibí, enfadado.

Sus pies se detuvieron y se giró hacia mí, quedándose justo al frente.

—Solamente fuimos a buscarte a ti, así que me imagino que ella estará bien —se explicó.

No, aunque no la hubieran cogido, Nessie no estaría bien. Su estómago estaría lleno de pinchazos, como estaba el mío en estos momentos, y estaría muy, muy preocupada por mí. Su agonía era mi agonía, su espera era mi espera, su desesperación era mi desesperación. Y tan sólo imaginármela llorando de preocupación por mí, hacía que la ira ya desgarrara mis entrañas.

—Por tu bien espero que me estés diciendo la verdad —le avisé, clavándole una mirada amenazadora—. Puede que ahora no pueda transformarme por culpa de esta porquería de cordón, pero en cuanto pueda, juro que si la hacéis el mínimo roce, os aniquilaré a todos.

El chupasangres se quedó mirándome durante un instante.

—No has de dudar de mí, mi querido amigo —aseguró, enseñándome esos asquerosos dientes a modo de sonrisa falsa—. Yo siempre digo la verdad —sí, claro, y yo me lo tragaba—. Además, he de corregirte, si me permites. Más bien es una pequeña aclaración —hizo una pausa y yo le miré expectante—. No dudo que terminarás con todos nosotros si pudieras transformarte, de hecho, como ya dije antes, hemos tomado nuestras precauciones, como ves. Pero nosotros podríamos hacerlo contigo antes de que pudieras convertirte en lobo. En realidad, podíamos haberte matado ya y no lo hemos hecho —y su barbilla se levantó, sosteniendo esa estúpida sonrisa arrogante.

El que hizo la pausa ahora fui yo, sin apartar mis amenazadores ojos de los suyos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en tono monocorde.

—No estás aquí como prisionero —declaró—. Eres mi invitado.

—¿Tu invitado? —alcé las cejas con incredulidad por lo que estaba escuchando—. ¿Me arrancáis de Forks, separándome de mi mujer, me

traéis hasta aquí sedado y me encarceláis, y me dices que soy tu invitado? ¿Así es como tratáis a los invitados aquí?

—Sí, lo sé, lo sé, no sabes cuánto lo lamento —se disculpó, arrugando su careto de papel cebolla en una mueca de fingido malestar—. Te pido disculpas por esas formas tan poco ortodoxas, sin embargo, no teníamos opción, mi querido amigo, tú jamás hubieras accedido a venir de otro modo.

—Deja de llamarme amigo —mascullé, apretando los dientes—. Me habéis puesto cadenas, y, encima, esa estúpida enana ha estado acosándome.

—Oh, Jane —reparó, haciendo negaciones con condescendencia—. Pobrecilla, realmente se siente muy... atraída por ti —y sonrió como si nada.

Viejo hipócrita.

—¿Pobrecilla? —no podía creer lo que mis oídos estaban escuchando y no pude evitar que se me escapara esa acidez por la garganta—. Esa arpía ha intentado besarme, y tú sabías que iba a hacerlo —protesté, muy irritado—. Hace dos años, mi relación con Nessie os parecía una aberración, ¿y ahora le permites a esa canija que me acose? —chisté.

—Desde luego que no lo sabía —contestó con sorpresa—. El... intentar besarte no estaba dentro de los planes de Jane, esa intención debió de surgir en el acto —y se rió con otro sonido musical. Esto era el colmo—. Tendré que mantener una charla con ella, por supuesto. Sin embargo, he de decir que debo ser indulgente en este caso. Jane siempre nos ha sido muy leal, ha dedicado su vida exclusivamente a servirnos, y, sinceramente, no la culpo por un momento de debilidad. Por supuesto, el que el único hombre en el que se haya fijado hasta ahora sea un metamorfo, me desagrada, pero creía que sólo era un mero capricho juvenil sin importancia. No obstante, he de reconocer que no me parece tan extraño que se haya encaprichado contigo. He podido ver en sus pensamientos que le pareces muy diferente a lo que ella está acostumbrada a ver, se quedó realmente impresionada contigo en nuestro encuentro de aquel valle, y no la culpo, eres el Gran Lobo. Además, no sería tan compasivo si no hubiera visto en ella que su lealtad hacia nosotros sigue siendo inquebrantable —afirmó, haciendo gala de esa inmodestia que le caracterizaba—. Sin embargo, estoy verdaderamente avergonzado de no haber visto venir esto, te pido disculpas por esa incómoda anécdota.

Cínico. En fin, esperaba que sólo se quedase en eso, aunque en estos momentos tenía otras prioridades.

—Bueno, eso ahora mismo me importa una mierda —dije, cabreado—. Quiero saber dónde están Edward, Bella, Alice y Jasper, ¿qué has hecho con ellos? ¿También les tienes en una celda, como a Ryam y a mí?

El Vulturis se quedó observándome un momento con ese semblante de chiflado lleno de un entendimiento que me extrañó. Parecía que ya se esperase estas preguntas.

—No están aquí —respondió finalmente.

—Mientes —gruñí.

—Ojalá fuese así, mi querido Jacob, pero no lo es. Me hubiera gustado poder actuar antes para evitarlo, yo mismo les hubiese alojado aquí para que esta desgracia no hubiera ocurrido, sin embargo, no hemos podido evitarlo.

—¿De qué estás hablando? —quise saber, nervioso por esa respuesta tan inquietante.

—No somos nosotros quienes les retenemos —hizo una pausa que me pareció eterna—. Son Stefan y Vladimir.

Noté cómo mi boca se iba quedando colgando poco a poco a medida que iba asimilando esas palabras y me iba dando cuenta del asunto.

—¿Cómo dices? —murmuré.

—Vladimir y Stefan tenían un imperio un poco menos poderoso que el nuestro hace unos cuantos siglos —empezó a contarme, iniciando un paseillo por la habitación—. Sus formas y acciones eran demasiado peligrosas para nuestro mundo, y cometieron un delito imperdonable, así que nos vimos obligados a intervenir —se giró hacia mí para mirarme con un semblante que interpretaba gravedad a la perfección—. No nos quedó más remedio que terminar con su imperio —se dio la vuelta de nuevo y dio un par de pasos más—. Desde entonces, siempre han buscado venganza.

—¿Y qué tienen que ver los Cullen con todo esto? —inquirí, frunciendo el ceño con extrañeza.

Aro se dio la vuelta una vez más y se quedó quieto, clavándome esos ojos legañosos.

—Han permanecido ocultos todos estos siglos, esperando el momento oportuno para actuar. Y ese momento ha llegado ahora —afirmó de forma sombría—. Se han rearmado, sabemos que

cuentan con cientos de efectivos, entre los que se encuentran Edward, Bella, Alice y Jasper. Ese es el motivo por el cual los han retenido. Necesitan de sus dones para hacerse más fuertes.

—Espera, espera, espera —le paré, haciendo unos nerviosos movimientos con las manos para que no siguiera—. ¿Estás diciendo que esos rumanos espeluznantes han cogido a los Cullen para que se unan a su ejército, y que ese ejército va a enfrentarse a vosotros?

—Exacto —ratificó.

Me quedé de piedra. Pero ahora entendía otra cosa más. Sabía de sobra que ellos no se unirían jamás al ejército de Vladimir y Stefan, que eso no había sido gratuito, sino que había sido forzado. Esos dos eran los que habían cogido a Renée para chantajearles. Me callé esto último, claro, puede que Aro todavía no supiera de este asunto de Renée.

—Pero, ¿cómo han podido rearmarse tan rápido? —murmuré, llevando mis dedos a mi nuca con nerviosismo mientras buscaba las respuestas en el suelo de piedra—. Cuando vinieron con nosotros al claro, no disponían de ningún ejército...

—Por supuesto que no, en ese momento todavía no disponían de los servicios de Nikoláy, Ruslán y Razvan.

Mi rostro se alzó súbitamente para mirarle.

—¿Cómo? —susurré, perplejo.

Sus pies volvieron a pasear.

—Nikoláy, Ruslán y Razvan se unieron a Vladimir y Stefan hace escasos años —comenzó a explicarme—. Los rumanos ya estaban formando un ejército consistente en nómadas con los que nosotros habíamos impartido justicia, así que éstos también tenían ansias de venganza. Sin embargo, esos nómadas no son suficientes para terminar con nosotros, como comprenderás —se paró un instante para dedicarme una mirada de presunción y luego siguió paseando—. Necesitaban seres más fuertes, unos seres indestructibles capaces de regenerarse.

—Los gigantes —adiviné, sorprendido.

Aro se detuvo de nuevo y su mirada ya asintió.

—No sabemos a ciencia cierta cómo dieron los unos con los otros, ni cómo se pusieron en contacto, el caso es que el aquelarre búlgaro se unió al rumano e hicieron una simbiosis —siguió, iniciando otro paseillo—. Vladimir y Stefan necesitaban los gigantes, los cuales se los podían proporcionar los tres magos; y Nikoláy, Ruslán y Razvan necesitaban de

los rumanos para llegar a tener un imperio. Así que llegaron a un acuerdo para repartirse el poder y se aliaron.

»Hemos intentado que esa aberración de los gigantes no se llevara a cabo, con la mayor discreción posible, pero nos ha resultado imposible detenerles, como ya sabrás.

—Sí, algo sé —contesté con ironía—. Ya conozco al jefe de tus matones.

—Ahora, aunque Nikoláy, Ruslán y Razvan han fallecido, Vladimir y Stefan se han hecho fuertes —continuó, pasando olímpicamente de mi comentario—. Disponen de ese ejército, de los Cullen y de los gigantes.

Eso último llamó mi atención.

—Entonces, ¿los gigantes no están aquí?

—Lamentablemente, no pudimos hacernos con ellos —reveló, haciendo unas negaciones con la cabeza con un lamento exagerado dibujado en su asqueroso semblante de papel cebolla.

—¿Y qué pasa con esos tres magos? ¿Por qué no los destruisteis, si sabíais lo que se traían entre manos? —protesté.

—Nos resultó imposible —se defendió, deteniéndose ante mí—. Nikoláy y Ruslán eran muy poderosos, yo mismo los escogí hace siglos, y Razvan también era bastante fuerte, por lo que tengo entendido —ya, seguro—. Como he dicho, ahora ya se han rearmado, y disponen de esos gigantes y de nuestros queridos amigos los Cullen. Ese es el motivo por el cual te hemos hecho venir hasta aquí —declaró.

—¿Para que mis lobos y yo vayamos a rescatar a los Cullen? —mucho me extrañaba—. Nosotros iríamos igual.

La fina boca del Vulturis se curvó hacia arriba con una picardía maliciosa. Eso lo dijo todo.

—Para que os aliéis a nosotros.

Otra vez me quedé patidifuso.

—¿Aliarnos a vosotros? —repetí, incrédulo—. ¿No queríais terminar con nosotros?

—Por supuesto que no, ¿cómo puedes pensar eso? —rió, haciendo sonar sus cuerdas vocales con esa estúpida musicalidad.

Porque era cierto.

—No me tomes por tonto —le dije, molesto—. Crees que esa estúpida profecía ha empezado, no creo que lo dejes así como así. Seguro que quieres matarme, ¿verdad?

—Me duele profundamente que pienses así, Jacob. Efectivamente, sé que esa profecía ha comenzado —asintió—, pero te equivocas. Yo no soy como Nikoláy, Ruslán y Razvan. Sé que ellos intentaron matarte e invertir la profecía, seguramente tenían pensado traicionar a Vladimir y Stefan, al igual que hicieron con nosotros. Sin embargo, mi intención no es destruirte. Como te dije antes, ya lo hubiera hecho, si fuese así. Me interesa más una alianza.

—Ya te dije que no me tomes por tonto —protesté, enfadado—. No hicisteis nada porque os interesaba que me quitaran del medio, ¿no es eso? ¿Y ahora me pides que nos aliemos?

—Si queréis rescatar a los Cullen, necesitaréis de nuestra ayuda —afirmó, ahora transformando ese asqueroso semblante para mostrar su verdadera cara—. Te aseguro que Vladimir y Stefan están muy bien escondidos, mi querido Jacob, jamás daríais con ellos, y, por tanto, nunca daríais con los Cullen. Solamente Demetri ha sido capaz de encontrarles, y solamente yo sé dónde se encuentran —ahora sonrió con arrogancia—. Si vosotros nos ayudáis a vencer a Vladimir y Stefan, nosotros os ayudaremos a dar con los Cullen para que los rescatéis, y te aseguro que la recompensa valdrá la pena. Si nos ayudáis en este truculento e incómodo asunto, no sólo obtendréis el rescate de los Cullen, sino que te garantizo que jamás volveréis a saber de nuestra existencia.

—Esto se llama chantaje —critiqué.

—Llámalo simbiosis y alianza, mi querido amigo —tornó—. Nosotros os necesitamos a vosotros y vosotros nos necesitáis a nosotros. Por supuesto, no diré dónde se encuentran hasta que no llegemos al sitio, y si no nos acompañáis, no puedo garantizar la seguridad de los Cullen en la batalla —y volvió a mostrarme esos dientes amarillentos.

Volví a rechinar los dientes al escuchar la palabra *amigo*. Porque yo no quería alianzas con los Vulturis, la sola idea me asqueaba. Pero la situación estaba más que clara. Me tenía bien cogido por donde no debía de cogerme. Odiaba ayudar a estos viejos decrepitos y pasados de rosca, pero, ¡maldita sea!, tan sólo pensar en que le pasara algo a Bella y a los demás, me hervía la sangre. Ella era como mi hermana, y encima era la madre de Nessie, ¿iba a dejar que estos chupasangres le hicieran daño? Mierda. No podía permitirlo.

El Vulturis se dio cuenta de mi rostro enfascado y habló de nuevo.

—Tómate tu tiempo para pensarlo. Aunque no demasiado, esa guerra comenzará pronto —me reveló.

Iba a contestarle, pero, de repente, un ruido seco me sobresaltó e hizo que me girase para mirar a mis espaldas.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¡Soltadme! —gritó Nessie, revolviéndose en los sucios brazos de esas asquerosas sanguijuelas que me habían escoltado a mí antes, mientras entraban en ese pequeño y frío vestíbulo.

Jane apareció detrás de ellos, llevando arriba su semblante altanero.

—Nessie, ¿qué... qué haces aquí? —murmuré, atónito.

Lo estaba demasiado, y no me dio tiempo ni de protestar por ese trato hacia ella.

Su hermoso rostro de porcelana se giró súbitamente al escuchar mi voz y sus dulces ojos se clavaron en los míos con una preocupación que me traspasó el alma.

—¡Jake! —sollozó.

Consiguió zafarse de esos dos matones, o puede que Aro les hiciese una señal, no lo sé, porque ya no pude apartar la vista de ella.

Corrió hacia mí y, antes de que a mis estúpidas piernas les diese tiempo a reaccionar, se abalanzó a mis brazos para besarme con una efusividad que me fue totalmente imposible no corresponder. Me desperté de ese espejismo momentáneo y mis labios le correspondieron de la misma forma, rodeando su cintura y su espalda con mis manos para apretarla contra mi cuerpo.

Dios, cómo la había echado de menos. Su mano se metió entre mi pelo para que no me separase de ella nunca y la energía comenzó a fluir a nuestro alrededor con ganas. Pero, para nuestra desgracia, este no era el sitio ni el momento adecuado, y todo eso duró muy poco.

CUANDO UNO LE VE LAS OREJAS AL LOBO...

En cuanto ella llegó a mí, todos los pinchazos de mi estómago desaparecieron por arte de magia y fueron sustituidos por ese alocado hormigueo de siempre. Mi corazón latía a toda pastilla, acompasando al suyo, que también se había acelerado y lo hacía justo al doble. Podía sentir sus latidos en mi pecho, muy cerca de los míos.

Por un instante se me olvidó por completo dónde estábamos y con quién, hasta que me vino un halo de lucidez y me acordé. Maldita sea, no me quedaba más remedio que parar, con lo bien que se estaba así. Tuve que esforzarme mucho para obligar a mis sedientos labios a que parasen y se despegasen de los suyos, porque la verdad es que me moría por seguir saboreando esa carnosa, suave y dulce boca, y, encima, la energía de nuestro alrededor no ayudaba nada, pero lo conseguí. Eso sí, me costó lo mío y necesité de varios intentos para que mis obcecados labios soltaran los suyos del todo, los muy idiotas se separaban y no hacían más que volver y volver, aunque los suyos tampoco es que se esforzasen mucho en despegarse, la verdad. Al final, y a regañadientes, muy a regañadientes, logré terminar ese eterno beso.

Nuestras frentes se quedaron pegadas durante un momento y sus preciosos y dulces ojos se clavaron en los míos, otra vez con preocupación. Nessie separó nuestros rostros y enseguida llevó sus cálidas manos al mío para examinármelo.

—¿Estás bien? —me preguntó ansiosamente, acariciándome con sus dedos mientras sus pupilas se cercioraban de que era así.

—Sí, ¿y tú? —inquirí, observando su precioso semblante yo también—. No te habrán hecho daño, ¿no? —y pasé a mirar sus brazos con nerviosismo.

Si alguno de esos chupasangres le había hecho un solo moratón, los aniquilaría aquí mismo con mis propias manos. No sabía cómo, pero lo haría.

—No, estoy bien —afirmó, llevando sus delicadas manos hacia mi nuca y mi espalda para acariciar mi frente con la suya.

Dios, tenía que besarla otra vez...

—Muy conmovedor, desde luego —escuché que decía ese chiflado de Aro—. He de reconocer que Edward tenía razón, estáis realmente enamorados —afirmó. Hipócrita, ahora nos hacía la pelota, ¿no?—. Esa energía que desprendéis es increíble, casi diría que se puede palpar en el ambiente.

Iba a contestarle, sin embargo, en ese momento Nessie detectó algo extraño en mi hombro y en mi torso con su nariz. Mierda. Era el asqueroso olor de esa enana canija. Se quedó paralizada por un instante, pero, de repente, se giró súbitamente hacia la chupasangres, rechinando los dientes mientras le clavaba una mirada de profundo odio que reclamaba venganza por todos los costados. No me había fijado en la Pitufina hasta ese momento. Ésta también estaba machacando las muelas con rabia, pero, entonces, al ver la reacción de Nessie, su semblante cambió para adoptar una postura claramente chulesca. Alzó la ceja, la barbilla, y su labio se curvó hacia arriba con cierto aire triunfal.

Oh, oh...

Antes de que me diera tiempo a reaccionar, Nessie me soltó a una velocidad digna de un vampiro completo —y eso que no se había transformado— y profirió un rugido que retumbó en toda la habitación y que casi rompe el cristal de la única ventana que había allí, ya que lo hizo vibrar con ganas.

—¿Cómo te has atrevido a tocar a mi marido, furcia?! —le gritó acto seguido en toda la cara, ya abalanzándose hacia ella.

—¡No, Nessie! —voceé.

Tenía que pararla. Esa Jane podía hacerle mucho daño si utilizaba sus dotes sicóticos con ella, y no pensaba arriesgarme a que Aro no interviniese. Bueno, y eso sin contar que la rubia canija también era más fuerte que ella, claro.

No sé cómo lo hice, pero conseguí atraparla en el mismo aire, cogiéndola por la cintura. Mi chica se quedó encerrada en mis brazos, con los pies colgando, eso sí, éstos luchaban por alcanzar el suelo de nuevo mientras ella gruñía sin parar.

La rubia canija siguió con esa estúpida expresión en la cara, aunque los otros dos chupasangres no entendían nada de nada.

—Paz —solicitó ese viejo tarado, levantando sus transparentes manos ligeramente.

La dejé en el suelo, aunque amarré su mano con fuerza, por si acaso.

—¿Paz?! —exclamó Nessie, muy cabreada. Su cuerpo ya estaba lleno de convulsiones—. ¿Os habéis llevado a mi marido, arrebatándomelo de mi lado, y esa... *ramera* —corrigió, aunque vocalizando ese nuevo vocablo con más que rabia, cosa que hizo que la cara de la enana cambiase de repente y pasase a ser de ofensa total— le ha toqueteado, y ahora me pides paz?! —sus ojos se clavaron en los de la Pitufina otra vez, radiando inquina por todas partes—. ¡No puedo soportarlo! —gritó, haciendo el amago de abalanzarse sobre ella de nuevo. ¡Uf! Y eso que no sabía que había intentado besarme.

—Por favor, seamos civilizados —volvió a pedir Aro, ahora juntando las manos.

Conseguí girarla hacia mí, aunque me costó. Nessie estaba realmente furiosa. Su mano suelta era un puño apretado que temblaba fuertemente, y la otra apretaba tanto la mía, que si no hubiera sido un hombre lobo, ya tendría todos los huesos hechos añicos. Sus preciosos ojos, ahora ensombrecidos por ese ceño hundido sobre ellos, no se despegaban de la canija.

—Nessie, mírame —le mandé, dándole un suave meneo con mi mano suelta, que había pasado a sujetar la parte superior de su brazo. Mi otra mano no se atrevía a soltar la suya, no fuera a ser que se me escapase. Sus ojos tardaron un par de segundos, pero finalmente optaron por obedecerme. Seguían enfadados, aunque al mirar los míos parecieron relajarse un poco—. Cálmate, ¿vale? —le susurré, hablándole con delicadeza para que mis palabras surtieran más efecto mientras mi mano pasaba a acariciar su mejilla—. Respira hondo y trata de relajarte, no merece la pena.

Nessie tomó aire, cerró los ojos, y asintió cuando lo expiró. Su cuerpo se relajó al cabo de un momento.

Sin embargo, cuando abrió los párpados de nuevo, sus pupilas sostenían otra mirada nueva. Una mirada que yo conocía muy bien.

—Sí, cielo, tienes razón —murmuró, llevando esa mirada chulesca hacia la rubia canija a la vez que su labio se elevaba ligeramente. Soltó mi mano para alzar las suyas a la par y comenzó a acariciar mi pecho,

deslizándolas lentamente de abajo a arriba. Estaba claro que quería restregárselo a la Pitufina en todos los morros para marcar *su territorio*. Bueno, vale, no era el momento, pero no pude evitar estremecerme, sólo uno de sus roces ya me ponía todo el vello de punta. Pude escuchar cómo la canija sádica rechinaba la dentadura una vez más—. No merece la pena —coincidió, y sus pupilas se engancharon en las mías con determinación mientras acercaba su rostro al mío.

Ya no pude negarme. Cuando ella me clavaba su sensual mirada, era imposible resistirse.

Sus labios llegaron a los míos, sus manos se repartieron entre mi pelo y mis hombros, y empezó a besarme con verdadero ímpetu, entrelazando nuestras bocas meticulosamente, despertando esa energía de nuevo. No sé lo que hizo la canija, porque solamente podía sentir a Nessie. Sí, como dije una vez, esa energía, y sus besos, me atraían hacia ella como una de esas moscas que se van irremediadamente hacia la luz violeta, hipnotizadas, y, una vez más, me chamusqué sin remedio. Sabía de las intenciones de ese beso, por supuesto, pero, mientras Nessie me besara, me daba exactamente igual. Ella me estaba besando, y eso era lo que más me importaba, era más que suficiente. Además, tenía que reconocer que el verla tan celosa y tan reclamativa me ponía muchísimo. Si no fuera porque no era el momento ni el sitio adecuado, la hubiera llevado a un lugar privado y apartado para hacerle el amor apasionadamente, y no hubiese dejado de susurrarle: *sí, nena, soy tuyo, todo tuyo*.

El beso no duró mucho, o eso me pareció a mí, creo que solamente fueron unos cortos segundos. También le costó, pero mi chica despegó sus labios de los míos, me miró con satisfacción y después le dedicó otra mirada y otra sonrisita a la rubia enana.

Ahora sí que vi cómo machacaba las muelas. En cambio ese viejo decrépito de Aro soltó una risilla estúpida, como si ese pique entre ambas le hiciera mucha gracia. Idiota.

Pero a Nessie también le dio tiempo de fijarse en otra cosa.

—¿Qué es esto? —quiso saber, frunciendo su adorable ceño cuando vio el cordón metálico de mi cuello. Luego, también se fijó en mis muñecas y las levantó—. ¿Y esto, son... grilletes? —y cuando terminó la frase, giró el rostro hacia Aro con enfado y exigencia.

—Oh, lo lamento profundamente, mi querida Renesmee, pero no nos quedó más remedio que velar por su seguridad —dijo el Vulturis, fingiendo pesar.

Cínico...

—¿Velar por mi seguridad? —chisté, mirándole de arriba abajo con desprecio—. Me han puesto este cordón metálico para que no me pueda transformar —le revelé—. Si cambiara de fase, me quedaría sin cabeza.

—¿Qué? ¿Sin... cabeza? —inquirió, tragando saliva y pestañeando sin creérselo—. ¿Le habéis...? ¡¿Le habéis puesto un cordón en el cuello a mi marido y le habéis encadenado como si fuera un perro?! —protestó Nessie enérgicamente, separándose de mí para dirigirse mejor a ese viejo chupasangres.

Cogí su mano.

—El cordón es por nuestra propia seguridad, querida, pero también temíamos que se hiciese daño al intentar escapar —alegó él, siguiendo con su actuación—. Aunque sus heridas se regeneran con rapidez, no era... conveniente que su sangre fluyera fuera de su piel. Créeme, mi preciosa flor, ni siquiera yo podría garantizar su seguridad en tal caso.

—A lo mejor yo no intentaría escapar si no me hubieseis encerrado, ¿no crees? —le solté con una ironía ácida.

—¡Así que también le habéis encerrado! —criticó mi chica, enfadadísima.

—Sí, y adivina con quién comparto celda —le dije, siguiendo con ese sarcasmo.

—¿Con quién? —me preguntó, mirándome con expectación.

—Con Ryam.

—¿Con... Ryam? —sus finas cejas dejaron de fruncirse para adoptar una expresión de sorpresa mezclada con preocupación—. ¿Pero, cómo es que...?

No le dio tiempo a terminar la pregunta, ni tampoco a girar el rostro del todo hacia Aro.

—Ryam es un gigante, es una aberración —le cortó el Vulturis tarado—. Además, ha descubierto demasiadas cosas de nuestro mundo y supone una amenaza para el mismo. No obstante, hemos tomado la decisión de mantenerle con vida hasta que sepamos cómo obrar en este desagradable asunto.

—Ryam no será un gigante por más tiempo, Aro —intervino una conocida voz a nuestras espaldas, haciendo que Nessie y yo nos girásemos.

—¡Mi querido Carlisle! —exclamó Aro, dando una palmada mientras fingía un rostro gratamente sorprendido.

El doctor pasó a la estancia junto con Esme, Rosalie y Emmett. Los cuatro tenían unos rostros serios e iban acompañados por otros cuatro chupasangres de la guardia, entre los cuales se encontraban Varick y ese cretino de Zhou. Ya rechiné los dientes cuando vi a este último, pero cuando osó a imitar el rostro de Nessie durante un segundo, mostrándome una sonrisita insolente a modo de burla, estuve a punto de saltar hacia él. ¡Maldito bastardo! Ahora era muy valiente, claro, yo no me podía transformar y él estaba bien acompañado por el resto de sanguijuelas. Me había quedado con las ganas en nuestro último encuentro. Nessie notó el temblequeo de mi mano y entrelazó sus dedos con los míos para tranquilizarme. Eso me calmó un poco, pero tuve que inspirar una buena bocanada de aire para no lanzarme hacia ese desgraciado.

Recordé aquello que nos dijo Edward después de la visita que nos hizo la canija junto a ese tal Felix y Demetri en Anchorage. Había visto a través de los pensamientos de Jane que Aro siempre estaba acompañado de Varick, para que Alice no pudiera ver sus decisiones. Ahora, por lo visto, había prescindido de él, aunque Varick no tardó nada en colocarse al lado de ese viejo decrepito. Bueno, era fácil adivinar por qué no lo había utilizado hace un rato. Era evidente que sus decisiones estaban marcadas por nosotros los metamorfos, aparte de que estaba en compañía de uno, así que Alice no podría ver nada igualmente.

—Me gustaría decir que me alegro de verte, Aro, sin embargo, no puedo —declaró Carlisle nada más llegar a nuestro lado, siguiéndole la corriente a ese vejestorio chiflado, aunque se notaba su cabreo—. Estoy muy irritado por esta... situación —suavizó.

Em me guiñó el ojo, mostrándome una mueca a modo de sonrisa aliviada, y se colocó a nuestro lado, junto a Rose. Esme respiró tranquila cuando me vio sano y salvo, aunque no se despegó de la mano de su marido.

—Yo también lamento esta situación, mi querido amigo —afirmó ese senil perturbado—. Pero, como ya le expliqué a Jacob, hacerlo así era totalmente necesario. Él no hubiera aceptado venir de otro modo.

—No disimules —protesté, enfadado—. Me habéis traído hasta aquí para que no me quede otra salida. Esto es toda una encerrona.

—¿Una encerrona? —quiso saber Carlisle.

—Llámalo simbiosis y alianza —reiteró ese tarado de Aro.

—¿Alianza? —dijo ahora Emmett, sorprendido.

—Sí, este chif... Aro —me contuve— quiere que nos aliemos con él para pelear en una guerra.

—¿Pelear? —repitió Em, más animado.

—¿Una... guerra? —inquirió Nessie, preocupada, apretando mi mano.

Varick le sopló algo al oído de Aro y éste asintió con una media sonrisa.

—Tranquila, cielo —le susurré, posando mis labios en su frente.

—Lamento tener que dejar esta interesante conversación así, pero he de irme, mis hermanos han regresado —habló de pronto—. Si me disculpáis, voy a ir a recibirles. Sé que Jacob os lo explicará todo muy bien —afirmó, oscilando esos ojos lechosos hacia mí durante un segundo para llevarlos enseguida de vuelta a los de Carlisle—, así que os dejaré a solas para que toméis una decisión. De todas formas, yo mismo os explicaré lo que necesitéis saber, más tarde.

—Es cierto, ¿cómo es que Cayo y Marco no están aquí? —inquirió Carlisle.

—Oh, han tenido que atender otros asuntos, pero vendrán después —explicó Aro escuetamente—. Y ahora, si me disculpáis —repitió, comenzando a caminar hacia la salida, acompañado de Varick—. Jane, querida, llévalas a la sala de al lado para que mediten más cómodamente —le dijo a la enana, de la que pasaba a su lado.

—Sí, maestro —asintió ella. En cuanto Aro y Varick salieron por la puerta, se dirigió a nosotros con esa prepotencia de siempre—. Acompañadme por aquí.

Se dio la vuelta, junto a todos los chupasangres que nos acompañaban, y la seguimos. El chino aprovechó para medio girarse y dedicarme una sonrisita burlona, imitando mi rostro. Gruñí y di una zancada más grande para llegar a él, pero Nessie me retuvo.

—Cálmate, Jake, no le hagas caso —me susurró al oído, cosa que sirvió para que me tranquilizara un poco y todo mi vello se pusiese de punta.

Volví a tomar otra buena bocanada de aire y seguimos caminando.

La Pitufina nos hizo salir de la habitación por esa puerta, por la que tuve que volver a agacharme, y caminamos por ese ancho corredor de antes en dirección a la doble puerta revestida de oro. Cuando llegó, abrió las dos hojas, las cuales no estaban cerradas con llave, y las dejó abiertas para que pasáramos al interior.

—Tomaos el tiempo que necesitéis —le dijo a Carlisle—. Hay un teléfono. Podéis utilizarlo para llamar a la recepcionista cuando terminéis. Ella me avisará a mí.

El doctor solamente se limitó a asentir con un rostro serio y la rubia enana se dio la vuelta, seguida del chino imitador y las otras cuatro sanguijuelas. Eso sí, no perdió el tiempo y aprovechó su paso a mi lado para darme otro ligero y rápido repaso con la mirada. Esta vez fui yo el que tuvo que sostener con firmeza la mano de Nessie, aunque no pude evitar que su garganta emitiera un rugido interno y que se girase para no quitarle esa vista amenazadora de encima.

Carlisle pasó a esa otra habitación, que seguía las mismas pautas que el horterero y pijo corredor, yo tiré de Nessie, y los demás hicimos lo mismo detrás de él.

La estancia era bastante amplia, pero no tanto como la guarida de los Vulturis. Aparte de esa horrible moqueta verde, de los paneles de madera que revestían las paredes y de los cuadros que imitaban a ventanas, unos sofás de piel en color crema se distribuían por toda la habitación, creando una especie de sala de estar.

En cuanto Rosalie cerró la puerta, todos vinieron a mí.

—Dime, Jacob, ¿cómo estás? —me preguntó el doctor.

—Bien, bien, no me han hecho nada —les tranquilicé.

—Le han encerrado en una celda y le han encadenado —les reveló Nessie, rechinando los dientes—. Y encima, le han puesto este cordón metálico para que no se pueda transformar.

—Qué falta de respeto —declaró Esme con disgusto.

—Bonito collar —se burló Rosalie.

—Ja, muy graciosa, rubia, pero hoy no estoy de humor —le contesté con retintín.

—Es el colmo —protestó Nessie—, no puedo creerme que le hayan hecho todo esto y se queden tan tranquilos.

—Bueno, da igual, el tema es que estoy bien. Además, también tienen a Ryam.

—Sí, eso hemos oído cuando caminábamos por el pasillo —dijo Emmett.

—Tendremos que solucionar ese tema también —afirmó Carlisle, llevándose la mano a la barbilla, pensativo—. Lo único que se me ocurre es alegar a su curación, aunque no sé si eso será suficiente para Aro.

Ryam ya tiene conocimiento de nuestro mundo, y temo que los Vulturis no se conformen sólo con eso.

—¿Y qué hacemos? —inquirió Nessie, mordiéndose el labio.

—No lo sé. Tendré que pensar en algo —reconoció Carlisle, bajando su mano.

—¿Qué es eso de la guerra? —quiso saber Emmett.

—Uf, una movida muy grande, tío. Al parecer, Nikoláy, Ruslán y Razvan no trabajaban solos. Adivina con quién estaban aliados —se hizo un momento de silencio en el que todos esperaron mi respuesta, expectantes. Bueno, todos menos la Barbie, que resopló con cansancio—. Con Vladimir y Stefan —les desvelé finalmente.

—¿Con Vladimir y Stefan? —Nessie no se lo podía creer, aunque no era la única, el resto abrió los ojos como platos.

—Sí, y tengo otra noticia —seguí. Miré a mi chica con precaución y apreté su mano un poco más. Ella ya se dio cuenta de mi respuesta sólo con este gesto, pero lo dije en voz alta para los demás—. Son ellos los que tienen a Bella, Edward, Alice y Jasper.

—Qué horror —exhaló Esme, llevándose las manos a la boca.

Nessie tembló ligeramente y la atraje hacia mí para rodearla con mis brazos. Ella enseguida ensambló los suyos a mi cintura, apoyando su mejilla en mi pecho.

—¿Estás bien? —murmuré en su pelo.

—Sí, así estoy mejor —asintió, apretando su abrazo—. Sigue, podré soportarlo.

—¿Seguro? —me cercioré, separándome un poco para mirarla.

—Tengo que saber la verdad. Y contigo soy fuerte —afirmó, mirándome con determinación—. Sigue —y volvió a apoyar su mejilla en mi pecho.

Suspiré, asintiendo, le di un beso en la frente y continué hablando.

—Aro no me ha dicho cómo han conseguido llevárselos, pero mi teoría es que esos dos dieron con Renée y la secuestraron para chantajear a Bella —manifesté, pasando los dedos por su cabello para confortarla un poco—. Creo que la visión que tuvo Alice no estaba relacionada con los Vulturis, sino que ella vio las intenciones de Vladimir y Stefan y se marcharon para evitar el secuestro.

—¿Quieres decir que se entregaron? —interrogó Em.

—Sería lo más lógico —secundó el doctor.

—Lo que no sé es si consiguieron impedir el secuestro o no —continuó, sin dejar de peinar el pelo de mi chica—. Ahora los rumanos tienen a Bella, Edward, Alice y Jasper, los cuatro con dones poderosos, y ese chiflado de Aro está temblando. Bueno, ya sabéis que Vladimir y Stefan llevan años buscando venganza, ¿no? Pues se han rearmado, y no sólo con chupasangres, sino que también contaron con la ayuda de esos tres magos para la creación de gigantes. Los Vulturis ya estaban al corriente de todo e intentaron impedirlo, pero no lo consiguieron.

—Así que los gigantes eran para el ejército de Vladimir y Stefan —adivinó Rosalie.

—Sí, y Aro creó un grupo de matones para evitarlo, pero, bueno, luego os contaré más detalles sobre eso. El caso es que Aro le ha visto las orejas al lobo y necesita esta alianza.

—Nunca mejor dicho —sonrió Emmett.

Le sonreí el chiste, y seguí hablando.

—No me gusta nada esto, pero Aro es el único que sabe dónde se encuentran Bella y los otros, y me ha chantajeado con eso —suspiré con desagrado—. No va a decirnos nada hasta que no le ayudemos, y, la verdad, no veo otra salida. Y encima, me ha dicho que si no vamos con ellos, no me garantiza la seguridad de Bells y el resto.

Nessie apretó su abrazo un poco más y yo le di otro beso en el pelo, acariciando su nuca con mis dedos.

—Es evidente que no nos queda más remedio que aceptar —intervino Carlisle, con un rostro resignado—. Eso sí, debemos de tener mucho cuidado, Aro no tendría ningún escrúpulo a la hora de traicionarnos en cuanto todo terminase.

—Sí, lo sé —coincidió.

—Además, todavía está el asunto de la profecía, eso nos obliga a extremar las precauciones —declaró.

—Entonces, peharemos —sonrió Emmett—. Rescataremos a Bella, Edward, Alice y Jasper.

—¿Vais a ir a esa guerra? —preguntó Nessie, separándose de mi cuerpo para mirarme con una preocupación que me heló el alma.

—No nos queda más remedio, cielo —le susurré, metiéndole el pelo detrás de las orejas—. Pero no te preocupes por nosotros, todo saldrá bien.

—Entonces yo también voy —afirmó con los ojos llenos de resolución.

—No, tú te quedarás en La Push —le contradije.

—Venga ya, no seas machista —protestó.

—No es por machismo, Nessie, y lo sabes. Es sólo que no quiero que te pase nada, ¿entiendes? No podría soportarlo.

—Acabas de decir que todo saldrá bien —refutó—. Además, la misma pulsión que tienes tú para protegerme, también la tengo yo para protegerte a ti. Sabes que me resulta casi imposible no estar contigo en una situación así. Y, encima, estamos hablando de mis padres y mis tíos.

Mierda. Genial. Esto no me gustaba nada, pero, maldita sea, tenía razón en todo, y era imposible rebatírsele.

—No sé, Nessie... —dudé.

—Puedo transformarme, así estaré bajo tu protección todo el tiempo —alegó, ya suplicándome con la mirada al ver mi flojera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasará cuando te falte sangre? —objeté.

Nessie se mordió ese precioso labio inferior y se quedó pensando.

—Yo podría conseguir algunas reservas de sangre y llevarlas en un maletín bien refrigerado —irrumpió Carlisle.

Genial.

—¿Lo ves? —indicó Nessie.

Esto no me hacía ni pizca de gracia, pero, vale, lo reconozco, también la entendía. Al igual que yo, Nessie no podría soportar estar lejos de mí en una situación de tan claro peligro, y, para colmo, se trataba de su familia. Era lógico que quisiera ayudar, ¿no? Y, bueno, yo era su marido, pero no era quién para prohibirle nada, la verdad.

Maldita sea...

—Está bien —acepté a regañadientes, frunciendo el ceño a disgusto—. Puedes venir con nosotros, pero no te separarás de mí en ningún momento, ¿entendido?

—No tenía pensado hacerlo —sonrió.

Suspiré, aunque no pude evitar corresponder esa sonrisa.

—En fin, tendré que avisar a mi manada —anuncié, suspirando.

—Ah, algunos miembros de la manada están abajo —me reveló Emmett.

—¿Mi manada está abajo? —inquirí, sorprendido.

—Sí, no pudimos conseguir que los dejaran subir, por eso tardamos un poco —me explicó—. Pero tranquilo, no les pasará nada, ahí abajo hay demasiada gente. Lo único que tendrán que soportar es el olor.

—Y los demás el suyo —añadió Rosalie, poniendo cara de asco.

—Yo logré escaparme y pude llegar hasta este corredor, pero me cogieron por el camino —aclaró Nessie.

—Bueno, pues ya está decidido —intervino Carlisle de nuevo, poniendo un poco de orden—. Por desgracia, tendremos que aliarnos a los Vulturis temporalmente.

Odiaba esto, lo odiaba con todas mis fuerzas. Jamás me hubiera imaginado que tendría que trabajar con esos viejos decrepitos e hipócritas, esos asesinos de gente inocente, los mismos que habían secuestrado a Nessie hacía dos años. Rechiné los dientes con furia contenida, pero no me quedaba más remedio que aguantarme. Bella y los demás estaban en peligro, y ante todo estaban ellos, ahora eran parte de mi familia.

Nessie se dio cuenta de mi malestar y me dio un beso corto para tranquilizarme.

—Avisaré a Jane de que ya hemos tomado una decisión —dijo el doctor.

¿Decisión? Ja. Esto era una encerrona en toda regla.

Pero no nos quedaba más remedio. Carlisle se acercó a un teléfono que reposaba en una mesilla, descolgó el auricular y observé con resignación cómo tocaba un botón de color verde.

NEGOCIANDO CON LOS HERMANOS MARX

Casi vomito del asco al ver la cara de satisfacción de Aro cuando Carlisle le transmitió nuestra *decisión*. No sé por qué fingía tanto, la verdad, sabía de sobra que no nos quedaba otra opción, pero el muy estúpido seguía esa farsa. En cambio, el senil de pelo canoso, Cayo, tenía una cara similar a la mía, sólo que pensando a la inversa, claro, y, bueno, esa momia adormilada de Marco mantenía ese semblante inapetente y cansado de siempre, creo que todo esto le daba exactamente igual. Parecían los hermanos Marx. Bueno, estaba claro quién representaba a quién, ¿no?

Volvíamos a estar en la misma habitación del principio, pero ahora estaban los tres Vulturis juntos, y se encontraban sentados en esas enormes sillas de madera maciza que trataban de imitar a tronos. Menudos idiotas.

Varick se situaba al lado de Aro, por detrás, para no tapanle la visión hacia los otros dos vejstorios. En esta ocasión no llevaba su capucha puesta, así que por fin pude ver su cara. En fin, no distaba mucho de la del resto de chupasangres, para mí eran todos más o menos iguales. Esos repugnantes ojos rojos de rata, esa piel paliducha casi transparente y esa frialdad que desprenden casi todos los vampiros. Tenía el pelo muy corto, eso sí, y por lo rubio que era y su nombre, deduje que era alemán.

Mi mano no había soltado a la de Nessie desde que ella había llegado a este antro, y no pensaba soltarla jamás. No me fiaba de nadie allí dentro, no podía olvidar que la habían secuestrado una vez; diablos, a mí mismo me habían llevado a la fuerza hacía unas horas, incluso Ryam había sido atrapado, así que como para fiarse. Este sitio no me gustaba nada para ella, pero al menos estábamos juntos.

—Me alegro de que hayáis accedido a prestarnos ayuda, mi querido Carlisle —dijo ese vejstorio chiflado de Aro, curvando su asqueroso y fino labio hacia arriba—. Os lo agradecemos, y os aseguramos que tendréis una justa recompensa.

El careto de Cayo seguía diciendo lo contrario.

—La única recompensa que buscamos es dar con Edward, Bella, Alice y Jasper para que regresen con nosotros a casa sanos y salvos —declaró el doctor, con una tensión notable en el rostro—. Bueno, si es que es cierto que se encuentran con Vladimir y Stefan.

Eso, eso.

—No dudes de nosotros, amigo mío. Lo es.

—No es que dude de tu palabra, Aro, pero realmente me quedaría mucho más tranquilo si pudieses aportarme una prueba de ello —soltó Carlisle, eso sí, con ese tono mesurado que solía usar siempre.

¡Ja! Eso había sido un puñetazo directo.

—Cómo, ¿acaso desconfías de nosotros? —intervino Cayo, frunciendo esas tupidas cejas blancas con disgusto total.

—Nuestra relación se ha visto afectada por lo ocurrido hace dos años, Cayo —alegó el doctor, ahora utilizando una voz un poco más tensa—. Como bien comprenderás, no puedo olvidar que una vez os llevasteis a Renesmee, eso fue un hecho muy grave, desde mi punto de vista.

Este Doc, siempre suavizando las cosas.

—Fue por su propio bien —rebató el viejo canoso, señalándome con la mano con desagrado—. Y la prueba de que eso era necesario, para que no se descarriase, es su matrimonio. Es un error claro.

—¿Todavía seguís con ese rollo? —protesté enérgicamente.

—Casarme con Jacob ha sido lo mejor que he hecho en mi vida —manifestó Nessie, muy molesta—. Yo le amo con toda mi alma, y él a mí.

Ambos apretamos nuestro amarre.

—Desde luego. Por favor, Cayo, ellos se aman, sólo hay que verles —defendió Aro, juntando esas tísicas manos—. ¿Verdad que es cierto, Marco? —le preguntó al adormilado, girando su cara seca hacia él.

—Sí —afirmó éste sin más, ni siquiera se molestó en mover una pestaña.

Ahora Aro nos defendía, por supuesto, necesitaba hacerme la pelota bien.

—Comprendo perfectamente tu malestar, Carlisle —siguió ese decrepito tarado, continuando con su peloteo interesado—. Y os pido perdón, he de reconocer que nos equivocamos con esa intervención —el Vulturis gruñón no pudo evitar resoplar, aunque se quedó mudo, claro, ninguno de esos dos idiotas parecía atreverse a llevarle la contraria a Aro—. No obstante, puedo asegurarte que no lo hicimos con mala intención, nada más lejos de la realidad, sino que actuamos creyendo que obrábamos correctamente —sí, claro, seguro. Maldito hipócrita—. Por eso creo sinceramente que esta es una buena ocasión para limar esas pequeñas asperezas y recuperar esa amistad de la que gozábamos en el pasado. ¿Dejarás que os lo pague cuando todo este incómodo asunto se solucione?

—Yo también me considero un hombre generoso, Aro, así que por supuesto que dejaré que nos lo pagues —afirmó Doc, imitando la inmodestia de ese viejo decrepito, para seguirle el juego. Aro sonrió, aunque se notaba que sólo por esa estúpida y absurda diplomacia vampírica—. Pero, insisto, podías empezar por darnos una prueba de que mi familia se encuentra con Vladimir y Stefan.

Las cejas de Cayo se hundieron un poco más.

—Desgraciadamente, no puedo darte ninguna —dijo Aro, volviendo a ese semblante apergaminado y exageradamente triste de antes—. Todas las pruebas que tengo están en lo que Demetri me ha dejado ver, ¿no es así, Demetri? —inquirió, mirando a éste, que se encontraba junto a la rubia canija, el igual de enano de Alec, ese gigantón de Felix, el pelirrojo y ese chino bastardo.

—Cierto, maestro —asintió el mencionado.

—Es una lástima que Edward no esté aquí, él podría ratificar que lo que yo digo es cierto —sí, ya—. No obstante, te ruego que confíes en mí, te aseguro que Edward, Bella, Alice y Jasper se encuentran retenidos por Vladimir y Stefan.

—Eso de confiar en ti es difícil cuando tú no quieres decirnos dónde están sólo para chantajearnos —me quejé yo, cansado de toda esta monserga inútil—. Eres un miserable, serías capaz de vender a cualquiera con tal de conseguir tus fines.

Todo el mundo en la habitación se quedó mudo, mirándome estupefactos. Excepto Aro, que sonrió como el tarado que era, el Vulturis adormilado, que seguía dormitando con los esos párpados de cartón, alicaídos, y Nessie, que apretó mi mano para regañarme. Sí, bueno, sabía

que mis formas no eran las más... *diplomáticas*, pero era lo que pensaba y no iba a callarme.

—Lo comprendo, Jacob, pero tú también has de entender que nosotros tenemos que cubrirnos las espaldas —se defendió ese loco, manteniendo esa sonrisa de idiota. Él se creía muy elegante, menudo imbécil—. No podemos exponernos a deciros dónde se encuentran, y que luego faltéis a vuestra palabra y nos abandonéis antes de la batalla para ir a buscarlos por vuestra cuenta.

—Nosotros jamás hemos faltado a nuestra palabra, Aro —dijo Carlisle, visiblemente, y raramente en él, ofendido.

—Oh, no te ofendas, Carlisle, no estoy diciendo eso —el careto de Aro cambió para adoptar una expresión de grandilocuente preocupación—. Pero, al igual que vosotros os queréis asegurar de que yo no miento, nosotros también tenemos que asegurarnos de que vosotros no vais a fallarnos.

—¡Aj, venga ya! —protesté, frunciendo el ceño todo lo que pude—. Aquí los únicos que faltan a la palabra y que traicionan sois vosotros —le espeté a la cara mientras notaba los continuos apretamientos de dedos de Nessie. Pero no me callé—. Y, encima, nos decís que es para cubrirnos las espaldas, cuando en realidad este tema solamente es un instrumento para chantajearnos. No seas tan hipócrita y di la verdad de una maldita vez.

—¡Esto es vergonzoso, Aro! ¡Qué falta de respeto! —voceó el chupasangres canoso con indignación—. ¡No permitirás que este salvaje te hable así, ¿verdad?!

—¡¿Qué me has llamado?! —grité, echándome hacia delante.

Los miembros de la guardia que se encontraban allí, consistentes en el chino bastardo, ese grandullón de Felix y el rastreador, se agazaparon instantáneamente, en cambio, la Pitufina y su hermano el Pitufo solamente entornaron los ojos, preparándose por si me tenían que torturar otro poco, y el pelirrojo ni se movió.

Pero Emmett y Rosalie no se quedaron atrás. Los dos me acompañaron, agazapándose también y rechinando los dientes. Em incluso hizo restallar las falanges de sus dedos mientras le sonreía a Felix con una provocación maliciosa. Éste le correspondió la sonrisa, cómo no. La pobre Esme se mantenía al margen, aunque no podía evitar tener ese rostro de preocupación y desasosiego total.

—Jake, por favor —me rogó Nessie, asustada.

Mierda. Si me calmaba, era sólo por ella. No soportaba verla preocupada ni asustada, y mucho menos ponerla en peligro.

—Paz —solicitó Aro, alzando ambas manos, aunque ni siquiera se levantó de su trono.

Los chupasangres de su guardia se relajaron al instante, así que nosotros hicimos lo propio.

—¿Acaso vas a permitir este comportamiento? —bufó Cayo.

—Calma, hermano —le relajó.

—Esto es intolerable —masculló el Vulturis canoso para sí.

Se hizo otro tenso mutismo, y, en esta ocasión, Aro no sonreía nada de nada.

—De acuerdo —habló al fin, relajando ese semblante de muerto disecado. Cayo resopló de nuevo—. Reconozco que estamos utilizando este hándicap para forzaros un poco, pero no lo llames chantaje. Como ya te expliqué antes, se trata de una simbiosis. Vosotros nos ayudáis a vencer en esta batalla y nosotros os ayudamos a recuperar al resto de vuestro aquelarre. Sin embargo, y a pesar de eso, os aseguro que ellos están con Vladimir y Stefan.

Carlisle se quedó pensativo durante unos segundos, mirando al Vulturis con firmeza, y yo me tragué la lengua por Nessie.

—Está bien, puesto que en esto has sido sincero, te daré una oportunidad y te crearé —respondió finalmente, aunque me pareció que dijo eso más bien para seguirle ese juego de educación pija—. Sin embargo, hay otra cosa que me preocupa.

—Habla con total libertad, mi estimado amigo, debéis de haceros a la idea de que estáis en vuestra casa, como ha hecho Jacob —sonrió Aro, con esa pose de actor malo.

Idiota...

Automáticamente, Em y yo miramos a los chupasangres de la guardia de nuevo, a la vez que ellos lo hacían con nosotros. Si hubiera estado en mi forma lobuna, creo que hubiese podido ver las chispas y rayos fulminantes que salían por los ojos de todos.

—Edward, Bella, Alice y Jasper estarán en el bando contrario, y lo más probable es que ellos se vean obligados a luchar —expuso Carlisle.

Noté cómo la mano de Nessie temblaba levemente por el temor que eso le ocasionaba. Ya teníamos los dedos entrelazados, pero los apreté aún más para tranquilizarla.

—Bueno, para eso contamos con la inestimable ayuda del Gran Lobo, él romperá la barrera de Bella y podremos atacar sin problemas —declaró Aro como si nada—. Incluso puede fulminarlos a todos sin moverse del sitio, según tengo entendido —siguió, oscilando la mirada hacia mí para hacerme una especie de reverencia a modo de reconocimiento.

Ahora la mano de Nessie sufrió un espasmo.

—¿Qué estás diciendo?! ¡No pienso hacer eso! —protesté con energía mientras volvía a achuchar la mano de mi chica un poco más.

—No quiero que sufran rasguño alguno —exigió Carlisle, muy serio.

—No me habéis comprendido. Por supuesto que no haremos eso, sólo era un decir —y rompió a reír en unas estúpidas carcajadas que me hicieron rechinar los dientes. Cayo seguía con el ceño sobre los ojos y el otro ni se inmutó. Después de esperar a que ese chiflado terminase de reírse, volvió a hablar—. Jacob solamente tiene que eliminar esa barrera y los dones de nuestros contrincantes, del resto nos encargamos nosotros. Por supuesto, también contamos con vosotros para batallar.

—Si Jacob elimina esa barrera, los miembros de mi familia quedarán a merced de vuestros ataques —intervino el doctor de nuevo. Esta vez, Nessie se pegó a mi costado, buscando ese beso en la cabeza que le di—. Además, como ya he dicho, ellos se verán obligados a combatir, y no quiero que ningún miembro de tu guardia les haga daño.

—Mi guardia no los atacará, te lo garantizo, y tampoco usarán sus dones contra ellos —prometió ese viejo acartonado.

—Bien —aprobó Doc, asintiendo con la cabeza—. Otra cosa más.

—Habla —le instó, haciéndole un gesto con la mano.

—Me gustaría que liberases a Ryam.

—Me temo que eso no es negociable —contestó Aro, más serio.

—Louis y yo estamos trabajando en un antídoto que puede curarle —le reveló—. Ya lo tenemos casi terminado.

—Sigue sin ser suficiente —afirmó ese decrepito sin escrúpulos.

—¿Por qué no? —se quejó Nessie.

—Conoce demasiadas cosas de nuestro mundo, y, como ya sabes, mi querida Renesmee, nuestra primera ley es la de salvaguardar el anonimato de todos nosotros.

—Pero él no le contará nada a nadie —intentó alegar ella, transformando su adorable carita en una llena de súplica.

Dios, esto se me clavaba en el corazón.

—Eso no lo sabemos, y la ley es la ley —intervino Cayo, malhumorado.

Mi chica rechinó los dientes con frustración y yo volví a apretar su mano, pero esta vez para decirle que ya buscaríamos una solución. Ella comprendió mi mensaje a la perfección, respiró hondo y se tranquilizó un poco.

—¿Cuándo será esa batalla? —quise saber.

—Estimamos que pudiera producirse dentro de unos días, puede que la semana que viene —me respondió.

—Tienes que concretarme más —le pedí—. No sé cuántos miembros de mi manada han venido hasta aquí, pero necesitaremos contar con más efectivos y tengo que convencerlos y organizarlos a todos. Además, tienen que venir desde La Push y eso conlleva un tiempo de adaptación.

—Creemos que lo más probable es que sea dentro de unos cuatro días—me reveló—. Y no te preocupes, todos los gastos correrán de nuestra cuenta.

—Quiero ver a mis hermanos ahora, quiero que estén aquí —exigí, alzando la barbilla, reconozco que con un poco de chulería—. Si quieres que trabajemos juntos, ellos tienen que estar conmigo y con el resto. Ya sabes, para acostumbrarnos a tus chupasangres.

No miré, pero noté cómo éstos me acuchillaban con la mirada.

—Oh, por supuesto —accedió. En cambio Cayo refunfuñó por lo bajo—. Enguerrand, ve a buscar a esos lobos.

—Sí, maestro —asintió éste, haciendo una reverencia con una devoción ciega.

Y se marchó de la habitación como un torpedo.

—Bueno, supongo que ahora que hemos hecho esta alianza, le quitaréis ese cordón y esos grilletos a mi marido —habló Nessie, con exigencia.

—Claro, cómo no, mi preciosa Renesmee —aceptó el Vulturis chiflado—. En cuanto terminemos esta reunión tan importante, le ordenaré a mi guardia que lo liberen de tales cosas.

Uf, menos mal.

—Y quiero que mi marido deje esa celda ya. Si vamos a quedarnos aquí unos días, me gustaría que nos dieseis una habitación más cómoda, mi marido y yo necesitamos nuestros momentos de intimidad —soltó sin cortarse un pelo, observando a la rubia canija con esa media y maléfica sonrisita de antes.

Sólo dijo eso último para ponerle los dientes largos a la Pítufina, y lo consiguió. Ésta rechinó los dientes por enésima vez, aunque a Cayo se le escapó una cara de asco que lo decía todo. Imbécil.

Nunca había oído a Nessie usar tanto el término *marido*. Bueno, vale, llevábamos muy poco tiempo casados, pero era la primera vez que la oía pronunciarlo tantas veces, y, además, con esa *territorialidad*. Eso me volvía completamente loco.

—Por supuesto. Todos tendréis un cómodo e íntimo alojamiento —volvió a aceptar el pelota de Aro, dedicándole una mirada que pretendía cómplice a Nessie, que no coló.

—Ya sé que no queréis soltar a Ryam —seguí yo—, pero podíais dejar que viniese con nosotros a esa batalla.

Carlisle se giró hacia mí para mirarme con sorpresa y Nessie me observó con esperanza. Sí, mi idea era muy buena, tenía que reconocerlo.

—¿Venir a la batalla? —repetió el vejestorio canoso sin entender nada de nada.

—Es un gigante, y podría ser muy útil, pensadlo —afirmé con confianza. Los dos Vulturis se miraron, dudosos—. Sí, bueno, no sabe luchar, pero mis lobos y yo podríamos enseñarle varias técnicas, incluso podría ser útil para manejar a esos otros gigantes.

Eso pareció interesarle a Aro. Bien.

—Habla —me instó, interesado.

—Ya sé que no os gustan las especies nuevas —se me escapó un puntito de acidez que no pude reprimir, y todo por lo de hace dos años con el tema de Nessie y su condición de semivampiro metamorfo. En fin—, pero Ryam podría manejar a esos gigantes. Me explico. Esos gigantes son inmortales, pero inmortales del todo, vamos, se regeneran y no hay quién termine con ellos, así que no hay manera de ganarles. Bien, está claro que la especie ya está creada y que no se puede eliminar, ¿no? Pues lo mejor sería redirigirlos.

—¿Redirigirlos? —preguntó Cayo, frunciendo ese tupido ceño blanco con extrañeza.

—Sí, llevarles por el buen camino —expliqué, utilizando esa expresión para convencerles más—. Está claro que acabaremos con esos dos rumanos y con su ejército, pero esos gigantes seguirán ahí, ¿y qué vamos a hacer con ellos? ¿Los dejaremos tirados en cualquier escondrijo, arriesgándonos a que alguien peor los encuentre y los utilice en nuestra contra en el futuro? O a lo mejor siguen luchando contra nosotros sin

parar, quién sabe. En cambio, si la persona adecuada les dirige, si alguien con buenas intenciones los lidera, ellos no supondrían ningún peligro. ¿Y quién mejor que Ryam para eso? Él es otro gigante, aunque no como ellos, claro, pero es un gigante, nadie va a saber manejarlos mejor que él.

—Pero Carlisle acaba de decir hace un momento que Ryam va a curarse —recordó Aro.

—Ryam podría dirigir a esos gigantes hasta que Louis y yo encontrásemos otra cura para ellos —intervino Doc, hablando con esa tranquilidad y medida de siempre—. No estoy seguro de que esos gigantes puedan curarse, pero podríamos intentarlo. Siempre sería mejor que no hacer nada y que permitir que esa especie estuviera encerrada, con el riesgo que eso supondría.

Se hizo un mutismo que duró unos segundos, aunque a mí me parecieron eternos.

—No sabemos si él aceptaría tal cargo —dijo Aro, un tanto dudoso todavía.

—Yo hablaré con él —me ofrecí—. Ryam podría unirse a la alianza. Si él os ayuda y demuestra que podéis confiar en él, ¿le dejaríais en libertad?

Los dos vejestorios momificados se volvieron a mirar y después llevaron la vista hacia mí de nuevo.

—Tendríamos que deliberarlo —declaró el Vulturis tarado.

Nessie apretó mi mano con esperanzas, porque por lo menos no había sido un no rotundo. Además, se notaba que mis palabras les había tocado un poco.

—Por supuesto —asintió Carlisle.

—Bien, ¿alguien quiere... proponer algo más? —inquirió Aro.

Nadie dijo nada.

De pronto, la puerta se abrió y el pelirrojo pasó adentro, acompañado por mis hermanos de manada. Los muy idiotas entraron medio agazapados mientras miraban a todas partes con cara de alerta total y arrugaban la nariz con hastío.

Cuando me vieron, intentaron recuperar la compostura, pero se notaba lo incómodos que estaban. Sam, Quil, Embry, Seth, Paul, Jared, Shubael e Isaac se acercaron a nosotros con ese recelo todavía palpable, sin quitar ojo a la guardia y a los propios Vulturis, y el Zanahorio se colocó en su puesto, junto al resto de sanguijuelas.

—¿Estás bien? —me preguntó Sam con un cuchicheo.

—Sí.

Quil se fijó en mis grilletes y en ese dichoso cordón metálico de mi cuello y le chirriaron los dientes. Sus puños comenzaron a temblar, pero Sam posó su mano sobre una de sus muñecas para tranquilizarle.

—Bienvenidos —les dijo Aro, con otra sonrisa mal fingida. Mis hermanos no le dijeron nada, se dedicaron a mirarle con desconfianza y rabia. Eso hizo que el Vulturis carraspeara para seguir hablando—. En fin, puesto que ya estamos todos, podemos comenzar a platicar sobre las tácticas a seguir en la batalla.

—¿Qué batalla? ¿Qué está pasando aquí, Jacob? —quiso saber Sam.

—Me gustaría hablar con mi manada a solas —declaré—. Tengo que explicárselo todo.

—Oh, desde luego —aceptó Aro—. Enguerrand, acompáñales a la sala contigua.

—Sí, maestro —obedeció el pelirrojo.

Éste comenzó a caminar hacia la salida y nosotros, incluida Nessie, por supuesto, le seguimos. Salimos de esa habitación lúgubre y sombría y nos dirigimos por el mismo corredor de antes hacia esa sala de puertas doradas, donde, una vez dentro, Enguerrand se piró y tuve que explicarles todo el cuento a mis patidifusos hermanos.

ESTO ES EL HOTEL DE LOS HORRORES

—No sé, Jake, esto no me gusta ni un pelo —dudó Sam, después de que yo les soltase toda la parrafada de lo que había ocurrido—. Está claro que esos Vulturis están tramando algo.

—Esto es una locura —siguió Jared, llevándose la mano a la cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo con los dos —asentí, poniendo mi mano suelta en la cintura, con nerviosismo—. Pero no me queda más remedio que aceptar esa maldita alianza, simbiosis o como narices quiera llamarlo Aro —gruñí—. Está claro que alguien tiene a Bella y a los otros, todos vimos esas pistas en ese bosque de Forks, y mientras no nos topemos con algo que nos indique que los tienen los Vulturis, no nos queda otra que creer la versión de ese chiflado decrepito.

—¿Y si husmeamos por aquí? —propuso Shubael con un cuchicheo metamorfo.

—¿Estás loco? —objetó Isaac en el mismo volumen de voz—. Aquí no podemos transformarnos, se nos echarían encima todos esos chupasangres, y si no cambiamos de fase, somos demasiado vulnerables. Eso sin contar con que tenemos guardaespaldas todo el tiempo.

—Isaac tiene razón, es imposible —suspiró Seth.

—Pues eso, no hay ninguna manera de saberlo, así que no tengo más remedio que seguirle la corriente a los Vulturis hasta que demos con la verdad —afirmé, resoplando.

—No me hace nada de gracia que nos aliemos con ellos —declaró Sam, otra vez con disgusto—. En toda la historia de la tribu, jamás habíamos hecho este tipo de alianzas con vampiros. Una cosa es un tratado, y otra muy distinta esto.

—Lo sé, yo también lo odio. Esto es un asco —resoplé otra vez, revolviéndome el pelo durante un instante mientras miraba a un lado, para quitar la frustración y la rabia que me producía todo esto. Después, posé mis dedos sobre mi cintura de nuevo y les miré con determinación—. Escuchad, no obligo a nadie a que se una. El que quiera irse es libre de hacerlo. Pero yo tengo que seguir con esto, Bella es mi amiga, mi familia, y no puedo negarme, tenéis que entenderlo —Nessie apretó mi mano con gratitud—. Vosotros podéis marcharos a casa, si queréis, yo nunca obligaré a nadie a hacer algo que no quiera, ya lo sabéis.

—¿Qué dices? ¿Y perdernos una batalla en la que podemos liquidar a un montón de chupasangres? —se rió Paul—. Ni hablar, tío. Yo me quedo.

—Yo también —se unió Quil.

—Y yo —se contó Embry.

—Sabes que yo siempre estaré de tu lado —siguió Seth, sonriéndome.

—Venga ya, iremos todos, chaval —afirmó Shubael.

—Cuenta con todos nosotros —ratificó Sam.

—No estáis obligados —dijo Nessie, preocupada—. La mayoría de vosotros estáis imprimados, y entendería perfectamente que quisierais volver a casa.

Sí, daba la casualidad de que seis de los ocho estaban imprimados, y yo sabía cuánto les costaba estar lejos de ellas.

—No te preocupes —le calmó Sam—. Vuestro matrimonio ha unido a tu familia con la tribu. Además, yo todavía estoy en deuda con tu familia por haber pagado el tratamiento de Emily. Si no hubiera sido por ellos, Emily no se hubiera curado. Le han salvado la vida, y eso no lo olvidaré jamás —manifestó, dándole a su voz un tono honorífico.

Sí, eso también lo sabía. Eso hacía que, para él, ayudar a los Cullen fuera un honor.

—Os lo agradezco mucho, chicos. No sé cómo podré pagaros vuestra ayuda —habló mi chica, emocionada.

La atraje hacia mí y solté su mano para rodear su hombro con mi brazo, pegándola bien a mi costado. Ella pasó los suyos por mi cintura para abrazarme.

—Déjate de pagar. ¿Para qué está la familia? —afirmó Isaac con una enorme sonrisa.

—Tú formas parte de la manada, en cierto modo —continuó Jared—. Y los hermanos siempre nos ayudamos entre nosotros.

—Sí, somos una piña —añadió Seth.

—Muchas gracias, chicos —repitió mi chica en el mismo tono de antes.

—No te preocupes, todo saldrá bien, ya lo verás —le dijo Sam, asintiendo con confianza.

Nessie asintió también, pero alzó el rostro para mirarme todavía con preocupación. Le sonreí, le di un beso en la frente y froté su brazo con mi mano para alentarla un poco.

—Tendríamos que llamar a más miembros de la manada —opinó Sam—. No podemos arriesgarnos a ser tan pocos si después se tuercen las cosas.

—Sí, estoy contigo —coincidí—. Los llamaré en cuanto termine esa dichosa reunión con esos vejesterios pasados de moda.

A Seth le hizo gracia mi frase y se rió.

—A mí me gustaría que me dejaran llamar a casa y a Kim, ya sabes, para avisar de que no voy a ir en una temporada —declaró Jared, metiéndose las manos en los bolsillos de ese pantalón tan viejo y raído.

—Mierda, yo también tengo que avisar en casa, si no, Rachel me matará —aseguró Paul, torciendo el gesto para adoptar uno de dolor.

—¡Uf! Y más ahora que está tan sensible. No hay quién la aguante —soltó Shubael, haciendo que los mechones que caían sobre su frente se alzaran con un resoplido.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —pregunté con una risilla un tanto maléfica al imaginármela corriendo con la escoba, detrás de Paul.

Mi cuñado le dio una colleja a Shubael para regañarle y eso ya me mosqueó algo.

Se hizo un silencio en el que todos se miraron entre sí, menos Nessie y yo, que lo hicimos el uno con el otro sin entender nada.

—¿Qué le pasa? —quise saber, ahora preocupado, observándoles de nuevo.

—Nada, no es nada malo —aseguró Seth, mirando a Paul de reajo como si le estuviese pidiendo permiso o algo así.

Empecé a ponerme nervioso y Nessie pasó a ser la que me acariciara la espalda para calmarme.

—Maldita sea, decídmelo de una vez —protesté—. ¿Es que está enferma? ¿Tiene... algo grave?

Oír esta frase, aunque fuese en una pregunta y saliendo por mi propia boca, ya me puso histérico.

—Está embarazada —espetó Paul, observándome con precaución.

Necesité de unos segundos para despejar esos nubarrones oscuros que mi mente ya había comenzado a tejer sobre mi hermana, creyendo que ya tenía algo malo.

—¿Rachel está embarazada? —Nessie reaccionó antes que yo y habló con una alegría desbordante—. ¡Es genial! —exclamó con una risa, soltándose para abalanzarse hacia Paul en un abrazo—. ¡Enhorabuena, Paul!

—Gracias —sonrió él, orgulloso.

—Vaya, qué susto me habéis dado —reí, aliviado—. Así que embarazada, ¿eh? Bueno, enhorabuena, tío.

—Gracias —volvió a sonreír—. Y vosotros también. Enhorabuena, vais a ser tíos.

Los chicos sonrieron y yo recibí alguna palmada en el brazo que otra.

Paul y yo nos dimos un abrazo cuando Nessie nos dejó vía libre, y también nos palmeamos la espalda con entusiasmo. Aunque, bueno, eso de pensar en un mini Paul dándome la brasa...

Me despegué de él y volví a coger a mi chica de la mano.

—Qué guay, vamos a ser tíos —rió ella.

—Ya somos tíos —le recordé.

—Sí, bueno, pero esto es diferente —alegó, sonriendo sin parar—. Me refiero a que a los otros sobrinos no les vemos nunca, bueno, a decir verdad, yo solamente les he visto dos veces en mi vida: en la boda de Paul y Rachel, y en la nuestra. En cambio a este prácticamente le vamos a ver nacer, le tendremos en los brazos, jugaremos con él, le veremos crecer y le conoceremos más a fondo.

Su cara llena de ilusión hizo que el chisporroteo de mi estómago saltase sin control, ilusionándome a mí también, aunque por otro motivo un poco diferente. Sí, bueno, vale, ella quería esperar y yo estaba de acuerdo, teníamos muchos años por delante y los dos queríamos disfrutar de lo nuestro a solas una temporada larga. Pero no podía negar que el imaginármela con el vientre abultado por llevar un bebé mío, nuestro bebé, hacía que babease sin control. Vale, vale, está bien, quería disfrutar de ella a solas unos cuantos años, pero tenía que reconocerlo, no me importaría nada que ella se quedase embarazada ahora mismo, pero nada de nada, vamos, sería el hombre más feliz del universo entero.

Nessie se dio cuenta de mi mirada de idiota atontado y no pudo evitar sonrojarse algo. También percibí cómo su corazón se aceleraba un poco, eso hizo que el mío pegase un salto, ilusionado, para acompañar al suyo.

—Y vosotros sois sus padrinos —le dijo Seth, sonriendo de oreja a oreja.

—Sí, es verdad, somos sus padrinos —volvió a reír Nessie con esa alegría de antes—. ¿Y de cuánto está? —inquirió.

—De dos meses y medio —reveló Paul, volviendo a mirarme con cautela.

—¿Y por qué no nos lo dijisteis antes? —le regañé un poco.

—Porque ella misma no se dio cuenta de que estaba embarazada hasta que no pasó un mes —empezó a explicar—. Se quedó en estado justo después de su último periodo, por eso tardó tanto en saberlo. Hasta que no vio que tenía un retraso en el siguiente, no lo supimos. Y cuando lo descubrimos, tú te marchaste con Nessie a esa montaña de Canadá y os casasteis y os fuisteis de luna de miel, etcétera, etcétera, así que hasta ahora no he podido decíroslo.

Hice una mueca que decía claramente: *es verdad*, porque tenía razón.

Entonces, caí en una cosa.

—Oye, estoy pensando que tal vez deberías regresar a casa, ya sabes, para estar con Rachel —le dije, siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Los primeros meses del embarazo son los peores, ¿no? Ella se disgustará mucho con esto, se preocupará...

—Sabía que no tenía que decírtelo hasta que todo esto se terminase —me interrumpió con un quejido—. No me digas estas cosas, sabes que ella es lo primero para mí y que lo dejaría todo atrás para irme a su lado —cogió aire y lo soltó en un suspiro largo—. Pero también quiero ayudar a la manada —afirmó con determinación—, y si me dices esto, me pondrás las cosas más difíciles.

—Ya os dije antes que el que se quiera ir es libre de hacerlo.

—Para mí es un honor ayudar al Gran Lobo —declaró con más determinación y esa respetabilidad que me sacaba de quicio.

Oh, no, ya empezábamos con todo ese rollo del respeto. Lo mejor era cortar esto de raíz, antes de que se pusiera a hacerme reverencias o algo.

—Vale, vale, chico, perdona —me disculpé—. Tú sabrás.

Asintió y dio el tema por zanjado.

—Tendrás que pedirle a ese Aro que nos deje llamar por teléfono —intervino Sam, haciendo que nos acordásemos del por qué de toda esta conversación.

—Sí, no te preocupes, se lo pediré —le aseguré.

—Y no podremos bajar la guardia en ningún momento —siguió—. Tendremos que tener mucho cuidado, estar preparados, esto podría ser una trampa para atraparte o matarte.

Noté cómo los dedos de Nessie se agarrotaban entre los míos. Apreté su mano para infundirle confianza.

—Lo sé. Llamaré a Leah para que venga con más gente —resolví en voz alta—. La otra vez me echó una buena bronca por dejarla en La Push y hacer que se perdiera la fiesta, así que esta vez será mejor que venga.

—Mejor, así os pondrá al hilo a todos —afirmó Nessie con una risilla.

—Ni que lo digas —resopló Quil.

En ese momento, alguien picó a la puerta. Todos nos giramos para mirar y vimos cómo la misma se abría y el pelirrojo se dejaba ver por allí.

—Aro os reclama para seguir con la reunión —nos anunció.

—¿Nos... *reclama*? —resaltó Jared con desagrado.

—Venga, vamos —le quité importancia, dándole un pequeño codazo para que se moviese mientras yo tiraba de Nessie y ya echaba a andar.

Salimos de esa sala, siguiendo al pelirrojo, y nos volvimos a meter en el agujero privado de los Vulturis, donde continuaban estando el resto de los Cullen y todos los chupasangres de antes. Nos colocamos junto a los primeros, mis hermanos sin dejar esas poses de alerta e incomodidad, y Aro reanudó la reunión.

Tuvimos un intenso debate sobre estrategias donde lo primordial para nosotros era la seguridad de Bella y el resto, y para esos asquerosos decrépitos era ganar a toda costa, aunque no duró mucho. Según ese chiflado de Aro, conmigo la batalla era pan comido. Lo único que tenía que hacer era anular la barrera de Bella y los dones de nuestros contrincantes. Sabíamos que Bella, Edward, Alice y Jasper iban a estar en manos de Vladimir y Stefan, muy cerca de ellos, más bien pegados, ya que lo más probable es que estos se cubrieran las espaldas con ellos, así que seguramente no podía usar mi poder espiritual tan a la ligera. Y ahí es donde entraba la guardia de los Vulturis, los demás Cullen y mis lobos. Eso suponía que también habría una batalla física, cosa que a Nessie no le gustó nada, y a mí tampoco, por ella. No quería que luchase, era demasiado peligroso, aunque Aro insistía en la ventaja que teníamos por

el factor sorpresa. Según ese tarado, Vladimir y Stefan nunca se esperarían ver a los lobos por allí. En fin, ya veríamos.

—Bueno, a mi parecer, ya ha quedado todo muy claro —habló Aro, mostrando una estúpida sonrisita de satisfacción—. ¿Alguien tiene alguna duda o pregunta? ¿Algo más que aportar?

No sé por qué me daba que esto no solía preguntarlo mucho.

—Sí —hablé yo—. Necesitamos un teléfono para llamar a casa y avisar al resto de mi manada.

—Lo tendréis —accedió él—. Jane os llevará a un teléfono ahora mismo.

—Vale —asentí.

—¿Algo más? —inquirió, alzando esas cejas para mirarnos con expectación.

Nadie dijo ni mu.

—Bien, entonces que Jane os muestre vuestras alcobas —dijo, haciéndole un sutil gesto con la mano a la rubia canija para que ésta se adelantase en esa especie de formación de la guardia—. Algunas las hemos preparado para vosotros —afirmó, dirigiéndose a mis hermanos, a mí y a Nessie—. Como comprenderéis, en esta morada nadie duerme, es por eso que hemos tenido que arreglar las camas con urgencia, pero ya está todo listo.

—Espero que la nuestra sea bien grande —espetó Nessie, alzando la barbilla con exigencia.

La rubia canija osciló sus pupilas para mirarla de reojo con desagrado pleno.

—Por supuesto, mi preciosa Renesmee —peloteó Aro—. Todas son muy amplias, hemos reparado en esa altura de la que gozan mis queridos metamorfos y os hemos dejado las habitaciones que tienen las camas más grandes.

—No lo decía por eso. Lo decía porque mi marido y yo necesitamos mucho espacio para movernos. Bueno, tú ya me entiendes —soltó como si tal cosa, eso sí, dedicándole una miradita y una sonrisita a la Pitufina mientras Cayo resoplaba algo por lo bajo con ese semblante arrugado en enfado.

La canija estuvo a punto de romper sus muelas, pero a Emmett se le escapó una sonrisa de oreja a oreja que tenía más de socarrona que de alegre. Yo también sonreí, la verdad.

—Oh. Claro, desde luego, ya lo he tenido en cuenta. Yo también fui un recién casado una vez —sonrió el Vulturis tarado, juntando las manos—. Me he asegurado de que la cama que se ha escogido para vosotros sea muy amplia, no obstante, si no os parece lo suficientemente grande, sólo tenéis que comunicármelo y os cambiarán de dormitorio en el acto.

Nessie asintió y le dedicó otra mirada a la rubia enana, la cual entrecerró los ojos para observarla con rabia clara.

—Qué amabilidad —murmuré con acidez y desconfianza.

—Es lo mínimo que puedo hacer —manifestó ese chiflado—. Os he arrancado de vuestro hogar recién llegados de la luna de miel, y eso me perturba enormemente, créeme —sí, seguro—. No hay nada que me guste más, que ver a una pareja feliz.

¡Ja! Eso lo dudaba...

La Pitufina seguía mirando a Nessie con cara de malas pulgas. Ya estaba empezando a mosquearme de vedad, hasta que Aro se dirigió a ella, entonces su vista se centró súbitamente en él.

—Jane, querida, llévales hasta sus habitaciones.

—Sí, maestro —asintió ella con obediencia plena.

—Ah, por cierto —dijo de pronto, antes de que nos diese tiempo a levantar el pie del suelo—. No os preocupéis por la cena, a vosotros se os llevará comida humana a vuestras alcobas —nos anunció a mis hermanos y a mí. Mira tú qué bien, como en un hotel; el hotel de los horrores, claro. Luego, se dirigió a Nessie—. Y tú, mi hermosa flor, ¿deseas lo mismo?

—Sí, yo tomaré comida humana.

—Muy bien —su asqueroso semblante de papel cebolla se giró sutilmente para mirar a Doc—. Mi querido Carlisle, no sé qué ofreceréis a vosotros. Os invitaría a *cenar* con nosotros más tarde, pero...

Maldito. Y lo decía tan tranquilo. A saber a cuánta gente inocente iban a asesinar después. No fui el único que rechinó los dientes, los ocho miembros de mi manada que estaban allí y Nessie, lo hicieron connigo al unísono. Esto iba a ser más duro de lo que creíamos.

—No te preocupes —le cortó el doctor—. Nosotros nos las arreglaremos por aquí fuera.

Los finos labios del Vulturis se fruncieron tanto, que apenas se deslumbraba una línea, adoptando junto con sus cejas una expresión de lástima que me daban ganas de borrarle con un puñetazo. Todos los demás chupasangres miraban a los Cullen como si fuesen bichos raros.

—Es una pena —dijo finalmente—. En fin, hay un bosque no muy lejos de aquí, tal vez allí encontréis algo.

—Gracias. Entonces, si nos disculpas —habló Carlisle, haciendo una reverencia con la cabeza a modo de despedida.

Se giró y todos comenzamos a seguirle a él y a la Pitufina.

—Que descanséis —nos dijo ese tarado para los metamorfos.

Sí, aquí seguro.

Como antes, ninguno le contestó. Nos limitamos a ir detrás de la rubia canija, que salió de la sombría habitación y nos condujo por esos pasillos horteros y pijos pero que por lo menos estaban más iluminados.

Nos metió en otra estancia pequeña donde había un teléfono y esperó afuera mientras nosotros hacíamos las pertinentes llamadas. Después, salimos nosotros mismos para que siguiera dirigiéndonos a las habitaciones de ese peculiar hotel de los horrores.

Pasamos por otra puerta que daba a lo que parecía ser una zona más reservada en esa locura de sitio. Seguimos caminando por más corredores con el mismo tipo de decoración, sólo que con las alfombras de color vino, y nos fue distribuyendo por distintas habitaciones. Algunas solamente disponían de sofás, en esas dejó a los Cullen por parejas, y en otras ya había camas, donde mis hermanos se repartieron. Entonces, cuando nos tocó el turno a Nessie y a mí, la Pitufina siguió andando por el pasillo.

—¿A dónde nos llevas? —quise saber, sin soltar la mano de mi chica en ningún momento.

—Aro ha dispuesto una habitación más... íntima para vosotros —reveló, y al pronunciar *íntima*, la voz le cambió.

Continuamos bastantes metros más y salimos por otra puerta. Esta era la enésima que cruzábamos en este laberinto de pasillos. Anduvimos otro poco y, por fin, la Pitufina se detuvo frente a otra puerta.

Metió la llave para abrirla y dejó la hoja abierta para que pasásemos al interior.

La habitación era bastante grande y disponía de una enorme y antigua cama de madera maciza de color oscuro que tenía una redecilla blanca encima, como esas que se ven en las películas antiguas de reyes y esas cosas. La red estaba anudada arriba, por lo que el camastro tenía una especie de entrada.

—Vuestra habitación —nos anunció con retintín, alzando las llaves para que yo las cogiese.

—Gracias —se adelantó Nessie, cogiéndolas de un pequeño zarpazo.

—Bueno, vamos allá, nena —sonreí, tomándola en brazos como si fuese nuestra luna de miel.

A la rubia canija se le iban a salir los ojos, de la rabia. Se lo tenía merecido, por acosarme. A ver si con esto ya le quedaba claro que yo era sólo y exclusivo de Nessie y me dejaba en paz de una maldita vez. Enana tarada.

Comencé a besar a mi chica con entusiasmo, a la vez que iba entrando en la habitación, y ella correspondió mis besos de muy buena gana, por supuesto, así que ya no le presté ni la más mínima atención a la canija. Era imposible, teniendo lo que tenía delante besándome con ese fervor.

Le di un talonazo a la puerta y escuché el *blam* del portazo a mis espaldas.

NO TE IMAGINAS LO DESESPERANTE QUE ES LA ESPERA

Dejé a Nessie en el suelo, sin dejar de besarnos en ningún momento, y ella enseguida acomodó sus brazos alrededor de mi cuello para arrimarme su cuerpazo. Mis manos no pudieron evitar aferrarse a su cintura para pegarla más a mí mientras nuestros labios se comían mutuamente.

Dios, este no era ni el sitio ni el momento más adecuado para esto, lo sé, pero ninguno de los dos podía parar ya.

Cuando quisimos darnos cuenta, la energía que fluía a nuestro alrededor comenzó a volverse loca y nuestras bocas jadeaban incesantemente entre todos esos besos consecutivos, incesantes, besos que pasaron a ser más y más apasionados, hasta que ya rozaron la locura. Entonces, nuestras lenguas pasaron a formar parte de ese juego, saboreándose la una a la otra con fervor.

¡Uf! La cosa estaba que ardía.

Le quité la chaqueta hacia atrás, ayudado por sus impacientes brazos, los cuales regresaron a mis hombros y a mi nuca para acariciarme con ansia, y empecé a desabrocharle esa blusa de color azul marino que se le ceñía tan bien a ese escultural pecho que ya me moría por probar.

No llevaba ni cuatro botones, cuando alguien picó a la puerta con unos toques fuertes y contundentes.

Ambos despegamos nuestras bocas, sobresaltados, aunque nuestros bronquios seguían agitados y nuestras frentes juntas.

—Mierda, ¿quién será? —mascullé, girando levemente mi careto hacia la puerta y haciendo que la frente de Nessie pasase a apoyarse en mi sien.

Los golpetazos volvieron a sonar.

—¿Quién es? —pregunté, malhumorado.

La puerta se abrió y la rubia canija apareció tras ella. Automáticamente, Nessie se agarrotó y clavó sus dedos en mi piel para que no me separase de ella. Los ojos de la Pitufina casi se salen de su sitio cuando nos vio.

—¿Se puede saber qué quieres? —inquirió Nessie, enfadada.

—Como tú pediste, vengo a quitarle los grilletes y el collar —anunció, alzando la barbilla con arrogancia.

Resoplé al escuchar la palabra *collar*, porque la pronunció con un matiz que no me hizo ni pizca de gracia.

—Pues dame la llave, ya se lo quito yo —dijo mi chica, despegándose de mí para acercarse a ella.

—Mis órdenes son que se lo tengo que quitar yo —respondió la canija con petulancia, aprovechando esa separación para esquivarla rápidamente con el fin de colocarse frente a mí.

Oh, oh. Eso no le iba a gustar nada a Nessie. Y, efectivamente, mi chica corrió como un bólido para interponerse antes de que a mí me diese tiempo a abrir la boca.

—No te atrevas a tocarle —masculló, apretando los dientes con ira contenida.

—Para quitárselo, tengo que tocarle —contestó la Pitufina, entrecerrando esos ojos rojos de rata.

Las muelas de Nessie no se resquebrajaron de milagro, pero sus manos ya empezaron a ser presas de ese conocido temblequeo.

Esto no me gustaba ni un pelo. Esta arpía podía hacerle mucho daño si se cabreaba, y, encima, yo no me podía transformar para protegerla. No hasta que no me deshiciera de este incómodo cordón. Lo mejor era dejar que me quitase todo esto, cuanto antes lo hiciera, antes se piraría de aquí. Eso evitaría un más que posible enfrentamiento.

—Está bien —accedí yo, rabiado. Agarré a Nessie por los brazos con delicadeza y le di la vuelta para que me mirase. Así lo hizo. Clavé mis ojos en los suyos, que correspondieron del mismo modo—. Escucha, cielo, no va a pasar nada, ¿vale? —le calmé, hablándole entre murmullos—. Me quitaré esto y se largará de una vez.

Nessie se quedó en silencio dos segundos, observándome no muy conforme. Pero finalmente suspiró y accedió.

—Eso espero —sentenció, llevando sus preciosos ojazos hacia la Pitufina para clavárselos con advertencia.

Esta situación no me gustaba, por supuesto, pero tenía que reconocer que Nessie estaba realmente sexy cuando se ponía celosa.

Suspiré y me puse a su lado, alzando las muñecas, boca arriba, para que la rubia canija me quitara los grilletes.

Nessie se inclinó un poco, a la defensiva, y la Pitufina sonrió con arrogancia.

—Venga, ¿a qué demonios esperas? Quitame esto de una maldita vez —protesté, hundiendo el ceño sobre los ojos.

Mis palabras parecieron surtir algo de efecto en ella, que me miró con tirantez, y metió la pequeña llave en el cerrojo de cada grillete para abrirlos. Antes de que sus asquerosas manos llegaran a mis muñecas, las aparté y yo mismo me los quité, tirándolos sobre un estrecho escritorio de madera maciza que hacía juego con el camastro. El sonido metálico del golpe disimuló algo su rabia, aunque pronto ese frío semblante pálido se transformó en otro de seguridad que no me gustó nada. Y a Nessie tampoco, ya que se agachó otro poco más.

—A ver qué vas a intentar —masculló, otra vez apretando los dientes.

—Tengo que quitarle el collar —afirmó la rubia canija, elevando su labio hacia arriba.

Podía sentir cómo la ira se iba apoderando de mi mujer como un rayo.

—Pues date prisa —le exigí yo.

Sin borrar esa estúpida sonrisa de la cara, alzó los brazos y llevó sus congeladas manos hacia mi cuello. Tuve que agacharme un poco para que esa serpiente llegase. Noté el tacto de sus gélidas y grimosas yemas cuando le dio la vuelta al cordón para buscar el cierre. Vale, genial, Nessie estaba a punto de explotar. Metió la minúscula llave en lo que parecía ser una abertura y, por fin, abrió ese dichoso cordón metálico.

Pero, entonces, cuando ya estaba levantando mis manos para quitarme dicho cordón, ella lo retiró, acariciando mi piel a su paso con esos dedos de hielo.

No le dio tiempo a más, y a mí tampoco, la verdad.

—¡Te he dicho que no le toques! —gritó Nessie de repente, empujándola con las dos manos, furiosa.

Lo estaba tanto y la fuerza de su embuste fue tal, que los pies de la Pitufina se vieron obligados a dar unos pasos hacia atrás para no caerse de espaldas. Y eso que Nessie fue capaz de controlarse y no se había transformado. Pero ahí no acabó la cosa. Cuando la rubia canija se irguió súbitamente, frunciendo el ceño hasta abajo mientras machacaba las muelas con rabia, y se fue hacia delante de nuevo para encararse con ella, Nessie le arreó un bofetón en todo el careto que se notaba que le había salido de lo más profundo del alma y que hizo que la cabeza de la enana se ladeara, para gran estupefacción de la golpeada y mía. Sí, me quedé con la boca colgando, sinceramente. El sonido del impacto de su mano contra la pétreo mejilla de la vampiro, resonó en toda la habitación, creo que incluso en parte del pasillo.

Pero la Pitufina se dio la vuelta velozmente y entornó sus ojos con más que odio, preparándose para atacarla sin cuartel.

—¡NO! —voceé, lanzándome sobre ella con cólera.

No sé cómo lo hice, pero mi mano se aferró a su delgado cuello de niña pequeña y la estampé contra la pared, apresándola de ese modo contra el paramento.

Sus ojos rabiosos oscilaron para clavarse en los míos, sin embargo, no me torturó. Se quedó pegada a la pared, sin resistirse ni oponerse a mi apresamiento, sonriéndome con una repugnante sonrisa de placer que a punto estuvo de hacerme vomitar. Nessie se dio cuenta de esto también y se acercó como una bala.

—¡Deja de mirar así a mi marido, te lo advierto! —le chilló, lanzándose a ella.

Interpuse mi brazo y Nessie se quedó clavada en el sitio.

La rubia canija la observó, entrecerrando los ojos otra vez, aunque sin borrar esa sonrisa de la cara.

—Si siente un solo hormiguelo, juro que te mataré aquí mismo —le advertí, lleno de odio.

Sus ojos se movieron hacia los míos de nuevo.

—Antes te atacaría yo a ti —afirmó con encopetamiento.

—Ahora puedo transformarme, y si eso ocurre, te arrancaré la cabeza de una sola dentellada sin que tú puedas hacer nada para impedirlo —aseguré con voz ronca, clavándole una mirada extremadamente agresiva y amenazadora.

Su repulsiva sonrisa se esfumó de sopetón.

—La guardia...

—Me importa una mierda la guardia y toda la chusma que se mueve por aquí —gruñí, cortando su alegación—. Puedo deshacerme de todos, incluidos tus queridos Vulturis, sin moverme del sitio. Jamás olvides eso.

Su tenso semblante infantil se quedó observándome con rabia y resignación durante un rato, pero ya no dijo nada más.

Mi mano se aflojó y la solté.

—Ahora pírate de aquí y no vuelvas a interrumpirnos —concluí, sin apartar mi amenazadora vista de ella.

La rubia enana volvió a curvar su labio con arrogancia, despegó su espalda de la pared y se marchó de la habitación, dedicándole una última mirada a Nessie, la cual gruñó entre dientes.

En cuanto la puerta se cerró, mi chica comenzó un paseillo nervioso por el dormitorio mientras su mano se metía por el pelo que nacía de su frente.

—Vamos, cielo, no te enfades —le pedí, acercándome a ella.

Sus pies se plantaron delante de mí, me clavó esos ojazos, que ahora estaban enojados, y me puso la mano en la cara, seguramente para que la Pitufina no escuchase nada.

Las imágenes comenzaron a discernirse y se mostraron rápidas y confusas, cambiando de unas a otras sin control y con rabia, empezando por cuando había detectado el olor de esa *arpía furcia*, como ella la llamaba en su mente, en mi piel hasta las escenas que acababan de acontecer ahora mismo. Todo iba y venía súbitamente y con un sentimiento de fondo que me delataba a las claras lo enfadada que estaba. El asqueroso olor de la rubia canija volvió a tener su acto de presencia en las imágenes y se mezclaron con otros pensamientos en los que mi chica suponía lo que la Pitufina me había hecho. Y suponía bien, claro, sus suposiciones no distaban nada de lo que había pasado. Abrí mi pico para contestarle, en un intento de calmarla, pero Nessie pasó rápidamente a otra escena. Esa en la que yo tenía acorralada a la Pitufina en la pared e interponía mi brazo para que ella no se abalanzase sobre ésta. La rabia tiñó todas las imágenes.

—Venga, preciosa, lo hice para protegerte —me defendí, hablándole con un cuchicheo para que los chupasangres que seguro había alrededor vigilándonos oyesen lo menos posible.

Otras imágenes comenzaron a emerger. En estas salía ella en su estado de casi vampiro completo dándole una verdadera paliza a la canija.

—Sabes que eso no hubiera ocurrido así.

Ahora salía la Pitufina electrizándole con sus rayos x.

—Exacto.

Retiró la mano de mi mejilla y miró a un lado, aún enfadada. Suspiró, volvió su hermoso rostro hacia mí otra vez, frunciendo ese adorable ceño, y pegó su mano a mi cara una vez más.

Entonces, me mostró cómo le había molestado que la rubia canija me hubiese tocado, pero pude percibir que le había molestado más el no poder *vengarlo*.

Dejó mi rostro de nuevo y se dio la vuelta, cruzándose de brazos y dándole la espalda para mirar a la pared.

—Vamos, no te enfades conmigo —le imploré entre murmullos, acercándome a ella por detrás. Apoyé las manos en la pared, de modo que ella quedó en el hueco de entre mis brazos—. Te repito que lo hice para protegerte. Ya sé que eres muy fuerte cuando te transformas y que sabes mucho de lucha y de defensa personal, pero esa chupasangres puede acribillar a cualquiera con una sola mirada, ¿entiendes? No es por ti, es que ella es muy poderosa. Incluso puede freírme a mí cuando estoy en mi forma humana.

Ya lo había comprobado, por desgracia.

Nessie suspiró, aunque, esta vez, más tranquila.

Aproveché para pegarme a ella del todo. Retiré su cabello para despejar un lado de su cuello, llevándoselo hacia su otro hombro. Pude sentir cómo se estremecía sólo con ese roce de mis dedos. Apoyé la mano de nuevo en la pared, llevé mi frente a su sien y le susurré al oído, haciendo que su respiración y su corazón empezasen a cambiar de ritmo.

—No tienes que vengarte de nada, porque esa canija jamás podrá tocarme otra vez, te lo prometo —posé mis labios en su oreja y seguí susurrándole al oído. Sus brazos se fueron desanudando poco a poco hasta que cayeron a ambos lados, sus párpados se cerraron y su respiración empezó a transformarse en suaves jadeos con cada palabra que mi boca exhalaba—. Sabes que mi piel solamente te pertenece a ti, nena. Cada milímetro, cada poro, te pertenece a ti. Sabes que yo soy sólo tuyo, y lo seré eternamente.

Giró su rostro lentamente, uniendo nuestras frentes, y volvió la mitad de su cuerpo para llegar mejor a mí.

—No es de ti de quien desconfío —afirmó con otro susurro, rozando mis labios con los suyos.

—Lo sé. Pero confía en mí, te prometo que no volverá a posar ni uno de sus dedos en mi piel —juré con un bajo murmullo, que fue lo único que conseguí que mi garganta emitiera.

Ambos unimos nuestros labios del todo y comenzamos a besarnos con efusividad. Nessie se dio la vuelta completamente y rodeó mi cuello con sus brazos a la vez que yo lo hacía con su cintura para pegarla a mí.

La temperatura ya empezaba a subir hasta arriba, pero estaba claro que aquí no podíamos hacer nada de nada. Apeataba a chupasangres por todos sitios, tanto, que ese ácido asqueroso se te metía por la nariz y resultaba insoportable, y era evidente que teníamos vigilancia en los pasillos, una vigilancia que era constante y que, encima, podía escuchar hasta el más mínimo movimiento. Maldita sea. No es que a estas alturas de la vida fuésemos vergonzosos, y estábamos casados, así que podíamos hacer lo que nos diese la gana, por supuesto, pero eso de tener *oyentes* resultaba de lo más incómodo. Además, la situación no era la más adecuada, y los dos estábamos demasiado preocupados por Bella y el resto como para poder olvidarnos de ellos, nos sentíamos un poco culpables por disfrutar de esto. Bueno, vale, no teníamos ninguna culpa y tampoco arreglábamos nada por no hacer el amor, pero ese absurdo o lógico sentimiento se hizo notar y ambos terminamos soltando nuestras bocas. Eso sí, nos costó lo nuestro, como siempre, porque seguíamos deseándonos con toda el alma.

Después de recuperar el aire, conseguí hablar.

—Mierda —mascullé, frotando su frente con la mía.

—Lo sé —asintió ella, haciéndose eco de todos mis pensamientos para compartir la misma opinión—. Yo también me siento igual.

Ambos suspiramos.

—No nos queda más remedio que esperar en este agujero —suspiré de nuevo—. ¿Qué te parece si nos tiramos en esa cama un rato? —le propuse, subiendo mis manos hasta su rostro para acariciárselo.

—Vale —sonrió.

Nos dimos un beso corto y nos separamos, cogiéndonos de la mano. Nos dirigimos a ese camastro y, entonces, se me ocurrió una idea, así que me detuve a los pies del mismo.

—Espera —dije, soltando su mano momentáneamente.

Y la llevé junto con la otra hacia el lazo que sujetaba la redecilla en lo alto de la cama.

—¿Qué haces? —rió.

—Así tendremos más intimidad —afirmé mientras ya lo desataba y dejaba caer esa cortina blanca.

—¿Aquí? —volvió a reír.

—Sí, ahí dentro tendremos más intimidad, ¿vale? —insistí con una sonrisa, agarrando su mano de nuevo para que se viniera conmigo al interior de ese espacio imaginariamente cerrado a cal y canto.

—Vale, si tú lo dices... —aceptó mi ocurrencia, soltando una risilla.

Abrí esa cortina y me arrastré por el colchón, tirando de ella. Me tumbé en la cama, boca arriba, y ella hizo lo mismo, acomodándose en mi costado mientras yo ya levantaba el brazo para rodear su hombro. Le di un beso en la frente y ella apoyó su mejilla en mi pecho a la vez que sus dedos comenzaban a desfilar por todo mi torso, jugando con las formas del mismo. Eso me ponía todo el vello de punta.

Ahora estábamos *a solas* en ese pequeño e íntimo habitáculo delimitado por la gasa de la cortina, que lo rodeaba todo, y el colchón de ese enorme camastro. Éste era bastante cómodo, la verdad, aunqueapestaba a chupasangres por todas partes.

Nos quedamos un rato en silencio, en el que mis dedos comenzaron a meterse entre su preciosa melena para peinarla, hasta que, de pronto, a Nessie se le escapó otra risita.

—¿Qué pasa? —le pregunté, bajando mi rostro para mirarla con una curva dibujada en mi boca; ésta se había contagiado con su risa.

—Me estoy acordando de la cara que puso esa canija cuando le arree ese bofetón —y se rió con más malicia.

No pude evitar reírme yo también al recordarla.

—Sí, la verdad es que le arreaste una buena bofetada —sonreí, mirando al techo de nuevo.

—Se la tenía bien merecida —afirmó, apretándose más contra mi cuerpo.

—Se quedó a cuadros —reí otra vez.

—Sí —coincidió, acompañando mi risa.

Se hizo otro mutismo que sirvió para que termináramos de reírnos. Luego, me fijé en esa mano que acariciaba mi pecho con esa delicadeza y dulzura que me volvía loco.

—¿Te has hecho daño en la mano? —quise saber, cogiéndosela para examinarla.

—Un poco —reconoció, aunque curvando sus labios hacia arriba con satisfacción—. Pero ha merecido la pena.

Entrelacé sus dedos con los míos y la llevé a mis labios para que la besasen. Después, bajé el rostro para dejar que mis pupilas se enganchasen a las suyas, que ya me estaban observando cuando ella había alzado su hermoso rostro.

—¿Mejor? —susurré, pues es lo único que me salía al perderme en sus preciosos ojos angelicales.

Sí, lo eran. Ella era un ángel.

Nessie parecía sentir lo mismo.

—Sí, mucho mejor —susurró también, anonadada.

Se incorporó un poco más, medio apoyándose en mi torso, y, sin dejar de mirarme a los ojos, soltó mi mano. Comenzó a pasar sus sedosos y cálidos dedos por mi rostro, que la miraba completamente embobado, reflejando sin tapujo alguno lo que me hacían sentir sus yemas. Deslizó esos dedos por mi frente, pasando por mi sien, y los llevó hasta mi mejilla. Todas sus caricias me volvían loco, el hormigueo de mi estómago era tan intenso, que a punto estaba de hacerlo estallar, de la emoción.

—Estaba muy preocupada por ti —susurró, sin que sus ojazos se despegasen de los míos.

Necesité de unos segundos para volver al planeta Tierra.

—Y yo por ti —confesé con un frágil murmullo.

—¿Por mí?

—Sabía que estarías muy preocupada. Y tampoco sabía si os habían cogido a vosotros también.

—Pues ya has visto que no —me sonrió con esa dulzura suya, aunque acto seguido esa sonrisa se desvaneció—. Pero sí que estaba muy preocupada.

—Ahora ya estamos juntos —le tranquilicé, peinando su cabello—. Y nadie va a volver a separarnos.

—No lo han hecho para separarnos —declaró, sin dejar de acariciar mi rostro—. Eso sólo fue una consecuencia de su plan que ya tenían en cuenta.

—¿Cómo? —inquirí sin comprender.

—Cuando te cogieron en el bosque, mi pulsera no vibró —reveló con un murmullo.

—¿Es que ha dejado de funcionar? —pregunté, extrañado.

—No, tranquilo, funciona perfectamente —aseguró, y su rostro se torció en una mueca de enfado—. Funcionó muy bien cuando esa canija

te acosó. No dejó de vibrar en ningún momento. Y cuando está ella, no para —resopló.

—Entonces funciona bien, sí —afirmé.

Suspiró para pasar al tema de antes.

—Le he dado muchas vueltas durante el viaje hasta aquí y he llegado a la conclusión de que te atraparon sabiendo que yo y mi familia vendríamos corriendo a buscarte. Te querían a ti, por supuesto, pero también a nosotros.

—¿Estás diciendo que yo solamente fui un cebo?

—No. El que más les interesa eres tú, claro, eres demasiado poderoso, pero nosotros también podemos serles útiles, supongo —explicó.

—Sí, así pueden manejarme mejor, claro —caí, confiriéndole a mi tono un poquito de acidez—. Saben que yo haría cualquier cosa por ti, pero también que no dejaría que le hiciesen daño a ningún miembro de tu familia.

Me rechinaron los dientes. Ahora veía las cosas más claras. Y tendría que tener mil ojos para con Nessie, los Cullen que estaban aquí y mis lobos. Esos viejos decrépitos y pasados de rosca no tendrían ningún reparo en utilizar a cualquiera de ellos para chantajearme o sobornarme, y eso no lo permitiría jamás, sobretodo con Nessie.

—No sé si sería por eso, pero podría ser —coincidió, llevando sus dedos a mi frente de nuevo.

—No dejaré que te utilicen ni te hagan daño —afirmé, mirándole a los ojos con determinación—. Escucha, en esa batalla no quiero que te separes de mí en ningún momento, ¿de acuerdo? Quiero que estés a mi vista todo el tiempo, y no quiero que luches.

Sus dedos dejaron de acariciar mi rostro.

—Jake —protestó, frunciendo ese adorable ceño.

—Quiero que te defiendas si alguien te ataca, aunque yo estaré pendiente de ti todo el tiempo y eso no sucederá —seguí—. Pero no quiero que tú te lances a por ningún chupasangres, es demasiado peligroso.

—No puedes estar pendiente de mí todo el tiempo —rebatí—, eso te haría bajar la guardia. Y yo sé manejarme bien, confía en mí.

—Ya, ya sé que sabes luchar bien, no estoy dudando de tus habilidades.

—¿Ah, no? Pues eso parece —y sus finas y perfectas cejas bajaron más.

—No, claro que no. Sé que eres muy buena —reconocí—. Es sólo que..., bueno, tengo que protegerte, ¿entiendes? Eso de que una de esas sanguijuelas pueda herirte, me pone enfermo.

—Yo siento la misma pulsión que tú, no lo olvides —alegó, ahora levantando sus cejas. Entonces, sus dedos volvieron a pasar por mi frente y su voz volvió a sonar dulce—. Yo tampoco soporto que pueda pasarte nada, pero confío en ti, confío en tu fuerza y en tu poder. Y me gustaría que tú hicieras lo mismo conmigo y me dieras un margen de confianza. Además, no soy tonta. No pienso despegarme de ti en ningún momento, estaré bajo tu protección continuamente.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que no te separarás de mí?

—Te lo prometo —asintió, ya con una sonrisilla triunfal.

Genial. ¿Por qué siempre conseguía convencerme?

Suspiré, rindiéndome a lo inevitable.

—Gracias —sonrió otra vez, acercando su rostro para darme un beso corto.

—Sólo defenderte —maticé.

—Sí, solamente lucharé para defenderme —y su sonrisa se amplió.

—Eres demasiado rápida para mí —reí—. Siempre consigues manejarme.

—Armas de mujer.

—Sí, debe ser eso —admití, riéndome de nuevo.

Ambos nos reímos, aunque su sonrisa se esfumó pronto. Me clavó esos ojazos de nuevo y me habló entre susurros.

—Yo tampoco quiero que te pase nada —dijo, rozando sus yemas por mi mejilla—. Eres lo que más me importa del mundo.

Sus dedos descendieron y llegaron a mis labios. Deslizó sus yemas por mi boca con suavidad, poniéndome todo el vello de punta. Me erguí levemente y sujeté su espalda para ayudarla a invertir nuestra postura, de modo que ella se quedó boca abajo y yo me recosté a su lado, un poco sobre su cuerpo. Su respiración empezó a agitarse cuando llevé mis labios a su oído.

—Que quowle... —susurré.

Su boca soltó un suave jadeo al sentir mis cálidas palabras en su oído y sus manos se instalaron en mi espalda.

Repasé su oreja con mi lengua, lentamente, y después lo hice con su lóbulo, mordiéndolo con suavidad. Sus jadeos subieron de tono y sus manos comenzaron a recorrer mi piel. Yo también me estremecía con sus

caricias, con esa respiración. Dejé su lóbulo y pasé a reptar por su cuello, rozándolo con mis labios, besándolo con delicadeza.

—Jake... —jadeó, aferrando sus dedos a mi pelo.

Mi boca también respiraba frenéticamente, pero la contuve lo suficiente para que no se dejara llevar demasiado y conseguí que siguiera acariciando la sedosa piel de su cuello con calma. Alzó la barbilla cuando la llevé por su garganta. La deslicé suavemente, recorriendo ese tramo, y Nessie volvió a bajar su rostro al pasar a besar su mandíbula. Ascendí otro poco y llegué a sus labios, que me recibieron con efusividad.

Madre mía, esto ya se estaba calentando otra vez.

Los jadeos subieron de tono y nuestras bocas empezaron a entrelazarse con más pasión, dejándose llevar por esa energía electrizante que ya nos rodeaba sin remedio. Pero, maldita sea, esa minúscula parte de mí que todavía no se había vuelto irracional del todo no podía dejar de acordarse de que nos encontrábamos en este hotel de los horrores, de la situación que hacía que siguiéramos en este antro maloliente, de Bella, Edward, Alice y Jasper, incluso me acordé de Ryam, él seguía encerrado en esa celda. Mierda, mierda, ¡mierda! Y, encima, los Cullen que estaban aquí y mis hermanos estarían preocupados, dándole vueltas a la cabeza sin parar, mientras nosotros estábamos a punto de montárnoslo. Genial, Jake. Me di cuenta de que Nessie estaba pasando por lo mismo que yo en cuanto los dos nos obligamos a parar y despegamos nuestros labios antes de que la cosa ya fuera imparable.

Nuestros ojos se encontraron y su mirada me ratificó lo que había supuesto, aunque ella también sabía lo que yo estaba pensando.

—No puedo quitármelo de la cabeza —se lamentó, aún respirando agitadamente.

—Lo sé, yo tampoco —exhalé, apoyando mi frente en la suya.

Ambos tomamos aire para recuperarnos, aunque tuve que separarme de su cuerpazo para poder centrarme del todo. Me eché boca arriba de nuevo y ella volvió a acomodarse en mi costado. Le di un beso en la frente y nos quedamos callados una vez más. El silencio que quedó era tan mudo, que los oídos parecían haberse taponado para ser sordos completamente. Si no fuera por el ritmo que marcaban nuestros corazones, juraría que me había quedado sordo como una tapia.

—Estoy muy preocupada por mis padres y mis tíos —murmuró Nessie, rompiendo ese mutismo extraño, mientras sus yemas se deslizaban por mi pecho como antes.

—Yo también, pero no te preocupes. Todo saldrá bien —le calmé, pasando los dedos por su pelo de nuevo—. Seguramente estarán mejor de lo que pensamos, saben cuidarse muy bien.

Nessie alzó el rostro y me miró con unos ojos llenos de preocupación que se me clavaron en el corazón.

—¿Y vosotros? No me gusta que vayáis a esa guerra —siguió, con la voz rota—. Ahora Paul debería de estar con Rachel, y Sam ya tiene hijos... Si les pasase algo, yo no podría volver a mirar a sus mujeres a la cara...

—Para —le corté, bajando el rostro para mirarla y poniendo mis dedos sobre esos carnosos labios que me moría por comer—. Ya les has oído, si vienen, es porque quieren. Para ellos es un honor, ¿entiendes? Sería peor que no viniesen, te lo aseguro.

—Pero hay tanta gente en peligro...

—Todo saldrá bien, ya lo verás —murmuré, pasando a acariciar su hermoso rostro—. No quiero que te preocupes tanto, ¿vale? Vamos a rescatar a tus padres y a tus tíos y volveremos pronto a casa.

Sus ojitos se quedaron fijos en los míos durante un instante y luego los cerró para asentir mientras dejaba exhalar un suspiro. Apoyó su cabeza en mi torso otra vez y siguió con esas suaves caricias que hacían que todo el vello de mi cuerpo se volviese loco.

—Echo de menos un poco de normalidad en nuestras vidas —suspiró.

—Sí, yo también —le acompañé.

Y ese silencio sordo se hizo presente otra vez, envolviéndonos en una incómoda burbuja que hacía vacío en nuestros oídos.

Sí, sólo podíamos esperar. Desesperante.

SÍ, VALE, NO SÉ DE QUÉ ME ASUSTO YA, PERO ES QUE ESTO ES DEMASIADO

Esperar cuatro días sin hacer nada, rodeados de apuestos chupasangres por todas partes, no es nada fácil, sinceramente. Y menos para nosotros. No me fue difícil convencer a gran parte de la manada, y Leah se apresuró a venir con más efectivos encantada de la vida, se notaba cuánto le había gustado que contase con ella para la batalla.

Estaba como loca por ascender del todo en la pirámide del grupo. Bueno, para mí los dos eran iguales, por supuesto, pero mientras Sam estuviera, el puesto de segundo al mando era compartido. En realidad, por linaje le correspondía a ella, pero Sam era Sam, era el hermano mayor, seguía siéndolo, al menos para mí. Era mi consejero más fiable, y era el maestro de todos nosotros, así que, ¿cómo iba a relevarle? Vale, sí, él me había repetido mil veces todo ese rollo del linaje y me había dicho que él lo aceptaría con orgullo y honor, típicas palabras suyas. Pero me negué en rotundo. Sam había sido el Alfa, siempre lo había sido hasta que yo me marché por mi cuenta, lo había sido de su manada no hace tanto, cuando pasaron a ser dos en aquel entonces, y se merecía un reconocimiento. También tenía que reconocer que Leah, por mucha fachada que aparentase, era muy benevolente. No sólo había soportado ese pasado con Sam oscuro y amargo que a punto había estado de pudrirnos a todos, sino que, además, había aceptado ese cargo compartido con él sin rechistar, acatando mis órdenes con total lealtad y obediencia. Así que hace tiempo

le prometí que en cuanto él lo dejase, ese puesto sería todo para ella. Se lo merecía, por linaje y por comportamiento. El que yo contase con ella también para esto y no la hubiese dejado en La Push al cuidado y mando de los otros, le demostraba que pensaba cumplir mi promesa. Eso le gustó.

No hizo falta que ellos vinieran hasta la guarida de los Vulturis, habían tenido suerte; Aro me comunicó un sitio cercano al claro donde sería la batalla y quedamos allí con Leah y su grupo, dándoles todas las instrucciones necesarias para que llegasen sin problemas. Eso sí, después de esos cuatro días larguísimos y tediosos, nosotros por fin nos piramos de ese antro maloliente.

Ahora caminábamos en silencio por esos bosques mediterráneos, ni siquiera sabíamos dónde estábamos. Dependiendo de la zona, de si pasábamos por el margen de algún río o lago, nos encontrábamos con álamos, chopos y olmos, y si la zona ya era más árida, nos topábamos con alcornoques, robles y pinos. Eso sí, el árbol por excelencia era la encina, éste estaba por todas partes, ya fueran zonas más húmedas o secas. En cambio, en el sotobosque que nos acompañaba siempre, prevalecía una variedad de arbustos de aspecto leñoso y espinoso que, sin embargo, eran muy aromáticos. Bueno, no entendía mucho de especias, pero los que conseguí distinguir olían a romero y tomillo. Era toda una gozada oler eso después de tener que soportar aquel hedor durante cuatro días. De veras, era horrible, asqueroso, llegue a creer que ese ácido había terminado quemándome la nariz por dentro y que eso afectaría a mi agudo olfato, pero no. Gracias a Dios, pudimos respirar aire fresco, notando todos los matices que nos traía esa brisa cálida, y mis ocho hermanos y yo lo disfrutamos como nunca.

Nessie iba sobre mi lomo, por si acaso. No me fiaba de ningún chupasangres que no fuera alguno de los Cullen, y me sentía más tranquilo llevándola encima de mí, además, nunca se sabía cuando había que echar a correr y, aunque ella era más rápida en su forma de casi vampiro, no quería que se transformase ni gastase energías innecesarias.

Podía notar lo tensa que estaba, por el abrazo de sus piernas y por cómo se aferraba a mi pelaje. Sí, estaba muy preocupada por sus padres y sus tíos, lógicamente, pero también estaba ansiosa por verles, por rescatarlos. Y yo también.

A diferencia de las dos veces que nos las tuvimos que ver con esos viejos decrepitos, esta vez no viajaba todo su séquito. Las aparentemente frágiles esposas de Aro y Cayo se habían quedado en casa, bien

resguardadas, y tampoco nos acompañaba ningún testigo. Esto era una guerra, y las guerras son sucias, están mal vistas, producen un mal efecto.

Para lo anticuadas que parecían, las tres momias correteaban con mucho sigilo, casi parecía que flotaban en el aire. No sé qué parecían, la verdad. Tres espectros de capas negras revoloteando como fantasmas entre la espesura de ese bosque. Menos mal que era de día y todavía había mucha luz, si no, entre la capucha negra y ese trotar levitante, sólo les faltaría la guadaña. Lo hacían a la cabeza de su ejército, cómo no, creando ese abanico cromático con sus estúpidas capas que era más oscuro en el centro, donde se encontraban ellos, y que se iba aclarando hacia los lados, según el grado de la guardia.

Finalmente, esos fósiles permitieron que Ryam nos acompañase. Meditaron bien la idea, porque no lo supimos hasta justo el momento de partir. Eso sí, no fuimos capaces de hacer que lo sacaran de esa mugrienta celda durante estos cuatro días. Malditas alimañas. Yo ya había hablado con él el segundo día para explicarle toda la situación, y me había costado lo mío convencerle para que accediera. Idiota testarudo. El muy borrego no se daba cuenta de que no se trataba de servir a los Vulturis o no, sino de tener una oportunidad de vivir y ser libre. Sí, vale, esto era una mierda, pero lo era para todos, y, ¿qué tenía que perder? Si no se aliaba con esos muertos vivientes, él sí que terminaría muerto del todo, así que por lo menos había que intentar esto, ¿no? En fin, sonaba fatal, pero si los Vulturis lo veían como alguien útil, no se desharían de él. Yo se lo estaba brindando en bandeja, y el muy imbécil seguía erre que erre. Menos mal que al final conseguí convencerle, aunque creo que lo hizo más por ayudar a esos gigantes, que por lo demás. Una ayuda inútil, por otra parte, porque yo dudaba mucho de que esos tuvieran cura.

Total, que parecíamos una tropa extraña que no pegaba ni con cola, aunque los dos grupos íbamos claramente por separado. En un lado del ring, se encontraba el boxeador italiano, con una potente diestra formada por la Pitufina y su hermano el Pitufo, una zurda no menos fuerte, consistente en el resto de su guardia, y una cabeza pensante representada por los espeluznantes padrinos mafiosos llamados Vulturis. Y en el otro lado del ring nos encontrábamos nosotros, una manada de lobos enormes, un gigantón que no sabía luchar y que era un cabezota solitario, una semivampiro preciosa, dulce, espectacular, maravillosa y valiente que se podía transformar en un vampiro casi completo, y cuatro vampiros

liderados por una mente prodigiosa como la de Carlisle. Sí, éramos un grupito de lo más surrealista. Genial, íbamos a dar el cante pero bien.

El sol comenzó a bajar, topándose irremediamente con las montañas que se avistaban desde los montes italianos por los que ya caminábamos. Algunos rayos todavía conseguían escapar de la presa de esas cordilleras rocosas cuando llegamos al sitio acordado para el encuentro con el resto de mi manada. Habíamos estado en contacto mental todo el tiempo desde que Leah y su grupo se habían transformado, así que no nos llevamos ninguna sorpresa al vernos los unos a los otros.

Ya era hora, protestó Leah en cuanto nos paramos frente a ellos.

Si fuéramos solos, no hubierais tenido que esperar tanto, resopló Isaac.

Hola, hermanita, saludó Seth, sacando la lengua a modo de sonrisa.

—Hola, chicos —dijo Nessie, se notaba que con una sonrisa, ajena a toda esta conversación.

—Mis queridos metamorfos —intervino Aro de repente, impidiendo que mis lobos pudieran siquiera asentir a Nessie para corresponderle el saludo—. Os agradezco mucho que colaboréis en esta alianza.

La momia adormilada y la gruñona se quedaron más atrás, junto a su guardia, pero la que sí estaba con Aro era esa tal Renata, que tenía sus dedos sobre la espalda de ese vejestorio falso, creando esa burbuja a su alrededor. No sé para qué la hacía acercarse, ya que yo podía eliminar esa barrera con un solo soplido, si quisiera. Varick, en cambio, permanecía en la fila. Podía erigir su escafandra particular desde allí, supongo, estaba bastante cerca y, bueno, yo podía verla.

—Amo —murmuró Renata con voz temblorosa.

—Tranquila, querida —le contestó él, alzando la mano para hacerle un gesto hacia atrás sin dignarse a mirarla.

Sus repugnantes ojos no se podían despegar de mí y de mi manada, y éstos decían claramente aquellas palabras que Edward nos había revelado en nuestro primer encuentro con estos viejos Vulturis. Todavía resonaban en mi cerebro: *está intrigando con la idea de tener... perros guardianes*.

No pude evitar que me rechinasen los dientes, porque, aunque sólo fuera por esta vez, lo había conseguido. Aunque no fui el único molesto, la gran mayoría de la manada gruñó, mostrándole sus dentaduras a modo de disconformidad absoluta.

—Creo que sería mejor que hiciésemos noche aquí, Aro —intervino Carlisle, oportunamente—. Ellos necesitan descansar.

—Oh, es cierto —se dio cuenta, volviéndose hacia él—. Ya no recordaba que ellos necesitan dormir.

¿Dormir? Con toda esta chusma aquí, imposible.

Los miembros de su guardia se miraron unos a otros, con un tinte burlón y altivo en sus miradas. El vejestorio canoso resopló con cansancio y el adormilado ni se inmutó, como siempre. Imbéciles. Si no fuera por nosotros, todos ellos terminarían reducidos a cenizas.

La enana canija aprovechó nuestro desvío de atención hacia ellos para dedicarnos una mirada despectiva a Nessie y otra arrogante a mí. Pude escuchar el machacamiento de las muelas de mi chica, aunque sus dedos también aferraron mi pelaje con más fuerza.

Ese chino bastardo tampoco desaprovechó la ocasión para sonreírme con burla. Maldito farsante usurpador de identidades, algún día me vengaría por todo. Su estúpida expresión cambió de sopetón al ver ese sentimiento tan claro en mis ojos.

—Estoy seguro que ellos se sentirían más cómodos si vosotros pasaseis la noche un poco más alejados —siguió pidiendo Doc, con esa voz pausada—. No están acostumbrados a la presencia masiva de vampiros.

Sí, muy bien, Carlisle, aprobó Seth.

—Por supuesto, lo comprendo. Como gustéis —accedió Aro sin más contemplaciones, asintiendo a modo de reverencia—. Nos alejaremos un kilómetro exacto, y estaremos aquí al alba.

—De acuerdo. Aquí os esperaremos —aceptó Carlisle con otra reverencia.

Pero, de pronto, alguien totalmente inesperado salió corriendo de entre los árboles, haciendo que todos nos girásemos para mirar, algo sobresaltados.

—¡Ryam! —gritó Helen, sollozando.

Al interpelado casi se le caen los ojos de las cuencas y se quedó completamente inmóvil, de la impresión. No fue el único, todos los presentes, incluida Nessie, necesitamos parpadear varias veces para aclararnos la vista.

Helen llegó a Ryam y se abalanzó a él para abrazarle. Ella apretó su abrazo mientras lloraba en su cuello, y entonces fue cuando él reaccionó y la rodeó con sus brazos.

—¡Helen! —exclamó Nessie.

Me agaché, echándome en el suelo, y ella se bajó de mi lomo con un grácil salto para acercarse a su amiga.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él cuando la separó un poco, cogiéndola por los brazos, con una mezcolanza de alegría, incredulidad y disgusto a la vez, aunque al final ganó esto último.

—Estaba muy preocupada por ti —le contestó ella, secándose las lágrimas.

Nessie llegó junto a ellos y las dos amigas se abrazaron. Yo me coloqué a su lado en un plis.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre venir? —le reprendió mi chica con un cuchicheo—. ¿Y cómo has llegado?

—¿Qué es esto?! —protestó la momia canosa, frunciendo su tupido entrecejo blanco—. ¿Qué hace una humana aquí?!

Menuda movida, murmuró Jared.

No, menudos idiotas, le corregí para regañarles. *¿No os habéis dado cuenta de que os seguía?*

Era evidente que había sido así, y lo había hecho en su forma de gigante, ya que sus ropas estaban rasgadas.

El viento venía hacia nosotros, no podíamos olerla, declaró Leah.

Y, para ser un gigante, es muy sigilosa, siguió Cheran, antes de que me diera tiempo a abrir el pico.

Vuestra eficacia me abrumba, dije con sarcasmo, imitando ese habla tan pija de los chupasangres que nos rodeaban.

—Esto es un gran contratiempo, sin duda —secundó Aro, malhumorado.

Mi chica amarró la mano de Helen.

—No es una humana cualquiera, es otro gigante —reveló Nessie, en un intento de que esos vejestorios le diesen una oportunidad.

—¿Otro gigante? —inquirió, observando la ropa de Helen.

Entonces, su asqueroso semblante semitransparente cambió al darse cuenta de que su vestimenta rota le daba la razón a Nessie.

—Podría ayudar a Ryam en su tarea —propuso mi chica.

—¿Ayudarle en qué? —preguntó Cayo, mosqueado.

—A reconducir a esos gigantes —intervino Ryam—. Con ella, mi tarea me resultaría mucho más fácil.

Menos mal que ya veía el quid de la cuestión y se daba cuenta de que esto podía salvarles la vida.

—No sabemos de cuántos gigantes disponen Vladimir y Stefan —habló Doc, ayudando a Ryam—, pero sería mucho más sencillo manejarlos a todos con dos líderes, en vez de uno.

El Vulturis canoso miró a un lado, resoplando, pero Aro se quedó pensativo durante un rato que se nos hizo eterno a todos.

Venga, venga, pensó Quil, como si así el Vulturis fuera a decidir más deprisa.

—¿Tú estás dispuesta a unirte a esta alianza? —le preguntó Aro a Helen.

Cada vez que escuchaba la palabra *alianza*, me rechinaban los dientes. No fui el único, ese era el sentimiento general de la manada.

Ésta miró a Nessie y a Ryam, que asintieron para que diera su brazo a torcer.

—Sí —afirmó tímidamente.

—De acuerdo —aceptó Aro por fin—. Puede venir con nosotros.

La momia canosa giró su semblante decrepito para mirarle con total disconformidad, pero sólo se limitó a fruncir más el ceño y los labios.

—Te lo agradecemos, Aro —y Carlisle volvió a hacerle una especie de reverencia con la cabeza.

—Estaremos aquí al alba —repitió ese viejo chiflado, con una cara que fingía una benevolencia de la que, en mi opinión, no gozaba nada.

Aro, acompañado de su guardaespaldas particular, se dio la vuelta y flotó hasta su retaguardia, junto con los otros dos fósiles, y comenzaron a darse el piro.

Ese tarado se fiaba de nosotros, claro, sabía que nos tenía bien cogidos con todo este asunto de Bella, Edward, Alice y Jasper. Le necesitábamos para saber dónde se encontraban.

En cuanto les perdimos de vista, todos nos relajamos.

¡Uf! Menos mal, suspiró Shubael. *Ya creía que íbamos a tener que dormir junto a esas sanguijuelas.*

Voy a transformarme para hacer más compañía a Nessie y a los Cullen, anunció. *El que quiera, puede hacer lo mismo, aunque tendremos que estar alerta, por si acaso.*

Sí, yo voy a transformarme también, se unió Embry.

Y yo, ya puestos, coincidió Quil.

Mi cabeza se llenó de asentimientos y de voces que se apuntaban y, en un abrir y cerrar de ojos, todos nos escondimos, adoptando nuestra forma humana.

Salí de mi escondite con mis dos piernas y me puse junto a Nessie, que me recibió con un beso en los labios que a mí me hubiera gustado que durase más. Luego, nos cogimos de la mano, entrelazando nuestros dedos con ansia.

—¿Cómo se te ocurre venir hasta aquí? —le regañó Ryam a Helen. Estaba realmente enfadado—. Ahora te has puesto en peligro.

—No sabía nada de ti y estaba preocupada —respondió ella, también cabreada.

—Sabes que sé cuidarme, no tenías de qué preocuparte —rebatía él—. Tenía la situación controlada.

—Sí, claro —dudé, observándole de arriba a abajo con escepticismo total—. Por eso sabías cuántas piedras había en el muro de la celda.

Ryam me dedicó una mirada asesina, pero me importó un bledo.

—Por eso te cogieron los Vulturis —contestó ella con sarcasmo.

—Repito que *ahora* —matizó, echándome un vistazo fugaz— tenía la situación bajo control. Hasta que llegaste tú —le echó en cara.

—Bueno, chaval, que se te bajen los humos —intervino Emmett, que estaba con los brazos cruzados, observando toda la discusión como el que ve un debate en la tele—. Si no fuera por Jake, ya estarías muerto.

A Ryam le rechinaron los dientes, pero tuvo que cerrar el pico.

—Si no te fueras por ahí tú solo, los Vulturis no te hubieran atrapado —le criticó Helen.

—Si tú no hubieras venido, no te verías implicada en todo esto —replicó él.

—Bueno, vale ya —protesté para detener esa absurda disputa—. Ahora ella ya está aquí, así que todo eso no importa.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Nessie a su amiga.

—Me enteré de que Ryam estaba en Volterra y de que los lobos iban a venir —nos desveló. Ryam la miró y resopló—. Me enteré del vuelo que iban a coger y, con mis ahorros, me compré un billete. Después, les seguí hasta aquí.

—¿Y cómo te enteraste de que Ryam estaba en Volterra y de que mis lobos iban a venir hasta aquí? —quise saber, intrigado.

—Mercedes me lo dijo —y se encogió de hombros.

Todos nos giramos para lanzarle una mirada acusadora a Embry, que se rascó la nuca con nerviosismo.

—Bocazas —le reprendió Quil, dándole una colleja.

—¿Qué queréis? No puedo evitarlo —se excusó él.

—Bueno, ¿y los demás no la visteis en el avión? —inquirí, echándoles la bronca con la mirada a todos.

—Me senté lejos de ellos —confesó Helen, frunciendo los labios con cierto remordimiento.

—Allí olía a humanos por todas partes —alegó Leah, sin dejar que yo formulase otra pregunta.

Emmett rompió a reír a carcajada limpia, alzando su careto hacia arriba para que las risotadas se esparcieran mejor por el aire.

—¡Vaya panda! —exclamó acto seguido, sin dejar de reírse—. ¡Os la ha colado bien!

Genial. Lo que me faltaba. Con esto Emmett tendría para una buena temporada.

—Quisiera ver si vosotros lo hubieseis hecho mejor —dijo Paul.

—Por supuesto, a nosotros no se nos hubieran escapado esos detalles —presumió Rosalie, alzando la barbilla mientras sonreía con esa petulancia suya.

—Ya, claro —cuestionó él.

Carraspeé para cambiar de tema.

—Bueno, ¿qué os parece si encendemos una hoguera o algo? —propuse.

La noche ya se cernía sobre nosotros.

—Sí, buena idea —apoyó Seth, que, como siempre, era el primero en hacerlo.

—Pues, hala, id recogiendo ramas y eso —les mandé.

—Tendrás morro —rió Nessie.

Los demás se rieron, pero comenzaron a obedecer mi orden.

—No te lo imaginas, Ness —se quejó Nathan.

—Sí, menos mal que no le gustaba mandar —siguió Cheran.

—No lo entendéis —rebatí, sonriendo con picardía—. Yo me tengo que quedar para proteger a Nessie.

—¿Protegerme? —volvió a reír—. Creo que estoy muy bien rodeada —y señaló a su familia con la mano.

—Ya, nena, pero por si acaso —reiteré con otra sonrisa, dándole un beso corto en los labios.

—Lo dicho, que tienes una cara que te la pisas —rió Nathan mientras ya echaba a andar con el resto del grupo para recoger ramas.

—Por algo es el jefe, tío —le dijo Jared, que caminaba junto a él.

—Venga, sin rechistar —les azuzó Sam, dándoles un pequeño empujón a los dos.

No tardamos nada en hacer una pira, estábamos más que acostumbrados a hacerlas. Todos nos sentamos alrededor, formando una especie de corrillo extraño donde la variedad de especies era más que evidente. No hacía nada de frío, pues era verano, pero Nessie se acurrucó a mi lado, bajo mi brazo protector, rodeándome con los suyos para que su mejilla se posase mejor en lo alto de mi pecho. Podía sentir la envidia sana que emanaban todas las cabezas quileute imprimadas que me rodeaban. Me sentí un poco culpable por poder disfrutar de mi chica en estos momentos; sabía que ellos se mordían las uñas, de lo que echaban de menos a las suyas, pero no pude evitarlo, Nessie me atraía demasiado como para negarme a tal privilegio.

Rephael, Michael y Nathan insistieron en cazar algo para cenar, así que se transformaron para tal fin, y los Cullen aprovecharon para escaparse un rato y saciar su sed, pero tanto unos como otros no tardaron en volver.

Doc, Esme, Em y Rose se sentaron de nuevo alrededor de la hoguera y mis tres lobos dejaron las presas en el suelo. El idiota de Michael trotó alrededor de la pira y soltó un aullido al viento para presumir de su gran caza. Entonces, de pronto, otro lobo, aunque normal, contestó a varios kilómetros.

—Vaya, qué curioso —se sorprendió Esme, mostrando sus hoyuelos al sonreír.

Cómo no. El vacilón de Michael tuvo que repetir su hazaña, así que se detuvo y volvió a aullar. Otro de los lobos normales no tardó en responder a su saludo.

—Qué guay —rió Nessie.

—¿Eso te parece guay? —me burlé, bajando la cara para mirarla.

Ella alzó su rostro para hacer lo mismo y Michael gañó en protesta.

—Sí, es guay —me contestó, pellizcándome la mejilla.

—Espera a ver esto, nena, ya verás lo que es guay —afirmé, separándola de mí con delicadeza.

Michael ya estaba protestando con otro gruñido cuando me levanté y corrí hacia los árboles para cambiar de fase. Regresé a cuatro patas y me planté delante de todos.

Te lo tienes merecido, Michael, se burló Rephael, soltando una risita lobuna.

Sí, ya, aceptó éste a regañadientes.

—¿Vas a cantarnos una ópera? —se mofó Emmett.

—Ya verás lo que puede hacer —presumió Seth, sonriendo con orgullo.

Miré a Nessie con una sonrisa lupina, esto es, sacando la lengua fuera mientras jadeaba, y ella me recompensó con una risilla. Verla reír era todo un regalo, y eso es lo que quería. Cuanto más se distrajese, menos sufriría por todo esto de Bella, Edward, Alice y Jasper. Sí, vale, ya sé que nada iba a hacer que ella se olvidase de eso, pero por lo menos le ayudaba a pasar mejor el mal trago.

Metí mi lengua dentro y me puse serio. Hinché los bronquios del todo y solté el aire poco a poco, haciendo vibrar mis cuerdas vocales en un aullido potente y largo, a la vez que alzaba mi cabeza para que ese sonido se propagase mejor. El aullido se extendió por el bosque, reclamando mi total supremacía, dejando un mensaje alto y claro. Michael, Nathan y Rephael no pudieron evitar que sus patas se doblegasen para echarse en el suelo, con las colas hacia dentro y las orejas gachas, en señal de respeto y sumisión, aunque el resto de mis hermanos, que estaban en su forma humana, también lo sintieron, si bien ya estaban sentados. Y, entonces, vino lo que le quise enseñar a Nessie.

Los diferentes aullidos venían de todas partes, desde las montañas que quedaban al oeste, como desde los frondosos bosques que teníamos al este. Norte, sur, este y oeste. Las numerosas manadas de lobos comunes que habitaban todos aquellos kilómetros que nos circuncidaban respondieron a mi mensaje con aullidos largos que sonaban a la vez, para mostrarme sus respetos y aceptar mi mensaje, cubriendo ese cielo estrellado del bosque con un invisible manto místico y abrumador. Lo era incluso para mí.

Cuando terminé de aullar, ellos también lo hicieron. Bajé la cabeza y miré a mi público.

Ugh.

Ese silencio que quedó acto seguido, lleno de sobrecogimiento, y esas miradas asombradas y claramente maravilladas, hicieron que me arrepintiese enseguida de haber hecho el numerito. Yo sólo lo había hecho para animar a Nessie, pero esto...

—Es... impresionante —exhaló Doc, todavía con esa mirada instalada en sus ojos dorados.

—Guau —murmuró Emmett.

Genial. Quién me mandaría a mí...

Nessie me observaba completamente engatusada, aún tenía la boca abierta. En fin, no podía negar que el verla tan orgullosa de mí, me hacía sentir muy halagado, pero que todos me mirasen igual...

Gañí a modo de suspiro y me piré de todas las vistas para adoptar mi forma humana enseguida. Si no me tenían delante como lobo, ya no me mirarían igual.

Salí de mi escondite a dos piernas y me senté junto a mi chica de nuevo, haciendo como que no había pasado nada.

—Bueno, qué, ¿preparamos esto para cenar? —sugerí, estirándome para coger una de las presas.

—Jake, es increíble —exclamó Nessie, abrazándome con efusividad—. Tenías razón, esto sí que es guay —rió.

La garganta de Michael volvió a emitir un gañido mientras se ponía de pie junto con los otros dos lobos, para cambiar de fase.

—¿Lo ves? —sonreí; no pude evitar presumir otra vez.

—Sí —y pegó su rostro al mío con una rapidez que me tomó completamente desprevenido, para besarme con entusiasmo.

Fue irremediable. Mi boca le correspondió ipso facto.

—Bueno, bueno, cortaos un poco, que a algunos nos dais demasiada envidia —bromeó Jared, tirándonos una ramita.

Nos despegamos para esquivarla y todos nos reímos.

En cuanto Nathan, Michael y Rephael llegaron como humanos, comenzamos a preparar la carne y la pira se llenó de charlas, cuyo fondo no podía dejar de ser esa batalla, aunque también había tiempo para otros temas.

—Oye, Embry, ¿qué tal está Mercedes? —interrogó Nessie, seguramente para cambiar a un tema más relajado.

—Ah, muy bien. ¿Sabías que Teresa y Ezequiel se han comprado una casa a las afueras de Forks? —le anunció él, todo contento.

—No, no lo sabía —sonrió Nessie, mirándome con una pregunta en los ojos.

—Me acabo de enterar —le respondí, alzando las dos manos para defender mi inocencia.

—Sí, bueno, es que Mercedes me lo confirmó ayer mismo, por eso no me dio tiempo a contártelo —me dijo él a mí.

—¿Entonces Teresa y Ezequiel están... liados? —cotilleó Emmett, juntando los dos dedos índices varias veces.

—Eso creo —declaró Embry, sonriendo.

—Sabía que eso iba a pasar —manifestó Ryam con una mueca a modo de sonrisa.

—¿Por qué lo dices? —quiso saber Nessie.

—Porque Ezequiel le echó el ojo en cuanto la vio.

Todos nos reímos de nuevo y la hoguera se convirtió en todo un corrillo de cotilleos y comentarios, haciendo que la noche se tornase más agradable. Casi llegamos a olvidar por qué estábamos allí. Casi, porque eso solamente duró un momento y la nocturnidad es demasiado larga; da para pensar en muchas cosas, sobretodo a la hora de intentar coger el sueño. Además, el alba se iba acercando cada vez más, trayendo toda esa tensión consigo.

Enseguida vislumbramos a las tres momias y su guardia en ese horizonte arbolado y lleno de neblina. Tal cual se habían pirado anoche, así llegaron. Flotando sobre la bruma como si de todo un ejército del mal se tratase.

Los espectros se detuvieron a cierta distancia, excepto ese chiflado de Aro, que se acercó a nosotros, otra vez acompañado de su escudo, Renata. Le echó un vistazo a Ryam y Helen, que se habían transformado para la ocasión —ya me había sorprendido al verle a él cuando se había transformado en la celda, pero ella se llevaba la palma, de veras. Ver a una mujer tan grande y musculosa me impactó, en serio, parecía una culturista, pero a lo bestia—, y llevó esas repugnantes pupilas vidriosas a nosotros de nuevo.

—Buenos días —nos saludó.

Ja, como si estos lo fueran. Lo decía como si nos marchásemos de excursión.

—Esperemos que así sean —le respondió Carlisle.

—Esperemos, amigo mío —coincidió, asintiendo con esa cabeza poblada de ese cabello negro que seguía cubierta por la escafandra de Varick—. En fin, no perdamos más tiempo. La batalla nos espera —se estaba dando la vuelta para volver con su chusma cuando, de pronto, se detuvo y se giró hacia mí—. Por cierto, una serenata preciosa y abrumadora la de anoche —y me mostró una de sus asquerosas sonrisas.

Vete a la mierda, le contesté.

Él sólo escuchó el gáñido y, por supuesto, lo malinterpretó. Se dio la vuelta, creyendo que yo se lo había agradecido y, por fin, regresó con su séquito de chupasangres.

Qué pena que no pudiera escuchar lo que le dijiste de verdad, lamentó Leah con acidez, mientras ya echábamos a andar.

De pena nada, ya se lo diría a la cara en otra ocasión.

Una vez más, Nessie iba sobre mi lomo. Todavía no se había transformado, ya que cuantas más energías guardase, mejor. Carlisle había venido con una mochila refrigerada llena de bolsas de sangre que ahora llevaba ella en su espalda, pero era mejor posponer la transformación todo lo posible.

En un abrir y cerrar de ojos, estábamos galopando a toda mecha por esos bosques mediterráneos. Las manos y las piernas de Nessie estaban muy tensas, señal de que ella se encontraba así.

Los robles, pinos y encinas pasaban a nuestro lado vertiginosamente, tanto, que solamente se distinguían unos borrones marrones y verdes que zumbaban con precipitación en nuestros oídos. De pronto, se divisó un claro entre toda esa vegetación, un agujero entre la maleza que era pequeño al principio, pero que con nuestro raudo avance, se iba haciendo más y más grande. El hedor a chupasangres se multiplicó por dos y apretamos el paso de nuestras patas y piernas.

Hasta que ese hueco en los árboles se hizo presente del todo, entonces los Vulturis y su guardia ralentizaron su marcha al máximo, haciéndonos pegar un frenazo a todos los lobos y a la pareja de gigantes —los Cullen ya parecían conocer bien toda esta parafernalia y no les pilló desprevenidos—, y su carrera se transformó en una marcha casi fúnebre, lenta y cadenciosa.

Lo único que faltaba en este cuadro eran los tambores de guerra, hay que ver.

Nuestros nervios aumentaron hasta ese techo que marcaba el tope que no debían sobrepasar, y, por fin, salimos por el hueco que dejaban esos árboles.

Mierda, ¿qué demonios es esto?, exhaló Leah, sin poder creerse lo que nuestrosoplejos ojos estaban viendo.

Pude escuchar cómo Rosalie rechinaba los dientes y cómo Esme exhalaba con temor, aunque ellas solamente veían la mitad. El panorama no podía ser más terrorífico y dantesco, sobretodo para mi manada y para mí, que nos detuvimos, de la impresión.

Ante nosotros, se abrió una verde y kilométrica pradera que estaba tomada casi al completo por un ejército de vampiros, todos con esa segunda piel de color malva, ese aura, que relumbraba maldad por todas partes. Éstos se extendían en una formación rectangular que me recordaba mucho a esas de las películas de romanos. Pero eso no era todo. Otro numeroso batallón de gigantes de piel grisácea, sin olor alguno y unos ojos blancos, carentes de iris y pupilas, se repartía en la parte delantera de la formación. Y ahora venía lo dantesco.

Nadie más que nosotros podía verlo, pero ellos no destilaban aura alguna, no tenían segunda piel, sino que de cada gigante salían unas presencias humanas, formas sobrenaturales, como fantasmas, que se aferraban al cuello con lo que parecían ser sus manos mientras las piernas y los pies eran arrastrados en un vuelo hacia arriba. Sus etéreos y semitransparentes rostros estaban desfigurados por un perpetuo sufrimiento, por una larga y profunda angustia, casi podía escuchar sus dolorosos lamentos y quejidos.

Supe lo que era en cuanto mi corazón y todo mi cuerpo, incluida mi estupefacta sesera, se calmaron un poco.

Esos fantasmas eran las almas de los gigantes, éstos que habían sido humanos una vez. Y esos espíritus se negaban a abandonar sus cuerpos, querían regresar a ellos desesperadamente, luchaban con todas sus fuerzas para que el más allá no les arrastrase.

Por eso Edward no podía ver nada en la mente de esos gigantes, eran muertos vivientes, sus almas estaban fuera de su cuerpo.

En cuanto todo esto se discernió en mi cerebro, toda mi manada lo vio también.

Se me erizó toda la pelambreira de mis hombros y Nessie lo notó, claro, aunque no dijo nada. Quizá pensaba que se debía sólo a lo que ellos veían. Mierda. Pero ella se transformaría en breves y vería la dantesca realidad que se escondía tras esos gigantes, cosa que no me gustaba nada. No quería que ella viese esto.

De pronto, esos rostros fantasmales se giraron hacia mí y comenzaron a chillarme con un grito ahogado y silencioso, para implorarme y suplicarme algo que no podía oír, aunque no soltaron a su correspondiente gigante.

Pude echar a andar cuando Nessie se aferró a mi pelaje con más fuerza y me despertó de esta pesadilla viviente.

—¡Mis padres y mis tíos están ahí! —exclamó de repente, con un nudo en la garganta, señalando con el dedo.

Nuestros ojos enseguida se fueron a donde indicaba mi mujer y les vimos.

Me había quedado tan en shock, que no me había fijado en los cuatro brillos dorados que se mezclaban en ese rectángulo de color malva. Justo delante de toda esa formación, se encontraban Bella, Edward, Alice y Jasper, sin embargo, no estaban juntos. Alice y Jasper se encontraban en los extremos de la primera fila, y Bella y Edward más al centro, pero separados. Los cuatro se distribuían a lo largo de la fila inicial de la formación. Pero, cómo no, había algo más. Sus rostros no mostraban emoción alguna, miraban al infinito, sin una arruga que delatase que esos semblantes de mármol se pudieran mover, sin un solo tic. Si no llega a ser porque sus almas doradas refulgían dentro de sus cuerpos, juraría que eran estatuas. Era como si estuviesen hipnotizados.

Todos nos quedamos perplejos.

Esta vez no fue sólo Rosalie la que hizo rechinar sus muelas, también nos unimos Emmett, Nessie y yo. Mi chica encerró mi pelo con más fuerza, llegando incluso a tirar un poco de mi piel, pero ni lo noté. Estaba demasiado cabreado como para notar nada más que no fuera mi furia.

No tardamos nada en ver a los culpables de todo este alboroto. Junto a Bella y Edward, en el centro de la fila, Vladimir y Stefan, esperaban nuestra llegada.

Y nosotros no les hicimos esperar.

ESTÁ MÁS QUE CANTADO LO QUE VA A PASAR AQUÍ

La cara de los rumanos lo decía todo. No se esperaban nuestra aparición en escena. Se miraron el uno al otro, volvieron la vista hacia nuestro bando con un rechinamiento de dientes, y Stefan lanzó un escupitajo al suelo, mostrándonos su opinión.

Vale, los Vulturis no eran las hermanitas de la caridad, precisamente, ¿pero a qué venían esas quejas y ese desprecio? Ellos habían secuestrado a Renée para chantajear a Bella y a los otros, y, encima, les habían hipnotizado con algún tipo de truco. Para mí no se diferenciaban mucho de las otras momias.

Eso hizo que me fijase más en Bella, Edward, Alice y Jasper y que me preguntase cómo harían esos rumanos para hipnotizarles, porque no parecía un conjuro. Cuando Nessie había estado hechizada, su cuerpo estaba envuelto con aquella telaraña, en cambio, ellos no tenían nada que les oprimiese o envolviese, no había nada que me indicase que estaban bajo la influencia de un hechizo.

Lo que sí había era un ambiente muy raro. No sé lo que era, pero algo realmente maligno flotaba en el aire, podía sentirlo, mi instinto de Gran Lobo me lo decía, y me ponía los pelos de punta. Bueno, vale, lo de los gigantes no se quedaba atrás, pero, por increíble que pareciese, esto lo superaba, era algo espeluznante. Esa maldad procedía del centro de la formación. No podía verla, pero sí que sentía cómo emanaba del núcleo de ese rectángulo de chupasangres y se extendía por todas partes.

Agucé la vista y traté de adivinar quién era el culpable de ese sentimiento escalofriante, pero todas las sanguijuelas eran más o menos iguales, y, encima, también vestían esas capas que parecían estar muy de moda entre los chupasangres, sólo que, en vez de usar una escala de grises que se iban oscureciendo hasta el negro absoluto, estas nacían de un color malva claro y también se iban volviendo más oscuras, hasta que llegaban al negro de Vladimir y Stefan. Sí, no podía ver quién producía ese ambiente maléfico, esas capuchas me impedían verles los asquerosos semblantes a todos, pero sí que veía sus almas. Todas eran tan malas como sus ropajes, sin embargo, justo en el centro de la formación, ese malva era más intenso y oscuro. Mi instinto no me engañaba. Esa maldad provenía de ahí.

Mi vista regresó a los Cullen del otro bando. Bella extendía su impresionante escudo por delante de la primera fila de la formación, esa fina y elástica capa de acero líquido que chispeaba en el núcleo. Maldita sea. Esos malnacidos estaban bajo su total protección. Pero a Edward también le tenían trabajando. De su cabeza salían sus ondas de color plateado, casi transparente, que me recordaban a las de las antenas parabólicas. Esas ondas eran emitidas a una velocidad muy rápida, y se dispersaban por todas partes, llegando a alcanzar varios kilómetros a la redonda. Era bastante increíble, la verdad, tenía que reconocérselo. Así que Edward podía escanear todas las mentes que le rodeaban, hasta las de todos esos vampiros que tenía a su alrededor. Y nosotros no éramos una excepción. Seguramente ya podía ver cada uno de nuestros pensamientos desde hacía un buen rato.

De momento tenía que cumplir con mi parte del trato, así que extendí mi círculo brillante de modo que nos cubriera a todos, incluidos esos viejos decrépitos y su chusma de guardia, para mi desgracia, y las ondas que se dirigían a nosotros se deshicieron tan sólo al roce con mi barrera. Ahora Edward no podía leernos la mente.

Mi barrera no hacía falta con Alice, ya que, aunque quisieran, ella no podría ver nada del futuro, con nosotros por el medio. Quizá por eso Alice no estaba usando su don, era una pérdida de tiempo. Jasper también estaba reservado, puede que lo dejaran por si las cosas se ponían más feas.

Los fósiles y sus matones caminaban con ese paso cadencioso y desesperante. Sí, lo era. Nosotros estábamos acostumbrados a otra clase de ataques, y esto de dar un pasito y pararse, otro pasito y pararse, otro pasito y pararse, nos ponía del hígado. Paul estaba apunto de estallar, y

Sam calmaba sus ánimos y los del resto. Todos esos chupasangres seguían el mismo ritmo, avanzando a la vez, con una marcha sobria y aburrida. Sus pies parecía que flotasen, no hacían el más mínimo ruido al contacto con la verde hierba, y todas esas capas que vestían, juntas formaban un manto que, a vista de pájaro, se extendía sobre la pradera como si de una ligera y vaporosa tela se tratase. Podía imaginármela ondeando sobre el prado, deslizándose, avanzando lentamente con el único impulso de un suave soplido.

Pero poco a poco íbamos acercándonos, sin embargo, al hacerlo más, todos pudimos ver algo que nos dejó helados, hasta los propios Vulturis abrieron sus gelatinosos globos oculares como platos. Eran los ojos de Bella, Edward, Alice y Jasper. No podía creerlo, tenían el iris de color escarlata.

¿Qué...? ¡¿Qué mierda era eso?! ¡¿Acaso les habían obligado a tomar sangre humana?!

¡¿Qué les han hecho?!, mascullé con cólera, pataleando con mis patas delanteras con nerviosismo.

—¡No! —lloró Nessie, al verlo.

Mierda, odiaba verla así.

—Dios mío... —murmuró Esme con un sollozo, llevándose las manos a la boca.

—¡Maldita sea! —gruñó Emmett, que ya se lanzaba a por Vladimir y Stefan, aunque Rosalie le contuvo, tirándole del brazo hacia atrás.

Toda mi manada se sobresaltó y nuestra agitación se hizo más que evidente. Los gañidos y gimoteos surcaron esa brisa que corría en dirección a la formación de los rumanos, llamando la atención de éstos, pero también de la guardia Vulturis.

La imagen de Bella siendo obligada a chuparle la sangre a un inofensivo humano hizo que la mía propia hirviese, porque ella jamás lo haría, jamás. Tenían que haberles obligado con la influencia de esa especie de hipnosis o lo que fuera.

—¡Nooo! ¡¿Qué les habéis hecho?! —chilló Nessie, llorando desesperada.

Podía sentir los fuertes tirones en mi pelaje.

¡Malditos! ¡Malditos chupasangres!, grité, dedicándoles un potente rugido.

Mis lobos se agitaron más, preparándose por si yo daba una orden, para obedecerla ciegamente.

—Calma —habló Carlisle, interponiéndome su brazo para intentar que me tranquilizara.

Le observé durante un instante. Aunque era tenso y se notaba su preocupación, su rostro permanecía tranquilo.

¿Cómo podía guardar la compostura de esa forma?

—¡Mamá, papá, soy yo! ¡Alice, Jasper!—volvió a gritar Nessie.

Entonces, escuché su llanto rabioso, y eso no lo soportaba. Podía aguantar cualquier cosa que me hicieran a mí, pero sólo verla llorar a ella era toda una tortura, porque no podía soportar verla sufrir. Tenía que hacer todo lo posible para que ella no siguiera llorando, y eso empezaba por relajarme yo. Si ella me veía nervioso y furioso, se lo contagiaba, en cambio, si me veía tranquilo, ella estaría tranquila. Nuestra compenetración y sincronización lo eran en todos los ámbitos.

Rechiné los dientes, tragué un montón de saliva e intenté relajarme, aunque me resultaba muy, muy difícil.

¿Qué...? ¿Qué es eso...?, escuché de repente en mi sesera.

Mierda. Nessie ya se había transformado. Y acababa de ver justo lo que yo no quería que viese. La dantesca imagen de los gigantes. La rabia y la ira que le había llevado a transformarse, ahora se había reducido un poco y había pasado a la perplejidad, horror y asombro absolutos mezclado con un sentimiento de temor, susto, pena...

Tranquila, cielo, intenté calmarle. Procura no fijarte en eso, ¿vale? Concéntrate sobre todo en no separarte de mí.

Sí, aceptó con un hilo de voz, todavía seguían notándose todos esos sentimientos.

Lo que dije. Si me veía tranquilo a mí, ella estaba más calmada, también.

Vale, no quería que ella viese esa imagen, pero tenía que reconocer que el que se hubiese transformado me tranquilizaba mucho, porque ahora estaría bajo mi continua protección. Yo podía extender mi círculo brillante todo lo que quisiera en un momento dado, y con eso podía proteger a quien me apeteciese, pero mi círculo también tenía autonomía propia, y cuando se trataba de mi manada, él solito se movía para protegerles sin que yo tuviera que andar pendiente. Resultaba muy útil cuando estábamos peleando con los chupasangres nómadas que venían a La Push, ya que yo podía ir a mi bola sin tener que preocuparme de que una de esas sanguijuelas tuviera un don y pudiese freír a uno de mis hermanos. Mi círculo se extendía a su aire y solucionaba el problema.

Esto solamente pasaba con mis lobos, pero ahora Nessie era parte de la manada, así que ella también estaría protegida.

Después de esa caminata aburrida y lenta, las momias y su chusma se detuvieron al unísono. No hizo falta orden ni gesto alguno, todos se pararon a la vez. Nosotros hicimos lo mismo, y los Cullen de nuestro bando, Ryam, Helen y los metamorfos no dimos un paso más.

Nessie pasó la pierna por encima de mi cabeza y pegó un ágil salto para bajarse.

No te separes de mí, le repetí.

Asintió y su mano se aferró a la pelambarrera de mi costado.

Ese desagradable semblante de Aro se mostraba serio y sobrio, pero no había matiz de preocupación en él, más bien destilaba una inquietante tranquilidad por todos los costados. Cayo ya era otro cantar. Su ceño de pelos blancos estaba bien incrustado en esos repugnantes ojos de rata, y su careto confesaba las *molestias* que esto le ocasionaba. Como siempre, el adormilado sólo estaba de cuerpo presente, y parecía que todo esto le daba exactamente igual.

Todos nos quedamos a varios metros de Vladimir y Stefan y se hizo un silencio sepulcral que se rompió al cabo de un eterno rato.

—Veo que no habéis perdido el tiempo y que habéis corrido para esconderos bajo las faldas del Gran Lobo —habló Stefan, con un aire muy crítico y censorador.

—Lo que no nos imaginábamos es que él iba a comer de tu mano —soltó Vladimir, dirigiendo su mirada a mí.

Maldito imbécil.

¡Yo no como de la mano de nadie!, protesté, dedicándole un rugido.

Aro levantó su mano para que me calmase. Y eso me ofendió en el alma, porque daba a entender que lo que ese cretino decía era verdad. Loco farsante. Así que me incliné y proferí un rugido mucho mayor, pero éste dedicado a ese viejo decrépito, que se giró para mirarme, sorprendido, mientras sus matones se ponían en guardia.

Estúpido, ¿qué se creía?

Muy bien, Jake, aclamó Seth.

¿Pero qué se cree ese imbécil?, criticó Leah, muy ofendida.

—El Gran Lobo no sirve a nadie —declaró Emmett en voz alta, también enfadado—. Si estamos aquí es por obligación, no por gusto.

Eso, eso, déjaselo bien claro, Em, alabó Shubael.

Sí, a ver qué se cree ese capullo de Aro, condenó Isaac.

¡Esto es indignante!, se quejó Brady.

¡Esto es una mierda!, matizó Paul. *¡Yo digo que nos lancemos a por ellos de una maldita vez!*

El resto de mi manada también se agitó y mi mente se llenó de más protestas con ofensa personal.

¡Bueno, vale ya!, bufé; y todos se callaron. *De momento seguiremos la farsa. Tenemos que rescatar a Bells y al resto, ¿recordáis?*

Nadie dijo ni pío.

—Paz —nos pidió Aro a mí y a Emmett. Le hizo una pequeña señal a su guardia, la cual volvió a sus puestos de antes, y acto seguido se giró hacia Vladimir y Stefan—. Vosotros también os habéis armado bien —dijo, señalando con la mano a Edward, Bella, Alice y Jasper, y a todos esos gigantes que tenían a la espalda.

—Hemos esperado muchos siglos para esto —le contestó Stefan, rechinando los dientes—. No íbamos a venir con las manos vacías.

—Nuestra enemistad ha vagado durante todos estos siglos, ciertamente —asintió Aro—. No obstante, y dada mi indulgencia, os daremos una oportunidad de redención, siempre y cuando juréis someteros a las leyes tan necesarias que imperan en nuestro mundo.

—No me hagas reír —respondió Vladimir, mostrando una media sonrisa agarrotada, muestra de que hacía mucho tiempo que esos tendones de su cara no se movían—. No hemos venido hasta aquí para rendiros pleitesía.

—Bien, como queráis —aceptó Aro.

El Vulturis tarado y uno de los rumanos alzaron las manos a la vez para preparar sus ataques.

Todos mis lobos y yo nos agazapamos un poco, mostrando nuestras dentaduras mientras gruñíamos. Nuestra postura contagió a Ryam y a Helen, que no tenían ni idea de luchar, solamente cuatro cosas que les habíamos enseñado anoche. Ellos también se inclinaron hacia delante, cogidos de la mano. Teníamos que estar extremadamente atentos. Ninguno de los Cullen del otro bando podía resultar herido.

Jake, ten cuidado..., murmuró Nessie, asustada, aferrándose a mi pelaje con más fuerza.

Tranquila, todo saldrá bien. Tú no te despegues de mí, repetí por enésima vez.

Pero, entonces, Carlisle me interpuso su brazo una vez más.

Le miré extrañado y él hizo unas negaciones con la cabeza.

¿Qué pasaba? ¿Todavía no?

De repente, ese fósil de Aro y Vladimir bajaron las manos a la vez y sólo dos vampiros saltaron a escena.

¿Qué era esto? ¿Sólo dos chupasangres?

Ambos retiraron sus capuchas hacia atrás. El grandullón de Felix, que sonreía con arrogancia, y la otra sanguijuela, que no era mucho más pequeña, comenzaron a fintar, caminando en círculos.

¿Qué mierda es esta?, se quejó Paul.

Bueno, míralo como si estuviésemos viendo un combate de Pressing Catch en directo, sólo que a lo bestia, dijo Nathan.

No he venido hasta aquí para ver cómo se matan los unos a los otros, gruñó mi cuñado. *Ya que estoy aquí, quiero aniquilar a unos cuantos.*

Tranquilo, no creo que todo sea así, declaró Sam.

Eso espero, resopló Paul. *Esto es un aburrimiento.*

¿Quieres callarte ya, pelmazo?, le regañé.

Idiota. Hablaba como si esto fuese una de esas luchas contra los nómadas que teníamos todos los días en La Push.

No dije más, para no alertar a Nessie, pero esto no tenía nada que ver. Todavía podía sentir esa maldad emanando del núcleo de la formación del ejército de Vladimir y Stefan, y no me gustaba ni un pelo.

Ese Felix inició su ataque con un salto, aunque el otro chupasangres no se quedó atrás. Ambos chocaron en el aire y ya se arrearon por todos los sitios.

Espero que esto no dure mucho, suspiró Cheran.

Ya te digo, siguió Rephael.

Dejad de quejaros y tomad nota, les reprendí. *Nunca se sabe, igual tenemos que enfrentarnos a ese grandullón algún día de estos, así que memorizad bien todos sus movimientos. Ya que estamos aquí, tenemos que aprovechar.*

Toda mi manada prestó atención a la lucha.

Los dos vampiros aterrizaron en el suelo, dándose a mamporrazo limpio. Felix le propinó una patada al otro que le lanzó hacia atrás, haciendo que su espalda se estampase en el terreno. Las almohadillas de nuestras patas pudieron sentir la vibración del suelo, aunque, antes de que terminaran, el otro chupasangres ya se había puesto de pie para volver a fintar con el grandullón.

Emmett observaba la pelea con fastidio, se notaba que le hubiera gustado estar en el lugar de Felix, aunque más bien me parecía que se

moría por ocupar el sitio de la otra sanguijuela. Los Vulturis y los rumanos también atendían a la lucha con mucho interés.

El matón de Vladimir y Stefan consiguió engañar a Felix y, con un movimiento rapidísimo, serpenteó delante de sus napias y le arreó un puñetazo en todo el careto que a punto estuvo de arrancarle la cabeza.

Cayo rechinó los dientes.

¡Toma!, exclamó Quil.

Apuesto cinco pavos por el chupasangres de los rumanos, retó Embry.

Hecho, aceptó el primero.

¡Dejaos de apuestas! ¡Este no es el momento!, gruñí.

Jake, ¿qué vamos a hacer?, me preguntó Nessie, muy preocupada. *¿Cómo vamos a hacer para rescatar a mis padres y a mis tíos?*

Felix se recuperó rápidamente y los dos vampiros volvieron a machacarse a golpes.

No lo sé, reconocí, apretando mis muelas con frustración. *Primero tendríamos que ver en qué desemboca todo esto y cómo sucede todo después. No podemos planear nada sin saber qué va a pasar ni qué estrategia van a utilizar los Vulturis.*

En cuanto empiece la batalla, no mirarán para nosotros, afirmó Sam. *Es más, lo más seguro es que cuando nos deshagamos de la mayoría de chupasangres, se lancen a por nosotros para quitarnos del medio.*

Los dedos de mi ángel aferraron mi pelambreira con tensión.

Sí, lo sé, suspiré con desagrado. *Lo único que quieren es utilizarnos para que les limpiemos el camino. Cuando ya no les seamos útiles, nos atacarán.*

Ya los Cullen también, añadió Quil. *A todos los Cullen.*

Llevan mucho tiempo detrás de ellos, no creo que desaprovechen esta oportunidad, siguió Embry.

Nessie iba a arrancarme el pelo.

Mierda, ¿queréis cortaros un poco?, les regañé.

No, estoy bien, no os cortéis por mi culpa, manifestó Nessie. *Además, todo eso ya lo sé.*

El otro chupasangres salió despedido de nuevo hacia atrás, del enorme porrazo que le arreó Felix, y su espalda volvió a hacer que la tierra temblase.

Escuchad, sé que esos viejos decrepitos y cobardes se cubrirán las espaldas, y los rumanos también, pero yo usaré mi poder espiritual todo

lo que pueda, les dije. Y con los gigantes, lo mismo. No os preocupéis, nos las arreglaremos como sea. Estamos acostumbrados, ¿no? Somos un equipo, estamos muy bien organizados y compenetrados. Podremos con todos ellos.

Después de soltar esa parrafada tipo entrenador de equipo de baloncesto, mis lobos me aclamaron con sus voces mentales.

El matón de Vladimir y Stefan no tardó nada en levantarse y embestir contra el grandullón.

También me preocupan Ryam y Helen, confesó Nessie. Ya sé que anoche les enseñasteis varias cosas, pero no tienen práctica, y cuatro técnicas no son suficientes.

No te preocupes, nosotros les cubriremos las espaldas, le calmé.

Entonces, de pronto, se escuchó un alarido enorme. Felix le había arrancado los dos brazos a la vez a la otra sanguijuela, que se había caído de rodillas y se retorció de dolor. El golpe mortal no se hizo esperar.

—¡NOOOOOOOO! —chilló el otro chupasangres, despavorido.

Los rumanos cerraron sus puños a la vez.

Sin ningún tipo de compasión y con una sonrisa arrogante y despreciativa total, el gigantón le asestó una fuerte patada en la cabeza que hizo que saliese despedida como un meteorito. El miembro chocó contra el tronco de uno de los árboles que bordeaban la pradera y lo quebró a la mitad, de lo fuerte que fue el impacto, a la vez que el cuerpo caía boca abajo sobre la alta hierba, inerte.

El grandullón sacó una caja de cerillas de algún bolsillo escondido en su capa, encendió un fósforo y lo arrojó sobre ese cuerpo de piedra, que estalló en una llamarada. La columna de humo púrpura enseguida se hizo visible.

—Bravo, Felix, una gran pelea —le alabó el chiflado de Aro.

—Gracias, maestro —asintió él, ya colocándose junto a la formación.

—Esto no quedará así —masculló Vladimir con furia.

—Rendíos, y os perdonaremos la vida —reiteró Aro, ahora más serio—. Es la última vez que lo repetiremos. No habrá más oportunidades.

—Pues entonces demos comienzo a esta guerra —exigió Stefan, tensando su careto aún más.

—Vosotros la habéis comenzado y vosotros la habéis querido —afirmó el viejo chiflado, haciendo como que se limpiaba las manos—. Que así sea.

Y las palabras se terminaron.

De una forma súbita, estrepitosa y vertiginosa, todos los gigantes y chupasangres se lanzaron los unos contra los otros; un centenar de espectros que se mezclaban entre sí como torpedos supersónicos de color gris y malva.

¡Maldita sea! Sí, incluidos Bella, Edward, Alice y Jasper.

¡NO, MALDITA SEA! ¡NESSIE, NO VAYAS!

—¡Nooooo! —chilló Nessie, en voz alta.

¡Vamos!, le apremié a mi manada, saltando el primero hacia la batalla campal que se había formado. *¡Tenemos que encargarnos de los Cullen!*
¡Nessie, tú no te separes de mí!

Nessie me siguió incondicionalmente, bien arrimada a mi costado, y mis lobos obedecieron mi orden al unísono. Aunque nosotros no fuimos los únicos, claro. Emmett, Rosalie, Carlisle y hasta la dulce Esme se lanzaron a la pelea, seguidos de unos perdidos Ryam y Helen.

Genial. Esos dos. Casi se me olvidan.

¡Michael, Nathan, cuidado de esos dos!, les ordené mientras ya me defendía de uno de los chupasangres que se había arrojado a por mí.
¡Nessie, detrás de ti!, le avisé.

Por el rabillo de mi ansioso ojo vi cómo mi chica se daba la vuelta y le arreaba una patada al vampiro, con gran soltura, lanzándolo hacia atrás.

Guau.

¿Por qué nosotros?, se quejó Nathan, aunque ya estaban acatando mi orden y ya se estaban dirigiendo hacia ellos para merodear a su alrededor.

¡Porque sí!, gruñí.

Erigí una barrera con mi círculo de luz brillante, de modo que Nessie y yo nos quedamos dentro de esa burbuja protectora. Eso me hacía estar más tranquilo, ella estaría segura.

Mi chupasangres volvió a embestirme, pero no perdí demasiado tiempo con él, creé ese otro círculo atacante y lo extendí hacia él sin compasión. En cuanto la elipse le tocó, éste se desintegró entre gritos de horror.

Si no fuera porque los Cullen estaban repartidos por todas partes, hubiera arrasado con todos esos vampiros en un plis. Con los gigantes no lo tenía tan claro. Mis atónitos ojos veían cómo eran desmembrados por algunos golpes de la lucha y sus enormes cuerpos se regeneraban al instante, volviendo a resurgir brazos, piernas e incluso cabezas, mientras sus almas en pena seguían aferrándose a ellos, gritando con un desgarrador dolor. No me lo podía creer.

Los Vulturis ni siquiera habían saltado al cuadrilátero. Asquerosas momias cobardes. Se quedaron en la retaguardia, observando toda la trifulca desde atrás con gran interés. Bueno, menos el adormilado, claro, que debía de estar roncando. Aro disponía de Renata para protegerle personalmente, aunque justo delante de ellos, una fila de vampiros de su guardia se había quedado para hacer de muro. En cambio, Vladimir y Stefan luchaban enrabiados con todo quisqui que se les ponía por delante.

Seguía notando ese ambiente maléfico, esa extraña maldad, pero ahora no se encontraba en el centro. Bueno, en estos momentos no había centro, todo el mundo se había dispersado. Sin embargo, ahora emanaba de las sombras del bosque que nos lindaba.

¡Cuidado! ¡Ahí va Edward!, gritó Leah, que había visto cómo el mencionado se abalanzaba hacia Enguerrand, sin poder hacer nada para impedirlo, ya que ella estaba luchando con uno de los chupasangres de Vladimir y Stefan.

Enguerrand rechinó los dientes con disconformidad. Parecía que eso de luchar contra los Cullen no le gustase, aunque se quedó clavado en el sitio, esperando el embuste de Edward con resignación.

Me pareció raro. Era como si el pelirrojo no estuviese muy de acuerdo con todo esto, sólo que él recibía unas órdenes que tenía que acatar.

Lo sabía. La guardia iba a pelear con quien fuera, incluidos todos nosotros. Las promesas de Aro habían caído en saco roto, cómo no.

—¡No, papá! —voceó Nessie, haciendo el amago de ir hacia allí.

¡Ya voy yo!, afirmó Seth, arrojándose para interponerse entre ellos.

¡No, Bella!, exclamó Sam a la vez, corriendo hacia ésta para hacer lo mismo entre ella y otro de los vampiros de la guardia de los Vulturis.

Después de esa estúpida pelea de exhibición entre ese grandullón de Felix y el otro chupasangres, donde ambos bandos habían medido sus fuerzas con ese absurdo protocolo, la cosa se puso fea. Todo ocurría muy

rápido, y estábamos rodeados de una locura, un torbellino de diferentes peleas que se desataban a nuestro alrededor a la velocidad de la luz.

Seth consiguió llegar a tiempo y se abalanzó sobre Edward. Por supuesto no le derribó, solamente pasó por delante, rozándole con una contundencia que hizo que se tambalease, pero eso sirvió para que la atención de Edward se desviara hacia él y pasase olímpicamente del pelirrojo.

¡Arg! Esto resultaba realmente incómodo, maldita sea, porque visto desde fuera parecía que estuviésemos protegiendo a esas asquerosas sanguijuelas. Pero nada más lejos de la realidad. A quien estábamos protegiendo precisamente era a los Cullen hipnotizados. No podíamos permitir que luchasen contra los matones de los Vulturis. Estaban bajo la influencia de ese algo que les tenía hipnotizados, no sabían lo que hacían, y podían resultar muy malheridos, o peor, podían morir.

Sam hizo exactamente lo mismo con Bella, que se quedó clavada en su sitio durante una fracción de segundo para, luego, arrojarle contra él, que se limitó a esquivar sus embustes ciegos.

No eran los únicos. Alice y Jasper ya estaban fintando con Quil y Embry.

Toda mi manada estaba conectada a mí telepáticamente, así que ninguno de estos dones mentales les hacía efecto. Ni las ondas lectoras de mentes de Edward, ni ese humo verdoso que soltaba Jasper para tranquilizar al personal. Mientras mi círculo brillante me protegiera a mí, todos, incluida mi chica, por supuesto, estaban bajo mi protección. Alice, la pobre, se dejaba la sesera en intentar ver el futuro, pero no tenía nada que hacer, nosotros estábamos aquí y todos sus esfuerzos eran inútiles. Otro cantar era el escudo de Bella. Para deshacerlo, mi círculo de luz brillante necesitaba moverse hacia allí, pero como esto era una pelea física y su don no le servía para nada, ni siquiera lo había creado.

¡Cuidado, Jake!, gritó Nessie de pronto, haciendo que me fijase.

Uno de esos gigantes de más de dos metros y medio se abalanzó hacia mí sin ningún tipo de reparo o temor, ruguéndome con fuerza en todo el careto. De su cabeza no emanaba nada de nada, ningún sentimiento, puesto que su alma se encontraba fuera, aferrada a su cuello con desesperación.

Gracias al aviso de Nessie fui capaz de esquivarle, aunque ella también se tuvo que apartar y se quedó fuera del amparo de mi escudo.

Antes de que nos diese tiempo a reaccionar, alguien se interpuso en su camino.

¡Nessie!, voceé, al ver cómo la Pitufina le impedía regresar a mi lado.

Los demás solamente escucharon mi rugido iracundo.

—¡Jake! —chilló ella, tratando de acercarse.

—¿A dónde te crees que vas? —le dijo la rubia canija, mirándole con una sonrisa maléfica.

¡Maldita zorra, apártate de ahí!, volví a rugir, preparando mi círculo destructor.

La Pitufina se las arregló para colocarse entre yo y Alice, a cierta distancia, así que no podía usar mi poder espiritual para fulminarla. Si lo hacía, Alice también sería alcanzada. ¡Maldición!

¡Quil, aleja a Alice de ahí!, le pedí.

¡No puedo, estoy acorralado!, me desveló él.

Entonces me fijé en que también estaba ocupado con otro chupasangres, fintando con él mientras trataba a la vez de que Alice no le arrease.

Genial.

De pronto, y con la distracción, el gigante me agarró, rodeándome con sus enormes brazos para inmovilizarme.

Me quedé a cuadros. ¿Cómo podía sujetarme? Con mi barrera ni siquiera tendría que poder tocarme.

—¡Jake! —exclamó Nessie, horrorizada, doblando sus rodillas para saltar hacia mí.

Le dio tiempo a saltar, pero no pasó de ahí. Esa desgraciada de Jane brincó a la vez y ambas chocaron en el aire, haciendo que Nessie se cayera de espaldas en el suelo.

¡No, Nessie!

Mi rugido se vio ahogado cuando los musculosos y fuertes brazos de ese gigante me estrangulaban y me alzaron del suelo. Me revolví, intentando morderle, lleno de cólera, pero, ¡mierda!, por más que lo intentaba, mis fauces no llegaban a sus brazos ni a cualquier otra parte de su asqueroso cuerpo inerte, que me meneaban de aquí para allá, asfixiándome.

¡Jake! ¡Nessie!, gritaron varios miembros de mi manada.

—¡Mierda! —masculló Em, que ahora estaba muy ocupado intentando deshacerse de un chupasangres muy hábil.

Carlisle se encontraba fintando con otro vampiro, Esme esquivaba los golpes de su atacante y Rosalie peleaba con otra mujer vampiro. Los ojos de los tres, y de Emmett, se apartaron un mínimo instante de sus contrincantes para mirar mi estúpida y humillante situación.

Mis lobos se afanaban en que los Cullen hipnotizados no llegasen al objetivo de sus ataques, que eran la guardia Vulturis. El resto de los Cullen nos habían dejado esto a nosotros, ya que sabían que ellos no estarían a salvo de los dones de Edward y Jasper, pero también colaboraban para que a los miembros de su aquelarre no les tocasen ni un pelo. Mientras mis lobos hacían su trabajo, Carlisle, Esme, Emmett y Rosalie se movían a su alrededor, quitándoles del medio a cualquier otro chupasangres que osara atacar.

Ninguno de ellos podía ayudarme, ¡maldita sea! Y los lobos que no se dedicaban a eso tenían bastante con luchar con los gigantes y los otros vampiros.

—¡No! —volvió a gritar Nessie, poniéndose de pie de nuevo. Intentó esquivar a la rubia canija, pero ésta no la dejaba en paz, parecía su maldita sombra—. ¡Quítate de ahí! —le chilló, apretando los puños y las muelas con más que rabia.

—Si quieres pasar, tendrás que quitarme tú —le provocó, siguiendo con esa estúpida sonrisa.

La imagen de un enfrentamiento barrió su mente como un tornado.

¡Ni hablar, Nessie!, protesté, a la vez que seguía zarandeándome a los lados para zafarme de ese gigante, ahora todavía con más urgencia. ¡Aléjate de ella! ¡No se te ocurra enfrentarte a esa arpía, ¿me oyes?! ¡Yo acabaré deshaciéndome de este gigante pesado!

Mi pulsera me protege, afirmó, clavándole la mirada a la Pitufina con odio. No podrá hacerme nada, confío en su poder.

Yo no estaba tan seguro de eso. Sabía que la pulsera era capaz de crear una barrera, pero, ¿sería capaz de aguantar durante el tiempo necesario?

¡Da igual! ¡Físicamente es más fuerte que tú!, rebatí, nervioso.

Sí, estaba histérico, porque la película que ella se había montado cada vez tenía más peso en su cabeza, y ese film mezclaba las escenas acontecidas en el agujero de los Vulturis con otras imaginadas por ella, con la venganza como protagonista.

De repente, alguien chocó con el gigante con gran estrépito y los dos, junto con el que había embestido a mi opresor, nos caímos en el suelo. El

gigante por fin soltó mi cuerpo y aproveché para zafarme, levantándome inmediatamente.

Mis ojos se abrieron como platos cuando vi a Ryam. Él era el que me había librado de esa bestia. Sin embargo, no sabía luchar, y esta vez fue a él a quién el otro gigante apresó.

—¡Ryam! —chilló Helen, que fintaba con otro gigante.

—¡Ryam! —gritó Nessie, también.

—¡Estoy bien! —aseguró él.

Logró despegarse del otro gigante con gran habilidad, la verdad, pero éste enseguida volvió a acorralarle.

¡Ya estoy aquí!, anunció Michael con mucho bombo, lanzándose a por el gigante para quitárselo de encima a Ryam.

Bien, ahora ya podía volver junto a Nessie. Llevé una pata hacia delante, sin embargo, otro gigante se interpuso en mi camino. Iba a arrancarle la cabeza de un solo mordisco, sabiendo de sobra que solamente me serviría para quitármelo de encima unos segundos, segundos que eran muy valiosos, puesto que me daban de sobra para empujar a Alice, liquidar a la Pitufina con mi eclipse atacante y ponerme junto a Nessie, pero entonces, y para mi asombro, el alma del gigante me imploró que no lo hiciera, mostrándome ese rostro desfigurado lleno de agonía pura y dura.

¿Qué era esto? ¿Qué demonios intentaba decirme? ¿Acaso yo no podía arrancarle la cabeza? ¿Por qué? Bueno, mira, me daba igual, en estos momentos mi tarro sólo podía pensar en Nessie. Y tenía que llegar a ella como fuera, antes de que la Pitufina le hiciera daño.

Me lancé sobre el gigante, aunque, vale, sí, lo reconozco, ver a ese escalofriante espíritu implorándome con esa profunda pena me llegó al alma. Sí, era escalofriante, y el gigante era realmente agresivo, rugía con cólera y te clavaba esos ojos blancos con un odio que te ponía la pelambreira de punta, pero no pude remediarlo, me daba mucha lástima, porque esos gigantes eran manejados con otra cosa, y su verdadero yo, es decir, esas almas, no tenían la culpa de nada, así que no le arranqué la cabeza, simplemente le esquivé, le empujé y le tiré a un lado.

El suelo tembló cuando eso sucedió, pero, antes de que me diera tiempo a pensar en la siguiente jugada, ese, que se levantó a una velocidad digna de un chupasangres, más otro gigante, se pusieron delante.

—¡Jake! —exclamó Nessie, avanzando un paso para ayudarme.

Pero la canija le impidió caminar más.

¡Déjala en paz!, grité, harto, a la vez que fintaba con los dos gigantes y sus almas colgantes.

—Ah, ah... —articuló la rubia enana, con un tono de negación burlesco que me hizo rechinar los dientes—. Ya te lo he dicho, si quieres llegar a él, antes tendrás que deshacerte de mí.

¡Maldita!, gruñí. *¡No le hagas caso!*

Las imágenes de antes se presentaron en la cabeza de mi chica, pero, esta vez, con más urgencia y contundencia, dejando a un lado, incluso, esa preocupación que tenía por todos nosotros.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te atreves a luchar conmigo? —azuzó la rubia canija.

¡No le escuches!, gruñí.

—Claro que sí —aseguró mi chica, apretando las muelas.

—Pues entonces te reto a un duelo privado —soltó la Pitufina, alzando la barbilla con esa arrogancia que la caracterizaba.

¡Nessie, no!, mascullé, intentando esquivar a ese par de enormes gigantes de más de dos metros y medio. *¡Maldita sea! ¡Quitaos de ahí!*, les grité a éstos, como si así me fuesen a hacer caso.

—¿Dónde? —preguntó Nessie, mirándole con una agresividad que jamás había visto en ella.

¡No!, protesté, saltando sobre uno de los gigantes, con rabia.

Conseguí incrustar mi dentadura en su brazo, así que automáticamente, tiré con fuerza y me lo llevé de cuajo. El gigante ni siquiera emitió un murmullo de dolor, eso sí, me metió tal empujón, que me caí de costado y fui alejado varios metros, aunque me puse en pie ipso facto.

¡Jake!, exclamó Nessie, preocupada.

¡Estoy bien! ¡Escucha, no se te ocurra pelearte con ella, ¿me oyes?!

—Ahí, detrás de esos árboles —la Pitufina, ignorando nuestra conversación mental, señaló a los mismos con un movimiento de cabeza.

¡No, Nessie!, repetí, histérico.

Mientras el brazo de ese gigante ya estaba emergiendo de nuevo, el otro coloso intentó atraparme entre los suyos, pero esta vez no me dejé enganchar. Esquivé su aspaviento de un rápido movimiento, dejándole a mis espaldas, y le propiné una fuerte patada con mis patas traseras, lanzándole al suelo de morros. El terreno tembló por un instante como si anunciase un terremoto.

De repente, uno de los chupasangres de Vladimir y Stefan embistió a la Pitufina de lado, igual que la máquina de un tren de alta velocidad, apartándola del camino de Nessie.

¡Sí, genial!

¡Ahora quédate cerca de mí!, le dije, peleándome con el otro gigante, que ya se me había echado encima.

¡Sí!

Nessie intentó acercarse, pero otra sanguijuela se metió por el medio.

¡Maldita sea!, gruñí.

Tranquilo, ya verás qué pronto me lo quito de encima, me calmó ella mientras ya fintaba con él.

Bueno, pero ten cuidado.

Antes de que me diera tiempo a decir más, el vampiro se arrojó hacia ella con violencia, pero Nessie le esquivó con un movimiento rápido y ágil, y en un parpadeo le arreó una fuerte patada donde más duele.

—¡Maldita! —masculló el chupasangres, doblándose hacia delante con dolor.

Nessie aprovechó ese debilitamiento de su contrincante para arrearle otra patada, aunque el vampiro reaccionó y se incorporó para esquivar su ataque de un salto.

Los alaridos del chupasangres que había atacado a la rubia canija no tardaron en oírse. Ésta le estaba incrustando sus rayos láser de color rojo en toda la frente, torturándole sin piedad mientras su víctima se retorció de dolor en ese verde terreno. Parecía muy cabreada con él por haberle apartado de Nessie, así que ese pobre desgraciado tenía para rato.

El gigante que yo había tirado al suelo, se levantó para embestirme, sin embargo, fue interceptado por Cheran, que, con un alto salto, se lo llevó por delante y me lo quitó de encima.

Ambos cayeron sobre la alta hierba, aunque enseguida se pusieron en pie para pelear. Ahora la atención de ese coloso se centró en mi hermano.

Gracias, tío, le agradecí.

De nada, ya me aburría, bromeó.

Aún así, todavía me quedaba este. Mi gigante llevó su enorme puño hacia mí para incrustármelo en el cráneo, pero aparté la cabeza a tiempo y logré engancharme a su muñeca. Como un perro rabioso, me zarandé mientras gruñía y le seccioné el antebrazo, escupiéndolo a un lado.

Mi chica recibió una patada en el estómago que me dolió más a mí y que la tiró al suelo.

¡Nessie!, rugí.

¡Estoy bien!, gimió ella, aunque ya se estaba levantando, porque ese maldito chupasangres no le daba tregua.

Estaba que echaba humo, y me abalancé al gigante con rabia para clavarle los dientes otra vez. Logré arrancarle el otro brazo, le empujé de un cabezazo, apartándole de mi camino, y me lancé enseguida hacia esa asquerosa sanguijuela que ya se dirigía a por Nessie de nuevo. Sin embargo, con un movimiento rapidísimo, mi chica esquivó ese golpe que tenía preparado para ella y, como si de un duelo de la edad se tratase, fue ella la que le golpeó, aprovechando la misma inercia del ataque de su contrincante. La cabeza del chupasangres salió despedida, parecía un balón de fútbol americano, cuando anotan.

Tu parienta sabe defenderse muy bien, rió Embry.

Estaba luchando con uno de los vampiros de Vladimir y Stefan, muy cerca de éstos, por cierto, los cuales lo estaban haciendo con Felix y Demetri.

Vladimir fintaba con el gigantón de Felix, que estudiaba todos sus movimientos con meticulosidad. En cambio, Stefan y Demetri tenían una lucha encarnizada consistente en golpes, golpes y más golpes. Aro, Cayo y el adormilado de Marco observaban todo detrás de su barrera protectora, apretando los dientes cada vez que Vladimir o Stefan ganaban un punto.

Me acerqué a Nessie por fin y le metí el hocico por la cara para comprobar su estado.

¿Estás bien?, inquirí, oliéndole con nerviosismo.

Sí, sonrió ella, posando su frente sobre la mía peluda a la vez que metía sus delicadas manos entre el pelaje de los costados de mi cara.

Después, me dio un beso tan dulce, que casi se me olvida dónde estábamos. Si no fuera porque estaba en mi forma lobuna, le habría arreado un buen beso.

¡Jake, esto se pone feo!, me anunció Leah. *¡Como nos imaginábamos, la guardia de los Vulturis ya empieza a atacarnos!*

Mis ojos se desviaron hacia allí durante un mínimo instante, no querían dejar a Nessie.

—¡Traidores! —gritó Emmett, que ya estaba fintando con uno de los matones de los Vulturis.

Rosalie ya estaba peleando con esa tal Chelsea, aunque Esme y Carlisle todavía lo hacían con miembros del ejército de los rumanos.

Malditos... Ya habían tardado demasiado.

Me fijé en Aro de nuevo. El muy cínico ahora sonreía abiertamente. Sentí la urgente necesidad de volar hacia allí para liquidar a esos tres de una vez por todas.

¡Jake, mi familia!, me avisó Nessie de repente.

Mi cabeza se giró súbitamente. Edward, Bella, Alice y Jasper se lanzaron hacia nosotros con saña, clavándonos esos ojos de color escarlata que me daban escalofríos. Ver esos iris en ellos resultaba demasiado impactante.

¡Mierda!, mascullé.

¡Jake, no sé qué ha pasado!, declaró Quil, que se encontraba luchando con Embry en su forma humana. Bueno, no era Embry, claro, era ese asqueroso bastardo de Zhou, que estaba imitando su forma de un modo un tanto burlón mientras el propio Embry, el de verdad, soltaba todo tipo de insultos en su mente. *¡Estábamos protegiéndoles, todo iba muy bien, pero de pronto se han escapado hacia allí, los cuatro a la vez!*

Embry dejó de soltar sus pestes momentáneamente para hablar.

¡Es como si hubiesen recibido una orden o algo!

Sí, estaba claro que eran manejados por eso maléfico que flotaba en el ambiente, lo intuía, lo sentía.

Todos mis hermanos de manada, los Cullen de nuestro bando e incluso Ryam y Helen estaban luchando con los gigantes y con diferentes chupasangres, unos de la guardia de esos viejos decrepitos de los Vulturis y otros del ejército de los rumanos, de los cuales cada vez quedaban menos, aunque seguían siendo muy numerosos.

¡Mierda, mierda!

Bella, Edward, Alice y Jasper llegaron en cuanto Embry pensó la última palabra.

¡No te separes de mí!, le dije a Nessie, empujándola hacia atrás para que se quedase en mi retaguardia.

¡¿Qué vamos a hacer?!, preguntó ella, ansiosa.

No me dio tiempo a contestarle. Mientras fintaba con los cuatro vampiros miembros de mi familia, noté un zumbido a mis espaldas que no me gustó ni un pelo.

¡No, maldita bruja!, rugí, al ver que la canija había aprovechado para separar a Nessie de mí una vez más.

Edward no perdió el tiempo. Al ver mi mínima distracción, se abalanzó sobre mí para atacarme. Menos mal que mi vista periférica es

bastante buena y pude esquivarle. Eso sí, por culpa de ese movimiento no pude evitar ser rodeado por los cuatro.

—¡Apártate de ahí! —gritó Nessie, iracunda.

—Ya te lo he dicho —habló esa pesada de Jane—. Nunca llegarás a tu lobo si no te enfrentas conmigo.

¡No, Nessie!, protesté.

Pero ya no pude decir más.

—¡Maldita furcia! ¡Ya me tienes harta! —gritó Nessie, colérica, abalanzándose sobre ella.

¡NO!, rugí.

La Pitufina también se arrojó hacia ella y ambas chocaron con fuerza, cayéndose de espaldas en el suelo.

¡Nessie!, grité, esquivando otro embuste de Bella.

Sin embargo, mi chica estaba muy decidida a terminar con esto que ya había empezado. ¡Mierda, maldita sea! No podía utilizar mi voz de Alfa para detenerla, Nessie ya no podría defenderse y esa bruja de Jane se aprovecharía de eso para hacerla daño. Y tampoco podía deshacerme de Bella, Edward, Alice y Jasper así como así. Si fueran otros vampiros, me arrojaría sobre ellos, llevándome de cuajo todo lo que pudiese, pero, ¡mierda! a ellos no podía hacerles daño.

Las dos se levantaron del terreno con prisas. La canija no perdió el tiempo y enseguida entornó los ojos para lanzar sus rayos rojos.

¡No, Nessie!, me revolví, intentando esquivar a Jasper, que no me dejaba, el muy idiota.

¡Tranquilo, la pulsera me protege!, me calmó ella.

Iba a extender mi círculo de luz brillante con precipitación —esa burbuja protectora que no haría ningún daño a los Cullen, eso sí, ellos también estarían dentro, aunque no había ningún problema, lo único que podía pasar era que Edward me leyera la mente durante un rato y que Jasper me sedara con su don de relajación—, pero, como dijo Nessie, la pulsera se me adelantó.

El aro de cuero latió una sola vez e instantáneamente erigió una barrera alrededor de Nessie, de modo que los rayos rojos de la canija chocaron con su cristal invisible y no llegaron a tocar a mi chica.

¿Lo ves?, recalqué.

La Pitufina incrustó las cejas en los ojos.

—Maldita... —masculló, apretando los dientes—. Te reto a una pelea, ¡ahora! —gritó de pronto.

¡No, Nessie!

Alice y Bella se interpusieron en mi camino de nuevo.

—¡Acepto! —asintió ella de una forma totalmente impulsiva, apretando los dientes con ira.

¡No!, volví a protestar.

¡Confía en mí, por favor!, me pidió mientras ya echaba a andar hacia los árboles con presteza. *¡Cuida de mi familia, yo confío en ti! ¡Vendré enseguida!*

La Pitufina sonrió con malicia y comenzó a seguirla.

¡No lo hagas, Nessie!, le rogué.

Tengo que hacerlo, esto ya es una cuestión de honor, alegó, esquivando a las diferentes peleas de su alrededor.

¡Déjate de honor! ¡Nessie! ¡Nessie!

Pero ya no me escuchó. Su mente estaba demasiado enfrascada, enturbiada por ese odio y esa ira que la dominaba.

¡No, maldita sea! Tenía que deshacerme de los Cullen como fuera para impedir esa estúpida pelea.

—Diviértete, querida —le sonrió ese hipócrita de Aro a Jane cuando las vio desviarse hacia los árboles.

¡Hijo de mala madre! ¡Tú sabías de todo esto desde el principio!, rugí con cólera. *¡Sabías de las intenciones de Jane!*

Lo que no entendía era por qué permitía esto. Tal vez era una manera de quitarse del medio a Nessie, no lo sé. Quizá la profecía ya no se cumplía del todo si la mujer única desaparecía del mapa. Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a las patas sólo de pensar en que le pudiese ocurrir algo a Nessie.

¡Nessie! ¡Nessie, vuelve! ¡Puede que sea una trampa!, chillé en mi mente.

Pero las dos atravesaron los árboles y la perdí de vista.

HONOR

(PARÉNTESIS)

RENESMEE

Jake todavía me imploraba que volviese a su lado, pero ya no había vuelta atrás. Me moría por regresar junto a él, verle así de preocupado se me clavaba en el corazón, y también sentía esa pulsión de acudir corriendo para ayudarle y protegerle, aunque sabía de sobra que él no necesitaba mi protección, pero no podía permitir que Jane se saliese con la suya. Como me acababa de decir Jacob, ya sabía que esto podía ser una trampa, sin embargo, aunque quisiese estar junto a él, esa arpía no iba a dejarme, ella quería luchar conmigo y no iba a parar hasta conseguirlo, si no era aquí, era en la misma batalla, como había quedado demostrado, y eso distraería a Jake, era peligroso. Tenía que quitármela de encima, y, bueno, para ser sincera del todo, sentía unas ganas enormes de vengarme por osar a toquetear a Jacob.

Este último pensamiento hizo que me rechinasen los dientes de nuevo.

Ya no me molestaba el toqueteo en sí, aunque eso también me ofendía en el alma, sino el matiz de autoridad y superioridad con que lo hacía. ¿Quién se creía que era para tocar a nadie sin su permiso? Encima, sabía que él estaba casado, y ella seguía y seguía insistiendo, seguía con sus acosos, porque esto ya era un acoso puro y duro. ¿Qué pasaba? ¿Es que no podía aceptar que un no es un no? ¿No podía aceptar que él no quisiese que le tocase? ¿Que, además, él estuviese casado? ¿Es que nuestro matrimonio no tenía validez para ella? Me sacaba de quicio, me llenaba de rabia e ira, porque eso demostraba que los Vulturis y sus súbditos seguían teniendo esos estúpidos prejuicios hacia nosotros sólo porque yo era mitad vampiro y Jacob era mitad lobo. Eso me parecía fatal

y me dolía como si me clavasen una daga, porque no entendían nada. No comprendían que Jacob y yo nos amábamos con toda el alma, que estábamos locamente enamorados y que eso era lo único que nos importaba. ¡Pero ella era una cínica, una hipócrita! Jane era un vampiro completo, ¿es que ya no le parecía mal si se trababa de ella? ¿Qué es lo que pretendía realmente? Siempre me había preguntado eso. ¿Qué se proponía con todo esto? ¿Acaso quería algo con Jacob? ¿Era eso? No entendía nada. Eso sin contar la falta de respeto que me mostraba a mí. Era como si yo no existiese para ella, como si yo no pintase nada. ¡¿Pero quién se creía que era?! Me faltaba al respeto, y esto ya era una cuestión de honor. Mi honor, pero también el de Jacob, porque también le faltaba al respeto a él.

¡Nessie, vuelve!, gritó Jake de nuevo, con nerviosismo.

Estaré bien, no te preocupes por mí. La pulsera me protege, le calmé.

¡Da igual! ¡Ella sigue siendo más fuerte! ¡Maldita sea, Nessie, vuelve aquí!

Mi corazón se congelaba cada vez que le escuchaba, sin embargo, tenía que hacer esto, lo necesitaba. No sabía qué pretendía exactamente Jane, qué verdaderas intenciones tenía con Jacob, pero estaba claro que quería algo, y tenía que dejarle las cosas claras de una vez por todas, cortar esto de raíz, pararle los pies definitivamente.

Mi pulsera vibraba, ansiosa y rabiosa. Sentía lo mismo que yo, pero también me advertía del peligro.

Caminamos unos cuantos metros más entre los árboles, hasta que ella habló.

—¿Te parece bien aquí? —me preguntó, parándose.

Como si mi respuesta le importase algo.

—Me parece perfecto —acepté, quitándome la mochila y tirándola a un lado para quedarme frente a ella.

Los pensamientos de Jake me dejaron ver cómo tomaba la determinación de no seguir insistiéndome, ya que sabía que yo no iba a hacerle caso, pues me veía muy decidida, y cómo comenzaba a pensar en algún plan para librarse de mis padres y tíos sin hacerles daño, con el fin de venir a buscarme.

—Estas son las reglas —siguió, mirándome con esa mirada petulante y arrogante—. Se permite todo, excepto los trucos baratos de... magia —y su cabeza señaló a mi pulsera con desdén.

Noté cómo mi aro de cuero se ofendía, casi la gruñía.

—No sabía que hubiesen reglas para esto —le respondí, usando el mismo tono arrogante mientras también levantaba la barbilla con encopetamiento.

Yo también podía alzar la cabeza así.

—Esto es un duelo formal, querida —me contestó.

—Entonces yo también pondré otra regla —dije, siguiendo con esa chulería—. Nada de usar tu don. Esto será un combate de cuerpo a cuerpo. Si lo utilizas, mi pulsera reaccionará y lo bloqueará, ya te aviso.

Su boca se torció en una mueca de sorna, como si viese demasiado fácil su victoria.

No pude evitar que me rechinasen los dientes. Canija presumida. Puede que yo no fuese tan fuerte como ella, ni siquiera en mi estado de casi vampiro, pero mi padre y Jasper me habían enseñado muchas técnicas de combate, así como de autodefensa. Además, en una lucha era más importante usar el intelecto que la fuerza física.

—De acuerdo —asintió.

—Bien —tensé todos mis músculos y me agazapé para preparar mi ataque, esperando a que ella hiciera lo mismo.

—Espera, hay algo más —me paró.

Me erguí un poco, aunque seguí algo inclinada, por si era una trampa.

—¿Más? ¿Más reglas? —inquirí, frunciendo el ceño con cansancio.

Ya me moría de ganas de empezar.

—La que gane se quedará con él —espetó.

Tardé cerca de un minuto en asimilar esas palabras.

—¿Cómo dices? —fue lo único que pude decir, eso sí, con indignación.

—Si vences tú, él será tuyo. Si venzo yo, será mío.

¡¿Pero qué estaba diciendo?!

—¿Crees que voy a apostar a mi marido? —reprobé, enfadada—. ¿Es que crees que es un objeto que se puede apostar? Escúchame bien, enana estúpida, él es mío, ya es mío, ¿entiendes? Él me quiere a mí, está enamorado de mí, está CASADO conmigo —solté, voceando esa palabra para que le quedase bien clara—. No hay apuestas que valgan, él no es negociable.

—¿Acaso tienes miedo de perder? —sonrió con petulancia.

—Claro que no —aseguré con firmeza—. Pero no se trata de eso, ¿es que no me has oído?

—Sí, puede que ahora esté casado contigo, pero tu muerte terminará con ese matrimonio —aseguró, continuando con la misma expresión en la cara.

Mis manos se cerraron en puños.

—Nos hemos prometido hasta más allá de la muerte —le revelé—. Nuestro vínculo es tan extremadamente fuerte e irrompible, que ni siquiera la muerte puede separarnos. Nuestros espíritus siempre estarán juntos, siempre lo han estado y siempre lo estarán, para siempre.

—Eso suponiendo que exista un más allá —cuestionó.

—Lo hay —afirmé, muy segura.

Lo estaba. Yo misma había sentido el espíritu de Jacob cuando el licántropo le había mordido y había caído en coma, yo misma sentía su espíritu, su alma, uniéndose a la mía cuando hacíamos el amor; ese mundo espiritual no era nada nuevo ni desconocido para mí, y nuestras almas habían nacido para moverse juntas, en este mundo y en el otro.

—Está bien, no importa, supongamos que exista. Mientras tú estés muerta y él siga vivo, no estaréis juntos —debatió, curvando más su labio con una altanería que me sacaba de quicio—. Y yo me encargaré de que eso sea así cuando todo esto termine y le atrapemos.

Nuestras sospechas se habían visto confirmadas cuando la guardia de los Vulturis había empezado a ir a por nosotros, pero esto ya lo dejaba claro del todo. Por supuesto querían terminar con Vladimir y Stefan, debían de resultarles lo suficientemente peligrosos, sin embargo, estaba claro que no iban a dejar pasar la ocasión de deshacerse de todos nosotros. Nos habían chantajeado con mis padres y mis tíos para utilizarnos, para terminar con los rumanos, sabiendo que nosotros no podríamos negarnos, y ahora que les habíamos facilitado esa tarea querían quitarnos del medio. Lo que no entendía era por qué querían atrapar a Jacob y no querían matarle a él también. Tuve que respirar bien hondo para que mi corazón no sufriese un pinchazo mayor, porque tan sólo pensar en esa palabra relacionada con Jake, hacía que me temblasen las piernas. Pero, al parecer, esa no era la intención de los Vulturis, sino llevárselo a Volterra. ¿Por qué?

Podía sentir a Jacob escuchando todos mis pensamientos con suma atención, a toda la manada. Mientras seguían pensando y oyendo las demás mentes simultáneamente, todas las órdenes, advertencias, etcétera —al igual que yo—, permanecían en una especie de silencio,

escuchándome a la vez, como si hubiese una burbuja dentro de esa dinámica alocada y vertiginosa a la que yo no estaba tan acostumbrada.

—¿Por qué queréis llevároslo? —quise saber, siguiendo el hilo de mis pensamientos.

—Eso no tienes por qué saberlo —me contestó, con esa arrogancia suya—. Lo único que tienes que saber es que, cuando le atrapemos, él será mío.

Mis muelas crujieron. De eso ni hablar.

—Él no será tuyo nunca. Además, para eso primero tenéis que conseguirlo, y ya te aviso de que os resultará imposible. Él terminará con todos vosotros antes —manifesté con seguridad y orgullo.

—Créeme, lo conseguiremos; y él acatará todas nuestras órdenes —declaró, con una confianza que me heló el alma. ¿Por qué estaba tan segura?—. Y cuando le atrapemos, Aro deja que me lo quede. Ahora puede que sea tuyo, pero cuando te mate, me lo quedará yo.

Rechiné los dientes con más que rabia. No podía creerme las barbaridades que mis oídos estaban escuchando. Hablaba de Jacob como si él fuera un animal que se puede poseer.

—Él es mío, pero no del modo en que lo ves tú, no como algo material —rebatí, ofendida—. Las personas no se pueden poseer, no pertenecen a nadie de ese modo, y tú lo quieres para ti como si se tratase de un objeto o un *perro* —los dientes me rechinaron de nuevo al pronunciar el último vocablo.

La sonrisa se le borró de la cara, la cual se llenó de tensión.

—Él me gusta, lo quiero para mí y será mío —afirmó con rabia—. Cuando tú desaparezcas, ya no habrá ningún obstáculo entre nosotros.

Estaba loca, loca perdida. ¿No veía que él no quería nada con ella? ¿Que él estaba enamorado de mí? ¿No veía que no podía tenerle?

—Él jamás será tuyo, lunática —escupí con ira contenida.

—Eso ya lo veremos —me respondió, entornando sus ojos rojos, irritada—. Con tu muerte, la profecía se paralizará y el Gran Lobo se hará más vulnerable, ya no tendrá tanto poder. Yo haré que termine fijándose en mí, que termine rindiéndose y siendo dócil, sólo necesita recibir cierta... domesticación y aprendizaje.

—¿Domesticación?! —mis muelas ya no podían estar más juntas y mi voz iracunda me raspó la garganta—. ¿Crees que puedes... *domesticarle* para que te ame? —la palabra volvió a lijar mi faringe.

Ahora sí que no aguantaba más.

¿*Qué está pasando por ahí, Nessie?!*, me preguntó Jake, que, sin duda, seguía escuchado mis pensamientos.

Estaba realmente nervioso por mi situación, y sus ojos me mostraban que todavía seguía fintando y esquivando los embustes de mis padres y mis tíos. Su mente me dejaba ver que ya empezaba a perder la paciencia.

—Obedecerá a todo lo que le diga, hará todo lo que le pida, y acabará amándome —aseguró—. Yo le enseñaré a hacerlo.

¡Uf! Esto ya me superaba.

—El amor no se puede enseñar, no se puede comprar —afirmé, con la voz más acerada—. No puedes obligar a nadie a que te quiera. Además, ¿crees que Aro permitirá todos tus planes? Eres más estúpida de lo que creía.

—Yo lo haré, haré que sea mío —aseguró, alzando la barbilla—. Y Aro ya me lo ha prometido. El Gran Lobo será mi recompensa por tantos años de fiel servicio.

—Eso ya lo veremos —gruñí, agazapándome más.

Su labio se curvó en una media sonrisa arrogante. Se desató el cordón que abrochaba su capa casi negra, se la quitó, la tiró a un lado y acto seguido se agazapó frente a mí.

Ninguna esperó más.

¿*Nessie, ¿qué está pasando?!*, repitió Jake.

Pero no pude ni pensar para contestarle.

Jane y yo chocamos cuando nos embestimos la una a la otra, y ambas salimos despedidas de espaldas. Mi embuste fue un poco menor que el suyo, así que ella se cayó de pie sin ningún problema, pero yo tuve que apoyar mi mano en el terreno para no caerme hacia atrás. Aún así, conseguí guardar el equilibrio sin tener que quitarle la vista de encima.

¿*No, Nessie!*, gritó mi chico cuando vio a través de mis ojos.

Esa arpia no tardó en abalanzarse sobre mí de nuevo, aunque ya la esperaba, por supuesto. Con una carrera vertiginosa, dio varias piruetas mortales en el suelo, como si de una gimnasta se tratase, y terminó la última llevando sus pies por delante para embestirme con saña. Conseguí esquivarla con facilidad, sus piruetas no me impresionaron para nada. Salté como un muelle antes de que las plantas de sus zapatos llegasen a incrustarse en la cara y me enganché a la rama de un árbol.

Pero ella era rápida.

Antes de que me diese tiempo ni de respirar, se enganchó a otra rama y se balanceó para arrojarse hacia mí. Yo no fui menos. Tomé impulso de igual forma y las dos nos soltamos, volando la una hacia la otra.

Nos estampamos en el aire y allí mismo comenzamos un baile macabro consistente en puñetazos y golpes fuertes. Con mi percepción de casi vampiro todo lo que sucedía alrededor parecía ir a cámara lenta. No me fijé, puesto que mis ojos estaban clavados en ella, pero pude escuchar el zumbido que atravesaba las alas de un ave rapaz que planeaba sobre nosotras, el correteo de una ardilla que escalaba por la corteza de un árbol e incluso cómo un ratón roía lo que quedaba del piñón caído de uno de los pinos. Mientras todo esto sucedía, nosotras ya nos habíamos golpeado multitud de veces durante el descenso de nuestro salto.

Y continuamos haciéndolo una vez que aterrizamos.

Jane era más fuerte que yo, sin duda, pero tenía que reconocer que mis reflejos no tenían nada que envidiar a los de cualquier otro vampiro completo. Conseguía esquivar casi todos sus ataques. Casi, porque algún que otro puñetazo llegaba a impactar sobre mi cuerpo. Uno de ellos logró darme en el estómago. Mi abdomen era más duro, debido a mi transformación, pero me dolió como si me hubiesen golpeado con una roca lanzada por un cañón. Si no llega a ser porque mis latidos se habían ralentizado y mis bronquios apenas trabajaban, me hubiese quedado sin respiración.

Sin embargo, algunos de mis puñetazos también conseguían dar en el blanco, haciendo que ella rechinase los dientes con rabia. No era tan fácil pelear conmigo como se imaginaba.

Me giré sobre mí misma a una velocidad ultrasónica, incluso para mí, y de una forma totalmente imprevisible le arreé una patada en la cara con todas mis ganas. Mi jugada le había tomado por sorpresa. Se cayó en el suelo, aunque pronto se recompuso. Me siseó, cabreada, y se levantó con precipitación para embestirme de nuevo.

—¡Él será mío! —gritó, mientras saltaba con la pierna por delante.

—¡Ni lo sueñes! —repliqué, haciendo lo mismo.

Ambas nos golpeamos en el estómago y salimos despedidas hacia atrás, del fuerte impacto. Nuestras espaldas chocaron con los troncos de unos árboles, que se quebraron. El estruendo y crujido fue tan estrepitoso, que hizo eco en las montañas cercanas, provocando que las aves que habitaban en esa zona se alertasen y saliesen espantadas.

¡Nessie, ¿qué ha pasado?!, preguntó Jacob, histérico.

¡Un golpe de la lucha, nada más! ¡Estoy bien!, le respondí para tranquilizarle un poco, aunque sabía que eso iba a ser imposible.

Mi pulsera no hacía más que vibrar, ansiosa y nerviosa, para que yo le dejase actuar.

Volvimos a saltar para subirnos a las ramas de esos robles, aunque esta vez nos pusimos de pie, sobre ellas. Comenzamos otra danza que resultaba de los saltos entre el ramaje, en un avance veloz y potente, hasta que llegamos a encontrarnos una vez más.

Brinqué de mi rama y me arrojé hacia ella para propinarle otra patada, pero mi pierna no llegó a golpearla, ya que se agachó con agilidad y mi embuste lo recibió otra rama, que se quebró y salió despedida en trepocientas astillas.

Esa arpía de Jane arrancó otra rama y comenzó a moverla para golpearme, agitándola en el aire con una rabia que hacía que el viento zumbase, iracundo, cada vez que pasaba junto a mis oídos cuando yo la esquivaba.

Sin embargo, no era fácil. En uno de mis esquivos, vi cómo la rama cambiaba de rumbo súbitamente y se dirigía a mi cara con la velocidad digna de un meteorito. Gracias a mis reflejos, logré agacharme a tiempo y la rama se estampó en el tronco de mi árbol. El impacto fue tan fuerte, que el delgado tronco se quebró en dos. Tuve que saltar a otra rama para que la parte superior del roble no se me cayese encima.

Entonces, de repente, sentí un fuerte impacto en mi espalda. No sólo escuché el crujido de mis vértebras, sino que sentí un dolor punzante y agudo que ahora sí que me dejó sin respiración del todo.

El quejido de mi columna vertebral no fue lo único que los sobrecogió. Pude sentir cómo mi dolor se clavaba en cada uno de los miembros de la manada, en el mismo sitio, como si ellos también hubiesen tenido ese golpe. Todos gimieron en voz alta.

¡NESSIE!, gritó Jake, colérico.

¡Nessie!, chillaron también los demás.

Mi organismo seguía siendo un poco humano, no era de mármol como el de un vampiro completo, así que mis piernas pasaron a ser de trapo y mi cuerpo se desplomó hacia abajo, en una caída vertiginosa que terminó cuando aterricé en ese mullido terreno.

Conseguí alzar mi torso un poco, apoyando mis codos, y traté de moverme, pero no sentía mis piernas. Además, comenzaba a sentirme débil, la lucha había sido muy intensa y necesitaba sangre. Iba a reptar

con la ayuda de mis brazos, en un intento desesperado de alejarme de allí, sin embargo, no pude llegar muy lejos.

Los pies de Jane se plantaron justo delante de mis ojos en cuanto se bajó del árbol con un salto. Mi pulsera vibraba sin parar, gruñéndola.

—No te preocupes, tu muerte te salvará de la silla de ruedas —escuché que decía Jane, y por su tono de voz, sonreía con satisfacción.

¡Perdóname Jazz!, dijo Jacob con una voz frenética.

Y acto seguido pude ver a través de los ojos de mi lobo cómo mi tío era despojado del brazo que iba a golpearle, profiriendo un alarido que se escuchó en todo el bosque. Eso sirvió para que quedase un hueco y él lo atravesara a toda velocidad, dirigiéndose hacia aquí.

¡NESSIE!, rugió.

—Me encanta su piel. Es ardiente, y extremadamente suave —afirmó esa bruja, continuando con esa sonrisa.

Rechiné los dientes con más que cólera, porque sólo recordar que sus sucias manos habían osado a tocarle, hacía que la ira tomase todo mi cuerpo.

—¡Zorra! —grité, con ira.

—Me pregunto cómo será cuando la sienta por todo mi cuerpo —siguió.

No. Jamás. Jamás le tocaría ni un solo pelo más. ¡JAMÁS! Tenía que luchar, por él. Pelearía por él hasta la muerte, con quien fuera, como fuera.

En ese momento la cólera tomó todo mi cuerpo, pero también a mi aro de cuero, que comenzó a emitir unos zumbidos extraños. Me recordaba a ese sistema de comunicación que tienen las hormigas, cuando hacen golpear sus abdómenes en el suelo para enviarse mensajes.

Entonces, de pronto, vi una luz brillante que se dirigía hacia mí a gran velocidad y que salía del campo de batalla. Era dorada y su brillo era muy intenso, cegador. Sin darme tiempo a pestañear, la luz se incrustó en la pulsera, igual que si un diminuto meteorito hubiera caído sobre ella, y la pulsera explotó en una radiación de rayos tan brillantes como los del sol.

Mi muñeca empezó a iluminarse por dentro, como si tuviera una luz por debajo de mi piel. Jane no parecía poder ver esto, ya que seguía sonriendo con malicia y ya estaba comenzando a elevar su brazo para asestarme el golpe final. La luz empezó a extenderse por todo mi brazo a

la velocidad del mismísimo sonido y, cuando me di cuenta, todo mi cuerpo estaba lleno de luz.

No era el momento, desde luego, pero era inevitable. Sentí un conocido placer, inmenso, mágico, infinito... Era el poder espiritual de Jake, y éste me recorrió entera. No jadeé de milagro. Duró muy poco, debido a la vertiginosa velocidad con que lo hizo, pero, acto seguido, noté cómo mis vértebras recobraban su vida, cómo mis piernas volvían a tener sensibilidad, y cómo mi organismo se llenaba de energía.

Sentí el alivio de Jake, aunque momentáneo. Todavía no sabía manejar bien todo su poder espiritual, pero su experimento había funcionado.

Cuando la luz terminó su trabajo, la pulsera la absorbió de nuevo y mi piel recuperó su color normal.

Reaccioné a tiempo.

Antes de que el puño de esa arpía llegase a mi cabeza para machacar mi cráneo, rodé en el suelo y conseguí esquivarlo, poniéndome en pie inmediatamente.

¡Bien, Nessie!, aclamó Jacob. *¡Ya estoy ahí!*

Toda la manada se alivió.

Sus nudillos se clavaron en el terreno, hundiéndose en esa húmeda tierra y la vampiro se alzó con precipitación y sorpresa. Esa rubia canija, como la llamaba Jacob, se quedó con los ojos como platos.

—¿Qué es esto? —musitó, mostrándome su dentadura en señal de perplejidad.

—Soy la mujer del Gran Lobo. Siempre estaré protegida —le revelé, orgullosa.

—¡Maldita! —gritó, rabiada.

Entornó sus ojos encarnados y, gracias al poder espiritual de Jake y la conexión telepática, pude ver cómo salían sus rayos rojos hacia mí.

No llegaron muy lejos. Mi aro de cuero vibró una sola vez y erigió su barrera, haciendo que los rayos chocasen contra ella y se deshicieran como si fuesen un simple humo.

—¡No! —gritó con furia, abalanzándose sobre mí de nuevo.

En ese momento, mi colosal lobo rojizo apareció entre los árboles.

¡Ni lo sueñes!, voceó él, soltando su luz brillante. *¡Nessie, apártate!*

Así lo hice. Aprovechando la distracción de Jane al ver a Jacob, pegué un alto salto y me encaramé a una rama, dejándole pista libre a mi lobo rojizo.

El círculo de luz brillante se extendió a una velocidad ultrasónica, iluminando todo lo que tocaba a su paso, hasta que llegó a Jane.

Jake y yo ya empezábamos a reírnos de una forma un tanto sombría, pero, entonces, nuestras sonrisas se cortaron y fueron nuestros ojos los que se abrieron como platos.

La luz brillante se repartió alrededor de Jane, como si hubieran hecho un cortafuegos a su alrededor, quedándose ella dentro, totalmente ilesa.

¿Pero qué demonios pasa?!, se preguntó Jacob.

El labio de Jane se curvó hacia arriba, con esa arrogancia que me sacaba de quicio, y acto seguido aparecieron mis padres y mis tíos —Jasper sin su brazo—, junto a los tres Vulturis y parte de su séquito.

(FIN DEL PARÉNTESIS)

CUANDO CREÍAS QUE YA NO IBA A PASAR ALGO PEOR, VA Y SUCEDE

No me lo podía creer, ¿cómo es que mi elipse brillante no había funcionado? ¿Y por qué venían Bella y los otros junto con los Vulturis? Esto olía muy mal. Además, esa energía maléfica que había sentido desde que habíamos llegado aquí, ahora la sentía mucho más fuerte, más cerca, inmediata, y eso no me gustaba ni un pelo.

Retraje mi agresivo y destructor círculo de luz brillante, dejando de emitirlo, corrí sin pensármelo dos veces y me planté junto al árbol en el que Nessie estaba encaramada, llevando mi barrera protectora conmigo. Ella soltó la rama y cayó justo a mi lado, entrando en esa burbuja luminosa con facilidad. Aquí no podían hacernos nada. Bueno, eso creía, claro, porque visto lo visto...

¿*Estás bien?*, le pregunté, metiéndole el hocico por el rostro, ansiosamente, para comprobar su estado.

Todavía me quedaba algo del shock de antes, por la rotura de su columna vertebral. Casi me da un infarto. Menos mal que la pulsera me indicó que mi poder espiritual podía curarla y se me ocurrió probar, bueno, y menos mal que supe cómo mandárselo, porque todavía no controlaba muy bien esto.

Sí, no te preocupes. Estoy perfectamente, me contestó, metiendo sus manos entre el pelaje de mi cara mientras su frente se pegaba a la mía. *Ni siquiera tengo sed.*

Sí, claro, mi poder espiritual la había llenado de energía.

Bien, respiré aliviado.

No había tiempo para más preguntas ni arrumacos, la rubia canija seguía ahí y los Vulturis habían terminado de llegar junto con los Cullen hipnotizados. En un santiamén, nos vimos rodeados por todos ellos, excepto por esas momias cobardes, que se quedaron fuera del corrillo, a la retaguardia, y Renata, que protegía a Aro. Nessie aferró su mano a mi pelaje y nos quedamos en posición de alerta.

No pude evitar que la rabia invadiese todo mi cuerpo. No podía dejar de mirar a Bella y a los otros. Esos semblantes inexpressivos, muertos, apagados... Pero lo peor de todo eran esos ojos de color carmesí que me daban escalofríos, porque en ellos eran demasiado extraños. Sí, vale, ya había visto a Bella con los ojos rojos cuando era neófita, sin embargo, ahora era distinto. Esos iris eran escarlata por otra razón muy distinta, y eso me quemaba por dentro.

Nessie se aferró más fuerte al ver mi pensamiento. Ella sentía lo mismo.

No te despegues de mí, le dije.

Sí, obedeció, todavía afectada.

¿Cómo van las cosas por ahí, Leah?, quise saber mientras vigilaba el panorama.

Stefan y Vladimir han huido, y los chupasangres de su ejército que quedaban también, pero parte de la guardia Vulturis ha ido tras ellos, desveló. Ahora estamos luchando con los gigantes y con la guardia de los Vulturis que se ha quedado aquí. Esto es agotador, Jake, no hay nada que hacer contra estos gigantes. Y, encima, no nos dejan en paz.

Mierda, lo sé, mascullé, estrujándome los sesos para ver si daba con alguna solución.

¿Nessie está bien?, preguntó.

Sí, gracias a Dios está bien.

—Dime, Jacob, ¿te ha gustado nuestro precioso truco? —sonrió ese desgraciado de Aro, quedándose a unos pasos de nosotros dos, junto con las otras dos momias, los Cullen hipnotizados y su séquito de idiotas—. Es realmente impresionante, ¿no te lo parece?

Los dedos de mi chica tiraron de mi pelambrea con fuerza cuando los apretó, furiosa.

Proferí un rugido potente que me salió de lo más profundo de las entrañas y que hizo temblar al bosque entero. Creo que con eso le quedó clara mi postura.

Después, extendí mi círculo de luz brillante, lo calenté para que se volviera rojo y destructor, y...

...lo retraje de nuevo al recordar que mi familia política de vampiros también estaba ahí.

¡Maldita sea! Y tampoco podía usar mi elipse. Si no fuera porque los Cullen estaban siendo utilizados de escudos, usaría ésta llevándola en zigzag para cargármelos a todos. ¡Mierda!

La comisura del labio del fósil canoso se disparó hacia arriba, y, como siempre, el adormilado no movió ni una pestaña de sus caídos párpados. Aunque Cayo no fue el único que mostró esa asquerosa sonrisa de autosuficiencia. Estaban acompañados de esa tal Chelsea, que había huido como una rata cuando a Rosalie ya le quedaba poco para vencerla —sí, vale, tenía que reconocer que la Barbie era bastante buena peleando— y que ahora estaba acompañada por otro chupasangres que parecía su pareja, del grandullón, del rastreador, del chino bastardo, del Pitufo, del Zanahorio, del escafandra, o sea, Varick, de la guardaespaldas de Aro y de tres sanguijuelas más que no conocía. La Pitufina no tardó en unirse a ellos, con esa estúpida sonrisita dibujada en la cara.

Nessie rechinó los dientes. Todavía no se había quedado conforme con el final de su combate particular. Pero era mejor así.

Todos sonrieron, bueno, todos menos el pelirrojo, que se mostraba bastante serio, la verdad, casi diría que cauteloso. Chico listo.

Miré bien a la Pitufina. No parecía tener nada del otro jueves debajo de su asquerosa y malva alma. Lo que sí seguía notando era esa energía maléfica, pero, diablos, no era capaz de ver de dónde provenía. Parecía que lo hacía de todas partes.

—Deberíais rendiros —declaró el vejestorio chiflado, simulando una cara de compasión que le salía fatal—. Esta guerra prácticamente está acabada.

Tenía esa burbuja que Renata erigía a su alrededor al contacto con sus dedos, sin embargo, en estos momentos prescindía de la escafandra que Varick era capaz de crear en su cabeza para proteger todos sus pensamientos, ya que Alice y Edward estaban presentes, claro, pero, era como si no lo estuvieran.

¡Malditos traidores!, rugí.

—¿Qué les habéis hecho a mis padres y a mis tíos? —reclamó saber Nessie, muy enfadada.

Aunque su cuerpo ya estaba transformado, sus manos temblaban, de la rabia.

—Oh, no hemos sido nosotros, querida, han sido Vladimir y Stefan —le respondió el Vulturis tarado, juntando esas asquerosas manos casi transparentes que sobresalían de su capa azabache—. Nosotros sólo hemos tornado la hipnosis y ahora obedecen a nuestro bando.

Lo sabía, están hipnotizados, mascullé, rechinando la dentadura.

—¿Que habéis... tornado la hipnosis? —preguntó ella, sin comprender.

Yo tampoco entendía nada, la verdad.

Aro alzó su tísica mano un poco, medio girándose hacia atrás, y se volvió al frente de nuevo, mostrando una desagradable sonrisa orgullosa.

Entonces, mi ceño cayó sobre mis ojos, sorprendido y extrañado. Cinco espectros salieron de entre los árboles y comenzaron a acercarse a nosotros, flotando con esa cadencia y ritmo pausado que solían utilizar todos estos chupasangres. Iban ataviados con unas capas, cómo no, pero estas no eran de color gris o casi negro, no, eran de color rojo oscuro, y esos vahos que rezumaban no me dejaban lugar a dudas. Aparte de sus almas malvas, desprendían un vaho gris oscuro que se acercaba al casi negro. Sí, era una asquerosa magia negra, tan negra como el petróleo, y pude sentirla. Se me erizó toda la pelambreira del lomo al notar toda esa maldad. Sí, esa energía maléfica que sentía provenía de ellos, sin duda. Aunque, no sé, parecía que no sólo venía de ellos...

—Os presento a nuestros prestigiosos magos —habló ese fósil de Aro una vez más, señalándolos, cuando éstos llegaron a su lado.

Sí, vale, ya me había dado cuenta de eso, gañí.

Sus capuchas no me permitían verles sus semblantes, tan sólo se les veía la boca, la cuales se inclinaban hacia arriba, mostrando su satisfacción sin tapujo alguno.

Ya sabíamos que los Vulturis disponían de magos. Carlisle tenía razón.

—¿Son ellos quienes han tornado la hipnosis? —inquirió Nessie, que no soltaba mi pelaje.

—Ellos son capaces de hacer muchas cosas, mi dulce flor —contestó Aro.

—Ya, como ese truco de Jane, ¿no?

—Es una barrera —le reveló Aro, corrigiéndole— Impresionante, ¿verdad? —hizo una pausa, en la que desplegó una amplia sonrisa, como

si esto le resultase muy divertido. Imbécil—. Con vuestro matrimonio, la profecía ha comenzado. Puesto que no pudimos evitarlo entonces, no nos ha quedado más remedio que recurrir a estos... métodos tan poco ortodoxos. Eres demasiado poderoso, Jacob, hemos necesitado de los cinco magos más poderosos del mundo para que fueran capaces de bloquear tu poder espiritual, y no te imaginas lo difícil que ha sido dar con ellos —me peloteó. Esos cinco alzaron las barbillas con orgullo personal. Menudos idiotas—. Gracias a ellos y a sus anillos, ahora podemos bloquear tus ataques.

¿Anillos?, repetí.

Nuestros ojos se fueron automáticamente a las manos de todos. Las tres momias, la guardia e incluso esos cinco magos llevaban puestos unos anillos en sus pétreos dedos anulares. Eran de oro, y tenían un pedrusco pequeño de color rojo. No entendía nada de piedras, pero supuse que eran rubíes. Los Cullen no los llevaban, así que ellos no estaban a salvo de mi poder.

Pude ver lo que mi chica iba a decir antes de que su boca lo soltase, ya que vi todos sus pensamientos y pesquisas.

—Ya lo entiendo. Anillos. Así que a nosotros también nos regalasteis esos anillos porque estaban encantados —le echó en cara Nessie, que rechinaba los dientes con más que rabia—. No sé qué es lo que podían hacer esos anillos ni qué creáis que ibais a conseguir con eso, pero ahora tampoco conseguiréis nada. Lo único que han logrado tus cinco magos ha sido bloquear el poder espiritual del Gran Lobo, nada más. Y dudo mucho que ese efecto sea muy duradero, ¿me equivoco?

El labio de Cayo bajó en picado y Aro se quedó con cara de mal jugador de póquer.

Qué lista era mi chica.

Así me gusta, nena, les has dejado K.O, me reí.

—De momento es más que suficiente, mi hermosa Renesmee —declaró él, siguiendo con ese semblante de papel cebolla bañado de falsedad—. Dentro de muy poco obtendremos más poder, y entonces terminaremos con el reinado de tu Gran Lobo.

Me entraron unas ganas urgentes de transformarme y decirle cuatro cosas a la cara, pero no me quedaba más remedio que contenerme...

¡Maldito chupasangres, viejo decrepito!, rugí de todas formas.

—Eso ya lo veremos —le respondió Nessie, firme—. Nada ni nadie puede igualar el poder del Gran Lobo, y tú lo sabes.

De pronto, cuando ese viejo decrepito iba a hablar, noté cómo esa maldad que sentía crecía súbitamente, alcanzando sus cotas más altas y, antes de que me diese tiempo de asimilar nada, alguien saltó a escena, haciendo que mis ojos y los de Nessie se abrieran como auténticos platos.

No podía ser. Era imposible. Imposible.

Sí, mierda, no podía creer lo que mis estupefactos ojos estaban viendo. Vladimir y Stefan saltaron de la nada, pero no venían solos. Detrás de ellos, como cuatro espectros de color púrpura y negro, cuatro fantasmas inesperados a los que a casi todos se les había caído la capucha hacia atrás, aparecieron Nikoláy, Ruslán y ese encapuchado de negro. Pero no sólo ellos, Razvan, ese hijo de mala madre, también estaba con ellos.

Me quedé en estado de shock por un instante. Hubiera tenido cara de idiota integral si no fuera porque mi rostro lobuno no era tan expresivo. Sí, porque esto era imposible, imposible, maldita sea, yo mismo había terminado con ese bastardo de Razvan, y Ezequiel se había cargado a los otros dos magos, junto a su sanguijuela encapuchada. Todos lo habíamos visto, todos habíamos sido testigos.

Toda esa guardia que estaba allí, más los cinco magos de Aro, se agazaparon automáticamente para dar la bienvenida a sus enemigos. En cambio, los Cullen se quedaron a la espera de alguna orden.

¿Qué... es esto?, musité.

No era capaz de nada más.

Jake..., murmuró Nessie, asustada.

Su mano temblorosa se aferró con más fuerza a mi pelambrea.

Eso hizo que me despertara de esa pesadilla temporal y me despejara de inmediato, porque no podía soportarlo. No podía soportar que ella estuviese asustada por culpa de esos malnacidos que le habían hecho tanto daño, que le habían hecho sufrir durante todo un año, especialmente ese desgraciado de Razvan.

Tranquila, mi vida, yo te protegeré, le susurré para calmarla, haciéndole una suave caricia con el lateral de mi rostro. *Tú no te separes de mí, ¿de acuerdo? No te pasará nada, te lo prometo.*

Sí, consiguió murmurar, aunque con confianza.

Acto seguido, lo primero que hicieron mis ojos fue encontrarse con los de Razvan, para clavarse en ellos con un odio que explotó en lo más profundo de mis entrañas y que ya salía por mi traquea con cólera. Él correspondió mi mirada justo cuando aterrizó en el suelo, pero la estúpida

y osada comisura de su labio se atrevió a curvarse hacia arriba con una chulería que llenó mi estómago de una acidez iracunda.

No pude evitarlo. Me agazapé, completamente fuera de mí, y emití un rugido que no se llevó a toda la guardia Vulturis por delante de milagro. Éstos también dirigieron su alerta hacia mí.

¡Jake, ¿qué está pasando por ahí?!, preguntó Sam, alertado. *¿Qué son esos pensamientos sobre Razvan, Nikoláy y Ruslán?!*

¡Esos hijos de perra están vivos!, le desvelé, lleno de ira. *¡Están aquí, junto con los rumanos!*

¡Es imposible!, exclamó Quil, perplejo.

¡No puedo creerlo!, le acompañó Embry. *¡Nosotros mismos vimos cómo eran aniquilados y quemamos sus cenizas cuando todo terminó!*

Pues es verdad. Están vivos, les ratifiqué, apretando los dientes.

Los rumanos, los tres magos y el encapuchado de negro se quedaron frente a los Vulturis y sus cinco magos particulares, a unos escasos metros. Los miembros que se encontraban allí de la guardia de los vejestorios italianos no se movieron del sitio y continuaron rodeándonos a nosotros, debían de creer que yo era más peligroso, aunque seguían agazapados, en estado de máxima alerta por si tenían que intervenir, vigilándonos a nosotros y al bando de los rumanos a la vez.

Todo eran almas malas, menos la de Nessie y la mía. Y esta era la situación: esa momia chiflada de Aro estaba protegida por el escudo de su guardaespaldas particular, el fósil canoso rechinaba los dientes, el adormilado ni se inmutó, los ojos de la Pitufina y su hermano el Pitufo soltaban una especie de chispas, preparados por si tenían que lanzar sus rayos láser sicóticos y anuladores de sentidos, la neblina blanca de Chelsea empezó a vagar a sus anchas, intentando romper algún lazo de los oponentes, o tal vez seguir uniendo a sus compañeros de chusma para que no saliesen huyendo, quién sabe, la cabeza de Jasper, el cual seguía sin brazo, emanaba su humo verdoso y Edward emitía sus ondas lectoras de mentes. Uf, menos mal que Nessie y yo estábamos dentro de mi círculo protector. Los rumanos miraban fijamente a los Vulturis, el encapuchado permanecía a la espera y los increíblemente resucitados tres magos emanaban otro vaho negruzco idéntico al de sus colegas de profesión. Sin embargo, los cinco magos de Aro no emitían ninguna otra energía, aparte de sus almas malas y ese vaho negruzco malvado de magia negra, pero Razvan, Nikoláy y Ruslán sí.

No se veía, sin embargo, aunque esa la maldad, esa magia negra que se sentía en el ambiente procedía de los magos, de todos los magos que se encontraban allí, se sentía más fuerte en el bando de los rumanos. Me di cuenta enseguida de dónde procedía esa maquiavélica magia negra. Mis pupilas bajaron hacia el medallón que colgaba del cuello del barbudo de Nikoláy, ese colgante dorado que tenía el dibujo de un ojo con el iris escarlata. Toda la pelambrera de mi cuello se puso de punta otra vez, pero cuando vi que el ojo se movía y se clavaba en mí, mis escalofríos subieron hasta las nubes.

¿Qué demonios había sido eso?! ¿Cómo había podido moverse un dibujo?! ¿Y por qué me miraba a mí?!

Jake..., murmuró Nessie, más asustada todavía, cuando vio mi confuso y sorprendido tarro.

Tran... tranquila, cielo, intenté calmarla de nuevo, aunque yo casi necesitaba una tila.

No es que tuviera miedo, pero esto era tan espeluznante y raro, que, no sé, me daba muy mala espina.

Yo confío plenamente en tu poder espiritual, afirmó.

De pronto, ella era la que me tranquilizaba a mí. Guay.

Respiré hondo y asumí la situación como un hombre. O eso intentaba ser, vamos.

Claro, pequeña, algo se me ocurrirá, se me ocurrió soltar, era lo único que se me ocurría en realidad.

Fijé mi vista en el cuadro que tenía delante, para prestar la menor atención posible a ese dibujo espeluznante que me miraba fijamente.

—Han venido a mataros —chivó Edward de repente.

Escuchar su voz, de esa forma tan robótica y monocorde, también me puso los pelos de punta.

Nessie tomó aire para seguir entera y yo me arrimé un poco a ella para alentarla. Los dos nos quedamos expectantes, a la espera de la respuesta de Aro.

Pero no fue él quien respondió.

—Por supuesto —habló Vladimir, con esa voz de ultratumba extraña—. No creeríais que íbamos a conformarnos con luchar contra vuestra guardia, ¿no? Sois unos cobardes.

Stefan secundó el comentario de su compañero soltando un escupitajo en el suelo. Vaya, debía de tenerle mucha afición a eso.

Se hizo un silencio más que tenso, aunque el adormilado seguía soñando y Aro sonrió con arrogancia.

—Veo que tus... ayudantes siguen con vida —dijo, pasando olímpicamente del comentario del rumano, lo cual ofendió a Vladimir, que rechinó los dientes. Luego, desvió la mirada hacia mí—. Creía que el Gran Lobo había terminado con ellos.

¡A mí no me mires, apestoso viejo decrépito!, gruñí.

—Nosotros tenemos nuestras técnicas de protección y evasión, Aro —le contestó Nikoláy.

Esos repugnantes ojos vidriosos de Aro volvieron a su contrincante.

—Sí, lo sé —afirmó, y soltó una risilla alocada que duró dos segundos—. Conozco muy bien vuestras marionetas.

¿Marionetas?, repetí, perplejo, aunque ellos solamente escucharon el gañido.

Edward no podía leer mi mente, pero parece ser que entendieron mi gruñido a la perfección.

—Son clones —me aclaró ese chiflado—. Espejismos de idéntica imagen, forma y volumen. Son capaces incluso de reproducir su olor y las emanaciones del alma. Los dotan y manejan con la magia, a través de su semiesfera dorada. Parecen totalmente reales, es impresionante.

Hoy no era mi día, desde luego. No me lo podía creer.

¿Entonces qué coño matamos allí?

—¿Eso quiere decir que lo que matamos allí no era real? —preguntó Nessie por mí, en voz alta.

—Por supuesto que no —confirmó el propio Razvan, contestándome a mí—. ¿Crees que iba a ser tan estúpido como para arriesgarme? Sabía que irías a buscarla y que había la posibilidad de que te diese tiempo de llegar a esa iglesia.

¿Y cómo pensaba invertir la profecía? Pregúntale eso, le pedí a mi chica. *Y también cómo pensaba hacerlo, si no era él el que estaba en ese altar.*

—Quiere saber cómo pensabas invertir la profecía, y cómo podías hacerlo, si no eras tú el que estabas en la iglesia.

Ese chuleta de Razvan alzó la barbilla y me miró con arrogancia durante un instante, meditando si debía decírmelo o no.

No pude evitar que mi garganta vibrara, le tenía demasiado asco.

—Mi marioneta llevaba parte de mi magia negra, una parte de mí, eso hacía que el proceso de invertir la profecía sirviera igualmente —reveló al final.

—¡Bueno, pero basta de pláticas! —intervinó Stefan, cabreado—. ¡Hemos venido a luchar!

Automáticamente, todos los músculos de nuestro alrededor se tensaron, así como ese ambiente que ya estaba bastante enrarecido por esa magia negra que lo invadía todo.

—Como deseáis —respondió Aro, con una sonrisa sombría.

Para mi asombro, ese vejestorio chiflado se quitó la capa, preparándose para pelear, no me lo podía creer, mientras Nessie y yo nos preparábamos también, pero para la batalla a dos bandas que íbamos a tener que librar aquí.

Sí, iba a ser muy dura.

Haz todo lo que te diga y no te alejes de mi barrera, le dije a Nessie.

Sí, asintió ella, con determinación.

—Amo —murmuró Renata, atemorizada.

Ni siquiera le contestó. Se limitó a hacerle una señal con la mano para que se apartase hacia atrás y a pasarle su capa. Ella obedeció sin rechistar. La momia canosa resopló con disgusto. Parecía más enfadado por tener que tomarse las molestias de deshacerse de su capa y tener que pelear, que por la lucha. El que no se movió fue el adormilado, que siguió durmiendo su siesta particular.

Nikoláy, Ruslán y ese bastardo de Razvan erigieron sus propias burbujas protectoras, aunque los cinco magos de Aro no se protegieron con nada, cosa que me extrañó. Vladimir y Stefan se agazaparon, apretando las muelas con impaciencia, y Aro y Cayo hicieron lo mismo, así como el encapuchado y toda la guardia Vulturis que se encontraba allí, que se inclinaron más.

Prepárate, avisé a Nessie, agazapándome yo también, por si acaso tenía que luchar cuerpo a cuerpo.

Mi chica tomó aire y se inclinó.

Y, entonces, como había pasado cuando comenzó la otra batalla, todo estalló.

¡JA! ¡CHUPAOS ESA!

Esto daba verdadero vértigo.

Ese bastardo de Razvan me dedicó una mirada amenazante y combativa que no dudé en corresponder, estaba deseando enfrentarme a él, aunque tuvo que centrarse en otros menesteres primero, para mi desgracia. Hubiera ido igualmente a por él, pero mi prioridad era Nessie. Su protección estaba por encima de cualquier cosa, incluso la venganza, por muy fuerte que fuera este sentimiento, que lo era.

Los magos se pusieron a lanzarse chorros de energía negra los unos a los otros. Parecían enormes manguerazos de petróleo, de veras, jamás había visto cosa igual. Los chorros de los magos de Aro chocaban contra las burbujas de color violeta de esos desgraciados de Nikoláy, Ruslán y Razvan, estallando en miles de lucecitas y chispas oscuras, y no llegaban a alcanzarles. Por primera vez en mi vida deseé que el bando de Aro ganase, con todas mis fuerzas. Sí, vale, lo sé, no dejaban de ser los asquerosos y decrepitos Vulturis, pero esos tres búlgaros le habían hecho tanto daño a mi ángel, que me resultaba imposible no desearlo. Me daba igual, con tal de que desaparecieran del mapa. Aunque, pensándolo bien, me sentiría muchísimo mejor si fuera yo el que los aniquilase. Mierda.

De pronto, me quedé perplejo. Los chorros de magia negra de esos tres desgraciados tampoco llegaban a alcanzar a los cinco magos, sino que se estampaban contra algo invisible que no conseguía ver, bueno, no es que no consiguiera verlo, es que no había nada, demonios. ¿Contra qué chocaban?

Esa momia canosa de Cayo se abalanzó sobre Vladimir con una habilidad increíble, la verdad, tenía que reconocerlo, sin embargo, cuando Stefan iba a por Aro, éste le esquivó con unos reflejos puramente sobrenaturales y prefirió arrojarse contra el barbudo de Nikoláy.

—¡Maldito! —gritó Stefan, cabreado.

Pero ya no pudo protestar más. Ese grandullón de Felix se abalanzó sobre él y ya no le quedó más remedio que luchar contra éste al tiempo que rechinaba los dientes con evidente disgusto.

Nicoláy desvió su chorro azabache hacia ese chiflado de Aro, pero, para mi asombro de nuevo, chocó con algo y, como había sucedido antes con mi elipse brillante y la Pitufina, esa energía negra se repartió a su alrededor, sin llegar a tocarle. Aro no se detuvo y chocó con la burbuja de Nicoláy, pero no pareció darle más importancia. Cayó hacia atrás, de pie, con una elegancia digna de un bailarín, y levantó su tísica mano.

¿Pero contra qué demonios chocaba la energía negra?

Uno de sus magos dejó su puesto y voló junto a él a la vez que los otros cuatro continuaban con su enfrentamiento con Ruslán y ese malnacido de Razvan, que seguía mirándome de vez en cuando, el muy hijo de perra.

No pude evitar que mi garganta vibrase, todo mi cuerpo reclamaba venganza. Pero, maldita sea, de momento, no podía, no podía. Nessie era lo primero y más importante para mí.

El mago rojo comenzó otra lucha particular contra el barbudo Nicoláy al tiempo que Aro observaba la pugna con mucha atención. Al fijarme en esto mis pupilas no pudieron evitar mirar ese espeluznante medallón otra vez. Ese ojo escarlata seguía clavándome su particular mirada y la pelambrea de mis hombros se puso de punta una vez más.

El encapuchado había abalanzado su ancho y negro látigo sobre el adormilado, pero Bella no tardó en salir a escena para interponerse, extendiendo su impresionante barrera por delante. El encapuchado se arrojó hacia ella...

—¡Nooooo! —chilló Nessie, ya tensando las piernas para coger impulso.

...pero, afortunadamente, Demetri saltó hacia él y no llegó a tocarla un pelo. Estaba claro que no lo había hecho para defenderla, ni mucho menos, sino que seguramente les interesaba más que Bella estuviera concentrada en erigir su barrera para proteger a la momia dormida, controlada por esa hipnosis, como si fuese una marioneta. Bueno, mientras estuviera a salvo, eso era lo de menos.

Suspiré, tranquilo, y Nessie se relajó un poco, aunque sabíamos que solamente era por una décima de segundo, claro.

El encapuchado utilizaba su particular látigo contra Demetri, que era enganchado por éste y arrojado una y otra vez contra el suelo y los

troncos de los árboles, los cuales acababan destrozados entre los potentes restallidos de la madera, pero el rastreador era muy rápido, sinceramente. En cuanto su cuerpo hacía contacto con el terreno o el recién astillado tronco, se levantaba y regresaba para luchar.

El resto de la guardia Vulturis no se despegaba de nosotros, seguían rodeándonos, en esas posiciones de ataque que podían cambiar en cualquier momento para ser un embuste en toda regla, pero vigilaban esos combates particulares en estado de alerta máxima.

Mientras toda esta locura pasaba a nuestro alrededor, una voz nos sobresaltó aún más.

¡Jake, los gigantes van hacia allí!, me avisó Leah de repente.

Sus ojos me mostraban cómo mis lobos corrían tras ellos, pero los gigantes también eran muy rápidos. Parecía mentira, con ese tamaño.

En un santiamén, esos colosales cuerpos, seguidos de sus espeluznantes almas colgantes, comenzaron a atravesar los huecos que quedaban entre los troncos de los árboles, invadiendo toda la zona a una velocidad realmente vertiginosa. Pero no sólo aparecieron éstos. Mis lobos saltaron detrás de ellos, tratando de frenar su ataque para ayudarnos, y el resto de la guardia Vulturis, perseguidos por los Cullen que no estaban hipnotizados, más Ryam y Helen, también se asomaron con precipitación para hacer lo propio con sus *amos*.

¡Atenta, Nessie!, le dije, tensando los músculos de mis patas por si tenía que saltar.

¡Sí!, exclamó ella.

Su mano soltó mi pelaje y sus piernas también se pusieron rígidas al adoptar una posición agazapada.

De pronto, teníamos a todos esos cuerpos sobre nosotros, preparándose precipitadamente para la batalla en cuanto su descenso terminase y sus pies y patas aterrizasen en el suelo.

Y así fue.

La guardia Vulturis que nos rodeaba se dispersó como si una gota de agua hubiera impactado en aceite frío. Todos a la vez dejaron de ser una sola entidad para ser contendientes individuales y con autonomía propia. Mejor. Por fin Nessie y yo podíamos movernos con más libertad.

En un abrir y cerrar de ojos, todo se convirtió en una revolución de distintas luchas. Los gigantes seguían obedeciendo a los rumanos, así que se enfrentaban a nosotros y a la guardia de esos viejos decrepitos. Ese ambiente de magia negra lo cubría todo como un sucio y oscuro nubarrón

tormentoso, y todo se llenó de las energías de los diferentes dones de los chupasangres, que se intercalaban, se mezclaban y pasaban a nuestro lado como auténticos balazos que prácticamente nos rozaban. Si no llega a ser por mi círculo brillante protector, que nos protegía a Nessie y a mí, y por esa telepatía de la que gozábamos mis lobos y yo, nos hubieran acribillado. La telepatía hacía que mi poder espiritual se propagase para que, instantáneamente, surgiera de mis lobos una barrera individual, igual de chispeante y brillante que la mía, cuando eran atacados por uno de los dones mentales de algún chupasangres, aunque solamente les cubría durante ese ataque en concreto, después, esa burbuja particular se retraía, preparada para el siguiente embuste. Era como un escudo que aparecía justo en el momento adecuado. Esto solamente pasaba con los dones de ataque mental, porque con los físicos, como el látigo del encapuchado, por ejemplo, ya tenía que utilizar mi elipse o mi círculo de luz brillante, este último se movía con autonomía propia para cubrirles.

Uno de los gigantes se abalanzó hacia nosotros enseguida, sin embargo, no fue el único. Una de las chupasangres de la guardia Vulturis hizo lo mismo sin dudarle ni un momento.

¡Ya me encargo del gigante!, afirmó. ¡Tú quédate dentro de la barrera, la vampiro no podrá traspasarla!

¡No, yo también quiero luchar!, protestó Nessie, saliéndose de mi círculo brillante.

¡No!

Pero ya no pude decir más. Esa masa de carne enorme se arrojó sobre mí a la vez que la vampiro lo hacía sobre mi chica. Esquivé su fuerte y rápido embuste y me di la vuelta para recibirle de nuevo, sin quitarle ojo a Nessie. Iba a ampliar mi círculo protector un poco más para que la cubriese, pero Nessie también era muy ágil, y, de un elevado salto, se zafó de esa sanguijuela, aunque pronto aterrizó en el suelo y se puso a fíntar con ella.

Genial. Ahora esa chupasangres estaba entre los dos y ya no podía llevar mi barrera hacia Nessie. Sí, vale, sabía que era muy buena luchadora, pero, aún así, no podía evitar estar pendiente de ella, era inevitable.

¡Maldita sea, Nessie, me lo prometiste!, me quejé enérgicamente a la vez que esquivaba otro ataque del gigante. ¡Este no era el trato, ¿recuerdas?! ¡Me prometiste que no te separarías de mí y que sólo lucharías para defenderte!

¡Estoy a tu lado!, alegó, fintando con la vampiro. ¡Y esto es como defenderse! ¡Si no luchamos, esta batalla no terminará nunca! ¡Además, sigo protegida por la pulsera!

Sí, mierda, tenía que reconocerlo. En eso tenía razón, la pulsera le protegía, pero, aún así, seguía sin estarlo de los ataques físicos.

¡Arg! Odiaba esto, lo odiaba, porque sólo imaginarme que a ella le pasara algo me ponía enfermo, pero no me quedaba más remedio que confiar en ella y en su saber luchar. No entendía por qué se empeñaba en pelear, podía quedarse dentro de mi burbuja tranquilamente, bajo mi seguridad y protección, pero, mierda, también tenía que respetar su decisión. Y, sí, vale, ella era mi alma gemela, se parecía bastante a mí. La verdad, sinceramente, no me imaginaba a mí quedándome quieto en medio de una batalla, viendo cómo los demás luchan, así que yo hubiera hecho lo mismo.

Genial.

Tomé aire y rechiné los dientes, más que resignado.

Confía en mí, me dijo, después de escuchar cada uno de mis pensamientos.

La chupasangres contra la que luchaba se abalanzó hacia ella y mi respiración se cortó por un instante, pero mi chica libró ese golpe y aprovechó para meterle un buen derechazo en el estómago.

Resollé por las napas, rindiéndome a lo inevitable. Sí, era buena luchando, muy buena.

Está bien, pero procura estar lo más cerca de mí posible. Y si ves que no puedes vencer, no te empeñes en hacerlo, regresa a mi barrera enseguida, ¿de acuerdo?

La pulsera también ataca, me recordó.

Nessie, mascullé entre dientes para protestar.

De acuerdo, de acuerdo, aceptó, sonriendo.

Su sonrisa delataba la excitación que sentía por dentro con esto de pelear. En fin, yo entendía muy bien esa excitación, así que no tenía nada que decir. Eso sí, tenía que estar muy atento, para protegerla. Y sobretodo había una persona en todo este barullo que era el que más me preocupaba: Razvan. No podía olvidar que ese malnacido era un mago, podía bloquear a la pulsera de Nessie o algo con algún truco sucio, o con la ayuda de los otros dos búlgaros, quién sabe. Ya se la había llevado una vez, y podía aprovechar todo este jaleo para intentar una segunda, aunque esta vez no iba a poder hacer ni eso, vamos, porque no se lo iba a permitir, jamás.

Aproveché uno de mis embustes a mi gigante, en el que le llevé el brazo por delante, para dedicarle una mirada de profunda inquina. Ese desgraciado debió de notar la quemazón de mi vista y apartó la suya de esa pugna de chorros negros momentáneamente, para corresponderme.

Maldito hijo de...

Céntrate, me cortó Nessie, que volvía a fingir con esa vampiro que ya empezaba a estar desquiciada por no poder con ella.

Tenía razón. Si empezaba a perder la cabeza tan pronto, no iba a protegerla bien.

Sí, sí, acepté.

Bueno, por lo menos estaba bajo la protección de la pulsera, que también podía atacar, como me había recordado ella. Empecé a tranquilizarme un poco más, aunque seguía atento a cualquier ataque que le pudiesen mandar, claro, eso ya era inevitable en mí, pero tenía que admitir que Nessie era la persona más protegida que había aquí, la verdad.

Otro cantar eran los Cullen. Para protegerles, fuera el don que fuera, tenía que llevar mi eclipse atacante o mi círculo protector hacia ellos.

—¡Nessie, ¿dónde te habías metido? —le regañó Rosalie mientras le arreaba una fuerte patada en el estómago a uno de los gigantes para quitárselo de encima—. ¡No te veíamos en la pradera y nos tenías muy preocupados, ¿sabes?!

—¡Sí, eso! —siguió Helen, que medio peleaba con otro gigante, junto a Ryam. No se defendían mal, la verdad, para ser la primera vez que luchaban en una batalla, lo hacían bastante bien—. ¡Ya estábamos histéricos!

—¡Lo siento! ¡Tenía que hacer algo muy importante!

Sus muelas chirriaron de nuevo cuando su mente recordó que se había quedado a medias.

La rubia canija fijó su objetivo en Rosalie. Rubia contra rubia. Lo malo es que la Barbie estaba distraída peleando con ese gigante de antes y no se daba cuenta, aunque daba igual, hiciera lo que hiciera iba a ser presa de la tortura sádica y de esa sicótica.

No lo dudé ni un instante. Sin dejar de erigir mi círculo de luz brillante protector, y sin dejar de luchar contra el gigante que me tocaba a mí, extendí mi otra esfera guerrera y agresiva, la cual rodeó a su vez a esta primera, y la alargué con prisas para que adoptase esa forma elíptica, dirigiéndola hacia los rayos rojos que la Pitufina ya le estaba enviando a Rosalie.

Pero, mierda, esta elipse era realmente difícil de manejar, todavía no era capaz de controlarla del todo. Esto no era como coger algo con las manos o destrozarlo con las fauces, qué va, aquí había que usar la mente para manejarla, y eso era muy difícil para mí, no siempre se me daba como se me tenía que dar. Hace un momento lo había hecho bien y había sido capaz de llevarla hacia la rubia enana, pero ahora la elipse se me escurría como un cubito de hielo en las manos. ¡Maldita sea!

Los rayos rojos de la Pitufina se estamparon en la frente de Rosalie y ésta se cayó fulminada en el suelo, retorciéndose de dolor y chillando sin poder hacer nada para remediarlo.

—¡Nooooo! —bramó Emmett.

Mi amigo intentó dirigirse hacia la Pitufina, lleno de cólera, pero la maldita sanguijuela contra la que luchaba, más otra que se sumó para ayudarlo, se lo impidieron.

—¡Quitaos del medio! —rugió, dando puñetazos ciegos que ellos esquivaban de milagro.

Pero los esquivaban, maldita sea.

¡Jake haz algo!, me rogó Nessie, horrorizada, al tiempo que luchaba con esa mujer vampiro.

¡Mierda, no sé qué puedo hacer!, reconocí, tratando de controlar esa dichosa elipse que se iba a todas partes, excepto a donde yo quería que fuese.

Carlisle se zafó de su contendiente, pero lo más que pudo hacer fue quitarle de encima ese gigante con el que ella estaba peleando, para que no la espachurrase en el suelo como si fuera un chicle.

—¡Rose! —gritó Esme, desesperada, mientras peleaba con otro de los vampiros de la guardia.

Entonces, por fin pude manejar la elipse. Ahora conseguí agarrarla, ya no era un cubito de hielo, así que la dirigí hacia Rosalie inmediatamente, para que impactase en los rayos rojos de esa repulsiva enana. Éstos se desintegraron al tacto con mi poder espiritual y Rosalie dejó de retorcerse y de proferir esos estremecedores gritos que te ponían el pelo de punta.

La Pitufina entrecerró los ojos, mirándome con cara de odio, aunque enseguida buscó su próxima presa. Rosalie se puso de pie rápidamente y asintió para darme las gracias, eso sí, no faltó uno de esos manotazos suyos a su pelo, disimulando. El que sí me sonrió abiertamente fue

Emmett, que por fin consiguió arrearle un puñetazo a uno de sus contrincantes.

Mi eclipse no pudo descansar. La enana canija eligió a Esme como siguiente víctima y envió sus rayos infrarrojos hacia ella sin cuartel.

Esta vez mi eclipse se dejaba controlar, así que la dirigí fácilmente y los rayos se estamparon contra ella, fundiéndose inmediatamente.

¡Jake, detrás de ti!, me avisó Seth.

Me giré súbitamente y vi cómo el Pitufo ya preparaba sus rayos azules para lanzárselos a Carlisle, que se encontraba luchando con esa sanguijuela de Zhou.

¡Maldita sea! Eran dos cosas a la vez. De pronto, se me ocurrió una cosa. No sabía si iba a funcionar, pero tenía que intentarlo.

Hice una fisura en el medio de mi eclipse y la corté, igual que si le pasase un cuchillo. Para mi asombro, la luz fulgurante que formaba mi eclipse se dividió en dos, brillando con más intensidad durante un fugaz momento, y, al instante, pasaron a ser dos eclipses.

¡Uf! Esto iba a ser complicado. Si no podía manejar una, dos ni te cuento. Y así fue. En cuanto la eclipse pasó a ser dos, todo se me fue al garete. Las elipses volvieron a escurrírseme, resbalando de aquí para allá sin control, una hacia un lado y la otra hacia otro, ambas totalmente a su bola. Maldita la hora en que se ocurrió la brillante idea de dividirla. Menos mal que todavía podía manejarlas lo justo para que no tocasen a ninguno de los Cullen, Ryam o Helen. Eso sí, tuve la suerte de que la Pitufina no se enteraba de nada de esto, por supuesto, y, al ver que su ataque no había surtido efecto en Esme, cambió de víctima, esta vez, un gigante que se abalanzó sobre ella. Sin embargo, el lanzamiento de Alec era inminente.

¡Jake, agárralas por el núcleo!, me indicó Nessie.

¿Qué?

¡El centro de las elipses eres tú! ¡No las manejes tirando de ellas por fuera, eso las desestabiliza! ¡El centro es lo único estático de las elipses, tú eres quien las retiene desde el núcleo! ¡Muévelas desde el centro, como si fuese un hula hoop!

¿Un hula hoop? Guay, ahora tenía que jugar con un hula hoop, cosa que no había hecho en mi vida.

Pero no me quedaba más remedio que intentarlo.

Alec se preparó desde su montículo y lanzó una bola rápida con esos ojos rojos, potente como un meteorito. Me preparé para batearla,

sujetando las dos elipses desde su centro. Entonces, tal y como había supuesto Nessie, me fue mucho más fácil manejarlas.

¡Ja! ¡Esto era genial! Y encima podía controlar las dos a la vez.

Todavía no era un crack en esto, claro, me quedaba mucho por aprender, pero fui capaz de hacer que una de las elipses interceptara el rayo láser azul del Pitufó, logrando que su ataque se quedase a las puertas.

¡Bien!, clamó Nessie, riéndose.

¡Nena, eres listísima!, le reconocí, también con una risa.

Ese Alec se quedó sorprendido al principio, al ver que sus rayos no habían hecho efecto en Doc, pero apretó los dientes con rabia al percatarse de que había sido yo el que los había bloqueado. Su asqueroso vaho me mostraba algo de miedo, pero también la impotencia y frustración por no poder hacer nada contra mí.

¡Jake: Emmett!, me advirtió mi chica de pronto.

Esa arrogante rubia canija ya se había librado de ese gigante y ahora iba a por Em.

¡Ni hablar!, exclamé, tengo que reconocer que un poco pagado de mí mismo ante este nuevo descubrimiento.

Llevé la segunda elipse hacia allí sin vacilar ni un momento. Se me resbaló un poco, ya que seguía sin ser fácil atender a dos elipses a la vez, pero no fue ni una décima de segundo, así que conseguí que mi luz brillante fulminara el ataque de ese piojo rubio.

¡Chupaos esa, estúpidos!, rió Isaac.

¡Es genial, Jake!, me alabó Shubael.

Ahora las elipses iban y venían a mi antojo. Bueno, vale, casi, porque aún era muy inexperto.

De repente, me dio un pequeño susto cuando vi que la mujer vampiro que luchaba con Nessie se cansaba de faltar y pasaba a un ataque mortal. Sin embargo, no llegó muy lejos. La pulsera soltó una súbita y potente descarga eléctrica y la chupasangres salió despedida hacia atrás, prácticamente quemada del todo, ante los atónitos ojos de los allí presentes.

Guau.

¿Lo ves? La pulsera también sabe atacar, repitió Nessie.

Ya lo veo, ya.

No nos dio tiempo de conversar más. Otro miembro de la guardia enseguida llegó para enfrentarse a ella y yo tuve que seguir luchando con el gigante.

Me di cuenta de que la pulsera parecía obedecer a la voluntad de Nessie. Cuando ella quería que la protegiera, la protegía. Cuando ella quería que le ayudase a atacar, el aro atacaba. Cuando ella quería pelear sola, la pulsera reprimía sus instintos y le dejaba combatir, como había pasado durante su enfrentamiento con la Pitufina. Eso sí, cuando había un peligro inminente, el aro actuaba sin contemplaciones.

Mis lobos, Ryam y Helen seguían manteniendo esa lucha interminable y agotadora contra los gigantes, que continuaban regenerándose y regenerándose. Esto se haría eterno, de seguir así. Encima, también estaban los chupasangres de la guardia Vulturis, aunque de éstos parecían encargarse más Carlisle, Esme, Rosalie y Emmett.

Los magos continuaban con esa absurda y estúpida lucha de chorros de magia negra, y Aro seguía observando la contienda entre su mago y Nikoláy muy de cerca. Cayo, por su parte, luchaba contra Stefan, que tampoco se defendía nada mal, sinceramente. El rastreador ahora esquivaba los continuos latigazos del encapuchado, pero éste no se rendía. Bella mantenía su escudo extendido, y Edward, Alice y Jasper permanecían a la espera de órdenes, tiosos como robots. Daba una grima horrible.

Edward emitía sus ondas continuamente, pero éstas chocaban con las barreras de esos asquerosos de Nikoláy, Ruslán y Razvan, así como con las burbujas emergentes de mis lobos y la mía. Pero sí que podía leerle las mentes al resto de los Cullen y a Nessie, cuya pulsera no tenía erigida su burbuja, ya que ella quería luchar cuerpo a cuerpo. Lo bueno es que estaba muy ocupado chivándole las jugadas planeadas por el encapuchado a Demetri, por eso podía esquivar los ataques del encapuchado.

El gigante que luchaba conmigo tampoco se rendía, maldita sea. Y era una pelea inútil, empezaba a sentirme frustrado, me sentía como un auténtico idiota, porque era imposible terminar con él. Le arrancabas un brazo, y éste le salía como una seta. Le destrozabas la pierna, y ésta se regeneraba con rapidez. Además, carecían de sentimientos totalmente, eso hacía que ni siquiera se distrajeran cuando conseguías desmembrarle. Y, para colmo, no podía arrancarle la cabeza, su alma me lo decía continuamente.

Al observar mejor a mi gigante, me percaté de que esas almas colgantes seguían implorándome con sus gritos ahogados, que, no

obstante, parecían desgarradores y agónicos. No entendía nada, ¿acaso querían algo de mí? ¿Pero, qué? ¿Qué era lo que me pedían?

¡Jake: Esme!, me avisó Nessie otra vez.

Mierda. Ese enano de Alec preparó uno de sus disparos, apuntando a Esme sin cuartel.

Sin pensármelo dos veces, llevé una de mis elipses hacia allí. Pero, entonces, algo repentino y desastroso pasó, haciendo que todos nos congelásemos por un instante.

Sí, maldita sea, ¡maldita sea! Yo seguía siendo inexperto y, sin poder hacer nada para remediarlo, la elipse se me fue, se me resbaló, y no pude controlarla a tiempo. Ante mis atónitos y horrorizados ojos, vi cómo la elipse daba un giro totalmente inesperado y se dirigía hacia Alice, impactando de lleno sobre ella.

—¡Nooooooooooooo! —gritó Nessie, con una voz desgarradora que se me clavó en el alma.

Y, de pronto, el shock hizo que todo se volviera completamente negro, vacío y sordo a mi alrededor.

No, esto no podía estar pasándome, no podía haber... matado a Alice... No...

¡ASÍ QUE ESTO ES LO QUE QUERÍAS, ARO!

Todo se paralizó por un instante.

La pulsera de Nessie tuvo que reaccionar, activando su barrera, para que el guardia que luchaba con ella no llegara a tocarla, ya que se había quedado en estado de shock, al igual que yo. El vampiro recibió una descarga eléctrica y salió despedido de espaldas; cuando aterrizó en el suelo, parecía una estatua retorcida y quemada.

Milagrosamente, mi otra elipse llegó al ataque de Alec y esos rayos azules no llegaron a alcanzar a Esme, pero fue pura suerte, ya que dicha elipse también estaba descontrolada, era como si las elipses se me hubiesen escurrido de las manos y hubieran salido disparadas a todas partes, como un caballo salvaje. Fue una coincidencia pura y dura el que esa otra elipse se topase con esos láseres que soltaban los ojos del vampiro. No sé cómo lo hice, estando como estaba, pero conseguí controlarla, enganchándola por el centro, y la retraje hacia mí para que no hubiera otra desgracia más.

No sé ni quién fue el que me quitó a ese gigante de encima para que no me agarrase otra vez; por el color del pelaje que mi rabillo del ojo percibió me pareció que era Cheran.

No fui el único que sentí ese latigazo desgarrador lleno de dolor. Pude sentir el congelamiento de cada corazón vivo, el estupor y espanto de cada uno de mis lobos, el horror y la conmoción de los cuatro Cullen no hipnotizados, Ryam y Helen, que ya parecían imaginar por qué Nessie había gritado de ese modo al mirar a Alice... Pero el hondo y súbito dolor de Nessie se me clavó en lo más profundo de mi ser, fue un cataclismo para mí, un puñetazo, una bomba que estalló en mi corazón, haciendo que éste se desintegrara completamente, llevándose todo por delante.

Ella... ella iba a odiarme por esto... Nunca podría volver a mirarle a la cara... ¿Cómo iba a hacerlo? Yo mismo empezaba a odiarme...

Pero, de pronto, esa parálisis que sólo duró un segundo y que me pareció eterna se rompió cuando vimos cómo mi eclipse no desintegraba a Alice, sino que la recorría entera, de la cabeza a los pies, compatibilizándose perfectamente con su alma dorada.

Mis ojos se abrieron como platos, pero la negrura que lo cubría todo también desapareció con la misma rapidez.

Alice..., susurró Nessie, esperanzada ante lo que estábamos viendo.

Su alma fulguró más fuerte por un instante y su boca soltó un jadeo cuando el poder espiritual de mi eclipse terminó su raudo paso por su menudo y pequeño cuerpo, regresando acto seguido a mí. De repente, los ojos de Alice se tornaron a ese color dorado de siempre y volvieron a adquirir su brillo normal. Era como si hubiesen cobrado vida de nuevo.

Me alegré de ver esos iris con su habitual color ambarino, porque eso significaba que seguían con la abstinencia de tomar sangre humana.

—¡Alice! —rió Nessie, abalanzándose a mí para abrazarme con júbilo—. ¡Jake, lo has conseguido!

¿Conseguir? ¿Conseguir el qué? Yo... yo no he hecho nada... Creo, estaba tan confundido, asombrado, alegre, feliz... En fin, que no sabía cómo me encontraba después de semejante susto.

Ahora pude sentir el alivio de mi manada, de Ryam, Helen y el resto de los Cullen.

—¡Eres genial, Jake! —clamó Emmett, dándole otro puñetazo a uno de sus contendientes para celebrar mi tanto.

¡Ya no está hipnotizada!, siguió Seth con voz alegre.

Pero, entonces, algo frío, espeluznante y maléfico hizo que mi alegría bajara en picado y que mis pupilas se fueran automáticamente hacia ese medallón que colgaba del cuello del mago barbudo. Un rayo gélido atravesó mi cerebro y salió por mi cola cuando vi cómo ese ojo escarlata se entrecerraba para mirarme con un odio que me disparó un balazo a bocajarro. Me dio tal escalofrío, que toda la pelambreira de mi lomo se puso de punta.

Jake..., murmuró Nessie con temor, al ver lo mismo que yo, aferrando su mano a mi pelambreira.

Tranquila, le calmé.

Sin embargo, ese maldito y malvado ojo no fue el único que me miró con inquina. El malnacido de Razvan se dignó a perder un segundo de su

entretenida lucha particular para dedicarme una mirada parecida mientras rechinaba sus asquerosas muelas, aunque ese desgraciado de Nikoláy también me observó con asombro a la vez que continuaba con su pugna de chorros contra el mago de Aro.

Entre tanto, Alice pestañeó, confusa, y miró a su alrededor.

—¿Qué... hago aquí? —preguntó mientras su boca parecía caerse al suelo. Entonces, sus ojos casi se salen de sus órbitas cuando vio a Bella y a los otros dos, aunque después se fijó mejor en Jasper y en su falta de brazo—. ¡Jazz, cariño, ¿qué te ha pasado?!

¡Ups! Menos mal que eso en un vampiro tenía remedio, que si no...

Sin embargo, aquí no había tiempo para contemplaciones ni explicaciones.

—¡No puede ser que esté consciente! —protestó Cayo, al tiempo de luchaba con Vladimir.

—¡Es imposible! —exclamó éste, sin dejar de embestir al canoso.

Mira, en algo estaban de acuerdo.

Aro rechinó los dientes al ver la situación y volvió a levantar esa mano seca.

De forma automática, uno de los chupasangres de los Vulturis se arrojó hacia ella, aprovechando su desconcierto.

—¡Cuidado, Alice! —gritó Rosalie, lanzándose también en esa dirección.

Jesús con la Barbie, no sé cómo lo consiguió, pero de un elevado salto, llegó hasta Alice y la empujó para tirarla al suelo. Eso hizo que el ataque del chupasangres no lograra su fin, aunque seguían sin estar a salvo. Rosalie agarró a esa todavía perpleja Alice por la cintura en el mismo suelo, se incorporó con ella y de un brinco altísimo se encaramó a la rama de un árbol, con su hermanastra colgando.

Al chupasangres ya no le dio tiempo de lanzarse hacia ellas, Embry se interpuso en su camino y Rosalie pudo bajarse del árbol, acompañada por Alice.

Mis lobos, Ryam, Helen y los Cullen que no estaban hipnotizados estaban consiguiendo echar a todos los intrusos hacia el otro lado, de modo que esta zona de la batalla estaba quedando despejada, creando una zona de seguridad para nuestro bando. Los gigantes seguían luchando con nosotros, pero, inconscientemente, nos estaban ayudando, ya que también peleaban contra la guardia Vulturis, así que, al echar a éstos hacia atrás, la mayoría de los gigantes también lo hacían para continuar combatiendo

con ellos. Eso hacía que mantuvieran ocupados a los chupasangres de Aro en la otra zona.

Emmett suspiró con alivio, y más cuando ambas se colocaron cerca de él, aunque ese vejestorio chiflado volvió a alzar la mano para dar otra orden muda.

Bella, que continuaba erigiendo su escudo protector para proteger a esa momia dormilona, Edward, que parecía un robot parlanchín que chivaba todos los movimientos de los que podía, y Jasper, que permanecía completamente inmóvil, seguían hipnotizados.

Durante una fracción de segundo me pregunté por qué Alice no había sufrido daño alguno con mi eclipse, sino que había salido de su hipnosis, y mi tarro cuestionó si sucedería lo mismo con los demás.

Entonces, me di cuenta de por qué había sucedido esto. La hipnosis era algo que afectaba al cerebro, no era un hechizo o un conjuro, por eso yo no podía verlo. Sin embargo, esa hipnosis estaba creada con magia negra, eso hacía que sus ojos se hubieran vuelto rojos, pero mi poder espiritual era lo suficientemente fuerte como para limpiar su mente de esa magia negra, como para eliminar ese estado inconsciente de algún modo, y el hecho de que los Cullen tuvieran unas almas limpias y buenas, doradas, hacía que mi poder fuera totalmente compatible con ellos, de ahí que no les destruyese. Me quedé asombrado por mi propio descubrimiento. Mi espíritu de Gran Lobo era capaz de distinguir las almas buenas de las malas, eso ya lo sabía, pero, además, las diferenciaba hasta el punto de saber a quién tenía que aniquilar y a quién no. Guau. Esto cambiaba mi manera de usar mi poder totalmente, porque ahora no tenía que andarme con chiquitas ni con miedo por si le daba a uno de los Cullen. Ellos no se iban a desintegrar con mi eclipse nunca. Y Ryam y Helen tampoco, puesto que sus almas también eran brillantes y doradas.

¡Genial!

Otro de los chupasangres de Aro se dirigió hacia ellos, acatando la orden inaudible de su amo.

No lo dudé, no ahora que ya sabía que a ellos no les hacía daño, sino que les hacía salir de esa hipnosis.

¡Atento, *Quil!*, le avisé, ya que era el único que se acababa de librar de uno de los gigantes.

¡Entendido!, comprendió al ver mi pensamiento, ya corriendo hacia allí.

¡Sí, *Jake!*, aclamó mi chica.

Con rapidez, volví a extender mi esfera guerrera por encima de mi círculo de luz protector y lo transformé en elipse. La moví, agarrándola por el núcleo, y, aún torpemente, todo hay que decirlo, conseguí dirigirla hacia Bella, Edward y Jasper.

Glups, Jasper. Por un minúsculo momento barajé la posibilidad de no despertarle y esperar a que esta batalla terminase, o, al menos, a que su brazo llegara a él y se insertase en su sitio. Podía decirle a Edward mentalmente, a través de alguno de mis lobos, que agarrase a Jasper y lo pusiese a salvo, hasta que esto se acabase...

¡Jake!, me regañó Nessie.

Vale, vale.

En fin, no me quedaba más remedio.

Quil se interpuso en el camino del guardia Vulturis, iniciando una lucha con él, y yo pude actuar a mis anchas.

Aceleré mi elipse y ésta destruyó el escudo de Bella con facilidad, pero, justo cuando se iba a insertar en su cuerpo, algo repentino chocó con mi poder espiritual, desviándolo de su trayectoria con una brusquedad y violencia inusitadas hasta para mí.

Un chorro de energía roja, tan roja como la sangre, se había estampado contra mi elipse, impidiéndole llegar a su objetivo. Esto hizo que su centro se me resbalara de nuevo y que la elipse se desbocase una vez más, aunque no tardé en volver a sujetar su núcleo y a controlarla. Mi vista enseguida se giró hacia el culpable de tal ataque, y me quedé de piedra.

Pensaba que era ese barbudo de Nikoláy, pero no. Para mi asombro y desconcierto era ese ojo maquiavélico y malvado del medallón. La energía roja salía de su pupila, y lo hacía con una saña y un odio que me helaba. No me lo podía creer.

¡¿Qué coño es eso?!, masculló Paul.

Ese viejo chiflado de Aro abrió los ojos, pero no con un asombro negativo, era más bien positivo, muy positivo. Su repugnante semblante de papel cebolla era el puro retrato de la codicia, pero no me miraba a mí, observaba a ese medallón con ganas. Entonces lo supe. Aro iba tras ese medallón, por eso había hecho que su mago se enfrentase a Nikoláy, y ese colgante era el causante de la magia negra que había hipnotizado a los Cullen.

Mientras seguía con su duelo particular, las pupilas del barbudo Nikoláy también se desviaron hacia mí, pero éstas me miraban con una sorpresa rabiosa.

El chorro sanguinolento seguía empujando a mi eclipse para retenerla. Ahora podía sentir toda esa maldad que desprendía de primera mano, era como si me tocara a mí, y, sí, maldita sea, era espeluznante, cruel, maquiavélica... Si antes se me había puesto el pelo de punta con esa mirada del ojo, en este momento el escalofrío recorría todo mi cuerpo.

Jake..., susurró Nessie, asustada.

Pero yo no me amilané. Ya estaba hasta las narices de tanta magia y tanto cuento chino. Empujé mi eclipse, cabreado, y con un movimiento brusco, potente, el chorro carmesí sufrió mi empujón, saliendo despedido hacia atrás.

Ese repulsivo ojo no fue el único que se abrió del todo, más que sorprendido, el cual dejó de soltar esa energía, el mago barbudo no se podía creer lo que acababa de ver.

Esa distracción y bajada de guardia fue suficiente como para que el mago de Aro consiguiera hacer una fisura en la barrera violeta de Nikoláy, que se rompió en mil pedazos. Aro no desaprovechó la oportunidad. Era lo que estaba buscando y lo iba a conseguir. Se lanzó como un torpedo ultrasónico hacia el búlgaro y con la mano en forma de garfio dio un zarpazo certero, arrancándole ese medallón.

—¡NO! —gritó Nikoláy.

Sin embargo, fue lo único que le dio tiempo a hacer. Nikoláy no tuvo opción. En cuanto el Vulturis se retiró con su presa, el mago de capa roja arrojó otro de sus chorros negros. El búlgaro tuvo que erigir otra barrera con precipitación para que la energía oscura no llegara a tocarle, eso sí, sus dientes chirriaban tanto, que su rabia casi se podía escuchar de verdad.

—¡No! —chilló también su hermano.

Esos desgraciados de Ruslán y Razvan, más el encapuchado, que dejó su lucha inútil con el rastreador para retirarse hacia atrás, se quedaron paralizados por un instante.

Yo tampoco desaproveché este momento de confusión y distracción. Sin pensármelo dos veces, llevé mi eclipse hacia Bella, Edward y Jasper y esta vez sí, la inserté en sus cuerpos, atravesando los tres al mismo tiempo.

Como le había pasado a Alice, mi poder espiritual los recorrió enteros, de arriba a abajo, y cuando terminó, jadearon y sus ojos se colorearon de dorado, volviendo en sí.

—¡Aro, los Cullen! —le avisó esa momia canosa, retirándose hacia atrás de un salto.

Pero ese viejo decrepito estaba observando el medallón que tenía entre sus manos, con esa cara de loco perdido.

—¿Qué... está pasando? —inquirió Bella con un hilo de voz cuando vio todo este jaleo.

¡Traed a los Cullen, rápido!, les ordené a mis lobos.

—¡No huyas, cobarde! —le increpó Stefan a Cayo, ofendidísimo.

Éste se abalanzó hacia el fósil canoso de nuevo, que ya se había colocado junto al Vulturis adormilado, pero Demetri, que ahora se había quedado más solo que la una, se interpuso en su camino, así que no le quedó más remedio que luchar con él.

—¡Malditos! —gruñó.

Quil ya se había cargado a esa sanguijuela, así que no lo dudó ni un segundo. A él se unieron Isaac y Shubael, que también corrieron junto a Edward, Bella y Jasper para empujarles con la cabeza. Ninguno de los tres parecía explicarse qué estaba pasando, incluido Edward, que se afanaba en sacar deducciones de todas las mentes que podía ver, pero hicieron caso a mis lobos y salieron por pies de allí para venirse a la zona segura de nuestro bando.

—¡Renesmee, cielo, ¿qué haces aquí?! ¡¿Y qué está pasando?! —interrogó Bella, asustada, al llegar a nuestro lado.

—¡Mamá! —sollozó mi chica, arrojándose a ella para abrazarla—. Estáis bien.

Bella correspondió su abrazo, pero Nessie enseguida se separó de ella para abrazar a su padre y a sus tíos.

Entonces, cuando Jasper abrazó a Nessie, se dio cuenta de que le faltaba algo.

Ay.

—¿Qué...? ¡¿Qué me ha pasado en el...?!

¡Atentos!, ladré, interrumpiéndole.

Los gigantes se quedaron paralizados durante un par de latidos de corazón, dejando las luchas que tenían con nosotros y la guardia Vulturis, y, de repente, comenzaron a caminar hacia la zona donde esos viejos decrepitos y los rumanos seguían con sus luchas particulares.

Al estar nuestra zona totalmente despejada, expandí mi círculo de luz brillante protector y los cubrí a todos.

¿Qué pasa ahora?, se preguntó Cheran.

Es el medallón, expliqué, al tiempo que yo mismo me daba cuenta de esto. *Ahora obedece a la voluntad de Aro.*

No pude evitar que me rechinasen los dientes.

—Los gigantes son manipulados por la magia negra de ese medallón —siguió Edward, que ahora podía oír nuestros pensamientos y, de paso, aclaraba las cosas para el resto.

Vaya, parecía que ya se había pisado de todo.

Odio decir esto, pero me alegro de verte y de tenerte aquí, le dije. *Contigo todo es más fácil. La comunicación y eso.*

—Gracias, lo mismo digo —me contestó, curvando su labio en una especie de mueca.

Bella nos miró sin comprender, pero sonrió.

Los gigantes se quedaron quietos junto a la guardia, totalmente mansos y dóciles, y los chupasangres que conformaban a la misma también se quedaron inmóviles, en formación, a la espera de órdenes. Sin embargo, las almas que se aferraban al cuello de los cuerpos de esos colosos no dejaban de implorarme con esos gritos desgarradores que no se escuchaban.

Ese viejo chiflado se colocó junto a los otros dos Vulturis, mientras Nikoláy, Ruslán y ese bastardo de Razvan continuaban luchando con sus magos particulares, una pugna que parecía no tener fin y que se veía desesperada para esos tres desgraciados. El encapuchado parecía haberse dado cuenta de alguna situación y permanecía en alerta, agazapado.

Me di cuenta de qué situación se trataba cuando ese loco de Aro giró su semblante momificado hacia los magos y sonrió con arrogancia. Los caretos de los rumanos y los búlgaros pasaron al pánico automáticamente, sus asquerosas cabezas emanaron esos vahos azulados, saliendo despedidos hacia arriba, como el vapor de una tetera. Sí, lo supe con total certeza. Ahora Aro tenía el control total con ese extraño y espeluznante medallón, cuyo ojo no dejaba de mirarme ni un instante. Ese colgante tenía un poder inmenso, lo notaba, lo sentía, toda esa maldad procedía de ahí, y los magos búlgaros debían de haberse quedado en calzoncillos sin él. Seguramente los tres magos eran bastante poderosos, pero ese medallón les proporcionaba mucho más poder, y ahora no lo tenían.

La Pitufina también mostró una sonrisa triunfal y orgullosa que le dedicó a Nessie desde sus filas. No sé qué significaba eso, tenía algo que ver con su pelea, seguro, porque las muelas de mi chica no se rompieron y no me arrancó el pelaje que su mano aferraba, de milagro.

La sonrisa de ese Vulturis tarado no se borró de su asquerosa cara ni un instante. Entonces, mis pupilas se abrieron como platos cuando vi cómo el ojo dejaba de mirarme a mí para hacerlo con los tres magos, y cómo el medallón latía, al igual que hacía la pulsera de Nessie. Una neblina grisácea comenzó a salir de los cuerpos de esos desgraciados de Nikoláy, Ruslán y Razvan a una velocidad de vértigo.

—¡No! —gritó Razvan.

Pero ya era demasiado tarde. Las tres neblinas atravesaron rápidamente sus burbujas violetas como si nada, dejando atrás sus cuerpos petrificados, y se fueron hacia la pupila del ojo del medallón a la velocidad de un viento huracanado.

El medallón había reclamado lo que era suyo, esa magia negra extra que les había prestado a esos tres patéticos magos. Ahora el colgante tenía otro dueño y obedecía a su voluntad.

El encapuchado y los rumanos intentaron huir, pero el ojo se lo impidió, dejándoles inmóviles. Ni siquiera pudieron hablar. Sus pies se clavaron en el sitio y se quedaron tiesos, con esas posturas extrañas de escapada. Al encapuchado no podía verle el rostro, pero el careto horrorizado de los otros dos lo decía todo.

Nosotros tampoco podíamos escapar. La situación estaba más que clara: esto se estaba poniendo muy chungo.

Los cinco poderosos magos de rojo no tardaron nada en actuar, lanzaron sus chorros negros sin cuartel hacia esos desgraciados de Nikoláy, Ruslán y Razvan, y resquebrajaron sus barreras como si fuesen simples cristales.

Sus vahos azulados llegaron hasta el cielo, sobrepasando las copas de los árboles. Los tres gritaron con horror y mostraron hasta las cuencas de sus blancos globos oculares cuando los chorros llegaron a ellos. Vale, me habían robado mi venganza particular, pero podía servirme con esto. Sin embargo, cuando mi labio lobuno estaba a punto de curvarse con una satisfacción un tanto maléfica, sus gritos desgarradores de dolor se vieron repentinamente interrumpidos.

Giré mi rostro súbitamente hacia Aro y vi que había levantado su paliducha y tísica mano, por eso los cinco magos de color carmesí habían dejado de soltar su magia negra.

¡*¿Qué demonios hace?!*, protesté, enérgicamente.

—Todavía no habéis de morir —dijo, manteniendo esa sonrisa alocada que mostraba cuánto le gustaba el poder.

De repente, el ojo del medallón escupió un rayo de color púrpura oscuro que se extendió hacia ellos vertiginosamente, en forma de abanico, siendo un hilo desde la pupila y ensanchándose a medida que llegaba a ese trío y a sus acompañantes inmóviles, hasta que cubrió a esos seis por completo.

Todos nos quedamos perplejos.

En un abrir y cerrar de párpados las seis víctimas del medallón se volvieron completamente sumisas, al igual que había pasado con los gigantes, y se colocaron junto a éstos y los miembros de la guardia, en formación, frente a nuestro bando.

Ese asqueroso fósil de Cayo sonrió con satisfacción, acompañando al chiflado de Aro, mientras que nosotros todavía seguíamos con cara de idiotas.

—Bien, ahora podemos empezar la guerra de verdad —declaró Aro.

Todas nuestras filas rechinaron los dientes.

Hijo de perra. Esto era lo que quería desde el principio. Hacerse con ese medallón para enfrentarse a nosotros.

—¡Maldito traidor! —rugió Emmett, que no salió despedido hacia él porque Rosalie le cogió de la mano y le paró los pies.

—No corras tanto, mi querido y valiente Emmett —le respondió ese chiflado, colgándose el medallón en su cuello—. La lucha tendrá lugar mañana, a las doce del mediodía.

¡*Idiota arrogante! ¡No tienes por qué darnos ventaja! ¡Luchemos aquí y ahora!*, rugí yo también, mostrándole mi poderosa dentadura con cólera.

Nessie no fue la única que me detuvo. Como siempre, Edward me interpuso su brazo y no me dejó arrojarme hacia Aro.

Retiraba lo dicho hace un momento. Estaba mejor sin él.

—Mañana —asintió el idiota de Edward.

Y la sonrisa de Aro se amplió.

SI TENGO QUE ELEGIR UN ÚLTIMO DESEO, LO TENGO MUY CLARO

—¡No lo entiendo, Edward! ¡¿Por qué tenemos que esperar a mañana?! —protesté, enérgicamente—. ¡Ahora ellos tendrán tiempo de pensar en alguna estrategia!

—Lo sé, pero nosotros también —alegó, confiriéndole a su voz un tono comedido y estudiadamente sosegado.

—¿Nosotros? No sé qué estrategia vamos a pensar —dudé, siguiendo con mi paseillo, cabreado y nervioso, mientras me metía la mano entre el pelo—. Ese medallón tiene mucho poder, mucho —me paré frente a él y le miré a los ojos—. No te imaginas la magia negra que desprende, es... espeluznante, me pone los pelos de punta —y volví a mover mis pies para dar otra caminata—. Si hubiéramos seguido la batalla, ellos no tendrían estrategia, y hubiésemos tenido una oportunidad. Pero ahora... Ahora conocen nuestros puntos fuertes y débiles, y tendrán tiempo de pensar en algo para hacerles frente. En cambio nosotros no hemos visto casi nada de lo que puede hacer ese maldito medallón.

—Jake, tranquilízate —me rogó Nessie, agarrándome del brazo para que parase de una maldita vez.

Sí, lo sé, lo sé, estaba histérico y tenía que relajarme, pero, ¿cómo iba a hacerlo? Ahora los Vulturis contaban con su ejército de chupasangres llenos de dones, otro ejército de gigantes inmortales, los cinco magos más poderosos del mundo, otros tres que iban a hacer lo que Aro quisiese y un medallón que desprendía esa maléfica magia negra por sus 360 grados. Sí, como para relajarme, vamos.

—Todo saldrá bien, Jacob —afirmó Edward, que, cómo no, estaba al tanto de todo lo que pasaba por mi inquieto tarro—. Tú eres más poderoso que todo eso junto, lo sé.

—Y una mierda —mascullé, parándome en seco para mirarle de nuevo—. Ya has visto lo que emana ese medallón —le recordé, señalando con el dedo a aquella lejana zona que ni siquiera se veía, donde habíamos estado luchando.

Él lo había visto a través de mí, así que no me viniera con cuentos ahora.

—Tú eres más poderoso que todo eso —insistió, observándome con una confianza y una respetabilidad que me sorprendió un poco.

—Claro que sí, eres el Gran Lobo —secundó Nessie, poniéndose frente a mí—. Y ya sabes lo que dice la profecía.

La profecía, la profecía... Dichosa profecía.

—Eres un rey. Y reinarás en nuestro mundo —siguió Sam; otro que me miraba con el mismo careto. Guay.

—Todos tenemos fe ciega en ti, tío —declaró Seth—. Sabemos que eres mucho más poderoso que todos esos chupasangres y magos juntos. ¿Verdad? —les preguntó a los demás.

—Por supuesto —sonrió Emmett, cruzando los brazos a modo de matón.

—Pues claro, todos pensamos igual —asintió Quil.

—Bueno, fe ciega no sé —intervino Rosalie, mostrando una sonrisita insolente—. Todavía eres un poquito torpe.

—No estoy de humor, rubia —le contesté, malhumorado.

—Últimamente, nunca lo estás. Qué aburrimiento —suspiró, ladeando la cara con petulancia.

Entrecerré los ojos para dedicarle una pequeña mueca.

—¿Qué pasa? ¿Es que no confías en ti? —inquirió Nessie, mirándome con esos ojitos dulces que eran capaces de ablandar hasta un diamante.

Genial. ¿Cómo iba a decirle que no? Eso la preocuparía aún más.

—No es que no confíe, es que... No sé, me da muy mala espina —reconocí, mordiendo mi labio inferior. Después, observé a mi manada durante un par de segundos—. Escuchad, el que quiera irse puede hacerlo ahora. Algunos de vosotros estáis imprimados, os esperan en casa —vivos, pensé—. Paul, quizá tú...

—¡Ni hablar! —protestó, dejando caer los brazos a ambos lados con enfado—. ¡Mi deber es ayudar a la manada!

—Pero yo sé que para ti Rachel...

—Rachel es lo primero para mí, pero ella está bien, está segura en La Push, y yo estoy tranquilo por eso, no lo estaría si no fuera así —me cortó, ahora un poco más relajado—. En cambio la manada me necesita, tú me necesitas, y no pienso fallaros. Además, como dijo Seth, confío en ti al cien por cien, sé que saldremos de esta.

Yo no estaba tan seguro...

—Estoy totalmente de acuerdo —le acompañó Jared—. Yo quiero quedarme.

—¿Y tú, Sam? Emily y los niños te esperan en casa —le dije.

—Yo también me quedo —declaró, alzando la barbilla con esa honorabilidad de siempre.

El resto de imprimados asintió para apoyar la decisión.

—Venga ya, no seas tan muermo, Jacob —resopló Leah—. Nos quedamos y punto.

Mi nariz dejó escapar un resollado inconforme. Si a alguno de ellos le pasara algo... Si a los Cullen, si a Nessie le pasara algo...

—Tal vez lo mejor sería que todos aprovechásemos para pirarnos de aquí... —pensé en voz alta.

—No sabía que eras un cobarde —espetó Ryam de pronto.

Mi rostro se giró súbitamente y le fulminé con la mirada. Aunque no fui el único. Toda mi manada le miró con cara de malas pulgas.

Como había hecho en la celda, había soltado eso por la boca sin ni siquiera mirarme. Seguía apoyado en ese árbol, observando algo a un lado como quien no quiere la cosa. Idiota.

—¿Cómo has dicho? —mascullé, apretando los dientes.

—Jake... —murmuró Nessie, ya poniéndome su mano, todavía fría por la transformación, en el torso por si tenía que pararme.

—¿Quieres que nos larguemos de aquí? ¿Que huyamos como cobardes? —siguió, por fin girando el careto hacia mí.

Imbécil. No era por mí por quien lo había dicho. Yo no quería huir como un gallina, pero si yo me iba, el resto lo haría conmigo, ya no tendrían esa estúpida excusa del honor para conmigo, el respeto y todo eso. Y sobre todo, Nessie también se vendría conmigo, con lo cual estaría a salvo. En cambio, si me quedaba, todos lo harían.

—Idiota. Si fuera por mí, ahora mismo estaríamos luchando con ellos —afirmé, enfadado—. Era yo el que quería quedarme, ¿recuerdas?

—De todas formas, marcharnos ahora tampoco sería la solución —terció Carlisle, usando su tono comedido de siempre—. Quizá conseguiríamos escaparnos de aquí, pero los Vulturis nos encontrarían tarde o temprano y no sólo nos darían caza a nosotros, todas las personas inocentes de nuestro alrededor, de vuestra tribu, correrían un grave peligro.

—Esos serían capaces de devastar toda La Push como venganza —intervino Emmett.

Se me puso el pelo de punta, solamente con oír eso.

—Yo no he dicho que quiera huir, sólo era una ocurrencia —dejé claro.

—Alice, ¿ves algo? —le preguntó Doc.

Ésta se frotaba las sienes sin parar al tiempo que arrugaba ese menudo rostro blanco como la cal.

—Es imposible —suspiró, agotada por el esfuerzo—. Ese medallón debe de estar interfiriendo, así que no puedo ver nada. Además, creo que Aro está utilizando la influencia de Varick.

—¿Y tú no viste nada en la mente de ese decrepito? —quise saber, dirigiéndome a Edward.

—Su mente no mostraba ninguna posible estrategia, estaba demasiado impresionado y fascinado por el poder que ese medallón le va a dotar a partir de ahora —explicó con un gesto grave.

Nessie tembló y yo cogí su fría mano para tranquilizarla.

—¿Y si llamamos a Ezequiel? —se me ocurrió—. Tal vez él sepa algo sobre ese medallón y pueda ayudarnos.

—Se nos han agotado las baterías del móvil —dijo Bella, que mantenía su mano amarrada a la de Edward—. Ninguno de nosotros dispone de teléfono.

—A nosotros también se nos han agotado —reveló Esme.

—Yo tampoco tengo batería —se unió Nessie, mordiéndose ese precioso labio con preocupación.

—Como para venir a Volterra con el cargador, ¿verdad? —rió Em.

Miré a mis hermanos de manada, los cuales hicieron unas negaciones con la cabeza.

—Genial, pues ninguno de nosotros ha traído su móvil —resoplé.

—Pues no hay que salir de casa sin el móvil —opinó Ryam, otra vez mirando a no sé dónde.

—Verás, cuando vamos a una guerra, no solemos llevarlos encima, ¿sabes? —le aclaré, confiriéndole a mi voz un tono ácido.

—Jake, tengo sed —nos interrumpió Nessie, dándome suaves tirones de la mano para que le atendiese a ella.

Seguramente también era para desviar mi atención de ese pesado de Ryam. Por supuesto lo consiguió, mis ojos no tardaron nada en dirigirse a ella para quedarse en ese hermoso rostro.

—¿Quieres ir a cazar o prefieres tomar la sangre que te ha traído Doc? —le pregunté.

—Creo que será mejor que cace algo. Es mejor que deje todas las reservas de sangre posibles para la batalla.

No me gustaba. No me gustaba nada que ella estuviese allí mañana. Si ya no me había gustado que hubiese estado hoy, mañana mucho menos.

Nessie tiró de mi mano y obligó a mis pies a que comenzasen a andar, sin darle tregua a mis pensamientos.

—Después hablaremos de lo de mi brazo —dijo Jasper, que ya lo tenía en su sitio, pero que no le había sentado nada bien que no lo hubiese estado.

Glups.

—Sí, vamos a cazar —y me coloqué delante de mi chica para tirar yo de ella.

Nessie soltó una risilla y empezamos a galopar, cogidos de la mano.

No tardamos mucho en alejarnos de allí. Esas momias de los Vulturis y toda su chusma se habían pirado hacia el este para esperar a mañana, y todos nosotros lo habíamos hecho hacia el oeste, con lo que esos fósiles se encontraban bastante lejos de nosotros. No me hubiera fiado ni un pelo, si no fuera porque Doc afirmaba rotundamente que los Vulturis no faltarían a su palabra y que mantendrían esta pequeña tregua hasta la mañana siguiente. Así que más o menos estaba tranquilo, lo bastante como para fiarme e irme de caza con Nessie a solas.

Mi chica enseguida detectó unos efluvios y unos rápidos latidos de corazón. Nos dirigimos hacia allí deprisa y, entre los árboles, vimos a esa manada de ciervos. No se lo pensó dos veces. Soltó mi mano y se abalanzó hacia ellos a una velocidad vertiginosa. Cuando quise darme cuenta, sus manos y su dentadura ya sostenían a uno de ellos para asfixiarlo con rapidez. El pobre animal se retorció y luchó por su vida

durante un instante, pero Nessie era muy efectiva, rápida, y el ciervo sufrió lo menos posible.

Me acerqué allí, dando un paseillo, y me senté a su lado.

—¿Quieres? —me ofreció, de broma.

—No, gracias —le respondí con retintín, sonriéndole.

Soltó otra risilla y empezó a succionar la sangre del animal.

Vaya, sí que tenía sed, porque tragaba como una loca. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero en un santiamén dejó seco al ciervo y su cuerpo volvió a ser cálido y medio humano. Su efluvio pasó de oler igual que el mío a adquirir sus aromas de siempre, esa fragancia suya tan dulce que me embriagaba por completo.

—¿Ya?

—Sí —sonrió, palmeando su barriga.

—Hay que ver cómo tragas —me burlé, poniéndome de pie.

Extendí los brazos para ayudarla a levantarse.

—Tenía sed —se defendió, cogiendo mis manos.

—Ya lo veo, ya —reí, tirando de ella.

Dejé libre una de sus manos y comenzamos a pasear por ese bosque nocturno.

Ninguno de los dos habló. El silencio reinaba en ese bosque mediterráneo en el que sólo se oían esos sonidos de la noche. Los búhos, los grillos y las ranas de ese lago cuyas orillas estábamos empezando a recorrer cantaban su particular melodía.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, se me iban a freír los sesos, de tanto pensar. Toda la responsabilidad pesaba sobre mí, toda. Maldita sea, todos esperaban que yo llegase y mi poder espiritual hiciese ¡bum!, y problema resuelto. Pero yo no sabía utilizarlo bien y, sí, diablos, tenía que reconocerlo, no sabía si mi poder sería suficiente para vencer a ese espeluznante medallón. El tema estaba realmente chungo, lo teníamos muy crudo. Mierda, ¡mierda!

—Te veo muy intranquilo, ¿pasa algo?

Las palabras de Nessie hicieron que regresase del infierno con rapidez. Genial, Jake, ahora ella estaba más preocupada.

No me había dado cuenta, pero nos habíamos detenido.

—No, cielo, no te preocupes. Todo va bien —disimulé, curvando mi labio hacia arriba todo lo que pude.

—No me mientas, te conozco demasiado —protestó, frunciendo el ceño para adoptar esa expresión tan adorable—. Sé que las cosas no van bien y que tú estás muy preocupado.

Suspiré, llevándome la mano al pelo de mi frente.

No quería preocuparla, pero estaba claro que mentirle a Nessie era misión imposible. Para empezar, me conocía demasiado bien, como ella había dicho.

—Ese medallón me da muy mala espina —confesé, bajando la mano de nuevo.

—Tienes que confiar en ti —murmuró, alzando su mano para acariciar mi mejilla—. Yo confío plenamente en ti —y sus ojos se clavaron con resolución en los míos.

Su don me mostró justo lo que decían sus palabras. Ante ella se presentaba un colosal lobo bermejo, fuerte, protector, poderoso...

No tiré tan fuerte de su mano, pero Nessie aprovechó ese pequeño empujón para aferrar su brazo a mi cuello y arrimarse a mí. Notar su frente tan pegada a la mía y la calidez de su cuerpo, hizo que todo mi organismo se llenase de ese chisporroteo de siempre, y mis manos se aferraron a su cintura automáticamente. La energía empezó a fluir a nuestro alrededor, girando y girando.

—Te quiero —susurré, frotando nuestras frentes—. Te quiero con toda mi alma.

—Yo también te amo con toda mi alma —musitó.

Su mano pasó a mostrarme algo bien distinto. Probablemente lo estaba haciendo sin darse cuenta, olvidando por completo que su suave palma seguía en mi rostro. Ahora me estaba mostrando lo mucho que me deseaba, lo mucho que me amaba. No pude evitar jadear ante tales sentimientos, eran demasiado fuertes, eran demasiado parecidos a los míos. Idénticos.

Su deseo era un sentimiento tan profundo e intenso, que electrizaba todo mi cuerpo, lo atravesaba de pies a cabeza, recorriendo todas las partes de mi organismo. El ambiente se llenó de tensión sexual enseguida, casi se podía sentir su electricidad revoloteando en el aire. La respiración de Nessie ya se agitaba en mi boca, acompasando a la mía, y su mano dejó mi mejilla para descender por mi pecho con calma. Dios, me encendí como una mecha, era inevitable. Estar así con ella era un regalo.

De pronto, me dio por pensar en algo, algo incipiente que azotó mi mente con precipitación, algo que estaba ahí todo el tiempo. Y era una

incertidumbre demasiado intensa, demasiado. ¿Y si era la última vez que estábamos así? ¿Y si no había más momentos como este? ¿Y si ya no había un mañana para nosotros?

Caer en esto tan de repente fue como un disparo a bocajarro. Entonces, sentí la urgente necesidad de tenerla entre mis brazos, de sentir su piel, de sentir su calidez. Lo necesitaba. Necesitaba amarla, acariciarla, besarla, entregarme a ella por última vez, pero también necesitaba su calidez, su dulzura, su amor, en este momento tan frío, sucio y devastador como era esta asquerosa guerra. Si mañana tenía que morir, ella era mi último deseo.

No hicieron falta palabras. Nessie alzó la vista y sus sensuales y hambrientos ojos ya me lo dijeron todo.

Los dos unimos nuestros labios y comenzamos a besarnos con pasión. Fue cuando supe que ella sentía lo mismo que yo: esta puede que fuese la última vez que hiciéramos el amor. Eso hizo que mi determinación subiera hasta las nubes. Ahora ya no dudaba ni un ápice, me entregaría a ella completamente, entregándole mi alma, por última vez.

Bajé mis manos hasta su espalda más baja y la apreté contra mí con un movimiento seguro y decidido. Ambos jadeamos con más fuerza.

Sus manos acariciaron mi torso como sólo ellas sabían hacerlo, eso me ponía a cien. Sí, yo era suyo, todo suyo, Nessie lo sabía. La energía subió de nivel y se revolió a nuestro alrededor, como un tornado. Sus sedosas y cálidas palmas se deslizaban por toda mi piel, recorriendo cada uno de mis estremecidos músculos, mientras nuestras bocas exhalaban el aliento y se besaban sin descanso y nuestras lenguas se enredaban frenéticamente, buscándose con auténtico fervor. ¡Uf! Mis pantalones estaban a punto de reventar.

Caminé hacia ella, obligándole a ir hacia atrás, hasta que su espalda se topó con el tronco de un roble. Sus manos se despegaron de mi pecho cuando le quité la chaqueta, para ayudarme a sacar sus brazos, y pasaron a acariciar mis hombros y mi nuca después, entremezclándose con mi pelo; las mías se fueron hacia los botones de su ceñida blusa para desabrocharla.

Esos botones eran bastante pequeños para mis dedos, y eso me hacía ir más despacio. Se la hubiera abierto de un tirón, si no fuera porque esta blusa y esa chaqueta eran la única ropa que tenía aquí para cubrir la parte superior de su cuerpo. Y la chaqueta solamente tenía un

lazo que se anudaba arriba, así que no me quedó más remedio que ir botón a botón hasta que por fin conseguí desabrochársela.

Pero ya no perdí el tiempo. Una vez que le quité la blusa, ayudado por sus brazos de nuevo, la despojé de su sujetador, desenganchando el cierre de su espalda.

Metí la mano por el cabello de su nuca y empecé a besar todo su cuello. Sus manos se perdían por mi pelo y mi espalda con frenesí y sus jadeos subieron de intensidad, pero pasaron a ser gemidos en toda regla cuando mi boca y mi lengua comenzaron a disfrutar de sus generosos pechos, que ya estaban totalmente excitados. Sus piernas se abrieron y su cuerpo se frotó con el mío para saciar un poco su deseo. Eso ya me volvió loco del todo.

No sé ni cómo pudimos, pero nos deshicimos del resto de su ropa. Todo cayó al suelo y ella lo apartó a un lado, empujándolo con el pie. Mientras seguíamos besándonos con locura, llevé mi mano más allá de su vientre y la bajé del todo. Sus gemidos y movimientos me lo anunciaron, pero mis dedos ratificaron que ya estaba más que preparada para recibirme.

Nessie desabrochó mi pantalón y consiguió bajármelo un poco. Me sentí muy liberado con esto, ya no aguantaba más. Mis pantalones rozaron mis piernas cuando se cayeron en la hierba del terreno.

Ya se iba a agachar, pero la detuve, poniéndole mis manos en sus hombros. No tenía tiempo para eso, tenía que tomarla ya. La cogí en brazos y la tumbé sobre la hierba, en un montículo que me pareció bastante mullido y cómodo. Ella me entendió a la perfección, cómo no, y sus sensuales ojos eran el reflejo puro de la excitación que mis ansias de poseerla le producía. Sabía que esto la volvía loca. Sus piernas abiertas ya eran toda una invitación y una provocación.

Me acomodé entre las mismas, pero no me uní a ella todavía, aunque me moría por hacerlo. Primero quería observarla bien, puede que fuera la última vez que la viera de este modo, que viera su preciosa desnudez de diosa, que la viera así, entre mis brazos. Deslicé la mano por su vientre, sin dejar de observar su cuerpo, su luminosa piel de seda. Su boca volvió a jadear con intensidad, como la mía, y subió de volumen cuando mi mano llegó a sus senos.

No podía dejar de sentirme el hombre más afortunado del mundo por poder tenerla, por poder tocarla, acariciarla, como me había sentido cuando mis dedos rozaron sus labios y su cuello por primera vez.

Acerqué mi rostro al suyo y la besé con toda mi alma, sabiendo que esta quizá fuera la última vez que pudiera besarla de este modo. Sus labiosacompararon a los míos, sintiendo lo mismo, y llevé mi mano a su sien para acariciar su angelical rostro. Unas lágrimas brotaron por sus ojos cerrados y se deslizaron por ambos lados de su cara, mojando las yemas de mis dedos.

Separé mi boca de la suya para hablar, algo preso de esta estúpida emoción, pero sólo dejé un centímetro entre nuestros labios.

—Que quowle —susurré, a duras penas—. Para siempre.

—Te amo —musitó ella, con un hilo de voz.

Sequé sus lágrimas con mis dedos.

—Siempre estaremos juntos. Pase lo que pase, yo siempre estaré a tu lado.

Mi espalda fue presa de sus manos, que me arrimaron más a ella.

—Tómame ya —me suplicó, con un estimulado susurro que rozó mis labios con avidez.

No esperé más.

Me uní a ella muy despacio, dejando que su cuerpo se fuese adaptando a mí poco a poco. No quería hacerla daño, aunque ella parecía un molde hecho a medida para mí y sabía que estaba más que preparada. Pero también quería sentirla bien, sentir su húmedo y caliente bajo vientre abrazándome, acogiéndome, dejándome entrar en lo más profundo de su ser. Sus manos se aferraron a mi pelo mientras me internaba en ella, con un ansia desmedida, suplicándome que ya lo hiciera completamente. Su gemido de placer acompañó al mío cuando por fin la penetré del todo, y sus dedos ya se mezclaron con mi cabello con auténtico fervor.

Mantuve nuestros labios juntos, no quería separarme de los suyos jamás. Ella era lo que más amaba del mundo, todo lo que ansiaba, la deseaba hasta la locura, ella era mi último deseo en este mundo. Sus mejillas empezaron a encenderse mientras mi cuerpo se movía dentro del suyo a conciencia, y sus estimulados jadeos y gemidos, el ver cómo ella se estremecía de ese modo y sentía ese placer por mí, me excitaban aún más, haciendo que la intensidad de la energía que nos rodeaba fluyera con más pasión.

Me desprendí de ella un poco, pero no del todo, lo justo para sentir que parte de mí todavía era suya. Eso la volvía loca, y a mí también. Sus ansiosas manos bajaron hasta mi espalda más baja y sus dedos se

clavaron en mi piel para empujarme hacia dentro de nuevo. Cuando lo hice, ambos gemimos más alto.

A partir de ahí, los dos perdimos la poca cordura que nos quedaba del todo y el fuego se desató, envolviéndonos junto a esa energía mágica y frenética.

Ya había avisado a Sam de que no íbamos a aparecer por allí en toda la noche, pero la cosa se nos estaba alargando un poco más de la cuenta. Nuestra intención era dormir algo, a solas, pero ahora quedaba muy poco para que la luz morada del alba comenzara a aparecer por ese horizonte arbolado. Los grillos y las ranas que habitaban ese lago seguían acompañándonos con su particular concierto musical, aunque creo que los búhos y demás aves nocturnas ya hacía rato que se habían callado. Creo, porque todo yo estaba en otras cosas más importantes.

Una vez más, noté cómo esa energía frenética explotaba del todo y cómo mi alma se unía a la suya, fundiéndose en una sola, volando juntas. Sentí cómo todo su bajo vientre palpitaba, esos intensos y alocados espasmos y convulsiones que también me apretaban a mí... Y entonces, ya me dejé llevar del todo, entregándome a ella completamente. Gemimos en nuestros labios y sus uñas se hundieron en la piel de mi espalda para que no me separase de ella nunca, aunque mis dedos también se clavaron en sus caderas con furor.

Nos quedamos quietos, con los rostros y nuestros cuerpos aún unidos, con su pecho pegado al mío. Nessie se encontraba sentada sobre mí. Su dulce y cálido aliento todavía se mezclaba con el mío agitadamente, pero volví a besarla. No me cansaba nunca, podía estar horas y horas así, besándola, dejando que mis privilegiados labios rozasen a los suyos, tan sedosos y dulces, dejando que la energía no se disipase jamás. Llevé mi espalda hacia atrás, apoyándola en el tronco de ese árbol bajo el que estábamos, y ella me acompañó para no dejar de besarme.

Ninguno de los dos quería que esto se terminase, ninguno quería parar, pero, maldita sea, para nuestra desgracia, la madrugada era más que incipiente, así que ambos nos obligamos a despegar nuestros labios por primera vez en toda la noche. Nos miramos a los ojos para comernos un poco más y terminamos dándonos un beso corto. Pero acto seguido nos dimos otro. Y otro. Y otro. Y otro...

—Nessie... —susurré, curvando mi labio hacia arriba.

—No quiero que se acabe... —ronroneó en mi boca, con otra sonrisa.

Y yo tampoco quería.

—Pero dentro de poco va a amanecer —murmuré entre beso y beso, siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Dentro de poco tendremos que volver con los demás.

Su boca volvió a despegarse de la mía. Me miró, frunció los labios en una línea y suspiró.

—Sí, tienes razón —asintió, suspirando otra vez.

Se desprendió de mí y mi cuerpo se quedó huérfano. Hoy parecía que se quedaba más huérfano que nunca. Se medio aovilló sobre mis piernas y se acurrucó en mi pecho, mimosa. La rodeé con mis brazos y la apreté contra mí, dándole un beso en la coronilla.

Esta vez sí que escuché mejor la suave melodía que todavía nos ofrecía ese bosque oscuro. También pude prestar atención al chapoteo de los peces que se atrevían a salir a la superficie para zamparse algún mosquito, y a ese arrullo de las ranas, que saltaban de hoja en hoja para terminar metiéndose en el agua. Pero en lo que más se fijaron mis oídos fue en el latir de su corazón. Éste latía tan cerca del mío, podía sentir sus palpitaciones en mi pecho, mi propia piel vibraba con su repiqueteo. Esta tranquilidad se sentía extraña en estas circunstancias. Parecía increíble que dentro de unas pocas horas nos fuéramos a enfrentar a esa guerra tan peligrosa.

Apoyé la cabeza en el tronco, cerré los ojos y tragué saliva. Dios, no quería que este corazón dejase de latir nunca. Sin embargo, sabía que Nessie jamás se iría de aquí sin mí, que quería luchar conmigo, a mi lado. Por un momento se me pasó por la cabeza pedirle que se marchase si veía que la cosa se ponía fea, pero iba a ser inútil decírselo. Ella jamás me abandonaría aquí. Pero había una cosa que ella no podría evitar. Ella jamás me dejaría aquí, a no ser que yo se lo ordenase. Y eso es lo que iba a hacer. Nessie no podría desobedecer mi voz de Alfa, así que se lo ordenaría. Le ordenaría que se alejase y que salvara su vida.

Despegué mi cabeza del árbol y la observé. Parecía muy a gusto entre mis brazos, protegida. Llevé una de mis manos a su frente y le quité los pelos de la misma para despejarla.

—Jake —me llamó de pronto, con un suave murmullo.

—Dime.

—Ese medallón es muy poderoso, ¿verdad? —quiso saber.

Seguí pasando los dedos por su cabello.

—Sí —reconocí.

Se hizo un momento de silencio que se llenó de incertidumbre y un incómodo temor.

—¿Crees que Razvan, Nikoláy y Ruslán podrían ser clones otra vez? —cuestionó ahora.

—No, esta vez no lo son —afirmé con seguridad.

—¿Cómo lo sabes? —su rostro subió para mirarme y yo bajé el mío para hacer lo mismo.

—El ojo del medallón no se movía cuando te saqué de esa iglesia de Bulgaria, y ellos no emanaban esos vahos gris oscuro que vi hoy —le revelé.

—Entonces, ¿ese medallón es el de verdad?

—Claro, si no, ¿por qué Aro se iba a tomar tantas molestias en conseguirlo? —le contesté, murmurando las palabras para que no sonasen tan peligrosas—. Además, se puso muy contento cuando lo consiguió.

Nessie miró al infinito y mordió su precioso labio inferior, como si hubiese caído en algo. Luego, alzó el rostro y me miró de nuevo, aunque esta vez sus pupilas estaban teñidas de una preocupación especial.

—Aro quiere llevarte a Volterra, y usará ese medallón. Tienes que tener mucho cuidado —me advirtió, incorporándose un poco para llevar sus manos a mi rostro—. Jane me dijo que la intención de los Vulturis era atraparte.

—Sí, algo escuché en tus pensamientos —recordé.

—Creo que pretenden conseguirlo con ese medallón —su voz tembló al final de la frase.

—Tranquila, cielo, no lo conseguirán —afirmé con toda la seguridad que pude, aunque no lo estaba tanto, la verdad—. Soy el Gran Lobo, ¿recuerdas?

Sonreí para calmarle, pero entonces, fue ella la que clavó esa mirada segura en mí.

—Yo confío en ti al cien por cien —reiteró, llevando sus manos a mi cuello—. Tú eres mucho más poderoso que ese medallón, lo sé. No sé qué es lo que pretende Aro, pero está muy equivocado. La profecía dice que tú reinarás en nuestro mundo, que la larga dictadura erigida por los Vulturis se verá rota, y que ningún otro bebedor de sangre, ningún otro ser, tendrá el suficiente poder para revocarte, y también dice que tú serás invencible. Aro no podrá cambiar eso jamás.

Su confianza y ese orgullo con el que hablaba me subieron algo la moral, tengo que reconocerlo. Pero el peligro que se avecinaba dentro de

unas horas estaba ahí, no podía negarlo. Y era un peligro que nos amenazaba a todos, cosa que no me gustaba ni un pelo.

Aún así sonreí para agradecer sus intentos de ánimo y la besé en los labios durante un breve instante. Sí, instante que se me hizo demasiado breve, todo hay que decirlo.

—Gracias —murmuré en sus labios.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —sonrió.

Genial. Resultaba extraño que fuera ella la que me tuviera que animar a mí, pero así era.

Nessie inspiró el efluvio de mi cuello, volvió a acurrucarse en mi pecho, sonriendo de felicidad, y rodeó mi torso con sus brazos para apretarse contra mí.

Sí, este momento era muy feliz. Una burbuja de felicidad en este fango de barro en el que estábamos metidos hasta las cejas. No quise desperdiciar este momento con malos pensamientos, así que decidí disfrutarlo al máximo.

—Luego tendremos que darnos un baño en ese lago —dijo, riéndose.

—En cuanto amanezca —sonreí yo.

Y el bosque volvió a abrazarnos con su música nocturna.

TIC, TAC, TIC, TAC. EL MOMENTO DE LA BATALLA FINAL SE ACERCA

Ya hacía un rato que había amanecido, y ahora el bosque ofrecía un panorama muy distinto. Los grillos y las ranas se estaban tomando un descanso y estaban siendo sustituidos por el canto mañanero de los diferentes tipos de pájaros que habitaban el bosque. La luz ya conseguía colarse por esa cúpula arbórea que nos cubría y todo parecía cobrar vida, siguiendo el ritmo de la salida del sol.

Para ser tan temprano, no hacía ni pizca de frío, la verdad, se ve que aquí en Italia el clima era bastante templado. Claro, que era verano. Si no fuera por lo que nos esperaba dentro de unas horas, se hubiera estado genial aquí.

Nessie y yo no tardamos nada en vestirnos, después de darnos ese corto baño para asearnos un poco. Nos cogimos de la mano y comenzamos a caminar hacia ese lugar donde ya nos debían de esperar todos, seguro.

Era una pena que esta noche se hubiese terminado tan pronto, al menos, a mí me lo había parecido, vamos. No voy a negar que lo habíamos pasado de fábula durante estas horas, había sido un oasis en el desierto, incluso había repuesto fuerzas y me encontraba más centrado, pero el volver a la realidad tan de repente, era como si nos hubiesen echado encima un caldero de agua helada, y yo no podía dejar de pensar en ese peligro que acechaba a Nessie y a todos los demás.

No nos estábamos dando mucha prisa, sinceramente, aunque tampoco íbamos a paso de tortuga para dirigirnos junto al resto. Eran nuestros últimos minutos a solas y queríamos aprovecharlos al máximo. Me sentí un poco culpable y todo, por poder disfrutar de la compañía de mi chica, cuando mis hermanos no podían hacerlo de las suyas, pero, en fin, qué les iba a hacer, ¿no? Mala suerte.

Encima, ¡arg!, tenía una comedura de coco importante, no hacía más que rallarme la cabeza con toda esa maldita lucha. Y lo peor es que Nessie parecía estar igual que yo, y eso sí que no lo soportaba. Odiaba verla tan preocupada.

—¿Sabes lo segundo que voy a hacer en cuanto lleguemos a casa? —se me ocurrió soltar para evadirnos un poco.

Nessie giró su hermoso rostro y me miró con una media sonrisa.

—¿Lo segundo? —se percató, marcando la pregunta con intención.

—Sí. Bueno, lo primero ya lo sabes, nena, no hace falta ni que lo diga, ¿no? —la comisura de mi labio se curvó con picardía y su preciosa sonrisa se amplió, aunque tenía ese matiz tímido que me volvía loco. Me coloqué detrás de ella, manteniendo esa sonrisa pícara, y la rodeé con mis brazos al tiempo que seguíamos caminando. Luego, llevé mi cabeza hacia delante para susurrarle en el oído—. Los lobos siempre tenemos un hambre voraz, Caperucita, y, cuando pase todo esto, yo te voy a devorar entera.

Giró su rostro para que sus labios bebiesen un poco de los míos y ya nos detuvimos.

¡Uf! Como empezásemos, ya no íbamos a poder parar.

Los dos nos obligamos a terminar ese beso que ya comenzaba a pasar al otro lado de la frontera, ya sabes, esa línea que marca un paso más hacia lo imparables y la locura total. Además, ya podía oler los efluvios de mis lobos, esa pareja de gigantes y los Cullen. Todavía estaban bastante lejos, pero no tanto como para que Edward no pudiese escanear nuestras mentes ya. Qué rollo. Casi podía sentir sus dichosas ondas clavándose en mi cerebro, pero esta vez en forma de flechas punzantes, agujijoneándome sin cuartel, pinchándome como un pesado chinche. Sí, vale, estábamos casados y él ya no podía decirnos nada, faltaría más, bueno, más bien me daba completamente igual lo que él pensara, pero el saber que podía radiografiarme la mente me tocaba bastante las narices, la verdad, era realmente incómodo. Demonios, si miraba a una mosca casi podía ver su

cara dibujada, vigilándonos, era como tener un espía clavado en el cogote todo el tiempo.

—¿Y qué es lo segundo? —preguntó Nessie de pronto, sacándome de esta bola mental que me había montado yo solito.

Tuve que tomar una buena bocanada de aire, para reponerme de ese precioso rostro que tenía tan cerca y de ese besazo de antes.

—Ah, lo segundo —recordé, poniéndome a su lado de nuevo, cogiendo su mano—. Verás, te llevaré en la Harley por la autopista hasta Seattle, ¿qué te parece? —y le sonreí.

—Me parece genial —sonrió ella también. Verla así era todo un bálsamo para mí—. Siempre que pueda pegarme bien a ti y pueda ir sin casco para sentir el aire en la cara.

—Eso está hecho, pequeña.

Nos sonreímos otra vez y nos dimos un beso corto.

Como me suponía, no tardamos mucho más en llegar hasta donde se encontraban todos.

—Ahí llega la parejita de su luna de miel —anunció Shubael con un aire de mofa en el tono de su voz, aunque su amplia sonrisa ya lo decía todo a las claras.

Idiota...

A Helen se le escapó una risita picarona y las mejillas de Nessie se ruborizaron.

—Qué, ¿te quedarán fuerzas para la batalla de hoy o tendremos que darte oxígeno en mitad de la pelea? —se burló Emmett, cómo no, dirigiéndose a mí.

Idiota...

La cara de Nessie pasó a ser roja total.

—Tengo fuerzas de sobra para todo —solté, vacilón.

Em rompió a reír a carcajadas.

—Ahí tenéis algo para desayunar —nos indicó Edward, que por supuesto, todavía no se acostumbraba a ver ciertos pensamientos en mi cabeza sobre su hija, por muy casados que estuviéramos, y ese careto tirante lo decía todo.

Sí, vale, tenía que reconocerlo, era verle a él, y las imágenes de nuestra tórrida velada nocturna me venían solas a la cabeza, qué le iba a hacer. No es que lo hiciera adrede, en serio, pero es que cuanto más trataba de ocultarle esos recuerdos, resulta que surgían más.

Carraspeé, tratando de pasar de su pálida cara, y me fijé en ese desayuno.

—Vaya, ¿habéis cazado un jabalí? —se sorprendió mi chica, curvando los labios para sonreír.

Los restos del susodicho jabalí reposaban en un palo horizontal que estaba apoyado en dos especies de patas que lo sujetaban sobre una fogata que apenas ya tenía llamas.

La verdad es que tenía un hambre canina, ni siquiera habíamos cenado y mis tripas ya no podían trabajar más para llamar mi atención. El olor de esa carne se metió por mi nariz para tentar aún más a mi apetito.

Sin embargo, algo captó nuestra atención y Nessie y yo no nos movimos del sitio.

Era Bella. Miraba a Alice con mucha atención y preocupación mientras ésta se frotaba las sienes sin parar.

—Alice ha tenido una visión sobre Renée —nos reveló Edward.

—¡Renée! Me había olvidado de ella por completo —pensó Nessie en voz alta, llevándose las yemas de los dedos a la boca.

Mi pensamiento era idéntico al suyo.

—¿Dónde está? ¿La tienen esos rumanos? ¿Los Vulturis ahora? —inquirí, tenso.

—No, no —me calmó él—. Nosotros nos encargamos de que no la atrapasen. Alice había tenido una visión en la que Vladimir y Stefan la sorprendían investigando más de la cuenta, descubrían de quién se trataba y la secuestraban para chantajearnos. Sin embargo, nosotros pudimos actuar a tiempo y lo impedimos. Ellos ni siquiera saben de su existencia ahora. Después nos entregamos para cerciorarnos de que no la descubrieran. En cuanto nos pusimos en manos de Vladimir y Stefan, nos hipnotizaron y ya no tenemos más recuerdos hasta ayer.

—¿Y dónde está Renée ahora? ¿Sigue investigando? Porque si es así, ella estará en peligro —la voz de Nessie se apagó cuando miró a Bella, cuyo rostro era el reflejo puro y duro de la preocupación.

—Rosalie se encargó de eso —desveló Jasper—, aunque creo que se pasó un poquito —y su mirada se clavó en la de la mencionada con algo de regañina.

—Sólo hice lo que tenía que hacer —se defendió ella, elevando su barbilla con petulancia—. Si no le hubiera roto las piernas a Phil, ella no hubiese vuelto a Phoenix para cuidarle y seguiría husmeando por aquí. Ahora estará una buena temporada ocupada.

Bella la fulminó con la mirada, aunque no dijo nada, estaba demasiado pendiente de Alice y de su concentración.

—¿Le rompiste las dos piernas a ese pobre infeliz? —le reproché, alzando las dos cejas con asombro. Luego, chisté—. Menuda bestia.

—Mira quién va a decírmelo —me contestó, entornando los ojos para mirarme con cara de odio—. El animal de la casa.

—¡Rose! —le regañó mi chica.

Todos mis hermanos resoplaron a la vez por las narices.

—Déjalo, Nessie —le paré, dedicándole otra miradita similar a la Barbie—, yo seré un animal, pero sólo cuando me transformo.

Escuché el rechinar de dientes de la Barbie.

—Bueno, ya está bien —intervino Edward, irritado—. La verdad es que te excediste un poco, Rose, pero eso ya no importa —ella le dio un manotazo a su melena y ladeó la cara con disconformidad—. El caso es que Alice ha vuelto a tener otra visión sobre Renée, pero el problema es que no consigue verla bien, y eso nos tiene muy preocupados.

—Ya, y creéis que puede deberse a que los Vulturis la vayan a descubrir y ese maldito medallón interfiera, ¿no es eso? —le dije.

Los dedos de Nessie apresaron a los míos con más fuerza.

—No sólo eso, Jacob —se quedó mudo durante un instante.

Parecía estar estudiando si decir lo que tenía que decir o no, porque nos observaba a Nessie y a mí con cautela. Eso hizo que la mano de mi chica se tensase todavía más.

—Venga, suéltalo ya —le azucé, nervioso.

Edward miró a Bella. Ella se mordió el labio inferior, pero asintió para darle su apoyo. Él nos miró de nuevo, resignado.

—Si los Vulturis atrapan a Renée, también significa que no morirán en la batalla, con lo cual... —su frase se quedó en el aire, seguramente al ver el pensamiento de Nessie, que esta vez casi estrangula mi mano.

Nadie dijo nada. La tensión y preocupación eran tan evidentes, que casi cortaban ese aire veraniego para volverlo gélido.

Mis temores de anoche volvieron a clavármese en el estómago para retorcerse con saña. Sí, puede que no hubiera un mañana para Nessie y para mí, para ninguno de nosotros... La idea de ordenarle a ella que huyera volvió a mi destartalado cerebro con urgencia, casi atropelladamente entre todos esos pensamientos estrepitosos y bombardeantes que ya quemaban mis sesos.

—Ganaremos nosotros —afirmó Nessie de pronto, levantando la barbilla con orgullo y determinación, haciendo que yo bajase de ese nubarrón oscuro—. Jake es el Gran Lobo, es el rey de los lobos, el rey de nuestro mundo, y es invencible.

Me hubiera gustado rebatírsele, pero la verdad es que prefería verla así, no quería preocuparla más, y, bueno, vale, el que ella tuviese tanta confianza en mí, me levantaba mucho la moral, sinceramente, casi me sentía invencible y todo.

—Ness tiene razón —apoyó Leah, cabeceando de arriba abajo con un movimiento rápido y enérgico—. Jake es mucho más poderoso que ese y todos los medallones mágicos del mundo juntos.

Tampoco había que exagerar...

—Por supuesto —secundó Seth, con una amplia sonrisa—. Esos viejos no tienen nada que hacer contra él.

—¡Les machacaremos! —exclamó Paul, con una risa ansiosa.

—¡Se van a enterar de lo que es bueno! —siguió Jared.

Mis hermanos comenzaron a corear unos aullidos guerreros al aire. Idiotas, sólo les faltaba danzar... Aunque me gustaba verles tan motivados, esto nos daría más confianza, que buena falta nos hacía, la verdad.

—Seguro que Alice no puede ver bien a Renée por otro motivo —declaró Nessie, dirigiéndose a su madre para tranquilizarla—. A lo mejor es porque nosotros estaremos cerca de ella.

A Bella se le iluminaron esos ojos ambarinos un poco más y Alice dejó de concentrarse en su no visión, atendiéndonos a nosotros.

—Podría ser —cayó ella, un poco más esperanzada—. Sí, claro, no me había dado cuenta. Jake es el Gran Lobo, y la profecía dice que él es invencible, Alice —le dijo a ésta, y por primera vez, desde que habíamos llegado aquí, su boca mostró una sonrisa.

Hala, ahora la otra. Genial...

Me alegraba de verla más animada, claro, pero no podía dejar de sentirme un *poquito* incómodo y cansado con todo esto de la dichosa profecía. Profecía, profecía... Mejor estaba en casa, con Nessie, siendo un lobo normal y corriente, sin tener todas estas absurdas y pesadas responsabilidades a mis espaldas. Lo que yo decía, todo caía sobre mí, maldita sea...

—Podría ser, sí —coincidió Alice, también algo más aliviada, aunque todavía hablaba con un poco de prudencia, por si acaso—. Si Renée

estuviera cerca de Nessie y Jacob, o de alguno de los metamorfos, no podría ver su futuro tampoco.

—Ya lo verás, mamá, todo saldrá bien —le sonrió Nessie, ella hablándole con confianza.

Bella se relajó un poco más y cogió a Edward de la mano, el cual le dio un beso en la frente.

—Bien, ya que ha subido la moral de nuestra tropa, será mejor que pensemos en alguna estrategia a seguir —intervino Doc, hablando con esa medida suya—. ¿Alguien tiene alguna sugerencia?

—No sabemos si va a ser una lucha cuerpo a cuerpo o si va a ser una batalla de magia y dones, eso dificulta mucho las cosas —dijo Jasper.

—Bueno, si es una lucha cuerpo a cuerpo, no creo que haya mucho que decir, no nos quedará otra que pelear —manifestó Sam—. El problema es que seguramente será una combinación de las dos cosas.

—Estoy de acuerdo —coincidió Edward—. Aunque yo matizaría algo. Según lo poco que he podido verle a Aro, creo que comenzarán con una batalla de magia. Aro está ansioso por probar el poder de ese medallón. Sus pensamientos me dejaron ver la enorme satisfacción que sentía por ese deseo cumplido. Creo que ya sabía de la existencia de ese colgante desde hacía mucho tiempo y que llevaba ansiándolo muchos siglos.

—¿Quieres decir que ese viejo decrepito ya sabía que Nikoláy tenía ese medallón? —inquirí.

—Eso es lo que me dieron a entender los pocos pensamientos que pude verle —asintió, bajando la cabeza una vez.

—Entonces, Aro ya sabía que Nikoláy, Ruslán y Razvan no habían muerto, puesto que seguía detrás de ese medallón —afirmó Ryam—. Se supone que si habían palmado, el medallón también tendría que haber sido destruido, ¿no?

—Sí, en cambio, esa momia decrepita aprovechó esta estúpida guerra para hacerse con él —seguí yo—. El muy cretino planeó esto desde el principio. No nos necesitaba para vencer a los rumanos espeluznantes, por mucho ejército que tuviesen, eso está más que claro. Lo que no me entra en la sesera es por qué nos chantajeó para que viniésemos aquí.

—Para que entretuviésemos a los gigantes y al ejército de Vladimir y Stefan —opinó Ryam—. Así, su guardia y sus magos podrían hacer su trabajo con más facilidad.

—Y, de paso, para quitarnos del medio a todos —deduje, siguiendo con sus pesquisas—. Es evidente que somos todo un fastidio para él.

—Me alegro de que estéis de acuerdo en algo —se fijó Nessie, sonriéndonos.

—Sí, menos mal —rió Helen.

—Bueno, es que esto lo podría deducir hasta un crío de cinco años —afirmé, metiéndome la mano suelta en el bolsillo de mi pantalón al tiempo que apoyaba mi trasero en el tronco de un árbol, sin soltar a Nessie.

—Sobre todo lo que has deducido tú —espetó Ryam, ofendido.

—Idiota, no lo decía por ti, ¿vale? —le aclaré, frunciendo el ceño—. Me refería a todas las deducciones.

—Con lo bien que íbamos... —murmuró Bella, ladeando la cara hacia Edward para cuchichearle.

—Un momento —irrumpió Carlisle, que llevaba un rato sosteniendo la mano en la barbilla, pensativo—. ¿No es muy extraño que Aro, sabiendo que Jacob es el Gran Lobo y que la profecía ya se estaba empezando a cumplir, se arriesgase tanto y se obcecase en que él viniese aquí?

—Sí, es un poco absurdo. Jake podría arruinar todos sus planes —apoyó Sam.

—Sin embargo, Aro secuestró a Jacob para que luchase en esta guerra —siguió Edward, secundando los pensamientos de Doc y de Sam—. Le chantajeó, aprovechando que Vladimir y Stefan nos tenían a nosotros, para que no tuviera opción y viniese aquí.

—Aro necesita a Jacob para algo —terminó de deducir Jasper, con un semblante serio, aunque mirando a Nessie con cautela.

Ésta apretó mi mano con temor y yo entrelacé aún más nuestros dedos para tranquilizarla.

—Claro —continuó Bella, exhalando con sorpresa mientras se metía la mano por el pelo, nerviosa—. Es evidente que no va a desaprovechar el que estemos todos aquí, para tratar de terminar con nosotros de una vez por todas, pero eso solamente es una consecuencia de sus verdaderos planes. Lo que Aro quería es que Jake estuviese aquí, seguramente para impedir que la profecía siguiera su curso.

—Con esto mata dos pájaros de un tiro —coincidió Emmett, cruzándose de brazos—. Encima, le hemos librado de buena parte del ejército de Vladimir y Stefan —resopló.

—Será puerco —gruñó Isaac.

—Bueno, ya sabíamos que nos estaba utilizando —declaró Shubael.

—Primero intentó evitar la profecía, regalándoos esos anillos encantados, pero al no conseguirlo, pasó a su segundo plan —nos dijo Edward a Nessie y a mí—. Ahora se trae algo entre manos, pero, ¿qué será?

—Qué raro que todo esto no lo dedujeras tú —me soltó Ryam, usando ese retintín que me sacaba de quicio—. Deducciones de niños de cinco años, sí, claro.

Cretino...

—¿Acaso tú lo has hecho mejor? —bufé, acribillándole con la mirada.

—Tiene que ver con ese medallón —afirmó Nessie, con voz asustada, pasando de nuestras estúpidas rencillas—. Aro quiere llevarse a Jake a Volterra, Jane me lo dijo. Creo que pretende conseguirlo con la influencia del medallón.

—Lo tiene crudo, si piensa que puede conseguirlo —aseguré.

—El ojo del medallón no dejaba de mirarte —recordó Nessie, y sus cuerdas vocales temblaron al hacerlo—. Es como si quisiese algo de ti.

Puaj. Todavía se me ponían los pelos de punta al acordarme de cómo me miraba ese asqueroso ojo.

—Tranquila, preciosa, repito que no conseguirá nada de mí, y menos ese maldito medallón —afirmé con determinación, dándole un beso en la frente.

—¿Aro quiere llevarse a Jake? —musitó Bella, mirándome preocupada.

—Hey, nadie va a llevarme a ningún sitio, ¿vale? —les calmé a las dos.

—Sí, Jane me lo dijo cuando peleamos —ratificó Nessie, haciendo caso omiso de mis inútiles intentos de relajación.

—¿Cuando... peleasteis? —repitió Bells, ahora mirándola a ella.

—No tenías que haber luchado con ella a solas, Renesmee, era muy peligroso —le regañó Edward antes de que a ella le diese tiempo de decir lo que su mente estaba fraguando.

—Esa... *descarada* —sustituyó— está acosando a Jake todo el tiempo, y no pienso permitirlo —confesó, enfadada.

—¿Jane acosa a Jacob? —quiso saber Bella, molesta.

—Oh, sí —continuó mi chica, cabreada—. Ya le ha toqueteado en la celda. La muy... *manos largas* —volvió a sustituir— aprovechó que él estaba encadenado para sobarle.

—Bueno, nena, pero ya pasó —intenté tranquilizarla.

El ceño de Bella se frunció más.

—Menuda fur...

—Aún así no deberías haberte marchado sola para pelear con ella —insistió Edward, interrumpiendo a su mujer.

—¿Y qué tenía que haber hecho? —saltó Rosalie, en defensa de su sobrina—. ¿Dejar que esa... *descarada* —reemplazó también— sobase a Jacob y se quedase tan ancha? Desde luego yo no dejaría que ninguna enana barata tocase a Emmett.

—Así me gusta, mi vida —alabó él, con una sonrisita satisfecha.

La Barbie le correspondió la sonrisa y los dos se dieron un pico.

—Jane me retaba todo el tiempo, tenía que ir; y la pulsera me protege todo el tiempo, no soy tan tonta como para luchar con ella así como así —se defendió Nessie, que seguía muy enfadada—. Ya no es porque tocase a Jake, que también, claro, no voy a negarlo, pero lo que más me molesta es que encima intente hacerlo delante de mis narices. Es como si nuestro matrimonio no tuviese validez para ella. Y tampoco me gusta esa autoridad con que lo hace. ¿Qué se cree? ¿Que puede tocar a quien quiera porque sí, aunque sea sin su consentimiento? Eso está muy mal. Quería darle una lección.

—Yo también habría hecho lo mismo, si se tratase de ti —aseguró Bella, mirando a su marido con determinación.

Mira tú, Edward no pudo evitar que la comisura de su labio se levantase un poco, también.

—Vaya, vaya, Jake. Las tienes loquitas por tus huesos, ¿eh? —se mofó Emmett.

Si las miradas quemasen, Nessie hubiese calcinado a su tío.

—Cállate, a mí no me hace ninguna gracia —mascullé.

Las carcajadas de Em hicieron eco en las montañas del oeste.

—Está loca, es una lunática —continuó mi chica, enojada—. Me ha dicho que cuando Aro le atrape, piensa *quedárselo* —matizó la palabra con rabia—. Habla como si Jacob fuese una mascota o algo así. Me pone de los nervios.

—Vaya una zo...

—Tendremos que esperar para averiguar qué es lo que pretende Aro con todo esto —intervino Edward de nuevo, cortando a Leah.

Ésta le dedicó una mueca de odio.

—Volviendo a la estrategia —dijo Sam, poniendo un poco de orden a todo esto—. ¿Qué vamos a hacer?

—Como Edward ha dicho antes, yo también creo que comenzarán con una batalla de magia —afirmó Carlisle—. Aro utilizará a los magos, así como al medallón, aunque no sabemos si lo hará conjuntamente o por separado. Seguramente irá probando varias opciones, según las circunstancias. Así que, Jacob —me llamó. Yo le miré—, tendrás que intervenir tú, en la mayor medida posible, desde el principio, no nos queda más remedio.

—Ya, ya, lo sé —resoplé.

Mierda. Como ya sabía, toda la responsabilidad, todo el peso de esta estúpida batalla recaía sobre mí. Genial.

—Lo harás muy bien —me animó Nessie, arrimándose a mí para darme un beso corto en los labios que yo correspondí de buena gana, naturalmente.

—Bella.

Ahora fue ella quién miró a Doc.

—Tú encárgate de erigir tu barrera para que los ataques de los miembros que disponen de dones no puedan surtir efecto. Eso hará que Jacob pueda concentrarse mejor en su tarea de contrarrestar la magia de los magos y el medallón.

—De acuerdo —aceptó ella con voz segura.

—Los demás tendremos que estar preparados todo el tiempo, por si se inicia una batalla cuerpo a cuerpo —manifestó, soltando un suspiro nasal—. No se me ocurre más, es lo único que podemos hacer, dadas las circunstancias. No obstante, si alguien tiene alguna sugerencia, que la diga, eso ayudará.

Lo único que se escuchó fue el sonido del bosque.

—Bien, eso es todo —concluyó.

Observé a Nessie por el rabllo del ojo. Se la veía bastante confiada, aunque parecía nerviosa.

—¡Arg! —exclamé, separándome del tronco y alzando los brazos para desperezarme—. Bueno, pues como ya está todo dicho, Nessie y yo vamos a desayunar —y tiré de ella para echar a andar hacia ese jabalí que me imploraba que me lo zampase.

Todavía era temprano y faltaban algunas horas para el mediodía, pero la tensión flotaba en el aire continuamente, metiéndose por los oídos como una densa neblina que se incrustaba en el cerebro.

Aún así, Nessie y yo conseguimos engullir algo. Eso sí, después nos sentamos con el resto a esperar ese momento de la batalla final que parecía no llegar nunca.

Tic, tac, tic, tac.

Parecía, porque finalmente llegó.

COMO SIEMPRE, TODO EL PESO RECAE SOBRE MIS HOMBROS

La mano de Nessie se aferraba a mi pelaje con fuerza mientras esperábamos impacientemente a que esos cretinos de los Vulturis hicieran su pomposa aparición. Ya llevábamos cinco largos minutos esperando en esa pradera, la misma en la que nos habíamos encontrado al principio con Vladimir, Stefan y su ejército de chupasangres y gigantes. Pero, maldita sea, todavía no se veía nada de esas momias mohosas y su chusma.

Le eché un vistazo de reojo a Nessie, para ver cómo se encontraba. Estaba nerviosa, más bien algo ansiosa porque empezase esta batalla de una vez por todas, pero confiada. Sí, ella confiaba en mí al cien por cien, y eso se notaba.

Sin embargo, era inevitable. Mi mente volvió a pensar en esa orden que haría que ella se pusiese a salvo. Todavía no se había transformado, y yo me había desconectado de la manada, así que aproveché ese momento de soledad para fraguar la idea algo mejor.

Bueno, soledad era un decir, claro, cómo no...

—No lo hará —cuchicheó Edward, que se encontraba justo a mi otro lado, en primera línea de playa.

Guay. Tenía que haber erigido mi círculo de luz brillante, para que no pudiera escanearme la sesera. Ni siquiera me había fijado en sus dichosas ondas.

Nessie y Bella, la cual también estaba junto a él, con su mano aferrada a la suya, le observaron durante un instante, aunque enseguida

volvieron la vista al frente, escudriñando el horizonte. Debían de pensar que estábamos hablando de estrategias o algo así. Mejor.

Pienso ordenárselo, le recordé, por si no había radiografiado bien mi cerebro. *Nessie no puede desobedecer mi voz de Alfa*.

—Eso no será necesario. No llegaremos a ese extremo —aseguró, hablando muy bajo.

Sí, vale, ya sé que todos confiáis en mí al cien por cien y bla, bla, bla, pero yo no las tengo todas conmigo, repliqué. *Esa posibilidad existe, lo sabes, y no quiero pillarme los dedos si resulta que después llega ese extremo. Por eso tengo que planearlo bien*.

Su boca se frunció, dándome la razón.

—Aunque eso saliera bien, ya sabes cómo terminaría, Jacob —susurró, triste—. No lo superaría. Sabes tan bien como yo que terminaría...

Su voz se cortó cuando Nessie volvió la vista hacia nosotros, ya algo mosqueada. Mierda. No quería que se pispase de nada.

Maldita sea, Edward, ¿y qué quieres que haga? ¿Que la deje morir aquí?, sólo pensar en eso hizo que todo mi cuerpo temblase.

Nessie lo notó, claro.

—¿Qué pasa? —me preguntó, mirándome con esos ojazos, preocupados.

Bella también giró su rostro para observarme con preocupación.

Nada, cielo, le calmé, y acaricié su cara con la mía. Luego, disimulé, dándole unos pequeños lametones en la mejilla para seguir hablando. *No pienso permitirlo*, afirmé, con determinación. *Por supuesto sólo lo haré si la cosa se pone lo bastante fea como para que no salgamos de aquí con vida, no me separaré de ella jamás, si no es por algo así. No me importa el precio que yo tenga que pagar, pero ella tiene que vivir*, dejé el rostro de Nessie y miré al frente.

Edward se quedó un momento en silencio, pensativo, mirándome por el rabillo del ojo.

—De acuerdo, te apoyo —murmuró finalmente, aunque con un timbre un tanto angustiado y de una resignación dolorosa.

Sí, ambos sabíamos que esto sería muy doloroso para Nessie, puede que nunca me perdonara que le hiciera algo así, que terminase odiándome por obligarla a dejarme aquí para que ella se salvase. Pero los dos sabíamos lo doloroso que sería esto para nosotros también. Yo tendría que dejarla marchar, tendría que separarla de mí, tendría que ser la última

vez de mi vida que la viera, pero Edward tendría que ser participe de esta separación, él tendría que colaborar para despojarla de mí, y eso sería muy duro para él, porque Nessie tampoco se lo perdonaría, y Edward lo sabía. Sin embargo, sabía tan bien como yo que no nos quedaría más remedio que hacerlo así, si queríamos salvar la vida de Nessie. Eso era lo más importante.

Bien. Escucha, quiero que Bella viva también.

—Ya somos dos —bisbiseó, tan bajito, que tuve que mover la oreja en su dirección—. ¿Cuál es tu plan?

Si llega ese momento, huye con Bella y Nessie. Yo se lo ordenaré y ella no podrá desobedecerme, aunque ya sabes que se resistirá. Quiero que no la escuchéis. Por mucho que os duela, por mucho que os suplique, no se os ocurra dar la vuelta, ¿vale? El resto nos quedaremos aquí para entretener a esta chusma todo lo que nos sea posible y cubriros las espaldas.

Los ojos de Edward se fueron hacia mí y hacia el resto con dudas y ansiedad, tanta, que Bella le miró, extrañada.

No le des tantas vueltas al tarro, sabes que tiene que ser así. Y no te preocupes por nosotros. Te prometo que haré todo lo que pueda para que todos huyan de aquí. Además, te repito que esto sólo será en caso extremo.

—Prométeme que tú lo intentarás también —me rogó.

Descuida, no pienso separarme de Nessie tan fácilmente, afirmé.

—¿De qué habláis? —quiso saber Bella.

Ésta y Nessie ya tenían un mosqueo considerable.

—De estrategias —mintió Edward, esta vez hablando en voz alta.

Se le veía en el careto que odiaba mentirle, pero, de momento, era mejor así. Bella no parecía muy conforme, la verdad.

Yo necesitaba entretener mi mente con otras cosas antes de que Nessie se transformase. No quería que viera nada de esto. Entonces, se me ocurrió un tema.

Dime, ¿cómo demonios hizo Rosalie para romperle las piernas a Phil?, le pregunté.

—Fingió una... agresión por robo —me reveló, dedicándole una mirada reprochadora a la protagonista.

La Barbie se dio cuenta de qué hablábamos, claro.

—No tenía otra opción —se defendió ésta, dándole un manotazo a su melena rubia—. Si le rompía una pierna, Phil podría valerse solo, así que

Renée podría seguir investigando, en cambio, si le rompía las dos, era más difícil, ¿no?

Menuda bestia, chisté.

—Te pasaste cuatro pueblos —le reprochó Bella, enfadada.

—Lo hice muy rápido —alegó la Barbie—. Fue un golpe seco, prácticamente ni se enteró.

—Le has roto los huesos de las piernas, Rose, créeme, se ha enterado de sobra —siguió Bella, bufando.

—Y encima, ahora media policía de Phoenix está buscando a ese misterioso ladrón encapuchado —declaró Jasper.

¿Ladrón encapuchado?, pregunté, perplejo.

Vaya, la cosa cada vez se ponía más interesante.

—Rose se vistió de negro y se puso un pasamontañas en la cabeza para que no le viera el rostro, aunque lo hizo todo con tanta rapidez, que Phil ni la vio —me explicó Edward, que mantenía ese rostro severo. Rosalie se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco—. Esperó a que él entrase en un callejón oscuro, le rompió las piernas con un bate de aluminio y para fingir un atraco le robó la cartera, con eso remató su... brillante actuación —y le dedicó otra mirada enfadada a la Barbie.

Los gañidos y continuas miradas entre sí de mi manada indicaban sus críticas.

—Ahora la policía está investigando el asunto a fondo, ya que, como es lógico, les parece absurdo que alguien le rompa las dos piernas a un hombre sólo para robarle la cartera —continuó Jasper, con otra miradita de reproche dirigida a Rosalie.

—Vuelvo a repetir que no tenía opción —protestó la misma, resoplando—. Tenía que...

—Un momento —le cortó Edward, alzando la mano para que todos nos callásemos. Se hizo un mutismo en el que no se movió ni un hierbajo de nuestros pies y patas—. Ya vienen —anunció al cabo de un rato, con una cara tan larga que le llegaba al suelo.

Todos nos pusimos en posición de alerta automáticamente.

Los dedos de Nessie se afianzaron más en mi pelambrea y vi cómo esa energía dorada, pura, que era totalmente compatible con mi poder espiritual atravesaba su columna vertebral, transformándola en un vampiro casi completo. Su cuerpo se volvió frío, más duro, y su efluvio pasó a ser idéntico al mío, adquiriendo cada uno de los matices que lo

conformaban. Me conecté, para tener comunicación con ella y con el resto de la manada.

Todos permanecíamos expectantes. Bella, Edward, Nessie y yo estábamos en la primera fila de nuestra formación, aunque no estábamos solos. Carlisle se encontraba al otro lado de Nessie, y con él su inseparable Esme, que no soltaba su mano. El resto de los Cullen, Ryam y Helen, que todavía no se habían transformado, estaban justo detrás de éstos y mi manada se había repartido a mis espaldas.

Una retafila de espectros, con su segunda piel de color malva oscuro rezumándoles por todo el cuerpo, comenzó a divisarse en el horizonte y, cómo no, su cadencia era lenta y aburrida.

Esto es insoportable, protestó Paul, soltando un resoplido por las napias.

Yo no aguanto más, le acompañó Quil.

Calma, les dije.

Eché un vistazo general para ver el estado de nuestra extraña tropa y mi vista se quedó fija cuando vi por el rabillo del ojo cómo Ryam cogía la mano de Helen mientras la miraba con una mezcla de determinación y preocupación. Seguro que nunca se habían cogido de la mano, porque ella se sorprendió y giró el rostro para observarle.

—Te quiero —le espetó él de repente.

Genial. Menudo momento para declararse, hay que ver.

No hizo falta que ella se lo dijera también, por supuesto, porque cuando se abalanzó a sus brazos para besarle, las cosas quedaron muy claras, aunque era más que evidente que Helen estaba loca por él desde siempre.

Qué bonito, pensó Nessie.

Ya era hora de que se lo dijese, opiné yo. *Tan gallito para unas cosas y tan cobardica para otras. Bah.*

La parejita terminó su efusivo beso e inevitablemente volvió su atención al lento peligro que se cernía sobre nosotros. Acto seguido, se transformaron en gigantes.

Sí, maldita sea, lento, lentísimo. Era desesperante. Esa masa de capas que fluctuaban con la brisa se acercaba a nosotros demasiado despacio, aunque eso sirvió para que me fijase un poco mejor en sus filas.

En el centro, y en primera línea, se encontraban los tres fósiles vivientes, con sus capas negras. Junto a ellos, a ambos lados, les flanqueaban los hermanos Pitufos, seguidos por el resto de la guardia que

gozaba de dones. Por detrás, en la segunda línea de su formación, caminaban los cinco magos de rojo, acompañados por Nikoláy, Ruslán, ese bastardo de Razvan, el encapuchado de negro y esos dos espeluznantes rumanos. Todos éstos seguían hipnotizados. Después ya se repartía el resto de la guardia Vulturis, que se distribuía según la variedad cromática de sus capas, y en último lugar los gigantes, cuyas almas colgantes seguían aferradas a sus cuellos, agonizantes.

Todavía se me ponía la pelambrea de punta cuando los veía.

El aire venía hacia nosotros, así que el hedor a chupasangres se hizo muy fuerte y empezó a quemarnos el tabique nasal. Suerte que ya estábamos más que acostumbrados gracias a los vampiros nómadas que venían a visitarnos a La Push, aunque eso no quitaba para que ese olor siguiera siendo insoportable. Puaj. Bueno, todos excepto Nessie, que no estaba nada acostumbrada a esto y, ahora que tenía nuestros instintos y conductas lupinas, arrugó su adorable nariz con desagrado. Sí, vale, ya olíamos el efluvio de los Cullen, pero vuelvo a repetir, ese olor había aumentado mucho con la inminente presencia de los Vulturis y su séquito, y se había vuelto realmente insoportable, de veras.

No pasó desapercibido para mi vista ni para mi instinto el famoso medallón, el cual colgaba del pescuezo de ese chiflado de Aro, cómo no. Podía sentir toda la maldad que desprendía, y, cuando ya se acercaron más, pude ver con claridad que su ojo escarlata estaba fijo en mí.

Nessie apretó el amarre de su mano, tirando un poco más de mi pelaje.

Tranquila, le calmé, haciéndole un arrumaco con mi hocico.

—¿Qué opinas? ¿Podrían ser clones? —me preguntó Edward con un cuchicheo.

No, revelé, muy seguro, volviéndome hacia delante de nuevo. El ojo del medallón está fijo en mí, así que se mueve. Eso quiere decir que Aro no es un clon, con lo cual el resto tampoco; y todos los magos desprenden esos asquerosos vahos de color gris oscuro, eso es su magia negra. Así que toda esta chusma es la de verdad.

—No son clones —comunicó para los que no podían oírme.

Todos asintieron.

Después de esperar otro rato, en el que Paul y Quil casi se vuelven tarados de verdad —parecía que tuviesen pulgas, no paraban de moverse—, los Vulturis y todo su séquito de matones por fin llegaron para plantarse frente a nosotros. No hubo ninguna orden, simplemente se

detuvieron a unos cincuenta metros de nosotros, manteniendo su formación.

Mis lobos no pudieron evitar mostrar sus dentaduras al tiempo que gruñían sin cesar.

Nessie, ya lo sabes, no te separes de mí en ningún momento, ¿entendido?, le dije.

A la orden, me respondió, haciendo una broma nerviosa.

La mirada de ese espeluznante medallón se clavaba en mí con un odio que atravesaba todo mi cuerpo como si fuese una tormenta helada. Ugh, qué mal rollo.

—Saludos —habló Aro, con ese repugnante semblante medio transparente, regio y sobrio.

Ah, ¿pero en una guerra entre chupasangres también se saludaban? Chisté.

—Saludos, Aro —le respondió Carlisle, siguiéndole la corriente a ese tarugo—. Si me permites, quiero empezar diciendo que no me gusta en absoluto esta situación.

—A mí tampoco, mi querido Carlisle, te lo aseguro —afirmó Aro, fingiendo una cara de lástima.

Maldito hipócrita, gruñí.

—Entonces no veo por qué ha de tener lugar una guerra entre nosotros —litigó Doc, intentando evitar todo esto, como un último acto desesperado.

Yo ya no sabía lo que quería, la verdad. Por una parte me moría por luchar y terminar con toda esta chusma de una vez por todas, aniquilarlos de la faz de la Tierra, pero por otra lo único que quería era vivir en paz con Nessie, con mi manada, en mi hogar, y sobretodo que ella no estuviera en peligro, salvar nuestras vidas...

Respiré bien hondo para refrenar mis primeros impulsos. Muy, muy hondo. Nessie era lo primero para mí.

—Es obvio. El Gran Lobo supone un grave y serio problema para nuestro mundo —declaró, señalándome a mí con su tísica mano—. Y vosotros estáis en su bando, es... desolador para mí, pero tengo que cumplir con mi deber.

Qué falso era. Casi me hacía gracia y todo.

—Jacob no se interpondrá en nuestro mundo, Aro —le respondió el doctor—. Lo único que él quiere es vivir en paz, en sus tierras.

—¿Y cómo podemos estar seguros de eso? —intervino la momia canosa, hundiendo ese tupido ceño en los ojos.

—Es imposible de saber, hermano mío —coincidió Aro.

—No si se firma un tratado entre las dos partes —soltó Carlisle de pronto.

No fui el único que se quedó de piedra. Mi manada, el resto de los Cullen y ese par de gigantes miraron a Carlisle con un asombro inesperado. Esto no era lo que habíamos hablado.

—¿Un tratado? —repitió Cayo.

Se notaba que él tampoco se esperaba esto, aunque sus cejas seguían sobre sus párpados.

—Sí, un tratado de paz —apuntilló Doc.

¡Yo no quiero tratos con estos farsantes asesinos!, protesté, soltando un rugido disconforme.

Toda mi manada se agitó para acompañarme.

Jake, cálmate, intentó tranquilizarme Nessie. *Puede que no sea tan mala idea. Con eso, salvaríamos la vida.*

Todo lo que iba a soltar se me quedó atravesado y ya no pude decirlo, porque, mierda, si con eso salvaba las vidas de todos, la de Nessie... ¡Arg! ¡Pero la sola idea me repugnaba! ¡Maldición!

Ese chiflado de Aro torció el gesto, no muy convencido.

—No veo predisposición por su parte —respondió, señalándome de nuevo, junto con mi manada.

—Debes comprender que esta situación tampoco es fácil para ellos —manifestó Carlisle—. Han venido aquí totalmente obligados, y tú lo sabes. Ellos tampoco quieren esta guerra.

Las gelatinosas pupilas de Aro oscilaron hacia mí, acompañando a la de ese diabólico medallón, que seguía mirándome con inquina.

—Me gustaría escuchar lo que tienes que decir, de tu propia boca —me pidió, alzando el mentón con dureza—. Es decir, en tu forma humana, por supuesto.

El labio de la rubia canija se elevó un poco, con agrado, y noté la aún suave vibración en el tórax de mi chica.

Es peligroso, me advirtió Sam. *Si estás en tu forma humana, tu poder espiritual no podrá actuar. Él podría aprovechar ese momento vulnerable para atacarte con el medallón.*

No lo hagas, me rogó Nessie, asustada.

No miré a Edward. Varick estaba usando su don con Aro y él no podía leerle la mente, así que no me iba a solucionar nada.

Dile que ni hablar, le pedí a Edward. *No soy tan estúpido como para hacer eso.*

—Dice que prefiere seguir en su forma lobuna. Se siente más cómodo —le tradujo él.

Como siempre, sustituía mis palabras...

—Entonces no habrá tratado —afirmó ese viejo decrepito con enfado—. No puede haber consenso si no confía en mí y si no puedo escuchar las cosas de su propia boca. ¿Cómo voy a fiarme de unas palabras que no escucho? Es absurdo.

—Se hará por escrito —propuso Carlisle—. Se redactarán las condiciones del tratado y se firmará por ambas partes.

Mierda. Esto seguía sin gustarme ni un pelo.

—Pero tendremos que negociar esas condiciones —protestó el fósil de canas—. Y para ello, él tendrá que hablar.

—No me opondré al tratado, si él habla en persona y llegamos a un acuerdo debatido entre los dos —aseguró Aro, observándome a la espera de mi decisión.

Maldita sea. No sabía qué hacer. ¿Debía hacer ese tratado? ¿Debía transformarme? ¿O era mejor empezar la guerra de una vez por todas, aunque eso supusiera la muerte de algunos nosotros?

Como siempre, todo el peso recaía sobre mis hombros.

¡¿QUÉ?! ¡ESTO ES IMPOSIBLE, IMPOSIBLE!

¿Cambiar de fase, o no cambiar de fase? ¿Aceptar un tratado, o no aceptar un tratado? ¡Arg, mierda! Mis sesos no hacían más que repetir estas estúpidas preguntas una y otra vez.

No, no, yo no quería tratados con esos fósiles decrepitos, maldita sea. Además, no lo entendía. ¿Primero querían aniquilarnos a todos y ahora se iban a conformar con un tratado? Esto era más que raro.

Sabía que Doc lo estaba haciendo con toda su buena intención, que seguramente era una última y desesperada salida a la vista, pero es que esto apestaba por todas partes.

Entonces, me quedé de piedra cuando me fijé en las almas colgantes de los gigantes. Todas ellas me estaban haciendo negaciones con sus cabezas etéreas, con unos rostros que seguían siendo desfigurados por ese profundo dolor y esa agonía que tenían que estar sintiendo. No me lo podía creer. Las almas de esos hombres y mujeres que seguían luchando por seguir en este mundo me estaban avisando de que no lo hiciera, de que no me transformase. Pero, ¿por qué? ¿Por qué me avisaban? ¿Acaso estaban de nuestra parte? Y si era así, ¿por qué lo estaban? ¿Es que creían que podíamos ayudarles?

Ese viejo chiflado seguía esperando mi respuesta, con un semblante serio y expectante, casi diría que exigente.

Miré a Edward por el rabillo del ojo y él correspondió mi mirada del mismo modo. No pudo decirme nada, claro, pero su cara lo decía todo. Y era un no rotundo. A Aro no podía verle la mente, por culpa de la dichosa escafandra de Varick, pero con la momia canosa y el adormilado era otro cantar. El dormido debía de tener la cabeza casi hueca, pero la mente de Cayo tenía que estar gritando lo que ese medallón iba a hacerme si yo

cambiaba de fase y adoptaba mi vulnerable forma humana. Sí, claro, que iba a ser tan tonto como para caer en esa trampa. Ni hablar.

Estaba claro como el agua: estos no querían tratos.

Edward confirmó mis pensamientos con un ligero asentimiento de cabeza.

¿Vosotros qué decis?, les pregunté a mis hermanos de manada.

Yo digo que vayamos a por ellos ya, opinó Paul, hundiendo sus pezuñas en la tierra una y otra vez, con ansiedad.

Diablos, acabemos con ellos de una maldita vez, Jake, dijo Leah.

Tú eres mucho más poderoso que ese ridículo medallón, afirmó Seth, muy seguro.

Sí, tío, podemos ganarles, siguió Embry.

Las almas de esos gigantes te están avisando, por algo será, manifestó Isaac. *Los espíritus nunca mienten.*

¡Venga, vayamos a por esos vejestorios ya!, exclamó Quil, erizando la pelambreira de su lomo.

¡Estoy de acuerdo!, apoyó Cheran.

Yo me muero por luchar, declaró Shubael.

Estamos contigo a muerte, lo sabes, ratificó Sam, hablando con ese tono de honorabilidad suyo.

La agitación y excitación de mi manada se hizo más que evidente. Eso provocó que la guardia Vulturis ya se pusiese algo en alerta y que el semblante momificado de Aro se volviera más sobrio, así como el de la momia canosa.

¿Tú qué dices, Nessie?, le pregunté; su opinión era la que más me importaba.

Mi chica frunció los labios mientras observaba la situación.

Por una parte ese tratado estaría bien, quiero decir, que si ellos se comprometieran de verdad, si fueran de fiar, todo se solucionaría, habló finalmente. *Pero tienes razón. El problema es que ellos no tienen pensado aceptar ningún tratado; y no son de fiar, las almas de esos gigantes ya lo dicen todo. Creo que aprovecharían esto para tenderte una trampa*, Nessie giró su rostro hacia mí y me miró a los ojos con convicción. *Hagas lo que hagas, yo te apoyo al cien por cien, lo sabes. Pero creo que debemos luchar. Sé que podemos ganarles. Como dijo Seth, tú eres más poderoso que ese medallón, eres el Gran Lobo, y confío plenamente en ti y en tu poder espiritual.*

Mis pupilas se quedaron fijas en sus preciosos ojos durante un instante. Dios, me hubiera lanzado a sus labios para arrearle un buen beso, si no fuera porque estaba en mi forma lobuna.

—Estoy con ella —murmuró Edward, que no le quitaba ojo al panorama que teníamos delante.

—Mi cabeza se fue al frente.

Bien, lucharemos, decidí.

Toda mi manada aprobó mi decisión, lanzando unos aullidos al cielo. Eso hizo que no hiciera falta que Edward tradujese nada. A ese viejo decrepito se le escapó un ligero elevamiento de su asqueroso labio. Maldito hipócrita. Eso ratificó todos nuestros pensamientos.

No pude evitarlo. Me incliné hacia delante, le enseñé toda mi dentadura y proferí un rugido que retumbó en todas partes, clamando a los cuatro vientos que habíamos venido aquí a luchar.

¡Así se hace, Jake!, clamó Shubael, eufórico.

—¿Lo ves? —le dijo ese loco de Aro a Carlisle—. No quiere tratado alguno.

Doc suspiró con resignación.

¡Pues claro que no!, rugí de nuevo.

—Entonces esto sólo tiene una solución —declaró Cayo, levantando la comisura de su boca también, con una satisfacción que me ponía del hígado.

—La guerra —concluyó Aro, bajando el tono de su voz hasta que se volvió extremadamente sombrío.

—Que así sea —añadió el primero.

Y, de pronto, cómo no, todo estalló.

Todos nos agazapamos y nos quedamos en posición de ataque. Como habíamos previsto, el medallón empezó su trabajo, aunque Bella y yo no esperamos más, por supuesto, era nuestro turno. Ella desplegó su escudo por delante de nosotros y yo expandí mi círculo de luz brillante, cubriéndonos a todos también.

El espeluznante ojo de ese maldito medallón se entrecerró, clavándome esa mirada de odio aún más si cabe, y escupió un rayo de color púrpura que salió despedido hacia mí con virulencia.

Ese balazo atravesó el escudo de mi amiga sin problemas, pero con mi círculo de luz brillante era otro cantar. El rayo chocó con mi barrera protectora, aunque, para mi asombro, no se destruyó al contacto con la misma, sino que la energía que formaba el rayo se repartió alrededor de

mi burbuja, envolviéndola. En un maldito abrir y cerrar de ojos mi círculo de luz brillante estaba cubierto por un manto púrpura que chisporroteaba por todas partes.

El semblante del Vulturis tarado mostró su complacencia sin tapujo alguno. Asquerosa momia decrepita. Él no veía nada de esto, claro, pero creo que el medallón debía de dejar que lo percibiese de alguna otra manera.

No lo dudé ni un instante. Calenté la membrana de mi burbuja brillante y en un latido de corazón pasó del color dorado al rojo fuego. Esa tela púrpura se abrasó en cuanto mi barrera hizo esto, y se desintegró al instante.

—¡Genial, Jake! —alabó mi chica en voz alta.

El repugnante labio de Aro bajó en picado. El ojo del medallón casi se cierra del todo cuando vio lo que yo acababa de hacer. No le gustó nada de nada perder este tanto.

Bella miró de reojo, sin comprender, aunque no fue la única. El resto de los Cullen, Ryam y Helen hicieron lo mismo.

—Jacob acaba de destruir uno de los ataques del medallón —explicó Edward.

Ahora me toca a mí, declaré.

¡Dale caña!, azuzó Embry.

Antes de que ese dichoso medallón me lanzara otra pedrada más, creé un segundo círculo, el cual cubrió a mi barrera destructora de fuego. Este segundo volvía a ser dorado y brillante. Vale, hora de usar mi hula hoop. Lo estiré con facilidad y formé una elipse que, sin pensárselo dos veces, salió disparada en dirección a Aro. La sujeté por el centro y la empujé con más fuerza, por si así llegaba primero a ese viejo decrepito.

Sin embargo, mi elipse no llegó muy lejos. Como había pasado con la rubia canija, mi poder espiritual se estampó de bruces con algo invisible y también se repartió a su alrededor, igual que si de un cortafuegos se tratase.

¡Mierda!, protestó Paul.

¡Maldita sea! ¡¿Qué mierda era esa con la que chocaba?! No se veía ninguna barrera.

Ese escalofriante ojo seguía mirándome con inquina, el muy...

—El ataque de Jacob no ha surtido el efecto que esperábamos —anunció Edward para el resto.

Genial. Como tuviera locutor todo el tiempo, esto iba a ser todo un cañazo.

—Maldición... —masculló Emmett por lo bajo, apretando los dientes.

Aro sonrió. ¡Arg! ¡Maldito chupasangres decrépito!

Estaba muy cabreado, la verdad, así que me dejé llevar un poco y dividí esa elipse en dos. Como había hecho con la primera, las sujeté por el núcleo, y comencé a dar bandazos con ellas a diestro y siniestro. Todavía no las manejaba muy bien, pero algún que otro golpe conseguía llegar a mi objetivo, sólo que chocaba con esa estúpida barrera invisible o lo que diablos fuera y no pasaba de ahí. ¡Mierda, mierda!

El medallón no me dio cuartel. Esta vez la pupila de ese repulsivo ojo escarlata soltó un chorro de energía negra que se dirigió a nosotros con una saña que te ponía los pelos de punta. Y, ay, madre, era negra, negrísima, ese cañonazo azabache venía a toda pastilla.

Ninguno de mis lobos gritó, pero todos se quedaron inmóviles, a la espera de ver lo que iba a suceder ahora, y los dedos de Nessie se aferraron a mi pelambreira con más fuerza.

—¡El ataque se dirige hacia aquí! —comunicó Edward, casi atropellando las palabras.

El resto de los Cullen y nuestros gigantes apretaron las dentaduras y se agazaparon, como acto reflejo, mientras que los miembros de la guardia Vulturis, ese chiflado de Aro y la momia canosa sonreían abiertamente.

¡Y una mierda!, grité yo, enfadado.

Puede que ese cañonazo se deshiciera con mi barrera de fuego, pero prefería no jugármela. Uní mis dos elipses en una y, manejándola desde el centro, la lancé contra ese torpedo negro. Bueno, vale, mi elipse resbaló un momento, pero enseguida conseguí domarla. La empujé con rabia y ésta pegó un acelerón.

Mi elipse dorada chocó contra ese cañonazo de magia negra, interceptándolo, y ésta salió despedida en otra dirección.

—¡Lo ha interceptado! —exclamó Edward, visiblemente aliviado.

Cretino. Luego decía que confiaba en mí. Ya.

El fósil de canas y Aro rechinaron los dientes a la vez, y el adormilado, bueno, ya sabes, a lo suyo.

—¡Estupendo, Jake! —clamó Emmett, cerrando los puños para levantarlos con alegría.

Idiota. Parecía que estuviese viendo un partido en la tele.

—¡Genial, genial! —alabó Nessie, abalanzándose sobre mi costado para abrazarme y darme un beso en mi peluda cara.

Esto ya me gustaba más...

¡Eres un crack, tío!, rió Jared.

Bueno, bueno, no os emocionéis, que aquí viene otra vez, les advertí, al ver cómo la energía negra venía a por nosotros de nuevo.

Mi chica me soltó, para mi desgracia, dejándome más libertad, aunque su mano se volvió a enganchar a mi pelaje.

Como si de un jugador de tenis torpe me tratase, le di otro raquetazo a mi elipse, mandándola a por el chorro azabache. Ésta se estrelló contra esa magia negra una vez más, pero en esta ocasión el chorro no se dejó vencer, sino que comenzó una lucha particular contra ella.

¡Buf, mierda!

El chorro azabache embestía a mi elipse una y otra vez con golpes fuertes y contundentes, así que yo tuve que arreglármelas para contrarrestarlos, golpeándolo también. Sujetaba a mi elipse desde su núcleo, pero aún así no creas que era fácil manejarla, en serio, se resbalaba con mucha facilidad, y de tanto en cuanto tenía que interponer mi elipse precipitadamente, con urgencia.

Ahora parecía un espadachín novato. Guay.

El momificado semblante de ese muerto viviente de Aro se mantenía serio, expectante. Esa sanguijuela vieja estaba esperando el momento en que su medallón me diera un golpe certero. Maldito... Pues iba a tener que esperar mucho, porque no tenía pensado dejarme ganar.

Todo nuestro bando estaba en tensión. Todos, menos Nessie. Ella también permanecía inmóvil, como el resto, pero con un matiz distinto. Nessie estaba esperando con ganas y confianza el momento en que mi elipse hiriera de muerte a ese asqueroso chorro negro. Eso me subió la moral hasta el cielo y me llenó de una determinación nueva. Ella confiaba ciegamente en mí y yo no pensaba defraudarla. Mi ángel, mi dulce ángel.

Justo en ese momento, Aro levantó su tísica mano. Entonces le llegó el turno a Bella. Los diferentes miembros de la chusma que conformaban la guardia de los Vulturis comenzaron a utilizar sus estúpidos dones. ¡Ja! Como si así pudiesen hacer algo. Los rayos de los Pitufos y la neblina de Chelsea se estamparon contra la fina y elástica capa de acero líquido del escudo de Bella y no pudieron pasar de ahí. No sabía por qué ese imbécil de Aro se empeñaba en usarlos, sabiendo que Bella estaba preparada, pero, en fin, supongo que tenía que intentarlo.

Edward miró a su mujer con orgullo, pero también con una adoración que me recordaba a la forma en la que me observaba Nessie a mí. En cambio, la Pitufina entrecerró los ojos para clavarle una mirada de odio a Bella, tal era así, que su vaho azulado por ese temor que trae el respeto al enemigo se volvió rojo de repente.

¡Uf, me hirvió la sangre!

No pude evitarlo. Mientras seguía luchando con el chorro negro, me incliné hacia delante y le dediqué un potente rugido. Enana estúpida. No me gustaba nada que mirase a Bella de esa forma. La rubia canija desvió su mirada hacia mí de forma súbita y sorprendida, y su asqueroso vaho pasó a ser azul del todo.

Muy bien hecho, Jake, aprobó Nessie.

Los hermanos Pitufos y esa Chelsea cesaron en sus inútiles ataques, al ver que éstos no tenían nada que hacer contra el indestructible escudo de mi amiga.

Eso hizo que me fijara en ese bastardo de Zhou. El muy cretino sonrió bajo su capucha, amparado por toda la compañía que tenía a su alrededor, claro, el muy cobarde, y se atrevió a transformar su asqueroso semblante en el de Nessie, sosteniendo esa sonrisa arrogante que no casaba nada con el hermoso rostro que imitaba.

Imbécil. ¿Qué era, el bufón de la corte o algo así? Recordé su actuación durante el secuestro de mi chica hacía dos años. Maldito gusano. En cuanto terminase con este medallón, al primero que iba a ventilar sería a él.

¡No te distraigas, Jake! ¡Eso es lo que quieren!, me advirtió Sam.

Tenía razón. Así que, aunque me costó lo mío, pasé de ese bastardo y me concentré en esa pelea que me traía entre manos.

¡Arg! Esto era estresante, y, encima, mi elipse se me hacía pesada, en serio, cada vez pesaba más, era realmente difícil de manejar.

De pronto, el chorro azabache aprovechó mi cansancio y, con un velocísimo quiebro, esquivó mi elipse para lanzarse a por mí como si de un meteorito se tratase.

¡Cuidado, Jake!, gritó Nessie mentalmente.

Pero ya no me dio tiempo de reaccionar. Ante mis atónitos ojos vi cómo ese cometa negro atravesaba el escudo de Bella, se estampaba contra mi barrera de fuego y, sin sufrir daño alguno, conseguía traspasarlo un poco, tocándome parcialmente. El golpe que sentí hizo que dejase de erigir mi elipse.

No podía creerlo. No llegó a internarse del todo dentro de mi círculo de fuego, pero consiguió hacerle una pequeña fisura, suficiente para que las chispas negras que lograron traspasarla me alcanzaran y me dieran en el pecho, empujándome con potencia hacia atrás y haciendo que mi costado terminase en el suelo, arrastrándome varios metros.

—¡NOOO! —chilló mi chica, esta vez en voz alta, horrorizada.

—¡JAKE! —gritó Bella, del mismo modo.

¡*Nooo!*, gritó mi manada al unísono.

¡*Malditos chupasangres!*, rugió Paul, ya echándose hacia delante para saltar sobre ellos.

¡*Quieto!*, le ordené, ya incorporándome.

Sus patas se quedaron clavadas en el suelo, presas de esos alambres que mi voz de Alfa les ponía.

Nessie corrió hacia mí, asustada.

—¡Jake, ¿estás bien?! —quiso saber, mirándome entre la pelambreira de mi pecho.

El dolor se me había clavado en el corazón, como una quemazón horripilante, pero no pasó de ahí, afortunadamente.

¡*Sí, estoy bien*, le calmé, ya avanzando al frente, junto a ella.

—Está bien —le comunicó Edward a Bella, y, de paso, para el resto.

Escuché el suspiro aliviado de Rosalie. Vaya, mira tú por dónde, la Barbie se preocupaba por mí, ¿qué te parece?

Gracias a Dios, mi barrera se había regenerado con rapidez y ya no había fisura, aunque, que ese chorro lo hubiera podido traspasar un poco me dejó frío. Lo sabía. Ese medallón era extremadamente peligroso, muy poderoso, sólo había que ver esa maldad y crueldad que emanaban de él.

Esos viejos decrépitos de Aro y Cayo, más toda la chusma que les acompañaba, excepto los hipnotizados, el adormilado, que seguía soñando, y los gigantes, sonreían con una satisfacción maléfica. Malditos...

Tú eres más fuerte, aseguró Nessie, con esa confianza que me llenaba de oxígeno otra vez, *sólo que todavía no sabes usar bien tu poder*.

¡*Sí, ánimo, Jake!* ¡*Tú puedes!*, exclamó Seth.

Iba a contestarles, sin embargo, ya no me dio tiempo a más.

¡*Cuidado!*, me avisó Leah.

Cuando me di cuenta, ese chorro negro se dirigía hacia nosotros de nuevo, traspasando el aire con furia. Pero, para mi asombro, esta vez no

chocó contra mi barrera ardiente, sino que la envolvió de nuevo, como si de un pulpo con una presa se tratase.

¿*Qué está haciendo?!*, inquirió Embry, ansiosamente, al ver lo que esa tela negra estaba haciendo sobre nosotros.

Sí, nos quedamos de piedra. El mantón azabache comenzó a hacer unos movimientos muy raros sobre mi barrera, bombeando una y otra vez, y, entonces, mi círculo de fuego pasó a ser brillante.

¿*Qué mierda pasa?!*, gruñí, intentando calentarlo de nuevo para que se volviera ardiente y rojo otra vez.

Pero, ¡maldita sea! No había manera, ¡no había manera!

—¿*Qué está pasando, Edward?!* —quiso saber Bella, al ver nuestro evidente nerviosismo.

Pero él no podía ni contestarle.

Empecé a sentirme extraño, mareado, incluso un poco débil, pero yo no me amilané. Seguí intentando calentar mi círculo para terminar con esa asquerosa tela de una vez por todas. Lo que pasa es que no conseguía calentarla y, para colmo, cada vez me mareaba más, ¡maldición!

Usé todo lo que pude de mis fuerzas y comencé a erigir otro círculo para crear mi eclipse.

—¡No, espera! ¡No hagas eso! ¡Está absorbiendo tu poder espiritual! —me advirtió Edward con frenetismo.

¿*Qué?!*, pregunté, perplejo.

¡*Eso es imposible!*, afirmó Sam.

Retiré lo poco que había empezado de erigir de mi segundo círculo, pero ya fue demasiado tarde para más.

De repente, mi barrera, mi círculo de luz brillante, desapareció.

CUANDO UNO NO TIENE CONFIANZA EN SÍ MISMO, PASA LO QUE PASA

No podía creerlo.

Mi círculo de luz brillante se transformó en una densa nube de polvo, consistente en minúsculas virutas chispeantes, y ante nuestras atónitas pupilas salió disparada hacia ese maldito medallón. Éste palpitó una sola vez y engulló toda la nube, sorbiéndola con verdaderas ganas.

Pero, ¿¿qué...?! ¿¿Qué demonios había pasado?! ¿¿Cómo que esa cosa estaba absorbiendo mi poder espiritual?! ¿¿Por eso me encontraba tan débil?! Sí, maldición, era como si esa tela negra me hubiera succionado la energía, aunque ahora parecía que esa mierda había dejado de hacerlo.

¡Cuidado!, gritó Michael.

Mi vista se fue súbitamente hacia arriba y mis desquiciados ojos se abrieron como platos cuando vi cómo esa maldita tela negra, la cual nacía de la pupila de ese medallón, se echaba sobre nosotros con rabia, igual que la red de un barco pesquero.

¡Mierda! ¡Mierda! Ahora estábamos totalmente desprotegidos.

—¿¿Qué está pasando?! —repitió Bella, sin entender nada.

Pero nadie la pudo contestar.

Ya estaba a punto de ordenarle a Nessie que escapara, cuando, de repente, una luz brillante que provenía de mi lado izquierdo pasó por delante de mis narices con una rapidez vertiginosa. En una milésima de segundo, una membrana que brillaba del mismo modo nos cubrió a todos,

creándose una burbuja a nuestro alrededor. Giré la cabeza y vi que era la pulsera de mi chica, que había erigido su barrera.

¡Genial!, aclamó Seth, pisándome a mí.

Esa maléfica tela negra se estampó en la burbuja y no llegó a nosotros, pero, al igual que había hecho con mi barrera, se quedó sobre ella para comenzar a bombear. Parecía una maldita ventosa.

¡Y una mierda! ¡Otra vez no! Esa barrera era lo único que nos quedaba.

Ni me lo pensé. Tenía pocas fuerzas, pero las suficientes como para crear mi eclipse. La erigí rápidamente y la lancé contra esa tela negra, con ira. Como si fuera un *frisbee*, mi círculo elíptico chocó con esa masa negra que estaba pegada a nuestra burbuja protectora, haciendo que por fin se despegase y saliera despedida hacia arriba, otra vez en forma de chorro azabache.

¡Bien, Jake!, exclamó Shubael.

¿Estás bien?, me preguntó Nessie, mirándome preocupada.

Sí, no te preocupes, le dije para tranquilizarla.

—¡¿Qué está pasando?! —quiso saber Bella, por enésima vez.

—El medallón ha absorbido parte del poder espiritual de Jacob y nos ha dejado sin barrera, pero la pulsera de Renesmee ha erigido una nueva —empezó a aclarar Edward mientras mi eclipse giraba y giraba sin parar, con el fin de que ese chorro no se acercase a la barrera—. Ahora Jacob está tratando de que esa energía negra no haga lo mismo con esta burbuja que nos protege. Su eclipse está luchando con ese... chorro azabache —terminó, usando el mismo término que yo para denominar a esa magia negra que nos atacaba.

—Este medallón es impresionante, ¿no crees? —sonrió Aro.

¡Arg! Su sonrisa chulesca y arrogante me daba asco, ¡asco!

¡Maldito chupasangres!, rugí, al tiempo que hacía girar mi eclipse, sujetándola desde el núcleo.

El chorro negro chocaba con la misma, al intentar llegar a la burbuja. Bella seguía sosteniendo su escudo delante de nosotros, para evitar cualquier ataque de los hermanos canijos o de cualquiera de las sanguijuelas que teníamos enfrente.

—Ahora este medallón está dotado de más poder —siguió esa momia chiflada, ignorando mis protestas por completo—, y gozará de más cuando termine de absorber todo el poder espiritual del Gran Lobo.

No sé por qué, pero en ese momento me dio por fijarme en el semblante del cinéfilo pelirrojo. No estaba grabando, ya que sus ojos rojos brillaban y se veían despiertos, y, a diferencia del resto de la chusma que le acompañaba, su cara mostraba una cautela que me extrañó. Casi diría que dudaba de lo que su jefe decía. No era desconfianza en Aro, claro está, pero era como si no se fiase mucho de que ese medallón fuera capaz de hacer lo que su dueño afirmaba.

—No estés tan seguro, Aro —rebatía Edward, con un semblante tan serio, que daba hasta miedo—. Nadie puede invertir ya la profecía, es mejor que os rindáis.

¡¿Rendirse?!, chisté, indignado. *¡Lo que tienen que hacer es morir!*

Esas estúpidas sonrisitas de los Vulturis y su chusma me hirvieron la sangre. ¡Malditos!

—Deberíais rendíos vosotros, mi querido Edward —discutió ese chiflado, hablando con esa vanidad que me sacaba de quicio—. No queda mucho para que el medallón absorba el poder espiritual de Jacob, y entonces no me quedará más remedio que impartir la justicia que merecéis. A no ser... que os unáis a nosotros. Seré indulgente y os perdonaré la vida si la dedicáis a servirnos.

¡Nosotros no somos los esclavos de nadie!, esta vez rugí más fuerte.

Toda mi manada acompañó mi rugido, imitándome, a la vez que yo empujaba ese chorro de magia negra con furia, enviándolo al infierno.

Aunque volvió. ¡Maldita sea! En un chasquido, mi elipse y esa energía negra iniciaron otra batalla, chocando la una con la otra, como dos ávidas espadas. Lo malo es que yo estaba bastante débil, no sabía cuánto aguantaría así. ¡Mierda!

—¿Sabes? No deberías menospreciar el poder del Gran Lobo —intervino Emmett, mirándole con enfado—. Machacará a ese medallón y luego os machacará a vosotros.

Ugh. Tampoco hacía falta que lo dijera tan alto.

—Mi querido Emmett —Aro hizo unas negaciones con la cabeza al tiempo que fingía un repulsivo semblante triston y me miraba a mí. Imbécil arrogante—, siento tener que contradecirte, pero eso no será así —por fin se quedó quieto, para observar a Em, estudiándole con esa mirada podrida—. Me gustaría tenerte a ti también entre mis filas —se giró y miró a su guardia, para, finalmente, volverse hacia él de nuevo—. Tú y Felix haríais un buen dúo, sería una pena que desaprovechases esta oportunidad.

Rosalie le siseó con rabia.

—El único dueto que yo quiero hacer con Felix es el de una pelea —declaró Emmett, dedicándole una mirada y una sonrisa socarrona al mencionado—. No me interesa unirme a tu guardia.

El grandullón correspondió su misma sonrisa, aceptando ese reto silencioso.

—Ninguno de nosotros se rendirá —confirmó Edward—. Y desde luego no pensamos prestaros servicio alguno.

Genial. Pues mi eclipse cada vez pesaba más, cada vez me costaba más manejarla, interceptar los embustes de este maldito chorro negro.

—¡No malgastemos en pláticas con ellos, Aro! —protestó la momia canosa, clavando ese ceño blanco sobre sus asquerosos y semitransparentes párpados—. ¡Terminemos con esto de una vez por todas!

—Vosotros lo habéis querido —habló el Vulturis chiflado, con una voz de ultratumba, aceptando la petición de Cayo.

Ay, no, espera un poco a que me recupere...

Jake, ¿qué te pasa?, quiso saber Nessie, preocupada, al ver mi pensamiento.

Su pregunta era la de todos, que escuchaban expectantes, incluido Edward.

¿Eh? Nada, nada..., intenté disimular.

Pero ella me conocía demasiado bien, y, bueno, acababa de ver lo que pasaba por mi tarro, como el resto.

No le dio tiempo de decirme nada, ni a los demás tampoco. El medallón obedeció a su nuevo amo enseguida.

Ese dichoso chorro negro se retiró hacia atrás, dándome un respiro. Pero sólo era momentáneo, claro, porque en cuanto el ojo carmesí del medallón lo guardó, aspirándolo con velocidad, soltó otro de color rojo oscuro, como el que me había lanzado ayer.

Sí, maldita sea, ese manguerazo sanguinolento se estampó contra mi eclipse con esa violencia y crueldad despiadada que había sentido en el día anterior, y, como entonces, toda mi pelambreira se puso de punta cuando sentí ese contacto.

No es por excusarme, pero mis fuerzas no eran las más idóneas y me sentía bastante fatigado, sinceramente, así que no fui capaz de soportar el embuste de ese torpedo rojo. Mi eclipse salió disparada hacia atrás y se

quedó dando vueltas como si fuera una veleta vapuleada por un furioso huracán.

¡Mierda!

Intenté agarrarla por el centro, pero la fuerza centrífuga de los giros era muy fuerte y no había quién la sujetase.

¡Mierda, mierda!

¡*Jake!*, me avisó Leah con frenetismo.

¡*No, maldita sea!*, mascullé, furioso.

El chorro rojo se estrelló contra la burbuja que erigía la pulsera de Nessie y la rompió en mil pedazos, los cuales salieron despedidos a todas partes como diminutas partículas brillantes.

—¡La barrera! —gritó Edward para avisar al resto, haciendo que todos se agazapasen como acto reflejo.

El maldito medallón absorbió esa nueva nube dorada, llevándose el poder de la pulsera.

—¡Noooo! —chilló Nessie, colocando su mano sobre el aro de cuero.

Éste intentó erigir otra burbuja, pero le fue imposible. Por más que latía y se esforzaba, no salía nada. Podía sentir su desesperación.

Ahora sí. Esto se había puesto demasiado feo.

¡*Nessie...!*

Mi orden de que ella escapase se quedó trabada en mi garganta cuando vi que el manguerazo rojo se retiraba hacia atrás, metiéndose en el medallón.

¡¿*Por qué ha hecho eso?!!*, inquirió Quil, nervioso.

¡*Podía habernos atacado!*, siguió Embry.

¡*No lo sé!*, reconocí, neurótico perdido, todavía tratando de controlar mi desbocada elipse.

Ya no sabía qué pensar.

Aunque la respuesta vino rápido.

Ese vejestorio chiflado y mohoso alzó su tísica mano, y con un paso firme y súbito los cinco magos de rojo, más esos desgraciados e hipnotizados de Nikoláy, Ruslán y Razvan, avanzaron para salir de su fila, con los brazos ya levantados.

¡¿*Y ahora qué?!!*, protestó Cheran.

¡*Mierda, atentos!*, grité, agazapándome, como si así fuera a hacer algo, aunque por fin logré controlar mi elipse, que ahora se encontraba muy debilitada.

Eso sí, la usaría hasta la muerte para proteger a Nessie, hasta que consiguiera escapar.

—¡Atentos! —advirtió Edward a los demás, casi a la vez que yo.

Antes de que terminase de pronunciar la última vocal, todos los magos nos lanzaron otros manguerazos negros.

¡Nessie...!

Sí, vale, otra vez se me quedó la orden en el gaznate, pero es que cuando vi que los chorros se topaban con el escudo de Bella y no lo atravesaban, mi mente se quedó muda de estupefacción.

—¡Cuidado! ¡Atrás! —voceó Edward para avisar a Doc, Esme y Bella, que se encontraban en la primera fila, con nosotros, mientras agarraba a su mujer de la cintura para apartarla.

Yo aparté a la mía de un cabezazo, ya que ella se había quedado boquiabierta y no reaccionaba. Eso hizo que dejara de extender mi elipse.

Esos manguerazos negros como el petróleo chocaron contra la fina y elástica capa de acero líquido, pero no lo rompieron, era increíble; lo empujaron y, como si de una tela resistente se tratase, el escudo se dobló hacia nosotros, del embuste, haciéndonos retirarnos con ese salto, y regresó a su forma habitual cuando los chorros rebotaron hacia atrás.

—¡Genial, mamá! —aclamó Nessie.

¡Estupendo, Bella!, le acompañó Seth, aunque ella sólo escuchó su aullido.

A Aro y Cayo se les quedó un careto que no veas, incluso los propios magos se quedaron patidifusos y dejaron de soltar sus manguerazos por un instante, aunque los muy idiotas volvieron a disparar contra nosotros.

—¡Súbelo, Bella! —le avisó Edward.

—¡Sí, lo sé! ¡No veo esa magia negra, pero puedo sentirla en mi escudo! —desveló mi amiga.

Y así lo hizo ella. Subió su acero líquido y su impresionante escudo creció hacia arriba justo en el momento en que los manguerazos se estamparon de nuevo contra éste.

Ahora disponíamos de un muro elástico.

Esta vez esos magos no retiraron sus chorros cuando rebotaron contra el escudo de Bella, sino que los muy estúpidos lo mantuvieron presionándolo, de modo que la capa de acero líquido se quedó hundida hacia dentro todo el tiempo.

Vale, y ahora venía la parte buena y la mala de este asunto.

La parte buena es que la magia negra de esos magos no parecía poder traspasar el escudo de Bella. Bien. Pero la parte mala es que el ojo de ese medallón no se apartaba de mí en ningún momento, no dejaba de mirarme con ese odio ni un maldito segundo, y, teníamos que ser realistas, si el medallón atacaba, el escudo de mi amiga no servía de nada, como habíamos comprobado al principio de la batalla.

Esos estúpidos magos seguían intentando terminar con el escudo de Bella, buscando algún punto flaco por donde poder atacar, pero, como me temía, el ojo del medallón ya se estaba preparando para un nuevo embuste.

Intenté erigir ese círculo de luz brillante que luego se transformaba en eclipse, pero, ¡maldición!, era imposible. No tenía fuerzas ni para crear ese círculo, estaba agotado. Sí, esa era la palabra: agotado, exhausto. Lo que quedaba de mi poder espiritual pesaba muchísimo, era como intentar levantar una tonelada de peso, y me sentía débil y cansado.

Ahora mismo ese medallón tenía todas las de ganar. No sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que recuperar lo que me había robado. Sí, iba a hacerlo, como fuera. Pero el problema es que, hasta que no recuperase lo que se había llevado de mi poder espiritual, ese maldito medallón era invencible. ¡Mierda, mierda, maldita sea!

Este era el momento adecuado, no quedaba más remedio.

Me desconecté de la manada, incluida Nessie, para hablar con Edward. Él podía seguir escaneándome el cerebro. Todos mis lobos y ella, que me miró confundida, se extrañaron de esto, pero era necesario.

Escucha, ha llegado el momento, le avisé, tratando de no mirar a Nessie para no derrumbarme.

—Si lo hacemos ahora, os quedaréis desprotegidos totalmente —bisbiseó él con una voz extremadamente baja, casi inaudible, incluso para mí.

Aún así, Bella pareció captar algo, y sus cejas bajaron con extrañeza.

Sabes que no vamos a estar así mucho tiempo, rebatí, nervioso. *El medallón ya se está preparando para atacar, ¿no lo ves? Esos magos pronto dejarán de perder el tiempo con Bella y le pasarán el relevo a ese maldito ojo. Y entonces estaremos perdidos.*

—Tal vez recuperes...

¡No sobreviviremos, Edward, lo sabes!, discutí, más inquieto todavía al ver sus repentinas dudas. *¡Estoy agotado, ni siquiera soy capaz de erigir mi eclipse, maldita sea!*

—¿Qué pasa? —quiso saber Nessie, poniendo su cálida mano sobre mi hombro para que me girase hacia ella.

Quiero que Nessie y Bella se salven, le dije antes de volverme hacia mi chica. *Haz lo que planeamos. Y recuerda, jamás deis la vuelta.*

El semblante de Edward se transformó en agonía pura y dura. Debería disimular, pero creo que fue incapaz. Por su culpa, Bella ya se mosqueó del todo, claro, pero Nessie también.

Me giré hacia ella, aguantando ese enorme nudo en la garganta que ya se había instalado en cuanto vi su hermoso rostro, y la metí conmigo para que pudiera oírme.

Esta iba a ser la última vez que vería su precioso rostro, la última vez que vería sus dulces y adorables ojos... Traté de que esto no me afectase, si no, no sería capaz ni de pensar.

Tomé aire, lo solté con contundencia y la miré con determinación.

Nessie...

¡No pienso irme de aquí sin ti!, me cortó ella, con una mezcla de angustia y rabia. *¡Me da igual que me lo ordenes! ¡No voy a marcharme!*

Mierda. Sus mejillas empezaron a empaparse con las lágrimas que brotaron de esos preciosos ojos, que ahora me miraban desesperados y con ese dolor desgarrador.

—¿Qué está pasando, Edward? —preguntó Bella, observando la escena. Después, le miró a él con un poso de reproche—. ¿Qué es lo que os traéis entre manos tú y Jake?

¡Tienes que salvarte!, conseguí decirle a Nessie mientras tanto.

¡No sin ti!, lloró ella, arrojándose hacia mí para abrazarme.

Dios, esto iba a ser más difícil de lo que me temía, por no decir imposible. Mi manada se empezó a agitar, hundiendo las pezuñas en la hierba una y otra vez al tiempo que gimoteaba, y el resto de los Cullen, Ryam y Helen se miraban los unos a los otros sin comprender nada.

¡Te quiero, no pienso dejarte aquí!, sollozó, apoyando su frente sobre la mía. *¡No me pidas que me vaya, no puedes hacerlo, no tienes derecho! ¡Prometí estar a tu lado toda mi vida, en lo bueno y en lo malo, y pienso cumplirlo!*

¡Pero moriremos todos! ¡Tienes que irte y salvarte!, lloriqué yo también.

Bella escuchó mis gemidos y se puso más neurótica.

¡Entonces yo también moriré contigo!, rebatió Nessie entre lágrimas de rabia. *¡No podré vivir sin ti, lo sabes! ¡Tarde o temprano conseguiría reunirme contigo en el más allá!*

¡No, Nessie!, protesté.

—*¡No! ¡No pienso abandonar a nadie!* —protestó Bella en cuanto se dio cuenta de por dónde iban los tiros.

—Bella, por favor, cálmate —intentó tranquilizarla su marido, que seguía manteniendo ese careto que no relajaba a nadie.

¡Sabes que será así!, me contestó mi chica. *Si tenemos que morir, quiero hacerlo contigo, a tu lado. Esa sería la mejor muerte, para mí. No me quites ese privilegio.*

¡Eso no es un privilegio!

¡Para mí lo es!, discutió, llorando más fuerte. *¡Tú nunca me dejarías aquí, ¿verdad?! ¡Pues yo no pienso abandonarte! ¡Jamás, ¿me oyes?! ¡Jamás! ¡Lucharé contra viento y marea para volver aquí, lo juro! ¡Te quiero! ¡Te quiero!*

Nessie..., susurré con efusividad, arrimándole mi cabeza para abrazarla.

—*¡No me voy a ir, ¿me oyes?! —seguía Bella.*

—Tranquilízate, nadie se va a marchar. Ya está todo solucionado —le reveló Edward, hablándole con voz sosegada.

Eso pareció calmarla un poco.

Nessie se despegó un poco de mí y sujetó mi cabeza entre sus manos para mirarme con determinación, aunque sus preciosos ojos todavía sostenían las lágrimas.

Escúchame. Si tenemos que morir, moriremos juntos. Pero no va a ser así. No me importa lo que haya conseguido hacer ese medallón hasta ahora, pero tú eres muchísimo más poderoso. Estoy completamente segura de que ese medallón no puede absorber todo tu poder espiritual, es imposible. ¿Recuerdas cuando estuviste en coma por la mordedura de ese licántropo? Sue me dijo que tu espíritu era muy grande y poderoso, por eso conseguiste que una parte de él se quedase dentro de tu cuerpo y la otra estuvo vagando por ahí, buscándome. Creo que ese medallón ha conseguido robarte un poco de tu poder porque no tienes confianza en ti, no dejas que tu espíritu actúe plenamente. Tienes que encontrar esa fuerza en ti. La tienes, lo sé, aseguró con una confianza tan intensa, que se me clavó en el corazón, llenándome de una adrenalina que empezó a

correr por mis venas con ansia, aportándome energía. *Encuentra esa fuerza, Jake, y lucha contra ese maldito medallón.*

Cuando terminó de hablar, me sentía un lobo nuevo. No sabía lo que tenía Nessie, pero todo lo que ella decía conseguía chutarme de energía, una energía que electrizaba todo mi cuerpo, despertándome.

No la di un beso porque la llenaría de babas, que si no...

Nessie tenía razón. Yo era el Gran Lobo, el rey de los lobos, ¿iba a dejar que un estúpido medallón me venciese, por mucha magia que tuviese? Ni hablar. Y Nessie estaba conmigo, nadie podría ganarme, teniéndole a ella a mi lado.

Vamos a terminar con ese asqueroso medallón, afirmé, clavándole una mirada de profundo odio al mismo.

Así me gusta, sonrió ella con orgullo y confianza, soltando mi cuello para dirigirnos al frente de nuevo.

El ojo se abrió, sorprendido ante mi nueva determinación, aunque no fue el único. Esa momia chiflada y decrepita de Aro me miró receloso y, por primera vez, un tanto cauteloso.

Sí, todavía me sentía algo débil, pero ya notaba esa nueva energía fluyendo en mí. Las cosas iban a cambiar.

Me conecté con el resto de mi manada.

Terminemos con esto de una maldita vez, ¿qué os parece?, les dije.

¡Ya era hora!, rió Paul.

¡Menudo susto nos habéis dado!, protestó Leah.

¡Cárgatelo ya!, exclamó Quil.

—Vamos allá, chicos —habló Edward para los demás, que adoptaron unas posturas defensivas, por si acaso.

Ese espeluznante ojo se entornó, mirándome con esa inquina de siempre, y, sin mediar más palabras, Aro levantó su mano. Los magos dejaron de soltar sus inútiles manguerazos, dándole una tregua al escudo de Bella, y se retiraron hacia atrás con rapidez, dejándole paso al medallón.

El iris del ojo escupió otro chorro sanguinolento y me agazapé, preparando la salida de mi eclipse. Sin embargo, y para nuestro asombro, ese manguerazo no se dirigió a nosotros. Se precipitó contra el tronco de un árbol y rebotó, haciendo un súbito quiebro en otra dirección mientras la madera se resquebrajaba en tropecientos mil pedazos.

El chorro rojo había adquirido mucha más velocidad, ¡mierda! Ahora era un maldito misil que apenas era perceptible para la vista, ni siquiera para la de un vampiro.

Entonces, mis ansiosos ojos se abrieron como platos cuando pude ver contra quién estaba a punto de chocar.

¡NOOOO! ¡MI ÁNGEL!

SI ANTES ERA UN ÁNGEL, AHORA NI TE CUENTO

¡NO! ¡NESSIE NO!

¡NESSIE!, rugí, histérico.

Fue automático, instintivo. Y todo ocurrió de una forma vertiginosa y frenética.

Clavé las patas en la hierba y me impulsé con cólera, saltando hacia allí a la vez que creaba mi elipse para lanzarla hacia ese maldito misil rojo.

—¡RENESMEE! —gritó Edward, poniendo su pie por delante para saltar también.

—¡NOOO! —chilló Bella, imitándole.

Pero a ninguno de los dos le dio tiempo de despegarse del suelo. Yo había saltado antes y llegué primero.

Ese maldito misil rojo se estampó contra mí sin cuartel cuando lo intercepté en pleno vuelo, golpeándome en todo el costado. Tuve algo de suerte y el círculo brillante que tenía preparado para hacer mi elipse, y que ya me había cubierto, amortiguó un poco el embuste y el poder de ese chorro sanguinolento, pero, aún así, mi círculo seguía siendo algo débil y el impacto sobre mis costillas fue tremendo.

El crujido de mi costillar no fue lo que más me dolió. Lo peor fue la quemazón de ese cañonazo lleno de magia negra que consiguió traspasar mi círculo y se internó dentro de mis entrañas. Mi esfera lo expulsó enseguida, haciendo que ese misil saliera despedido hacia fuera, pero fue demasiado tarde, sus efectos no se hicieron esperar. Lo sentí incrustándose con saña en mi organismo, carcomiéndome con voracidad, quemándome como si me recorriese un corrosivo ácido. ¡Maldita sea! ¡Y el dolor era insoportable!

—¡NOOOO! ¡JAKE! —chilló Nessie, llorando horrorizada, mientras su padre la sujetaba del brazo para apartarla de mi camino, ya que salí despedido hacia atrás, del fuerte empuje, y a punto estuve de llevármela por delante.

¡Mierda! ¡Dolía mucho! Tanto, que no pude evitar gemir mientras caía en el suelo y me arrastraba varios metros.

—¡JACOB! —voceó Bella.

—¡JAKE! —gritó Nessie otra vez, entre lágrimas, zafándose de los brazos de Edward.

Corrió hacia mí y dejó caer las rodillas en la hierba para abrazarme, aunque Edward y Bella también se acercaron. Toda mi manada se apresuró a rodearme para protegerme, lloriqueando, mientras el resto se tuvo que quedar en su puesto sin remedio, por si había otro ataque.

Intenté levantarme, pero mis patas estaban demasiado débiles.

—Jake... —sollozó Nessie al tiempo que ponía mi cabeza en su regazo.

Nessie..., contesté a duras penas.

—Jacob... —escuché susurrar a Bella con un hilo de voz.

Bella, tu escudo, le avisé, dolorido.

—Tu escudo, Bella —le transmitió Edward.

Inmediatamente, mi amiga volvió a erigir ese muro que nos protegía de los ataques de los magos, ya que, con el susto, había dejado de hacerlo.

Notaba cómo mis costillas ya se estaban regenerando, pero la quemazón me estaba aniquilando por dentro, como si miles de gusanos candentes devorasen todos mis órganos a una velocidad ultrasónica. Si esto seguía así...

¡No!, lloró Nessie, con rabia, al ver mis pensamientos, mientras sus manos se afanaban en acariciarme. *¡No puedes dejarme aquí, ¿me oyes?! ¡Todavía nos quedan muchas cosas por vivir! ¡Tienes que llevarme en la Harley por la autopista hasta Seattle, ¿recuerdas?! ¡Y tenemos que tener muchos hijos!*

Nessie...

—Parece que nuestro Gran Lobo está... derrotado —afirmó Aro con una sonrisa chulesca.

¡Maldito vejestorio chiflado!

¡Yo no estoy derrotado!, protesté.

Intenté rugir y levantarme, pero tan sólo me salió un ridículo gañido y, bueno, lo de las patas ya era imposible.

Así se habla, mi amor, me animó Nessie, acariciándome. *No te rindas nunca*.

Mi Nessie. Mi ángel, mi dulce ángel.

—Todavía está vivo —le recordó Emmett, levantando el mentón con orgullo—. Y no tardará en curarse.

—Mi querido Emmett, me temo que en esta ocasión no se curará —le rebatió ese fósil, siguiendo con esa estúpida sonrisa—. El poder del medallón ya se ha internado en él. Ahora está robándole su fuerza vital, célula a célula va absorbiendo su poder espiritual, hasta que ya no le quede nada. Después, ese poder regresará a su dueño, llevando su botín consigo, y este medallón será invencible.

¡Maldito!, rugió Paul por mí.

Y yo lo notaba, sí. ¡Mierda! Parecía que esa momia de Aro tenía razón. Cada vez me sentía más debilitado, y ese ácido corrosivo que me recorría era insoportable, ¡insoporable!

Jake..., sollozó Nessie, pasando sus dedos por mi frente lobuna.

—Por eso has montado todo esto, ¿no? —le reprochó Edward—. Necesitabas que Jacob gozara de todo su poder espiritual para que el medallón se lo robase, así ese colgante sería aún más poderoso, invencible, y vuestro reino estaría asegurado. Por eso no impediste su boda con mi hija. Sabías que esa parte de la profecía se cumpliría y que Jacob desarrollaría todo su poder espiritual. Pero no ibas a permitir que la profecía se cumpliera del todo, por supuesto. Y ahora has esperado el momento oportuno para robárselo.

—Edward, no sé de qué me sorprende. Siempre has sido un joven muy inteligente —le respondió Aro, ampliando su asquerosa sonrisa—. Todas tus deducciones son ciertas, sí.

Maldito..., mascullé yo.

—¿Y crees que te puedes llevar al Gran Lobo a Volterra? ¿De veras crees eso? —siguió Edward, enarcando una ceja con incredulidad.

—Dentro de muy poco el Gran Lobo ya no tendrá poder, mi querido Edward. Entonces el medallón podrá actuar y le hipnotizará, al igual que ha hecho con estos tres magos —reveló, señalando a esos desgraciados búlgaros—. Estará a mi entera disposición.

Pude ver cómo al pueril semblante de la enana canija se le escapaba una media sonrisa de satisfacción. Pero no fui el único. Mi chica también lo vio y machacó todas sus muelas con rabia, aunque siguió acariciándome.

—¿Y para qué quieres llevarte a Jacob? —quiso saber Bella, que rechinaba los dientes sin parar—. No entiendo por qué tu intención no es... *matarle* —le costó soltar la palabra y la tuvo que escupir.

—Necesitas que esté vivo, ¿no es cierto? —cayó Edward, sorprendido por su propio descubrimiento—. Para que el poder espiritual de Jacob se mantenga activo, necesitas que él esté vivo.

—Me remito a lo que he dicho anteriormente. Eres muy inteligente —sonrió ese viejo decrepito.

Mis lobos se agazaparon para rugirle con fuerza mientras sus mentes se llenaban de todo tipo de insultos.

—No podrás llevártelo —masculló Rosalie, profiriendo un leve rugido desde su garganta.

—¿Acaso crees que me lo podéis impedir? —contestó esa vieja momia, alzando las cejas.

—No seremos nosotros quién lo impidamos, Aro —contraatacó Edward—. El propio Jacob lo impedirá.

—Permíteme que lo dude —cuestionó él.

—Te lo aseguro —afirmó Nessie, que dejó mi cabeza en el suelo para ponerse en pie como un resorte—. Es el Gran Lobo, no dejará que le roben su poder espiritual así como así. Además, nosotros seguimos aquí, y para llevártelo tendrás que pasar por encima de nuestros cadáveres.

Nessie..., susurré.

¡Así se habla, Ness!, aclamó Quil.

¡Eso, a ver si pueden!, le acompañó Embry.

Toda mi manada aulló para apoyarla.

Ese maldito de Aro desplegó otra sonrisa altiva y arrogante. Pero, de pronto, su asqueroso labio cayó en picado.

—Como gustes —le respondió con una voz de ultratumba extremadamente sombría—. Y tú serás la primera.

¡NOOO!

Sin que apenas nos diese tiempo de reaccionar, el espeluznante ojo del medallón volvió a escupir un misil sanguinolento que se dirigió directamente a por Nessie. Y esta vez sólo contábamos con el escudo de Bella, el cual no podía hacer nada para detenerlo. Ese cañonazo despiadado y cargado de maldad se dirigía a ella con una saña increíble.

—¡NO! —gritaron Edward y Bella a la vez.

¡NESSIE, MI ÁNGEL!

¡Maldito! ¡Maldito medallón! ¡Malditos Vulturis!

Algo dentro de mí estalló con una furia incontrolada, bestial, salvaje. Daría mi último soplo de vida por ella, me importaba una maldita mierda morir, pero Nessie era intocable. ¡Ella era sagrada! ¡SAGRADA!

Sin saber cómo, empecé a sentir otra energía nueva, una energía cargada de adrenalina que me recorrió entero y que explotó en lo más hondo de mis entrañas de forma súbita e indomable. Sí, fue un *Big Bang* que se apoderó de todo mi organismo, haciéndolo estallar, y que se llevó por delante a todos esos gusanos que me estaban carcomiendo por dentro, purificándome al instante. Mi convalecencia había terminado. Me puse en pie con rapidez, para proteger a mi ángel, al tiempo que un brillo fulgurante y cegador radió de todos los puntos de mi cuerpo cuando eso explotó, envolviéndome con una onda expansiva extremadamente luminosa que se extendió a la velocidad de la mismísima luz.

—¡Cuidado! —apenas le dio tiempo a gritar a uno de los magos rojos.

La onda expansiva alcanzó el otro bando justo cuando los magos erigieron una barrera entre todos, al mismo tiempo que mi onda evitaba que el chorro sanguinolento llegara a Nessie.

Los ocho magos, incluidos esos desgraciados de Nikoláy, Razvan y Ruslán, que seguían hipnotizados, consiguieron crear una barrera común, uniendo todos sus poderes, que los cubría a todos, y mi onda expansiva chocó contra ese muro semitransparente, sin que lo pudiera traspasar. Cretinos. Lo hicieron justo a tiempo, pero eso no sirvió para frenar la fuerza de mi embuste, que los tiró a todos hacia atrás, al suelo, Vulturis, guardia y gigantes incluidos. Ja, fue divertido. Era como una partida de bolos, y yo había hecho pleno.

Al mismo tiempo, ese maldito misil rojo, que a punto estuvo de rozar a mi chica, se estampó en la membrana fulgurante que había radiado de mí en forma de esa onda expansiva, pero esta vez no salió despedido hacia atrás, sino que estalló al mínimo contacto con la onda y se prendió en una alta llamarada que retrocedió hacia el medallón vertiginosamente, siguiendo la estela que le llevaba a su origen, igual que si fuera una mecha.

—¡Mirad eso! —exclamó Emmett, señalando aquella estela de fuego que había aparecido en el aire de repente.

Sí, ellos podían ver esa llama que se movía con rabia.

El ojo del medallón se abrió como un platillo volante al ver esto, sorprendido, y cortó el ardiente chorro sanguinolento, evitando que el fuego le alcanzase, aunque el propio Aro, que rechinó los dientes con

prisas, giró sobre sí mismo en la hierba, intentando evitar lo mismo. Maldito cobarde.

En cuanto la onda expansiva se fue, erigí una nueva barrera, cubriendo a todo mi bando.

Esas momias de los Vulturis, toda su chusma y los gigantes se pusieron en pie enseguida, aunque sus repulsivos semblantes lo decían todo. El fósil canoso machacaba sus muelas, el adormilado, por primera vez, subió sus repugnantes párpados hasta arriba y ese chiflado de Aro me miró alucinado, el muy imbécil, no se podía creer lo que acababa de ver.

Noté cómo mi fuerza vital había crecido inmensurablemente, y no sólo había vuelto mi energía, sino que ahora me sentía mucho más lleno. Algo nuevo había renacido en mí, podía notarlo, podía sentirlo. Ahora me sentía fuerte, vigoroso, lleno de energía, invencible. Sí, me sentía confiado y seguro de mí mismo.

Guau, parpadeó Embry.

¡Eres genial, tío!, clamó Seth.

Es el rey de los lobos, el Gran Lobo, dijo Sam.

Qué pesadito. Yo estaba a otras cosas.

¿Estás bien?, le pregunté a mi chica, acercándole mi hocico para hacerle un reconocimiento rápido. *¿Esa cosa te ha rozado o algo?*

Pero ella también estaba a otras cosas.

Jake..., susurró, emocionada, abrazándome otra vez. *Lo sabía. Sabía que eras mucho más fuerte que ese medallón. Solamente tenías que encontrar esa fuerza en ti, ¿lo ves?*

Bueno, supongo que esto quería decir que estaba bien. Menos mal. Suspiré, muy, muy aliviado.

Sí, ya la encontré. Gracias a ti, le confesé, acariciando su hermoso rostro con mi mejilla peluda.

Mi chica me sonrió y me dio un beso en la frente que fue tan tierno, que casi se me olvida de dónde estamos.

Ay, suspiré en voz alta. *Qué ganas de volver a mi forma humana...*

Anda, calla y céntrate, sonrió, despegándose de mí.

Eso sí, su mano se aferró a mi pelaje.

—Es impresionante, tengo que reconocerlo —me dijo Edward.

—Sí, lo es —coincidió Bella, que me sonreía con orgullo.

Gracias, gracias.

¡Ups! Sin embargo, ese vejestorio decrepito y desgastado de Aro estaba bastante cabreado, la verdad, y no tardó nada en ordenar su siguiente ataque.

Atentos, avisé, agazapándome.

Toda mi tropa hizo lo mismo, y los Cullen y nuestro par de gigantes nos imitaron al vernos.

Entonces, supe que el medallón iba a utilizar esa parte de mi poder que me había robado. No me preguntes cómo, pero lo supe.

La pupila de ese maléfico ojo soltó otro manguerazo, pero esta vez no era de color rojo, sino que era anaranjado. Sí, era una mezcla de su poder y el mío. Pero, para mi asombro, ese chorro pasó a ser una elipse, imitando a las mías. Guay.

No lo dudé. Erigí un segundo círculo, que envolvió a su vez a mi barrera, y lo transformé en elipse con precipitación, lanzándolo hacia la que teníamos delante.

Guau, ahora la manejaba mucho mejor.

Pero no sé qué demonios pasó. Mi elipse no chocó contra esa otra, sino que ambas se entremezclaban y se separaban, era como si mi elipse no reconociera que aquella otra era maligna, al llevar parte de mi poder espiritual.

¡Maldita sea! ¡Mierda!

Esos viejos decrepitos de Aro y Cayo sonrieron con una satisfacción que me sacaba de quicio, mientras que el adormilado volvió a su estúpido semblante de siempre.

¡Arg! ¡Chupasangres idiotas!

De pronto, la elipse de mi contrincante empujó a la mía, que estaba totalmente desconcertada, y se lanzó hacia mi barrera protectora con una velocidad digna de un meteorito.

Esa elipse llevaba parte de mi poder espiritual y, en cierto modo, era un poco compatible con todo lo que salía de mí, así que, ante nuestras atónitas pupilas, esa elipse cortó la membrana de mi burbuja, como si de una radial se tratase, y consiguió internarse en forma de chorro para atacar a Nessie.

Estaba claro que quería terminar con ella a toda costa.

¡NOOOO!

Todo se paralizó, y mi corazón dejó de latir durante un instante. Pero, de repente, el tema dio un giro de 180 grados.

Como había ocurrido antes, todo sucedió a una velocidad vertiginosa.

La pulsera de Nessie latió una sola vez, reclamándome, y de una forma completamente instantánea e inopinada un rayo dorado, fulgurante, brillante, salió de lo más profundo de mi alma para lanzarse hacia el aro de cuero, pero también hacia la propia Nessie.

El rayo se insertó en su corazón con potencia, sin embargo, ella no pareció notar ningún dolor. En realidad, pareció gustarle bastante, la verdad, porque sus preciosos ojos se cerraron y soltó un suave jadeo cuando lo notó.

La pulsera bombeó con intensidad y emitió una burbuja que se desplegó súbitamente, pero ahí no terminó la cosa. Sin que me diese cuenta, yo mismo erigí un tercer círculo, que salió despedido en dirección al aro de cuero para unir sus fuerzas con él. Ahora tenía el primer círculo que había creado para formar la barrera que nos cubría a todos, el segundo círculo, el cual había transformado en elipse y que ahora se encontraba en el aire, tan desconcertada como yo, y este tercer círculo, que se había unido a la burbuja de la pulsera, siendo yo el centro de todos ellos.

Mi tercer círculo y la burbuja de la pulsera no se unieron del todo, sólo hasta la mitad de cada uno, y ambos apuntaron bien, así que el misil rojo lanzado por el ojo no llegó a Nessie, se estampó justo en la zona donde se habían unido las dos barreras, que era el doble de fuerte y resistente, y éste salió rebotado hacia atrás. Esos viejos decrepitos de los Vulturis y su séquito tuvieron que agacharse con precipitación para que su propio ataque no les arreara. Pena que lo hicieron a tiempo. Mierda.

Pero no fue eso lo que me dejó atónito y perplejo.

Justo cuando esto sucedió, Nessie se iluminó durante un par de segundos, radiando destellos dorados y brillantes, cegadores, por todo su cuerpo. Su preciosa melena se elevó con una suave brisa que nació desde sus pies y que subió con rapidez, recorriéndola entera. Si antes parecía un ángel, ahora ni te cuento. Mi boca lobuna se quedó colgando ante esta visión tan espectacular, parecía que estuviese viendo una película de hadas, aunque no fui el único. Mis lobos, los Cullen y los dos gigantes que nos acompañaban también se quedaron boquiabiertos. Creo que no sólo mi manada, Edward y yo podíamos verlo, era evidente, sólo había que ver sus caras. Y, de repente, por si esto era poco, me quedé sin respiración cuando vi lo que sucedió después.

Su cuerpo se arqueó hacia atrás y, al igual que me había sucedido a mí, ella también pareció explotar, haciendo que miles de chispas

doradas y fulgurantes saliesen despedidas por todas partes, iluminando aún más ese bosque. Me quedé atónito, maravillado, deslumbrado. Como una mariposa cuando sale de su capullo y extiende sus alas, su espíritu se liberó del todo.

Sí, su espíritu, todo su espíritu. Su aura, su alma, era una loba de color bermejo que relumbraba con ella, y cuando Nessie se enderezó y rugió con cólera, la loba que llevaba dentro hizo lo mismo, mostrando al mundo su coraje y fuerza.

Lo sabía, siempre lo había sabido. Nessie era una loba encerrada en un cuerpo de vampiro. Guau.

Ahora lo veía todo claro, ahora entendía tantas cosas. Ya lo decía la profecía: *ella será la fuerza que impulsa a su espíritu, ella será su guía y su luz, ella le proporcionará poder, pues el poder espiritual del Gran Lobo estará forjado con su profundo amor.*

Sí, mi espíritu de Gran Lobo siempre la protegería a ella, siempre, y ese rayo dorado que había salido de mí se había insertado dentro de ella para despertarla, también. Pero ahora sentía algo nuevo que nunca había sentido. Ahora me sentía pleno, completo, fuerte, poderoso. Nessie era la clave de mi poder espiritual, ella era esa pieza que faltaba para que todo encajase justo como debía.

Sí, ahora lo veía todo claro. Ella era el origen de mi poder espiritual, pues yo vivía por ella, estaba en este mundo por ella, había nacido para ella, mi espíritu había nacido para estar junto al suyo y se complementaba con el suyo. Se complementaba. Mi espíritu se había ido a buscar al suyo para completar todo el desarrollo de mi poder espiritual, porque ella era mi guía y mi luz, Nessie era la fuente de mi poder gracias al inmenso amor que sentía por ella, y mi espíritu necesitaba al suyo para que le diese más fuerzas.

Bueno, vale, estaba claro que ella no gozaba de poder. Sabía con absoluta certeza que ese rayo dorado sólo le había prestado parte de mi poder a Nessie para que pudiese luchar hoy. Pero juntos seríamos invencibles.

Mi manada no pudo evitar echarse en el suelo para mostrarle sus respetos a su *reina*, pero, desgraciadamente, no teníamos tiempo para estas monsergas.

¡Levantaos!, les ordené.

Y así lo hicieron. Ipso facto.

Nessie se miró, extrañada y alucinada, al verse. Aunque los Cullen, Ryam y Helen no daban crédito a lo que habían visto. Bueno, ellos solamente habían visto cómo ella había explotado en miles de lucecitas brillantes y todo eso, pero era suficiente para dejarles estupefactos. Sólo Edward podía verlo todo, y todavía sostenía esa sorpresa en ese pálido careto.

Los que también se habían quedado patidifusos fueron esas momias y toda la chusma que les acompañaba, incluidos el fósil dormido y ese asqueroso medallón, ambos abrieron sus ojos como platos. Excepto los magos búlgaros, esos dos rumanos y el encapuchado de negro, que tenían esas caras inertes e inexpresivas que daban una grima que no veas, y los gigantes. Me extrañé al ver a estos últimos. Por primera vez desde que había empezado toda esta mierda, las almas colgantes de esos gigantes sonreían con esperanza. Eso sí, no soltaban su cuerpo ni de coña.

Jake, soy una... loba, masculló Nessie, sin poder creérselo. *Bueno, mi alma, quiero decir.*

Ya te lo dije una vez, nena. Eres una loba encerrada en un cuerpo de vampiro.

Nessie me miró y me sonrió.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Bella a su marido, con un cuchicheo.

—Al parecer, nuestra hija es una loba encerrada en un cuerpo de vampiro —le aclaró él, con un semblante que no terminaba de creérselo.

—¿Cómo? —parpadeó ella.

—Ya te lo explico luego —concluyó Edward.

Sí, porque ahora no teníamos tiempo.

Ahora me sentía fuerte y poderoso, invencible.

Me agazapé y solté un potente y fuerte rugido para reclamar mi supremacía y dominio, haciendo que temblasen hasta las raíces de los árboles que nos rodeaban.

El careto de Aro y compañía, y su rechinamiento de dientes, lo decían todo. Ya no las tenía todas consigo. Genial.

Aún así, ese dichoso ojo se entrecerró para preparar otro de sus ataques.

¿Estás lista, Nessie?, le pregunté.

Contigo, siempre, me respondió ella, con seguridad.

Y se agazapó para acompañarme.

ESTO DE SER EL GRAN LOBO ES LA CAÑA

El ojo de ese asqueroso medallón soltó su ataque, pero ahora estaba completamente seguro de mí mismo y no se erizó ni uno solo de los pelos de mi pelambreira.

Nessie estaba conmigo para ayudarme. Sus dedos se aferraban a mi pelaje, era como si estuviésemos cogidos de la mano. Su dorada alma refulgía en esa forma de loba rojiza, era idéntica a mí, sólo que ella era una hembra y yo un macho, claro. Sabía que esto solamente era algo espiritual, algo que se debía a nuestro enorme vínculo, que ella no se podía transformar en una loba como nosotros los quileute, pero aún así, mi manada todavía estaba algo impresionada. Incluso Edward todavía lo estaba.

Ahora tenía más visión que antes. Por fin veía qué era eso transparente y que parecía inexistente que bloqueaba mis ataques, lo que había evitado que mi eclipse terminara con la Pitufina y con esos Vulturis al principio. Era una barrera totalmente transparente, un escudo. Bueno, totalmente no, porque ahora lo veía con claridad. Parecía un cristal muy fino y delicado, pero, claro, no lo era, ni mucho menos. Como solía pasar con los cristales de verdad cuando les pasas un trapo para limpiarlos, tenía visos, eso me hacía ver el escudo perfectamente. Todas y cada una de esas momias decrepitas y su séquito de desgraciados, excepto los gigantes y esos bastardos de Nikoláy, Ruslán y Razvan, Vladimir, Stefan y el encapuchado, tenían su cristal particular que les protegía de cuerpo entero. Y todos esos cristales nacían de los magos rojos. Ellos creaban esos escudos.

Nikoláy, Ruslán, ese bastardo de Razvan, el encapuchado y los rumanos mohosos no tenían escudo, pero con todos los que tenían delante,

los que protegían a los otros, estaban protegidos de sobra. Maldita sea. Pero vale, ahora sabía que si destruía a esos magos, los escudos se irían al infierno. Bien, bien.

¿Cómo estás? ¿Tienes fuerzas de sobra?, le pregunté a Nessie.

Sí, tu poder espiritual me ha dado un chute de energía.

Bien. Escucha, tenemos que atacar a los magos de rojo, le dije. No nos será fácil. Ese medallón nos pondrá las cosas difíciles.

De acuerdo, asintió ella. Aunque no sé si sabré usar tu poder espiritual.

Tranquila, sabrás, le aseguré.

¡Ánimo, Nessie!, exclamó Seth.

Idiota. ¿Es que se creía que estábamos en un partido, o qué?

Como me suponía, ese maldito medallón no se hizo esperar más y lanzó su ataque.

Como si del cañón de un barco pirata se tratase, la pupila de ese espeluznante ojo escupió otro chorro de color naranja, mezcla de su poder y el mío. El manguerazo se estampó contra mi barrera, ese círculo de luz brillante que había erigido con mi nuevo poder espiritual, y esta vez, no consiguió traspasarla. Sí, ¡ja!, ahora que mi espíritu de Gran Lobo estaba completo del todo gracias a la ayuda del espíritu de Nessie, mi barrera identificaba perfectamente la parte maligna de ese chorro anaranjado.

Ese potente manguerazo chocó con mi barrera y salió despedido hacia atrás.

—¡El medallón ha lanzado un ataque, pero la barrera de Jacob lo ha repelido! —comunicó Edward para el resto, hablando con velocidad.

Ese chiflado de Aro y la momia de su compañero rechinaron las dentaduras a la vez.

Pero sabía que ni mucho menos había terminado.

El ojo recogió ese chorro y se entornó con más odio todavía. Esta vez el desgraciado soltó todo su arsenal.

¡Atenta, nena!, le advertí.

¡Sí!

En esta ocasión, la pupila no soltó ningún chorro, sino que escupió su rayo de color púrpura oscuro, desplegándose hacia nosotros en forma de abanico, como había hecho ayer con los tres magos búlgaros, el encapuchado y los rumanos cuando les hipnotizó.

—¡Otro ataque! —anunció Edward.

El abanico se extendió sobre mi barrera a gran velocidad, envolviéndola completamente.

—¡Ha envuelto a la barrera! —siguió.

Genial. Teníamos retransmisión.

—¡Quiere absorber tu poder otra vez! —se percató Alice—. ¡No puedo verlo, pero puedo sentirlo!

La comisura de ese asqueroso labio delgaducho de Aro se elevó levemente, corroborando lo que Alice acababa de decir.

¡De eso ni hablar!, masculló Paul, haciéndoles una demostración de sus colmillos a esos fósiles.

Esa tela púrpura comenzó a bombear con fuerza, intentando absorber mi poder espiritual, como había hecho anteriormente, pero mi barrera respondió con contundencia. Ésta convulsionó una sola vez, soltando una descarga eléctrica, y el envoltorio que teníamos encima la soltó, retirándose con rapidez, como si le hubiese quemado.

—¡La barrera ha rechazado el ataque! —dijo mi suegro.

El labio de ese viejo decrepito cayó en picado.

¡Ahora, Nessie!, le avisé.

Ella obedeció al instante y no hizo falta explicar más. Nessie podía ver mi mente, podía ver mis planes, pero no era por esto. Nuestra sincronización casi telepática era la clave, y ella sabía en todo momento lo que yo iba a hacer sin que ni siquiera lo hubiera pensado.

Los dos erigimos un círculo de luz brillante que pronto convertimos en eclipse. Cada uno lanzó la suya hacia ese dichoso abanico, que ya se dirigía hacia la barrera de nuevo; yo por la derecha, ella por la izquierda. Las elipses interceptaron nuestro objetivo púrpura por los dos frentes, destruyendo los dos lados del mismo.

—¡Nessie y Jacob están atacando! —retransmitió Edward, utilizando ese nombre de su hija, seguramente porque era más rápido de pronunciar que su nombre completo.

Las elipses continuaron destrozando a su objetivo púrpura por los dos lados, casi parecía que se lo comían, pero, maldita sea, el medallón sopló con fuerza y el abanico volvió a desplegar sus alas con contundencia, haciendo que nuestras elipses salieran despedidas.

¡No puedo controlarla, Jake!, se quejó Nessie, que trataba de manejar la elipse, sujetándola por el centro.

Mierda. Las elipses giraban con mucha fuerza. Ah, pero no me rendí. Ahora todo me resultaba claro y sencillo, fácil de comprender, así que controlé la mía sin más problemas.

¡Bah! Ya podía haber sido así siempre, hombre.

Tira de ella, como si estuvieses domando a un caballo, le instruí, llevando la mía hacia el abanico de nuevo, con rapidez.

Mi chica me hizo caso y consiguió controlarla a tiempo, dirigiéndola hacia el ataque del medallón también.

Sin embargo, el abanico hizo un quiebro brusco e inesperado y, ante nuestros atónitos ojos, se convirtió en una especie de embudo púrpura, cuya parte estrecha salía del ojo de ese maldito medallón y la parte ancha envolvía a nuestras elipses.

—¡El medallón ha atrapado las elipses! —comunicó Edward, ansioso.

—¡Cuidado! ¡Las va a absorber! —nos advirtió Alice de nuevo, que parecía muy concentrada, observando al medallón.

Aro volvió a alzar su repugnante labio.

Sin que nos diese tiempo a reaccionar, ese extraño embudo comenzó a aspirar nuestras elipses, dejándonos completamente perplejos, aunque Nessie y yo seguíamos sosteniéndolas. Mierda. Ese maldito medallón tiraba de mi poder como si lo hiciese del hilo de una madeja de lana mientras mi chica y yo la sosteníamos sin poder hacer nada para que parase de tirar.

¡Arg! ¡Maldita sea, maldita sea! ¡Estaba más que harto de toda esta comedia! ¿Ese medallón quería mi poder? ¿Todo mi poder? ¡Pues que lo cogiera, a ver si podía!

¡¿Lo quieres?! ¡Pues toma mi poder de una maldita vez, estúpido!, rugí con furia.

¡No, Jake, ¿qué vas a hacer?!, me reprendió Sam.

¡Suelta la elipse, Nessie!, le ordené.

Y Nessie tuvo que obedecer mi orden.

¡No, Jacob!, desaprobó el lobo negro, nervioso.

—¡Sí, hazlo! —me animó Edward, que estaba mirando a las almas colgantes de los gigantes.

Eso hizo que me fijase en ellas. Claro, era eso. Esto es lo que habían estado intentando decirme todo el tiempo. ¿Sería estúpido? Me estaban animando a que lo hiciera, porque esto terminaría con su suplicio.

Genial. Eso me animó aún más.

Sam cerró la boca en cuanto vio mis intenciones en mis pensamientos.

Nessie y yo soltamos lo que quedaba de las elipses y dejé que ese asqueroso embudo terminase de aspirarlas. Pero ahí no terminó la cosa.

Sigue erigiendo un círculo brillante y no dejes de erigirlo en ningún momento, permite que se lo lleve, le pedí a mi chica.

Sí, obedeció ella, con total confianza en mí.

Los dos lo hicimos al instante.

Ese estúpido medallón enseguida pasó a absorber el poder espiritual de nuestro par de círculos brillantes, llevándose los en forma de dos nubes brillantes y destellantes que pasaban a través del embudo con velocidad.

Esos imbéciles de Aro y Cayo no pudieron evitar sonreír con satisfacción. Estúpidos. El medallón latió una vez cuando comenzó a recibir su botín.

Sorbe, sorbe, idiota, me reí con malicia.

¿Crees que funcionará?, me preguntó Sam.

Estoy completamente seguro, le ratifiqué sin dudas.

Y lo estaba porque mi poder espiritual estaba siendo aspirado por ese embudo a pasos agigantados, pero en vez de debilitarme, yo no dejaba de generar más poder. Cuanto más me era succionado, más poder espiritual nacía de mí. Sí, lo sentía, lo notaba, mi espíritu de Gran Lobo se plantaba con supremacía y contundencia frente a su adversario. Y tenía a Nessie a mi lado, mi espíritu y el de ella iban de la mano.

El medallón comenzó a latir a medida que iba succionando mi poder. Empezó con unos latidos muy lentos, pero después pasaron a ser más veloces, hasta que se convirtieron en toda una locura. Sí, ese maldito colgante estaba a punto de estallar.

—Maestro, el medallón no lo soportará —se atrevió a avisarle el pelirrojo, que observaba la situación con ese semblante serio y cauto que había mantenido durante toda la batalla—. El espíritu del Gran Lobo es demasiado grande para él.

Esa momia de Aro giró su repugnante careto para mirarle, casi diría que con cierto reproche por osar a hablar sin su permiso, pero pronto se dio cuenta de que algo iba mal y volvió la vista hacia ese estúpido medallón.

—¿Qué está pasando, Aro? —quiso saber el fósil canoso, frunciendo ese tupido ceño.

Pero su amigo no le contestó.

El medallón seguía aspirando mi poder y palpitaba sin parar, parecía que le fuese dar un ataque cardíaco. El muy listo intentó detener el proceso, retirando su embudo, pero ahora el que no le dejaba era yo. No me preguntes cómo demonios lo hice, pero sostuve ese embudo y seguí metiéndole poder espiritual a saco. Sí, maldita sea, estaba hasta las narices de todo esto. Iba a terminar con ese medallón de una vez por todas.

Las almas colgantes de los gigantes sonrieron con esperanzas cuando apareció una fisura en el colgante. Ese medallón era el causante de que ellas no estuvieran en sus cuerpos, su magia negra les apartaba de ellos. Y ahora me daba cuenta de otra cosa. Si esos gigantes podían entrar en mi barrera, solamente se debía a que no tenían alma. Pero ya no iban a sufrir más. El ojo del medallón se abrió, horrorizado. Este era su fin.

Una luz empezó a salir por la pequeña grieta del colgante, agrandándola más. Entonces, ese patético y cobarde de Aro se percató de la situación. Asqueroso viejo decrepito. Apretó la dentadura a la vez que se quitaba el medallón con precipitación, y lo lanzó a un lado, justo a tiempo. Cretino.

El medallón explotó en el mismo aire, preso de una luz cegadora que salió de él y que se extendió a todas partes. Lo último que se vio de ese maldito ojo fue su expresión despavorida, incluso salió de él un vaho azul que llegó a las nubes. Su codicia había terminado con él. ¡Sí, adiós!

Toda mi manada coreó unos aullidos al aire y los Cullen, Ryam y Helen saltaron de alegría. En cambio las dos momias apretaron las dentaduras a la vez y se miraron, desprendiendo algo de temor, mientras la tercera seguía durmiendo la siesta.

Esa luz que había salido del medallón regresó a mí ipso facto, internándose en mi cuerpo en forma de esa nube chispeante.

¡Jake, lo has conseguido!, clamó Nessie, abrazándome con alegría.

—¡Bien, Jake! —le acompañó Bella, haciendo lo mismo que ella.

—¡Eres genial, Jake! —se carcajeó Emmett.

¡Ese medallón por fin se ha ido al infierno!, rió Leah.

¡Guau, mirad eso!, exclamó Shubael, señalando a los gigantes con su cabezota.

Bella no le escuchó, pero el movimiento de la cabeza del lobo hizo que ella también se fijase, aunque no lo vio todo como nosotros. Ella solamente vio cómo los gigantes adoptaban su forma humana de repente y cómo se desplomaban en el suelo, uno a uno, desmayados y exhaustos,

con sus ropas raídas y rotas. Sí, las almas de esos hombres y mujeres habían dejado de ser succionados por el más allá y habían podido regresar a sus cuerpos, por fin.

—Es increíble —murmuró Jasper, que miraba la escena, atónito.

Pero eso no fue todo. Al morir el medallón, esos desgraciados de Nikoláy, Ruslán, Razvan, Stefan, Vladimir y el encapuchado regresaron al planeta Tierra. Eso sí, la guardia Vulturis actuó pronto y les rodearon para que no se movieran ni un ápice. Esos seis idiotas miraban a su alrededor, todavía un poco perdidos, aunque pronto se dieron cuenta de la situación y apretaron las dentaduras.

El careto de Aro lo decía todo, y su vaho, que se transformó a uno rojo brillante ya era toda una declaración de intenciones. Estaba lleno de ira y rabia, claro, había preparado esto durante muchos siglos y yo había estropeado todos sus planes. ¡Arg, maldito, no lo soportaba!

Los cinco magos rojos se adelantaron, colocándose por delante de Aro y compañía, y enseguida adoptaron unas posturas de ataque, esperando la orden de su *amo*, que no se hizo esperar.

Como cinco chimeneas rabiosas, escupieron cinco nubarrones negros que se juntaron durante el trayecto en una sola, un misil azabache lleno de magia negra. Éste se dirigió a nosotros a gran velocidad.

No llegó muy lejos. Daba igual lo poderosos que fueran esos magos y que juntasen sus poderes. Estaba mal que lo dijera, pero yo era mucho más poderoso que ellos, así que ese ridículo misil se estampó contra mi barrera y no pasó de ahí.

Sin embargo, no me iba a conformar con eso. Ya estaba muy cansado de este estúpido juego, así que calenté mi barrera hasta que se volvió de fuego. En cuanto lo hizo, el manguerazo negro comenzó a arder y, como una mecha, se propagó hacia atrás súbitamente, con unas llamaradas altas que vio todo el mundo.

—¡Cuidado! —chilló uno de los magos, emanando su vaho azulado hacia el cielo.

Emmett no pudo evitar sus risotadas de satisfacción.

El fuego no llegó a quemarles, por supuesto, esos cobardes soltaron sus manguerazos y no les alcanzó.

—¿Qué estáis haciendo?! ¡Atacad! —protestó la momia canosa, con indignación.

Pero si creían que había terminado, estaban muy equivocados. Ellos eran los que creaban esos escudos de cristal que protegían a los Vulturis y

a su chusma. Si terminaba con ellos, se quedarían sin protección y ya serían míos. Ahora, con mi poder espiritual completo, podía hacer muchas más cosas, y no hacía falta ni que me plantease cómo hacerlas.

¡Vamos a por ellos, nena!, animé a mi chica.

¡Sí!, rió ella.

Como siempre, hicimos gala de nuestra sincronización y telepatía.

Sin darles tiempo a pensar, creamos otras elipses, pero estas eran diferentes a las demás. Estas elipses giraban y giraban sin parar, como una radial, y como tal, eran cortantes. Las lanzamos contra ellos con saña y rapidez, las dos volando juntas. Lo hicimos con mucha velocidad, pero esos malditos también eran rápidos de reflejos y erigieron otro escudo transparente común.

Tampoco les sirvió de nada. ¡Ja! Me daban ganas de saltar y danzar, de aullar, en serio. ¡Esto de ser el Gran Lobo es la caña!

—¡No! —gritó uno de ellos, interponiendo sus brazos, como si así fuera a hacer algo.

Sus vahos azules casi llegaban al espacio.

Pero ya era demasiado tarde para ellos. ¡Sí! Las elipses cortaron ese escudo con facilidad, resquebrajándolo en miles de cristalitos, y, mientras a ellos solamente les daba tiempo de chillar como nenazas, las dos elipses les cortó la cabeza a los cinco a la vez.

—¡Maldición! —masculló Cayo, rechinando sus muelas al tiempo que miraba la escena sin terminar de creérselo.

Otro que rezumaba un vaho azul hasta el cielo, aunque no era el único, toda su chusma estaba envuelta en una nube azul.

Las cinco cabezas rebotaron sobre la hierba con esas expresiones de horror. Acto seguido, sus cuerpos los acompañaron, primero cayendo de rodillas y después haciéndolo de bruces.

Todos esos inútiles escudos transparentes que protegían a los Vulturis y a su maldita chusma desaparecieron como por arte de magia, nunca mejor dicho.

¡Genial!

Entonces, me di cuenta de que no me hubiera hecho falta terminar con esos magos para desproteger a esas momias. Ahora mi poder era tan grande, que lo hubiese hecho igualmente, con magos o sin ellos. Guau.

—¿A qué esperáis?! ¡A por ellos! —ordenó Aro a su guardia, que se encontraba en un estado de shock, cabreado.

Los componentes de su guardia reaccionaron y salieron en estampida hacia nosotros.

—¡Es un suicidio, Aro! —exclamó Carlisle, que no había vuelto a abrir la boca hasta ahora.

—¡No, sabe muy bien lo que hace! —le contradijo Jasper—. ¡No respondáis!

¡Y una mierda!, protestó Quil.

¡Ahora nos toca a nosotros!, le acompañó Embry.

Pero mis lobos estaban ansiosos por luchar y cargarse a esa maldita chusma de una vez por todas, y también salieron en busca de esos chupasangres.

¡¿PERO QUÉ ME ESTABAN DICIENDO?! ¡¿SE HABÍAN VUELTO LOCOS O QUÉ?!

Mi manada estaba fuera de la barrera, pero no tenían nada que temer. Sus particulares burbujas emergentes salían de ellos siempre que era necesario, así que por ese lado no había de qué preocuparse. Otra cosa es que en la lucha física la guardia Vulturis también era buena, claro.

Por supuesto, Emmett también salió disparado, y lo hizo hacia su único objetivo: ese también grandullón de Felix, que le recibió con los brazos abiertos para luchar. Rosalie saltó detrás de él y a partir de ahí, más gente se unió a la batalla, incluidos Ryam, que salió como una bala hacia ese meollo, y Helen, que le persiguió para no separarse de él.

—¡Helen! —intentó llamarla Nessie, pero su amiga no la hizo ni caso. Idiotas, ¿a dónde iban estos dos? Si no sabían luchar.

—¡Ya nos encargamos nosotros! —afirmó Edward, saliendo detrás de ellos, con Bella.

Menos mal.

En un abrir y cerrar de ojos, esa pradera se convirtió en una locura, en un torbellino entremezclado de chupasangres, lobos y un par de gigantes estúpidos que no tenían ni idea de pelear y que eran escoltados por Bella y Edward todo el tiempo. Bueno, mejor dicho, estos últimos sólo habían salido para evitar que peleasen.

Eso sí, esos tres cobardes de los Vulturis se quedaron en la retaguardia, observando toda la función.

¡Malditos!, mascullé con rabia.

¿Qué hacemos?, me preguntó Nessie.

Ella y yo seguíamos dentro de mi barrera, aquí no podía entrar ninguno de esos chupasangres con sus almas malvadas. Aunque no estábamos solos. Carlisle, Esme, Jasper y Alice se habían quedado con nosotros, al amparo de mi protección.

Desde luego yo quería luchar, me moría de ganas de arrancarle la cabeza a alguna de esas sanguijuelas.

¡Tú quédate aquí! ¡Voy a machacar a unos cuantos!, le contesté a Nessie, ya abalanzándome hacia delante mientras profería un rugido.

Sabía que ahora podía mantener mi barrera fija en este sitio al tiempo que yo luchaba por ahí. Ella estaría segura bajo su protección.

—¡No, espera! —me detuvo Jasper, interponiéndose, al ver mis intenciones.

¿Qué coño haces?!, protesté, clavando las patas en el terreno para frenar.

—¿Qué pasa? —preguntó Nessie en voz alta.

—Tienes que llamar a tus lobos —me dijo él—. Esto es precisamente lo que Aro quiere. Si nosotros nos mezclamos con ellos en una batalla, tú no podrás usar tu poder para matarles a todos.

Dile que eso es lo que ese estúpido de Aro creará, pero que mi poder espiritual distingue perfectamente las almas buenas de las malas, y que sólo se cargará a las malas, le pedí a Nessie.

—Dice que eso es lo que ese estúpido de Aro creará, pero que su poder espiritual distingue perfectamente las almas buenas de las malas, así que solamente se cargará a las malas —le retransmitió ella.

Así daba gusto. Alguien que no cambiaba mis palabras.

—Es cierto, Jazz. Su eclipse no nos hizo nada a nosotros, ¿recuerdas? En cambio, purificó nuestro cuerpo y nos quitó la hipnosis —le recordó Alice.

—Eso es porque vuestras almas son doradas, son buenas —le explicó Nessie.

—Ah... —cayó Jasper, llevándose la mano a la barbilla mientras clavaba la vista en el suelo, reflexivo. Después, alzó los ojos de nuevo, para mirarme—. Aún así, tienes que llamar a tus lobos para que dejen de pelear.

¿Y dejar que mis lobos se pierdan la fiesta? Ni hablar.

—¿Y dejar que mis lobos se pierdan la fiesta? Ni hablar —repitió Nessie para ellos.

Eso, eso, justo lo que yo había dicho.

—Debemos detener esta batalla, Jacob —declaró Carlisle, hablándome con un tono serio.

¡¿Qué?!, repetí, perplejo.

No hizo falta traducción, mi careto lobuno lo decía todo.

—Los Vulturis no deben morir —soltó por esa boca.

¡¿Cómo?!, no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Son completamente necesarios en nuestro mundo —siguió declarando Doc.

Menos mal que mi manada estaba entretenida peleando y que no estaba escuchando semejante cosa.

¡Venga ya, no me jodas!, lo siento, pero no encontraba otra palabra.

¡Tienen que morir! ¡Y hoy será su último día en este mundo!, protesté, esquivando a Jasper para lanzarme a esa batalla mientras rugía con furia.

—¡No, Jacob! —exclamó Jasper.

—¡Jake! —me llamó Nessie a mis espaldas, preocupada.

Pero tampoco la hice caso.

¡¿Qué era esto?! ¡¿Cómo que los Vulturis no debían morir?! ¡¿Pero es que se habían vuelto locos o qué?! ¡¿Después de todo esto que nos habían hecho?! ¡Ni hablar!

Pasé al lado de Emmett, que seguía fintando con el grandullón, y me planté frente al primer chupasangres de la guardia Vulturis que me encontré: Enguerrand.

Me agazapé y le hice una exhibición de mis colmillos, que también eran un arma afilada y contundente.

—No quiero luchar contigo —espetó, mirándome con una honorabilidad que me dejó un poco fuera de combate.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Que no quería luchar conmigo? ¿Qué coño era esto?

Su vaho no me mostraba miedo, más bien era respeto, lo cual me dejó más perplejo todavía. Pero a mí me importaba una mierda. Iba a tener que luchar conmigo, quisiera o no.

Esta vez proferí un rugido, retándole.

De poco me sirvió. En un abrir y cerrar de ojos, pegó un brinco enorme y altísimo y se perdió de mi vista. Cuando conseguí dar con él, acababa de iniciar una pelea con Shubael.

No me lo podía creer. ¿Me acababa de dar plantón? Vaya, la verdad, no sé. Me sentía un poco como alguien a quien le acaban de dar calabazas o algo así. Genial.

Bah, había muchos con los que luchar. Busqué otra presa y mis ojos pronto dieron con una que tenía justo delante. Mira tú por dónde, era ese chino bastardo, ese maldito de Zhou. Con las ganas que le tenía.

Le rugí con rabia en la misma cara nada más aterrizar delante de sus narices y su patético vaho azulado ascendió hasta las nubes. El muy cretino rechinó los dientes, intentando controlar su miedo, pero también intentó huir, esquivándome. Maldito cobarde.

¡Y una mierda!

¡*A dónde te crees que vas?!*, le rugí otra vez, interponiéndome en su camino.

¡Sí, este era su maldito fin!

Me lancé a por él, con cólera, pero ese bastardo consiguió pegar un brinco hacia arriba, librándose de mis fauces por los pelos.

Idiota, como si así pudiese huir de mí.

¡*Ahora verás, estúpido!*

No me importaba liquidarle rápido, a decir verdad, tampoco me interesaba perder demasiado tiempo con él. No merecía la pena, y, además, tenía cosas más importantes que hacer, como cargarme a esas momias de una vez por todas. Con que se fuese al infierno, me conformaba.

Sin pensármelo más ni perder más tiempo, erigí un círculo de luz brillante que pronto calenté y se volvió de fuego, y lo envié directamente hacia ese cretino impostor, lanzándolo rápidamente en su dirección.

Pero el muy desgraciado se movió con rapidez y, en vez de darle a él, mi círculo de fuego se topó con otro chupasangres de la guardia Vulturis, que profirió un chillido ensordecedor cuando fue calcinado y reducido a cenizas al instante. Maldito, encima tenía suerte.

En fin, no tenía ganas de jugar, la verdad. Lo único que me apetecía era terminar con esto rápido e irme a casa con mi chica y mi gente. Estaba cansado de todo este rollo de la guerra y eso.

No tuve que pensar nada. Simplemente convertí ese círculo de fuego en eclipse y la escupí contra ese Zhou, enviándosela con saña. El muy idiota se movía sin parar, tratando de no ser un objetivo viable, pero ignoraba una cosa. Ahora mi eclipse podía buscar a su víctima, estuviese donde estuviese, se escondiese donde se escondiese, y daba igual cuánto se moviese. Mi eclipse de fuego era como un torpedo programado hacia un solo objetivo: ese chino bastardo.

Fue muy fácil, en serio. Mi elipse solamente tuvo que buscar su repugnante alma malva e identificarla. En cuanto hizo esto, se arrojó a por ella sin cuartel. Zhou intentó moverse en zigzag, pero no le sirvió de nada. Mi elipse zigzagueó también y se estampó contra su alma con un movimiento supersónico. Casi no le dio tiempo ni de chillar. En menos de un parpadeo, su alma estalló, y con ella, todo lo demás de su asqueroso cuerpo. ¡Sí, genial! Lo único que aterrizó en el suelo fueron sus cenizas.

¡Estupendo! Ese chino ya no nos molestaría más.

De pronto, se escucharon unos gemidos de dos de mis lobos. Primero uno y a los dos segundos otro. Aunque no fue sólo eso. Todos pudimos sentir el dolor de ambos, incluida mi Nessie, que se llevó la mano a las costillas instintivamente.

Ya había visto de quién se trataba, pero:

¡Jake, han herido a Embry y a Cheran!, me verificó Sam.

Estoy bien..., afirmó Embry, apretando los dientes.

Los mencionados se habían caído al suelo. Embry se puso en pie enseguida para fingir con ese Alec a tres patas, ya que una la tenía rota, pero Cheran seguía en el terreno, aquejado de la rotura de sus costillas. Ninguno de los miembros de la guardia Vulturis estaba usando sus dones, sabían que no les iba a servir de nada, pero, maldita sea, esos desgraciados también eran fuertes y buenos luchadores, por supuesto.

¡Mierda!, mascullé con rabia.

Vale, se acabó el juego.

Eché un vistazo general. Los Vulturis se encontraban observando el panorama con esos rostros orgullosos que, no obstante, aguantaban una tensión enorme, mis lobos peleaban con los chupasangres de su guardia, ya se habían cargado a unos cuantos, aunque dos de los nuestros estaban heridos, Emmett y ese Felix se estaban dando una buena paliza el uno al otro, Rosalie andaba por el medio, por si tenía que sacar en volandas a Em, y esos dos gigantes habían regresado a mi barrera, conducidos y obligados por Bella y Edward. Ya era hora.

Entonces, recordé una manera más rápida y efectiva de terminar con todas estas sanguijuelas, incluidos esos fósiles viejos, sin que ninguno de los nuestros sufriera daño alguno. Podía terminar con todos nuestros enemigos de una sola sentada. Eso sí, tendría que dejar vivo a ese grandullón de Felix, para que Emmett se divirtiera un poco más con él, así no me lo echaría en cara después.

No era difícil, acababa de hacerlo con el chino. Y Ezequiel ya me lo había dicho, todavía tenía sus palabras bien grabadas en mi cocorota: *tu espíritu de Gran Lobo sólo actúa en el mundo espiritual y etéreo, lo terrenal lo deja para tu fuerza de guerrero nato. No obstante, esto no debe llevarte a engaño o decepción, puesto que todo ser tiene alma, incluidos los vampiros, y esto te dota de un grandísimo e inigualable poder, ya que tú puedes ver esas almas, puedes manipularlas, puedes destruirlas.*

Destruirlas.

¡Bingo!

Como había hecho con Zhou, solamente tenía que mandar a mi eclipse en busca de esas almas malvadas para destruirlas. ¡Qué fácil me resultaba ahora!

Los que antes habían sido gigantes, todavía se encontraban en la hierba, inconscientes, pero sus almas eran doradas, puras y limpias, así que no tenía nada que temer, estarían bien, no les pasaría nada. Y con mis lobos, lo mismo.

¡Rodead a los Vulturis y a su guardia, rápido!, ordené a mi manada. *¡Nessie, tú quédate donde estás!*

Si no, ella también iría, claro.

Y así lo hicieron. Ante la mirada atónita de todas esas sanguijuelas y esas tres momias, mis lobos dejaron las peleas y saltaron repentinamente, rodeándolos a todos, incluido ese Felix, para desagrado de Emmett. ¡Ups! Se me había olvidado decirles que a ese no. Bueno, ahora ya estaba hecho.

—¡¿Qué estáis haciendo?! ¡Detenedlos! —protestó Cayo, rechinando los dientes mientras miraba a su alrededor.

Pero su guardia ya no pudo hacer nada, mis lobos también eran muy ágiles y rápidos. Ahora estaban bajo nuestro control, nadie salía con vida de una emboscada de lobos.

Clavé mi rabiosa e iracunda mirada en los ojos de Aro y proferí un rugido que clamó mi supremacía y dominio, haciendo que todo el bosque se agitase. Todos los lobos normales que habían contestado a mi aullido hacía dos noches volvieron a responder ahora, dejándome claro que ellos estaban conmigo.

El vaho azul de esos viejos decrépitos llegaba hasta el cielo, hasta el adormilado pareció despertarse de su eterna siesta. Ese trío rechinaba las dentaduras mientras miraban a sus lados, buscando una posible escapatoria. Pero sabían que no la tenían. Aunque consiguieran zafarse de

alguno de mis hermanos, mi poder espiritual llegaría a ellos igualmente. Sí, habían perdido la batalla.

Ese chiflado de Aro pareció aceptar su derrota.

—He de reconocer que eres muy poderoso, nos has vencido —admitió, mirándome con esa sonrisa de loco mientras juntaba sus secas manos—. Nunca antes habíamos perdido una batalla, es impresionante. Así que, alegando a esa indulgencia de la que seguro gozarás, no nos queda más remedio que rendirnos e implorarte compasión.

Maldito viejo cobarde. La momia canosa rechinó los dientes con resignación y el adormilado ahora mantenía sus ojos muy abiertos, a la expectativa. Su chusma no se creía lo que estaba oyendo, casi parecían un poco decepcionados. Excepto el pelirrojo, que mantenía ese semblante de honorabilidad al mirarme, como si siempre hubiera sabido que yo iba a ganar.

¡Arg, me daba igual! ¡Bien, ahí iba!

Sin perder más tiempo, erigí un círculo de luz brillante y lo transformé en uno de fuego. Todo mi organismo estaba lleno de adrenalina y excitación, hasta mi corazón se aceleró, ansioso. Sí, porque por fin iba a terminar con toda esta basura, para siempre.

Hinché mi círculo, preparándolo para extenderlo y estallar como una bomba nuclear.

No hacía falta hablar para que entendieran el mensaje que iba a proclamar ahora mismo a los cuatro vientos.

¡Moriréis todos, malditos chupasangres!, rugí con cólera, haciendo que todos los ojos de rata que me rodeaban se abrieran como auténticos platos, aterrorizados.

—¡No lo hagas, Jacob! —escuché de pronto.

Y antes de que pestañeara, perplejo, Edward se plantó delante de mí. ¡¿Pero qué demonios estaba haciendo?!

¡¿Qué dice?!, protestó Paul. *¡Termina con ellos de una maldita vez!*

¡Quítate del medio, te lo advierto!, gruñí con furia.

¡Jake!, exclamó Nessie, cauta, saliendo de mi barrera para ponerse frente a mí, también.

Nessie, vuelve a la barrera, le pedí, hablando entre dientes.

—No puedes matarlos, Jacob —me dijo Edward.

No me lo podía creer. ¿Pero qué les pasaba a estos ahora? ¿Cómo que no podía matarlos?

¡No, mátalos!, gruñó Quil.

Mi vista se fue sola durante un segundo hacia esos viejos decrepitos. Suficiente para ver cómo la comisura de ese repugnante labio de Aro se alzaba un milímetro. ¡Maldito chiflado!

¡Ni hablar! ¡Quítate del medio!, le grité, lleno de ira.

Jake, por favor, escucha a mi padre, me rogó mi chica, sujetándome por los hombros.

¿Tú también?, le reproché, enfadado.

Escucha, cielo, me imploró, mirándome con esos ojitos tan dulces capaces de derretir los mismísimos polos. Guay. *Sabes que hagas lo que hagas, yo te apoyaré al cien por cien, pero Carlisle tiene razón. Por muy raro que parezca, los Vulturis son totalmente necesarios en nuestro mundo. Sé que esto es muy difícil para ti, pero si ellos no estuvieran, todo se descontrolaría, sería una locura.*

Nessie..., protesté, apretando las muelas con rabia.

Tiene razón, opinó Sam, para mi asombro. *Son una escoria, pero tienen al resto de chupasangres bajo control.*

¡¿Pero qué estáis diciendo?!, se quejó Jared. *¡Da igual! ¡Después de todo lo que nos han hecho, no podemos dejarles marchar así como así!*

Por eso hay que hacer ese tratado, siguió el lobo negro.

¡¿Qué estás diciendo?!, inquirí, furioso. *¡No, no, ni de coña!*

—Escúchale, te lo ruego —me pidió Edward—. No obres a lo loco, piensa en las consecuencias que esto tendría. Y hablo de unas consecuencias a nivel mundial.

—Si nos quieres matar, estás en tu derecho, pero has de tener en cuenta que nuestras leyes son muy necesarias —intervino ese osado de Aro, juntando sus tísticas manos a modo de negociación—. Y no es nada fácil hacerlas cumplir, créeme.

¡Dile que cierre esa boca, o me lo cargo ahora mismo!, le advertí, dedicándole un rugido a ese fósil arrogante.

—Aro, será mejor que no digas nada —le tradujo Edward, como siempre, sustituyendo mis palabras.

Este asintió con gesto serio e hizo una especie de reverencia. Imbécil. No sé a qué estaba esperando para liquidarle...

Tienes que pensar en la tribu, pero también en los millones de humanos que habitan el planeta, alegó Sam.

Sam tiene razón, apoyó Seth.

¡Pues yo digo que terminemos con ellos de una maldita vez!, declaró Leah.

De repente, mi cabeza se llenó de voces que mantenían un intenso debate.

¡Mierda, mierda, mierda y mil veces mierda! Ahora estaba hecho un auténtico lío. ¡Maldita sea!

¡Mierda, callaos todos de una maldita vez!, les regañé.

Acto seguido, obedecieron.

—Por favor, tranquilízate —me rogó Carlisle desde mi barrera—. Hablemos de esto con más detenimiento, ¿te parece bien? De hombre a hombre, meditando todas las cuestiones. No tenemos por qué tener prisa.

Por favor, imploró Nessie, clavándome esa mirada tan dulce.

¡Arg! ¡Maldita sea!

¡Está bien, lo hablaremos! ¡Pero no os garantizo nada, solamente quiero aclarar las cosas con vosotros, ¿me oís?!, accedí, muy enfadado.

—Gracias —asintió Edward.

—Oh, gracias —le acompañó ese estúpido de Aro, juntando sus manos otra vez.

Esquivé a Edward con un movimiento rápido y temperamental y me incliné para dedicarle a Aro otro rugido potente que restalló por todas partes, haciendo que todos esos asquerosos vahos miedicas subieran hasta las nubes una vez más.

¡Eso no quiere decir que no vaya a mataros!, rugí de nuevo.

—Por favor, Aro, si queréis seguir con vida, te aconsejo que no vuelvas a hablar más —le avisó Edward, mirándole con una mirada que podría haberle fulminado también.

Ese idiota volvió a asentir, con esa reverencia.

¡No les quitéis ojo, ¿entendido?!, ordené a mis hermanos mientras me dirigía a la zona arbolada para cambiar de fase. *¡Si alguno intenta escapar, matadle, sea quien sea!*

Entonces, cuando inicié la andadura hacia allí, me fijé en otra cosa que a punto estuvo de rajarme el estómago, del ácido que emanó de éste.

Esos desgraciados de Razvan, Nikoláy, Ruslán y el dichoso encapuchado de negro habían aprovechado todo ese jaleo para escapar. ¡Malditas ratas! Para ser sinceros, tenía que reconocer que no me había acordado de ellos hasta ahora. Pero no sólo ellos. Vladimir y Stefan también habían huido como cobardes. Estos últimos ya me importaban un bledo, pero los primeros... ¡Me hervía la sangre! ¡Maldita sea! ¡Otra vez se habían escapado con vida! ¡Otra vez que me había quedado sin mi

venganza! ¡Arg! ¡Esto era una mierda! ¡Todo! ¡Todo era una maldita mierda!

Pero mi vista también se fijó en esas personas que antes habían sido gigantes.

Michael, Nathan, trasladad a esa gente a otro sitio, no tardarán mucho en despertarse. Después id al pueblo más cercano. Allí avisad a alguien para que vengan a buscarles. No se os ocurra decirlo en persona, ¿vale? Llamad por teléfono a los servicios de emergencia o algo así. Ya os aviso con lo que salga de aquí.

De acuerdo, aceptó Michael, aunque a regañadientes.

Podía ver en sus mentes las ganas que tenían de ver en qué terminaba esto, pero alguien se tenía que encargar de esas personas, ¿no?

Así que mis dos lobos salieron de ese círculo que rodeaba a los Vulturis y su chusma, círculo que fue cerrado a cal y canto otra vez por el resto de mi manada, y yo me dirigí a los árboles para adoptar mi forma humana.

Salí de allí todavía subiéndome la cremallera y me dirigí a los chupasangres de mi familia como un explosivo rabioso, sólo me faltaba un fuego saliéndome de la cabeza.

Caminé, enrabiado, y por fin, me planté delante de ellos.

¡ARG! ¡MENUDO ASCO! ¡NO ME GUSTA, NO ME GUSTA!

Embry ya apoyaba la pata, pero Cheran continuaba echado sobre la hierba y estaba siendo atendido por Carlisle, aunque Esme, Bella y Nessie se encontraban al lado del lobo para calmarle y ver su estado. Eso sí, en cuanto llegué, Nessie corrió junto a mí para cogerme de la mano.

Se habían apartado un poco, aunque no sé para qué, porque esos estúpidos de los Vulturis podían oírlo todo igualmente. En fin. Mi barrera ya no estaba, claro, yo estaba en mi forma humana, y Ryam y Helen también habían adoptado su forma normal.

Para mi desgracia, tampoco podíamos ir a por esos desgraciados que habían huido, ya que todos mis lobos, menos Michael y Nathan, que estaban trasladando a los antiguos gigantes a otra zona, y Cheran, que seguía herido, tenían que vigilar y acordonar a los Vulturis y su chusma. Aunque a éstos no se les ocurría escapar, por supuesto, yo podía transformarme en un plis y cargármelos a todos con un solo bombazo de poder espiritual, pero por si acaso. No te podías fiar, eran demasiado listos. Además, seguro que esos malditos búlgaros y rumanos ya estaban muy lejos de aquí.

Gruñí.

—¿Qué demonios os pasa?! —protesté nada más llegar.

—Tranquilízate, Jacob, por favor —me rogó Carlisle, dejando a Cheran para acercarse a mí.

—Jake... —intentó calmarme Nessie, frotándome el brazo con su mano, que seguía siendo fría.

—¿Qué me tranquilice?! —no pude evitar que se me escapase esa acidez por la garganta—. ¡Después de todo lo que nos han hecho, ¿ahora me pedís que les perdone la vida?!

Era de locos.

—Ya te lo hemos dicho, los Vulturis no deben morir —me repitió Edward.

Dios, no terminaba de creérmelo. Encima, podía ver a los Vulturis unos metros más allá, esperando mi decisión, expectantes.

—¡Maldita sea, Edward, han intentado matar a Nessie, a todos nosotros! —le recordé, rabiado.

—Lo sé. Créeme, a mí también me gustaría arrancarles la cabeza, pero no podemos hacerlo, Jacob —rebatíó él, con una resignación nerviosa. Vale, a él tampoco le hacía nada de gracia esto—. Los Vulturis son una institución, llevan muchos siglos reinando en nuestro mundo, haciendo cumplir unas leyes que son completamente necesarias para que los vampiros no se excedan. Si ellos muriesen, todo se convertiría en una anarquía. La mayoría de vampiros no siguen nuestro estilo de vida, lo sabes, y si nadie les controlase, si nadie estableciese unas normas y leyes, asesinarían a millones de personas con total albedrío y libertad. La raza humana correría un grave peligro. Los Vulturis controlan todo esto, gracias al mantenimiento del anonimato de nuestro mundo y a esas leyes que hacen cumplir. No niego que sus formas no son las más correctas y que incluso se exceden en la mayoría de los casos, otras se aprovechan, por supuesto, pero su existencia es totalmente necesaria.

—Ya, ¿y no hay nadie que pueda sustituirles?! ¿¿Alguien mejor?! ¿¿Alguien que por lo menos tenga escrúpulos?! —solté, enfadadísimo, indignado.

Sí, porque todo esto me seguía pareciendo una mierda.

—Los Vulturis llevan muchos siglos gobernando —siguió Jasper—. Ya tienen una reputación bien cimentada. Casi todos los vampiros les temen y les respetan, por tanto, siguen sus leyes. Nadie podría sustituirles. Hay muchos vampiros que están completamente a su favor y que les adoran prácticamente como a reyes. Si matamos a los Vulturis, sería como declarar una guerra mundial a una escala sin precedentes. No sólo la raza humana correría peligro, como ha dicho Edward, millones y millones de vampiros vendrían de todo el mundo para vengarlos, y sería nuestra perdición.

—Un tratado es lo mejor —opinó Bella, dejando a Cheran para venirse junto a nosotros.

—Jake, tenemos que hacer ese tratado, es la única solución —afirmó Nessie, mirándome con sus dulces ojos, implorantes.

Ay, no me mires así, mierda, mierda.

—¡Maldita sea! —mascullé, soltando su mano para llevarlas a mi nuca mientras comenzaba un paseillo frenético—. No me gusta, ¡no me gusta!

Más bien, lo odiaba. ¡Odiaba esto! No soportaba la idea de hacer ningún trato con esos viejos decrepitos. Esos que habían secuestrado a mi chica una vez, esos que me habían llevado a mí, esos que nos habían chantajeado, utilizado, engañado... Esos que habían estado a punto de matar lo que más amaba del mundo y del universo entero...

—No hay otra salida —me pinchó Edward, interrumpiendo mis próximos pensamientos—. Como dijo Renesmee, ese tratado es la única solución. Lo supe en cuanto Carlisle lo pensó.

Me paré en seco y me giré con arrebató hacia él.

—¡Si tú estabas de acuerdo con ese tratado desde el principio, ¿por qué diablos me animaste a luchar, eh?!

—La lucha era necesaria. No me fiaba de los Vulturis, y ellos no iban a aceptar el tratado con facilidad. Teníamos que vencerles para que vieran que no tenían nada que hacer, para que se rindiesen y no les quedase más remedio que aceptar el tratado y acatarlo —explicó, con una voz bastante alta. Creo que era toda una declaración para que lo escuchasen los propios Vulturis—. Ahora han visto que no pueden vencerte, que no podrán hacerlo nunca. En estos momentos ya no gozan de magos ni de medallón alguno, se han quedado sin ese tipo de poder, pero también se han dado cuenta de que, aún con magos o magia, eres totalmente invencible. Créeme, no puedo ver la mente de Aro, por la influencia de Varick, pero sí la de Cayo y Marco, y estos últimos están deseando firmar ese tratado.

Mierda.

—Ya, pues para estar tan seguro ahora, bien que aceptaste mi plan de fuga para Nessie y Bella —le reproché, otra vez con acidez.

Mi chica y Bella frunció el ceño cuando lo recordaron y ambas se cruzaron de brazos.

—Por supuesto. Siempre había la posibilidad de que no saliéramos con vida de esto —se defendió él.

Carlisle carraspeó.

—Me he tomado la libertad de traer unos folios y unas plumas estilográficas para redactar el tratado —declaró, acercándose a la mochila de Nessie—. Lo he guardado aquí, junto a las reservas de sangre.

Genial...

—Pensaba que lo del tratado se te había ocurrido aquí, sobre la marcha —le dijo Edward, sorprendido.

—En realidad, la idea surgió en la morada de los Vulturis, sin embargo, preferí guardarlo en secreto hasta hoy —confesó Doc, que ya había sacado los dichos folios de la mochila y los sostenía en las manos, junto a dos plumas.

Sí que era habilidoso ocultándole los pensamientos a Edward.

—No me gusta, ¡no me gusta! —repetí, volviendo a mis paseillos de antes al tiempo que mis dedos se perdían por el pelo de mi nuca.

No, no me gustaba nada, ¡nada!

—Pues no te queda más remedio —declaró Ryam, que ahora sostenía la mano de Helen, pero que seguía mirando a ninguna parte, como siempre—. Vas a tener que bajarte los pantalones, ja —y el muy idiota soltó una risita burlona.

Cretino. Con todo lo que tenía encima, y él riéndose de mí. Ya estaba hasta las narices de él.

—¡Mira, chaval, más te vale que cierres esa bocaza tan grande que tienes! —le advertí, cabreado, parándome de sopetón para mirarle.

—¿Por qué? ¿Acaso me vas a obligar tú? —se atrevió a contestarme.

Y encima se ponía chulito, ¿qué te parece? ¡Aj, me sacaba de quicio!

—¡Sí, puede que lo haga, ¿te apetece?! —voceé, lanzándome hacia él.

—Jake, por favor —me rogó Nessie, poniéndose delante para pararme—. Le puedes hacer mucho daño, no lo olvides.

Pues él parecía tener otros planes.

—¡Por mí puedes empezar! —respondió, también arrojándose a por mí, ya lleno de convulsiones.

—¡Ryam! —le regañó Helen, haciendo lo mismo que Nessie para pararle los pies.

¡Estúpido! ¡Uf, con el cabreo que tenía por toda esta mierda! ¡Que me diera una sola oportunidad para desahogarme! ¡Le iba a partir la cara!

—¡Haced el favor los dos! —se interpuso Edward, colocándose en el medio, con los brazos extendidos—. Estáis dando un espectáculo. Todos tenemos mucha tensión acumulada, pero por el amor de Dios, tratad de controlarlos.

Rechiné los dientes, sin apartar mi vista de Ryam.

—Jacob —me riñó Nessie, frunciendo su adorable ceño.

Respiré hondo, muy hondo, muy, muy hondo, e intenté calmarme. Pero sólo porque me lo había pedido ella.

Ese gigante estúpido también se calmó y su cuerpo dejó de temblar, así que Edward se pudo relajar y bajó los brazos.

—Menudo par de idiotas —murmuró Rosalie, que estaba mirando la escena con los brazos cruzados en el pecho.

—Rubia, hoy no...

—Ya, ya, hoy no estás de humor —terminó ella, con un resoplido, girando su rostro a un lado.

Nessie cogió mi mano de nuevo.

—Por favor, Jacob —me imploró Bella, volviendo al tema de antes para poner un poco de orden—. Ese tratado es lo mejor para todo el mundo, y hablo literalmente.

—Tú eres el encargado de traer la paz, como dice la profecía, no lo olvides —afirmó su marido—. Con este tratado, puedes cambiar las cosas, Jacob.

Eso ya no me disgustaba tanto.

—¿A qué te refieres? ¿Quieres decir que puedo obligarles a que sean todos vegetarianos?

—No, me temo que eso no será posible —se lamentó él.

—Entonces no me interesa —le dije, enfadado.

—Jake, escucha... —intentó convencerme Bella.

—No, Bells —le corté, muy irritado—. No pienso hacer tratos con asesinos, ¿me oyes?

—Debes entender que nadie, repito, nadie, puede controlar eso, ni siquiera los Vulturis —alegó Jasper—. Es imposible convencer a todos los vampiros del mundo de que no tomen sangre humana, y mucho menos controlarlos para que no lo hagan. Además, la mayoría no vive en aquelarres como nosotros, sino que son nómadas y se mueven continuamente.

—Y, por muy mal que esté el tomar sangre humana, tampoco se puede imponer ser vegetariano —añadió Alice, que se encontraba junto a Jasper—. Este estilo de vida tiene que ser una elección libre y personal para que funcione, de lo contrario, nunca lo haría.

—Pues si no puedo cambiar eso, ya me diréis que paz voy a traer —chisté con indignación.

—Esto es muy importante, Jacob. Con este tratado, los Vulturis se verán más limitados —empezó a explicarme Edward—. Si lo redactamos

bien, ya no tendrán total libertad para hacer lo que quieran, sobretodo con tu tribu. Eso traerá la paz para tu pueblo.

—Ya no serán los jefes. Lo serás tú —aseguró Emmett, con una enorme sonrisa en el careto.

—Yo no quiero ser el *jefe* de nada —protesté, matizando la palabra con cierto retintín.

—Ahora pasas a ser el rey de nuestro mundo, tal y como dice la profecía —insistió Edward—. Aro ha intentado evitar la profecía a toda costa, pero ha sido inútil. Después de esta demostración de poder, todos han visto que eres invencible, que es imposible cambiarla. Tú eres el ser más poderoso del mundo en estos momentos, no les queda más remedio que aceptarlo. No pueden vencerte, jamás podrán vencerte, ni siquiera han podido hacerlo con esos cinco magos y el medallón. Los Vulturis cumplirán con el tratado si no interfieres en sus asuntos y les permites seguir gobernando entre los vampiros como han estado haciendo hasta ahora. Ellos estarán contentos con eso, después de ver que lo podían haber perdido todo y que les perdonas la vida; es más de lo que pueden pedir, dadas las circunstancias. Acatarán ese tratado, ¿verdad, Aro? —y se giró hacia el mencionado, que estaba poniendo la oreja, con sus dos compinches y el resto de su chusma.

—Por supuesto —asintió él, haciendo esa estúpida reverencia con la cabeza.

Aj, que asco le tenía...

—Para ellos no significará cambio alguno, en cambio, eso evitará más guerras como estas. En definitiva, este tratado es un acuerdo de paz —concluyó Edward.

—Apelamos a tu benevolencia y compasión, mi querido rey —declaró ese chiflado de Aro, arrugando su asquerosa frente al enarcar las cejas para poner cara de bueno. ¿Rey? ¿Ahora me llamaba rey? Increíble...—. No te imaginas cuánto nos arrepentimos por estos actos tan reprobables. No obstante, he de decir en nuestro favor que lo hicimos pensando que tu intención era arrebatarnos el poder para terminar con nuestra raza, por lo que obramos de este modo para evitarlo. Nuestra misión es la de salvaguardar el bienestar de todos los inmortales, pero también la de los humanos. Aunque no lo parezca, a éstos también les protegemos.

—¡Sí, para que no se os termine la comida pronto, ¿no?! —le acusé, cabreado.

—Acataremos ese tratado con mucho gusto, paliando y enmendando así este error tan grande —siguió, ignorando mi protesta.

Me mordí el labio inferior, con el tarro lleno de dudas y de un nubarrón negro que lanzaba rayos y centellas en contra de esos fósiles malnacidos, y miré a Sam, el cual asintió con su cabezota para instarme a hacer ese maldito tratado. Después mi vista se fue a mi lado para mirar a Nessie. Ella apretó mi mano y asintió también mientras me imploraba con la mirada que lo hiciera.

¡Mierda!

—Está bien —gruñí.

—Redactaremos las condiciones ahora mismo —dijo Carlisle. Casi no esperó ni a que terminase mi frase—. Edward y yo lo escribiremos en dos folios, una copia será para vosotros —señaló a los Vulturis— y otra para ti —manifestó, señalándome a mí—. Las dos copias del tratado estarán firmadas por ambas partes y por cinco testigos que aportarán los dos bandos.

Doc le pasó unos folios y una pluma a Edward.

—Bien, estos son mis testigos —les indiqué para que lo apuntasen—: Sam, Leah, Quil, Carlisle y Edward.

La loba alzó el hocico con aprobación. Sí, le había gustado que la incluyera en mi lista de testigos, porque eso ratificaba aún más mi intención de que ella sola pasase a ser mi segundo al mando cuando Sam lo dejara. Si a mí me ocurriese algo y no tuviera hijos que me relevasen, ella pasaría a ser el Alfa de la manada. Era importante que su firma estuviese entre las de los testigos de ese tratado.

—Los nuestros serán Jane —ésta levantó la barbilla con orgullo al instante, claro—, Alec, Enguerrand, Felix y Demetri.

Emmett le dedicó una miradita de odio al grandullón. Seguro que todavía quería la revancha.

—De acuerdo —asintió Doc, terminando de escribir los nombres en su cuartilla con una letra perfecta e impoluta. Era estilo antigua, refinada. En la de Edward ni me fijé, la verdad, ya la había visto una vez, cuando me había mandado la invitación de su boda. Menos mal que lo escribían ellos, porque si lo tuviese que hacer yo...—. Los testigos firmarán en último lugar, cuando terminemos de redactar el tratado.

—Vosotros lo firmaréis primero, no quiero sorpresas —les dije a los Vulturis.

—Cómo no. Firmaremos en primer lugar —confirmó la momia tarada.

—Quiero que no os acerquéis a Forks ni a La Push —exigí, aún enfadado—. No podréis pasar de sus fronteras. Eso incluye sus gentes.

—De acuerdo, como gustes —aceptó Aro.

Los dos Cullen se pusieron a escribir al instante.

—Quiero que nos dejéis vivir en paz para siempre, que os olvidéis de nosotros. Para vosotros no existimos, ¿vale?

—Muy bien —aceptó de nuevo.

—Y quiero que nunca, jamás, os metáis con las futuras generaciones de lobos —añadí—. Dejaréis tranquilos a nuestros hijos, nietos, etcétera. Si incumplís esto, iré a por vosotros sin cuartel.

Las plumas de Edward y Carlisle escribían sin parar.

—Por supuesto —asintió el Vulturis chiflado.

Resollé por las napias, cansado de toda esta mierda.

Noté un temblequeo en la mano de Nessie y comencé a caminar, tirando de ella, que me miró extrañada, pero inició la andadura conmigo.

—¿A dónde vas? —inquirió Bella, también extrañada.

—Seguid vosotros, seguro que lo hacéis muy bien —le contesté, con cierta acidez, dirigiéndome hacia Cheran—. Voy a llevar a Nessie a que beba esas reservas de la mochila lejos, tiene sed —mi chica levantó su precioso labio. Había dado en el clavo—. Cuando lleguemos, leeré lo que habéis acordado y, si no tengo nada más que añadir, lo firmaré.

Bueno, vale, tampoco es que se me ocurriese nada más, la verdad. Y era cierto, Doc y Edward lo harían mucho mejor que yo. Además, Nessie era más importante que todo lo que pudiese ocurrir alrededor.

—De acuerdo —dijo este último, que, cómo no, ya había escaneado mi cabeza.

Noté un apretón involuntario en mi mano. Genial. La rubia canija ya me estaba repasando de nuevo y, encima, delante de las narices de Nessie. ¿Es que esa arpía no iba a parar nunca? Podía ver en los ojos de mi chica las ansias por terminar esa venganza y cómo la Pitufina sonreía con insolencia para corresponder su petición muda, así que aceleré un poco.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Cheran cuando me paré frente a él.

El lobo gañó un poco, pero asintió con la cabeza para indicarme que ya estaba mejor.

—Vale —respondí.

Cogí la mochila del suelo, tiré de Nessie y empezamos a caminar de nuevo, encaminándonos hacia la zona arbolada.

Tenía que alejarla un poco, bueno, ya sabes, no era plan de abrir las bolsitas de sangre delante de todos aquellos chupasangres que ya debían de estar medio sedientos.

En cuanto nos metimos entre los árboles, Nessie explotó.

—¡Maldita descarada! —masculló, apretando los dientes con rabia.

—Bah, pasa de ella —dije para calmarla—. A ver, ¿dónde será mejor que tomes esto? ¿Un poco más allá?

—Allí —contestó, un poco más relajada, señalando a una zona más apartada.

—Pues vamos.

Seguimos caminando entre los árboles, sorteando las ramas y el follaje de ese bosque mediterráneo, y llegamos a ese sitio. Había una roca bastante grande en el suelo donde cabíamos los dos, así que nos sentamos.

—A ver qué hay por aquí... —murmuré, abriendo la mochila—. Puaj, sangre —y fingí que me daba un respingo.

—Idiota —se rió ella, dándome un pequeño empujón en el hombro.

Me reí y le pasé una de esas bolsas de sangre. Puaj.

Las bolsas tenían una especie de boquillas de plástico, seguramente era por donde se enganchaban los tubos que llevaban su contenido hacia los pacientes. Nessie enseguida la abrió y empezó a succionar su contenido. La mochila estaba preparada para llevar hielo en su interior, en unos compartimentos especiales que hacían que éste estuviera separado y no mojase nada de lo que hubiese dentro, eso sí, guardaba el frío que no veas, y eso que el hielo ya llevaba dos días ahí. Saqué unas cuantas bolsas más, ya que sabía que con una no sería suficiente, y se las fui pasando a Nessie a medida que ella las iba terminando.

Mientras se alimentaba, mi tarro no dejaba de darle vueltas al asunto. Sí, mierda, esto seguía sin gustarme nada. Era un asco, ¡un asco!

Cuando Nessie sació toda su sed, su corazón latía al ritmo de siempre y ella pasó a ser cálida, medio humana.

—¿Ya has terminado? —me aseguré.

—¿No quieres hablar de ello? —me preguntó de pronto, mirándome con preocupación.

Sí, vale, Nessie me conocía demasiado bien.

Pero no me dio tiempo a contestarle.

—¡Jacob! ¡Renesmee! ¡El tratado ya está listo para firmarse! —nos avisó Edward con una voz.

Idiota. Seguro que ya lo había hecho adrede para que no me diese tiempo a pensar más, no vaya a ser que me arrepintiese y me echase para atrás.

—Vamos —le insté a mi chica, antes de que eso ocurriera de verdad.

Guardé todo en la mochila, con rapidez, y me puse en pie, acompañado por ella, que seguía mirándome con preocupación, aunque también había un matiz de orgullo en esas preciosas pupilas.

Nos cogimos de la mano —ahora la suya volvía a tener ese tacto cálido y delicado que adoraba— y nos dirigimos hacia allí. No tardamos en llegar.

—¿Ya está todo? —inquirí, tirando la mochila al suelo, junto a Cheran, que apartó el rabo con un gañido de protesta para que no se lo aplastase.

—Sí, solamente tienes que leerlo, para ver si estás de acuerdo con todo lo redactado —me contestó Edward, pasándome los folios en los que habían escrito las dos copias del tratado.

Los cogí con un zarpazo y los puse delante de mis narices para leerlos.

—Pásame la pluma —le pedí, extendiendo mi mano.

—¿Estás de acuerdo con todo? —quiso saber para cerciorarse—. Léelo bien, por si se te ha pasado algo.

¿Es que se creía que era tonto o qué?

Suspiré, sacando el aire por las narias impetuosamente, y volví a leerlo. Como había supuesto, todo estaba perfecto. No había nada que objetar. Ese maldito tratado parecía tenerlo todo bien atado. Mierda.

—Está todo bien, ¿quieres pasarme la maldita pluma de una vez? —protesté, agitando mi mano en el aire para que lo hiciera ya.

Lo único que quería era terminar con esto e irme a casa.

Edward me la pasó y yo hice lo mismo con los folios. Doc y él se metieron entre mis lobos y sostuvieron las dos copias del tratado, apoyándolas en un par de montículos de hojas para hacer de apoyo.

Miré a esos desgraciados de los Vulturis, esperando a que ellos firmasen primero.

Así lo hicieron. Aro, Cayo, Marco y sus cinco testigos firmaron las dos copias del tratado y se retiraron hacia atrás, haciéndome otra especie de reverencia. Idiotas.

Gruñí y me dirigí hacia allí. Mis lobos me dejaron paso y me planté frente a esos documentos. Los miré durante un instante que se hizo hasta tenso, apretando mis muelas con rabia. Tan sólo pensar que mi firma iba a estar junto a las de esos viejos decrepitos y asesinos, me quemaba el hígado.

—Firma, Jacob —me azuzó Edward, eso sí, hablándome con suavidad, no fuera a ser que me enfadase y lo dejara todo colgado.

Miré a Sam, que ya había adoptado su forma humana, junto a Leah y Quil, y asintió de nuevo.

Resoplé por la nariz con desagrado, una vez más.

Llevé la pluma hacia el papel y, con mi destartalada y cabreada letra, firmé las dos copias.

NO HAY NADA COMO ESTAR EN CASA CON TU CHICA

Lo primero que hice al llegar a casa fue pegar un pequeño portazo. Todavía tenía el cabreo bien metido en el cuerpo. Aunque en cuanto miré a Nessie y vi nuestro hogar, me tranquilicé un poco.

Sí, esta era la parte buena de todo esto. Por fin estábamos en casa, ella y yo juntos, solos, sin guerras, a salvo. Bueno, vale, eso era lo más importante, pero no quitaba para que mis sesos todavía estuvieran enredados con esa nube negra.

Esos viejos decrepitos habían tenido la *gentileza* de ordenarle a un par de chupasangres de su guardia que nos trajera a casa en uno de sus aviones privados, eso sí, para demostrar que iban a seguir ese dichoso tratado, nos habían dejado a las afueras de Forks. Después tuvimos que venir a cuatro patas, corriendo por los bosques. Los Cullen se habían marchado por su lado, a su antigua casa, y Ryam y Helen se desviaron hacia las suyas, no me digas por dónde, y se perdieron entre el bosque en su forma de gigantes, amarraditos de la mano. Vaya dos.

Cheran ya estaba mejor, pero había sido llevado a casa por Shubael e Isaac, que se habían transformado para poder ayudarle a caminar. Tuvo suerte. Su viejo, Joe, estaba al corriente de todo, ya que a Cheran le había pasado igual que a mí y su primera transformación había tenido lugar delante de él. Casi le da un infarto, pero cuando el Consejo se lo explicó todo, se sintió muy orgulloso de su hijo. Por eso su restaurante se llamaba *Wolf*, ese que Nessie y yo ya habíamos hecho casi nuestro, también.

Ryam estaba muy contento. Los otros gigantes habían dejado de serlo y habían sido rescatados por los servicios de emergencia de un pueblo cercano a Volterra, que habían sido avisados con una *extraña* llamada anónima que les había chivado las coordenadas exactas de su paradero. Esas personas se encontraban sanas y salvas, y habían tenido la suerte de no acordarse absolutamente de nada, por lo que los Vulturis no iban a tomar ningún tipo de medida, aunque yo tampoco se lo hubiera permitido, claro.

En el tratado también se había añadido que esas momias ni nadie de su chuma podía entrar en zona Cullen, es decir, allí donde residieran éstos, pero, además, Ryam y Helen también habían quedado protegidos, ya que se había sumado una especie de cláusula o algo así que decía que ellos se libraban de cualquier persecución por parte de esas sanguijuelas.

Todos mis hermanos habían corrido hacia sus casas. Los imprimados ya estaban que se subían por las paredes para ver a sus chicas, y los que no lo estaban también se morían por llegar a sus respectivos hogares. Algunos, como Embry, estaban temblando por la reacción de sus familias, pero, en fin, aún así, tenían muchas ganas de volver a casa, aunque supuse que éste volaría primero para ver a Mercedes.

Conclusión: todo había quedado arreglado y en orden, menos mi cerebro, que seguía igual de destartado y rabiado.

Me quedé quieto en mitad del vestíbulo, mordiéndome el labio mientras miraba a ninguna parte con los brazos en jarra, carcomiéndome por dentro.

—¿Estás bien? —me preguntó Nessie, acercándose a mí, preocupada.

Genial. Lo último que quería ahora era que ella se angustiase por mí. Ya habíamos tenido bastante.

—Sí, no te preocupes —medio sonreí, y le di un beso corto—. Voy a darme una ducha, ¿vale?

—Vale —asintió, aunque no pareció quedarse muy conforme con mi respuesta.

Me di la vuelta y mis pies descalzos subieron las escaleras con un paso cadencioso. Atravesé el vestíbulo de arriba, el pequeño pasillo y enseguida llegué al baño. No tardé nada en meterme en la ducha, solamente tuve que quitarme los raídos y sucios pantalones, los cuales metí directamente en la lavadora.

Cerré la mampara y abrí el grifo. El agua salió fría al principio, pero pasó a ser caliente en un momento. Puaj, estaba hecho polvo, la verdad,

por todo. Por el cansancio acumulado, sin duda, pero sobretodo por esa mierda de tratado que había tenido que firmar con esos vejesterios decrepitos. ¡Arg! No me hacía ni pizca de gracia.

Suspiré. Apoyé las manos en los azulejos de la pared, inclinándome hacia delante, y llevé mi coronilla y mi espalda bajo el agua para que se mojasen, dejando que mi mente por fin volase sola y con libertad, a ver si así me relajaba un poco.

Mis pies estaban llenos de tierra y hierbajos. Me quedé mirando como un tonto cómo el agua que chorreaba de mi cuerpo se llevaba esa suciedad por delante, encaminándola hacia el desagüe.

De pronto, escuché el ruido de la mampara abriéndose y regresé al planeta Tierra. Estaba tan inmerso en mi mundo, que no me había dado ni cuenta de que había entrado por la puerta del baño. Nessie cerró la mampara y, antes de que me diese tiempo a girarme para mirarla, ella rodeó mi cuerpo por detrás y me dio un apretado y reconfortante abrazo. Mi estómago fue invadido por ese hormigueo alocado de siempre al instante.

Estaba desnuda, pero no le habría dado tiempo de desnudarse aquí sin que yo me percatase, por lo que seguro que ya había entrado en el cuarto de baño sin ropa. Sus cálidos senos se espachurraban en mi espalda, así como su mejilla, y sus manos se extendían por mi torso, colonizándolo por completo.

Se despegó de mí, aunque no mucho, lo justo para que sus manos siguieran en mi pecho y continuase notando su cuerpo casi adosado al mío. Sus sedosos labios comenzaron a darme una serie de besos cortos por mi chorreante espalda. Eran tan dulces...

Sus manos me atrajeron más hacia ella y me obligaron a separarme de la pared y de esa potente lluvia de agua, así que tuve que erguirme del todo. Después, dejaron mi torso y se fueron a buscar la esponja y el gel de ducha. Iba a darme la vuelta, pero no me dejó.

—No te muevas —dijo, y por el tono de voz supe que sonreía.

Sonreí yo también.

Eché un poco de gel en la esponja, dejó el bote en su sitio y empezó a frotarme la espalda. Esto no era un masaje, pero relajaba lo mismo. El olor del gel invadió el amplio habitáculo de la ducha al instante y la espuma comenzó a resbalar por mis piernas, de camino a la losa cerámica que pisábamos. La esponja recorrió mis hombros y toda la extensión de mi espalda, pero luego bajó hasta mi trasero.

—Date la vuelta —me pidió.

—¿Vas a frotarme entero? —me reí.

—Date la vuelta —repitió con una risilla.

Y obedecí. Me giré y por fin pude verla.

Su larga melena estaba completamente empapada, bueno, todo su cuerpazo estaba mojado. El mío ya empezaba a alegrarse sólo con mirarlo. Ambos nos repasamos de arriba a abajo con satisfacción, hasta que nuestros ojos se encontraron de nuevo.

Llevó la esponja hacia mi pecho y comenzó a pasarla lentamente, haciendo que la espuma lo fuera cubriendo, y yo me dejé hacer encantado de la vida. Sí, esto era una maravilla, un sueño. Mientras la esponja recorría mi torso, su otra mano aprovechó para ir quitándome el jabón al tiempo que sus pupilas me observaban y su labio sostenía una media sonrisa satisfecha. A veces me preguntaba cómo una mujer tan maravillosa y espectacular, perfecta, podía encontrar en mí algo de belleza. Pero, bueno, parecía encontrarla, al menos eso parecía decir su mirada y su rostro. Y a mí me encantaba. Bueno, es decir, me sentía muy halagado, claro, aunque yo seguía sin ver qué podía encontrar de guapo en mí. Sería el amor, que lo amplifica todo, ya sabes.

La esponja pasó a recorrer mis abdominales y bajó un poco más. Uf, nena, sí, baja más, baja... Pero la esponja se quedó a las puertas y ella alzó la vista hacia mis ojos, dedicándome una sonrisita traviesa.

Pillina...

Me dio un suave empujón, haciendo que me fuera hacia atrás, y el agua chorreó por mi cabeza y mi espalda, retirando todo ese jabón que cubría mi cuerpo.

Me fui hacia delante de nuevo, saliendo de ese chorro de agua, le quité la esponja, sonriendo del mismo modo, y le eché más gel. La estrujé varias veces para hacerle más espuma.

Comencé a pasársela por la clavícula y seguí por el cuello. Su cabeza seladeaba para que pudiera recorrérselo mejor. Volví a llevar la esponja hacia delante y descendí un poco más, frotando todo su pecho. Por supuesto, mi mano suelta también fue retirando ese jabón que cubría su cuerpo. Se estremeció. Sus párpados cayeron y su boca empezó a hiperventilar al tiempo que la esponja y mi mano trabajaban, aunque yo tampoco pude evitar que la mía jadease en voz baja.

Cuando la esponja se separó de su torso, abrió los ojos para mirarme.

—Date la vuelta —le pedí.

Su sonrisa se amplió y obedeció.

Le retiré el pelo hacia un lado y ella me ayudó, llevandoselo hacia delante. Empecé a frotarle esa preciosa espalda, dejando que la espuma la fuera cubriendo poco a poco, y luego bajé hacia esas nalgas tan tersas que me volvían loco.

Me arrimé más a ella. Sus brazos estaban doblados hacia delante, ya que sus manos se aferraban a su cabello, enroscándolo en una especie de coleta. Su rostro se giró levemente y su sien se pegó a mi mejilla. La respiración de ambos era más agitada de lo normal. La cogí por el antebrazo izquierdo e hice que soltase su pelo para que su brazo se extendiera a la par que el mío, que quedó por debajo del suyo. Entrelacé nuestros dedos y la abracé por delante con mi otro brazo para llevar la esponja a su hombro. Empecé por ahí y recorrí la piel de su brazo, envolviéndolo entero con la espuma. Solté su brazo y me cambié de lado para hacer lo mismo con el otro.

—No te muevas —le susurré en el oído, provocando otro estremecimiento en ella.

Me separé de su cuerpo y dejé la esponja en su sitio para coger el champú. Volví a llevar su pelo hacia su espalda y eché un poco de jabón sobre él. Posé el bote donde antes y llevé las manos a su cabello. Lo masajeeé un poco para que hiciera espuma, pero no salía mucha, la verdad.

—Tienes que echarme más, tengo demasiado pelo —me indicó con una sonrisa.

—Ah.

Carraspeé y volví a coger el bote de champú, echándole otro poco más. Lo dejé en su lugar y volví a masajear su pelo con mis dedos. Esta vez la espuma envolvió toda su cabeza. Se la enjaboné bien, frotándole el cuero cabelludo con las yemas de mis dedos.

Cuando terminé, cogí el teléfono de la ducha, coloqué mi mano en su frente para que el agua jabonosa no le cayese en los ojos y comencé a aclararle el cabello. Nessie alzó la barbilla para facilitarme la tarea y el agua chorreó por su melena, arrastrando toda esa espuma hacia abajo.

Me cercioré de que su cabello estaba bien aclarado, pasando la mano entre él. Su pelo era tan sedoso, que mis dedos lo peinaban con total facilidad. Su cuerpo ya no tenía espuma, el agua que caía de su cabeza había bastado para que ésta desapareciera, pero llevé el chorro a su espalda, quería ver cómo ese líquido recorría la parte trasera de su cuerpo.

Nessie se dio la vuelta con una sonrisa y llevó su mano hacia el telefonillo para cogérmelo. Lo alcé para que no alcanzase, mostrándole una sonrisita pícara.

—Dámelo —me pidió entre risas.

—Para cogerlo tienes que arrimarte más a mí —le sugerí, ampliando mi sonrisa.

La suya también hizo lo mismo.

—¿Cómo?, ¿así? —y se adosó a mi cuerpo.

Madre mía.

—Un poco más —conseguí susurrarle.

Y su cuerpazo se pegó al mío, piel contra piel.

—¿Así? —susurró ella, sonriendo en mi boca.

¡Uf!

—Sí, así... —no sé ni cómo conseguí que saliera ese hilo de voz.

Mi brazo se cayó solo y ella pudo coger el telefonillo de la ducha. Sin desprenderse de mí ni un ápice, lo colgó arriba, mientras los dos respirábamos agitadamente. El agua caliente caía sobre mi espalda a la vez que su ávido aliento lo hacía sobre mi boca.

Cogió algo del estante. No supe que era champú hasta que no noté ese chorretón frío sobre mi cabeza. Sus dedos no tardaron nada en moverse sobre mi cabello, provocando que entrase en un estado de trance total al tiempo que ambos hiperventilábamos en nuestras bocas. Dios, iba a comérmela de un momento a otro. Mis manos se fueron con autonomía propia hasta su espalda más baja y la apreté contra mí con ansias. Los dos jadeamos en nuestros labios con intensidad, presos de esa energía que ya se movía a nuestro alrededor con pasión. Ya sabíamos cómo iban a terminar todos estos juegos, claro está.

Me empujó un poco con su mismo cuerpo, llevándome hacia atrás, y mi cabeza fue invadida por esa lluvia de agua que caía desde arriba. No aguantamos más. Nuestras bocas se unieron del todo bajo el agua, para comerse la una a la otra, ansiosas.

Sí, vale, estaba cansado, pero para esto no, qué quieres que te diga.

Mientras nuestras manos, nuestros alientos y nuestros labios se movían con auténtico frenetismo, la empujé con suavidad, obligando a que su espalda se pegase a la pared. No hizo falta que yo hiciera nada, ella misma separó sus piernas al tiempo que yo la alzaba, y a partir del primer gemido, el tema explotó en locura total.

Después de la sesión de la ducha, rematamos la faena en nuestra amplia y cómoda cama. No sé cuántas horas le dedicamos al asunto, pero cuando terminamos la última vez, nos quedamos tan relajados, que los dos nos dormimos.

Ni me acuerdo de lo que estaba soñando, simplemente me desperté y abrí los ojos, eso sí, poco a poco, ya que la luz que entraba a través de los estores me molestaba bastante, y eso que la ventana quedaba sobre la almohada. Debía de hacer uno de esos pocos días espléndidos que hace por aquí.

Lo primero que hicieron mis pupilas cuando se acostumbraron a la luz fue mirar a mi lado. Nessie aún dormía plácidamente junto a mi costado. Su cuerpo desnudo estaba bien pegado al mío y su pierna se doblaba sobre mis pantorrillas. Su piel era tan cálida y olía tan bien. Su precioso rostro sostenía una ligera sonrisa. Me pregunté qué estaría soñando para provocar tal reacción, y no pude evitar la tentación.

Me giré un poco con mucho cuidado, para no despertarla, y ella quedó entre mis brazos, con su pierna todavía rodeándome. Cogí su mano derecha y la coloqué en mi mejilla.

Las imágenes salían nítidas y cristalinas, claras como el agua, y transcurrían en una visión que bien podía ser la secuencia de una película. En esa escena estábamos los dos, sentados en el salón de casa, pero había alguien más. Mis brazos sostenían en alto a un niño pequeño, moreno, no tendría ni un año. Luego, lo bajaban y él enganchaba mis mejillas con sus pequeñas manos. Yo lo subía y lo bajaba mientras el crío se tronchaba de la risa con ese sencillo juego. Entonces supe de qué se trataba. Era nuestro hijo. Nessie estaba soñando que habíamos tenido un crío.

Fue inevitable, y un poco tonto por mi parte, ya, porque sólo era un sueño, pero el vernos en esa escena hizo que mi estómago se llenase de ese hormigueo de siempre. Qué tonto.

El chaval era bastante guapo, la verdad. Moreno de pelo azabache, con la tez algo oscura, mezcla de la mía y la suya, con los ojos negros... Se parecía mucho a mí. Sí, era muy guapo, ja.

De pronto, las imágenes comenzaron a desvanecerse un poco. Ups, Nessie se estaba despertando. Dejé su mano en su sitio, es decir, sobre mi pecho, y ella no tardó mucho más en abrir esos preciosos ojos de color café.

—Buenos días, preciosa —murmuré con una sonrisa.

Su boca desplegó la suya al instante.

—Buenos días.

Ambos acercamos nuestros rostros para darnos el primer beso del día. Aunque, bueno, como siempre, la temperatura subió rápidamente y terminamos haciendo el amor; esta también era la primera vez del día. ¡Ah, qué felicidad! No creo que hubiera nada mejor que esto, en serio.

Cuando terminamos de saciar todo ese fuego, nos quedamos tan relajados, que casi no nos apetecía ni levantarnos de la cama. Me puse boca arriba y levanté el brazo con una sonrisa, invitándola para que se acurrucase a mi lado. Dicho y hecho. Nessie sonrió de felicidad y se pegó a mí, llevando su mano a mi pecho para jugar un poco con las curvas de éste.

Le di un beso en la frente y mis dedos pasaron a peinar su también húmedo cabello.

Estábamos genial, de veras, pero el silencio que reinó durante unos minutos, el encontrarnos tan bien, en paz, hizo que el estúpido de mi cerebro recordase ese maldito tratado sin remedio. Maldita sea. Con lo bien que estábamos. ¿Por qué me daba ahora por recordar esa mierda?

Bueno, era sencillo. Creo que se debía precisamente a eso, a que estábamos muy bien. Por primera vez en mucho tiempo, se respiraba tranquilidad por todos sitios, y parecía que iba a ser así para siempre, por lo menos con el tema de esas momias de los Vulturis.

Vale, ese tratado podía soportarlo. Me fastidiaba, no, mejor dicho me aguijoneaba por dentro, pero el que ese trato trajera la paz para mi tribu y mi gente hacía que pudiera sobrellevarlo. Ahora, el que esos vejesterios asesinos de humanos siguieran con vida era insoportable para mí, porque habíamos tenido la oportunidad ahí, tan a tiro...

—¿Qué pasa? —me preguntó Nessie de repente, haciendo que bajase de este nubarrón oscuro que ya empezaba a formarse en mi sesera.

Giré el rostro levemente hacia ella para mirarla.

—Nada.

—No me mientas. Sé que te pasa algo. Es por el tratado con los Vulturis, ¿verdad? —adivinó.

Mierda. Era imposible mentirle u ocultarle nada.

—Estoy muy cabreado con tu padre. Por su culpa, esas momias siguen vivas —confesé, mirando al techo de nuevo, y mi voz dejó notar mi malestar.

—Matar no siempre es la solución —afirmó, llevando su mano hacia mi rostro para acariciar mi mejilla.

—Ya, ¿pero no sabes ese dicho que dice: muerto el perro se acabó la rabia? Pues eso —rebatí.

—Pero sabes que mi familia tiene razón. Sin los Vulturis, todo sería un caos.

—Eso es lo que más rabia me da —admití, suspirando por las napias—. ¿Significa entonces que jamás voy a poder tocarles un pelo a esos Vulturis? Me desespera —y resollé de nuevo mientras llevaba mi brazo suelto hacia arriba para colocarlo bajo mi cabeza.

—Estoy muy orgullosa de ti, no te imaginas cuánto —declaró de pronto, tomándome por sorpresa. Posó su mano del todo en mi mejilla y me permitió sentirlo. Mi frente se vio abocada a pegarse a la suya al tiempo que mi boca dejaba escapar un suave jadeo—. Sé cuánto te duele este tratado —siguió, hablando entre susurros—, en cambio, te lo has tragado todo y te has sacrificado por todos nosotros, por todo el mundo. Mamá está muy orgullosa de ti, y yo también. Me siento la mujer más afortunada del universo por estar con un hombre como tú.

Pude ver que todo lo que decía era verdad, gracias a su don. No puedo negar que me hizo sentir muy bien. Me sentía orgulloso, sí, esa era la palabra. Orgulloso de mí mismo, pero no por mí, sino de que ella se sintiera orgullosa de mí. No sé, era una mezcla rara.

—Si soy algo, es por ti —le revelé con un murmullo ronco—. Tú eres mi guía y mi luz, eres mi reina, loba —y le sonreí.

Nessie correspondió mi sonrisa y pegó sus sedosos labios a los míos para besarme con efusividad.

¡Uf! Como empezásemos, ya no seríamos capaces de parar. Pero los dos conseguimos despegarnos. Nessie tomó una buena bocanada de aire para poder hablar, aunque yo tuve que tomar otra para recomponerme.

—Ya hemos hecho lo primero —me recordó con una sonrisita, pasando sus dedos por mi pecho—. ¿Qué te parece si hacemos eso segundo que tenías pensado? Después, podíamos pasar el día en Seattle, ¿qué te parece?

—Genial —aprobé con otra sonrisa.

Eso de montar en mi Harley Davidson con mi chica pegada a mi espalda me apetecía bastante.

—Pues vamos a ducharnos, desayunamos y nos vamos —dijo, dándome un beso corto.

Iba a levantarse, pero yo me adelanté. Pegué un brinco y salté de la cama mientras ella soltaba una risilla.

—Sí, definitivamente, voy a ponerme celosa de esa moto —afirmó, sin dejar de reírse.

Salí despedido de la habitación, con ella detrás, y los dos corrimos desnudos por el pasillo entre risas para entrar en el cuarto de baño.

MIRA TÚ LO QUE DESCUBRE UNO

Mi estupenda Harley rugía con ganas por la carretera y mi preciosa chica iba pegada a mi espalda, rodeándome con sus brazos. ¿Qué más se podía pedir?

El viento azotaba nuestras caras y los rizos de Nessie volaban hacia atrás con brío. Este día de agosto el sol se ocultaba sobre unas finas nubes, pero hacía bastante calor, por eso se había puesto unos pantalones vaqueros cortos que dejaban al descubierto esos muslos tan sexys. Sí, era inevitable que les echase un vistazo desde los espejos retrovisores de vez en cuando. Sus brazos me apretaban con fuerza, pero yo quería que me apresaran más, así que le metí más caña a la moto. Ese rugido fue música para mis oídos, y, por supuesto, obtuve mi recompensa. Su pecho se apretó más contra mi espalda y mi sonrisa se amplió.

Desde que habíamos ido a Seattle la semana pasada, habíamos montado en la Harley todos los días. Bueno, vale, yo podía correr bastante más deprisa que esta moto, pero montar en una Harley Davidson siempre es más especial.

Tomé el desvío que llevaba a la antigua casa de los Cullen y aminoré algo la marcha, aunque seguíamos yendo rápido, los árboles pasaban a nuestro lado con velocidad.

—Después podíamos ir a nuestro tronco, hace mucho que no vamos. ¿Qué te parece? —propuso Nessie.

El plan me molaba. Sí, hacía la torta de tiempo que no íbamos allí. Recordaríamos viejos tiempos y eso.

—Me parece genial —aprobé, girando el rostro levemente hacia ella para sonreírle.

Su sonrisa se alegró aún más y apoyó su mejilla en mi espalda.

Volví la vista al frente, no fuera a ser que nos estampásemos contra un árbol, y seguimos el trayecto de esa guisa.

No tardamos mucho más en llegar a nuestro destino.

Reduje la velocidad, provocando que el tubo de escape tronara de nuevo, y me detuve frente a la casa de los Cullen. Aparqué justo delante del porche, junto a los coches de Seth y Embry, y Nessie y yo nos bajamos de la Harley. Cogí a mi chica de la mano y le eché un último vistazo a mi máquina.

Edward y Bella ya nos esperaban en el porche cuando me volví al frente.

—Me alegro de que te gustase nuestro regalo de boda —dijo Edward, con una sonrisa.

—Es una pasada, tío —admití, al tiempo que subíamos los peldaños.

El labio de mi joven suegro se bajó de repente.

—Pero Renesmee no lleva el casco —objetó, para variar.

Vaya, hombre.

—Papááá... —le regañó la propia Nessie, que después le dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo estáis? —le preguntó a Bella, dándole otro beso.

—Bien —contestó ésta, acercándose a mí para darme otro beso en la mejilla, el cual correspondí.

—Cuánto beso —irrumpió Emmett, que apareció por la puerta—. ¿Para mí no hay ninguno?

—Claro que sí, tío Em —sonrió Nessie, que fue hasta él para dárselo, arrastrándome a mí.

—Yo paso —declaré con sorna.

—Qué pena, el tuyo era el que más ilusión me hacía —bromeó.

Nos fuimos para dentro y Bella cerró la puerta a sus espaldas.

Ese salón estaba a reventar de gente. A parte de los Cullen, estaban Ezequiel, Teresa, Mercedes, Embry, Ryam, Helen, Seth y Brenda. Guau, esto estaba a tope.

Ezequiel me hizo una especie de reverencia con la cabeza cuando me vio. En fin...

—¿Qué pasa aquí? ¿Es que se celebra algo? —pregunté en broma.

—Es que tenemos buenas noticias —me respondió Bella, juntando las manos a la altura de su barbilla, con alegría.

—Muy buenas noticias —repitió Louis, saliendo de la cocina junto a su mujer.

Anda, si también estaban Louis y Monique.

Sus alocados rizos se movieron con desparpajo cuando su dueño caminó hacia la mesa de cristal, donde le esperaba Carlisle.

—Bueno, ¿y qué es? —azuzó Nessie, nerviosa.

—Tenemos el antídoto que curará a Ryam, Helen y Mercedes —anunció Doc, con una enorme sonrisa de satisfacción.

Los Cullen ya debían de saberlo, pero los demás nos quedamos cerca de un minuto en estado de sorpresa total. Hasta que reaccionamos.

—Eso es... ¡Eso es genial! —exclamó Nessie, soltando mi mano para abrazar a Carlisle y Louis.

La estancia se llenó de risas, griterío y abrazos. Y de alguna que otra lágrima por parte de Helen y Mercedes, que se abrazaron con esperanzas, aunque la última pronto se fue para abrazar a su madre y besar a Embry.

—Nosotros ya lo sabíamos —confesó Seth, con su sonrisa desplegada.

—Queríamos estar aquí en este día tan especial —siguió Brenda.

—¿Y dónde lo tenéis? —inquirió mi chica, ansiosa—. ¿Cuándo van a...?

—Ahora mismo —le cortó Doc, dándose la vuelta hacia un maletín que reposaba sobre la mesa—. Lo tengo aquí.

—De diez ratas con las que ensayamos, solamente se murieron cuatro, así que no tenéis que temer nada —declaró Louis—. La efectividad es de un sesenta por ciento. Eso es mucho.

Las sonrisas de todos se borraron de sopetón.

—¿Mucho? —dudó Helen, descorazonada.

—¿Sesenta por ciento? —repitió Mercedes, todavía con los ojos abiertos de par en par.

De pronto, ese científico chiflado rompió a reír.

—No le hagáis caso, os está tomando el pelo —aclaró Monique, manteniendo una sonrisa en la cara.

—Qué gracioso —masculló Ryam, mirando a un lado.

—La efectividad es del cien por cien —reveló Doc, que ya tenía tres tubos de ensayo cerrados en las manos—. Tomad —y se acercó a los interesados para pasárselos.

El contenido era un líquido de color azul celeste.

—¿Los tenemos que beber? —preguntó Ryam mientras cogía el suyo.

—Qué listo —me burlé, usando cierta acidez en el tono.

No le dio tiempo de contestarme, sólo a dedicarme un mohín.

—Eso es —le ratificó Carlisle.

Los tres gigantes destaparon sus tubos.

—Qué nervios —rió Nessie, apretando mi mano con alegría.

—Venga, venga, ¿a qué esperáis? —apremió Alice, dando palmaditas nerviosas.

Esme y Teresa se agarraron de las manos, esperanzadas.

Ryam, Helen y Mercedes se miraron entre sí, y los tres alzaron los recipientes para beber su contenido a la vez, de un solo trago.

Embry miraba la escena muy atento, sin quitarle ojo a su novia. Se le veía bastante nervioso, la verdad, bueno, más bien dicho, cauto y expectante.

Pero no pasó nada.

—No noto nada —manifestó Ryam.

—Un minuto —solicitó Louis, alzando su dedo índice para que se esperasen un poco.

Entonces, los tres pares de iris fucsia de repente cambiaron de color, volviendo a sus tonalidades originales. Los ojos de Mercedes y Helen se tiñeron de color marrón y los de Ryam de un color grisáceo.

—Ryam, tus ojos... —se percató Helen, alegre—. Vuelven a ser grises.

El idiota de Embry se quedó aún más anonadado cuando se fijó en Mercedes. Lo único que le faltaba era un hilillo de baba cayéndole de la comisura de la boca.

—Intentad transformaros —les indicó Doc.

El primero en intentarlo fue Ryam, cómo no. Puso cara de estreñimiento y apretó los puños y los dientes. Nada, el *Incredible Hulk* no apareció por ninguna parte.

—No... puedo... creerlo —murmuró, mirándose y palpándose con las manos, maravillado—. ¡No me transformo! —rió después.

—¡Estamos curados! —exclamó Helen acto seguido, con unas risas cargadas de emoción.

—Guau —murmuró, parpadeando para aclararme la vista.

Los dos se abrazaron y se besaron con entusiasmo y Mercedes se lanzó a los brazos de Embry para hacer lo mismo.

Ejem. Bueno, quizá fuera mejor que nos pirásemos de allí para dejarles intimidad o algo.

—Es increíble —le cuchicheó Ezequiel a Teresa al oído.

El que sí carraspeó fue Doc.

—Bueno, he de preveniros de que el antídoto no tendrá efecto del todo hasta dentro de dos o tres días, así que es posible que alguna vez, dentro de este periodo de tiempo, haya alguna transformación, por lo que tendréis que tener cuidado —les advirtió.

Las dos parejas dejaron de besarse y Teresa aprovechó para abrazar a su hija.

—Muchas gracias, Carlisle —dijo Helen, muy emocionada—. No sé cómo podremos agradeceréoslo.

—Sí, ¿cómo podemos pagároslo? —continuó Teresa, que se separó de Mercedes, aunque continuando con el brazo sobre su hombro.

—No hay nada que agradecer —les contestó Doc, con esa educación suya tan fina—. Solamente hemos cumplido con nuestro deber como médicos y científicos.

—El mejor regalo es que os hayáis curado todos —siguió Esme, y sus hoyuelos aparecieron cuando sonrió.

—De todas formas nos gustaría agradeceréoslo de alguna manera —afirmó Ryam.

—Ya nos lo habéis agradecido al venir a esa guerra con nosotros, así que estamos en paz —concluyó Carlisle.

—Esto hay que celebrarlo con una fiesta —declaró Alice, pegando saltitos por todo el salón. Luego, se puso a hablar atropelladamente—. Adornaré la casa, traeremos invitados, sí, eso es, invitaremos a todos los quileute, a vuestros amigos del instituto, pondremos música, comida...

—Para, para, para —le interrumpí, haciendo aspavientos con las manos—. ¿Es que vas a montar una discoteca? Además, no pueden venir todos mis lobos. Tengo que dejar patrullando a unos cuantos.

—Bueno, los que sean —aceptó ella—. Tráeme una lista.

—¿Una lista? ¿Para qué? —inquirí, bajando las cejas con extrañeza.

—Para calcular la comida que hay que traer.

—Sois demasiado glotones —se burló Emmett.

—Ja, ja —articulé con ironía.

—¡Es genial! —exclamó Nessie, lanzándose hacia Helen para abrazarla—. ¡Por fin habéis vuelto a la normalidad!

Brenda corrió para juntarse a mi chica y las tres amigas se abrazaron.

—Supongo que tengo que darte la enhorabuena —le dije a Ryam, acercándome a él.

—Supones bien —contestó, mostrándome una mueca a modo de sonrisa—. Por fin Helen y yo hemos dejado de ser gigantes.

—Pues enhorabuena —le felicité, mirando a un lado.

—Gracias —respondió él, mirando al otro.

—Ahora sólo queda por solucionar el tema de esos magos que se escaparon, ¿eh? —declaró Seth, poniéndose a mi lado.

Mierda. Yo que no me estaba acordando de eso, y viene él para recordármelo.

Esos malditos magos...

—Así que Razvan, Nikoláy y Ruslán estaban vivos y escaparon —se unió Ezequiel, usando un tono de resignación.

—¿Ya lo sabes? —le pregunté.

—Carlisle me lo contó todo a su regreso.

—Pues sí, estaban vivos y escaparon. Y ese encapuchado de negro también huyó, además de ese par de rumanos —añadió Embry, rechinando los dientes.

Los míos estaban a punto de resquebrajarse.

Nessie y sus amigas dejaron de hablar para poner atención a nuestra conversación.

—Todavía sigo en estado de shock —continuó el mago, llevándose la mano a su pelo blanco—. Jamás me imaginé que podrían ser clones. Ni siquiera yo lo advertí en su momento.

—Nadie podía hacerlo —le consoló Teresa, acercándose a él para cogerle de la mano—. Tampoco Jacob se dio cuenta de eso mientras luchabais en aquella iglesia.

—Parecían reales, incluso parecían tener alma y todo —secundé, machacando mis muelas de nuevo al recordarlo.

—Nos engañaron a todos —manifestó Nessie, arrimándose a mí para cogerme de la mano—. Creo que ni siquiera los invitados que había allí sabían que eran clones.

—Tú les conoces. ¿Sabes dónde podrían estar? —quise saber, dirigiéndome a Ezequiel.

Me moría por vengarme...

—Desgraciadamente, no —suspiró—. Si estuvieran solos, podría hacerme una idea, pero el hecho de que se unieran a Vladimir y Stefan cambia mi percepción totalmente.

—¿Qué quieres decir? —inquirí con extrañeza.

—Nikoláy, Ruslán y Razvan querían el poder, por eso traicionaron a los mismísimos Vulturis —empezó a explicar—. No creo que ahora se

conformen con compartir un imperio, y mucho menos con alguien como Vladimir y Stefan, que no gozan de poder alguno.

—¿Quieres decir que también traicionarán a esos dos rumanos? —pregunté.

—Estoy completamente seguro —asintió, sin titubear—. Además, ahora Vladimir y Stefan ni siquiera tienen ejército, no tienen nada que les interese aprovechar a Nikoláy, Ruslán y Razvan. Si habían hecho esa alianza con Vladimir y Stefan, sólo fue porque les proporcionaban un ejército de vampiros venidos de todas partes, con ellos tenían más probabilidades de vencer a los Vulturis. Por supuesto contaban con los gigantes, pero sabían que Aro iba a armarse con otros magos y que disponían de su poderosa guardia, por eso os secuestraron a vosotros —dijo, dirigiéndose a Edward.

—Nikoláy, Ruslán y Razvan siempre han utilizado a Vladimir y Stefan para llevar a cabo su propósito —cayó Jasper.

—Exacto —ratificó Ezequiel—. Pero seguramente también contaban con que Vladimir y Stefan morirían en la batalla.

—Con eso mataban dos pájaros de un tiro, claro —seguí yo—. Se quitaban del medio a los Vulturis, pero también a esos dos rumanos.

—Vladimir y Stefan no son peligrosos ahora, pero podrían serlo en un futuro si se rearmasen de nuevo —continuó Edward—. No hay que olvidar que hace unos siglos también tenían un imperio poderoso.

—Eso es —confirmó el mago—. Sin embargo, los planes de Nikoláy, Ruslán y Razvan no salieron como ellos esperaban. Y ahora se desharán de Vladimir y Stefan en cuanto puedan, ya no les son útiles. Y ahora que estos últimos están desarmados, no les costará. Aunque ya no posean el medallón, siguen siendo poderosos.

—No contaban con nuestra aparición en esa guerra —declaré.

—Debió de ser toda una sorpresa inesperada para ellos —el mago sonrió con algo de malicia—. Ellos siguen en posesión del libro que contiene la profecía, así que ahora estarán estudiándola de nuevo.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Nessie, extrañada.

—La profecía habla de una guerra, pero ellos no creían que fuera esta. La guerra que ellos tenían prevista era entre los Vulturis y ellos. La guerra a la que se refiere la profecía era entre el Gran Lobo y los Vulturis, y, por supuesto, ellos no tenían previsto que vosotros apareciérais por allí. Cuando os vieron, se dieron cuenta de que era la guerra de la que hablaba la profecía. Eso desbarató todos sus planes. Nikoláy, Ruslán y Razvan

querían evitar que la profecía se cumpliera del todo, eliminando a los Vulturis. Creían que, haciendo esto, la profecía ya no se cumpliría.

—Pero aparecimos nosotros —añadió Embry, con una enorme sonrisa.

—Sí, y eso trastocó todos sus planes —asintió Ezequiel—. Según me contaste, Carlisle, ellos huyeron al principio.

—Así es —afirmó Doc.

—Sin embargo, después regresaron a la lucha —siguió explicando Ezequiel—. Pero no lucharon con vosotros, sino que se enfrentaron a los Vulturis. Stefan y Vladimir sólo querían venganza, puede que ni siquiera supieran nada de la profecía, pero Nikoláy, Ruslán y Razvan intentaban matarlos para evitar que la profecía se cumpliera del todo.

—Ahora lo entiendo todo —mascullé, apretando los dientes.

—¿Y qué decía toda la profecía? —preguntó Nessie—. No pude terminar de leerla, y siempre me pregunté cómo seguía. Tú tienes que saberlo, ¿no? Fuiste tú el que la escribió en ese libro.

Ezequiel carraspeó.

—*La alianza entre hombres lobo y bebedores de sangre no gustará a todos —empezó a citar—. He aquí que habrá bebedores de sangre que se opondrán a la nueva era, bebedores de sangre cuales corazones no son puros, cuales almas están manchadas y son oscuras, pues sus ansias de poder los dominan y corrompen. Esos bebedores de sangre están condenados. Una batalla será librada entre estos bebedores de sangre y el Gran Lobo por el poder, en la que el rey de los lobos saldrá victorioso. No obstante, el Gran Lobo es de corazón generoso, benevolente, noble, y los bebedores de sangre necesarios para mantener el equilibrio en el mundo oscuro. Yin y yang, ambos son necesarios. El equilibrio debe ser mantenido. El rey de los lobos mantendrá ese equilibrio, perdonando la vida de los bebedores de sangre, los cuales se arrepentirán de sus actos y aceptarán el reinado del Gran Lobo. Con ello llegará la paz y el reinado del Gran Lobo se extenderá incluso por tierras no exploradas.*

»*Nadie podrá usurparle ya el poder al rey de los lobos, porque él será el más poderoso, invencible, y su reino quedará afianzado con su prole, para siempre. Su estirpe, su prole, estará llena de príncipes. Príncipes de los lobos, puesto que sólo hay un rey de los lobos, sólo habrá un rey de los lobos, un Gran Lobo, el definitivo Gran Lobo, el definitivo rey de los lobos, incluso si él decidiera fallecer. Porque su espíritu siempre estará presente, su espíritu seguirá reinando junto a la*

mujer única, eternamente. Ninguno de esos príncipes igualará su poder del todo, sin embargo, ese del que gozarán será mucho más poderoso que cualquier otro poder. Será suficiente para mantener el reinado del Gran Lobo y éste seguirá reinando en espíritu. Él guiará a su prole para que su reinado continúe.

Genial. Se hizo un silencio incómodo para mí, ya que todos me miraron con un respeto que no me gustaba nada. Maldita sea, ¿no podían mirarme como a una persona normal?

—Bueno, a mí todo eso me da igual —hablé yo, algo molesto por esas miradas—. Lo único que me importa ahora es coger a esos desgraciados.

—Puede que algún día sepamos de ellos —resopló Ezequiel.

—Pues estaremos esperando y preparados —afirmé con una convicción rabiosa.

—Nosotros también —se unió Emmett.

—De momento no podemos hacer nada más —declaró Edward—. Tal vez Demetri de con ellos y los Vulturis se tomen su venganza particular.

—Ojalá tengamos esa suerte —suspiró Seth.

No. Porque yo quería cargármelos personalmente...

—Cambiando de tema, ¿ya tienes trabajo, Jacob? —me preguntó Edward.

Ya sabía que lo hacía para quitarme estas ideas de la cabeza.

Suspiré.

—Sí, he hablado con el señor Farrow y me ha dado el puesto que tenía.

—Vaya, debe de estar muy contento contigo, si te ha devuelto tu puesto de trabajo —opinó Bella.

—El señor Farrow sabe que no hay nadie como él. Jake es el mejor mecánico del mundo —afirmó Nessie, orgullosa.

—Tampoco te pases —me reí.

—Pero sus ganancias subieron desde que tú trabajas allí —siguió—. Por algo será.

—¿Y tú, Renesmee? ¿Ya sabes lo que vas a estudiar? —quiso saber Bella.

—Sí, estudiaré medicina —reveló, sonriéndole a Carlisle.

—Oh, es estupendo —sonrió él con alegría.

—Me gustaría que fueses tú quien me diese las clases —declaró mi chica, un tanto apurada por pedirselo—. Si me las dices por Internet, no tendría que desplazarme a ninguna universidad y podría quedarme en La Push.

—¡Por supuesto que sí, cielo! —exclamó Doc, contentísimo.

—Te advierto que es un profesor un poco duro —bromeó Esme.

—Es un hueso —se unió Emmett.

—No les hagas caso —se defendió Carlisle.

El salón se llenó de risas y el ambiente siguió con esa alegría y celebración.

Sí, teníamos muchas cosas que celebrar. Todos estábamos bien, sanos y salvos. Y según la profecía, viviríamos en paz para siempre. ¿Qué más se podía pedir?

ÍNDICE DE LOBOS

Por orden de transformación.

* Imprimados.

LOBOS		PAREJAS
1	Sam*	Emily
2	Paul*	Rachel
3	Jared*	Kim
4	Embry	
5	Jacob*	Renesmee
6	Quil*	Claire
7	Leah	
8	Seth*	Brenda
9	Collin	
10	Brady*	Ruth
11	Matthew	
12	Aaron*	Eve
13	Canaan*	Sarah
14	Daniel*	Martha
15	Isaac	
16	Jeremiah*	Jemima
17	Abel	
18	Michael	
19	Nathan	
20	Rephael	
21	Shubael	
22	Cheran	
23	Thomas	
24	Ivah	

ÍNDICE DE VAMPIROS

Ordenado alfabéticamente por aquelarre.

* En posesión de un don sobrenatural mensurable.

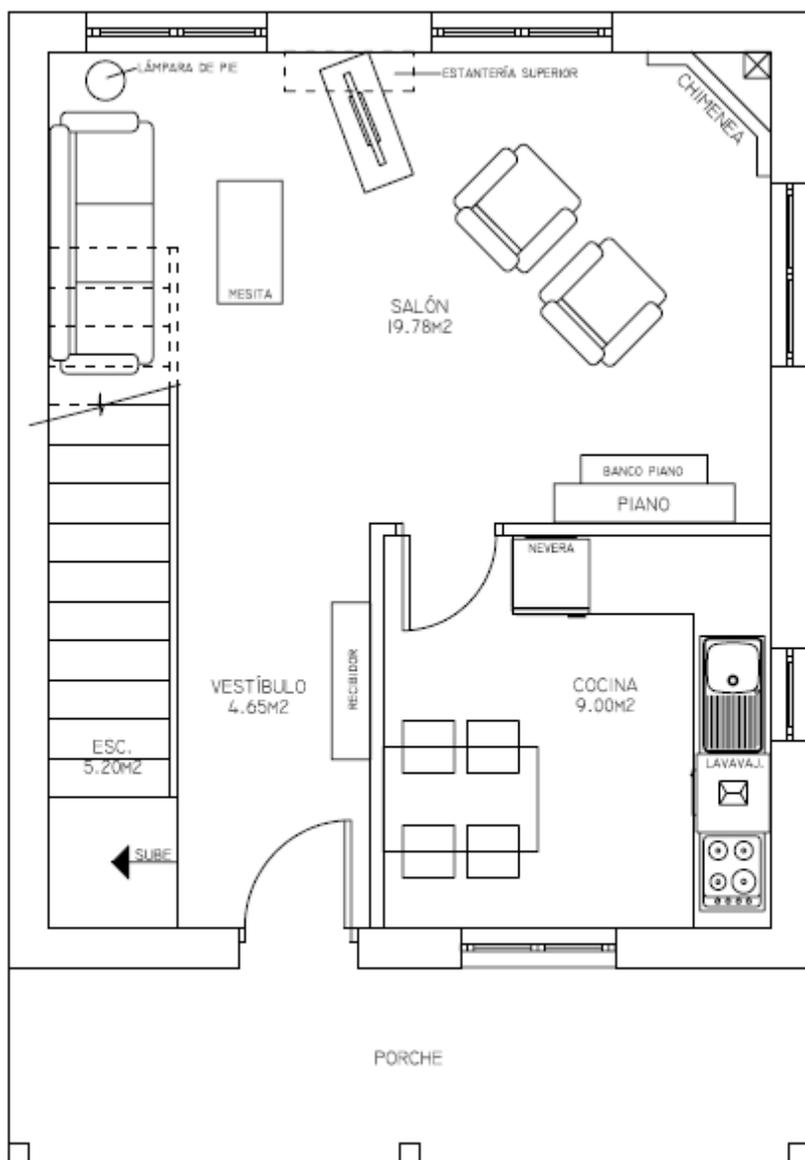
– Pareja estable (figura primero el de mayor edad)

Los nombres tachados corresponden a los fallecidos antes del comienzo de esta novela.

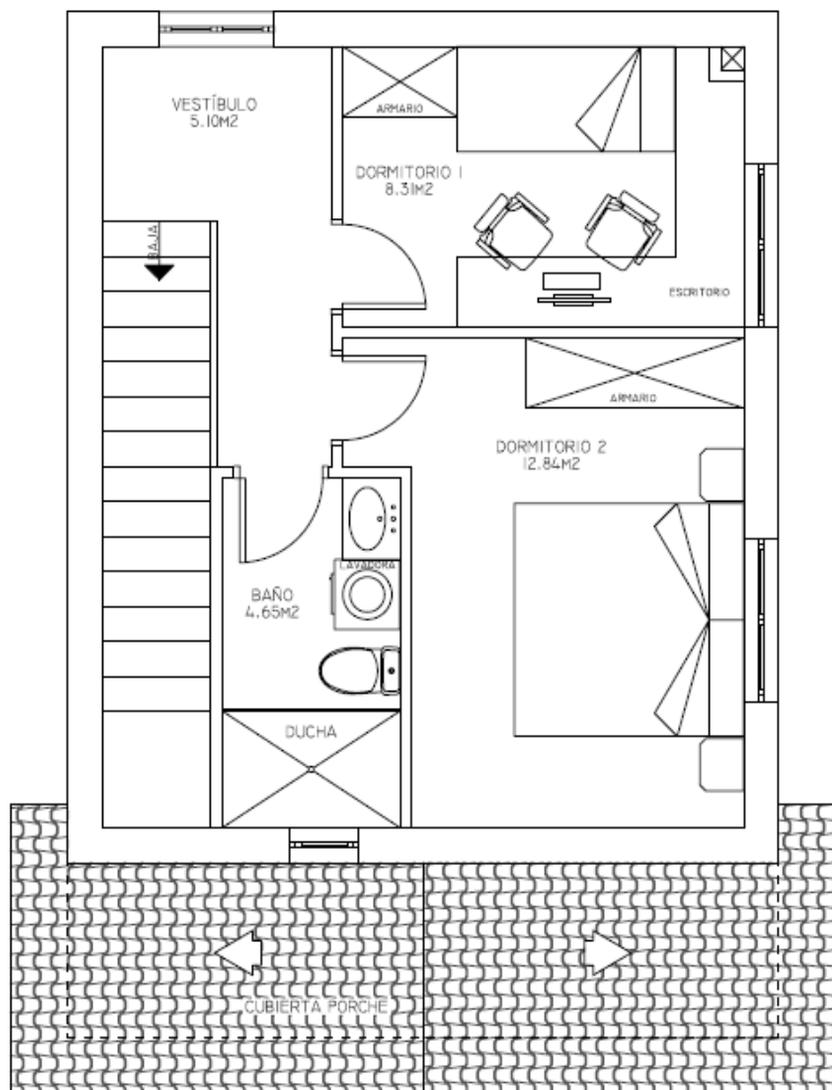
AQUELARE DE LAS AMAZONAS	AQUELARE DE LOS VULTURIS
Kachiri Senna Zafrina*	Aro* – Sulpicia Caius (Cayo) – Athenodora Marcus* (Marco) – Didyme*
AQUELARE DE DENALI	GUARDIA DE LOS VULTURIS (PARCIAL)
Eleazar* – Carmen Irina – Laurent Kate* – Garrett Sasha Tanya Vasilii	Alec* Chelsea* – Afton* Corin* Demetri* Felix Heidi* Jane* Renata* Santiago Enguerrand* Moïse Zhou* Varick*
AQUELARE EGIPCIO	NÓMADAS AMERICANOS
Amun – Kebi Benjamin* – Tia	James – Victoria* Mary Peter – Charlotte Randall

AQUELARE IRLANDÉS	NÓMADAS EUROPEOS (PARCIAL)
Maggie* Siobhan* – Liam	Alistair* Charles* – Makenna
AQUELARE DE LA PENÍNSULA DE OLÍMPIC	AQUELARE DE LOS RUMANOS
Carlisle – Esme Edward*– Bella* Jasper* – Alice* Renesmee* – Jacob Rosalie – Emmett	Stefan Vladimir
AQUELARRE DE LOS BÚLGAROS	GUARDIA Y SIRVIENTES DE RAZVAN (PARCIAL)
Ruslán* Nikoláy* Razvan*	“La sombra”* (se desconoce su nombre) Elger Ion Axel Duncan Keiler Alina Natasha Zhanna
VAMPIROS PRÓFUGOS	GUARDIA DE LOS VULTURIS (GRUPO EXTRAOFICIAL)
Ezequiel* – Anna* – Teresa	Thiago Gustavo Fabio Habika* João André

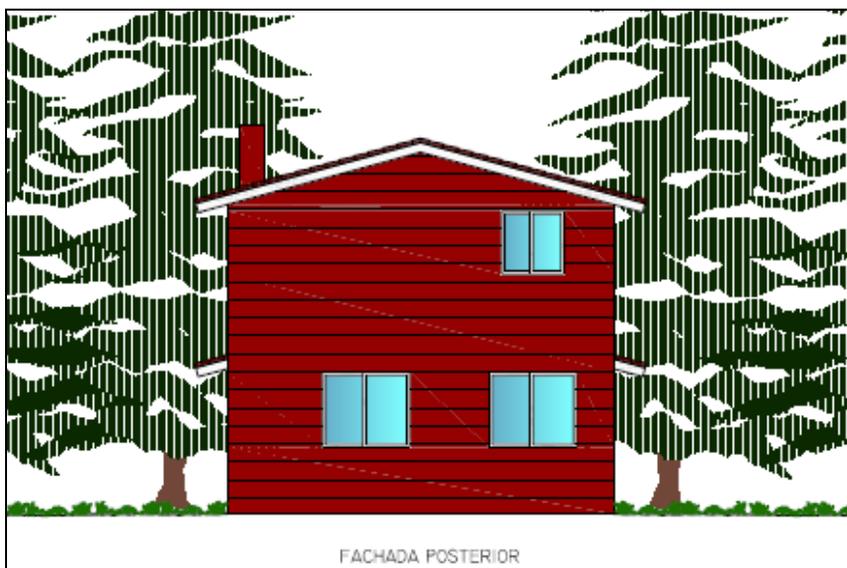
LA CASITA DE JAKE Y NESSIE

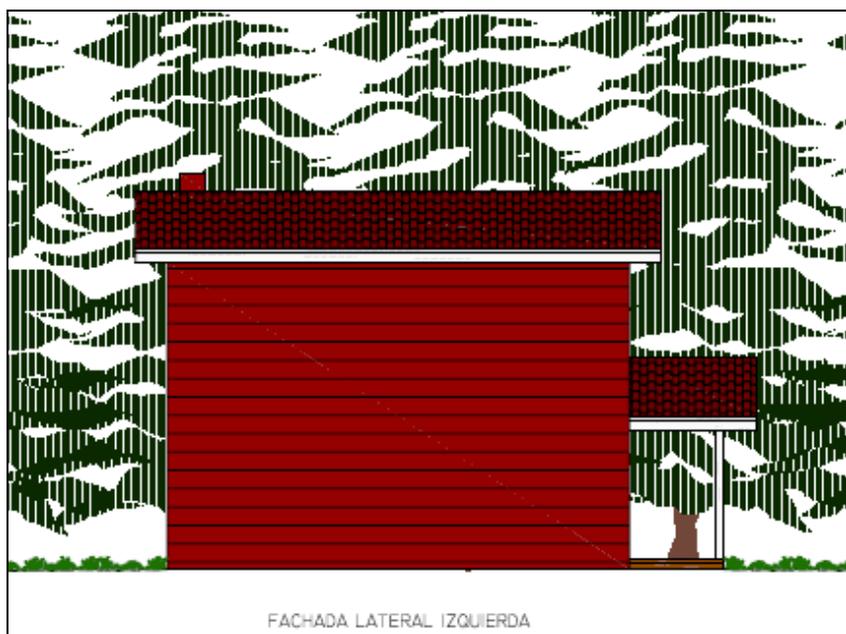
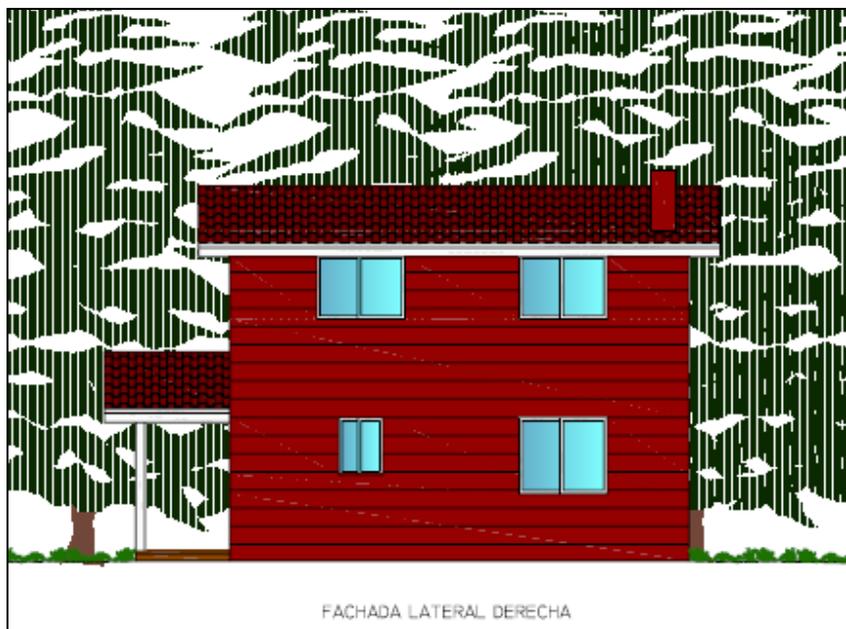


PLANTA BAJA



PLANTA PRIMERA





ÍNDICE

COMIENZO. 1ª PARTE PARTE UNO: COMIENZO

RENESMEE

PREFACIO.....	11
DESPEDIDA.....	13
COMIENZO.....	29
CELEBRACIÓN.....	45
FUEGO.....	58
NADAR.....	74
EXTRAÑO.....	86
REY Y REINA.....	102
EN CASA.....	114
BÚSQUEDA.....	124

JACOB

PREFACIO.....	137
HAY QUE VER LAS VUELTAS QUE DA LA VIDA.....	139
DIOS, ESTO ES PARA PEGARSE UN TIRO.....	150
¿Y AHORA ME PIDE ESTO?! INCREÍBLE.....	162
CUANDO UNO LE VE LAS OREJAS AL LOBO.....	172
NEGOCIANDO CON LOS HERMANOS MARX.....	184
ESTO ES EL HOTEL DE LOS HORRORES.....	194
NO TE IMAGINAS LO DESESPERANTE QUE ES LA ESPERA..	204
SÍ, VALE, NO SÉ DE QUÉ ME ASUSTO YA, PERO ES QUE	
ESTO ES DEMASIADO.....	217
ESTÁ MÁS QUE CANTADO LO QUE VA A PASAR AQUÍ.....	233
¡NO, MALDITA SEA! ¡NESSIE, NO VAYAS!.....	243
HONOR (PARÉNTESIS RENESMEE).....	255
CUANDO CREÍAS QUE NO IBA A PASAR ALGO PEOR, VA Y	
SUCEDE.....	266
¡JA! ¡CHUPÁOS ESA!.....	276
¡ASÍ QUE ESTO ES LO QUE QUERÍAS, ARO!.....	287
SI TENGO QUE ELEGIR UN ÚLTIMO DESEO, LO TENGO	
MUY CLARO.....	297
TIC, TAC, TIC, TAC. EL MOMENTO DE LA BATALLA FINAL	
SE ACERCA.....	311
COMO SIEMPRE, TODO EL PESO RECAE SOBRE MIS	
HOMBROS.....	323

¡¿QUÉ?! ¡ESTO ES IMPOSIBLE, IMPOSIBLE!.....	332
CUANDO UNO NO TIENE CONFIANZA EN SÍ MISMO, PASA LO QUE PASA.....	341
SI ANTES ERA UN ÁNGEL, AHORA NI TE CUENTO.....	352
ESTO DE SER EL GRAN LOBO ES LA CAÑA.....	362
¡¿PERO QUÉ ME ESTABAN DICIENDO?! ¡¿SE HABÍAN VUELTO LOCOS O QUÉ?!.....	371
¡ARG! ¡MENUDO ASCO! ¡NO ME GUSTA, NO ME GUSTA!....	381
NO HAY NADA COMO ESTAR EN CASA CON TU CHICA.....	392
MIRA TÚ LO QUE DESCUBRE UNO.....	402

La magia negra ha intentado separarlos, sin embargo, el profundo amor de Renesmee Cullen (Nessie) y Jacob Black la ha superado, por fin pueden estar juntos. Ahora, con su matrimonio, no sólo se cumplirá su deseo más ansiado, sino que la profecía está a punto de iniciarse. Y no todo el mundo está satisfecho con eso.

Unos seres monstruosos y extraños, una Renée desesperada, más desapariciones inexplicables, las pretensiones y tentativas que ahora despierta el Gran Lobo, el rencor de un lejano y antiguo pasado que regresa siglos después para clamar venganza, una extraña y forzada oferta de los Vulturis, y sobre todo la protección de su tesoro máspreciado, harán que Jacob, Nessie y los Cullen se vean envueltos en varias guerras por el poder.

La nueva era del Gran Lobo acaba de comenzar.

La magia negra ha intentado separarlos, sin embargo, el profundo amor de Renesmee Cullen (Nessie) y Jacob Black la ha superado, por fin pueden estar juntos. Ahora, con su matrimonio, no sólo se cumplirá su deseo más ansiado, sino que la profecía está a punto de iniciarse. Y no todo el mundo está satisfecho con eso.

Unos seres monstruosos y extraños, una Renée desesperada, más desapariciones inexplicables, las pretensiones y tentativas que ahora despierta el Gran Lobo, el rencor de un lejano y antiguo pasado que regresa siglos después para clamar venganza, una extraña y forzada oferta de los Vulturis, y sobre todo la protección de su tesoro máspreciado, harán que Jacob, Nessie y los Cullen se vean envueltos en varias guerras por el poder.

La nueva era del Gran Lobo acaba de comenzar.